

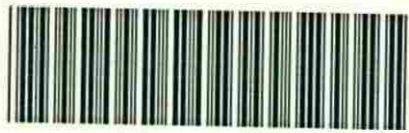
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

18

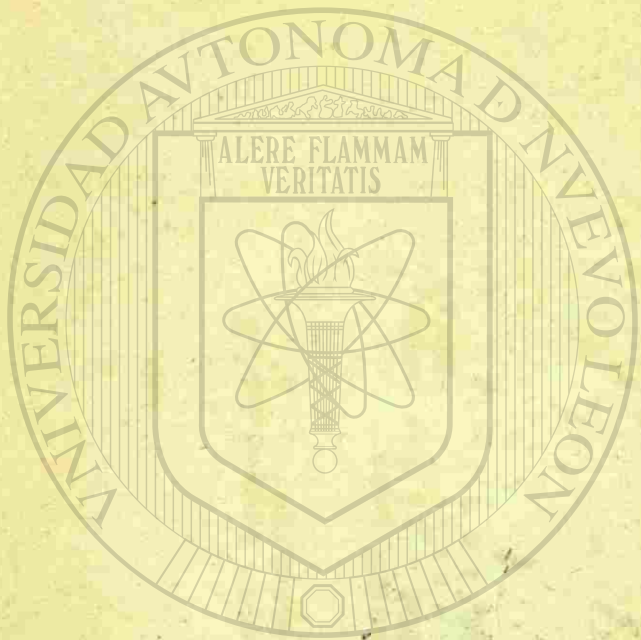
MUHLBACH  
MARIA  
ANTONIE  
SU HIND

PT2438  
.M4  
M38

R. C.



1020028878



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA ANTONIETA Y SU HIJO

NOVELA HISTÓRICA

POR

LUISA MÜHLBACH

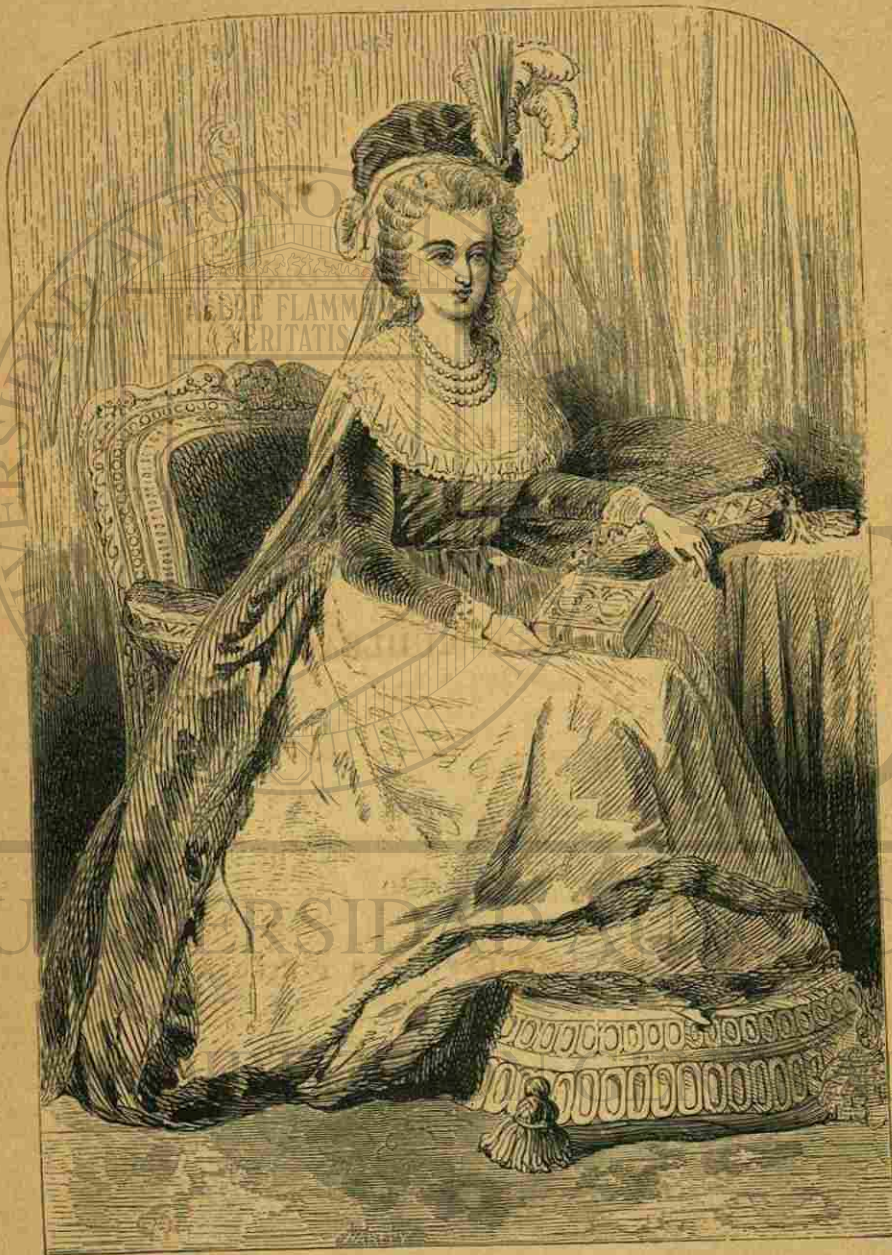
TRADUCIDA AL CASTELLANO POR CIRILO VILLAVERDE

099844

NUEVA YORK  
D. APPLETON Y COMPAÑIA  
1, 3 Y 5 BOND STREET  
1890

*Jose A. Ghara*

30582



MARÍA ANTONIETA.

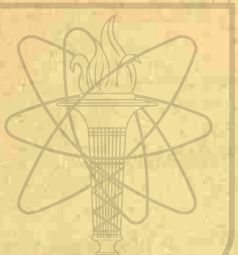
Frontispicio.

843  
M

PT 2438  
M4  
M38



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



ENTERED, according to Act of Congress, in the year 1869, by  
D. APPLETON AND COMPANY  
In the Clerk's Office of the District Court of the United States for the Southern District  
of New York.

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

DIRECCIÓN GENERAL  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# MARIA ANTONIETA Y SU HIJO.

NOVELA HISTORICA.

FOR

LUISA MUHLBACH.

LIBRO PRIMERO.

## CAPÍTULO I.

UNA REINA FELIZ.



RA el 13 de agosto de 1785. Al fin había cedido la reina María Antonieta á las súplicas de sus queridos vasallos. Había dejado su hermoso Versailles y favorito Trianon por un día é ido á París, á fin de presentarse ella misma y el jóven príncipe

que había dado al rey y al país el 25 de marzo, y recibir en la catedral de Nuestra Señora la bendición de la iglesia y los plácemes de los Parisienses.

La hermosa y muy amada reina María Antonieta, fué recibida con aclamaciones entusiastas. Había entrado en París en una carretela, en compañía de sus tres hijos, y do quiera que la reconocían la saludaban con vivas repetidos, siguiéndola la multitud por toda la carrera hasta las puertas de Nuestra Señora, donde la esperaban muchos prelados y señores de la corte con el cardenal príncipe de Rohan á la cabeza para presentarla á la casa del rey de los reyes.

Iba sola María Antonieta, si se exceptúan la duquesa de Polignac, aya de los niños, que se sentaba en frente de ella y al lado de esta la nodriza Normanda, en su gracioso traje provincial, meciendo en los robustos brazos á Luis

Cárlos, el infante duque de Normandía. Llevaba la reina pues, á ambos lados en el asiento de honor de su coche, sus otros dos hijos, la princesa Teresa, su primogénita, y el delphin Luis, heredero presunto del muy amado Luis XVI.

No acompañaba este á su esposa en aquel viaje á París, que ella emprendió para mostrar á sus queridos y curiosos Parisienses, que se había restablecido completamente y que sus hijos, los hijos de Francia, se abrían, como botones de rosa, símbolos de esperanza y de paz para el porvenir de la nación.

—Ve, mi querida Antonieta, le dijo el rey á su modo agradable y con sonrisa ingenua, ve á París y da el momento de regocijo á mi buen pueblo. Muéstrale nuestros hijos y recibe las gracias por la felicidad que me has proporcionado juntamente que á la nación. No voy contigo porque deseo que tú sola seas la que recibe la efusión del pueblo y sus aclamaciones de júbilo. No dividiré el triunfo contigo, pero me causará doble gozo saber que tú sola le has obtenido. Ve, pues, adorada Antonieta y regocíjate en esta hora de dicha.

Fué en efecto Antonieta y tuvo un momento de placer y felicidad. Ya hemos dicho, que mientras atravesó á París, centenares de personas la reconocieron y la saludaron con vivas y aclamaciones de entusiasmo. Cuando salió de la catedral, para subir al carruaje en unión de sus hijos, aya y nodriza, estaba uno tentado á creer que toda la plaza en frente de la iglesia se había convertido de improviso en un mar oscuro y tumultuoso, cuyas negras y rugientes olas azotaban sus linderos y llevaban á los mas apartados rincones de París un rumor sordo y prolongado.

Sí, en aquel cuadro se hallaba congregada la

mitad por lo ménos de la poblacion de la capital, á fin de contemplar á Maria Antonieta, quien entónces no era solo la reina, sino la mujer hermosa, la madre feliz, poseida del sentimiento que animó á la madre de los Gracos; que no deseaba otra proteccion ni compañía que la de sus hijos; que, con la mano apoyada en los hombros de la mayor, creía poder prescindir de camareras al presentarse ante el pueblo con todo el esplendor y dignidad de la reina de Francia y la madre verdadera.

Si, todo Paris se hallaba en aquella plaza para dar la bienvenida á la reina, la mujer y la madre; porque tales eran los atributos bajo los cuales la saludaban miles de miles de gargantas, cuando á grito herido decían: "¡Viva la reina! Viva Maria Antonieta! Viva la hermosa madre de los hermosos hijos de la Francia!"

Estos gritos habian conmovido profundamente á Maria Antonieta. La vista de aquel mar de rostros humanos donde se pintaba una alegría loca, de ojos que despedían rayos de entusiasmo, de aquellos truenos de risa, inflamó su corazón, encendió sus mejillas, é hizo que su bello semblante todo resplandeciese de gozo y dicha. Sin ser dueña á contenerse se puso en pié en el carruaje y con gracia inimitable tomó el infante de los brazos de la nodriza y lo levantó en peso á fin de mostrar aquella prenda de su felicidad y de su orgullo materno al pueblo Parisiense, que aun no habia tenido ocasion de ver al niño. Con el movimiento se le cayó sobre las espaldas el sombrerito que llevaba ladeado en la cima del alto peinado cubierto de polvo, y se le arregazaron las anchas mangas de punto de Flandes, poniendo al descubierto sus torneados brazos hasta mas arriba del codo.

Este espectáculo acabó de arrebatarse de entusiasmo á los Parisienses, quienes en su embebecimiento exclamaban:

—¡Qué hermosa es! Qué brazos! Qué linda garganta!

Al oírlo toda la sangre de sus venas se agolpó á la cara de Maria Antonieta; porque aquellas expresiones de elogio, tributo á la belleza de la mujer, despertaron á la reina del éxtasis en que la habia trasportado el entusiasmo de sus vasallos. Devolvió el niño á la nodriza, y al punto, como una paloma espantada, se dejó caer en los cojines del carruaje, y se apresuró á cubrirse los brazos con las mangas de encaje y la cabeza con el gracioso sombrerito de terciopelo.

—Al cochero que aguje los caballos! dijo á la nodriza; y mientras esta comunicaba la orden, la reina volviéndose para su hija mayor le dijo sonriendo:

—Teresa, ¿no crees que este es un magnífico espectáculo? No es verdad que el pueblo siente un gran placer de vernos?

—Mamá, contestó la niña de siete años, sacudiendo la cabeza y con hosco semblante, esa gente me parece muy sucia y fea. No me gusta, mamá.

—Calla, hija, calla! le dijo la madre á la carrera y en voz baja, no fuera que oyesen las ingenuas palabras de la niña los hombres que rodeaban el carruaje y casi tocaban á sus portezuelas.

No se habia engañado Maria Antonieta. Un

hombre de blusa, que tenia una de las manos apoyada en el coche y cuya frente se rozaba casi con la de la princesa, hombre de cara ancha, expresion resuelta, ojos pequeños, negros y penetrantes, habia oído la exclamacion de la niña y le echó una mirada maligna y amenazadora.

—Madama no nos quiere, dijo, porque somos feos y sucios; pero quizas le pareceríamos mejor si pudiéramos rodar coche y vestir de seda y oro. Pero nosotros tenemos que trabajar, y que sufrir, á fin de poder pagar las contribuciones. Porque si no las pagáramos ni nuestro rey ni su familia estarían en disposicion de echar tanto lujo y boato. Estamos sucios, porque trabajamos para el rey.

—Ruegos, señor, repuso la reina con amabilidad agena de su carácter y posicion,—que perdoneis á mi hija. Ella no es mas que una niña y no sabe lo que se dice. Sus padres, sin embargo, la enseñarán á amar á nuestro pueblo bueno é industrioso y que les agradezca el cariño que nos profesa, señor.

—Yo no soy señor, replicó el hombre de un modo tosco, no soy mas que el pobre zapatero de viejo Simon.

—Maestro Simon, le ruego pues acepte de mi hija como recuerdo este retrato de su padre, y para que beba á nuestra salud, añadió poniendo un Luis de oro en manos de la princesa y diciéndole al paño de prisa,—Dásele.

Apresuróse la princesa á ejecutar el aviso de su madre, depositando la brillante pieza de oro en la ancha y sucia mano extendida para recibirla. Pero cuando la niña quiso retirar la suya delicada y blanda encontró que el zapatero remendon se lo irpedia con sus dedos duros y callosos.

—¡Qué manita! exclamó él riendo. ¿Qué sería de estos deditos si tuvieran que trabajar?

—Mamá, dijo la princesa asustada, haz que el hombre me suelte; me lastima.

Continuó en reirse el zapatero de viejo, mas soltó la mano de la niña.

—¡Ah! exclamó él en tono sarcástico. Solo el contacto de la mano de un operario lastima á las princesas. Seria mejor que se alejasen de nosotros enteramente y no vinieran á rozarse con la gente pobre.

—¡Adiante! Pronto! gritó la reina dirigiéndose ella misma al cochero en voz campañuda y de mando.

El hombre azotó los caballos y estos partieron al galope, retirándose timidamente á un lado y otro la multitud de pueblo que se apiñaba en torno del carruaje, para mejor oír la conversacion de la reina con el zapatero de viejo Simon.

No tardó, sin embargo, la reina en calmarse y recobrar el aire animado y risueño de su habitual aspecto, y á medida que la carretela corría por las calles con no vista celeridad iba saludando á uno y otro lado con una inclinacion de cabeza. Volvieron á resonar en sus oídos los vivas y aclamaciones del pueblo agradecido y las alabanzas de su belleza y de la de sus hijos. Pero no volvió Maria Antonieta á dar mayor importancia de la que tenían esas manifestaciones de entusiasmo y elogio, ni volvió á levantarse de su asiento en el carruaje.

Mientras este se alejaba por medio de la multitud que llenaba las calles, Simon el zapatero le siguió con su aire burlon hasta que le perdió de vista. Ni se movió de la postura en que habia quedado, sino cuando se posó en sus hombros la mano de un extranjero y le sacó de su embobamiento una voz chillona con esta pregunta:

—¿Qué es eso, maestro Simon, le peta la Austria?

Simon volvió la cara precipitadamente y se encontró allí en pié con un hombrecito tan feo como jorobado, cuya cabeza, naturalmente grande, estaba sentada en hombros altos y estrechos y cuyo conjunto provocaba á risa. La cual resultó pasion en el zapatero al examinarle.

—No soy un buen mozo ¿eh? dijo el extranjero riendo tambien á carcajada tendida. Pero esto le puso mas feo, porque su desmesurada boca, con labios gruesos, sin color, se dilató de oreja á oreja, enseñando dos sartas de dientes anchos y verdosos.

—Nada buen mozo ¿eh? repitió á medida que Simon reía. Muy feo ¿eh?

—Cierto que es V. notable, dijo el zapatero. Si no le oyera hablar frances, y si no le viese ahí en dos piés como uno de nosotros, creeria que tenia delante el mismísimo zapo de la fábula que lei en un libro hace poco tiempo.

—Sí, yo soy ese zapo, agregó el extranjero riendo á mas y mejor. Solo que me he disfrazado hoy como gente para ver á la Austria y á su cria; y de nuevo me tomé la libertad de preguntarle si se ha enamorado de ella.

—Yo enamorado? repuso el zapatero con aire de desprecio. No faltaria mas. Dios es testigo....

—¿Para qué llama V. á Dios por testigo? le interrumpió el otro de pronto. Pues cree V. acaso gran desgracia no amar á esa Austria?

—No, no lo creo, respondió el zapatero pensativo. Supongo que no es al ménos pecado delante de Dios no amar la reina, aunque puede serlo delante de los hombres, ni es esta la primera vez que lo expiara con una larga y solitaria prision. Pero amo la libertad y de consiguiente no deseo decir á un extranjero lo que pienso.

—¡Ola! exclamó el otro. ¿Con que ama V. la libertad? Deme esa mano pues, hermano mio, y acepte mis gracias por lo que acaba de decir.

—¡Hermano de V.! replicó el zapatero sorprendido. No le conozco siquiera y sin mas ni mas se llama V. hermano mio. ¿Pues está buena!

—Acaba V. de decir, agregó el extraño con calma, que V. ama la libertad, esto basta para que yo le salude como hermano. Porque ha de saber V. que son hermanos todos los que aman la libertad, y eso quiere decir que son hijos de una misma y buena madre, la cual no hace diferencia entre ellos, antes siente por todos igual cariño, importándole poco si son principes ó condes, si gañanes ó simples ciudadanos. Para nuestra madre comun la libertad, nosotros todos somos iguales, en una palabra,—hermanos.

—Todo eso está muy bueno, dijo el zapatero sacudiendo la cabeza. Solo le encuentro un

pero,—que no es verdad. Porque si todos fuéramos iguales, ó como V. dice, hermanos, ¿cuál es la razon por qué el rey rueda doradas carrozas, y yo, pobre zapatero de viejo, me estoy todo el día en un duro banco meneando el martillo y dándole á la lezna, cubierta la frente de sudor?

—¡El rey no es hijo de la libertad! repuso el extraño con torva expresion. El rey es el hijo de la tiranía, por eso pretende que sus enemigos, los hijos de la libertad, sean criados, esclavos suyos; por eso nos pone grillos. ¿Pero sufrirémos siempre esto? ¿No nos levantaremos jamas del polvo en que nos pisotean?

—¡Toma! Por supuesto, si podemos, nos alzaremos. Pero hé aqui la dificultad, señor mio... no podemos levantarnos. El rey tiene poder para remachar nuestros grillos; y esa buena señora, madama libertad, que V. dice es nuestra madre, nos deja en ellos y permite que sus hijos gimán en la servidumbre y opresion.

—Ha de haber alguna razon para ello, repuso el otro en voz alta y chillona; pero no está distante el día del alzamiento. Ya la libertad con faz risueña anuncia cómo corren precipitadamente á su perdicion aquellos á quienes se propone destruir.

—¿Qué está V. diciendo? preguntó el otro riendo. ¿Qué disparates son esos? Cómo se entiende que se labran su propia ruina aquellos que han de ser destruidos por madama libertad?

—Si, maestro Simon, ellos abren sus mismos sepulcros, solo que yo lo ven, ni lo conocen; porque los ha herido de ceguera la divinidad que ha resuelto destruirlos. Repare V. si no esta reina, esta Austria. ¿No ve V. con sus ojos penetrantes que, cual la industriosa araña, teje su propia mortaja?

—Vamos, V. se equivoca, dijo Simon; la reina no trabaja ni poco ni mucho. Ella quiere que el pueblo sea quien trabaje.

—Le repito, hombre, que la reina trabaja, que labra su propia mortaja, y entiendo que ya tiene lista una buena porcion. Cuenta, además, con lindos amigos que la ayudan á tender los hilos de esa araña real y á completar lo que falta de la mortaja. Por ejemplo, el delicado duque de Coigny, es uno de los que la ayudan.

Sabe V. quién es ese pájaro?

—No, por cierto, nada sé. Yo nada tengo que ver con la corte, ni conozco á nadie de la turba cortesana.

—Ahora sí que dijo V. la verdad, son una turba multa; saltó el otro riendo. Lo sé, porque tengo la desgracia de no poder decir como V. que nada tengo que ver con la corte. He entrado en los palacios y saldré de ellos; pero juro á V. que ni salida hará mas ruido que mi entrada. Ahora bien, voy á decirle quién es el duque de Coigny: él es, sin andar con mas circunloquios, uno de los tres principales queridos de la reina, uno de los grandes privados de la sultana Austria.

—Vaya con Dios, esa sí que está mejor; observó el zapatero con aire de duda. Voy viendo, señor mio, que es V. un bribon rematado. ¿Con que la reina tiene queridos?

—Como V. lo oye. Sabe V. que el duque de Besenval cuando la Austria vino á Francia como delina, la dijo: "Todos estos cien mil

Parisienses, señora, que han salido á saludarla, son otros tantos amantes vuestros." Pues ella tomando al pié de la letra esas palabras del galante duque quiere hacer de cada Parisiense un amante suyo, un querido. Espere V., maestro Simon, en breve podrá oprimir tiernamente con sus labios la mano de la bella Austriaca.

—Bien pues, se lo participaré á V. en tiempo; dijo Simon con rudeza. Si, le oprimiré tan de veras la mano, que llevará la señal mientras viva. Acaba V. de mencionar que tiene tres queridos y ha nombrado uno ¿cómo se llaman los otros dos?

—El segundo, contestó el desconocido sin titubear, no es ni mas ni ménos que el bello señor de Adhemar. Es un mentecato, cabeza de chorlito, un necio de caprote, pero no importa, es hermoso, lindo amante. A nuestra reina le gustan los buenos mozos, y todos saben que ella es risueña, una mariposa, particularmente desde las bacanales en los jardines del palacio.

—¡Bacanales! Qué fué ello?

—¡Bah! Pues no es V. un pobre inocente chiquillo? Las bacanales fueron aquellos paseos nocturnos que un año há daba nuestra hermosa reina á la luz de la luna en los jardines de Versailles. ¡Ah! qué tiempo aquel! No se cerraban las puertas de hierro del Parque y el pueblo tenía derecho de entrar y podía acompañar á la reina en su paseo y á la luz de la luna oír la arrobadora música oculta entre las ramas de las flores y de los álamos. Pregúntele al atildado oficial de dragones, que se sentaba en un banco entre dos lindas mozas, vestidas de blanco y se chanceaba y reía con ellas de lo bueno. "El puede decir á V. lo alegre que es María Antonietta y de cuantas necesidades es ella capaz."

—Pues me alegraría conocer á ese señor para que me lo contara todo; gritó el zapatero Simon golpeando una mano con otra. Siempre me he perseguido por oír algo malo acerca de esta Austriaca, porque me sale de adentro odiarla y á toda la corte junto con ella. ¿Qué derecho tienen ellos de darse buena vida, echar lujo y hacerse los señores, mientras nosotros tenemos que trabajar y sufrir de la noche á la mañana? Por qué la vida es para ellos y la gloria y solo miseria para nosotros? Pues me parece que yo valgo tanto como el rey y que mi mujer haría tan buen papel como la reina, si se echara encima ropa y joyas costosas, y rodara dorados carruajes. ¿Qué es lo que los ensalza á ellos y nos abate á nosotros?

—Yo se lo diré á V. mi amigo. Lo que los levanta á ellos y nos derriba á nosotros no es mas que nuestra propia necesidad. Nosotros somos unos tontos que les damos ocasion para reírse de nosotros, para erigirse ellos mismos en divindades, ante las cuales, el pueblo, ó como ellos le llaman, la canalla, ha de postrarse de rodillas. Pero paciencia y barajar. Tiempo vendrá en que no se rian, en que no podrán obligar al pueblo á doblarles la rodilla. Al contrario, ellos serán los que tendrán que arro-

\* De una vez para siempre debemos decir, que para no repetir las notas, pondremos entre comillas todas las citas históricas de la autora.

dillarse delante de nosotros y ¡ay! de los encopetados entónces. No habrá piedad para ellos. Llevarán su merecido.

—¡Ah! Cuánto diera yo porque hubiese venido ese día! Esperó hallarme presente en la hora del castigo.

—Bien, amigo, eso depende de V.; dijo el extraño. Vendrá el día, de ello puede estar V. seguro, y si V. pone algo de su parte vendrá mas pronto.

—¿Y qué puedo yo hacer? Dígamelo porque me encuentro listo para cualquiera cosa.

—Ya, V. puede, si quiere, hacer mucho, porque aunque otra cosa no pueda, en su mano está afilar el cuchillo á fin de que corte mejor; dijo el extraño personaje con una mueca horrible. Vamos, vamos, no me mire, hermano, con esos ojos de azorado. A la hora de esta tiene V. un número regular de afladores de cuchillos en la honrada ciudad de Paris. Y si quiere V. formar parte de la selecta compañía, véngase calladito á mi casa esta noche misma, que yo lo presentaré á algunos de nuestra hermandad.

—Ahora bien, dijo el zapatero lleno de curiosidad, ¿dónde vive V. y cómo se llama?

—Vivo en las caballerizas del conde de Artois y mi nombre es Juan Pablo Marat.

—¡En las caballerizas! repitió el zapatero.

A fé que no le tenía á V. por mozo de paja y cebada y mucho ménos por cochero. ¡Sobre que sería cosa muy divertida, señor Marat, verle á V. á horcajadas en un caballo!

—Así pues, no cree V. que ese es el oficio que cuadra á un zapo como yo. Bien se me figura, hermano Simon que V. la acierta; por que en verdad yo nada tengo que hacer con los caballos ahí, sino con los hombres de la caballeriza. Soy el veterinario, hermano Simon, el médico de los caballos del conde de Artois; el médico, sin jactancia, asegurar á V. que no soy malejo en mi oficio, siendo así que he logrado ya poner de acuerdo con nuestra hermandad mas de un mozo de paja y cebada y un mandado mas de un mozo de paja y cebada y un cochero, á quienes los caballerizos del querido Artois han propinado mas de una ración de latigazos. De modo que si V. viene á mi casa esta noche, tendrá el gusto de hacer amistad con gente graneada. Tambien puede venir cuando necesite curarse. Le curaré y no le costará nada. Yo curo á todos mis hermanos de balde, porque no es bien que un hermano haga dinero con su hermano. Así, Simon, le espero esta noche en las caballerizas, y ¡adios! que allá me aguardan mis pacientes. Otra palabra. Si viene V. á verme á las siete, el zorro del portero dirá á V. de seguro, que yo no estoy en casa. Daré á V. el santo y seña, para que no le pongan impedimento á su entrada. El santo y seña son Libertad, Igualdad, Fraternidad. ¡Adios!

Hizo una inclinacion de cabeza y una mueca horrible al zapatero y se alejó á toda prisa, á despecho de su pierna izquierda que era mucho mas corta que la derecha y no le ayudaba que digamos en la marcha.

Siguió al principio el maestro Simon con sonrisa burlona aquella figurita de cabeza grande, sobre la cual podia apenas sostenerse un sombrero negro y alto; porque sin dada era para divertirse á cualquiera. Mas de repente le vino una al pensamiento y partió como una flecha tras el extraño médico de caballos y de hom-

bres:—Doctor Marat! Doctor Marat! le gritó casi sin aliento desde lejos.

Detúvose Marat y volvió el rostro con maligna expresion.

—Bien, ¿qué se ofrece? preguntó él en voz bronca. ¿Quién me llama á gritos?

—Yo, hermano Marat; repuso el zapatero resollando gordo. He corrido tras V. porque V. ha olvidado algo.

—¿Qué he olvidado, hombre? preguntó el veterinario tentándose los bolsillos con sus largos dedos. Aquí tengo mi pañuelo y el pan bazo que compone mi almuerzo. Nada he olvidado, hermano Simon.

—Sí, Juan Pablo Marat, replicó el zapatero, V. ha olvidado algo. V. iba á decirme los nombres de los tres principales queridos de la reina y solo me dijo el de dos, el duque de Coigny y el señor Adhemar. Ve V. que tengo buena memoria, pues no he olvidado esos nombres. Dígame el del tercero, porque confieso que me alegraría tener algo que contar sobre este asunto á mis camaradas esta tarde, y hará gran efecto la historia completa de los amores de la Austriaca.

—Así, así me gusta eso, muy bien; dijo Marat riendo y abriendo tamanca boca. Excelente cosa es sin duda tener su club, donde se pueden referir todas estas cosas acerca de la reina y de la corte. Por consiguiente, tengo un verdadero placer en comunicar á V. todo lo que sé, á fin de que V. lo propague, conviniendo como conviene que el pueblo de Paris sepa y hable de lo que pasa en Versailles y Saint Cloud.

—En Saint-Cloud? preguntó el zapatero. ¿Pués qué puede suceder allí? Ese no es mas que un cansado y viejo palacio de campo del rey.

—Todo lo contrario es ahora, esté V. seguro. No sabe que el bueno del rey Luis se lo ha dado á su esposa, para que establezca en él serrallo mas amplio y cómodo que el que tiene en Trianon? Esa miserable é inútil cueva de ratones donde se prostituyen la virtud, la honra y la dignidad de las mujeres y los hombres, el Trianon no brinda capacidad suficiente á los placeres de la Austriaca. Por eso, el bello y grande y noble palacio de los reyes de Francia, Saint-Cloud, ha caído en manos de la Austriaca. ¿Y sabe V. lo que ha hecho? Inmediato á la verja que divide el parque de Saint-Cloud, cerca de la entrada, ha hecho suspender un tablero en el que están expresadas las condiciones bajo las cuales se ha de permitir la entrada del pueblo en el parque.

—¡Tomal! dijo el zapatero con impaciencia. Nada de eso es nuevo. En todos los jardines reales hay tales tableros, y en todos se ordena al público, en nombre del rey, que no haga daño á los arbustos, ni pise el césped.

—Ya, eso está puesto en razon; ahí se ordena en nombre del rey; pero en Saint-Cloud se ordena y manda en nombre de la reina. Sí, sí, ahí puede verse en grandes letras sobre el tablero: "En nombre de la reina." No basta parece que un rey se siente en nuestra cerviz, que nos imponga su voluntad y nos ate de piés y manos; sino que debemos doblar la rodilla ante otro gobernante de la Francia, ante una que dicta leyes á su antojo, y se erige en soberana. Tenemos ahora un nuevo reglamento

de policía en nombre de la reina, es decir, dos cabezas que nos gobiernan y cuatro piés que nos oprimen el cuello. ¡Ah! digo á V. que la araña teje una tela primorosa! Principió la obra en el Trianon. Allí siempre se ha reglamentado en nombre de la reina; y como que ha dado buen resultado la ordenanza, extiende un poco mas las uñas, usurpa mas facultades, dicta reglas contra el pueblo, se apropia fincas que no le pertenecen, y no se propone ménos que abarcar gradualmente la Francia entera en sus traidores hilos.

—¡Qué picardía! Qué malicia! exclamó el zapatero hiriendo el aire con sus puños apretados.

—Lo peor es, hermano, que no es esto todo. Todavía va mas adelante la reina. Hasta ahora hemos estado acostumbrados á ver que los hombres son bastante bajos que se humillan ante la tiranía, visten la librea del rey, como monos que son; pero en Saint-Cloud, la guardia Suiza de las puertas, los siervos del palacio, en una palabra, toda la caterva cortesana, ya no visten sino la librea de la reina. Paséese V. ahora en el parque de Saint Cloud, y no creará que se halla en Francia ni en territorio Frances, se imaginará que está en una provincia Austriaca, donde una extranjera puede establecer un serrallo y dictar las leyes que le diere gana, sin que haya un pueblo virtuoso y noble que se alce contra ella y la eche por tierra.

—El pueblo, hermano Marat, observó Simon con seriedad, nada sabe sobre eso. Ignora casi por completo los vicios y locuras de la reina.

—Ahora bien, digámoselo al pueblo. Repita V. á todo el mundo cuanto yo le he contado, haga V. que todos sus amigos se ocupen de ello, y que lo propaguen.

—Por supuesto que lo haré así, por Dios que lo haré como V. dice. Pero, entre paréntesis, no me ha dicho el nombre del tercer amante.

—Tiene V. razon; el tercero... es el señor Besenval, inspector general de la guardia Suiza, general en jefe del ejército y comandante de la orden de San Luis. Ve V. que es de mucha ventaja para un hombre ser amante de la reina, porque de ese modo llega á una elevada posicion. Mientras vivió el rey Luis XV, ese monstruo de todos los vicios, Besenval, era solo coronel de la guardia Suiza, y lo mas que podia hacer era tomar parte de vez en cuando en las orgias de Ojo de Buey. Ahora, sin embargo, la reina de golpe y zumbido le ha elevado á un alto puesto. Saint Cloud y Trianon en cuerpo forman el Ojo de Buey donde María Antonietta celebra sus bacanales, siendo el tal inspector general uno de los principales directores de la jarana. ¿Qué le parece, hermano? ¿No cree V. eso muy lindo?

—Sí, doctor Marat, ya tengo una idea general de muchas cosas que ignoraba. Gracias por la bondad de V. en instruirme. Espero, sin embargo, que V. me refiera algo mas esta noche, porque por lo visto el cuento no tiene fin.

—Mucho que sí, muchísimo mas de esa especie contaré á V., porque los hechos y dichos de la reina siempre ofrecen amplio paño por donde cortar. Por desgracia no tengo tiempo ahora, que si no...

—Ya, ya, V. tiene que ver sus enfermos. No le detendré mas. Adios! mi querido doctor Marat. Hasta la noche.

Con esto volvieron á separarse nuestros dos raros personajes, desapareciendo el zapatero tras la esquina mas próxima. Esta vez Marat fué el que se quedó parado, mirando alejarse á su nuevo catequizo con la expresion de malicia y triunfo mas viva que puede imaginarse pintada en cada una de sus rudas facciones.

—Hasta ahora vamos bien, muy bien, dijo para sí moviendo pausadamente la cabeza como por resorte. Hé aquí el medio de ganar la tropa y el pueblo en favor de la libertad. Buen soldado puede sacarse del zapatero ese. Ya lleva entre pecho y espalda con que ganarse una compañía entera. Triunfad y derrochad, orgullosos Borbones; soñad en vuestras artesonados palacios, rodeados de vuestras guardias Suizas. Dormiros en la creencia que tenéis el poder en vuestras manos y que no hay quien pueda arrebatárosle. Ya llegará el día en que el pueblo os turbe el sueño, y en que el pequeño, despreciado y feo Marat, á quien nadie conoce hoy, que se arrastra en un establo como rata inmunda, os salga al encuentro, confronte su poder con el vuestro, os empuje y os haga caer temblando en el polvo. No se pasará día sin que yo y mis amigos ganemos secuaces contra vosotros. Bien que esa necia y loca de María Antonieta parece que se ha propuesto facilitarnos la patriótica tarea. Continúa con tus niflerías, ya llegará el tiempo en que las conductamos en pecados y crímenes, justificando tú misma así, sin quererlo, nuestros actos de venganza futura. Sí, bella reina, tú tienes tu guardia Suiza que te defiende. Para eso le pagas. Yo tengo mi lengua, que es mas fuerte que tú, que tus soldados, que tus esclavos, que tu prestigio de reina. Con mi lengua he jurado vencerte y te venceré y te humillaré á mis piés.

## CAPÍTULO II.

### MADAMA ADELAIDA.

HABIA vuelto á Versailles la reina María Antonieta de su paseo en coche por París. En todo el camino habia guardado un extraño silencio, habiendo solicitado en vano la duquesa de Polignac de animar á su amiga con conversaciones alegres y risueñas, y de despejar su altiva frente de nubes sombrías. Solo habia respondido María Antonieta con monosílabos y con sonrisas forzadas y despues se habia reclinado en un rincón de su carruaje, dirigiendo de cuando en cuando miradas melancólicas al cielo, cuyo diáfano y brillante azul no parecia tener entónces atractivo ninguno para ella.

Luego que se acercaron al gran patio del palacio de Versailles, el batir del tambor de la guardia Suiza, la presentacion de armas y el movimiento general que se siguió á la aproximacion de la reina, la despertaron al parecer de la profunda abstraccion en que habia estado sumergida y la hicieron erguirse y echar una mirada recelosa en torno de sí. Sucedió que su vista tropezó con el niño que llevaba en sus brazos la nodriza, en frente de ella, y que, con tamaños ojos abiertos contemplaba el cielo, como lo habia hecho ántes su madre.

Impelida de ardiente amor maternal, la reina le tendió los brazos al niño, lo estrechó contra su seno, é imprimió fogoso beso en sus labios de rosa, diciendo en tono bajo y tierno:

—Hijo mio! querido hijo mio! Hoy por la primera vez has hecho tu entrada en París y escuchado las aclamaciones del pueblo. Quiera Dios que mientras vivas, seas el objeto de su bienvenida, y nunca mas resuenen en tus oídos las palabras que se escaparon de los labios de aquel hombre atroz!

Tras estas palabras volvió á estrechar con efusion contra su pecho al duquesito de Normandía, olvidándose del todo que se hallaba en el carruaje; que allí inmediatamente en el abierto portal en respetuosa postura aguardaban el desembarco de la reina los caballeros y lacayos; que no habian cesado de batir los tambores, y que las guardias, como otras tantas estatuas, presentaban armas ante la puerta.

Aventuróse la duquesa de Polignac á indicar con medias palabras la necesidad de desmontarse, y la reina, todavía con el niño en los brazos, saltó con resolucion y ligereza del carruaje al suelo, sin dignarse aceptar el reves de la mano que le ofrecia el caballero mayor; y sonriendo alegremente y saludando á los chamberlanes, que formaban ala, pasó por medio, se metió en el palacio y á toda carrera subió la gran escalinata de mármol.

Seguía inmediatamente la duquesa de Polignac, mientras la princesa Teresa y el Delfín eran recibidos por sus damas de honor y conducidos á sus respectivos aposentos. La nodriza Normanda, sacudiendo la cabeza, corrió tras la reina, haciendo lo mismo los chamberlanes y damas de honor hasta la gran antecámara. Acostumbra la reina despedir á su séquito allí despues de un paseo en carruaje; pero el día de que hablamos, María Antonieta se habia metido de rondon en sus aposentos privados sin decir palabra y la puerta se habia cerrado tras ella.

—¿Qué harémos? preguntaron á los caballeros las camareras, recibiendo por respuesta solo encogimientos de hombros.

—Tendrémos que esperar; dijo al fin la marquesa de Mailly. Tal vez S. M. se acuerda de nosotras y tiene la bondad de permitir que nos retirémos.

—Y si lo olvida? observó la princesa de Chimay; aquí nos estaremos todo el día mientras se divierte la reina en el Trianon con las comedias fantásticas pastoriles.

—Eso es, dijo el principe de Castines encogiéndose de hombros. Hay fiesta hoy en el Trianon. Muy bien pues, puede suceder que se nos eche en olvido, y que, como la memorable mujer de Lot, nos quedemos aquí para desempeñar el ridículo papel de estatuas de sal.

—No por cierto, ahí viene nuestra salvadora, dijo la marquesa de Mailly señalando para un coche que á la sazón atravesaba la plaza del palacio. Se resolvió ayer en el consejo del conde de Provenza, que madama Adelaide hiciese un nuevo esfuerzo para traer la reina á la razon, y que entienda lo que sienta y lo que no dice en una reina de Francia. Ved, pues, de acuerdo con esa resolucion, madama Adelaide se presenta hoy en Versailles y hace una visita á su augusta sobrina.

Precisamente entónces el coche de la prin-

cesa Adelaide, hija de Luis XV, tia de Luis XVI, pasó la puerta grande y penetró en el vestibulo del palacio. Precedian al carruaje dos batidores de á caballo, dos lacayos venian de pié en la zaga y al estribo un paje á cada lado con libreas ricamente bordadas.

Ante el portal del medio, que solo podia usarlo la familia real, y que jamas habia sido hollado por uno de "bajo nacimiento," vino el coche á parar su carrera. Precipitáronse los lacayos á abrir la portezuela y una señora avanzada en años, algo gruesa, con cara irritable y bien marcada de viruelas, sin otra expresion que la de un orgullo desmedido y álzave soberana, desmontó con mucho trabajo, apoyada en los hombros de los pajes, y con no ménos dificultad subió los escalones que conducian al gran vestibulo.

Delante de ella ya habia saltado uno de los batidores, habia cubierto de alfombras la escalinata, y con su largo bordon tocaba á la puerta de la primer antecámara que conduce á los aposentos de la reina.

—Madama Adelaide! gritó él á cuanto le daba el pecho.

El grito lo repitió un lacayo en el mismo tono, abriendo prontamente la puerta de la segunda antecámara. Repitieron la palabra los chamberlanes y de boca en boca, llegó hasta el sitio donde se hallaba sentada María Antonieta.

No se encogió poco de hombros esta al oír el anuncio, pues la interrumpia una hechicera conversacion que sostenia á la sazón con la duquesa de Polignac, y al punto se le anubió el semblante.

En un arranque fogoso rodeó con sus brazos el cuello de su amiga, imprimió un beso apasionado en sus labios y le dijo:

—Adios, Julia! Ahí viene madama Adelaide. Buen disgusto y sinsabor me esperan. Quizas ella no se cure de esto, sin embargo, por lo mismo que no hay ninguno otro presente, fuerza es que nos separemos, mi querida amiga. Pero estarás lista para ir conmigo al Trianon, luego que me deje en paz madama Posma. La reina tiene que estarse aquí media hora con los brazos cruzados; mas se desquitará con usura, porque María Antonieta irá despues con Julia al Trianon y allí gastará medio día de placer con su marido y amigos.

—Y dejará un mundo de recuerdos en el corazón de sus amigos, agregó la duquesa con sonrisa hechicera. De seguida oprimiendo con sus labios la mano de la reina y despidiéndose de ella con gracia inimitable, desapareció por una puertecita que del camarín daba paso al corredor, en direccion de los aposentos que ocupaban los "hijos de la Francia."

A tiempo mismo que la puertecita se cerraba tras los anchos pliegues del vestido de la elegante y magestuosa duquesa, se abrieron de par en par ambos batientes de la entrada principal y las dos camareras de la reina se adelantaron al umbral é hicieron una reverencia profunda, de suerte que sus enaguas se dilataron como dos globos. Luego dieron un paso atrás, hicieron otra reverencia tan profunda que sus cabezas, con el peinado de pié y medio de alto, les cubrió el pecho.

—¡Madama Adelaide! dijeron á un tiempo y en el mismo tono; irguiéndose poco á poco

y colocándose á uno y otro lado de la puerta. Entónces se presentó la princesa en el umbral; quedándose detras de ella y en pié sus damas de honor y maestro de ceremonias, el gran chamberlan, pajes y caballeros.

Á la aparicion de las camareras, María Antonieta se habia colocado en medio de la cámara, y no pudo ménos de sonreirse luego que advirtió la confusion producida por la entrada imponente de la princesa.

Esta se adelantó algunos pasos, porque la reina no se apresuró á salirle al encuentro como quizas esperaba; con lo cual se aumentó su mal humor y no tomó asiento.

—Tal vez vengo á hora importuna para V. M.; dijo ella con forzada sonrisa.—¿Estaba la reina quizas á punto de partir para el Trianon á donde me dicen que el rey la ha precedido?

—¿Han dicho eso á V. A.? le preguntó la reina en tono risueño. Me maravilla la agudeza de los oídos de madama Adelaide que cogen en el aire cuanto rumor corre, al paso que los míos que son mas jóvenes no sienten las pisadas de la princesa cuando se acerca, de modo que me sorprende y deleita la inesperada aparicion de mi buena y amorosa tia.

Todas y cada una de estas palabras, dichas de una manera muy alegre y risueña, no parece sino que atravesaron la princesa como con una aguja invisible, y la hicieron morderse los labios; cual haria si hubiera querido ahogar un grito ó reprimir una exclamacion de cólera. Al hablar María Antonieta de lo agudos que habian sido siempre los oídos de madama Adelaide, habia hecho alusion no solo á su edad avanzada sino á su impertinente curiosidad, dos cosas que no perdonan jamas las mujeres.

—¿Quiere V. M. concederme el favor de una entrevista? preguntó madama Adelaide, confesándose incapaz de entrar en lucha de pullas con su aguda y mordaz sobrina.

—Con mucho gusto, contestó la reina ingenuamente; y depende de Madama que la entrevista sea privada ó pública.

—Pido á V. M. media hora de audiencia privada, dijo la princesa llena de enojo.

—¡Señoras, audiencia privada! dijo en alta voz la reina, al mismo tiempo que hacia señas con la mano á sus camareras de retirarse. Luego revolviendo sus grandes y brillantes ojos y dirigiéndose á los hombres en la antecámara, agregó:

—Mis caballeros, dentro de media hora el coche listo para ir al Trianon.

Se retiraron las camareras á la antecámara, cerrando la puerta tras sí.

La reina y madama Adelaide se quedaron solas.

—Sentémonos, si le place, dijo aquella señalando á esta para una silla de brazos, mientras la que hablaba tomó el asiento que ántes tenia, esto es, una otomana. V. A. tiene algo que decirme, hème aquí lista para escucharla.

—Pluguiera al cielo, dijo madama Adelaide con un suspiro, que V. M. no solo escuchase mis palabras, sino que las tomara en consideracion.

—Si lo merecen, claro que sí; repuso la reina sonriendo.

—Toma que sí lo merecen, continuó diciendo la princesa; pues que mis palabras se encami-



nan á la paz, á la tranquilidad y al buen nombre de la familia. Permittedme, señora, que ante todo desempeñe la misión de que estoy encargada. Mi buena y piadosa hermana, madama Luisa, me ha dado esta carta para V. M. y en su nombre pido á nuestra augusta sobrina que la lea desde luego en mi presencia.

Diciendo esto sacó del ridículo que colgaba de su brazo por un cordón de seda, una carta sellada y la entregó á la reina.

No extendió la mano María Antonietta para recibirla; ántes sacudió la cabeza con tal vehemencia, que retumbó su alto tocado y dijo:

—Ruegos, señora, me perdoneis si no recibo esa carta de la priora del convento de las Carmelitas en San Dionisio. Sabe muy bien V. A. que cuando el año pasado me mandó madama Luisa una carta por conducto de V. A., carta que leí, hice propósito de no leer cartas de ella. Tened, pues, la bondad de devolverla á la remitente.

—V. M. sabe que esta es una afrenta dirigida contra una princesa de Francia!

—Lo que sé es, que esa carta que recibí el año pasado de madama Luisa, fué una afrenta dirigida por la princesa contra la reina de Francia, y que es fuerza que yo proteja la majestad de mi carácter de la repetición de semejantes actos. Incuestionablemente esta carta es la copia de la otra. Aquella contenía inculpaciones que envolvían una abierta condenación y consejos tales que equivalían á poco menos que calumnias. ¿Y qué otra cosa puede contener esta que V. A. se toma la molestia de traerme?

—Ya, exclamó madama Adelaida colérica; no es dudoso el contenido de esta carta sea parecido al de la anterior, porque por desgracia, las causas que le obligaron á escribir la primera, aun subsisten y no debemos sorprendernos si los efectos son idénticos.

—¡Ojalá! Eso quiere decir en pocas palabras que V. A. sabe el contenido de la carta, y que V. A. de seguro me disculpa si no la leo. Apostaría que se escribió en presencia de V. A. en la sagrada celda de la priora. Eso está bueno; ella dió de manos por breve rato á los ruegos por el alma del rey difunto, á fin de ocuparse de cosas mundanales y dar oídos á las calumnias que madama Adelaida, el conde de Provenza, el cardenal de Rohan, ó algun otro de los enemigos de mi persona, se atreven en lanzar contra la reina de Francia.

—¡Calumnias! repitió la princesa brillándole los ojos de la cólera. Pluguiese á Dios, señora, que solo fuesen calumnias lo que oímos, que no fuesen mas que acusaciones vagas, y no hechos reales, todo lo que pasa, nos molesta é inquieto!

—Y tendría V. A. la amabilidad de comunicarme esos hechos? repuso la reina tranquila y sonriendo, con lo cual se aumentó la ira de la princesa.

—Son de tan diferente especie esos hechos, replicó ella en destemplado tono; que sería difícil escoger uno por separado. Los trae á luz cada día, cada hora de la vida de V. M.

—¡Ah! exclamó María Antonietta con afectada naturalidad. No me pasaba por la mente que V. A. se ocupase tanto de mí.

—Ni yo podía imaginarme, señora, que su frivolidad fuese tal que día tras día quebrantase

las leyes, las costumbres y los usos que se tienen por sagrados. Si, los quebrantais, los quebrantais; os burlais de todo lo establecido, con la misma falta de juicio con que un niño juega con el fuego, y no sabe que la llama puede reventar y consumirle. Señora, he venido aquí á advertirla de nuevo y por la última vez.

—¡Dios sea loado porque es la última vez! exclamó la reina con expresion encantadora.

—Conjuro á V. M. por su propio bien, por el de su marido, por el de sus hijos, que cambie de conducta. Tome V. M. mi consejo: deje V. M. el camino peligroso por donde corre á inevitable destrucción.

Aquí se anubló el semblante de la reina, hace poco tan risueño y animado. Su perpétua sonrisa se trocó en extraña seriedad, volviendo el orgullo á reinar soberano en su erguida cabeza y en sus ojos brillantes.

—Madama, dijo, hasta ahora me he sentido dispuesta á escuchar vuestras duras filípicas con la serena indiferencia de la inocencia, y á no olvidar el respeto que se debe á la edad, como tampoco que es propio de la vejez ver siempre por el lado malo cuanto hace y dice la juventud. Pero V. A. me obliga á tomar el asunto por lo serio, porque invocando el nombre de mi marido é hijos, es lo mismo que tocar á la puerta de mi corazón. Ahora, bien, madama, dígame, ¿de qué se me acusa?

—Se acusa á V. M. de frivolidad en todos sus actos, de imprevisión culpable, de entregarse á necios placeres, de extravagancia, de amor al lujo, de mezclarse en la política, de jovialidad immoderada, del prurito de las tertulias, de...

Esta ensarta de acusaciones la interrumpió María Antonietta con una carcojada tan ingenua y sonora como inesperada, con cuyo motivo la princesa quedó mas corrida y enojada de lo que puede expresarse con palabras.

—Sí, continuó ella, V. M. es frívola, porque supone que la vida de una reina ha de pasarse en los placeres, en cantar y reír. V. M. es imprevisora, porque no descubre que las flores del día de verano en que se deleita, encubren un abismo, al cual riendo y danzando corre V. M. Se entrega V. M. á placeres necios, en vez de pasar su vida en el encierro, en la meditación devota, en el ejercicio de la beneficencia y la piedad, como conviene á una reina de Francia. Es manirotta V. M., porque da V. M. la renta de Francia á sus favoritas, á la familia de Polignac, la cual, segun cálculo, recibe ella sola la vigésima parte de las rentas del Estado; á esos señores y señoras de vuestra llamada "sociedad," alimentándoles su inclinación á las cosas frívolas y permitiéndoles enriquecerse á costa vuestra. Ama el lujo V. M. no creyendo indigno de su posición pasarse horas enteras con las modistas; consintiendo que un hombre os aderece el cabello, y que vaya despues al camarín de las damas parisienses, y aderece el cabello de estas con las mismas manos que aderezo el de una reina, dando así ocasion á que imiten los peinados de la soberana de Francia. Y ¿qué peinado es ese que inventado por una reina y bautizado con un nombre extraño, recorre todo París, toda la Francia, y el resto de la Europa?

—Ya, dijo María Antonietta con afectada expresion de horror, y es que algunos de los tales peinados andan con horribles nombres. Por

ejemplo.—peinado de los frenos del cerdo, peinado de la mordida de pulga, el perro moribundo, la llama del amor, el gorro de la modestia, el...

—El peinado de la tertulia de una reina, añadió la princesa interrumpiendo á su sobrina. El peinado del nido del amor de María Antonietta. Si, hemos venido á parar en esto, en que se dé á las modas el nombre de la reina, y que todo se revista de un baño de ligereza, de modo que la gente de seso y honrada de París, no sabe qué hacerse con las mujeres jóvenes, las cuales no piensan en otra cosa que en las modas de la reina y de la corte, huyen de toda ocupacion noble y seria, y pasan la vida en el sarao y la disipacion. Os he probado, y me prometo que no podreis negarlo, señora, que esta degeneracion de las costumbres, engendrada por el amor del lujo, tienen su origen en V. M. y en ninguna otra; que no es solo censurable vuestra extravagancia en el bien parecer, sino vuestra coqueteria, vuestra jovialidad, y las nunca oidas ni descriptibles orgías en que toma parte la reina de Francia, y á que arrastra hasta á su marido, el rey, el hijo mayor de la Iglesia.

—¿Qué quiere decir con eso V. A. ¿preguntó la reina. ¿De qué orgías habla?

—De las que se celebran en el Trionan, con perversion de todos los usos y buenas costumbres. De las orgías en que la misma reina se transforma en pastora y permite que las señoras de la corte, que no deben aparecer ante ella sino de rodillas y los ojos bajos, vistan el propio traje y se igualen con la reina. Hablo de las orgías en que el rey, encantado por los encantos de su esposa, arrastrado por su coqueteria, hasta tal punto se olvida de su augusta y elevada posición, que toma parte en diversiones tan necias y sufre que otros se vistan de mogganga en su presencia. Y esta reina, cuyas carcajadas resuenan en los bosques del Trionan, que á veces se divierte imitando los mugidos de las vacas y los balidos de las cabras, esa reina, digo, en seguida asume los aires de un estadista, y no tiene empacho de meter las mismas manos con que hace poco se entretenia en arreglar un peinado de capricho, en la complicada máquina del estado, interrumpir sus preparativos de fiesta por enredarse en la política, prescindir de los ministros antiguos y probados, para reemplazarlos con sus amigos y favoritos particulares, y, en una palabra, hacer el rey el mero ejecutor de sus antojos.

—Madama, dijo la reina levantándose, y con ojos chispeantes de la cólera; Madama, basta, ya traspasais los límites del respeto, que aun la princesa de la real casa, debe á su soberana. Os he permitido que sujetaséis mi vida pública, mis placeres, mis gustos, mis trajes á vuestra amarga crítica, pero no consentiré que penetreis en el santuario de mi vida privada, en mis relaciones con mi marido, ni mucho menos que me toqueis al honor. Decis que tengo favoritos. Nombradlos, exijo de vos que los nombreis; y si vos podeis probar que hay un hombre á quien yo maestre mas favor del que puede mostrar una reina indulgente á un criado cualquiera, á un vasallo honrado y leal, deseo que comuniquéis su nombre al rey, y que se investigue el asunto sin miramiento alguno.

Tengo amigos; sí, ¡gracias al cielo! tengo amigos que hacen una gran estimacion de mí, amigos listos á todas horas á dar la vida por su reina. Tengo criados fieles y buenos. ¿Pero donde está el que puede decir que María Antonietta tiene lícitos amores? Mi único amante ha sido el rey, mi esposo, y espero en Dios de que lo será mientras me dure la vida. Hé aquí, sin embargo, lo que no me perdonarán nunca mis tias las princesas, el conde de Provenza y toda la camarilla de la corte. He alcanzado la dicha de robar el corazón de mi esposo. A despecho de las calumnias é intrigas, el rey se dignó reposar la mirada en la pobre jóven que se hallaba solitaria cerca de él, á quien se le habia enseñado á tener en poco, si no ya á despreciar, y descubrió entónces que ella no era tan simple, estúpida y fea como se la habian pintado. Empezó pues á observarla y luego, Dios sea loado, pasó por alto que era de sangre Austriaca, y que su predecesor se la habia impuesto por sus fines particulares. Su corazón ardió en el amor de María Antonietta, y ella recibió ese cariño como un don del cielo, como la bendicion de su existencia. Si, señora, puedo decirlo con orgullo y júbilo, el rey me ama, tiene confianza en mí, razon por la cual su esposa se halla siempre mas cerca de él que sus altivas tias, por qué ella le merece mas confianza y por qué la prefiere para aconsejarse. Pero hé aquí, repito, la ofensa que nunca se me perdonará: me ha tocado en suerte desvanecer la influencia que mis enemigos y contrarios ejercian sobre mi marido. Ya ha pasado el tiempo en que Madama Adelaida podia monopolizar la atencion del rey, para acusarme, llena de pasion y cólera, de crímenes inauditos, que no tenian otra base sino mis ataques á una envejecida etiqueta, cuyas ligaduras he querido aflojar. Ya ha pasado el tiempo en que Madama Luisa podia esperar lanzarme de su sagrada celda por un arranque de ira y que doblase la rodilla en su presencia. Ha pasado ya sobradamente la época, en que le era permitido al conde de la March acusar á la reina ante el rey de haberse levantado en tiempo de contemplar la salida del sol en Versailles, en compañía de toda su corte. El rey me ama, y Madama Adelaida ha dejado de ser su consejero político; los ministros ya no serán nombrados por ella, y sin apelar á su juicio se resuelven las grandes cuestiones de gabinete. Sé que este es otro delito que me achacais, el que ya me han hecho expiar vuestras calumnias y sospechas. Sé que el conde de Provenza no tiene á ménos lanzar epigramas y folletos contra su cuñada y soberana, epigramas y folletos que derrama por todo París por medio de sus crenturas. Sé que tienen la bienvenida en sus salones todos los enemigos de la reina, que se me acusa en ellos sin miramiento ni freno, y que allí se forjan las armas con que se me ataca. Pero cuidado no se vuelvan esas armas contra vos. Sois vos quien pone en peligro el reino, vos quien socava el trono, porque no reparais en presentar el ejemplo de que nada hay sagrado para vos, que ya no hay dignidad bajo el solio, que puede infamarse con insinuaciones viles. Sois vos, en una palabra, quien arroja dardos emponzoñados á la cabeza de los que llevan la corona de San Luis. Si, todos vosotros, tias y hermanos del rey, toda

la caterva de íntimos y ociosos servidores, todos vosotros estais minando la monarquía, porque os olvidais de que la extranjera, la Austriaca, como la llamais, es la reina de Francia, vuestra soberana, vuestra señora, y que vosotros no sois mas que sus vasallos. ¡Vosotros sois criminales, vosotros sois traidores!

—Madama! exclamó la princesa; madama, qué lenguaje es ese?...

—Este es el lenguaje de una mujer en réplica á su calumniadora, el lenguaje de una reina á sus vasallos rebeldes. Madama, tened la bondad de no replicarme otra vez. Habiéis venido al palacio de vuestra soberana á acusarla y ella os contesta como conviene á su rango. Nuestra conversacion ha terminado. Me pedisteis una audiencia privada de media hora y ha pasado el tiempo sobradamente. Adios, madama; mi coche está listo y parto para el Trianon. Nada diré, sin embargo, al rey del nuevo ataque que acabais de dirigirme, y prometo olvidarlo y aun perdonaros el atrevimiento.

Hizo un ligero saludo con la cabeza, dió media vuelta y con soberano porte y aire altivo, salió del cuarto.

La siguió la princesa Adelaida con ojos en que se pintaba un odio profundo, y levó tan adelante el olvido de sí misma, que alzó el puño en actitud amenazadora hacia la puerta por la cual acababa de desaparecer la noble presencia de la reina.

—Pero yo no olvidaré ni perdonaré; dijo ella entre sí. Me vengaré de esta orgullosa impudente que se atreve á amenazarme, me desafia y se llama mi soberana. Ved, esta Austriaca soberana de una princesa real de Francia! Ya le enseñaré cuáles son los límites de su poder, cuáles los límites de la Francia. Se volverá al Austria. Nosotros no necesitamos esta Austriaca que osa desafiar nuestra autoridad.

Aunque habia sido orgulloso y altanero el porte de la reina con madama Adelaida, no bien entró ella en su alcoba y cerró la puerta que la separaba de su enemiga, cuando se desplomó en una silla gimiendo y saltó de sus ojos un torrente de lágrimas.

—¡Ah! Campan! Campan! exclamó en tono de honda amargura. ¿Qué es lo que me he visto obligada á oír? Con qué palabras han osado dirigirse á la reina de Francia?

La señora Campan, la camarera mayor, que acababa de entrar en la alcoba de porcelana, corrió al lado de su ama, y cayendo de rodillas, llevó á sus labios la mano que esta habia dejado colgando.

—¡Llora V. M.! dijo con su voz dulce y simpática. Ha dado V. M. á la princesa la satisfacción de saber que ha logrado arrancar lágrimas de la reina de Francia y enrojecido sus bellos ojos!

—No, no le daré ese gusto; contestó la reina levantándose al punto y enjugando sus lágrimas. Reiré. ¿Y por qué habia de llorar? Ella trató de affigirme, de herirme. Pero yo la he affigido y la he herido de modo que no es probable sane pronto.

—Pues qué; V. M. ha castigado á la princesa? preguntó madama Campan agitada.

—Sí, replicó Maria Antonietta triunfante. La he castigado, he herido su orgullo, porque le he hecho entender que yo soy la reina de Francia y ella mi vasalla. Le he dicho además, que

sus calumnias contra la reina son ni mas ni ménos delitos de alta traición.

—¡Ah! exclamó madama Campan. Nunca perdonará eso la orgullosa princesa. Se ha convertido V. M. en su enemiga irreconciliable y hasta que se vengue de V. M. no cesará de mover cielo y tierra.

—Que se vengue sí quiere; repuso la reina cuyo semblante empezó á animarse de nuevo. No la temo ni á toda su casta. Todas sus zetas caerán á mis piés rotas, porque me protegen y hacen inmune el amor de mi marido y la pureza de mi conciencia. ¿Y qué es lo que podrán realizar esas gentes en mi daño? Me pueden calumniar, he aquí todo; pero tarde que temprano, se descubrirán sus calumnias, se verá que han mentido, y nadie las creerá bajo su palabra.

—¡Ay! Cómo se advierte que V. M. no conoce lo malo que es el mundo! dijo suspirando Campan. Por lo visto V. M. no cree que los buenos son tímidos y los malos impudentes. Ignora V. M. que estos tienen en sus manos los medios para extraviar la opinion pública y que á los buenos les falta valor para enderezarla por el camino de la verdad y la justicia. Por otra parte, la opinion es un monstruo que establece acusacion, juzga, falla, sentencia y castiga de la manera mas sumaria del mundo. No se cura de la persona que persigue, suscita contra ella un enemigo mas potente que un ejército entero, y es mas implacable que la misma muerte.

—¡Ay! exclamó la reina levantando la cabeza con orgullo, yo no le temo á ese enemigo. No se atreverá á atacarme; antes se encogerá y humillará ante mi mirada como se abate el leon cuando confronta la vista de una virgen. Soy pura é inocente. Le comprometí mi fe á mi marido antes que él me amase, ¡la que brantaré pues ahora que me ama y es el padre de mis queridos hijos? Pero basta de cosas desagradables que manchan hasta de mencionarlas. Con qué espléndidez brilla el sol! Nos esperan en el Trianon. Vamos, Campan, vamos, la reina adoptará el traje de una esposa feliz.

Maria Antonietta pasó por delante de su camarera y entró en su camarín seguida de esta suspirando y sacudiendo la cabeza; y trató de aflojarse el corsé de la bata con sus propias manos, para ver de librarse del inmenso tontillo que tenia como en prision sus torneadas formas.

—Afuera con este traje de ceremonia y batas reales; dijo dejando caer sus tiesas ropas y quedándose en pié con un camisolin blanco y fino, que mostraba al descubierto sus brazos y hombros. Dame, Campan, un vestido de muselina blanco y camisa de gasa.

—¿Qué, volverá V. M. á presentarse en ese traje? preguntó la camarera suspirando.

—Toma que sí, exclamó ella. ¿No ves que voy al Trianon, á mi favorito retiro? Debes saber, Campan, que el rey me ha prometido pasar conmigo en el Trianon todas las tardes de una semana y que ahí vamos á gozar de la vida, de la naturaleza y de la soledad. Así que, por toda una semana el rey solo será rey por la mañana, por la tarde un molinero decente en la aldea de Trianon. ¿Qué tal, Campan? no crees esa una feliz idea? Y no con-

prendes que no puedo ir al Trianon en otro traje que en uno ligero y blanco?

—Entiendo, mi reina y señora; pero me ocurre que los traficantes de Leon acaban de presentar un memorial á V. M. en que se quejan de la decadencia de la manufactura de la seda y atribuyen la causa á la preferencia de V. M. por el vestido blanco, pues que las señoras de la corte se creen en la obligacion de seguir el ejemplo de su reina y dan de manos á los trajes de seda.

—Y no sabes, que madama Adelaida misma ha apoyado ese ridiculo memorial de los fabricantes Leoneses, corriendo que yo uso muselina blanca, porque quiero servir á mi hermano el emperador José, y he dispuesto se traiga esa mercancía de los Países Bajos? Ah! Dejemos esas necedades á los malignos y á los estúpidos. No serán bastantes á impedir que use vestidos blancos y sea feliz en el Trianon. Un traje blanco, pronto, Campan.

—Perdóneme V. M., pero debo ántes llamar las azafatas; contestó madama Campan encaminándose á la puerta de la alcoba.

—¡Ay! ¿Para qué tanto aparato! exclamó la reina suspirando. ¿Es posible que yo no me vea libre de los grillos de la etiqueta? Porque no has de poder tú, Campan, echarme un vestido por la cabeza?

—No soy mas que un ser desvalido y pobre, y temo las enemigas. No me perdonarian nunca esas señoras, si yo usurpase sus derechos y las separase de la adorada persona de la reina. Es su deber y su derecho vestir á V. M. y calzalar los zapatos. Ruego, pues, me deis vuestro permiso para llamar á las azafatas.

—Bien, llámalas; dijo la reina con repugnancia. Llevaré aquí en Versailles estos grillos hasta el ultimo momento; ya me desquitaré en el Trianon. De seguro que allá me aguarda el desquite.

Un cuarto de hora mas tarde la reina ya estaba acicalada en su nuevo traje y al punto salió del tocador. Habian desaparecido el tieso tontillo, el corsé de huesos de ballena, con las largas puntas salientes y el empinado tocado que habia hecho Leonard por la mañana y era obra maestra del arte del peluquero. Ahora un traje blanco, adornado con un solo volante, á modo de tapapié, en anchos pliegues distribuidos con gusto, caía sobre sus académicas formas, que habia ocultado y desfigurado el traje riguroso de ceremonia. Rodeaba el busto un soio corpiño de batista, sujeto sobre el hombro izquierdo por una banda azul, cuyas largas puntas flotaban al aire. La bocamanga era ancha, ligada con melindre angosto, bajaba hasta la muñeca, pero á través del fino género podia descubrirse el brazo torneado y blanco, y el triángulo de gaza blanca que se habia echado en el desnudo cuello, tampoco velaba completamente los contornos de sus mórbidos hombros y bien formado busto. El cabello, privado de las postizas armaduras que tanto desfiguraban la cabeza de la reina, casi desprovisto de polvo, formaba un pequeño rulo en su altiva frente, y caía luego sobre la espalda en ricos bucles castaños, sobre los cuales solo se habia soplado un poco de polvo. Llevaba al brazo un sombrero de paja grande y redondo, por los barboquejos de cinta azul, y las blanquísimas y finas manos las ocultaba en mi-

tones de seda negra. Así, con semblante radioso, las mejillas encendidas, los rojos y llenos labios contraídos de la sonrisa, todo inocencia, alegría y animacion, entró Maria Antonietta en la sala de recibo, donde la esperaba la duquesa de Polignac, acicalada en traje parecido.

Al verla la reina corrió hácia ella desalada como una muchacha de escuela, y con la ternura de una hermana enlazó su brazo derecho con el izquierdo de su amiga.

—Vamos, Julia, le dijo con calor, dejemos el mundo y entremos en el paraíso.

—¡Ah! contestó la duquesa riendo, le tengo miedo al paraíso. Me horroriza la serpiente.

—No encontrarás serpientes allí, Julia, repuso la reina apretando el brazo de la duquesa. Apóyate en mí, amiga mía, y ten por seguro que te defenderé contra toda serpiente y allamaña.

—Ah! No es por mí sino por mi adorada por lo que temo á la serpiente. ¿Qué soy yo para ella? Al contrario V. M., está expuesta á sus ataques.

—¡Ay! Julia, dijo la reina suspirando; por qué cuando estamos solas me hablas en el tono seco y frío de los cortesanos? ¿Por qué no has de olvidar un poco la etiqueta cuando nadie nos oye?

—Olvida V. M., replicó la duquesa riendo, que estamos en Versailles y que las paredes oyen.

—Cierto, dijo la reina volviendo á su alegre humor. Estamos en Versailles; por eso te perdono tu estilo ceremonioso. Vamos, apresurémonos á salir de este palacio orgulloso y solemne, y gocemos de la sociedad de la hermosa naturaleza, donde no hay paredes que oyan, sino Dios que sonrie y bendice sus criaturas. Adelante, Julia.

Empujó á la duquesa por la puerta del lado al corredor pequeño, y de allí á la escalera inmediata, por donde atravesando un patio, salieron al parque, á través de una portezuela privada del palacio. Delante de esta se hallaba la berlina de la reina, junto de la cual, en pié y con el sombrero en la mano, aguardaban el caballero mayor y varios lacayos.

Maria Antonietta saltó al carruaje como una gacela y luego extendió su mano á la duquesa para que subiera.

—¡Aguja! aguja! repitió dirigiéndose al cochero.

Y los caballos partieron al trote.

## CAS CAPITULO III.

### TRIANON.

¡VOLAD, corceles, volad! Llevad á la reina de Francia lejos del grave y ceremonioso Versailles; del palacio de los reyes, donde todo respira exaltacion, grandeza y frialdad; llevadla al pequeño, sencillo y lindo Trianon,—á ese trasunto del paraíso, donde todo es inocencia, sencillez y paz; donde la reina puede ser mujer, y feliz tambien; y donde la joven Austriaca tiene derecho de desterrar la etiqueta y vivir de acuerdo con sus inclinaciones, sus deseos y su humor.

Verdaderamente no parece sino que los cor-

la caterva de íntimos y ociosos servidores, todos vosotros estais minando la monarquía, porque os olvidais de que la extranjera, la Austriaca, como la llamais, es la reina de Francia, vuestra soberana, vuestra señora, y que vosotros no sois mas que sus vasallos. ¡Vosotros sois criminales, vosotros sois traidores!

—Madama! exclamó la princesa; madama, qué lenguaje es ese?...

—Este es el lenguaje de una mujer en réplica á su calamiadora, el lenguaje de una reina á sus vasallos rebeldes. Madama, tened la bondad de no replicarme otra vez. Habiéis venido al palacio de vuestra soberana á acusarla y ella os contesta como conviene á su rango. Nuestra conversacion ha terminado. Me pedisteis una audiencia privada de media hora y ha pasado el tiempo sobradamente. Adios, madama; mi coche está listo y parto para el Trianon. Nada diré, sin embargo, al rey del nuevo ataque que acabais de dirigirme, y prometo olvidarlo y aun perdonaros el atrevimiento.

Hizo un ligero saludo con la cabeza, dió media vuelta y con soberano porte y aire altivo, salió del cuarto.

La siguió la princesa Adelaida con ojos en que se pintaba un odio profundo, y llevó tan adelante el olvido de sí misma, que alzó el puño en actitud amenazadora hacia la puerta por la cual acababa de desaparecer la noble presencia de la reina.

—Pero yo no olvidaré ni perdonaré; dijo ella entre sí. Me vengaré de esta orgullosa impudente que se atreve á amenazarme, me desafia y se llama mi soberana. Ved, esta Austriaca soberana de una princesa real de Francia! Ya le enseñarémos cuáles son los límites de su poder, cuáles los límites de la Francia. Se volverá al Austria. Nosotros no necesitamos esta Austriaca que osa desafiar nuestra autoridad.

Aunque habia sido orgulloso y altanero el porte de la reina con madama Adelaida, no bien entró ella en su alcoba y cerró la puerta que la separaba de su enemiga, cuando se desplomó en una silla gimiendo y saltó de sus ojos un torrente de lágrimas.

—¡Ah! Campan! Campan! exclamó en tono de honda amargura. ¿Qué es lo que me he visto obligada á oír? Con qué palabras han osado dirigirse á la reina de Francia?

La señora Campan, la camarera mayor, que acababa de entrar en la alcoba de porcelana, corrió al lado de su ama, y cayendo de rodillas, llevó á sus labios la mano que esta habia dejado colgando.

—¡Llora V. M.! dijo con su voz dulce y simpática. Ha dado V. M. á la princesa la satisfacción de saber que ha logrado arrancar lágrimas de la reina de Francia y enrojecido sus bellos ojos!

—No, no le daré ese gusto; contestó la reina levantándose al punto y enjugando sus lágrimas. Reiré. ¿Y por qué habia de llorar? Ella trató de affigirme, de herirme. Pero yo la he affigido y la he herido de modo que no es probable sane pronto.

—Pues qué; V. M. ha castigado á la princesa? preguntó madama Campan agitada.

—Sí, replicó Maria Antonieta triunfante. La he castigado, he herido su orgullo, porque le he hecho entender que yo soy la reina de Francia y ella mi vasalla. Le he dicho además, que

sus calumnias contra la reina son ni mas ni ménos delitos de alta traición.

—¡Ah! exclamó madama Campan. Nunca perdonará eso la orgullosa princesa. Se ha convertido V. M. en su enemiga irreconciliable y hasta que se vengue de V. M. no cesará de mover cielo y tierra.

—Que se vengue sí quiere; repuso la reina cuyo semblante empezó á animarse de nuevo. No la temo ni á toda su casta. Todas sus zacetas caerán á mis piés rotas, porque me protegen y hacen immune el amor de mi marido y la pureza de mi conciencia. ¿Y qué es lo que podrán realizar esas gentes en mi daño? Me pueden calumniar, he aquí todo; pero tarde que temprano, se descubrirán sus calumnias, se verá que han mentido, y nadie las creerá bajo su palabra.

—¡Ay! Cómo se advierte que V. M. no conoce lo malo que es el mundo! dijo suspirando Campan. Por lo visto V. M. no cree que los buenos son tímidos y los malos impudentes. Ignora V. M. que estos tienen en sus manos los medios para extraviar la opinion pública y que á los buenos les falta valor para enderezarla por el camino de la verdad y la justicia. Por otra parte, la opinion es un monstruo que establece acusacion, juzga, falla, sentencia y castiga de la manera mas sumaria del mundo. No se cura de la persona que persigue, suscita contra ella un enemigo mas potente que un ejército entero, y es mas implacable que la misma muerte.

—¡Ay! exclamó la reina levantando la cabeza con orgullo, yo no le temo á ese enemigo. No se atreverá á atacarme; antes se encogerá y humillará ante mi mirada como se abate el leon cuando confronta la vista de una virgen. Soy pura é inocente. Le comprometí mi fe á mi marido antes que él me amase, ¡la que brantaré pues ahora que me ama y es el padre de mis queridos hijos? Pero basta de cosas desagradables que manchan hasta de mencionarlas. Con qué espléndidez brilla el sol! Nos esperan en el Trianon. Vamos, Campan, vamos, la reina adoptará el traje de una esposa feliz.

Maria Antonieta pasó por delante de su camarera y entró en su camarín seguida de esta suspirando y sacudiendo la cabeza; y trató de aflojarse el corsé de la bata con sus propias manos, para ver de librarse del inmenso tontillo que tenia como en prision sus torneadas formas.

—Afuera con este traje de ceremonia y batas reales; dijo dejando caer sus tiesas ropas y quedándose en pié con un camisolin blanco y fino, que mostraba al descubierto sus brazos y hombros. Dame, Campan, un vestido de mujelina blanco y camisa de gasa.

—¿Qué, volverá V. M. á presentarse en ese traje? preguntó la camarera suspirando.

—Toma que sí, exclamó ella. ¿No ves que voy al Trianon, á mi favorito retiro? Debes saber, Campan, que el rey me ha prometido pasar conmigo en el Trianon todas las tardes de una semana y que ahí vamos á gozar de la vida, de la naturaleza y de la soledad. Así que, por toda una semana el rey solo será rey por la mañana, por la tarde un molinero decente en la aldea de Trianon. ¿Qué tal, Campan? no crees esa una feliz idea? Y no com-

prendes que no puedo ir al Trianon en otro traje que en uno ligero y blanco?

—Entiendo, mi reina y señora; pero me ocurre que los traficantes de Leon acaban de presentar un memorial á V. M. en que se quejan de la decadencia de la manufactura de la seda y atribuyen la causa á la preferencia de V. M. por el vestido blanco, pues que las señoras de la corte se creen en la obligacion de seguir el ejemplo de su reina y dan de manos á los trajes de seda.

—Y no sabes, que madama Adelaida misma ha apoyado ese ridiculo memorial de los fabricantes Leoneses, corriendo que yo uso mujelina blanca, porque quiero servir á mi hermano el emperador José, y he dispuesto se traiga esa mercancia de los Países Bajos? Ah! Dejémos esas necedades á los malignos y á los estúpidos. No serán bastantes á impedir que use vestidos blancos y sea feliz en el Trianon. Un traje blanco, pronto, Campan.

—Perdóneme V. M., pero debo ántes llamar las azafatas; contestó madama Campan encaminándose á la puerta de la alcoba.

—¡Ay! ¿Para qué tanto aparato! exclamó la reina suspirando. ¿Es posible que yo no me vea libre de los grillos de la etiqueta? Porque no has de poder tú, Campan, echarme un vestido por la cabeza?

—No soy mas que un ser desvalido y pobre, y temo las enemigas. No me perdonarian nunca esas señoras, si yo usurpase sus derechos y las separase de la adorada persona de la reina. Es su deber y su derecho vestir á V. M. y calzalar los zapatos. Ruego, pues, me deis vuestro permiso para llamar á las azafatas.

—Bien, llámalas; dijo la reina con repugnancia. Llevaré aquí en Versailles estos grillos hasta el ultimo momento; ya me desquitare en el Trianon. De seguro que allá me aguarda el desquite.

Un cuarto de hora mas tarde la reina ya estaba acicalada en su nuevo traje y al punto salió del tocador. Habian desaparecido el tieso tontillo, el corsé de huesos de ballena, con las largas puntas salientes y el empinado tocado que habia hecho Leonard por la mañana y era obra maestra del arte del peluquero. Ahora un traje blanco, adornado con un solo volante, á modo de tapapié, en anchos pliegues distribuidos con gusto, caia sobre sus académicas formas, que habia ocultado y desfigurado el traje riguroso de ceremonia. Rodeaba el busto un soio corpiño de batista, sujeto sobre el hombro izquierdo por una banda azul, cuyas largas puntas flotaban al aire. La bocamanga era ancha, ligada con melindre angosto, bajaba hasta la muñeca, pero á través del fino género podia descubrirse el brazo torneado y blanco, y el triángulo de gaza blanca que se habia echado en el desnudo cuello, tampoco velaba completamente los contornos de sus mórbidos hombros y bien formado busto. El cabello, privado de las postizas armaduras que tanto desfiguraban la cabeza de la reina, casi desprovisto de polvo, formaba un pequeño rulo en su altiva frente, y caia luego sobre la espalda en ricos bucles castaños, sobre los cuales solo se habia soplado un poco de polvo. Llevaba al brazo un sombrero de paja grande y redondo, por los barboquejos de cinta azul, y las blanquísimas y finas manos las ocultaba en mi-

tones de seda negra. Así, con semblante radioso, las mejillas encendidas, los rojos y llenos labios contraídos de la sonrisa, todo inocencia, alegría y animacion, entró Maria Antonieta en la sala de recibo, donde la esperaba la duquesa de Polignac, acicalada en traje parecido.

Al verla la reina corrió hácia ella desalada como una muchacha de escuela, y con la ternura de una hermana enlazó su brazo derecho con el izquierdo de su amiga.

—Vamos, Julia, le dijo con calor, dejemos el mundo y entremos en el paraíso.

—¡Ah! contestó la duquesa riendo, le tengo miedo al paraíso. Me horroriza la serpiente.

—No encontrarás serpientes allí, Julia, repuso la reina apretando el brazo de la duquesa. Apóyate en mí, amiga mía, y ten por seguro que te defenderé contra toda serpiente y allamaña.

—Ah! No es por mí sino por mi adorada por lo que temo á la serpiente. ¿Qué soy yo para ella? Al contrario V. M., está expuesta á sus ataques.

—¡Ay! Julia, dijo la reina suspirando; por qué cuando estamos solas me hablas en el tono seco y frio de los cortesanos? ¿Por qué no has de olvidar un poco la etiqueta cuando nadie nos oye?

—Olvida V. M., replicó la duquesa riendo, que estamos en Versailles y que las paredes oyen.

—Cierto, dijo la reina volviendo á su alegre humor. Estamos en Versailles; por eso te perdono tu estilo ceremonioso. Vamos, apresurémonos á salir de este palacio orgulloso y solemne, y gocemos de la sociedad de la hermosa naturaleza, donde no hay paredes que oyan, sino Dios que sonrie y bendice sus criaturas. Adelante, Julia.

Empujó á la duquesa por la puerta del lado al corredor pequeño, y de allí á la escalera inmediata, por donde atravesando un patio, salieron al parque, á través de una portezuela privada del palacio. Delante de esta se hallaba la berlina de la reina, junto de la cual, en pié y con el sombrero en la mano, aguardaban el caballero mayor y varios lacayos.

Maria Antonieta saltó al carruaje como una gacela y luego extendió su mano á la duquesa para que subiera.

—¡Aguja! aguja! repitió dirigiéndose al cochero.

Y los caballos partieron al trote.

## CAS CAPITULO III.

### TRIANON.

¡VOLAD, corceles, volad! Llevad á la reina de Francia lejos del grave y ceremonioso Versailles; del palacio de los reyes, donde todo respira exaltacion, grandeza y frialdad; llevadla al pequeño, sencillo y lindo Trianon,—á ese trasunto del paraíso, donde todo es inocencia, sencillez y paz; donde la reina puede ser mujer, y feliz tambien; y donde la joven Austriaca tiene derecho de desterrar la etiqueta y vivir de acuerdo con sus inclinaciones, sus deseos y su humor.

Verdaderamente no parece sino que los cor-

celes se han transformado en pájaros: hunden el aire, apenas tocan en el suelo con sus cascos, ni puede regirlos bien el cochero, cuando llegan á la cerca que separa el jardín de Trianon de Versailles.

Ligera como una corza, feliz como la muchacha que no conoce los cuidados y sinsabores de la vida, María Antonieta saltó del carruaje ántes que el chamberlan tuviese tiempo de abrir la puerta de dobles batientes del jardín, para dejar pasar á la reina como es debido. Ella riendo se metió por el portillo de una sola hoja, que bastaba para dar paso al Trianon á personaje mas pretencioso si cabia serlo y tomó el brazo de la duquesa de Polignac su amiga, á fin de entrarse por una de las veredas tortuosas del parque. Pero ántes de emprender la marcha, se volvió para el chamberlan que aguardaba á la puerta en actitud respetuosa y le dijo en el dialecto Austriaco de sus primeros años.

—Weber, no es necesario que nos sigas. Estas en libertad de hacer lo que gustes, lo mismo que yo. Sin embargo, si encuentras á S. M., dile que he ido al palacio pequeño, y que si gusta puede reunirse conmigo en mi aldea cerca del molino.—Y ahora, Julia,—agregó volviéndose de repente para la duquesa y arrastrándola suavemente por el brazo,—adelante, afuera los cuidados y las penas. Ya no soy reina. ¡Dios sea loado! No soy mas ni méos que cualquiera otra mujer. He aquí la razon por qué se me antojó entrar por el portillo; porque solo por una puerta estrecha penetramos en el paraíso; y tal es esta mansion ahora para mí. ¡Ah! amiga mia, ¿no ves como los árboles, las flores, las yerbas están aquí libres del polvo de la tierra? ¿No ves que hasta el cielo aquí tiene otro color? No te parece que me contempla brillante y azul, cual el ojo de Dios?

—Así es, contestó la duquesa de Polignac, porque V. M. lo ve todo con otros ojos.

—Y dale con V. M., dijo María Antonieta impaciente. Ya tú no me amas, Julia. Tu corazón se me enagena, pues que me das el frío tratamiento de la etiqueta. Para ello tienes una buena disculpa en Versailles; mas aquí, Julia, ¿qué motivo puede haber? Las flores no escuchan, ni las plantas tienen oídos, como las paredes de Versailles. ¿Quién espía nuestras palabras?

—Nada tengo que decir en justificacion mia, contestó la duquesa rodeando con el brazo izquierdo en un movimiento jovial el cuello de María Antonieta y estampándole un dulce beso en la altura frente. Os pido perdon, y prometo obedecerla y que no turbaré el sueño del paraíso de mi amiga en todo el día con una palabra importuna. Ahora bien, María, ¿me perdonareis?

—Con todo mi corazón, Julia; contestó la reina en tono alegre. Y pues tenemos un día de vacacion, Julia, gocémosle como dos muchachas que celebran el nacimiento de su abuela despues de escaparse del colegio donde estaban á pupilo. Veamos cuál de nosotras corre mas. Apostemos. Mira, allá sobre los árboles se descubre nuestra casita. Veamos quién de nosotras la alcanza primero.

—¿Y ha de ser sin parar? preguntó la duquesa asombrada.

—No pongo condiciones. Digo únicamente, veamos quien llega allá primero. Si tú ganas, Julia, te concedo el privilegio de nombrar un hombre que tenga el primer puesto en mi guardia Suiza; puedes escoger el protegido por quien me hablabas ayer. Vamos. A correr. Una!...

—No, María, le interrumpió la duquesa. Su poniendo que yo llegue primero ¿que te daré?

—Un beso. Un beso cordial, Julia; nada mas quisiera de tí. Ahora pues; una, dos, tres!

Y con esta última palabra, partió María Antonieta á carrera tendida á lo largo de la angosta avenida. Con el impulso el sombrero redondo de paja que le cubria lo alto de la cabeza se cayó hácia atras; las cintas azules del barboquejo flotaban al viento como dos gallardetes; el vestido blanco de ligera muselina se infló con el aire; y sin duda que el gran chamberlan y Madama Adelaïda se hubieran quedado estupefactos, si hubiesen visto á la reina de Francia corriendo por las calles del jardín del Trianon, cual una loquilla escapada de la escuela.

Pero ni por las mientes le pasaba á ella que habia algo malo en aquella diversion inocente: léjos de ello, no apartaba sus miradas risueñas de la meta, y á medida que la blanca casita surgia del mar de verdura que la rodeaba, con el rabo del ojo seguia los pasos de su amiga, quien le quedaba muy atras.

—Corre! corre! gritó la reina. Quiero y debo ganar, porque el premio es un beso de mi Julia.

Y con renovado ardor siguió adelante. La callejuela del jardín iba derecho á perderse en una gran plaza enfrente del palacio. En llegando al término, se paró de repente la reina y se volvió para ver á su amiga, la cual se habia quedado muy á la zaga. Y esta, no bien notó el movimiento de la reina, avivó el paso á fin de alcanzarla ántes de entrar al espacio ancho y abierto, pero María Antonieta le hizo señas de que parara y retrocedió para reunirse con la duquesa.

—Inútil es que te esfuerces mas, Julia; yo he ganado. Claro está.

—No lo niego; replicó la duquesa alegre. En realidad yo no deseaba ganar, porque no pareceria sino que yo tenia que merecer lo que quiero en cambio de una apuesta. Haces mal, María Antonieta. Tú quisieras que yo olvidara aquí en el Trianon que eres la reina de Francia, aun cuando tú misma no lo olvidas. Solo la reina propone un premio como el que tú has propuesto, y solo la reina puede pedir de la perdiosa la prenda que tú has pedido en cambio. Has hecho de modo, en una palabra, que no me es posible ganar, pues sabes que no tengo nada de egoista.

—Lo sé y hé aquí la razon, Julia, por que te amo tiernamente. He hecho mal, continuó en tono de voz meloso; lo veo y te pido por ello perdon; y como prueba de que me perdonas, dame el premio de mi victoria, un beso, Julia, un dulce beso.

—Aquí no, contestó la duquesa. Ah! Aquí no, María. ¿No ves abiertas las puertas de los salones? ¿No ves todos tus convidados reunidos? Todos ellos me envidiarían y con razon se morirían de celos si viesen las preferencias que tenias conmigo.

—Que se mueran de celos, que se los coma la envidia; repuso la reina con viveza. No me importa. El mundo sabe que Julia de Polignac es mi mejor amiga, y que despues de mi marido y de mis hijos ella es la que mas amo. Y dicho esto rodeó con sus brazos el cuello de la duquesa, é imprimió en sus mejillas un apasionado beso.

—Notó V. eso? dijo el baron de Besenval á lord Adhemar con quien jugaba á las damas en la sala. ¿Vió V. el cuadro que acaba de representar la reina, tomando por modelo un grupo de la Amistad?

—Daria cualquier cosa por reproducir ese grupo en mármol; repuso Adhemar riendo. Haria juego con Orestes y Pilades.

—¿Pero cuál seria el compañero de Orestes, perseguido por las Furias, rodeado de serpientes? dijo la duquesa de Guemene, levantando la cabeza de algo que bordaba á la sazón.

—Toma! seria la reina; replicó el conde de Vaudreuil, que se hallaba al piano ensayando una nueva pieza de música. La reina es el Orestes femenino; las Furias las tres tias reales; y las serpientes, perdonadme señoras, exceptuando las presentes, son todas las mujeres de Paris.

—Es V. muy maligno, conde; exclamó madama Morsan. Aseguro que si nosotras no estuviéramos aquí, nos incluia V. en el número de las serpientes.

—Si lo hiciera así, dijo el conde de Vaudreuil riendo, me alegraria tomar la manzana de mannos de V., á fin de ser arrojado del paraíso en compañía de V. Pero ¡chiton! la reina se acerca.

Si, precisamente entónces la reina entraba en el salon. Por causa de la carrera traia las mejillas encendidas, le latia el pecho con violencia y respiraba con dificultad. Se le habia caido el sombrero sobre un costado y tenia el cabello fojo y descompuesto.

No fué la reina la que entró en la sala, fué solo María Antonieta, la mujer jóven y sencilla, que saludaba á sus amigos con dulces sonrisas é inclinaciones repetidas de cabeza. Habia ella ordenado que nadie se levantase cuando entrara, sino que la que bordaba continuase bordando, el que tocaba tocando y así de lo demas.

De consiguiente, las mujeres continuaron en su obra, los señores Besenval y Adhemar no interrumpieron su juego de damas, y solo el conde de Vaudreuil dejó el piano, no bien se presentó allí la reina.

—Qué tocaba V., conde? le preguntó María Antonieta.

—Perdone V. M. si dejó su pregunta sin contestacion; respondió el conde con una ligera inclinacion de cabeza. Posee V. M. tan buen oido que sin duda reconocerá el compositor por la música. Es una composicion nueva y me he tomado la libertad de arreglarla para cuatro manos. Si V. M. se dignase...

—Ya, le interrumpió la reina, vamos á ensayarla.

Y diciendo y haciendo se quitó los guantes y se sentó al lado del conde en un asiento que le habian preparado.

—No será la música muy difícil para mí? preguntó ella con timidez.

—Nada es muy difícil para la reina de Francia.

—Pero hay mucho que es muy dificultoso para la *dilettante* María Antonieta; dijo ella suspirando. Sin embargo, probemos.

Y con gran facilidad y gusto la reina empezó á tocar el bajo de la composicion arreglada para cuatro manos por el conde Vaudreuil. Pero mientras mas tocaba mas á prisa desaparecia del semblante de la reina la expresion risueña y alegre con que empezó á tocar. Bafió su noble semblante la expresion del mas hondo sentimiento, sus ojos despidieron fuego, al paso que sus mejillas de rojas que eran cuando se sentó al piano, se tornaron pálidas por la emocion.

De súbito, y en medio de lo mas interesante de la pieza, María Antonieta cesó de tocar, y cual si no pudiese dominar la emocion que experimentaba, se levantó bruscamente.

—Solo Glück, puede haber compuesto esto! exclamó. Hé aquí la música, la divina música del eminente maestro, mi gran maestro el caballero Glück.

—Tiene razon V. M. dijo el conde Vaudreuil asombrado. Es una gran música V. M., el pupilo ideal del ingenioso maestro. Si, esta pieza no es de otro que de Glück. Es la overtura de su nueva ópera "Alceste" que me acaba de enviar de Venecia para someterla al juicio de V. M. Los tonos hablan por el maestro y reclaman la proteccion de la reina.

—No se ha dirigido á la reina, sino á mi corazon; dijo María Antonieta con la voz todavia afectada. Ese ha sido un recuerdo de mi hogar, un saludo de mi maestro, que es al propio tiempo el mayor compositor de la Europa. ¡Ah! Tengo orgullo en llamarme su discípulo. Pero no necesita de proteccion Glück; ántes nosotros, á quienes regala las producciones de su genio, somos los que le necesitamos. Le agradezco á V., conde, añadió María Antonieta volviéndose para él y sonriendo,—por este rato agradable que me ha proporcionado, Pero sabiendo ahora como sé que esta es música de Glück, no me atreveré á tocar otra nota; porque no darle á una sola su justo valor, es á mis ojos como una traicion contra la corona. Estudiaré y ensayaré esa pieza y quizas la toque algun día ante toda la corte. Y ahora, mis ilustres huéspedes, si les place, vamos al encuentro del rey. Todo caballero que escoja su señora y marchemos, no en procesion ceremoniosa, sino cada pareja por su camino.

Y todos los caballeros presentes corrieron á ofrecer su brazo á la reina, pero ella con amable sonrisa rehusó el ofrecimiento y tomó el del mas anciano, el baron de Besenval.

—Venga, baron, le dijo; he descubierto una nueva senda que ninguno de estos señores conoce, y por la cual, estoy segura, llegaremos á donde está el rey ántes que los demas.

Apoyada, pues, en el brazo del baron, salió de la sala y por la puerta principal al terrado que conducia al umbroso parque.

—Pasaremos por el jardín Inglés. He hecho abrir un sendero á través del bosque: esta es la línea mas recta: los otros irán por el jardín Italiano y tendrán que describir un círculo. Pero vea V., baron, por allí viene alguien. ¿Quién será?

Y la reina indicó con el dedo un hombre alto y delgado, que á grandes pasos se acercaba en línea paralela á la que ella seguia.

—Madama, contestó el baron, ese es el duque de Fronac.

—¡Ay! exclamó la reina. De seguro que viene á molernos la paciencia y darnos ratos desagradables.

—No quiere recibirle V. M.? Me faculta para despedirla?

—¡Ah! No, no; dijo María Antonieta suspirando. El es otro de nuestros enemigos, y con estos debemos proceder con mas tiento que con nuestros amigos.

Precisamente entónces el duque de Fronac ascendió la última colina y se aproximó á la reina con repetidos saludos, á los cuales correspondió ella con una sonrisa é inclinacion de cabeza.

—Bien, duque, ¿soy yo con quien desea hablar el director en jefe de los teatros reales?

—Madama, contestó el duque, he venido á rogar á V. M. me conceda una audiencia.

—Por concedida; y como V. ve, es muy imponente, porque nos hallamos ante el trono de Dios y por pabellon tenemos la bóveda del cielo. Ahora bien, duque, ¿qué se ofrece?

—Vengo, si place á V. M. á entablar una queja.

—Contra mí, por supuesto; dijo la reina con sonrisa irónica.

—Venga á entablar una queja, repitió el duque desentendiéndose de la observacion de María Antonieta. S. M. el rey se ha dignado nombrarme director en jefe de los teatros reales y darme poderio sobre todos ellos.

—Bien, ¿y qué tengo yo que ver en esto? preguntó la reina con expresion glacial. A V. se le han señalado ciertos deberes, á V. toca hacer que se cumpla lo que se manda y que en sus teatros haya orden, todo como si fueran soldados bajo su mando.

—Pero vea V. M. que hay un teatro que trata de ponerse fuera de mi jurisdiccion. Y por virtud de mi empleo y de la confianza que en mí se ha hecho, suplico encarecidamente á V. M. se ponga ese nuevo teatro real bajo mi cuidado.

—Por mí fé que no le entiendo; dijo la reina con calma. ¿De qué nuevo teatro habla V? Dónde está?

—Aquí, en el Trianon, si place á V. M. Aquí se representan zarzuelas, comedias, entremeses. El teatro está adornado y amueblado como todos los demas; es un teatro permanente, y puedo por consiguiente pedir que se ponga á mí cargo, porque lo repito, el rey me ha nombrado director de todos los teatros sin excepcion.

—Pero, duque, repuso la reina en ménos duro tono, olvida V. una cosa, y es, que el teatro del Trianon no pertenece á los teatros de S. M. el rey. Este es mi teatro y el Trianon mi reino. ¿No ha leído V. en los cartelones de la entrada que la reina es la que legisla aquí? Ignora V. que el rey me ha dado este pedacito de tierra á fin de que yo goce aquí en libertad y que haya un lugar donde la reina de Francia pueda hacer su gusto?

—Ruego á V. M. me perdone, dijo el duque haciendo una profunda reverencia. No creia yo que hubiese un lugar en Francia donde el rey no fuese soberano absoluto y sus órdenes imperativas.

—Ve V. pues, que está V. equivocado. Aquí

en el Trianon yo soy el rey y mis órdenes obligatorias.

—Eso no impide, augusta señora, repuso el duque con vehemencia, que las órdenes de S. M. el rey tengan igual fuerza. Y aun cuando la reina de Francia desconozca estas leyes, con todo eso, otros no se atreven á seguir su ejemplo; porque se atienen á lo que son, meros vasallos del rey. Así pues, aun aquí en el Trianon yo soy el humilde vasallo de S. M. el rey y estoy obligado á obedecer sus mandatos y cumplir con mis deberes.

—Señor duque, exclamó la reina ya impaciente, ¿no tiene V. la entrada franca al Trianon? No puede V. venir ó dejar de venir? Pues bien, yo le relevo del deber de venir y de este modo no volverá á suceder que tenga V. que obrar contra los dictados de su harto delicada conciencia ni los mandatos del rey.

—Pero vea V. M. que hay un teatro en el Trianon.

—Y dale con la moledera, duque. No hay teatro en el Trianon, lo que hay es que yo la reina, el príncipe de la real familia y las personas que yo invito, sostenemos un teatro casero. Sepa V. desde ahora para siempre, que V. no puede ser director del escenario en donde nosotros representamos. Por otra parte, ya he dado á V. mi parecer varias veces respecto al Trianon. Aquí no tengo córte: aquí vivo como persona privada: aquí no soy mas que la propietaria de esta finca, y de los placeres y diversiones que aquí me rodeo para mi solaz y el de mis amigos, nada mas que yo será el inspector.

—No es una sola persona la que inspecciona á V. M., sino la opinion pública, creo pues, que esto me abona; concluyó el duque con sonrisa glacial.

Y sin esperar á que la reina lo despidiera, hizo él un saludo profundo, volvió la espalda, y desapareció por donde habia venido.

—No tiene pudor ese hombre! murmuró la reina con las mejillas pálidas y los ojos centelleantes, viéndole marcharse.

—Es ambicioso, dijo Besenval. De esta manera implora á V. M. y arriesga vida y empleo, en la esperanza de ser recibido en la sociedad de la córte.

—No, no, repitió María Antonieta con vehemencia. Nada hay en mí que le atraiga. Las tias del rey le azuzan contra mí, y tal es el nuevo expediente que su ternura les ha inspirado para irritarme y aburrirme. Pero no hablemos mas de esto, baron: olvidemos ese contratiempo y acordémonos solamente que estamos en el Trianon. Vea, entramos ahora en mi querido jardin Inglés. ¡Ah! Tienda la vista en derredor, baron, y dígame si todo esto no es hermoso y si no tengo razon de estar orgulloso de todo lo que he creado aquí?

Mientras así hablaban la reina se adelantó con ligeros pasos hácia un bosque de flores que enviaban al aire sus exquisitos perfumes, á la entrada del jardin Inglés.

Ere esta en verdad creacion de la reina y formaba un notable contraste con los setos recortados y solemnes, las calles rectas, las ordenadas macetas de flores, los tanques y arroyos amurallados, los árboles obligados por la tijera del podador á guardar esta y aquella forma violenta, que se veian en los jardines de

Versailles y parte de los del Trianon. En la jardineria Inglesa, como se sabe, lo que mas se acerca á lo natural, eso parece mas bello. Aquí las aguas del arroyuelo saltan y forman espuma, allá se reúnen en un charco y representan un espejo bruñido y acullá y en todas partes árboles y plantas que crecen segun el viento esparció la semilla. Centenas de árboles corpulentos y muy hermosos, tales como sauces, robles americanos, acacias, alerces, daban sombrío agradable y con la diversidad de sus verdes armonía inimitable al cuadro. El suelo aquí formaba ondulaciones suaves, allá ligeras hondonadas y gargantas. Nada parecia en orden, no se descubria sistema, pues hasta en el sitio donde habia andado la mano del hombre, se habia procurado no apartarse en lo mas mínimo de la naturaleza.

Mientras mas se internaba la reina con su compañero en aquel mar de verdura y flores, mas se animaba su semblante y mas chispas de contento despedían sus ojos.

—¿No es esto todo muy hermoso? le preguntó ella al baron que marchaba á su lado en silencio.

—Do quiera que V. M. va, todo luce hermoso; contestó él en tono en sí es no es amoroso.

Pero la reina no lo echó de ver, tan lleno estaba su corazón de alegría ingenua; y en efecto, no parece sino que le faltaban oídos, para escuchar el gorgojo de los pájaros, que desde la espesura saludaban el sol poniente. ¿Ni cómo podría ella parar la atencion en las palabras ociosas del baron, su compañero escogido, cuando ya pasaba de los cuarenta y cinco y empezaba á encanecer?

—Me parece, baron, dijo ella con risa ingenua, viendo un pajarito, que apenas acabó de cantar, emprendió el vuelo hácia lo alto;—me parece que la naturaleza me saluda en esa ave. ¡Ah! añadió cambiando de tono, realmente necesito oír á veces las notas amistosas y dulce melodía de una bienvenida libre de toda mezcla. Mucho he sufrido hoy, baron, y la música de ese pajarito ha servido de bálsamo para mas de una herida.

—¿Estuvo en Paris V. M.? preguntó Besenval algo dudoso y mirando al triste semblante de María Antonieta de un modo extraño.

—Sí, contestó ella volviendo á animarse. Los Parisienses con mucho entusiasmo le dieron la bienvenida á la esposa de su rey y madre de los hijos de la Francia.

—No, madama, replicó el baron enrojándose, los Parisienses dieron la bienvenida á la mujer mas hermosa de la Francia, la reina adorada, la madre de los pobres y de todos los que padecen.

—Y con todo eso, añadió ella pensativa, allí una nota disonante vino á mezclarse con el júbilo general. Mientras todos daban vivas entusiastas, resonó en mis oídos una voz, que me pareció de mal agüero. Créame, Besenval, no es todo como debería ser. Hay algo hasta en el aire que respiro que me llena de ansiedad y de temor. No puedo apartarlo de mí. Siento como si la espada de Damocles, pendiese sobre mi cabeza, y fuesen muy débiles mis manos para quitarla de ahí.

—¡Ay! de los traidores que se atreven á suspender la espada de Damocles sobre la cabeza de la reina!

—¡Ay! de ellos, pero ¡ay! de mí tambien; dijo la reina con aire melancólico. Esta mañana tuve una entrevista tempestuosa con madama Adelaida. Por lo visto, mis enemigos han concertado un nuevo plan para atacarme y esa señora es el heraldo que viene á anunciarme el principio de la lucha.

—¿Se atrevió á acusar á V. M.? preguntó Besenval. Y como la reina contestase afirmativamente con un movimiento de cabeza, añadió él:—Pero ¿qué pueden decir? De dónde sacan el veneno para envenenar las zaetas con que procuran herir el mas noble y puro de los corazones.

—Lo sacan de su celo, de su odio contra la casa de Austria, de la rabia que les causa el amor que me profesa el rey. ¿Qué pueden decir? De pequeñas cosas forman monstruosos crímenes. La pedrezuela la convierten en roca para pegarme. ¡Ah! amigo mio, he sufrido mucho hoy y á fin de referirselo todo le escogí de compañero. No me atrevo á quejarme al rey, continuó la reina ya con lágrimas en los ojos, porque no quiero ser la causa de un rompimiento en la familia, y estoy segura que él le haria sentir su cólera el que hubiese dado pena á su esposa. Pero V. es mi amigo, Besenval y confío en su amistad y honor. Ahora bien, V. que conoce el mundo, que es mayor y tiene mas experiencia que yo, dígame ¿hago mal en vivir como vivo? Tienen derecho las tias del rey de imputarme á crimen mis sencillos goces, la delicia que hallo en estos paseos y diversiones? ¿Tiene derecho el conde de Provenza de imputarme á crimen, el que yo aconseje al rey y le dé mi opinion en asuntos políticos? Debo yo condenarme á una separacion del pueblo y de la córte, como hermosa estatua en alto pedestal? Han de negármese los sentimientos, amor y odio, como otra cualquiera mujer? No es la reina de Francia mas que el cordero del sacrificio que el ídolo mudo de la etiqueta lleva en sus brazos de plomo, y lo aplasta estrechándolo contra sí mismo? Dígame, Besenval, hableme con franqueza y como hombre honrado, teniendo presente que Dios oye nuestras palabras.

—Séame Dios testigo, dijo el baron con solemnidad. Nada ambiciono tanto como que me oiga V. M.; porque mi vida, mi felicidad, mi miseria, todo pende del corazón de V. M. No, digo que no. Las tias del rey, las ancianas princesas, contemplan la posicion de las cosas hoy dia, con ojos de basilisco, con envidia rabiosa, bajo un punto de vista falso por supuesto. Han vivido ellas en la córte de su padre; han visto el Vicio en el traje de la Virtud; la Desfachatez bajo el disfraz de la Inocencia, y por decontado, ya no creen en la Virtud ni en la Inocencia. Pareceles una estudiada coquetería la pureza de la reina, culpable frivolidad su ingenua alegría. No, no tiene razon el conde de Provenza de decir que el rey hace mal en querer á su esposa con toda su alma. No tiene razon en imputar esto á V. M. como una culpa, ni en oponerse á que V. M. aconseje al rey y trate de mezclarse en la politica del Estado. Todo el delito de V. M. consiste en el hecho de ser las opiniones políticas de V. M. opuestas á las suyas, y en que, á causa de la influencia que V. M. tiene sobre el corazón del rey, sus tias no representan pa-

pel. Demas de eso, V. M. es Austriaca, amiga del duque de Choiseul. Hé aqui, en dos palabras, todo el pecado de V. M. Pero en pu- ridad, no sería V. M. ménos digna de censura á los ojos de esos enemigos, si V. M. actuase y viviese en estricta conformidad con los preceptos de la etiqueta de las reinas de Francia, establecidos cien años há. Daño grande pues ocasionaria V. M. á toda su corte, y á sí misma, si sujetase su juventud, su belleza, su inocencia, á las duras exigencias de leyes vetustas y abolidas. Seria mas seria locura que V. M. se condenase á la soledad y el fastidio. ¿Por qué no habia de hacer uso la reina de Francia de un derecho, que la mas humilde de sus vasallas posee, es decir, del derecho de rodearse de sus amigos y divertirse con ellos? Sé que vivimos en una época de extravíos; pero los habia ménos cuando la etiqueta reinaba en toda su fuerza y plenitud? Acusan así mismo á V. M. de que evita los grandes círculos de la corte, y la partida de estantiguas con que acostumbraba fastidiarse la familia real de Francia. Dicen que prescindiendo V. M. de la etiqueta socava V. M. el respeto que el pueblo debe mostrar siempre á l trono. ¿Pero no es ridiculo pensar que la obediencia de los vasallos, dependa del número de horas que la familia real gaste en la sociedad de cortesanos fastidiosos y cansados? No reina mia; cierre los oídos á los silbidos de las serpientes que rodean á V. M. Prosigua V. M. con valor por el camino que se ha trazado, que lo es de la inocencia, del candor y del cariño.

—Gracias, gracias, repitió María Antonieta en su entusiasmo. Sus palabras, barón, han disipado muchas dudas que pesaban sobre mi corazón, dándome nuevo ánimo. ¡Gracias!

Y con ojos chispeantes y amorosa sonrisa, le presentó ambas manos al barón. El las estrechó en las suyas con efusión, y, cayendo de rodillas, las atrajo á sus labios y las besó calorosamente.

—Ah! reina mia, mi señora, exclamó; contemple á los pies de V. M. á su criado mas fiel y esclavo mas rendido. Reciba V. M. de mis labios el juramento de mi eterna consagración y de mi amor. Me ha honrado V. M. con su confianza, se ha dignado llamarme su amigo; pero mi alma y mi corazón codician otro título. Hablad, señora, María Antonieta, decid la palabra...

Esta dió un paso atrás y una palidez mortal se extendió por sus mejillas. Habia escuchado al principio con asombro, y en seguida con horror é indignación, á las insolentes palabras del barón, y gradualmente sus amorosas facciones asumieron una expresión fiera y de desden.

—Señor barón, dijo con la noble dignidad de una reina, ya os dije que Dios nos veía y escuchaba nuestras palabras. Habeis sido harto impudente en vuestro discurso, y dejo á Dios el castigo de vuestra impudencia. Alzad. Nada sabrá el rey del insulto que acabais de hacer á su esposa y que os condenaria á perpetua ignominia; pero lo sabrá todo, si os atreveis con una mirada ó un gesto á repetir esta escena impudente y ridicula.

Y mientras con el dedo le indicaba imperiosamente el punto á donde se dirigian, en tono de mando, añadió:

—Id por delante, señor barón, que yo seguiré detras sola.

Pasaba por el ánimo del barón de Besenval, lo que no habia experimentado jamas en su vida con toda su experiencia de cortesano y su conocimiento del mundo, porque se avergonzó, perdió el tino y ya no fué dueño de sus palabras. Levantóse, y despues de hacer una reverencia profunda á la reina, tomó la senda que ella le habia indicado, todo confuso y á paso menudo.

Mientras pudo le siguió María Antonieta con la vista y cuando cesó de verle, echó en torno suyo una mirada triste.

—Sola estoy otra vez, murmuró, y privada de una nueva ilusión. ¡Ay! ¿Será cierto, pues, que no hay amistad para mí? Ha de ser el amigo un envidioso ó un enamorado? Hasta esté hombre, á quien honré con mi confianza, hácia el cual abrigaba el sentimiento de un discípulo por su maestro, hasta este miserable osa insultarme. ¡Ah! ¿Fuerza es que mi corazón tropiece con algun estorbo todos los días y que haya de comprar mi felicidad con lágrimas de sangre?

Y diciendo esto la reina se cubrió la cara con ambas manos y lloró amargamente. Reinaba la quietud en torno suyo; pues solo se oía el chirrido de algun pajarito oculto entre los arbustos, chirrido agudo y misterioso; al paso que las ramas de los árboles, mecidas apenas por la brisa, gemian melancólicamente, como si simpatizasen con los pesares de la reina y quisiesen enjugar las lágrimas que caian en las flores.

Pero á poco ella se quitó las manos de la cara, alzó la cabeza con orgullo y fiereza y dijo:

—No mas llanto. ¿Qué dirian mis amigos si me viesen hecha una Magdalena? Qué murmulos y cuchicheos no habria, si se supiese que la gentil, la feliz y la alegre María Antonieta lloraba como una chiquilla? Ah! Dios mio, añadió levantando los ojos al cielo, he pagado hoy bien caro por mi felicidad, consérvame al ménos el capital, y con gusto pagaré al mundo el interes mas subido, tal como puede desearlo el mayor usurero.

Y marchó adelante con mas animado continente y mas fácil paso. Empezaron los arbutos á dar mayor entrada á la luz del día, y á poco andar la reina dejando atrás el jardín Inglés desembocó en el espacio abierto en medio del cual habia erigido ella su Arcadia, su paraíso soñado. Paróse de repente á contemplar con ojos gozosos y radiantes de alegría, el grupo de casas que habia trazado su arquitecto Hubert Robert.

Y bien podia vanagloriarse la reina en aquella creacion, en aquel poético idilio, que se alzaba lejos del esplendor de los palacios como una violeta en la maceta, entre las gayadas flores tropicales que adornan la mesa de un rey. Inmediatas unas á otras habia casitas semejantes á las que habitaban los campesinos. Por detras de ellas circulaban un arroyo bullicioso y con sus aguas espumantes hacia girar la rueda blanca de un molino al extremo de la aldea. Cerca de este, mas allá del arroyo, habia una solitaria casita, mas elegante y graciosa que las demas. Estaba rodeada de flores, viñas y sendas hechas con el laurel. El

techo era de paja, las ventanas tenian celosias pintadas de verde, aquel era, en una palabra, el nido de María Antonieta. Ella misma habia trazado el plan, siendo su deseo que fuese pequeña, sencilla y modesta, campestre; que no tuviese nada nuevo, pues que artificialmente hizo que dejaran hendijas y resquebraduras en sus paredes, á fin de que se creyese que era vieja y que el tiempo le habia causado esas averías.

Inmediata á esta casita de la reina habia otra mas pequeña todavía que llamaban la lecheria, porque á ella se llevaba la leche de las vacas que ordeñaba María Antonieta con las aldeanas. Frente de esa casita estaba la del juez de la aldea, y no muy distante la del maestro de escuela.

Todo estaba al cuidado de María Antonieta. —¡Ah! exclamó ella contemplando su obra con delicia. El mundo es hermoso y aquí espero gozar y ser feliz.

Se adelantó con rapidez, echando á un lado y otro miradas inquisitivas para ver si los aldeanos no se habian ocultado y la esperaban; pero todo yacia en silencio, y ni un solo habitante asomaba el rostro por ninguna ventana.

De pronto, no obstante, un ruido chillón, interrumpió el silencio del lugar. Empezó á girar la blanca rueda del molino y se asomó á la puerta la corpulenta figura del molinero en traje blanco, gorro del mismo color, el rostro todo lleno de polvo y muy risueño.

Al verlo la reina dió un grito de alegría y corrió al molino; pero antes de que llegara á su puerta, se abrió de par en par la del juez de la aldea, quien en traje negro, con una ancha cinta blanca en torno del cuello, la caña Española de puño de oro y el sombrero negro de tres picos en la mano, salió de su casa. Se adelantó hacia María Antonieta y con actitud amenazante y ambos brazos en jarras se le plantó delante y la dijo:

—Nos desplace altamente el modo poco digno con que descendais los deberes de la hospitalidad. Queremos saber por qué os habeis demorado tanto, pues las flores se marchitan, los ruiseñores no cantan, ni los cabritos pacen la fresca yerba del prado.

—Eso no es cierto, dijo otra voz alegre que salió por la ventana de la escuela. Y en efecto se asomó por ella el joven maestro y amanzó al juez con su férula. Cuando estuvo fuera, añadió:

—¿Cómo os atreveis á decir que aquí todo ocurre? No estoy yo para animarlo? Desde que la gente cesó de aprender, soy el maestro de los cuadrúpedos y les enseño el arte de hacer la vida agradable. Me teneis pues de maestro de baile de las cabras y acabe de abrir escuela para los cabritos.

—Señor maestro, dijo María Antonieta riendo, deseo probar vuestra habilidad en el baile y espero que esta tarde nos dé una muestra en el prado. Por lo que toca á vos, señor corregidor, quisiera que fueseis mas indulgente conmigo y me perdonaseis algo por mi juventud.

—Va, gritó el corregidor como si mi querida cuñada necesitase ahora de los cuidados de nadie.

—Ola, ola, señor conde de Provenza, os satis de vuestro papel y olvidais dos cosas: una

que no soy aquí la reina; otra que en Trianon están desterradas las lisonjas.

—Depende de vos, si la verdad suena á adalación ó ro; repuso el conde de Provenza.

—Hé ahí una respuesta digna de un estudiante; dijo el maestro conde de Artois. Hermano, no conocéis el A—B—C de la galantería, fuerza es que aprenda en mi escuela.

—No dudo, hermano Carlos, que mucho de esto podia aprender con vos, replicó el otro sonriendo. Entretanto, no estoy seguro que mi esposa aprobese la instruccion.

—Ya le pediremos su permiso; observó la reina. Hasta luego, hermanos míos, dejadme saludar á mi querido molinero.

Y diciendo y haciendo subió á saltos la escalera del molino, echó los brazos en torno del cuello del supuesto molinero, quien la estrechó en los suyos con fuerza y la llevó adentro.

—Gracias, Luis, dijo la reina besando la mano de su marido. ¡Qué sorpresa tan agradable me has preparado! Qué bondad la tuya de esperarme en mi finca!

—¿No dijiste el otro día que deseabas una farsa por este estilo? le dijo el rey sonriendo. Tú misma repartiste los papeles, me diste á mí el del molinero, al conde de Provenza el de corregidor, y al caprichoso Artois el de maestro de escuela. Todo se hace aquí por la reina segun reza el letrero de la puerta, no te admires pues, de que vasallos fieles obedezcan tus mandatos.

—¡Ah! Luis, Luis, repitió la reina con lágrimas de gozo; ¡qué bueno eres! Conozco que tú encuentras muy poco placer en estas bobberias y curiosidades y por eso me complaces tanto mas la parte que tomas en ellas.

—Esto lo hago porque te amo! dijo el rey con sencillez y plácida sonrisa. Sí, María, te amo tiernamente y tengo gusto especial en contribuir á tu felicidad.

—¿Recuerdas, Luis, le preguntó la reina echándole un brazo por la espalda, recuerdas lo que me dijiste cuando me diste el Trianon?

—Vamos, ¿y qué? repuso el rey como dudoso.

—Me dijiste: tú amas las flores, pues te voy á regalar un ramillete completo: tuyo es el pequeño Trianon. Querido Sire, no me has regalado solamente un ramillete, sino un manojito de horas deliciosas, de años felices, y esto es lo que yo te agradezco en el alma.

—Y quiera el cielo, María, que nunca se marchite ese ramillete; exclamó el rey levantando los ojos en alto y bendiciendo la cabeza de su esposa. Pero ahora que me acuerdo, añadió él tras corta pausa, me haces olvidar de mi papel y el molino no anda porque falta el molinero. Además de esto necesita reparacion y es fuerza que ponga en práctica mis conocimientos mecánicos. Pero escucha, ¿qué canto es ese?

—Ese es el canto con que nos saludan los aldeanos, dijo la reina. Venga, señor molinero, presentémonos.

Arrastró ella al rey á la escalera del frente. Al pié de esta se hallaban los dos hermanos de Luis XVI de que ya hemos hablado, y detras de ellos las princesas, duquesas, condes y duques, todos en traje de aldeanos. La canción que cantaban tenia este estribillo.

¿Se puede estar mejor  
Que en el seno de la familia?

Sonrióse María Antonieta al oír la voz de sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

Horas felices fueron en efecto las que pasó en el Trianon aquel día la pareja real, tan brillantes y apacibles para María Antonieta especialmente, que olvidó sus amargas tristezas de por la mañana y sin reserva se entregó al goce de aquella vida, se puede decir bucólica. Comieron una comida campestre compuesta de huevos, harina y leche. Después todos salieron al prado y se sentaron en la verde yerba, bajo los copudos árboles á contemplar las vacas paciendo y dándole de mamar á sus terneros. Pero como la vida de los campesinos no se reduce á comer y gozar, María Antonieta, queriendo dar el ejemplo de laboriosidad á su gente, hizo traer la rueca, que puesta en un banquillo, no tardó en dar giros é hilar. ¡Cuán rápidamente giraba! Así gira la rueda de la fortuna, que hoy ofrece goces, mañana calamidades.

No había cerrado la noche y todavía daba vueltas la rueda de la fortuna, trayendo en pos de sí calamidades sin cuento. Y es que María Antonieta de nada estaba más distante á la sazón que de la siniestra verdad simbolizada en la rueca. Sus ojos relampagueaban de júbilo, la sonrisa no abandonaba sus labios de rosa. Ni cuando dejó la rueca y con la caña de pescar en la mano á orillas del lago, daba un grito infantil de alegría cada vez que pillaba un pez, se le anubló el semblante un punto, ni le pasó por la mente de que todo aquello debía convertirse en breve en lágrimas y sangre. Cogidos los habitantes del lago por su codicia, la reina los condimenta con sus propias manos y se los presenta al rey á la hora de la cena, todavía risueña y contenta. La rueda de la rueca ha cesado de girar, pero la de la suerte continúa moviéndose.

Ya no está allí el rey, se ha retirado á su molino. Pero no está solo. ¿Quién se atreve á turbarle? Algo serio debe ser; porque es bien sabido que el rey casi nunca va al Trianon y que cuando está en él no quiere que le hablen de negocios.

El que le molesta, pues, no es otro que su primer ministro el baron Breteuil, que viene en busca del molinero del pequeño Trianon, para rogarle, aun allí, que sea de nuevo rey.

#### CAPÍTULO IV.

##### EL COLLAR DE LA REINA.

LUEGO que un paje, vestido de molinero, anunció la llegada del baron de Breteuil, se retiró el rey á su cuarto y volvió á vestir el traje de corte, que se componía de casaca larga de color pardo, calzones de terciopelo negro, chupa cumplida de raso bordada de oro, y sobre esta la cinta de la orden de San Luis. Y después, con semblante de cariacontecido pasó á la sala donde le esperaba su primer ministro.

—Dime pronto, dijo el rey sin más saludo, trae malas nuevas? Qué ocurre de nuevo?

—Sire, contestó el ministro respetuosamente, de todos modos es algo inesperado lo que ocurre, pero no sé si malo después de hacer mayores indagaciones.

—Indagaciones! repitió el rey. Entonces ¿hablas de un crimen.

—Sí, Sire, de un crimen, el crimen de falsia, y, según parece, de un desfalco en inmensas sumas y objetos de mucho valor.

—¡Ah! suspiró el rey como aliviado de un gran peso. Así, pues, se trata de dinero únicamente.

—No, Sire, se trata de cosas que conciernen á la honra de S. M. la reina.

—¿Se atreverán otra vez á tocarle al honor de la reina? exclamó el rey puesto en pié y rojizo de indignación.

—Sí, Sire, se atreven; repuso con calma Breteuil. Y ahora el plan es tan infernal y bien trazado que difícilmente daremos con la verdad. ¿Me permite V. M. que le explique el asunto?

—Explicate, baron; dijo el rey sentándose en un banquillo de madera é indicando al ministro hiciera lo mismo en otro.

—Sire, contestó el baron, me aprovecho del favor que me hace V. M. porque me siento cansado, con la carrera que le dado hasta aquí.

—¿Pues qué, es tan urgente el asunto? preguntó el rey sacando su caja de rapé y haciéndola girar entre sus dedos sin usarlo.

—Sí, Sire, muy urgente; respondió el baron sentándose. ¿Recuerda V. M. el hermoso collar que el joyero de la corte, Bohmer, tuvo la honra, hace tiempo, de ofrecer á V. M.

—Sí, que lo recuerdo. Por cierto que en esa ocasión se mostró la reina tan liberal y generosa como suele. Me dijeron que ella había celebrado mucho el collar que la mostró Bohmer, y, sin embargo, que se negó á comprarlo porque le pareció muy caro. Quise comprarlo yo y tener el gusto de regalárselo á la reina, pero ella se opuso decididamente.

—Recordamos muy bien la bella respuesta que S. M. dió á su augusto esposo. Con delicia repitió todo Paris las palabras de que se sirvió S. M. en aquella ocasión:—“Sire, tenemos mas diamantes que barcos. Cómprase un barco con ese dinero.”

—Tienes buena memoria, porque hace ya cinco años que sucedió eso. Desde entonces Bohmer ha hecho dos veces la tentativa para venderme ese costoso collar; pero le he despedido y al fin prohibíle que me hable mas del asunto.

—Creo, que entre tanto, ha osado molestar á S. M. la reina varias veces acerca del collar. Parece que llegó á persuadirse que V. M. quería comprarle. Años há él hizo escoger por toda Europa piedras exquisitas, queriendo fabricar un collar de diamantes grande, pesado y brillante. Como S. M. la reina se negase á pagar los dos millones de francos que pedía por la joya, se la ofreció por un millón y ochocientos mil.

—He oído eso. Tan molesta llegó á verse la reina, que al fin dió orden para que no se admitiera en palacio á Bohmer.

—Y en cumplimiento de dicha orden no volvió el tal joyero á poner los piés en Versailles. Entonces apeló á la pluma, con cuyo motivo S. M. recibió dos semanas há una carta suya, en que la decía que sería muy dichoso si por su medio S. M. entraba en posesión de los mas hermosos diamantes de Europa, implorándola además no olvidase al joyero de la corte. La reina riendo leyó la carta á su dama de honor madama Campan, y dijo que no parecía sino

que el collar había privado de la razón á Bohmer. Pero no queriendo ocuparse mas de la carta, ni teniendo la intención de contestarla, la quemó á la luz de una vela que acertó á estar en su mesa.

—¡Santos cielos! exclamó el rey. ¿Y cómo sabes tú esos pormenores?

—Sire, los obtuve de los labios de madama Campan misma, habiendo tenido que hablarle sobre el collar.

—¿Pero qué es lo que hay sobre semejante collar? ¿Qué tiene la reina que hacer con él? preguntó el rey ya sofocado.

—Sire, el joyero de la corte, Bohmer, afirma que lo vendió á S. M. y desea ahora que se le pague.

—Tiene razón la reina, ese hombre ha perdido el seso. Si hubo tal venta, á quien debió estar presente que la confirme, y ciertamente que los cajeros de S. M. sabrían algo.

—Sire, Bohmer asegura que la reina dispuso le compraran el collar en secreto, por un tercero, y que este tenía facultad para exhibir treinta mil francos y prometer doscientos mil mas.

—¿Cómo se llama ese tercero? Su nombre.

—Sire, añadió el baron con solemnidad, es el cardenal y gran limosnero de V. M. el príncipe Luis de Rohan.

El rey hizo una exclamación y se puso en pié de nuevo.

—¿Rohan? repitió como dudoso. ¿Y se atreven á mezclar el nombre de este hombre que S. M. odia y desconfía con el suyo limpio y puro? Bah! Breteuil; puedes ir en paz; el cuento es demasiado necio para darle crédito.

—Si place á V. M., Bohmer lo ha creído á puño cerrado y ha entregado el collar al cardenal, recibiendo la promesa de pago de puño y letra de S. M. la reina.

—¿Quién lo dice? Cómo has averiguado tú estos detalles?

—Sire, los he averiguado por un memorial que me envió Bohmer después de solicitar en vano que le concediera una entrevista. Bastante confuso estaba el memorial y no lo entendí; pero como manifestase en él que la camarera de S. M. le aconsejó se dirigiese á mí como primer ministro, consideré prudente hablar con madama Campan. Tan importante fué lo que supé por ella que la rogué me acompañase á Trianon y repitiese la historia en presencia de V. M.

—¿Está aquí madama Campan?

—Sí, Sire, y á nuestra llegada supimos que Bohmer se nos había anticipado, deseoso de hablar á la reina. Como siempre le han negado el permiso y se ha marchado llorando y murmurando.

—Ven, dijo el rey, vamos al palacio de Trianon; deseo hablar con Campan.

Y con menudos pasos, el rey, seguido del ministro, salió del molino, y evitando el camino ancho para que la reina no le viese, echó por una vereda que por detrás de las casas conducía allá.

—Campan, dijo el rey apenas entró en el gabinete donde la camarera esperaba, acaba de contarme el ministro una historia tan extraña como increíble. Repíteme tu última conversación con Bohmer.

—Sire, repuso madama Campan haciendo una reverencia, ¿me ordena V. M. que hable antes que la reina sepa lo que pasa?

—¡Ah! exclamó el rey volviéndose para el ministro, ¿ves como tengo razón? Nada sabe sobre esto la reina, de lo contrario ya me hubiera hablado del asunto. Gracias á Dios, ella no tiene secretos para mí. Te agradezco la pregunta, Campan. Mejor es que la reina presencie nuestra conferencia. Enviaré á buscarla.

Y yendo á la puerta, la abrió y gritó:

—¿Hay aquí algún criado de la reina?

Tan sonora y retumbante fué la voz del rey, que el chamberlan Weber, que se hallaba en la antesala, la oyó distintamente y acudió á la carrera.

—Weber, le dijo el rey, corre al pequeño Trianon y di á S. M. la reina, que tenga la bondad de venir al palacio lo mas pronto posible, para consultar sobre un asunto que no sufre dilación. Pero cuida que la reina no se alarme, cosa que no imagine que han llegado malas nuevas de su familia. Corre, Weber; y ahora, baron, añadió cerrando la puerta, ahora te convencerás por tus propios oídos, que la reina se sorprenderá tanto y sabe tan poco de estas cosas como yo mismo. Deseo, por ello, que tú oigas la conversación que voy á tener con mi esposa y Campan, sin que ella sepa que tú estás cerca. De este modo te convencerás de cuán impudente y vergonzoso es el enredo que se traen entre manos. ¿A dónde conduce esa puerta, Campan? preguntó el rey señalando para una blanca, con filetes de oro, casi cubierta por dos cortinas de raso blanco, bordadas de realce.

—Sire, conduce á la salita de recibimiento.

—¿Pasará por ahí la reina cuando entre?

—No, Sire, ella está acostumbrada á entrar por el mismo rumbo que V. M. trajo, es decir, por la antesala.

—Bien. Entonces, baron, vé á la salita. Deja abierta la puerta, y tú, Campan, suelta las cortinas, de modo que cubran la entrada y pueda oír el ministro sin ser visto.

Apénas había pasado un cuarto de hora cuando entró en su retrete la reina con las mejillas encendidas y muy agitada. Fué el rey á su encuentro, le tomó una mano y la oprimió con sus labios.

—Perdona, María, si he agitado tu diversion.

—Dime pronto lo que hay ¿qué desgracia vas á anunciarme? gritó la reina impaciente.

—No es una desgracia, sino una gran mala-dería, y como tal bien puede considerarse una desventura que se encuentre tu nombre mezclado en un enredo no ménos desagradable que absurdo. Afirma el joyero de la corte, Bohmer, que te ha vendido un collar en un millón y ochocientos mil francos.

—Pero ese hombre está loco; dijo la reina.

—Es eso, Luis, todo lo que tienes que decirme?

—Deseo que Campan repita la conversación que tuvo ayer con Bohmer.

Y diciendo esto el rey indicó á la camarera mayor que se acercara, pues á la entrada de la reina, se había retirado, por respeto, al fondo del cuarto.

—¿Cómo! gritó la reina sorprendida, echando de ver entonces á su camarera mayor. ¿Qué naces aquí? Qué significa todo esto?

Sonrióse María Antonieta al oír la y sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

Horas felices fueron en efecto las que pasó en el Trianon aquel día la pareja real, tan brillantes y apacibles para María Antonieta especialmente, que olvidó sus amargas tristezas de por la mañana y sin reserva se entregó al goce de aquella vida, se puede decir bucólica. Comieron una comida campestre compuesta de huevos, harina y leche. Después todos salieron al prado y se sentaron en la verde yerba, bajo los copudos árboles á contemplar las vacas paciendo y dándole de mamar á sus terneros. Pero como la vida de los campesinos no se reduce á comer y gozar, María Antonieta, queriendo dar el ejemplo de laboriosidad á su gente, hizo traer la rueca, que puesta en un banquillo, no tardó en dar giros é hilar. ¡Cuán rápidamente giraba! Así gira la rueda de la fortuna, que hoy ofrece goces, mañana calamidades.

No había cerrado la noche y todavía daba vueltas la rueda de la fortuna, trayendo en pos de sí calamidades sin cuento. Y es que María Antonieta de nada estaba más distante á la sazón que de la siniestra verdad simbolizada en la rueca. Sus ojos relampagueaban de júbilo, la sonrisa no abandonaba sus labios de rosa. Ni cuando dejó la rueca y con la caña de pescar en la mano á orillas del lago, daba un grito infantil de alegría cada vez que pillaba un pez, se le anubló el semblante un punto, ni le pasó por la mente de que todo aquello debía convertirse en breve en lágrimas y sangre. Cogidos los habitantes del lago por su codicia, la reina los condimenta con sus propias manos y se los presenta al rey á la hora de la cena, todavía risueña y contenta. La rueda de la rueca ha cesado de girar, pero la de la suerte continúa moviéndose.

Ya no está allí el rey, se ha retirado á su molino. Pero no está solo. ¿Quién se atreve á turbarle? Algo serio debe ser; porque es bien sabido que el rey casi nunca va al Trianon y que cuando está en él no quiere que le hablen de negocios.

El que le molesta, pues, no es otro que su primer ministro el baron Breteuil, que viene en busca del molinero del pequeño Trianon, para rogarle, aun allí, que sea de nuevo rey.

#### CAPÍTULO IV.

##### EL COLLAR DE LA REINA.

LUEGO que un paje, vestido de molinero, anunció la llegada del baron de Breteuil, se retiró el rey á su cuarto y volvió á vestir el traje de corte, que se componía de casaca larga de color pardo, calzones de terciopelo negro, chupa cumplida de raso bordada de oro, y sobre esta la cinta de la orden de San Luis. Y después, con semblante de cariacontecido pasó á la sala donde le esperaba su primer ministro.

—Dime pronto, dijo el rey sin mas saludo, trae malas nuevas? Qué ocurre de nuevo?

—Sire, contestó el ministro respetuosamente, de todos modos es algo inesperado lo que ocurre, pero no sé si malo después de hacer mayores indagaciones.

—Indagaciones! repitió el rey. Entonces ¿hablas de un crimen.

—Sí, Sire, de un crimen, el crimen de falsia, y, según parece, de un desfalco en inmensas sumas y objetos de mucho valor.

—¡Ah! suspiró el rey como aliviado de un gran peso. Así, pues, se trata de dinero únicamente.

—No, Sire, se trata de cosas que conciernen á la honra de S. M. la reina.

—¿Se atreverán otra vez á tocarle al honor de la reina? exclamó el rey puesto en pié y rojo de indignación.

—Sí, Sire, se atreven; repuso con calma Breteuil. Y ahora el plan es tan infernal y bien trazado que difícilmente daremos con la verdad. ¿Me permite V. M. que le explique el asunto?

—Explicate, baron; dijo el rey sentándose en un banquillo de madera é indicando al ministro hiciera lo mismo en otro.

—Sire, contestó el baron, me aprovecho del favor que me hace V. M. porque me siento cansado, con la carrera que he dado hasta aquí.

—¿Pues qué, es tan urgente el asunto? preguntó el rey sacando su caja de rapé y haciéndola girar entre sus dedos sin usarlo.

—Sí, Sire, muy urgente; respondió el baron sentándose. ¿Recuerda V. M. el hermoso collar que el joyero de la corte, Bohmer, tuvo la honra, hace tiempo, de ofrecer á V. M.

—Sí, que lo recuerdo. Por cierto que en esa ocasión se mostró la reina tan liberal y generosa como suele. Me dijeron que ella había celebrado mucho el collar que la mostró Bohmer, y, sin embargo, que se negó á comprarlo porque le pareció muy caro. Quise comprarlo yo y tener el gusto de regalárselo á la reina, pero ella se opuso decididamente.

—Recordamos muy bien la bella respuesta que S. M. dió á su augusto esposo. Con delicia repitió todo Paris las palabras de que se sirvió S. M. en aquella ocasión:—"Sire, tenemos mas diamantes que barcos. Cómprase un barco con ese dinero."

—Tienes buena memoria, porque hace ya cinco años que sucedió eso. Desde entonces Bohmer ha hecho dos veces la tentativa para venderme ese costoso collar; pero le he despedido y al fin prohibíle que me hable mas del asunto.

—Creo, que entre tanto, ha osado molestar á S. M. la reina varias veces acerca del collar. Parece que llegó á persuadirse que V. M. quería comprarle. Años há él hizo escoger por toda Europa piedras exquisitas, queriendo fabricar un collar de diamantes grande, pesado y brillante. Como S. M. la reina se negase á pagar los dos millones de francos que pedía por la joya, se la ofreció por un millón y ochocientos mil.

—He oído eso. Tan molesta llegó á verse la reina, que al fin dió orden para que no se admitiera en palacio á Bohmer.

—Y en cumplimiento de dicha orden no volvió el tal joyero á poner los piés en Versailles. Entonces apeló á la pluma, con cuyo motivo S. M. recibió dos semanas há una carta suya, en que la decía que sería muy dichoso si por su medio S. M. entraba en posesión de los mas hermosos diamantes de Europa, implorándola además no olvidase al joyero de la corte. La reina riendo leyó la carta á su dama de honor madama Campan, y dijo que no parecía sino

que el collar había privado de la razón á Bohmer. Pero no queriendo ocuparse mas de la carta, ni teniendo la intención de contestarla, la quemó á la luz de una vela que acertó á estar en su mesa.

—¡Santos cielos! exclamó el rey. ¿Y cómo sabes tú esos pormenores?

—Sire, los obtuve de los labios de madama Campan misma, habiendo tenido que hablarle sobre el collar.

—¿Pero qué es lo que hay sobre semejante collar? ¿Qué tiene la reina que hacer con él? preguntó el rey ya sofocado.

—Sire, el joyero de la corte, Bohmer, afirma que lo vendió á S. M. y desea ahora que se le pague.

—Tiene razon la reina, ese hombre ha perdido el seso. Si hubo tal venta, álguien debió estar presente que la confirme, y ciertamente que los cajeros de S. M. sabrían algo.

—Sire, Bohmer asegura que la reina dispuso le compraran el collar en secreto, por un tercero, y que este tenía facultad para exhibir treinta mil francos y prometer doscientos mil mas.

—¿Cómo se llama ese tercero? Su nombre.

—Sire, añadió el baron con solemnidad, es el cardenal y gran limosnero de V. M. el príncipe Luis de Rohan.

El rey hizo una exclamación y se puso en pié de nuevo.

—¿Rohan? repitió como dudoso. ¿Y se atreven á mezclar el nombre de este hombre que S. M. odia y desdía con el suyo limpio y puro? Bah! Breteuil; puedes ir en paz; el cuento es demasiado necio para darle crédito.

—Si place á V. M., Bohmer lo ha creído á puño cerrado y ha entregado el collar al cardenal, recibiendo la promesa de pago de puño y letra de S. M. la reina.

—¿Quién lo dice? Cómo has averiguado tú estos detalles?

—Sire, los he averiguado por un memorial que me envió Bohmer después de solicitar en vano que le concediera una entrevista. Bastante confuso estaba el memorial y no lo entendí; pero como manifestase en él que la camarera de S. M. le aconsejó se dirigiese á mí como primer ministro, consideré prudente hablar con madama Campan. Tan importante fué lo que supé por ella que la rogué me acompañase á Trianon y repitiese la historia en presencia de V. M.

—¿Está aquí madama Campan?

—Sí, Sire, y á nuestra llegada supimos que Bohmer se nos había anticipado, deseoso de hablar á la reina. Como siempre le han negado el permiso y se ha marchado llorando y murmurando.

—Ven, dijo el rey, vamos al palacio de Trianon; deseo hablar con Campan.

Y con menudos pasos, el rey, seguido del ministro, salió del molino, y evitando el camino ancho para que la reina no le viese, echó por una vereda que por detras de las casas conducía allá.

—Campan, dijo el rey apenas entró en el gabinete donde la camarera esperaba, acaba de contarme el ministro una historia tan extraña como increíble. Repíteme tu última conversación con Bohmer.

—Sire, repuso madama Campan haciendo una reverencia, ¿me ordena V. M. que hable antes que la reina sepa lo que pasa?

—¡Ah! exclamó el rey volviéndose para el ministro, ¿ves como tengo razon? Nada sabe sobre esto la reina, de lo contrario ya me hubiera hablado del asunto. Gracias á Dios, ella no tiene secretos para mí. Te agradezco la pregunta, Campan. Mejor es que la reina presencie nuestra conferencia. Enviaré á buscarla.

Y yendo á la puerta, la abrió y gritó:

—¿Hay aquí algun criado de la reina?

Tan sonora y retumbante fué la voz del rey, que el chamberlan Weber, que se hallaba en la antesala, la oyó distintamente y acudió á la carrera.

—Weber, le dijo el rey, corre al pequeño Trianon y di á S. M. la reina, que tenga la bondad de venir al palacio lo mas pronto posible, para consultar sobre un asunto que no sufre dilación. Pero cuida que la reina no se alarme, cosa que no imagine que han llegado malas nuevas de su familia. Corre, Weber; y ahora, baron, añadió cerrando la puerta, ahora te convencerás por tus propios oídos, que la reina se sorprenderá tanto y sabe tan poco de estas cosas como yo mismo. Deseo, por ello, que tú oigas la conversación que voy á tener con mi esposa y Campan, sin que ella sepa que tú estás cerca. De este modo te convencerás de cuán impudente y vergonzoso es el enredo que se traen entre manos. ¿A dónde conduce esa puerta, Campan? preguntó el rey señalando para una blanca, con filetes de oro, casi cubierta por dos cortinas de raso blanco, bordadas de realce.

—Sire, conduce á la salita de recibio.

—¿Pasará por ahí la reina cuando entre?

—No, Sire, ella está acostumbrada á entrar por el mismo rumbo que V. M. trajo, es decir, por la antesala.

—Bien. Entonces, baron, vé á la salita. Deja abierta la puerta, y tú, Campan, suelta las cortinas, de modo que cubran la entrada y pueda oír el ministro sin ser visto.

Apénas había pasado un cuarto de hora cuando entró en su retrete la reina con las mejillas encendidas y muy agitada. Fué el rey á su encuentro, le tomó una mano y la oprimió con sus labios.

—Perdona, María, si he agnado tu diversion.

—Dime pronto lo que hay ¿qué desgracia vas á anunciarme? gritó la reina impaciente.

—No es una desgracia, sino una gran mala-dería, y como tal bien puede considerarse una desventura que se encuentre tu nombre mezclado en un enredo no ménos desagradable que absurdo. Afirma el joyero de la corte, Bohmer, que te ha vendido un collar en un millón y ochocientos mil francos.

—Pero ese hombre está loco; dijo la reina.

—Es eso, Luis, todo lo que tienes que decirme?

—Deseo que Campan repita la conversacion que tuvo ayer con Bohmer.

Y diciendo esto el rey indicó á la camarera mayor que se acercara, pues á la entrada de la reina, se había retirado, por respeto, al fondo del cuarto.

—¿Cómo! gritó la reina sorprendida, echando de ver entonces á su camarera mayor. ¿Qué naces aquí? Qué significa todo esto?



—Vine á Trianon á informar á V. M. de una conversacion que tuve ayer con Bohmer. Cuando llegué supe que acababa de estar aquí.

—¿Y qué quería él? No me dijiste, Campan, que él ya no poseía el malhadado collar con que me ha estado atormentando años seguidos? No me dijiste que lo había vendido al gran Sultan y que había ido á Constantino-  
pla?

—No hice mas que repetir á V. M. lo que me había dicho Bohmer. Entretanto, ruego á V. M. me permita repetir mi entrevista hoy con el mismo. No bien salió V. M. para Trianon con la duquesa de Polignac, cuando se anunció la presencia del joyero. Venia visiblemente inquieto y turbado y preguntó si V. M. no le había dejado ningun recado. Le contesté que no, que la reina no tenía orden que darle, y que ella estaba cansada de su petulancia. Pero es fuerza que se me dé una contestacion á la carta que dirigí á la reina, dijo Bohmer. ¿A quién debo ver para eso?—A nadie le contesté; S. M. ha quemado la carta de V. sin leerla.—¿Ah! madama, exclamó, eso es imposible. La reina sabe que me debe dinero.

—¿Qué le debo dinero! repitió Maria Antonietta horrorizada. ¿Cómo se atreve el miserable á afirmar semejante cosa?

—Lo mismo le dije yo. Pero él repuso muy sereno, que V. M. le debía un millon y cosa de quinientos mil francos. Y cuando asombrada de sus palabras le pregunté de qué procedía esa enorme deuda, me contestó.—De mi collar que le vendí.

—Otra vez el maldecido collar! exclamó la reina. Se me figura que el hombre le hizo solo para martirizarme. Año tras años le he oido hablar de semejante joya, y en vano he hecho cuanto estaba en mi mano por quitarle de la cabeza la idea fija de que debió comprarla. Tanta ha sido su ilusion que ahora afirma que la he comprado.

—Maria, dijo el rey con seriedad, el hombre no está loco. Escucha un poco mas. Continúa, Campan.

—Me eché á reir, presiguió esta, le dijo que cómo se atrevía á afirmar semejante cosa cuando hacia solo unos pocos meses que me había dicho había vendido el collar al Sultan. Entónces me replicó que la reina le había ordenado diese esa respuesta á todo el que le preguntase por dicha prenda. Me dijo mas, me dijo que V. M. había comprado el collar en secreto, por conducto del señor cardenal de Rohan.

—¿Por medio de Rohan? repitió la reina indignada. ¿Por medio del hombre que mas odio y desprecio? ¿Y hay en Francia persona que lo crea? Hay á quien que ignore que el cardenal no ha estado nunca en mi gracia?

—Dije á Bohmer, que estaba engañado, que la reina jamás entraria en tratos ocultos con el cardenal de Rohan, y ¿sabe V. M. lo que contestó? La que se engaña es V., madama. Goza de tanto favor con la reina el señor cardenal, y mantiene con ella relaciones tan confidenciales, que me ha enviado por él treinta mil francos del primer plazo. La reina sacó el dinero en presencia del cardenal, del escritorio de porcelana de Sevres que se halla en su camarín junto á la chimenea. Y en realidad ¿dice eso el cardenal? le pregunté yo. Me contestó que sí y entónces le dije que estaba engañado. A

esta sazón comenzó él á desazonarse grandemente y á repetir: ¡Santos cielos! ¿Qué será de mí si V. tiene razon? Que será de mí si en efecto estoy engañado? Siempre había sospechado yo algo. Me prometió el cardenal que la reina llevaria á misa el collar el dia de Pentecostés, y aunque estuve atento, no sucedió así; razon por la cual me resolví á escribirle. Al fin, cuando lleno de ansiedad y dudas, me preguntó qué podia hacer en su aprieto, le contesté que fuera á verse con S. E. el primer ministro y le refiriera todo el caso. Prometió hacerlo así y se marchó. Y yo me apresuré á venir aquí para relatar toda la historia á V. M.; pero cuando llegué descubrí que el malaventurado joyero me había precedido, y se volvió á Paris así que le prometí hablar sobre el asunto á V. M. hoy mismo.

La reina que había estado oyendo la relacion muda, inmóvil, llena de asombro, no bien acabó de hablar madama Campan, se puso en pié y en el estileo de la córte, dirigió al rey este discurso:

—Sire, habeis oido la historia. Acusan á vuestra esposa y culpan á la reina de inteligencia secreta con el cardenal Rohan. Pido que se haga una inquiricion rigida, estricta del asunto. Llamad al punto al señor Breteuil á fin de que nos dé consejo. Insisto en ello.

—Y vuestra voluntad es ley, señora, le contestó el rey en el mismo estileo, echándole una mirada afectuosa. Sal, Breteuil.—Y así que apareció por entre las cortinas la cara del ministro, añadió hablando con su esposa:—Quise que fuera un testigo oculto de esta entrevista y que por sí mismo juzgara de cómo tú recibias la noticia.

—¿Ah! Luis, exclamó Maria Antonietta tendiéndole una mano,—¿con que ni por un instante has dudado de mi inocencia?

—No, en verdad, ni por un instante. Pero considerémos con Breteuil lo que haya de hacerse, despues llamarémos al abad de Virmont, para que tome parte en nuestras deliberaciones.

Al siguiente dia, 15 de agosto, ocupaba los salones de Versailles una brillante y escogida reunion. Como dia de la Asunsion, era de fiesta y los reyes con toda la córte, pensaban oír la gran misa que debia celebrar en la capilla del palacio el cardenal y limosnero mayor.

Reunida toda la córte; el cardenal en traje de ceremonia, ostentando todas las insignias de su rango, acababa de entrar en la gran sala de recibo y solo esperaba la llegada de los reyes, para guiarlos á la iglesia. La expresion del rostro del cardenal, que pasaba por uno de los mejor parecidos de la córte Francesa, era de una animacion desusada, y mientras hablaba con el duque de Conti y con el conde de Artois, no separaba sus grandes ojos negros de la puerta por donde debian entrar el rey y la reina. Al fin se abrió esta, pero en vez de presentarse esos augustos personajes, se presentó un lacayo, que despues de recorrer la sala con ojos inquisitivos, descubierta la elevada persona del cardenal, se encaminó derecho á él y le dijo al oído:

—Monseñor, S. M. aguarda por V. E. en el gabinete.

Cortó de pronto el cardenal su conversacion, y pasó al gabinete. Allí no había mas que el

rey y la reina, y en el alféizar de una ventana, algo apartado, el primer ministro Breteuil, enemigo antiguo é irreconciliable del orgulloso cardenal.

Habia entrado este con paso firme y ligero; pero ante el aspecto frio del rey y la mirada ardiente de la reina, pareció apocarse un tanto y abatir su orgullo natural.

—¿Le has comprado diamantes á Bohmer? le preguntó el rey bruscamente.

—Sí, Sire, contestó el cardenal.

—¿Qué has hecho con ellos? Responde, te lo mando.

—Sire, dijo el cardenal tras una breve pausa, yo suponía que se los habían dado á la reina.

—¿Quién te dió esa comision?

—Sire, una señora de nombre condesa Lamotte-Valois. Dióme una carta de S. M. y creí hacerle un favor desempeñando una comision que la reina se dignaba confiarme.

—¿Y exclamó ella con desden. ¿Había yo de confiarte comision ninguna? Yo, que en ocho años seguidos no me he dignado dirizirte la palabra? Y había de emplear una persona como tú, pretendiente sempiterno?

—Veo claramente, repuso el cardenal, que á quien se ha entretenido en pintarme mal á los ojos de V. M. Pagaré yo el coliar. El vivo deseo de complacer á V. M. la ha cegado respecto de mí. No he tratado de practicar engaño ninguno, y estoy ahora cruelmente desengañado. Pero repito, pagaré el coliar.

—¿Y supones, repuso la reina colérica, que ahí concluye todo? Crees que pagando por los diamantes lavarás la mancha que has echado sobre el nombre de la reina? No, no. Esto ha de investigarse; quiero que todos aquellos que han tomado parte en este ignominioso enredo sean sometidos á un exámen rigido. Dame las pruebas de que te han engañado y de que no eres mas bien el engañador.

—¿Ah! señora, exclamó el cardenal en tono de confianza, hé aqui la prueba de mi inocencia. Esa es la carta de la reina á la condesa Lamotte, en que me faculta S. M. haga la compra de los diamantes.

Tomó el rey la carta, le echó una mirada rápida, leyó la firma, y luego se la pasó á su esposa con aire de duda. Con doble ansiedad la recorrió esta con la vista y al cabo rompió en una sonora carcajada y señalando para la carta dijo al cardenal:

—Esa no es mi letra, ni mi firma. ¿Quién eres tú, príncipe y limosnero mayor de Francia, quién eres tan ignorante, ó tan necio, que crees que yo pudiera firmarme.—Maria Antonietta de Francia? Todos saben que las reinas solo usan sus nombres de bautismo en la firma. Tú solo pareces ignorarlo.

—Lo veo, murmuró el cardenal pálido y tan débil que tuvo que apoyarse en una mesa. Lo veo he sufrido un engaño cruel.

—Escribiste tú esta carta á Bohmer, incluyendo treinta mil francos en parte de pago por el collar? preguntó el rey al cardenal dándole un papel que tomó de la mesa.

—Sí, Sire, contestó en voz muy apagada.

—Lo confiesa! gritó la reina furiosa. Así pues, me creía á mí, su reina, capaz de semejante infamia.

—Afirmas que compraste la joya esa para la reina. ¿La entregaste en persona?

—No, Sire, la condesa Lamotte fué quien la entregó.

—¿En nombre tuyo, cardenal?

—Sí, Sire, en mi nombre, y al mismo tiempo dió un recibo á la reina por ciento cincuenta mil francos, que yo la prestaba para hacer la compra.

—¿Y qué recompensa te dió la reina?

Titubeó el cardenal y como la mirada colérica y fria de la reina, le hiciese subir la sangre á la cabeza, dijo:

—¿Desea V. M. que yo diga toda la verdad? Sire, la reina me recompensó por este pequeño favor de una manera digna: me concedió un emplec en el parque de Versailles.

—Sire, dijo ella agarrando con fuerza á su marido por el brazo, ¿escucha V. M. á este architraidor? Pues no se empeña en cubrir de infamia el nombre de su reina! ¿Lo sufrirá V. M.? Puede la púrpura proteger al villano?

—No, no, no le protegerá; exclamó el rey irritado. Breteuil, cumple con tu deber. Y tú, cardenal, tú que te atreves á culpar á la reina y á manchar el buen nombre de la esposa de tu soberano, vete.

—Sire, tartamudeó el cardenal, Sire, yo...

—¡Calla! le interrumpió el rey alzando la mano y señalándole para la puerta, fuera, digo, fuera.

El cardenal dando traspieses salió del gabinete y volvió á la sala, llena de gente que reía, conversaba y se paseaba de arriba á baja. Pero apenas había penetrado en ella, cuando resonó la voz del primer ministro, que le había seguido los pasos de cerca:

—Capitan de la guardia, en nombre del rey, arrestad al cardenal de Rohan y conducidle á la Bastilla con fuerte escolta.

Estalló un murmullo de asombro al sonido de estas palabras, é inmediatamente despues todos en el salon guardaron profundo silencio. Todos los ojos estaban fijos en el cardenal, que si bien pálido, seguía andando, como si no se tratara de él. Le salió, sin embargo, al paso el oficial ántes mencionado y le dijo al parecer con tristeza:

—Monseñor, le arresto en nombre del rey. Tengo orden de conducir á V. E. á la Bastilla.

—Vamos, hijo mio, le contestó el cardenal abriendo paso por entre la multitud, pues que el rey lo manda, vamos á la Bastilla.

Llegó á la puerta de salida, y así que la abrió el oficial, se volvió para el salon, é irguiendo la cabeza con aire tranquilo y digno, dió su bendicion á la azorada multitud.

Cerróse la puerta y los señores y señoras de la córte se dispersaron por Versailles y Paris para correr la horrible nueva de que el rey había hecho prender al cardenal, é limosnero mayor de Francia, en su traje de ceremonia, y que esto se hizo por voluntad de la reina.

Y á medida que rodaba la noticia aumentaba de volumen, como un alud de calumnias.

—¡Ay! de la Austria! tronaba Marat por la noche en su club. Mientras el pueblo hambrea va ella y le pide dinero al cardenal de Rohan para comprar joyas. Ahora que el cardenal pide su dinero, la reina se lo niega, dice que no lo ha recibido, y permite que arrastren á la Bastilla al cabeza de la Iglesia. ¡Ay! de la Austria!

Y todos los hombres del club, en que sobresalía la cara avinagrada del maestro Simon, repitieron en coro:—¡Ay! de la Austriaca!

## CAPÍTULO V.

### ENEMIGOS Y AMIGOS.

Todo París se hallaba en conmoción. El pueblo llenaba las calles y se atropaba en las esquinas y plazas para escuchar los discursos de oradores improvisados, comentando las extraordinarias nuevas del día.

—El señor cardenal de Rohan, limosnero mayor del rey, decía un franciscano montado sobre un escabel de piedra en la esquina de las Tullerías y plaza del Carrousel,—este elevado dignatario de la Iglesia, ha sido privado de sus derechos y libertad. Por su dignidad está fuera de la jurisdicción ordinaria y solo el Papa tiene derecho de juzgarle. ¿Pero sabéis lo que se ha hecho? Le han sustraído del tribunal de la curia y lo han sometido al Parlamento, como si se tratase de un criado cualquiera del rey; en una palabra, jueces seculares van a juzgarle y a hacerle cargo de un crimen que no ha cometido. Porque, ¿qué es lo que ha hecho el limosnero mayor de Francia, el cardenal y primo del rey? Le había dicho una señora, a quien él creía en la confianza de la reina, que esta deseaba adquirir cierta joya valiosa, la cual no podía comprar por hallarse vacíos los cofres del tesoro real. Le indicó dicha señora además, que si él facilitaba el dinero y adquiría la tal joya, la reina tendría en ello un verdadero placer. En su virtud, el cardenal, servidor fiel y sincero de sus soberanos, se apresuró a hacer lo que se le indicaba; pero con toda la precaución que el caso pedía, no fuera que se comprometiera la honra real, si la reina se dirigía a otro miembro de la corte, para que le prestara aquel delicado servicio. Y decid, mis buenos amigos, ¿no fué mejor que el hiciera este sacrificio en secreto y complaciendo a la reina, evitara un escándalo?

—Cierto que sí, repitieron muchas veces. El señor cardenal es un caballero. ¡Viva el cardenal de Robañ!

—¡Vergüenza para la Austriaca! gritó el zapatero de viejo Simon en otro corrillo, y centenares de voces roncas repitieron: ¡Vergüenza!

—¡Escuchad! mi querido pueblo de París, escuchad buenos corderos, cuya lana esquilman para que la Austriaca descansa en cama mas blanda; chilló otro. Oid lo que ha ocurrido. Lo sé de buena tinta, porque acabo de llegar del Parlamento, y un amigo mío copió un discurso con que el rey va a abrir las sesiones.

—Léale, léale, exclamaron muchas voces, mientras otros gritaban, silencio! El discurso, el discurso. Que lo lea!

—Lo leeré con gusto, repitió la misma voz chillona. Pero soy muy pequeño en comparación de vosotros, como lo es todo el que se opone a la mas elevada majestad de la tierra—el pueblo.

—Oid, nos llama majestad. Debe ser ese un excelente señor.

—¿Qué dice? preguntaban otros mas distantes. Que repita sus palabras. ¿No hay uno que

le alee en sus hombros, á fin de que le oigamos mejor?

Un paisano de anchas espaldas, alto, bien portado, con aspecto franco, vivo y ademan bizarro, se abrió camino por entre la apiñada muchedumbre y se acercó al orador invisible.

—Venga acá, hombrecito, le dijo, le pondré en mis hombros.... Mas calla, Marat, ¿eres tú?

—Y tú, contestó este, no eres Santerre, el grande hombre, porque la cerveza que fabricas es la mejor que se bebe en París? Condescenderás tú, mi digno amigo, en alzar sobre tus hombros al pobre Marat, á fin de que comuniqué al pueblo la gran noticia?

En vez de contestar el cervicero Santerre agarró al jorobado por ambos brazos, y de un tirón se lo echó en los hombros. Encantada la gente, no solo de la destreza sino de la facilidad con que el hombre hercúleo había hecho aquello, le aplaudió tanto mas cuanto que reconocieron en él al popular cervicero. Pero no era ménos conocido Marat, el médico de los caballos del conde de Artois, como él mismo se titulaba, el médico de los pobres y de los desgraciados, como le decían sus aduladores, y le saludaron también con vivas y palmadas.

Este volviendo el rostro feo y torcido hacía las paredes de las Tullerías que se elevaban por detras de los árboles del jardín, sacudiendo el puño y en tono amenazante, comenzó á decir:

—¡Lo habeis oido, dioses orgullosos de la tierra? Habeis escuchado el trueno distante? No os turba el sueño del vicio y os compele á ponerlos de rodillas y orar como miseros pecadores, ántes que llegue la hora del juicio? No. Vosotros no veis ni ois. Estais sordos y vuestros corazones están cerrados. Tras de los soberbios muros de Versailles, que el mas vicioso de los monarcas levantó para sus secretos placeres, ahí os entregais á la holganza y le cerrais las puertas á la verdad, que oirais de los labios del pueblo, si tuvieseis la condescendencia de venir á París.

—Viva Marat! gritó el zapatero Simon, que atraído por el rumor, había dejado el corrillo en torno del franciscano y se acercó al que se había formado en derredor del gigantesco Santerre con el jorobado en sus hombros.

—¡Viva Marat! repitieron los circunstantes, ¡Viva Marat! que no es un señor y no desprecia al pueblo.

—Amigos míos, chilló él, repito lo que he dicho otras veces. ¿Habeis oido jamas de un hombre discreto que miró con desden al príncipe, heredero de la corona, y se ocupó mas del rey, ya viejo, enervado por sus vicios é inválido? Pues vosotros, el pueblo, sois el príncipe, heredero presunto de la corona de Francia; y si vosotros, usando de vuestro derecho, hollais al tirano, entónces el joven príncipe será el que gobierne la Francia. He tomado esta tribuna improvisada en los hombros de un noble ciudadano solo para contaros las indecencias de la reina y sus usurpaciones, no contenta con los bailes y paseos de noche en los jardines de los sitios reales. Os leeré el discurso que el rey envió hoy al parlamento. ¿Queréis que lo lea?

—Sí, fué el grito que salió de todas las bocas.

Sacó Marat del bolsillo un pedazo de papel

racio y empezó á leer con voz ronca y cascada:

“Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á nuestros queridos y fieles consejeros, miembros del tribunal de nuestro Parlamento, salud:

“Ha llegado á nuestra noticia que individuos nombrados Bohmer y Bassenge, sin el conocimiento de la reina, nuestra muy amada consorte y esposa, han vendido un collar de diamantes, avaluado en un millon y seiscentos mil francos, al cardenal de Rohan, quien les manifestó obrar en el asunto por instrucciones de la misma reina. Para persuadirles de que ella aprobaba eso, les presentaron papeles suscritos al parecer por la real mano. Luego que dichos Bohmer y Bassenge hubieron entregado dicho collar al dicho Rohan, como no recibiesen el primer plazo del dinero, acudieron á la reina misma. No sin justa indignacion hemos visto, que se tome en boca con ligereza y no se le guarde el respeto debido, á un nombre eminente, que en mas de un sentido, es caro á nuestro corazón.

A la jurisdicción de nuestro tribunal hemos creído que pertenecía el conocimiento de la causa del dicho Rohan, y vista la declaración que hizo ante nos, de que le había engañado una mujer de nombre Lamotte-Valois, hemos hecho asegurar la persona de esta, como también la de madama Valois, á fin de que se descubra la verdad y se imponga el condigno castigo á todos los que resulten culpables. Es por consiguiente nuestra voluntad que se vea la causa ante el tribunal supremo del Parlamento, que la juzgue y falle definitivamente.”

—Aquí tenéis el bello mensaje, dijo Marat. Esta es obra de la Austriaca, porque ya sabéis que el rey ya no gobierna sino la reina, para la cual toda la Francia es un Trianon. Habeis visto en las puertas de los edificios del gobierno:—*Por la reina.* Esta es la verdad; ella gobierna, manda, dicta; el rey ejecuta. ¿Quién es culpable en el enredo del collar? No madama Valois, no la mujer Lamotte, no el ilustre cardenal; estos no han sido mas que instrumentos en manos de la astuta Austriaca. Pero es fuerza que alguno de los tres saque las castañas de la estufa, para que no se quemé la verdadera culpable las manos y pueda seguir bollandó la modestia y la moral pública y ahora pisotee también la Iglesia.

—¡Silencio, Marat! le gritó álguien. Silencio! Los dragones se acercan y pueden echarle garra, y nuestros amigos no deben ir a la Bastilla.

En efecto, en aquella sazón, se presentó á la entrada de la calle que conducía á la plaza, por la parte de las Tullerías, un escuadrón de dragones, avanzando á paso de carga. No esperó Marat que le repitieran el aviso, ántes no bien vió relucir los sables, saltó de los hombros del cervicero al suelo como un gato y desapareció por entre los piés, se puede decir, de la multitud en general dispersion.

Entretanto el cardenal de Rohan seguía preso en la Bastilla, donde le trataban, sin embargo, con todo el respeto debido á su rango. Tenia para su alojamiento una serie de cuartos, le permitian el servicio de sus dos camareros, y de cuando en cuando ver y conversar con sus parientes, bien que en presencia del goberna-

dor de la Bastilla. Pero Foulon era un buen católico y siempre se mantenía á respetable distancia del cardenal, quien en tales ocasiones no descuidaba echarle la bendición. En los varios exámenes que se le hicieron, el jefe del sumario le trató con la mayor consideracion y no bien daba muestras de cansancio, suspendía la audiencia para el día siguiente. Además, en esas sesiones tomaba parte el defensor del preso, quien se ocupaba de reunir testigos y acumular pruebas á fin de mostrar que su cliente era la victima de un complot hábilmente urdido y no había cometido otra falta que la de ser demasiado celoso al servicio de su reina.

Se corría que habían hecho muchas prisiones en París. Por el real decreto se sabia que habían arrestado y encerrado en la Bastilla á la condesa Lamotte-Valois, y se queria averiguar si había corrido la misma suerte el conde Cagliostro, el médico brujo, que no se veía en ninguna parte. También se susurraba que habían preso y traído á París para meterla en la temible Bastilla, á una jóven de Bruselas, que se suponía complicada en el negocio del collar y se parecia mucho á la reina Maria Antonieta.

Todo París, toda Francia, puede decirse, estaba pendiente de este intrincado asunto y esperaba con ansia su desenlace.

Aseguraban los amigos de la reina que ella era inocente de todo; que nunca había hablado con la condesa Lamotte-Valois, excepto una vez y eso por medio de su chamberlan. Este, afirmaba no haberle enviado jamas socorro. Pero no eran muchos estos amigos de la reina, lejos de ello, el número se disminuía diariamente.

Habiase visto el rey en la necesidad de disminuir los gastos de la casa real, lo mismo que los del gobierno de la nacion. Durante los últimos años no había habido buenas cosechas en Francia. Grande era la carestía de todos los mantenimientos: no se podían cobrar las contribuciones: fuerza era introducir reformas y economías en todos los ramos de la administración y sobre todo ser mas parcios en la concesion de prebendas y gracias á los favoritos y sicofantas de la casa real.

La reina era la que hacía llover sobre sus amigos, y compañeros en Trianon, una lluvia de oro en las prendas del favor real. Hacía ella esto por pura bondad de corazón y por el amor que profesaba á sus amigos. ¡Era en verdad tan dulce causar regocijo á los que amaba; tan agradable ver sonreír de gusto á la duquesa de Polignac! Ni es que esta pidiese nunca gracias para sí misma: su placer consistía en hacer á otros dichosos. No poca lucha costaba á su real amiga hacerle aceptar algun don.

Pero tras la duquesa Diana se hallaba su hermano y su cuñada, el duque y la duquesa de Polignac, que eran ambiciosos, vanos y avarientos; y tras ella se hallaban asimismo los tres favoritos de las reuniones en Trianon, los caballeros Vaudreuil, Besenval, Adhemar y otros, que querían embajadas, puestos en el ministerio, títulos, insignias y distinciones de todos géneros.

El conducto por donde esta caterva de pretendientes se dirigía á la reina era Diana de Polignac; á ella, la amiga del corazón, era á la que preguntaban si la petición se concedería é

no. Luis concedía todo cuanto le pedía la reina y esta en seguida iba á su amiga Diana á derramar á sus piés los dones de la real mano y recibir en pago una sonrisa, un beso.

Las familias nobles veían con envidia y disgusto el favor que alcanzaban los Polignac y los favoritos del Trianon. Se alejaron de la corte, abandonando la —reina del Trianon,— como la llamaban por ironía, á sus amigos privados y á sus villanos entretenimientos, que, según aseguraban, no convenían á la primera nobleza. Entregaron además el rey al imperio de su esposa, que le dominaba, la cual á su vez, gobernaban los Polignac y demás favoritos. Estos y sus amigos ocupaban todos los puestos de honra y de provecho, y á ellos se dirigían los que querían alcanzar algún favor de la corte y aun hasta que se les hiciera justicia.

En torno de los soberanos no había mas que intrigas, cábalas, envidia, hostilidad. A fin de alcanzar influencia y consideración, cada cual se afanaba por ser el primero en el favor de la reina; cada cual murmuraba de su colega á fin de hacerle perder en la estimación de María Antonieta y desalojarle.

Habíanse desvanecido aquellos bellos días de paz y dicha con que había soñado la reina, en su casita campestre. Todavía estaba allí el jardín, el corazón de la feliz aldeana aun no había cambiado; pero aquellos á quienes había entregado este, aquellos que la habían acompañado en sus goces inocentes en la aldea, esos sí que habían cambiado. Habían arrojado á la máscara placentera con que habían engañado á la bondadosa y confiada reina. Ya no eran sus amigos, servidores fieles; ahora eran pretendientes, intrigantes, aduladores, que no obraban por amor, sino por puro egoísmo.

Pero no quería creer esto la reina, sino que estaba ciega respecto de sus amigos, los amaba, confiaba en ellos, los creía afectuosos, se sentía feliz en su compañía.

Pero llegó el día en que la reina empezó á ver que esta no era la que gobernaba sino la gobernada, en que vio que no se hacía su voluntad, sino que la tiranizaban los mismos que ella había elevado.

—Me he visto en el caso, decía ella, de tomar parte en los negocios políticos, porque el rey, bueno y sano como es, tiene poca confianza en sí mismo y deja que otros influyan en sus opiniones. De todos modos es mejor que yo sea su confidente y principal consejero, porque sus intereses son los míos y los de mis hijos, ¿quién puede decirle la verdad francamente al rey de Francia mejor que su reina, su esposa, la madre de sus hijos? Y por otra parte, si el rey no es independiente, por su debilidad de carácter, que no sean al menos los que le rijan mis contrarios, mis enemigos.

Por algún tiempo cedió á sus amigos y favoritos que querían estar con la reina bajo el mismo pié que ella estaba con el rey; pero cedió, no por debilidad, como este, sino por puro cariño hacia ellos.

Cedió, por ejemplo, cuando Diana de Polignac, importunada por su cuñado del mismo apellido, y por el caballero Besenval, rogó á la reina nombrase director del tribunal de cuentas al caballero Colonne. Cedió, decimos, y Colonne, el adulador, el cortesano de Polignac, recibió

el importante nombramiento, aunque María Antonieta tuvo sus dudas crueles y no fiaba ni un tantico en el mismo hombre á quien había elevado tan alto. Entre tanto, corría muy válida la opinión que Colonne era uno de los favoritos de la reina; y mientras ésta no le trataba con mas favor que á otros, antes miraba su nombramiento como una calamidad para la Francia, por haberle elevado, se hizo el objeto de la indignación pública.

Un bien positivo, sin embargo, produjo la elevación de Colonne; porque fué la ocasión de la aparición de una multitud de libelos y folletos en que se discutía el estado fiscal de la Francia y con palabras duras y lenguaje de fuego, aunque en tono triste y desesperado, se hacía una pintura fiel de las necesidades y desventuras de la nación. Dió el rey orden estricta al ministro de Policía para que le recogiera y enviara todos esos escritos efímeros. Quería leerlos, descubrir la parte de razón y de verdad que contenían, y, por medio de sus enemigos, que sin duda no le adularian, aprender el arte de gobernar bien á su pueblo. En efecto, ellos le advirtieron que uno de los primeros cuidados de un buen rey era ser frugal, limitando los gastos de su casa.

Por esta vez obró él independientemente, no tomando consejo ni de la reina. Dispuso desde luego poner coto al lujo de la corte y á descuido las grandes pensiones de que disfrutaban los favoritos; y como la caridad bien ordenada principia en casa, para dar una prueba de su decisión, sacó á remate la mitad de sus caballos, abolió la dirección de postas, y rebajó á la mitad los sueldos que se pagaban al aya de los reales niños, y á la dama de honor á madama Isabel, hermana del rey.

Y á quienes afectaban principalmente estas economías? A la familia Polignac; porque el duque era director de las caballerizas reales y vice-director el duque de Coigny; además, el primero en jefe del ramo de postas; su esposa, Diana, dama de honor de madama Isabel, y Julia de Polignac aya de los hijos de Francia.

Por supuesto, ninguno de estos quería creer lo que pasaba, todos tenían por imposible, que de un golpe les redujeran sus entradas á la mitad. Los amigos íntimos acudieron al Trianon, para tener una entrevista con la reina, oír de sus labios la promesa de que no permitiría serles defraudada de sus derechos y de que haría revocar el decreto de reducción de sueldos y supresión de empleos.

—Es la voluntad del rey, contestó la reina, que por la primera vez se negó á ceder á sus amigos, y yo me alegro demasiado de que el rey tenga voluntad propia, para osar oponerme. Que él reine. Tales son su deber y su derecho, como es obligación de todo vasallo fiel conformarse á sus mandatos y obedecerle.

—Pero es duro, exclamó el señor Besenval, “es horrible, vivir en un país donde nadie está seguro de que poseerá mañana lo que tiene hoy, como hasta el presente ha sido siempre la práctica en Turquía.”

Tembló la reina y dirigió los ojos atorada, primero al que acababa de hablar, luego á sus demás amigos, y en todos los semblantes leyó el disgusto y el extrañamiento. Por la primera vez cayó la máscara de cortesanos sinceros y de servidores fieles que habían llevado, y pudo

María Antonieta desengañarse de la ilusión en que había vivido hasta allí, pues ya sus ojos no despedían un rayo de afecto, ni en sus labios se asomaba una sonrisa amistosa.

Trató la reina de llevarse la mano al corazón, como si le hubiesen clavado una daga sutil. Ganas tuvo de llorar; pero se contuvo y solo dejó escapar un apagado suspiro.

—No sois vosotros los únicos perdidosos, amigos míos, les dijo ella con suavidad. También pierde el rey, porque es claro, que reduce sus caballerizas, sacrifica sus caballos y sus coches, y, junto con estos, sus buenos servidores. Todos debemos usar economías y reducir nuestros gastos. Pero aun podemos ser buenos amigos y pasar horas muy agradables en goces inocentes aquí en el Trianon. Vamos, amigos, olvidemos los cuidados y pesares. Viva la alegría! Coigny, hace una semana que me debe un juego al billar. Págueme hoy. A la sala de billar, amigos, vamos.

Y la reina, cuyo ánimo no se abatía fácilmente, riendo y triscando, fué por delante de sus amigos hacia la sala de billar. Tomó en la mano derecha su taco, lo blandió en el aire como un cetro y dijo:—Fuera los cuidados....

Y se calló al punto, porque al volver los ojos, advirtió que nadie había obedecido su llamada, si se exceptúa el duque de Coigny, cuyo nombre pronunció cuando hizo la invitación.

Despidieron rayos de cólera los hermosos ojos de la reina.

—¿Cómo! exclamó ¿No han oído mis compañeros la orden de seguirme?

—Si place á V. M., dijo el duque humildemente, quizás las señoras y caballeros recuerdan que según el reglamento de V. M. misma, aquí en Trianon cada cual es dueño de su voluntad y puede hacer lo que guste. Por lo visto observan mejor las leyes que algunos otros.

—Señor duque, repuso la reina suspirando ¿es que también vos me culpáis? También sois vos de los descontentos?

—Y ¿por qué había de estar contento? preguntó el duque con mas entereza. Si me privan del empleo en que he encanecido ¿quiere V. M. que esté contento? No, qué había de estarlo! No, por el contrario, me duele y desespera ver que ya no hay nada seguro, que nada es estable, que no puede uno depender de nadie.... ni de la palabra de los reyes.

—Señor duque, gritó María Antonieta encendida en cólera, os propasáis, olvidáis que estáis hablando á vuestra reina.

—Señora, repuso él mas alto, aquí en Trianon no hay reina ni vasallos. Así lo ha dicho V. M. misma, y yo me atengo á sus palabras, aunque V. M. no. Juguemos al billar, señora. Estoy á sus órdenes.

Diciendo esto le echó mano con un movimiento brusco al taco de la reina. Era un regalo que le había hecho su hermano el emperador José. Estaba formado con la piel de un rinoceronte y adornado con abrazaderas de oro. El rey le miraba con todo respeto, y nadie que la reina se había atrevido á usarlo.

—Dámele, Coigny, dijo ella con vehemencia. Te engañas si crees que ese es tu taco. es el mio.

—Señora, gritó él mas colérico todavía, pues la reina le apeaba el tratamiento, si me quitan lo que es mio ¿qué mucho que yo tome lo que no me

pertenece? Parece que esta es la última moda, y me apresuro á seguirla, siquiera no sea por otra cosa, que imitar á V. M. Empecemos.

Temblando de cólera y agitación, cogió dos bolas, las puso en medio de la mesa, y dió un tacazo; pero con tal violencia y falta de tino, que en vez de dar en la bola pegó en la banda del billar, rompiéndose por los tercios.

La reina exhaló una exclamación de indignación, é indicando la puerta con un gesto imperioso, dijo:

—Coigny, desde hoy te relevo de la obligación de volver al Trianon. Quedas separado.

El duque, toco tembloroso de la cólera, murmurando unas palabras ininteligibles, hizo á la reina una ligera y desmañada reverencia y á paso picado salió de la sala de billar.

Siguió María Antonieta largo rato con la vista, dió un profundo suspiro, recogió los pedazos de su taco y luego se encaminó á su retrete privado, en busca de reposo y soledad. Una vez allí, se desplomó en una silla de brazos y sus lágrimas por tanto tiempo retenidas, empezaron á correr libremente.

—¡Ah! exclamó. Acabarán por destruir cuanto poseo, mi confianza, mi espíritu, mi corazón. No me dejarán sino pesares y desventuras y ninguno de los que se han titulado mis amigos, querrá dividirlas conmigo.

## CAPITULO VI.

### EL JUICIO.

Se señaló al fin el 31 de agosto de 1786 para verse en pleno Parlamento, la causa formada al cardenal Rohan.

Los amigos y parientes de este no solo habían tenido tiempo y maña de encaminar la opinión pública, sino de inclinar el ánimo de los jueces en favor del preso y prepararlo contra la reina.

Los enemigos de María Antonieta por otra parte, aun los legitimistas, que veían atropellados sus antiguos derechos, para favorecer á la familia Polignac, y á otras de origen oscuro; el partido de los príncipes y princesas, á quien había ofendido siempre María Antonieta, primero porque era Austriaca, en segundo lugar porque monopolizaba el cariño del rey; los agitadores y amigos de la libertad que tronaban en sus conciliábulos secretos contra los males del reino, y sostenían que era un deber sagrado destruir el maleficio que había rodeado el trono hasta allí, mostrando además el pueblo hambriento, que la reina vivía en el lujo y disipación, y era mujer ligera de cascos y voluptuosa,—todos estos, sin ponerse de acuerdo, tendían á desacreditarla y á subsanar al preso.

El juicio había sido la mejor oportunidad que podía presentárseles para satisfacer su deseo de venganza y dar suelta á su indignación y su odio. La familia del cardenal, herida en su orgullo por el atropello que se hacía á aquel que era su cabeza, juntamente con sus amigos y paniaguados, pusieron en juego toda suerte de malas artes, á fin de ganarse la opinión y con ella á los jueces. Para esto visitaron uno por uno los miembros del Parlamento, hicieron regalos á los que entre ellos manifestaban inclinación á recibirlos, y pagaron á escritores

no. Luis concedía todo cuanto le pedía la reina y esta en seguida iba á su amiga Diana á derramar á sus piés los dones de la real mano y recibir en pago una sonrisa, un beso.

Las familias nobles veían con envidia y disgusto el favor que alcanzaban los Polignac y los favoritos del Trianon. Se alejaron de la corte, abandonando la —reina del Trianon,— como la llamaban por ironía, á sus amigos privados y á sus villanos entretenimientos, que, según aseguraban, no convenían á la primera nobleza. Entregaron además el rey al imperio de su esposa, que le dominaba, la cual á su vez, gobernaban los Polignac y demás favoritos. Estos y sus amigos ocupaban todos los puestos de honra y de provecho, y á ellos se dirigían los que querían alcanzar algún favor de la corte y aun hasta que se les hiciera justicia.

En torno de los soberanos no había mas que intrigas, cábalas, envidia, hostilidad. A fin de alcanzar influencia y consideración, cada cual se afanaba por ser el primero en el favor de la reina; cada cual murmuraba de su colega á fin de hacerle perder en la estimación de María Antonieta y desalojarle.

Habíanse desvanecido aquellos bellos días de paz y dicha con que había soñado la reina, en su casita campestre. Todavía estaba allí el jardín, el corazón de la feliz aldeana aun no había cambiado; pero aquellos á quienes había entregado este, aquellos que la habían acompañado en sus goces inocentes en la aldea, esos sí que habían cambiado. Habían arrojado á la máscara placentera con que habían engañado á la bondadosa y confiada reina. Ya no eran sus amigos, servidores fieles; ahora eran pretendientes, intrigantes, aduladores, que no obraban por amor, sino por puro egoísmo.

Pero no quería creer esto la reina, sino que estaba ciega respecto de sus amigos, los amaba, confiaba en ellos, los creía afectuosos, se sentía feliz en su compañía.

Pero llegó el día en que la reina empezó á ver que esta no era la que gobernaba sino la gobernada, en que vio que no se hacía su voluntad, sino que la tiranizaban los mismos que ella había elevado.

—Me he visto en el caso, decía ella, de tomar parte en los negocios políticos, porque el rey, bueno y sano como es, tiene poca confianza en sí mismo y deja que otros influyan en sus opiniones. De todos modos es mejor que yo sea su confidente y principal consejero, porque sus intereses son los míos y los de mis hijos, ¿quién puede decirle la verdad francamente al rey de Francia mejor que su reina, su esposa, la madre de sus hijos? Y por otra parte, si el rey no es independiente, por su debilidad de carácter, que no sean al menos los que le rijan mis contrarios, mis enemigos.

Por algún tiempo cedió á sus amigos y favoritos que querían estar con la reina bajo el mismo pié que ella estaba con el rey; pero cedió, no por debilidad, como este, sino por puro cariño hacia ellos.

Cedió, por ejemplo, cuando Diana de Polignac, importunada por su cuñado del mismo apellido, y por el caballero Besenval, rogó á la reina nombrase director del tribunal de cuentas al caballero Colonne. Cedió, decimos, y Colonne, el adulador, el cortesano de Polignac, recibió

el importante nombramiento, aunque María Antonieta tuvo sus dudas crueles y no fiaba ni un tantico en el mismo hombre á quien había elevado tan alto. Entre tanto, corría muy válida la opinión que Colonne era uno de los favoritos de la reina; y mientras ésta no le trataba con mas favor que á otros, antes miraba su nombramiento como una calamidad para la Francia, por haberle elevado, se hizo el objeto de la indignación pública.

Un bien positivo, sin embargo, produjo la elevación de Colonne; porque fué la ocasión de la aparición de una multitud de libelos y folletos en que se discutía el estado fiscal de la Francia y con palabras duras y lenguaje de fuego, aunque en tono triste y desesperado, se hacía una pintura fiel de las necesidades y desventajas de la nación. Dió el rey orden estricta al ministro de Policía para que le recogiera y enviara todos esos escritos efímeros. Quería leerlos, descubrir la parte de razón y de verdad que contenían, y, por medio de sus enemigos, que sin duda no le adularían, aprender el arte de gobernar bien á su pueblo. En efecto, ellos le advirtieron que uno de los primeros cuidados de un buen rey era ser frugal, limitando los gastos de su casa.

Por esta vez obró él independientemente, no tomando consejo ni de la reina. Dispuso desde luego poner coto al lujo de la corte y á descuido las grandes pensiones de que disfrutaban los favoritos; y como la caridad bien ordenada principia en casa, para dar una prueba de su decisión, sacó á remate la mitad de sus caballos, abolió la dirección de postas, y rebajó á la mitad los sueldos que se pagaban al aya de los reales niños, y á la dama de honor á madama Isabel, hermana del rey.

Y á quienes afectaban principalmente estas economías? A la familia Polignac; porque el duque era director de las caballerizas reales y vice-director el duque de Coigny; además, el primero en jefe del ramo de postas; su esposa, Diana, dama de honor de madama Isabel, y Julia de Polignac aya de los hijos de Francia.

Por supuesto, ninguno de estos quería creer lo que pasaba, todos tenían por imposible, que de un golpe les redujeran sus entradas á la mitad. Los amigos íntimos acudieron al Trianon, para tener una entrevista con la reina, oír de sus labios la promesa de que no permitiría serles defraudada de sus derechos y de que haría revocar el decreto de reducción de sueldos y supresión de empleos.

—Es la voluntad del rey, contestó la reina, que por la primera vez se negó á ceder á sus amigos, y yo me alegro demasiado de que el rey tenga voluntad propia, para osar oponerme. Que él reine. Tales son su deber y su derecho, como es obligación de todo vasallo fiel conformarse á sus mandatos y obedecerle.

—Pero es duro, exclamó el señor Besenval, “es horrible, vivir en un país donde nadie está seguro de que poseerá mañana lo que tiene hoy, como hasta el presente ha sido siempre la práctica en Turquía.”

Tembló la reina y dirigió los ojos atorada, primero al que acababa de hablar, luego á sus demás amigos, y en todos los semblantes leyó el disgusto y el extrañamiento. Por la primera vez cayó la máscara de cortesanos sinceros y de servidores fieles que habían llevado, y pudo

María Antonieta desengañarse de la ilusión en que había vivido hasta allí, pues ya sus ojos no despedían un rayo de afecto, ni en sus labios se asomaba una sonrisa amistosa.

Trató la reina de llevarse la mano al corazón, como si le hubiesen clavado una daga sutil. Ganas tuvo de llorar; pero se contuvo y solo dejó escapar un apagado suspiro.

—No sois vosotros los únicos perdidosos, amigos míos, les dijo ella con suavidad. También pierde el rey, porque es claro, que reduce sus caballerizas, sacrifica sus caballos y sus coches, y, junto con estos, sus buenos servidores. Todos debemos usar economías y reducir nuestros gastos. Pero aun podemos ser buenos amigos y pasar horas muy agradables en goces inocentes aquí en el Trianon. Vamos, amigos, olvidemos los cuidados y pesares. Viva la alegría! Coigny, hace una semana que me debe un juego al billar. Págueme hoy. A la sala de billar, amigos, vamos.

Y la reina, cuyo ánimo no se abatía fácilmente, riendo y triscando, fué por delante de sus amigos hacia la sala de billar. Tomó en la mano derecha su taco, lo blandió en el aire como un cetro y dijo:—Fuera los cuidados....

Y se calló al punto, porque al volver los ojos, advirtió que nadie había obedecido su llamada, si se exceptúa el duque de Coigny, cuyo nombre pronunció cuando hizo la invitación.

Despidieron rayos de cólera los hermosos ojos de la reina.

—¡Cómo! exclamó ¡No han oído mis compañeros la orden de seguirme?

—Si place á V. M., dijo el duque humildemente, quizás las señoras y caballeros recuerdan que según el reglamento de V. M. misma, aquí en Trianon cada cual es dueño de su voluntad y puede hacer lo que guste. Por lo visto observan mejor las leyes que algunos otros.

—Señor duque, repuso la reina suspirando, ¿es que también vos me culpáis? También sois vos de los descontentos?

—Y ¿por qué había de estar contento? preguntó el duque con mas entereza. Si me privan del empleo en que he encanecido ¿quiere V. M. que esté contento? No, qué había de estarlo! No, por el contrario, me duele y desespera ver que ya no hay nada seguro, que nada es estable, que no puede uno depender de nadie.... ni de la palabra de los reyes.

—Señor duque, gritó María Antonieta encendida en cólera, os propasáis, olvidáis que estáis hablando á vuestra reina.

—Señora, repuso él mas alto, aquí en Trianon no hay reina ni vasallos. Así lo ha dicho V. M. misma, y yo me atengo á sus palabras, aunque V. M. no. Juguemos al billar, señora. Estoy á sus órdenes.

Diciendo esto le echó mano con un movimiento brusco al taco de la reina. Era un regalo que le había hecho su hermano el emperador José. Estaba formado con la piel de un rinoceronte y adornado con abrazaderas de oro. El rey le miraba con todo respeto, y nadie que la reina se había atrevido á usarlo.

—Dámele, Coigny, dijo ella con vehemencia. Te engañas si crees que ese es tu taco. es el mio.

—Señora, gritó él mas colérico todavía, pues la reina le apeaba el tratamiento, si me quitan lo que es mio ¿qué mucho que yo tome lo que no me

pertenece? Parece que esta es la última moda, y me apresuro á seguirla, siquiera no sea por otra cosa, que imitar á V. M. Empecemos.

Temblando de cólera y agitación, cogió dos bolas, las puso en medio de la mesa, y dió un tacazo; pero con tal violencia y falta de tino, que en vez de dar en la bola pegó en la banda del billar, rompiéndose por los tercios.

La reina exhaló una exclamación de indignación, é indicando la puerta con un gesto imperioso, dijo:

—Coigny, desde hoy te relevo de la obligación de volver al Trianon. Quedas separado.

El duque, toco tembloroso de la cólera, murmurando unas palabras ininteligibles, hizo á la reina una ligera y desmañada reverencia y á paso picado salió de la sala de billar.

Siguió María Antonieta largo rato con la vista, dió un profundo suspiro, recogió los pedazos de su taco y luego se encaminó á su retrete privado, en busca de reposo y soledad. Una vez allí, se desplomó en una silla de brazos y sus lágrimas por tanto tiempo retenidas, empezaron á correr libremente.

—¡Ah! exclamó. Acabarán por destruir cuanto poseo, mi confianza, mi espíritu, mi corazón. No me dejarán sino pesares y desventuras y ninguno de los que se han titulado mis amigos, querrá dividirlas conmigo.

## CAPITULO VI.

### EL JUICIO.

Se señaló al fin el 31 de agosto de 1786 para verse en pleno Parlamento, la causa formada al cardenal Rohan.

Los amigos y parientes de este no solo habían tenido tiempo y maña de encaminar la opinión pública, sino de inclinar el ánimo de los jueces en favor del preso y prepararlo contra la reina.

Los enemigos de María Antonieta por otra parte, aun los legitimistas, que veían atropellados sus antiguos derechos, para favorecer á la familia Polignac, y á otras de origen oscuro; el partido de los príncipes y princesas, á quien había ofendido siempre María Antonieta, primero porque era Austriaca, en segundo lugar porque monopolizaba el cariño del rey; los agitadores y amigos de la libertad que tronaban en sus conciliábulos secretos contra los males del reino, y sostenían que era un deber sagrado destruir el maleficio que había rodeado el trono hasta allí, mostrando además el pueblo hambriento, que la reina vivía en el lujo y disipación, y era mujer ligera de cascos y voluptuosa,—todos estos, sin ponerse de acuerdo, tendían á desacreditarla y á subsanar al preso.

El juicio había sido la mejor oportunidad que podía presentárseles para satisfacer su deseo de venganza y dar suelta á su indignación y su odio. La familia del cardenal, herida en su orgullo por el atropello que se hacía á aquel que era su cabeza, juntamente con sus amigos y paniaguados, pusieron en juego toda suerte de malas artes, á fin de ganarse la opinión y con ella á los jueces. Para esto visitaron uno por uno los miembros del Parlamento, hicieron regalos á los que entre ellos manifestaban inclinación á recibirlos, y pagaron á escritores

mercenarios que lanzaron libelos infamatorios contra la reina y toda clase de escritos en que procuraban subsanar la conducta del cardenal y hacerle aparecer como la víctima de su amor y lealtad á la real familia. Todos leían esos folletos, por lo mismo que corrían subrepticamente, de lo cual resultó, que ántes de verse la causa en público, ya la opinión estaba preparada en favor del cardenal y en contra de la reina.

El 31 de agosto de 1786, como ya se ha dicho, se señaló para la vista de la causa. La noche ántes habían trasladado al cardenal de la Bastilla á la cárcel de corte, como ya lo habían hecho con otros presos por el mismo delito.

Desde bien temprano, la plaza en frente de la cárcel, empezó á llenarse de gente, entre la que sobresalían los partidarios del cardenal y de la libertad, como ellos empezaban á llamarse, unos y otros con el siniestro objeto de pescar á rio revuelto.

Entretanto, ya había empezado el gran drama dentro del tribunal. Los miembros del Parlamento, jueces de la causa, en sus hopalandas negras, se hallaban sentados en fila detrás de una mesa de tapete verde; todos con la mirada fija en el cardenal Luis de Rohan, quien, á despecho de su comprometida posición, guardaba la mayor compostura y dignidad. Vestía el traje propio de su rango, pero en vez de la toga color de púrpura, llevaba una de color violeta, como es el uso de los cardenales cuando tienen luto. Sobre esta se puso la esclavina roja, donde se desplegaban todas sus insignias, y las medias del mismo color, con los zapatos de seda y las hebillas de oro, adornadas con piedras preciosas, completaban su rico y brillante traje. Al entrar en la sala, levantó el brazo y echó la bendición á aquellos mismos hombres que iban á juzgarle y tal vez á condenarle. En seguida habló como sigue:

Una parienta suya, madama de Boulaingvillier, tres años ántes, le había presentado una jóven y suplicádole la mantuviera y protegiera. Dicha jóven era del mas ilustre linaje, el último descendiente de los primitivos reyes de Francia, de la estirpe de Valois. Se llamaba la condesa Lamotte-Valois, cuyo marido, el conde Lamotte, era subteniente de un regimiento de guarnición en una ciudad pequeña y su sueldo no era bastante para sostenerlos siquiera con decencia. Natural fué que el cardenal se interesase por la suerte de aquella desgraciada hija de los reyes de Francia, por otra parte hermosa, inteligente y de moda, es muy finos. El la mantuvo por algun tiempo y al fin consiguió que el rey Luis XVI la señalara una pensión de 1,500 francos, en consideración de su origen y parentesco. Esto conseguido la condesa fué á Versailles para dar las gracias en persona por su favor. A su vuelta á París, en el colmo de la alegría, dijo al cardenal, que no solo la había recibido la reina, sino que se había mostrado con ella muy amable y la indicó que la visitara á menudo.

Desde ese día, la condesa continuó en menudear sus visitas á Versailles y adquirió mayor mérito á los ojos del cardenal; tanto mas, cuanto que por la relación que hacia de sus viajes á la corte, aparecía claro que estaba en gran privanza con la reina. Entonces, por

desgracia, se hallaba el cardenal en opuesta posición respecto de la misma augusta persona; quien no se dignaba dirigirle siquiera la palabra jamas. Esto le traía por demas inquieto y apesarado y en vano solicitó entrar en la gracia de su soberana. Confió él sus cuitas á la condesa Lamotte-Valois, y esta, parte por celo amistoso, parte por gratitud, tomó sobre sí la tarea de hablarle por él á la reina.

Algunos días despues ella le dijo al cardenal que había cumplido su promesa, que con tales palabras había pintado á la reina su pesadumbre por el desvío con que le miraba, que aquella augusta persona se había afectado mucho, y dicho á la condesa, que olvidaría todo y perdonaría al cardenal, si este le pedia perdón por escrito de las mortificaciones que le había causado á ella y á su madre María Teresa. Por de contado que el cardenal se prestó á ello de la mejor voluntad. Extendió un documento y lo remitió á la condesa, en que pedia perdón por haber aconsejado á la emperatriz María Teresa, años atras, cuando María Antonieta no era mas que delфина y él embajador Frances en Viena,—reprendiese la altanería y frivolidad de su hija, é hiciera que se enmendase. Hé aquí la única ofensa que él había hecho á la reina, estaba arrepentido de haberla cometido, y humildemente la rogaba le perdonase. Al mismo tiempo le pidió una entrevista, á fin de confirmar de palabra lo que decía por escrito; y á este efecto, algunos días despues la condesa Lamotte-Valois le entregó un papel, escrito de mano de la reina, respuesta al parecer de su memorial á la misma.

Aquí el presidente del tribunal interrumpió al declarante para preguntarle si conservaba dicho papel.

—Desde que tuve la buena suerte de recibir las, siempre he llevado conmigo las caras y valiosas cartas de la reina. El día que me prendieron en Versailles las llevaba en el bolsillo del lado de mi casaca. Por dicha mía y desdicha de aquellos que, no bien me metieron en la Bastilla, asaltaron mi palacio, seliaron mis papeles y quemaron los que les desagradaban, esas cartas iban conmigo, de lo contrario hubieran pasado por el mismo auto de fé. Aquí están.

Sacó una cartera, tomó de ella un paquetico y lo depositó en la mesa delante del presidente. Este lo abrió y leyó:

“He recibido el memorial que me dirigis y me alegro en el alma que esteis arrepentido y bien dispuesto; siento, sin embargo, no poder concederos la audiencia que solicitais. No obstante, tan pronto como las circunstancias lo permitan, os lo haré saber, y hasta entonces, silencio.

“MARIA ANTONIETA DE FRANCIA.”

La lectura de esta cartita, produjo un murmullo de admiración en la sala del tribunal y las miradas de todos se volvieron á fijar en el preso, de manera que hasta el presidente, despues de haber puesto el papel en la mesa, parece que no echó de ver que aquel dignatario de la Iglesia, cardenal, príncipe y limosnero mayor del rey de Francia, se hallaba en pié lo mismo que si fuera un criminal común.

—Una silla de brazos para el señor cardenal;

gritó y al punto uno de los bedeles trajo una muy cómoda y lujosa.

Se desplomó en ella el príncipe Rohan, dando las gracias á los jueces con una inclinación de cabeza.

—¿Tiene V. E. la bondad de proseguir? le preguntó el presidente del tribunal tras una breve pausa.

Naturalmente, dicha carta le llenó de la mayor delicia,—prosiguió el cardenal con otra inclinación de cabeza; tanto mas cuanto que se le prometía una entrevista con S. M. y le había implorado á la condesa hiciese instancia porque se llevara á efecto, pues había notado que no obstante el perdón de la carta, la reina continuaba en tratarle en público con el mayor desden. Un domingo, despues de haber dicho misa á SS. MM., se tomó la libertad de pasar á la sala de audiencia y de dirigirla la palabra á la reina. Ella solo le contestó con una mirada de cólera y desden, volviéndose en seguida la espalda, á tiempo que decía en alta voz á la duquesa de Polignac:—¡Qué desvergüenza! Porque llevan la púrpura se creen estas gentes facultados para todo, se creen iguales á los reyes y tienen la osadía de dirigirlas la palabra.—Palabras tan duras é incisivas naturalmente produjeron profunda herida en el cardenal, y por la primera vez le entro sospecha, de si serian falsas todas las historias de la condesa, y forjada la carta de la reina, porque le parecia imposible que esta en secreto se mostrase favorable á un hombre que despreciaba en público.

Así se lo dijo á la condesa de Lamotte en su cólera, añáñendola que tendria como falso todo lo que le había traído de la reina, á menos que, en el mas breve tiempo posible, consiguiese de ella lo que le había pedido con instancia tantas veces, á saber, una audiencia con aquella augusta persona. Deseaba esta no solo para convencerse por sí mismo de que María Antonieta había cambiado, sino tambien para confirmar la verdad ó la mentira de lo que le había contado la condesa. Rióse esta de su desconfianza y le prometió poner en juego toda su destreza para conseguirle la apetecida entrevista con la reina. Entonces se arrepintió él de las sospechas que había concebido, creyó de nuevo en la sinceridad de dicha señora, y le prometió que como le lograrse la entrevista deseada, en señal de gratitud le regalaria cincuenta mil francos.

Estas palabras arrancaron un rumor de aprobación y de sorpresa de los espectadores, en que se señalaban las familias de la primera nobleza de Francia y los mas poderosos enemigos de la reina, quienes se aprovechaban de esta ocasión para vengarse de la Austriaca, que se había atrevido á escoger sus amigos y sociedad, no en conformidad á su prosapia, sino de acuerdo con los dictados de su corazón.

No creyó el presidente bastante pronunciar la expresión de aplauso para mandar imponer silencio, se desentendió de ello y preguntó al acusado si la condesa le había al fin concedido la audiencia de la reina.

El cardenal guardó silencio por un momento, se puso pálido, se agitó en la silla, se semblante expresó por lo claro una fuerte lucha interior, en que sin duda había mucho de farsa y de hipocresía, y dijo:

—Si place á este noble tribunal, bajo las sagradas vestiduras que llevo siento que late un corazón de hombre. Es, sin embargo, indigno de un caballero, imperdonable falta, descubrir los secretos de una señora, poner de manifiesto los favores recibidos. Pero tengo que cargar yo con esta culpa, porque debo defender la honra de un sacerdote, de una dignidad de la Iglesia, asimismo porque no debo consentir se mancille la púrpura aun con la sospecha de una mentira ó un acto calumnioso. Quizas... lo temo, tal vez en este negocio yo he sido el engañado; no consentiré, sin embargo, que si quiera se sospeche de que fui el engañador. Así, pues, me veo en la dura necesidad de publicar los secretos de una señora, reina por añadidura.

Le observó en este punto el presidente que su deber primero era decir la verdad, tanto porque lo había jurado, como por respeto á las sagradas vestiduras que vestía, y ante esta idea primordial, era fuerza que acallaran sus escrúpulos; fuera de que como dignidad de la Iglesia le tocaba dar ejemplo de candor y obediencia ciega á los mandatos del tribunal.

—Gracias, señor presidente, dijo el acusado en voz tan trémula y apazada que conmovió hasta las lágrimas á muchas señoras veladas. Gracias. Quitais una pesada losa de mi corazón. La viva luz de vuestra sabiduría me alumbró el camino que me corresponde seguir.

Ahora bien, continuó el presidente roto hasta las cachas por el piropeo que le soltó el diestro cardenal. Me tomo la libertad de repetir la anterior pregunta:—¿Lo ró la condesa Lamotte-Valois que la reina consintiera en ver en secreto á vuestra eminencia?

—Sí, señor; y habiéndose tranquilizado, continuó. Dos días despues había venido á su casa la condesa muy risueña y animada, pues le traía recado de que se sirviese seguirla á Versailles, en cuyos jardines y en sitio ya fijado, debía efectuarse la entrevista suya con la reina. El, por consejo de su amiga, vistió un traje sencillo de paisano, casaca azul, sombrero redondo y botas altas. Con toda la delicia que experimentaba, apenas podía él creer que la reina le mostraria marca tan elevada de favor; y entendiendo esto la condesa se echó á reír y le enseñó otra carta, escrita en papel de cantos dorados, dirigida á ella, y firmada como la anterior puesta arriba.—María Antonieta de Francia.—En la dicha carta la rogaba la reina tuviese cuidado de advertir al cardenal hablase bajo en la entrevista, porque los árboles tenían oídos y que no saliese de la enramada hasta que la reina diese la señal.

La lectura de esta nueva carta le quitó toda duda al cardenal, quien ya suspiraba porque llegara la hora de la entrevista tan deseada. Llegó en efecto, y el cardenal en compañía de la condesa se encaminó á Versailles en un coche de alquiler. Le condujo ella al terrado del palacio, donde habiéndose hecho esconderse tras un grupo de laureles enanos, le dejó allí y fué á informar de ello á la reina, quien acostumbraba pasearse todas las tardes en el parque en union del conde y condesa de Artois. De figurarse es la posición del cardenal, en su escondite, acallando los latidos de su corazón, para oír con mas desenbarazo cualquier ruido que le anunciase la aproximación de la reina.

mercenarios que lanzaron libelos infamatorios contra la reina y toda clase de escritos en que procuraban subsanar la conducta del cardenal y hacerle aparecer como la víctima de su amor y lealtad á la real familia. Todos leían esos folletos, por lo mismo que corrían subrepticamente, de lo cual resultó, que ántes de verse la causa en público, ya la opinión estaba preparada en favor del cardenal y en contra de la reina.

El 31 de agosto de 1786, como ya se ha dicho, se señaló para la vista de la causa. La noche ántes habían trasladado al cardenal de la Bastilla á la cárcel de corte, como ya lo habían hecho con otros presos por el mismo delito.

Desde bien temprano, la plaza en frente de la cárcel, empezó á llenarse de gente, entre la que sobresalían los partidarios del cardenal y de la libertad, como ellos empezaban á llamarse, unos y otros con el siniestro objeto de pescar á rio revuelto.

Entretanto, ya había empezado el gran drama dentro del tribunal. Los miembros del Parlamento, jueces de la causa, en sus hopalandas negras, se hallaban sentados en fila detrás de una mesa de tapete verde; todos con la mirada fija en el cardenal Luis de Rohan, quien, á despecho de su comprometida posición, guardaba la mayor compostura y dignidad. Vestía el traje propio de su rango, pero en vez de la toga color de púrpura, llevaba una de color violeta, como es el uso de los cardenales cuando tienen luto. Sobre esta se puso la esclavina roja, donde se desplegaban todas sus insignias, y las medias del mismo color, con los zapatos de seda y las hebillas de oro, adornadas con piedras preciosas, completaban su rico y brillante traje. Al entrar en la sala, levantó el brazo y echó la bendición á aquellos mismos hombres que iban á juzgarle y tal vez á condenarle. En seguida habló como sigue:

Una parienta suya, madama de Boulaingvillier, tres años ántes, le había presentado una jóven y suplicádole la mantuviera y protegiera. Dicha jóven era del mas ilustre linaje, el último descendiente de los primitivos reyes de Francia, de la estirpe de Valois. Se llamaba la condesa Lamotte-Valois, cuyo marido, el conde Lamotte, era subteniente de un regimiento de guarnición en una ciudad pequeña y su sueldo no era bastante para sostenerlos siquiera con decencia. Natural fué que el cardenal se interesase por la suerte de aquella desgraciada hija de los reyes de Francia, por otra parte hermosa, inteligente y de moda, es muy finos. El la mantuvo por algun tiempo y al fin consiguió que el rey Luis XVI la señalara una pensión de 1,500 francos, en consideración de su origen y parentesco. Esto conseguido la condesa fué á Versailles para dar las gracias en persona por su favor. A su vuelta á París, en el colmo de la alegría, dijo al cardenal, que no solo la había recibido la reina, sino que se había mostrado con ella muy amable y la indicó que la visitara á menudo.

Desde ese día, la condesa continuó en menudear sus visitas á Versailles y adquirió mayor mérito á los ojos del cardenal; tanto mas, cuanto que por la relación que hacia de sus viajes á la corte, aparecía claro que estaba en gran privanza con la reina. Entonces, por

desgracia, se hallaba el cardenal en opuesta posición respecto de la misma augusta persona; quien no se dignaba dirigirle siquiera la palabra jamas. Esto le traía por demas inquieto y apesarado y en vano solicitó entrar en la gracia de su soberana. Confió él sus cuitas á la condesa Lamotte-Valois, y esta, parte por celo amistoso, parte por gratitud, tomó sobre sí la tarea de hablarle por él á la reina.

Algunos días despues ella le dijo al cardenal que había cumplido su promesa, que con tales palabras había pintado á la reina su pesadumbre por el desvío con que le miraba, que aquella augusta persona se había afectado mucho, y dicho á la condesa, que olvidaría todo y perdonaría al cardenal, si este le pedia perdón por escrito de las mortificaciones que le había causado á ella y á su madre María Teresa. Por de contado que el cardenal se prestó á ello de la mejor voluntad. Extendió un documento y lo remitió á la condesa, en que pedia perdón por haber aconsejado á la emperatriz María Teresa, años atras, cuando María Antonieta no era mas que delфина y él embajador Frances en Viena,—reprendiese la altanería y frivolidad de su hija, é hiciera que se enmendase. Hé aquí la única ofensa que él había hecho á la reina, estaba arrepentido de haberla cometido, y humildemente la rogaba le perdonase. Al mismo tiempo le pidió una entrevista, á fin de confirmar de palabra lo que decía por escrito; y á este efecto, algunos días despues la condesa Lamotte-Valois le entregó un papel, escrito de mano de la reina, respuesta al parecer de su memorial á la misma.

Aquí el presidente del tribunal interrumpió al declarante para preguntarle si conservaba dicho papel.

—Desde que tuve la buena suerte de recibir las, siempre he llevado conmigo las caras y valiosas cartas de la reina. El día que me prendieron en Versailles las llevaba en el bolsillo del lado de mi casaca. Por dicha mía y desdicha de aquellos que, no bien me metieron en la Bastilla, asaltaron mi palacio, seliaron mis papeles y quemaron los que les desagradaban, esas cartas iban conmigo, de lo contrario hubieran pasado por el mismo auto de fé. Aquí están.

Sacó una cartera, tomó de ella un paquetico y lo depositó en la mesa delante del presidente. Este lo abrió y leyó:

“He recibido el memorial que me dirigis y me alegro en el alma que esteis arrepentido y bien dispuesto; siento, sin embargo, no poder concederos la audiencia que solicitais. No obstante, tan pronto como las circunstancias lo permitan, os lo haré saber, y hasta entonces, silencio.

“MARIA ANTONIETA DE FRANCIA.”

La lectura de esta cartita, produjo un murmullo de admiración en la sala del tribunal y las miradas de todos se volvieron á fijar en el preso, de manera que hasta el presidente, despues de haber puesto el papel en la mesa, parece que no echó de ver que aquel dignatario de la Iglesia, cardenal, príncipe y limosnero mayor del rey de Francia, se hallaba en pié lo mismo que si fuera un criminal común.

—Una silla de brazos para el señor cardenal;

gritó y al punto uno de los bedeles trajo una muy cómoda y lujosa.

Se desplomó en ella el príncipe Rohan, dando las gracias á los jueces con una inclinación de cabeza.

—¿Tiene V. E. la bondad de proseguir? le preguntó el presidente del tribunal tras una breve pausa.

Naturalmente, dicha carta le llenó de la mayor delicia,—prosiguió el cardenal con otra inclinación de cabeza; tanto mas cuanto que se le prometía una entrevista con S. M. y le había implorado á la condesa hiciese instancia porque se llevara á efecto, pues había notado que no obstante el perdón de la carta, la reina continuaba en tratarle en público con el mayor desden. Un domingo, despues de haber dicho misa á SS. MM., se tomó la libertad de pasar á la sala de audiencia y de dirigirla la palabra á la reina. Ella solo le contestó con una mirada de cólera y desden, volviéndose en seguida la espalda, á tiempo que decía en alta voz á la duquesa de Polignac:—¡Qué desvergüenza! Porque llevan la púrpura se creen estas gentes facultados para todo, se creen iguales á los reyes y tienen la osadía de dirigirlas la palabra.—Palabras tan duras é incisivas naturalmente produjeron profunda herida en el cardenal, y por la primera vez le entro sospecha, de si serian falsas todas las historias de la condesa, y forjada la carta de la reina, porque le parecia imposible que esta en secreto se mostrase favorable á un hombre que despreciaba en público.

Así se lo dijo á la condesa de Lamotte en su cólera, añáñendola que tendria como falso todo lo que le había traído de la reina, á menos que, en el mas breve tiempo posible, consiguiese de ella lo que le había pedido con instancia tantas veces, á saber, una audiencia con aquella augusta persona. Deseaba esta no solo para convencerse por sí mismo de que María Antonieta había cambiado, sino tambien para confirmar la verdad ó la mentira de lo que le había contado la condesa. Rióse esta de su desconfianza y le prometió poner en juego toda su destreza para conseguirle la apetecida entrevista con la reina. Entonces se arrepintió él de las sospechas que había concebido, creyó de nuevo en la sinceridad de dicha señora, y le prometió que como le lograrse la entrevista deseada, en señal de gratitud le regalaria cincuenta mil francos.

Estas palabras arrancaron un rumor de aprobación y de sorpresa de los espectadores, en que se señalaban las familias de la primera nobleza de Francia y los mas poderosos enemigos de la reina, quienes se aprovechaban de esta ocasión para vengarse de la Austriaca, que se había atrevido á escoger sus amigos y sociedad, no en conformidad á su prosapia, sino de acuerdo con los dictados de su corazón.

No creyó el presidente bastante pronunciar la expresión de aplauso para mandar imponer silencio, se desentendió de ello y preguntó al acusado si la condesa le había al fin concedido la audiencia de la reina.

El cardenal guardó silencio por un momento, se puso pálido, se agitó en la silla, se semblante expresó por lo claro una fuerte lucha interior, en que sin duda había mucho de farsa y de hipocresía, y dijo:

—Si place á este noble tribunal, bajo las sagradas vestiduras que llevo siento que late un corazón de hombre. Es, sin embargo, indigno de un caballero, imperdonable falta, descubrir los secretos de una señora, poner de manifiesto los favores recibidos. Pero tengo que cargar yo con esta culpa, porque debo defender la honra de un sacerdote, de una dignidad de la Iglesia, asimismo porque no debo consentir se mancille la púrpura aun con la sospecha de una mentira ó un acto calumnioso. Quizas... lo temo, tal vez en este negocio yo he sido el engañado; no consentiré, sin embargo, que cualquiera se sospeche de que fui el engañador. Así, pues, me veo en la dura necesidad de publicar los secretos de una señora, reina por añadidura.

Le observó en este punto el presidente que su deber primero era decir la verdad, tanto porque lo había jurado, como por respeto á las sagradas vestiduras que vestía, y ante esta idea primordial, era fuerza que acallaran sus escrúpulos; fuera de que como dignidad de la Iglesia le tocaba dar ejemplo de candor y obediencia ciega á los mandatos del tribunal.

—Gracias, señor presidente, dijo el acusado en voz tan trémula y apazada que conmovió hasta las lágrimas á muchas señoras veladas. Gracias. Quitais una pesada losa de mi corazón. La viva luz de vuestra sabiduría me alumbró el camino que me corresponde seguir.

Ahora bien, continuó el presidente roto hasta las cachas por el pirope que le soltó el diestro cardenal. Me tomo la libertad de repetir la anterior pregunta:—¿Lo ró la condesa Lamotte-Valois que la reina consintiera en ver en secreto á vuestra eminencia?

—Sí, señor; y habiéndose tranquilizado, continuó. Dos días despues había venido á su casa la condesa muy risueña y animada, pues le traía recado de que se sirviese seguirla á Versailles, en cuyos jardines y en sitio ya fijado, debía efectuarse la entrevista suya con la reina. El, por consejo de su amiga, vistió un traje sencillo de paisano, casaca azul, sombrero redondo y botas aitas. Con toda la delicia que experimentaba, apenas podía él creer que la reina le mostraria marca tan elevada de favor; y entendiendo esto la condesa se echó á reir y le enseñó otra carta, escrita en papel de cantos dorados, dirigida á ella, y firmada como la anterior puesta arriba.—María Antonieta de Francia.—En la dicha carta la rogaba la reina tuviese cuidado de advertir al cardenal hablase bajo en la entrevista, porque los árboles tenían oídos y que no saliese de la enramada hasta que la reina diese la señal.

La lectura de esta nueva carta le quitó toda duda al cardenal, quien ya suspiraba porque llegara la hora de la entrevista tan deseada. Llegó en efecto, y el cardenal en compañía de la condesa se encaminó á Versailles en un coche de alquiler. Le condujo ella al terrado del palacio, donde habiéndose hecho esconderse tras un grupo de laureles enanos, le dejó allí y fué á informar de ello á la reina, quien acostumbraba pasearse todas las tardes en el parque en union del conde y condesa de Artois. De figurarse es la posición del cardenal, en su escondite, acallando los latidos de su corazón, para oír con mas desenbarazo cualquier ruido que le anunciase la aproximación de la reina.

Era ya puesto el sol, la noche deliciosa, y la luna con sus rayos de plata, desde un cielo azul purísimo, alumbraba las sendas y objetos inmediatos, al punto de no echarse de menos mucho que se diga, la claridad del día. Y así pudo S. E. descubrir una figura noble y elevada, en traje oscuro, con grandes alfileres azules en el peinado, que se apresuraba á llegar al terrado, seguida por la condesa Lamotte-Valois.

Desde luego se desvanecieron como el humo las dudas que de cuando en cuando asaltaban el espíritu del cardenal. Aquella que se aproximaba era María Antonietta en persona, no cambia género de duda. Aquel era su vestido, el mismo peinado que llevaba ella el domingo anterior, cuando despues de la misa él fué á Versailles á dar un paseo en carruaje. Si, la reina se acercaba. Habiendo llegado á pocos pasos del bosquecillo, dijo ella en tono de cuchicheo:

—Venid; y no bien pronunciaron sus divinos labios esta palabra, cuando salió el cardenal de su escondite, cayó de rodillas á los pies de la que creía su reina, la tomó una mano y se la besó con efusion.

—Por desgracia, dijo ella, entonces, siempre en voz muy baja, yo no puedo permanecer aquí sino un momento. Nada abrigo contra V. E., como lo verá en breve por las marcas de favor. Entre tanto, aceptad esta prenda de mi merced. (Fué una rosa que se la desprendió del seno María Antonietta y se la dió al cardenal). Aceptad este otro presente en memoria de la reconciliación; añadió poniéndole en las manos un retrato. Contiene mi retrato. Contempladle á menudo, y no dudeis nunca de que yo...

En esta sazón la condesa que se había mantenido á respetable distancia, se acercó á la carrera y dijo muy agitada.

—Alguien viene. Por amor de Dios, huya V. M.

En efecto, se oían voces distantes, como de personas que venían en la dirección del sitio de la cita. La reina le echó garra á la condesa por el brazo y le dijo:

—Vamos, amiga mía. Adios, cardenal.

Loco de alegría por la buena fortuna que le había cabido, aunque triste por la terminación brusca de la entrevista con la reina, se volvió el cardenal á París. Al día siguiente la incansable condesa le trajo un billete de la reina, en que esta le manifestaba su sentimiento por la brevedad de la entrevista, prometiéndole atender en breve su promoción. Algunos días despues de esta ocurrencia, que traía constantemente preocupado el ánimo del cardenal, tuvo él que ir á Alsacia. El mismo día despues de su llegada allá, sin embargo, le alcanzó el marido de la condesa, despaclado por ella como correo de gabinete, para poner en sus manos otra carta de la reina, tan misteriosa y atildada como las anteriores.

“El momento que deseaba, rezaba dicha esquelá, no ha llegado aun. Os ruego sin embargo, que volvais al punto á París, porque tengo un asunto secreto, que me concierne personalmente, el cual solo á vos puedo fiar, y necesito vuestra ayuda. La clave de este enigma la posee la condesa Lamotte-Valois.”

En alas del viento el cardenal volvió á París y se encaminó al palacio que la condesa había comprado con los frutos de su liberalidad. Allí

supo el objeto de su llamada á la capital. Se trataba de comprarles á los joyeros Bohmer y Bassenge, una joya que varias veces le habían ellos ofrecido en venta á la reina. Esta la había visto y quedado fuertemente enamorada del tamaño y belleza de los diamantes; pero en vista de su enorme precio, se había ella abstenido de comprarla. Con todo eso subsecuentemente había sentido en el alma no haberla comprado, así porque no había otra en Europa que se le pareciese, como porque de repente le habían entrado vivísimos deseos de poseerla. Quería ella, pues, comprarla en secreto, sin el conocimiento del rey, pagando su valor en plazos cómodos, porque el dinero tenía que salir de su caja privada.

Pero precisamente entonces Bohmer y Bassenge tenían intención de enviar el collar á Constantinopla al Sultan, quien deseaba hacer un regalo magnífico á la favorita. Antes de decidir esto, sin embargo, los joyeros se dirigieron de nuevo á la reina, declarándole que si ella tomaba el collar, ellos aceptarían cualesquiera condiciones de pago. Pero la caja privada de S. M. estaba vacía, como ya se ha dicho, habiendo distribuido todos sus fondos á los pobres que sufrían mucho con motivo de los rigores del invierno. La reina no obstante deseaba vehementemente hacerse del collar, y se dignaba concederle al limosnero una marca de favor especial, encargándole la comisión de comprarlo para ella. Para ello debía él recibir un papel firmado por la reina, que no mostraría sino á los mismos joyeros de la corte en debido tiempo. El adelanto de seiscientos mil francos lo haría el cardenal de su propio peculio, el restante millon lo pagaría la reina en plazos de cien mil francos cada tres meses cumplidos. En el primer trimestre, despues de hecha la compra, se le abonarían al cardenal los seiscientos mil francos adelantados.

No halagó poco á este aquella muestra de confianza de parte de la reina y aguardó con ansia la autorización escrita, para proceder á la compra del collar. No tuvo que esperar mucho, porque dos días despues se le trajo la condesa Lamotte-Valois, fechada en el Trianon y firmada,—María Antonietta de Francia. Las dudas que á pesar de todo esto, trabajaban el ánimo del cardenal, le indujeron á verse con su amigo el conde Cagliostro. Este le había curado de una grave enfermedad, y desde entonces había sido siempre su amigo desinteresado, y se puede decir su oráculo, pues que revelaba su porvenir en todas ocasiones. Evocó Cagliostro en noche lóbrega y solitaria los espíritus que le servían y por ellos supo que era digno de la posición del cardenal el encargo que le habían hecho; que tendría el negocio un resultado feliz; que pondría el sello á los favores de la reina y apresuraría el día dichoso en que para bien de la Francia y del mundo entrarían en juego los grandes talentos del cardenal.

De nuevo se le dispararon las dudas. Fué, pues, á casa de los joyeros de la corte, les declaró el objeto de su visita y les mostró el papel en que la reina le autorizaba para hacer la compra del collar. Al punto los joyeros entraron en negocio, depositando el cardenal los seiscientos mil francos y recibiendo en cambio la valiosa prenda. Era la víspera de una gran

fiesta y la reina quería lucir en ella el collar. Por la noche un criado de confianza de esta fué á recogerle en el palacio de la condesa Lamotte-Valois, la cual suplicó al cardenal tuviese la bondad de presenciar la entrega.

De acuerdo con este convenio el cardenal pasó á casa de la condesa en la noche del 1.º de febrero de 1784, acompañado de un lacayo, hombre discreto, que llevaba el estuche. En el zagnan el mismo cardenal tomó la joya de manos del lacayo y la puso en las de la condesa, la cual le condujo á una alcoba inmediata á una sala de recibí, desde donde apenas veía esta por una puerta de cristales.

Tras de unos cuantos minutos de silencio se abrió la puerta principal y se oyó una voz que dijo:—Al servicio de la reina. Y luego al punto entró un hombre vestido con la librea de S. M. á quien había visto muchas veces el cardenal en casa de la condesa y sabido por esta que era de la confianza de la reina; y en su nombre pidió el collar. La condesa le tomó y se le dió al criado, quien sin decir mas, saludando profundamente, se marchó con el collar. En aquel instante experimentó el cardenal un gozo exquisito, porque acababa de prestar un servicio eminente á la reina de Francia, esposa del rey y madre del futuro rey, no solo en la compra de los diamantes que ella deseaba, sino en impedir que se valiese, impulsiva como es, de algun otro caballero de la corte.

Estas palabras arrancaron exclamaciones entre las mujeres, á una de las cuales se le oyó gritar:

—No hubieran hecho otro tanto los señores Vaudreuil y Coigny.

Léjos de enojo la observacion produjo risa en los jueces, y el presidente preguntó al acusado:

—Ruego á V. E. me diga si la reina María Antonietta dió á V. E. las gracias por el gran servicio, que segun afirma V. E. la prestó. ¿Ha pagado ella los plazos?

—Desde el día en que efectuó esta malhadada compra, prosiguió el cardenal tras triste y corto silencio, —todo han sido inquietudes, pesares, humillaciones para él. No otro pago ha recibido. La reina no se ha dignado dirigirle la palabra siquiera. En la gran fiesta no llevó ella el collar que se le remitió la víspera. Se quejó de ello á la condesa, con cuyo motivo la reina tuvo la bondad de escribirle un billete para decirle que no había llevado el collar en la fiesta porque era muy valioso y no dejaría de atraer la atención del rey y de la corte. Tranquilizado por este lado no experimentó nuevas dudas hasta el día fatal en que debía hacerse el pago del primer plazo pues ni el cardenal ni los joyeros recibieron el dinero ni palabra de la reina. Entonces empezó él á sospechar de que tal vez se habían aprovechado de su lealtad á la reina para engañarle y extorciarle; y espantado del abismo á que corría, al punto hizo llamar á la condesa y la abjuró le explicase la conducta de la reina. Le contestó, que precisamente á ruegos de esta, estaba ella á punto de pasar á verle, para suplicarle disimulara la falta de pago, que la habían ocasionado gastos imprevistos y urgentes que S. M. había tenido de hacer, por todo lo cual solo podía pagar á la sazón el interes del dinero, treinta mil francos. Contento con estas

palabras y mas con el arreglo de la reina, pues que tal era su voluntad, el cardenal y su amiga se separaron, esta diciendo que iba en busca del dinero.

Entretanto ocurrió algo que una vez mas alarmó grandemente al cardenal. Hallándose de visita en casa de la duquesa de Poignac, le trajeron á esta una cartica de la reina, y el cardenal le rogó se la dejara ver, si no contenía nada secreto. Consintió en ello la duquesa, y...

Guardó silencio el cardenal, se puso pálido y cruzó los brazos sobre el pecho. Al cabo lo interrumpió el presidente del tribunal para preguntar al acusado, si examinada la cartita, halló que la letra era igual á las de las cartas que él había recibido de la misma reina.

—No, no era la misma letra; respondió el cardenal. No, era la letra del todo diferente. Solo en la firma había alguna semejanza, aunque la cartita á la duquesa estaba suscrita únicamente,—María Antonietta. Corrió el cardenal á su casa y con impaciencia febril esperó la llegada de la condesa. Entró riendo como siempre, trayendo los treinta mil francos ofrecidos. El irritado cardenal le declaró sus sospechas y la acusó de falsaria. Pareció alarmarse al pronto y confundirse, mas luego la enmendó diciendo que bien pudiera ser que la reina no hubiese escrito de su puño y letra las cartas á ella y al cardenal, sino que las hubiese dictado solamente. Con todo, por lo que hacía á la firma, podía jurar que era de la letra y puño de la reina.

Esta salida reanimó un tanto al cardenal, sin embargo, no bien se marchó la condesa, cuando se le presentaron los joyeros y le dijeron que no habiendo recibido el dinero del plazo, le habían dirigido una memorial á la reina, sin obtener respuesta, ni la concesion de una audiencia para entablar la queja. En esta virtud se habían dirigido á la camarera mayor de la reina, madama Campan, con quien acababan de tener una conferencia. Dijoles dicha señora que la reina no poseía el collar; que la condesa Lamotte-Valois no había hablado jamas con la reina; que ella les había dicho á los joyeros en el colmo de la indignacion que alguno los había estado engañando; que eran las víctimas de un fraude y que iría al punto al Trianon para informar á la reina sobre esta horrorosa intriga. Aconteció esto el jueves, al siguiente domingo fué el cardenal á Versailles para celebrar la misa mayor, y se siguió la escena antes referida.

El presidente en nombre del Tribunal dió las gracias al acusado por la lúcida y verídica exposición de los hechos, agregándole que podía descansar y refrescar en el refectorio del Parlamento, ántes de volver á la Bastilla.

“Con esto se levantó el cardenal y saludó, poniéndose todos los jueces en pié y contestando su saludo respetuosamente.”

—¡Dios bendiga al cardenal, el noble mártir del reino! exclamó una de las señoras veladas. Y los demas espectadores repitieron el grito.

Salió el cardenal por una puerta y por otra entró la condesa Lamotte-Valois, conducida al Tribunal entre soldados por orden del presidente. Antes de abrirse la puerta por donde se esperaba la presa, ya estaban allí clavados los

ojos de todos los que ocupaban el espacioso salón.

Era ella una mujer de esbelto talle, formas graciosas, vestida con la mayor elegancia, decorada la cabeza con plumas, flores y encajes, con las mejillas llenas de colorín y los labios de rubí recogidos por una sonrisa animada al mismo tiempo que burlona, que ponía de manifiesto dos sartas de dientes blancos y parejos. Con esa sonrisa en los labios ligera y serena marchó al centro de la sala, volviendo los ojos negros, grandes y brillantes, en que se pintaban el orgullo y la curiosidad, ya al grave semicírculo de los jueces, ya á las galerías del Tribunal, donde los espectadores no pudieron reprimir un movimiento de indignación.

—Señores, dijo ella en voz clara y distinta, ¿estamos aquí en un teatro donde los representantes se reciben con muestras de aprobación ó desaprobación?

El presidente, á quien ella miraba, no se dignó contestar, sino que le hizo una seña expresiva con el gesto al alguacil que se hallaba detrás de la acusada.

La entendió este perfectamente, pues de uno de los rincones de la sala trajo una silla de madera muy tosca y de forma pesada, á cuyo alto respaldo estaban clavadas dos cadenas cortas de hierro.

Puso el alguacil dicho asiento al lado de la lujosa condesa y por señas le indicó que se sentara.

—¡Qué me siente ahí! exclamó ella en tono de soberano desprecio. ¡Cómo! ¿Quién se atreve á ofrecermela la silla de los criminales?

El alguacil al paño la rogó se sentara sin chistar, porque de lo contrario tendría que hacer uso de las cadenas atadas al respaldo del asiento. Lejos de calmarla esto pareció irritar más á aquella orgullosa mujer, que con sus ojos quería aniquilar al pobre ministro de justicia; el cual le dijo al fin alto:

—Si no os sentáis, señora, me veré en la necesidad de hacer uso de la fuerza; entonces para impedir que os levanteis habrá que ataros los brazos con las cadenas.

La condesa hizo una exclamación de cólera y con la vista examinó el semblante de los jueces y el de los espectadores, sin encontrar en ninguna parte un rasgo de simpatía. Pero esto mismo pareció darle más valor y fuerza. Levantó la cabeza con orgullo, se sonrió y luego se sentó en la tosca silla con gracia y dignidad, como si fuese un sillón de terciopelo y aquella una sala de baile.

—¿Quién es V., señora? de pronto le preguntó el presidente en tono de voz breve y grave. ¿Cómo se llama usted? ¿Cuál es su edad?

—Señor presidente, contestó ella dando una carcajada, es claro que V. S. no está muy acostumbrado á tratar con señoras, de otro modo no me preguntaría mi edad. Sin embargo, ¿quiere V. S. saber quién soy? cómo me llamo. Soy la condesa Lamotte-Valois, último vástago de anteriores reyes de Francia; y si en esta desventurada tierra que oprimen un rey estúpido y una reina disoluta, reinasen el derecho y la justicia, yo me hallaría sentada en el trono de Francia, y la coqueta que ahora lo ocupa, se sentaría en esta silla de los criminales, para justificarse del robo que ha cometido,

escamotándole el collar de diamantes á los joyeros Bohmer y Bassenge.

Este borbollón de injurias y de calumnias encontró mas bien aplauso que censura entre los espectadores y jueces, á tal descrédito había llegado María Antonieta.

—Señora, se contentó con decirle el presidente L'Aigre—en vez de contestar V. sencillamente mis preguntas, me ha soltado una larga arenga, que advierto contiene tantas falsedades como palabras. Pues V. no se ha dignado decirme quién es ni lo que es, yo voy á decirselo. Su padre de V. fué un pobre aldeano de Auteuil. Se llamaba Valois, y el cura de la aldea un día le dijo á la esposa del propietario de ella, madama de Boulainvillier, que el tal aldeano poseía ciertos documentos que incuestionablemente le acreditaban por descendiente ilegítimo de la familia real antigua. Al mismo tiempo recomendó el buen cura á la caridad de madama de Boulainvillier el pobre, hambriento aldeano y sus desnudos hijos. Cumpliendo con esta súplica aquella digna señora, hizo que la trajeran la hija de Valois, para saber de su boca, en qué podía serles útil.

—Decid mejor, para ganar crédito de haber mostrado generosidad hácia los descendientes de los antiguos reyes de Francia; le interrumpió la condesa.

—Triste crédito habría sido el que ganase por este medio; repuso el presidente con calma. Largo tiempo hacia que se había extinguido la familia Valois, y el último individuo de ese nombre que se sepa, fué convencido del delito de falsificación, condenado á muerte y ajusticiado. El abuelo paterno de V. fué hijo ilegítimo del Valois falsificador. Hé aquí la suma del parentesco de V. con la familia real de Francia. Probable es que en esa misma silla en que ahora se sienta V., acusada de fraude y dolo, ántes se sentó su abuelo natural de V., acusado de delito semejante, y que, convencida de él, sea V. castigada segun las leyes de Francia.

Hizo ademán la condesa de levantarse y hablar, pero una cosa y otra le impidió el ministro de justicia, oprimiéndole el hombro con su mano de hierro. Ella sollozó y se estuvo quieta, y por la primera vez se tornaron pálidas como la muerte sus sonrosadas mejillas.

—Ahora bien, continuó el presidente, madama de Boulainvillier, recogió los hijos del zarzapastoso Valois, y le agradó tanto la hija mayor, muchacha de doce años de edad, por su viveza y atractivos, que la adoptó como suya, le dió una excelente educación é hizo cuanto estuvo en su mano por asegurarla un porvenir decente. Pero el día ménos pensado la chica dejó el techo y el abrigo de su madre adoptiva.

Se había fugado con el subteniente, conde Lamotte, anunciando á su bienhechora por una carta que le dejó escrita, que fugaba para librarse de la esclavitud en que había vivido allí, y dejaba su maldición á todos aquellos que habían tratado de impedir se casara con el hombre de su elección. Le confesó además, que para llevar á efecto su matrimonio, había creído necesario llevar un terno de brillantes de madama Boulainvillier, para cubrir los costos con el producto de su venta. De este modo sucede que la prófuga robó á su bienhechora la suma de veinte mil francos

—Me tomo la libertad de corregir la relación de V. S., dijo la condesa. No se puede decir que yo robé esa suma, esa fué la dote que me ofreció darme madama de Boulainvillier cuando me casara, y tomé lo que me pertenecía. Ella misma justificó mi proceder, pues que no me reclamó jamás el dinero, ni me delató á los tribunales.

—No hizo una ú otra cosa para evitar el escándalo; prosiguió el juez. Callóse madama de Boulainvillier y dejó el castigo al juez justiciero que mora mas alla de las estrellas.

—Y quien seguramente no bajará de ellas para ocupar la silla del jefe de este tribunal; dijo la condesa con risa ironica.

—La hija del gañán Valois, prosiguió el presidente sin hacer caso del sarcasmo, se casó con el teniente Lamotte, que vivía en una ciudad interior y trataba de aumentar su sueldo por todos medios. No solo daba lecciones de escritura y equitación, sino que jugaba á los naipes y era tan hábil que siempre le sonrió la fortuna.

—Señor, exclamó la condesa indignada, sin duda V. S. no se permitiría impunemente el insulto ese, si mi marido estuviese libre. Nadie en justicia puede tacharle de fullero.

—No hago insulto ninguno, solo llamo las cosas por su verdadero nombre. En consecuencia de vehementes sospechas de fullerías, el conde Lamotte fué despedido de su regimiento; y como los recién casados habían entretanto gastado el dinero robado, hubo que buscar un nuevo medio de vivir. El marido se encaminó al sur de Francia para continuar en sus fullerías; la esposa, sin otro capital que su juventud y el esplendor de su apellido, se dirigió á París, uno y otro resueltos á hacer fortuna del modo mejor que pudiesen. Hé aquí, señora, concluyó el presidente, la verdadera respuesta á mis preguntas de cómo se llama V. y quién es.

—No es, sin embargo, satisfactoria esa respuesta, agregó la impudente condesa. Ha olvidado V. S. añadir que soy la amiga del cardenal, príncipe Luis de Rohan, la confidente y amiga de la reina María Antonieta, y que ambos quieren hacerme ahora el honor de que les sirva de cabra de los Judíos, pagando su culpa. Mi único delito consiste en que contribuí á que la reina de Francia poseyera la joya que ambicionaba adquirir; en que ayudé al enamorado y necio cardenal á aproximarse al objeto de su amor, logrando que tuviera una entrevista con la reina. Mas claro, á la reina di el collar y al limosnero mayor de Francia en pago del desembolso, una caradita con la reina. No creo que él niegue que la besó la mano en Versalles, que ella le dió una rosa; y por lo que toca á su enamorada, espero que al fin tendrá que confesar que el collar está en su posesión. ¿De que puede acusármese?

—Se la acusa de fraude, de desfalco, de falsificación, de calumnia, de robo; repuso el presidente con calor. Engañó V. al cardenal de Rohan diciéndole que conocía V. á la reina, que era íntima amiga suya y que poseía su confianza. Forjó V., hizo que alguien forjara, la letra de la reina, y suponiendo que eran de esta, escribió V. cartas y las dió al cardenal. Abusó V. de la lealtad del cardenal hácia sus augustos soberanos y le hizo V. creer que la

reina deseaba valerse de sus servicios; y luego que el cardenal, en la persuasión de que prestaba un servicio eminente á su reina y señora, trató con los joyeros de la corte, les pagó parte del dinero de la compra del collar y entregó este á V. para que lo pusiese en manos de quien correspondía, V. se lo robó, pues no ha llegado á poder de ella jamás. Es falso que la reina diera á V. audiencia alguna vez, mucho ménos que le hablara, y ninguna de sus amigas conoce á la condesa Lamotte.

—Lo que quiere decir esto, repuso esta, es que ellas me desconocen ahora, porque así les conviene; pero al fin la luz de la verdad resplandecerá.

—Sí, tiene V. razón, añadió el presidente, resplandecerá al fin la luz de la verdad y para ello será bueno que el fiscal general de S. M. haga la acusación de la condesa Lamotte Valois.

Este funcionario, que entonces era Borillon, se levantó y empezó á leer la acusación fiscal. En la introducción de este escrito pintó á la condesa como una aventurera; habló de su destitución en París, de los medios de que se valió para ganarse la voluntad del cardenal, y pasar á sus ojos como verdadera descendiente de los antiguos reyes de Francia, en fin, de sus intrigas y manejos hasta lograr que comprara el collar á los joyeros de la corte y se lo entregase á ella, en la persuasión de que era para S. M. la reina. Recapituló, en una palabra, la declaración del cardenal, que ya se conoce, y en seguida procedió diciendo:

—Su aliado mas activo fué el marido, á quien de mucho ántes había hecho venir á París, y entre los dos arreglaron la intriga del collar, con cuyo éxito logró ella cuanto apetecía, el esplendor y lujo de una princesa, con un palacio por habitación, doradas carrozas, hermosos caballos, pajes con librea, vajillas de plata, piedras preciosas, encajes, vinos exquisitos, etc. Fuera de todos estos goces, tenía ella un marido todo generosidad y cariño, que la colmaba de regalos, pues desde Londres, á donde le llamó un negocio de familia, le envió un medallón de brillantes, que despues se avaluó en 230 luises de oro, y un brazaletes de perlas estimado en 200. A la vuelta de su viaje sorprendió á su mujer con regalo todavía mas espléndido: me contraigo al palacio en Barsur-Aube que compró para ella. ¿No sospecha nadie de donde procedían dones tan valiosos? Lo explicaré: había roto el collar de Bohmer y Bassenge la condesa Lamotte y arrojado las piedras de sus monturas. Por el oro de estas solamente recibió ella 40,000 francos; por uno de los diamantes que vendió aquí en París, 50,000 francos; por otro, 30,000. Los mas grandes y valiosos no se atrevió ella á venderlos en París, y para este fin despachó su marido á Londres. Allí la venta de los tales diamantes produjo la bonita suma de 400,000 francos en oro, con lo cual hubo para el medallón, para el brazaletes y para el palacio además. Naturalmente el cardenal de Rohan no tenía ni sospecha de ese lujo y esplendor. ¿Donde le recibió la condesa cuando él vino á verla? En una desmantelada sala de la casa que había alquilado, vestida pobremente. Mas apenas arreció el peligro y empezó á temer que las reclamaciones de los joyeros, harian



que se descubriese el enredo, se marchó de París y se metió en su palacio de Bar-sur-Aube. Allí no tardó en seguirla la policía, que la prendió, lo mismo que á su marido y al amigo de ellos el llamado conde Cagliostro. Los demas cómplices se pusieron en salvo, sin que haya podido haberseles. Sin embargo, su testimonio no era absolutamente necesario, siendo así que los hechos principales ya estaban esclarecidos y patentes. Algunos de los diamantes vendidos en Londres por Lamotte están hoy en París y segun el reconocimiento practicado, son los mismos del collar. Se sabe quien es el platero á quien la condesa vendió las monturas de oro, reconociendo los pedazos Bohmer y Bassenge, como porciones de su antedicho collar. Está fuera de toda duda que la condesa Lamotte-Valois, con sus intrigas y su astucia, logró apoderarse de la valiosa joya, y se la apropió. Es ella, por consiguiente, culpable de robo y fraude; lo es, además, de falsificación, porque imitó la letra de la reina y firmó papeles en nombre de esta augusta señora. Y le acusa, por otra parte, no ya solo de falsificación, mas también de desacato á la majestad, porque ha osado arrastrar la persona sagrada de la reina de Francia á una red de mentiras, haciéndole aparecer como la heroína de una indecente aventura amorosa.

La condesa quiso defenderse de estos cargos, echándole toda la culpa á la reina, á quien pintó con colores negros, diciendo que era casquivana, presumida y necia, amiga de bailes y de aventuras de dudoso carácter. Repitió todo lo que ya habia dicho en su defensa y que los verdaderos criminales trataban de echarle la culpa, para librarse del castigo que tenían merecido; pero confiaba en Dios justo y sabio que no permitiría padeciese el inocente y holgase el culpable.

—Teneis razon, señora, replicó el fiscal, Dios es justo y no permitirá se haga una injusticia. No permitirá que prevalezca vuestra infernal intriga; os arrancará la máscara de la inocencia que llevais, y os presentará tal como sois, una descarada é intrigante mujer.

—Señor fiscal, esos son insultos, no razones, ni pruebas.

—¿Pruebas? ya las tendreis á manos llenas. Oia, añadió el fiscal dirigiéndose á un alguacil, que se traiga la testigo.

El alguacil entró en un cuarto lateral y á poco volvió solo y le dijo algo al oído á otro ministro de justicia, el cual dijo alto, que la señora pedia al Tribunal la perdonase por un instante, pues que esperando separarse de su niño de pecho por algunas horas, le estaba amantando antes de salir á declarar.

Consultados los jueces por el presidente con la vista, se acordó esperar. Al cabo de un cuarto de hora, en que reinaba el mayor silencio, se abrió la puerta del cuarto de los testigos, y no bien se asomó la mujer, cuando el auditorio en masa hizo una exclamacion de asombro.

Era la reina, no otra que la reina, la mujer que entraba en la sala del Tribunal. Era su mismo agraciado y elegante busto; el mismo jóven y fresco semblante; las mismas redondas y sonrosadas mejillas; la misma encajada boca, con el labio inferior grueso y lleno; los mismos ojos grandes y azulosos; la misma al-

tiva frente; el mismo hermoso cabello castaño, arreglado á la manera que lo hacia el peluquero real Leonard. Su vestido era idéntico también al que solia usar la reina en sus paseos por los jardines de Versailles. La saya era ancha de lino, cubria sus hombros una pañoleta blanca y coronaba el peinado alteroso una papalina blanca con encajes.

—Ella es! se repetian unas á otras las mujeres en la galería, teniéndose por conocedoras de la reina. Viene en persona á declarar! ¡Qué ocurre! qué necesidad!

A la vista de aquella inesperada aparicion, nadie se ocupó de la condesa Lamotte-Valois, nadie la vió abatirse en la silla y luego hacer ademán de levantarse y echar á huir, nadie, excepto el alguacil constituido á su lado, quien preguntándole qué queria, le recordó que la estaba prohibido levantarse.

—Me levanté, contestó la condesa volviendo á calmarse, para saludar á la reina de Francia como buena vasalla que soy; pero como veo que nadie se levanta ni hace demostracion de respeto, yo tambien me siento.

—Acercaos, dijo el presidente de L'Aigre, á la que aparecia ser la real persona. Obedeció en efecto y se adelantó mirando á todas partes con ojos azorados y cuando estuvo cerca de la mesa, tras la cual se hallaban sentados los jueces, les hizo un saludo amistoso y se sonrió, con cuya accion mostró los dientes. Una nueva expresion de asombro apareció en el semblante de los espectadores, porque entonces se vió su semejanza con la reina. Aquellos sus labios de grana encubrian dos hileras de dientes sueltos y rotos, siendo así que los de Maria Antonietta, por su igualdad, blancura y brillo eran objeto de admiracion y de envidia de todas las señoras de la corte.

—¿Quién sois y cómo os llamais, señora? le preguntó el presidente.

—¿Quién soy yo, señor? replicó la mujer poniéndose colorada. ¡Santo Dios, eso es mas de lo que yo pudiera decir! Yo era una muchacha ociosa y casquivana, enemiga de trabajar, mas que me gustaba vivir bien y vestir mejor y vivia bastante suelta hasta que un dia sorprendió el amor mi corazón. Luego que me enamoré de mi sarjento Jorge me propuse llevar una vida arreglada y virtuosa, y desde que me nació mi hijito he hecho propósito de ser buena madre y buena esposa. ¿Desea ahora saber V. E. cómo me llamo? Pues me dicen señorita Oliva. V. E. me hizo prender en Bruselas y me ha traído aquí, nueve dias precisamente antes del fijado para casarme con mi querido Jorge. Me prometió que nuestro hijo nos veria casados por ante la santa madre Iglesia y habria cumplido su promesa, si V. E. no lo impide, de suerte que no es culpa mia si mi hijo ha nacido en la cárcel y si su padre no se ha hallado presente en su nacimiento. Pero V. E. conocerá que yo soy inocente y me cumplirá lo que me ha ofrecido, es decir, darme un certificado de mi inocencia, pues, (agregó sonrojándose) de mi inocencia en este enredo, á fin de que yo pueda justificarme ante mi hijo, cuando tengo que descubrirle que nació en una cárcel. ¡Es cosa tan terrible para una madre tener que avergonzarse de confesar algo á su hijo!

Arrancaron estas palabras un murmullo de aplauso.

—Así, pues, ¿os llamais señorita Oliva? le dijo el juez.

—Sí, señor, contestó la hermosa mujer suspirando, por desgracia ese es el nombre que llevo. Pero tan pronto como yo salga de la cárcel, me caso, y entonces seré madama Jorge. Le ruego, señor presidente, por mi hijo, tenga la bondad de llamarme madama.

Esa salida candorosa de la testigo, iluminó el semblante de jueces y espectadores con una sonrisa, pero el de la condesa Lamotte se contrajo y oscureció todo. Y dirigiéndose á todos los presentes, en especial á los jueces y á la mujer que se parecia á la reina, los llenó de improperios, tratándoles de farsantes y de confabulados para perderla. De tal modo, que el presidente mandó al alguacil hiciera callar á la acusada y que si hablaba sin preguntarle, la encerrara y le pusiera una mordaza.

—Cumpliré con vuestro deseo, añadió el presidente volviéndose para aquel vivo retrazo de la reina, con tal que me prometais responder fielmente á mis preguntas.

—Lo prometo, en nombre de mi hijo; contestó la mujer.

—Dígame, pues, si conoce á la persona que está sentada en aquella silla.

—¡Ah! Sí, la conozco; exclamó la señorita Oliva mirando fijamente á la Lamotte. Esto es, yo no sé su nombre, lo único que sé es que vive en un palacio muy hermoso, que es muy rica, y...

—¿Cómo conocisteis esa señora? Decid toda la verdad.

—La diré, caballeros, tan fijo como estoy aquí. Paseaba yo un dia en Palais Royal, á tiempo que un hombre alto, delgado, con aire de señor, despues de pasar por delante de mí varias veces, se me acercó y me echó una porcion de piropos y me dijo que deseaba visitarme. Le contesté sonriendo que desde luego podria satisfacer su deseo, si me llevaba á comer á un meson. Aceptó, comimos juntos, y para ser recien amigos, nos chanceamos y reímos bastante. Cuando nos separamos me prometió que allí nos volveriamos á reunir al otro dia y así lo hizo. Despues de esta segunda comida: amable caballero me condujo á su casa, y me dijo que él era muy distinguido é influyente, que tenia muchos amigos en la corte y que tenia amistad estrecha con el rey y la reina. Me dijo además que me buscaba poderosos protectores y que una señora muy distinguida que habia simpatizado conmigo, por la descripción que de mí le habia hecho, me visitaria y trabaria amistad conmigo. En efecto, al otro dia el caballero vino á verme en compañía de la señora distinguida, la cual se mostró muy amable conmigo y se sorprendió mucho á mi vista.

—¿Quién era esa señora? le preguntó el juez.

—Esa que está ahí, contestó la señorita Oliva señalando con el dedo pulgar de la mano derecha, por encima del hombro, para la condesa Lamotte.

—¿Estais segura de ello?

—Como de mi propia vida, señor presidente.

—Bien. Continúa. ¿Visteis la señora dicha frecuentemente?

—Sí, señor, porque vino á verme dos veces

mas, y me habló de la reina y del lujo con que vivian en la corte, y me prometió que me llevaria á ella y me haria una gran señora, si yo consentia en prestarle un servicio. Se lo prometí de todo corazón y le dije que haria cuanto me ordenara, si me llevaba á la corte y me facilitaba la ocasion de hablarle al rey y á la reina.

—¿Por qué abrigabais la curiosidad de ir á la corte y hablar con los soberanos?

—¿Por qué? Gran Dios, la cosa es bien simple y natural. Es cosa fácil para el rey hacer un capitán de un sarjento, y como el rey, segun dice la gente, no hace nada sin aprobacion de la reina, deseaba yo sobre todo tener un rato de charla con la reina. ¿Cuánto no habria dado yo por ver á mi querido Jorge con las charretas y cuánto no me habria complacido de que mi hijo viese que le habia dado por padre á un capitán!

—¿Dijisteis eso á la señora?

—Por supuesto que se lo dije y ella me ofreció que sin duda la reina me haria ese favor, con tal que yo le prometiese hacer todo lo que me ordenara en nombre de la reina. Me dijo entonces la señora, que la reina le habia mandado buscarse una persona á propósito para representar un papel en una comedieta, que preparaba en secreto; que yo era precisamente la persona requerida para representar ese papel, y que si yo lo representaba bien y no se lo decia á nadie, ni al mismo Jorge, luego que viniese de Bruselas, no solo me daria su apoyo en el porvenir, sino que además me regalaria quince mil francos por mi trabajo. Consentí de mil amores, porque ese no era un mal bocado para la dote.

—¿Pero no se os ocurrió que se trataba de un asunto peligroso cuando os ofrecian suma tan grande de dinero?

—Semejante pensamiento me ocurrió varias veces, pero lo deseché pronto porque deseaba establecerme. Fuera de esto, la condesa me aseguró que todo se hacia en nombre de la reina, y que era la reina la que iba á pagar los quince mil francos. Me tranquilizaron estas palabras completamente; pues como obediente y fiel vasalla, era mi deber obedecer á la reina y mostrarle lealtad, mayormente cuando iba á pagarme tan generosamente. Entretanto me consolé con la creencia de que la reina no podia ordenar se hiciera una cosa mala ni criminal, asegurándome tambien la condesa y repitiéndome que todo lo que yo tenia que hacer era representar á otra persona, y hacer creer á un amante que estaba con su amada, lo que sin duda le agradaria á él mucho, y llevarle de felicidad. El papel que yo debia representar estaba de acuerdo con mis sentimientos.

—¿Pero no tuvisteis la curiosidad de averiguar para quién representábais el papel de amada ni quién era la señora cuyo puesto debiais ocupar?

—Me habria alegrado en el alma saberlo, pero la condesa me prohibió hacer preguntas y me dijo que debia ante todo ahogar mi curiosidad. Tambien me encargó me desentendiese de todo, de lo contrario solo recibiria la mitad del dinero ofrecido; además de que si advertian que yo sabia lo que estaba haciendo, podia suceder que me soplaran en la Bastilla.

Me estuve pues callada, no me ocupé de nada mas ni pedí otra cosa sino que me enseñaran bien mi papel, á fin de no perder los quince mil francos para la dote de mi casamiento.

—Así, pues, os dieron una lección que aprender?

—Sí señor, la condesa y el caballero que me presentó á ella, vinieron dos veces á mi casa y me enseñaron cómo había de caminar, cómo llevar la cabeza, cómo saludar y cómo dar la mano á besar. Después de enseñarme bien todo esto, vinieron una vez por mí y me llevaron en un famoso carruaje á casa de la condesa. Allí comimos juntos y luego fuimos de paseo á Versailles. Caminamos en el parque y en un sitio cerca del pabellon ellos se pararon y me dijeron: Aquí es donde vas á representar la comedia mañana: este es el sitio que ha señalado la reina misma y todo lo que ha de suceder es por mandato expreso de ella. Eso me tranquilizó y volví á París loca de contento, en compañía de la condesa y de su compañero. Toda la noche, me tuvieron en su hermosa casa, al siguiente día volvimos á Versailles en coche, donde la condesa tenía varios cuartos. Ella con sus manos me vistió y tuvo la amabilidad de servirme de camarera.

—¿Qué especie de traje os puso?

—Uno exactamente igual al que ahora llevo, si se exceptúa que luego que estuvimos listas, y empezó á oscurecer la condesa me echó á la espalda un manto blanco y me cubrió la cabeza con una caperuza. Así me condujo al parque, me dió una carta y me dijo:—Darás esta carta al caballero que vamos á ver.—Caminamos en silencio por aquellas sendas y avenidas, y confieso que me latía con tanta fuerza el corazón, que tenía que pensar á menudo en los quince mil francos, para no desfallecer de temor.

—¿Fuisteis sola con la condesa, ó iba algún otro con vosotras?

—Nos acompañaba el caballero á que ántes he aludido, el cual, según creo, era esposo de la condesa. Luego que paseamos por un rato, él se paró y dijo:—Ahora es menester que Vds. vayan solas, yo, sin embargo, no me descuidaré, para hacer ruido á tiempo, y hacer que huya el enamorado. Entonces el caballero se metió en una espesura y nos dejó solas; y la condesa, volviéndose para mí me dijo:—Darás esta rosa y esta carta al sugeto que vamos á ver, y cuidado no añadas otra palabra. Tú sabes lo que esto significa.—Me hizo repetir ella tres veces y luego añadió:—Te repito que no agregues otra palabra; porque la reina misma ha escogido esas y ella oirá si tú las repites con exactitud, como que se hallará detrás de tí y será espectadora de toda la escena.—De seguida la condesa me llevó á un bosquecillo y se retiró y pronto vino el sugeto enamorado y yo salí del lugar de mi escondite. Así que el tal me hizo muchas reverencias muy profundas, yo le dí la rosa y la carta y le dije las mismas palabras que me había enseñado la condesa. El enamorado cayó de rodillas y me besó la mano que le alargué con la rosa. Entonces oímos ruido, como de pasos de gente que se aproximaba y la condesa se nos reunió corriendo y gritó:—Por Dios bendito, nos vigilan! Pronto! Pronto! Venid;—y me arrastró lejos de allí con fuerza. Salimos de los

jardines y volvimos á la morada de la condesa, donde me dejaron sola, porque ella y su marido, según dijeron riendo, tenían que ir á ver al anciano señor y consolarlo por la cortedad de la entrevista y el susto que le hicieron pasar. Les pregunté si había representado bien mi papel, y la condesa me dijo que la reina, que se había hallado por allí oculta y observado todo, estaba satisfecha de mí.

Al día siguiente muy temprano tornamos á París y cuando llegamos al palacio de mis protectores, la condesa me dió franco sobre franco los quince mil prometidos. La única condición que me puso al entregarme el dinero, fué la de que me reuniese con Jorge lo mas pronto posible, y que hasta el día de mi marcha, no saliese del cuartito en que me tenía encerrada. Le escribí pues á Jorge anunciándole mi ida y me pareció interminable el tiempo hasta que llegó su respuesta, aunque la condesa me trató con el mayor cariño, y me hizo cenar con ella varias veces, en cuyas ocasiones siempre nos divertimos mucho. Así que llegó la carta de mi Jorge en que decía que me aguardaba, partí de París en una silla de posta, como una señora; porque la condesa no quiso que yo viajase en diligencia, y su marido que había pagado por los relevos de caballos hasta Bruselas. Puede considerarse que mi viaje fué muy cómodo y agradable. Y yo creo que esto es todo cuanto tengo que referir. He cumplido mi palabra, diciendo la verdad fielmente. Mi hijo no pasará mala noche.

—¿No tenéis nada mas que añadir?

—¿Qué mas podría yo añadir señores? preguntó la muchacha suspirando. Saben VV. SS. tan bien como yo el fin de mi historia. Saben que unos quince dias despues de la escena en Versailles, me prendió la policía en Bruselas y me trajó á París. Saben que juré quitarme la vida si no me permitían ver á mi Jorge en la cárcel. Saben que mi querido hijo nació en ella y que ya tiene seis meses de edad, al paso que á su pobre madre todavía le siguen causa y no ha ganado su libertad. VV. SS. saben todo esto. ¿Qué mas podría yo añadir? Señores, les ruego me dejen ir á donde está mi Jorgito. Ciertamente está despierto y su padre no sabe acallararlo.

—Id á ver á vuestro hijo; le dijo el presidente sonriendo. Alguacil, condúzca á madama Oliva á la sala de los testigos.

Esta manifestó su agradecimiento besándose la mano derecha y haciendo que arrojaba el beso á los jueces, y luego siguió al alguacil que abrió la puerta del cuarto lateral. Y apenas se abrió, un grito agudo de un niño resonó en la sala del Tribunal, á cuyo tiempo madama Oliva, que se hallaba con un pié en el quicio, volvió la hermosa cara hácia el presidente y le dijo sonriendo:

—¿No se lo dije á V. S.? Mi hijo me llama, suspira por mí. Ya voy, Jorgito, ya voy.

Dió un salto, y se cerró la puerta tras ella. —Acaba de oír V. la declaración de la testigo; dijo el presidente dirigiéndose á la condesa Lamotte. Ve V. que tenemos las pruebas de la intriga traidora é infame que ha urdido V. ¿En vista de tales pruebas querrá V. todavía negar los hechos?

—No he visto pruebas ni hechos, contestó la Lamotte. Solo he visto asombrada la serenidad

con que la reina ha desempeñado su papel, y la extension de su ligereza de carácter. Es en verdad comica muy hábil, pues que ha representado á las maravillas el papel de la señorita Oliva. Nadie diría que era la reina.

—¿Cómo, señora! exclamó el presidente admirado. ¿Pretende V. creer que la testigo que acaba de salir de esta sala, no es madama Oliva, sino otra persona? No sabe V. que esa mujer, retrato viviente de la reina, hace diez meses que está presa en la Bastilla y que no es posible un truco de la persona?

—Lo único que sé es que ha desempeñado su papel á las maravillas; repitió la taimada condesa. En su deseo de mostrar la diferencia que existe entre madama Oliva y la reina, no se ha parado en delicadezas ni escrúpulos, pues ha descubierto un secreto de su belleza, quitándose los hermosos dientes falsos y enseñando los naturales. Confieso, señores, ser cosa rara y chistosa tener una reina tan semejante á una cortesana, que solo por los dientes se pueden distinguir la una de la otra.

—Modere sus burlas, señora; dijo el presidente interrumpiendo las risas irónicas de la condesa. Recuerde que se halla V. en una posición bastante crítica y peligrosa, pues la espada de la justicia pende sobre su cabeza como la espada de Damocles. Ya ha invocado V. su suerte, llamando á Dios por testigo á fin de que el inocente no sufra por el culpable y va á cumplirse su palabra al pié de la letra. Se derumba sobre su misma cabeza de V. toda la fábrica de mentiras é intrigas que ha levantado V. y se la cubrirá con el polvo de eterna infamia.

—Gracias á Dios, replicó ella con desdencar, aun no siento nada de eso que dice V. E.

—Antes de lo que V. piensa, recibirá el castigo que V. merece por sus indecentes fechorías, agregó el presidente con solemnidad. Dijo V. que quería la prueba de que la reina no le había dado cita al cardenal en Versailles; de que el pagaré no estaba firmado por la reina, ni que ella firmó las cartas escritas al cardenal. Si se pusieran ante V. de manifiesto las pruebas de todo esto, sería justo formarle causa y or traición. Ya hemos probado que no fué la reina Maria Antonieta la que se vió con el cardenal en Versailles, sino que la cosa se redujo á una intriga urdida por V. para engañar á S. E. y hacerle comprar el collar que pensaba robarle. Ahora solamente nos resta probar que V. forjó la firma de la reina y las cartas al señor príncipe de Rohan.

—Y ciertamente, me alegraría ver esas pruebas; dijo la condesa.

—Será V. satisfecha, replicó el presidente. Vamos á ponerle delante el individuo que por disposición de V. imitó la letra y escribió las cartas de la reina. Alguacil, el último testigo.

Este se encaminó á la puerta del cuarto lateral por donde entraban y salían los testigos. Reinaba en la sala un silencio mortal; todas las miradas se clavaron en la puerta por la cual debía salir el último testigo, para deshacer la red de fraudes tejida por la condesa. Esta tambien siguió con sus ojos ardientes la visual de los espectadores y bien á las claras descubrió la ansiedad que fatigaba su alma, aunque conservó el ademan fiero y la expresion desdencosa de semblante.

Abrióse al fin la puerta y no bien apareció el

testigo, cuando ella dió un chillido de dolor y rabia.

—Ah! Retaux de Viette; exclamó. ¿Qué vergüenza! Qué vergüenza! Tambien este se ha vuelto contra mí.

Y perdiendo por un momento la serenidad habitual, se desplomó en la silla de que se había levantado en su agitación. Cubrió sus mejillas una palidez de muerte, y casi desmayada, reclinó la cabeza en el respaldo de la silla.

—Ve V. ahora que Dios es justo; prosiguió el presidente despues de una breve pausa. Su misma conciencia se alza contra V. y la compele á confesar su culpa.

—No, repuso ella reponiéndose, no tengo culpa que confesar. Mi corazón solamente experimentó un choque rudo, al ver entrar á ese hombre, á quien he salvado del hambre, colmando de favores y beneficios, y que ahora mis enemigos le concitan en mi daño. Pero ya pasó todo, ya estoy lista para oír nuevas mentiras y falsedades.

El hombre se adelantó temblando hácia la mesa verde, sin apartarse un punto del alguacil, ni mirar á la condesa que parecia querer devorarle con sus ojos.

Hízole el presidente las preguntas de costumbre respecto de su nombre, naturalidad, etc. Contestó llamarse Retaux de Viette y haber sido mayordomo y secretario de la condesa Lamotte-Valois. En el curso del interrogatorio declaró que luego que prendieron al conde y á la condesa, él había huido á Ginebra para no correr la suerte de sus amos; pero que habiéndose prolongado el juicio trató de refugiarse en Inglaterra, y fué arrestado.

—Por qué huíais? le preguntó el fiscal.

—Porque temia ser complicado en la causa de la condesa Lamotte; contestó el hombre en voz baja.

—Decid mas bien que sabiais vuestra complicidad con ellos en su conspiración para el robo del collar. En anteriores exámenes habeis depuesto circunstanciadamente, y de nada os valdria, retractaros ahora. Contestad pues, con lisura: ¿Qué habeis hecho? Por qué temiais ser envuelto en la causa de la condesa Lamotte?

—Porque la conciencia me decía que yo había procedido mal, dejándome llevar de las promesas y artes de la condesa. Yo era pobre, vivia pobre y descorrido y deseaba ser rico y hombre notable. Todo eso me lo prometió la señora condesa. Ella haria que el cardenal me diese honores; ella me introduciria en la corte y por su influencia yo alcanzaria riquezas y distinciones. Creí sus palabras al pié de la letra y como fiel esclavo hice cuanto me ordenó que hiciera.

—¿Alma servil! exclamó la condesa con desprecio.

—¿Qué os ordenó la condesa hacer? le preguntó el presidente. ¿Qué hicisteis por su mandato?

—Escribí las cartas dirigidas al cardenal. La condesa hacia el borrador y yo las copiaba imitando la letra de la reina.

—¿Cómo conociais su letra?

—Me dió la condesa un libro en que había impreso un fac simile de la letra de la reina. Copiando á menudo las letras llegué á familiarizarme con su modo de escribir.

—Miente! mente el idiota! repitió furiosa la Lamotte.

—¿Qué fué con el pagaré que se entregó á los joyeros Bohmer y Bassenge? Sabéis algo de eso?

—Sí, señor, contestó Vilette suspirando. Sé de eso, porque yo lo escribí por el dictado de la condesa y añadí la firma.

—¿Teniais modelo?

—Sí, señor, la firma del facsimile.

—¿Imitabais la firma de la reina signiéndolos por la que aparecía en la carta impresa?

—No exactamente, porque allí solo se leía— María Antonieta,—y creyendo que ese era un modo confidencial de firmar que solo cabía en una carta de una hija á su madre (la carta impresa era en efecto de la reina á la emperatriz de Austria) no estimó prudente se copiara la firma fielmente en un documento de carácter oficial. Tuvimos una discusión sobre el asunto, y al fin se acordó que la manera conveniente y propia sería—María Antonieta de Francia. Así copié yo esta fórmula repetidas veces y al fin firmé el pagaré.

—Miente! gritó otra vez la condesa. Miente el bribon desorejado.

—Estoy dispuesto á dar la prueba de la verdad de mis palabras. Si V. S. me manda dar pluma, papel y tinta, extenderé la firma de la reina del mismo modo que aparecen el pagaré.

—Miente! gritó otra vez la condesa. Miente el bribon desorejado.

—Estoy dispuesto á dar la prueba de la verdad de mis palabras. Si V. S. me manda dar pluma, papel y tinta, extenderé la firma de la reina del mismo modo que aparecen el pagaré.

Se le dieron al hombre los avíos pedidos y sin titubear escribió en un papel cuatro palabras y se le dió al alguacil para el presidente. Este lo examinó y comparó con el pagaré y despues le pasó ambos al fiscal general, quien hizo lo mismo que el primero y en seguida pasó papel y pagaré al juez mas inmediato. De este modo pasaron de mano en mano hasta que dieron la vuelta y vinieron á parar otra vez en las del presidente, quien, poniéndose en pié, dijo:

—Creo firmemente que la letra de este papel es idéntica en su forma á la del pagaré. El testigo ha dado pruebas al parecer concluyentes que convencen que el mismo escritor de la firma, fué el que escribió las cartas al cardenal.

El ha sido el culpable instrumento de la criminal Lamotte Valois. Los jueces que son de mi misma opinion que se pongan de pié.

Todos se levantaron como un solo hombre.

Dió un chillido desgarrador la condesa y cayó en tierra desmayada.

—Declaro concluido el proceso y cerrada la audiencia; prosiguió el presidente cubriéndose la cabeza con el birrete de oficio. Que se lleven la delinente y el testigo y se despejen las galerías. El Tribunal pasa á la sala de consultas para extender la sentencia que se publicará mañana.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO VII.

#### SINIESTRO AUGURIO.

Se acercaba á su fin el largo é interminable día 31 de agosto de 1786. Todo París lo habia esperado con febril impaciencia. Nadie habia podido atender á sus negocios. Las tiendas estaban cerradas, vacíos los talleres de los artesanos, aun se mantenian silenciosos y desiertos los cafés y mesones. Los cocineros no tenían nada que hacer, habian dejado apagar la lumbre, porque no parecia sino que los Parisienses habian perdido el apetito y que nadie tenia tiempo para comer.

La verdad es que en París ese día nadie sentia hambre de alimento para satisfacer el cuerpo. El hambre era de noticias, pasto que satisficiera la curiosidad pública.

Y las noticias que mas se apetecian debian salir de la sala del Tribunal en el palacio de Justicia. Allí era á donde habia acudido todo París para saciar su hambre de noticias.

Los jueces se hallaban reunidos en la sala de lo criminal para pronunciar sentencia decisiva en la causa del collar de diamantes, y declarar á toda la Francia, ¿qué decimos? al mundo entero, si la reina de la nacion era inocente á los ojos de Dios y de sus representantes en la tierra, ó si debía posarse en lo adelante sobre aquella soberbia frente, una sombra de sospecha.

No menos que á las cinco y media de la mañana los jueces del Tribunal Supremo de Justicia, en número de cuarenta y nueve, se habian

reunido en la sala de consultas para pronunciar sentencia.

Desde muy temprano se habia ido congregando una multitud inmensa de gente en la plaza, delante del palacio de Justicia, esperando en el colmo de la ansiedad que se abrieran las puertas macizas del edificio y saliesen los jueces y publicasen la sentencia.

Pero se pasaba el día y las puertas permanecian cerradas, y no se sabia palabra de lo que pasaba en la sala de consultas.

La dilacion ocasionada por las largas deliberaciones de los jueces, produjo su fruto natural, el fastidio, las quejas y las murmuraciones, en fin. De cuando en cuando era de verse mas de un individuo de facciones toscas y expresion siniestra, que se abria paso por entre los grupos mas compactos de pueblo y soltaba palabras punzantes, que provocaban la general impaciencia. Allí se hallaban todos los oradores de los clubs y de las sociedades secretas; allí se hallaban los instrumentos de los enemigos ocultos de la reina, enviados para pervertir la opinion pública respecto á esa augusta señora, y predisponer al pueblo contra ella, aun cuando los jueces la absolvieran de culpa y pena; eso es, si no declaraban inocente al cardenal de conspiracion contra el soberano y desprecio de la majestad de la reina.

Se sabia que el fiscal en su conclusion habia aludido al castigo del cardenal. Tal era la única nueva que habia traspirado en el pueblo, comunicada por algun periodista privilegiado ó amigo de la reina; y se propagó como el

viento por todo París, distribuyéndose miles de miles de ejemplares de las palabras del fiscal.

Poco mas ó ménos el siguiente se decia era el resumen de la conclusion de dicho funcionario:—Se le hacia cargo al cardenal de Rohan, 1.º de haber tenido la audacia de mezclarse en el asunto del collar; 2.º y todavia mas de suponer que la reina le diese cita por la noche. Por todo lo cual debia condenársele á pedir perdon al rey y á la reina en presencia de toda la corte. Ademas, debia exigirsele hiciera dimision de su empleo de limosnero mayor en un tiempo fijo, alejarle de la residencia real, prohibirle presentarse en los sitios donde puede hallarse la real familia, y últimamente, permanecer en la prision hasta la completa terminacion de la causa.

Los amigos y dependientes del cardenal, lo mismo que los enemigos y perseguidores de la reina, recibieron las supuestas palabras del fiscal con disgusto y aun cólera, acusándolo de hombre servil que delante del trono doblaba la vara de la justicia, y por via de desahogo soltaban especies mas ó ménos calumniosas contra la reina, la cual, con sus coquetismos y el dinero del collar, habia sobornado los jueces.

—Pero aunque la abuselvan los jueces, declamaba Marat en el centro de un gran grupo de gentes, no la perdonará el pueblo, el cual ni se compra ni se vende. No, nada podrán los hermosos ojos ni las seductoras sonrisas de la Austriaca, cuando su causa se vea ante el tribunal del pueblo. Este no cree en el cuento de las cartas forjadas.

—Por supuesto que no creemos; gritaron muchas voces á un tiempo. La reina escribió esas cartas, ella sabe escribir cartas de amor.

—A la reina le gustan los enredos, tronaba el cervecero Santerre en medio de otro grupo de descamisados con tania boca abierta. Lo que queria ella era probar si una muchacha bonita del pueblo podia representar el papel de reina de Francia, al mismo tiempo que vengarse del cardenal, porque le hizo no sé qué ofensa cuando era todavia una chiquilla. No se portaba como debia una delina cuando el cardenal se arrojó á reprenderla. Y para que vean Vds., desde entonces la reina le ha echado tales miradas al cardenal, se le ha sonreido de modo y le ha mostrado tanto aparente desden, que el pobre hombre se enamora perdidamente de la tentadora Austriaca. Hé aquí lo que ella buscaba para vengarse á su gusto. Le dió la cita al cardenal y se estuvo á ver á su sabor, lo que pasaba entre él y la señorita Oliva; por lo cual podrá notarse que no es cosa muy difícil representar el papel de reina de Francia.

—Ya, ya se arreglarán esas cuentas; dijo el zapatero de viejo Simon, que se hallaba inmediato. El cardenal equivocó una muchacha del pueblo con la reina de Francia; dia vendrá en que no sea una equivocacion, sino que de veras los de arriba bajen y los de abajo suban.

Esta salida del zapatero fue saludada con risas y palmadas, pero en medio del ruido resonó un grito de cólera, que salió de los labios de un hombre en traje de paisano, el cual con sus fuertes brazos se habia abierto camino por entre las apiñadas masas, con el fin de acercarse cuanto le fuese dable á las puertas del palacio

de Justicia y ser de los primeros en averiguar el fallo del tribunal.

Tal vez los mas inmediatos al hombre oyeron su grito, lo cierto es que pocos pararon la atencion en él, cuando con torva expresion oia los discursos malignos de la plebe y replicaba á ellos con miradas flamigeras; conociéndose por los apretados labios que hacia grandes esfuerzos por ahogar la palabra en la garganta.

Consiguió al fin llegar á la misma puerta del palacio, y allí se estuvo callado, inmóvil y con aspecto sombrío, ya sin oír palabra de los groseros discursos é indecorosas observaciones que se hacian en torno suyo, ni ver otra cosa que la maciza puerta cerrada á su curiosidad.

Por último, despues de mucho esperar, á tiempo que el sol se ponía, se abrió la puerta un poco y salió un hombre, á cuya vista, el pueblo que habia prorumpido en una exclamacion de delicia, enmudeció de repente luego que reconoció que no era el funcionario que debia anunciar el fallo del tribunal, sino un portero, que guardaba la puerta exterior del palacio.

Cuando ascendia los escalones de la escalinata con aire indiferente, contestaba á las preguntas en alta voz de la multitud sobre el fallo, sin volver la cara:—Yo no sé. Ya lo sabreis todo, si tenéis un poco de paciencia. Ha sonado la hora de mi guardia y me marcho á casa, porque estoy medio muerto de hambre y sed.

—Paso al pobre portero, gritó el jóven á que antes hemos aludido poniéndose por fuerza á su lado. Ved qué fatigado está. Venga, buen hombre, deme la mano, yo le ayudaré á salir de estas aperturas.

Y en efecto, tomó el anciano por una manecita y codeando aquí y empujando allá le abrió paso franco por medio de la apiñada multitud. Parte por la fiera resolucion del gnua, parte porque la curiosidad popular estaba fijada en la puerta del palacio, él y el portero encontraron ménos dificultad en salir.

—¿Se ha pronunciado el fallo? preguntó el jóven al portero por lo bajo, luego que se alejaron un poco.

—Sí, señor Toulan, contestó el hombre en el mismo tono. Precisamente, cuando poco antes de rendir la guardia, llevé un vaso de agua al Consejero. S. S. me dió el papel en que se contiene la sentencia.

—Dámele Juan, mas de modo que nadie lo observe, porque si lo viesen, sospechando su contenido, me le arrebatarian y harian pedazos.

En cumplimiento de aquella súplica ó mandato, el anciano deslizo un papel muy doblado en manos del jóven, quien, dando las gracias y saludando con la cabeza, se separó al punto de aquel y se abrió paso en opuesta direccion. Pronto ganó la calle próxima á la plaza, apretó el paso entonces y atravesando diversas calles y callejones, abundantes á la sazón en París, llegó al fin á la puerta que conduce á la calzada de Versailles. Inmediato á esta se hallaba un mozo de blusa azul, el cual á espacio, mas incesantemente, pasaba arriba y abajo por la brida, un caballo ensillado.

—Ola, Ricardo, aquí! le gritó el jóven á quien el portero del palacio de Justicia dió el nombre de Toulan.

—Miente! mente el idiota! repitió furiosa la Lamotte.

—¿Qué fué con el pagaré que se entregó á los joyeros Bohmer y Bassenge? Sabéis algo de eso?

—Sí, señor, contestó Vilette suspirando. Sé de eso, porque yo lo escribí por el dictado de la condesa y añadí la firma.

—¿Teniais modelo?

—Sí, señor, la firma del facsimile.

—¿Imitabais la firma de la reina signiéndolos por la que aparecía en la carta impresa?

—No exactamente, porque allí solo se leía— María Antonieta,—y creyendo que ese era un modo confidencial de firmar que solo cabía en una carta de una hija á su madre (la carta impresa era en efecto de la reina á la emperatriz de Austria) no estimó prudente se copiara la firma fielmente en un documento de carácter oficial. Tuvimos una discusión sobre el asunto, y al fin se acordó que la manera conveniente y propia sería—María Antonieta de Francia. Así copié yo esta fórmula repetidas veces y al fin firmé el pagaré.

—Miente! gritó otra vez la condesa. Miente el bribon desorejado.

—Estoy dispuesto á dar la prueba de la verdad de mis palabras. Si V. S. me manda dar pluma, papel y tinta, extenderé la firma de la reina del mismo modo que aparecen el pagaré.

—Miente! gritó otra vez la condesa. Miente el bribon desorejado.

—Estoy dispuesto á dar la prueba de la verdad de mis palabras. Si V. S. me manda dar pluma, papel y tinta, extenderé la firma de la reina del mismo modo que aparecen el pagaré.

Se le dieron al hombre los avíos pedidos y sin titubear escribió en un papel cuatro palabras y se le dió al alguacil para el presidente. Este lo examinó y comparó con el pagaré y despues le pasó ambos al fiscal general, quien hizo lo mismo que el primero y en seguida pasó papel y pagaré al juez mas inmediato. De este modo pasaron de mano en mano hasta que dieron la vuelta y vinieron á parar otra vez en las del presidente, quien, poniéndose en pié, dijo:

—Creo firmemente que la letra de este papel es idéntica en su forma á la del pagaré. El testigo ha dado pruebas al parecer concluyentes que convencen que el mismo escritor de la firma, fué el que escribió las cartas al cardenal.

El ha sido el culpable instrumento de la criminal Lamotte Valois. Los jueces que son de mi misma opinion que se pongan de pié.

Todos se levantaron como un solo hombre.

Dió un chillido desgarrador la condesa y cayó en tierra desmayada.

—Declaro concluido el proceso y cerrada la audiencia; prosiguió el presidente cubriéndose la cabeza con el birrete de oficio. Que se lleven la delinencia y el testigo y se despejen las galerías. El Tribunal pasa á la sala de consultas para extender la sentencia que se publicará mañana.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO VII.

#### SINIESTRO AUGURIO.

Se acercaba á su fin el largo é interminable día 31 de agosto de 1786. Todo París lo habia esperado con febril impaciencia. Nadie habia podido atender á sus negocios. Las tiendas estaban cerradas, vacíos los talleres de los artesanos, aun se mantenian silenciosos y desiertos los cafés y mesones. Los cocineros no tenían nada que hacer, habian dejado apagar la lumbre, porque no parecia sino que los Parisienses habian perdido el apetito y que nadie tenía tiempo para comer.

La verdad es que en París ese día nadie sentía hambre de alimento para satisfacer el cuerpo. El hambre era de noticias, pasto que satisficiera la curiosidad pública.

Y las noticias que mas se apetecian debian salir de la sala del Tribunal en el palacio de Justicia. Allí era á donde habia acudido todo París para saciar su hambre de noticias.

Los jueces se hallaban reunidos en la sala de lo criminal para pronunciar sentencia decisiva en la causa del collar de diamantes, y declarar á toda la Francia, ¿qué decimos? al mundo entero, si la reina de la nacion era inocente á los ojos de Dios y de sus representantes en la tierra, ó si debía posarse en lo adelante sobre aquella soberbia frente, una sombra de sospecha.

No menos que á las cinco y media de la mañana los jueces del Tribunal Supremo de Justicia, en número de cuarenta y nueve, se habian

reunido en la sala de consultas para pronunciar sentencia.

Desde muy temprano se habia ido congregando una multitud inmensa de gente en la plaza, delante del palacio de Justicia, esperando en el colmo de la ansiedad que se abrieran las puertas macizas del edificio y saliesen los jueces y publicasen la sentencia.

Pero se pasaba el día y las puertas permanecian cerradas, y no se sabia palabra de lo que pasaba en la sala de consultas.

La dilacion ocasionada por las largas deliberaciones de los jueces, produjo su fruto natural, el fastidio, las quejas y las murmuraciones, en fin. De cuando en cuando era de verse mas de un individuo de facciones toscas y expresion siniestra, que se abria paso por entre los grupos mas compactos de pueblo y soltaba palabras punzantes, que provocaban la general impaciencia. Allí se hallaban todos los oradores de los clubs y de las sociedades secretas; allí se hallaban los instrumentos de los enemigos ocultos de la reina, enviados para pervertir la opinion pública respecto á esa augusta señora, y predisponer al pueblo contra ella, aun cuando los jueces la absolvieran de culpa y pena; eso es, si no declaraban inocente al cardenal de conspiracion contra el soberano y desprecio de la majestad de la reina.

Se sabia que el fiscal en su conclusion habia aludido al castigo del cardenal. Tal era la única nueva que habia traspirado en el pueblo, comunicada por algun periodista privilegiado ó amigo de la reina; y se propagó como el

viento por todo París, distribuyéndose miles de miles de ejemplares de las palabras del fiscal.

Poco mas ó ménos el siguiente se decia era el resumen de la conclusion de dicho funcionario:—Se le hacia cargo al cardenal de Rohan, 1.º de haber tenido la audacia de mezclarse en el asunto del collar; 2.º y todavia mas de suponer que la reina le diese cita por la noche. Por todo lo cual debia condenársele á pedir perdon al rey y á la reina en presencia de toda la corte. Ademas, debia exigirsele hiciera dimision de su empleo de limosnero mayor en un tiempo fijo, alejarle de la residencia real, prohibirle presentarse en los sitios donde puede hallarse la real familia, y últimamente, permanecer en la prision hasta la completa terminacion de la causa.

Los amigos y dependientes del cardenal, lo mismo que los enemigos y perseguidores de la reina, recibieron las supuestas palabras del fiscal con disgusto y aun cólera, acusándolo de hombre servil que delante del trono doblaba la vara de la justicia, y por via de desahogo soltaban especies mas ó ménos calumniosas contra la reina, la cual, con sus coquetismos y el dinero del collar, habia sobornado los jueces.

—Pero aunque la abuselvan los jueces, declamaba Marat en el centro de un gran grupo de gentes, no la perdonará el pueblo, el cual ni se compra ni se vende. No, nada podrán los hermosos ojos ni las seductoras sonrisas de la Austriaca, cuando su causa se vea ante el tribunal del pueblo. Este no cree en el cuento de las cartas forjadas.

—Por supuesto que no creemos; gritaron muchas voces á un tiempo. La reina escribió esas cartas, ella sabe escribir cartas de amor.

—A la reina le gustan los enredos, tronaba el cervecero Santerre en medio de otro grupo de descamisados con tania boca abierta. Lo que queria ella era probar si una muchacha bonita del pueblo podia representar el papel de reina de Francia, al mismo tiempo que vengarse del cardenal, porque le hizo no sé qué ofensa cuando era todavia una chiquilla. No se portaba como debia una delina cuando el cardenal se arrojó á reprenderla. Y para que vean Vds., desde entonces la reina le ha echado tales miradas al cardenal, se le ha sonreido de modo y le ha mostrado tanto aparente desden, que el pobre hombre se enamora perdidamente de la tentadora Austriaca. Hé aquí lo que ella buscaba para vengarse á su gusto. Le dió la cita al cardenal y se estuvo á ver á su sabor, lo que pasaba entre él y la señorita Oliva; por lo cual podrá notarse que no es cosa muy difícil representar el papel de reina de Francia.

—Ya, ya se arreglarán esas cuentas; dijo el zapatero de viejo Simon, que se hallaba inmediato. El cardenal equivocó una muchacha del pueblo con la reina de Francia; dia vendrá en que no sea una equivocacion, sino que de veras los de arriba bajen y los de abajo suban.

Esta salida del zapatero fue saludada con risas y palmadas, pero en medio del ruido resonó un grito de cólera, que salió de los labios de un hombre en traje de paisano, el cual con sus fuertes brazos se habia abierto camino por entre las apiñadas masas, con el fin de acercarse cuanto le fuese dable á las puertas del palacio

de Justicia y ser de los primeros en averiguar el fallo del tribunal.

Tal vez los mas inmediatos al hombre oyeron su grito, lo cierto es que pocos pararon la atencion en él, cuando con torva expresion oia los discursos malignos de la plebe y replicaba á ellos con miradas flamigeras; conociéndose por los apretados labios que hacia grandes esfuerzos por ahogar la palabra en la garganta.

Consiguió al fin llegar á la misma puerta del palacio, y allí se estuvo callado, inmóvil y con aspecto sombrío, ya sin oír palabra de los groseros discursos é indecorosas observaciones que se hacian en torno suyo, ni ver otra cosa que la maciza puerta cerrada á su curiosidad.

Por último, despues de mucho esperar, á tiempo que el sol se ponía, se abrió la puerta un poco y salió un hombre, á cuya vista, el pueblo que habia prorumpido en una exclamacion de delicia, enmudeció de repente luego que reconoció que no era el funcionario que debia anunciar el fallo del tribunal, sino un portero, que guardaba la puerta exterior del palacio.

Cuando ascendia los escalones de la escalinata con aire indiferente, contestaba á las preguntas en alta voz de la multitud sobre el fallo, sin volver la cara:—Yo no sé. Ya lo sabreis todo, si tenéis un poco de paciencia. Ha sonado la hora de mi guardia y me marcho á casa, porque estoy medio muerto de hambre y sed.

—Paso al pobre portero, gritó el jóven á que antes hemos aludido poniéndose por fuerza á su lado. Ved qué fatigado está. Venga, buen hombre, deme la mano, yo le ayudaré á salir de estas aperturas.

Y en efecto, tomó el anciano por una manecita y codeando aquí y empujando allá le abrió paso franco por medio de la apiñada multitud. Parte por la fiera resolucion del gnua, parte porque la curiosidad popular estaba fijada en la puerta del palacio, él y el portero encontraron ménos dificultad en salir.

—¿Se ha pronunciado el fallo? preguntó el jóven al portero por lo bajo, luego que se alejaron un poco.

—Sí, señor Toulan, contestó el hombre en el mismo tono. Precisamente, cuando poco antes de rendir la guardia, llevé un vaso de agua al Consejero. S. S. me dió el papel en que se contiene la sentencia.

—Dámele Juan, mas de modo que nadie lo observe, porque si lo viesen, sospechando su contenido, me le arrebatarian y harian pedazos.

En cumplimiento de aquella súplica ó mandato, el anciano deslizo un papel muy doblado en manos del jóven, quien, dando las gracias y saludando con la cabeza, se separó al punto de aquel y se abrió paso en opuesta direccion. Pronto ganó la calle próxima á la plaza, apretó el paso entonces y atravesando diversas calles y callejones, abundantes á la sazón en París, llegó al fin á la puerta que conduce á la calzada de Versailles. Inmediato á esta se hallaba un mozo de blusa azul, el cual á espacio, mas incesantemente, pasaba arriba y abajo por la brida, un caballo ensillado.

—Ola, Ricardo, aquí! le gritó el jóven á quien el portero del palacio de Justicia dió el nombre de Toulan.

—Ah! contestó el mozo corriendo hácia él con el caballo. ¿Sois vos? Al fin habeis venido, señor Toulan. Ya hace ocho horas que le aguardo.

—Te has ganado un franco por cada hora, dijo el señor Toulan, sentándose de un salto en la silla. Ahora á casa, Ricardo, y si ves á mi amada, dale recuerdos míos.

Alzó las riendas del caballo, le clavó las espuelas en los hijares, y el brioso animal partió como una zafra despedida del arco por la calzada de Versailles.

Allí tambien, en el palacio de los reyes, aquel día habia sido de continua espera y ansiedad. El rey, luego que despachó los negocios de estado con sus ministros, habia ido á su taller para darle la última mano á una cerradura de su invención, con su cerrajero Girard.

La reina no habia salido de su aposento en todo el día, ni su amiga del alma la duquesa Julia de Polignac, habia podido animarla ni distraerla con el chiste de su conversacion. Al fin, cuando vió que todos sus esfuerzos eran vanos y que no habia forma de disipar la tristeza de la reina, le propuso la duquesa ir al Trianon y reunir allí el círculo de los amigos predilectos.

—Hablas del círculo de mis amigos; le contestó la reina en el mayor abatimiento. ¡Ay! El círculo de los que yo creia amigos míos se ha rompido, tan rompido, que apenas quedan fragmentos, y temo reunirlos, porque sé que una vez roto, no hay medio humano de atarlo de nuevo.

—De modo que ya no cree María en la amistad? Duda de nosotros? Duda de mí?

—No dudo de todos ustedes y menos de tí, Julia; repuso María Antonietta echando una mirada melancólica á su amiga. Mi duda se cifra en la posibilidad de que la reina tenga amigos verdaderos. Siempre olvidé, cuando me hallaba con ellos, que yo era la reina, pero ellos no lo olvidaron jamas.

—Ellos no debian olvidarlo nunca, replicó la duquesa con dulzura. A vueltas del cariño que profesaban á María Antonietta, fuerza es que los amigos tuvieran presente que ella era la reina y que le debian tanto respeto como amor, tanta obediencia como amistad. Y si guiados por la deferencia con que los trataba, se hubiesen creído iguales á ella, habrian cometido un abuso y un disparate imperdonables.

—¡Ah! Julia, Julia! exclamó la reina oprimiendo el pecho con la mano derecha, como para impedir que saltaran las lagrimas ya asomadas en los bellos ojos. Tus palabras me causan pena indecible.

—Sabe María Antonietta, continuó la duquesa, el uso modesto que hago de la confianza que ella se digna dispensarme; sabe el profundo respeto con que me atrevo á pronunciar el nombre de mi reina, cuando sucede que tengo que hablar de ella ante su augusta madre y su real esposo. Sabe ademias...

—Sí, todo lo sé, le interrumpió. Sé que no se ha hecho para la reina la amistad, el amor, la felicidad. Sé que ustedes todos, á quienes he amado tiernamente, se creen mas maltratados que beneficiados; sé, que con esta declaracion, ya no hay dicha para mí. Tiendo las miradas al porvenir y ya descubro las opacas nubes que se acumulan y amenazan

tempestad. Todo lo veo, no me hago ilusion. Pasaron los bellos dias, los goces del Trianon, la fragancia de sus flores, el canto de sus ave-cillas.

—¿Y de veras que mi querida María Antonietta no le dará una caradita hoy? Hace un hermoso tiempo, brilla el sol con todo su esplendor y la puesta no podrá menos de ser magnífica.

—Magnífica, gloriosa puesta del sol, repitió la reina con amarga sonrisa. A la reina le es permitido por lo menos ver el sol ponerse, la etiqueta no se ha metido en eso, como se ha metido en que no vea la salida del mismo astro y en que no se regocije con el bello espectáculo del alba. Desde que soy reina solo he visto una vez la salida del sol y todo el mundo exclamó:—Escándalo, calificando el hecho entre los delitos graves. Llovieron sobre mi cabeza los epigramas y las sátiras, se rió toda la Francia de ganas. ¿Todo por qué? Porque la reina con la corte, tuvo la humorada de ver la salida del sol. ¿Y ahora quieres tú, Julia, que yo vea la puesta? No, no, por nada de este mundo contemplaré el espectáculo que anuncia la venida de la noche. Para mí ya todo es tinieblas y siento las tempestades que se acercan. Vete, Julia, déjame sola, porque ves por tí misma que no se puede sacar nada de mí hoy. No puedo reír, ni manifestar alegría. Vete, no sea que se te pegue mi tristeza, lo que me causaria doble pesadumbre.

No replicó la duquesa, hizo una profunda reverencia y se marchó lo mas callandito que pudo. La reina tenia vuelta la cara hácia otra parte; de manera que no advirtió la ausencia de su amiga hasta que resonó en sus oídos el golpecito de la puerta al cerrarse.

—Se ha marchado! exclamó registrando con la vista todos los rincones del aposento. En realidad ha partido. ¡Ah! Ella es como los demas, jamas me amó de veras. ¿Pero quién me ama tampoco? Quién hay en el mundo que me quiera y olvide que soy la reina? ¡Dios mío! mi corazon suspira por cariño, busca la amistad, y ni una ni otro ha encontrado nunca.

Y es que convierten en crimen este mi continuo desear, me reprenden porque tengo corazon. ¡Ay! Dios de misericordia, ten piedad de mí. Pon al menos una venda sobre mis ojos para que no vea la infidelidad de mis amigos. Sostén por lo menos mi fé en la amistad de mi Julia, y no permitas que sienta toda la amargura de mi soledad.

Se cubrió la cara con las manos, se dejó caer en una silla y allí permaneció largo rato inmóvil, entregada á sus tristes pensamientos.

Después alzó la cabeza, echó en torno de sí una mirada recelosa, y notó que ya se habia puesto el sol y que empezaba á oscurecer, con cuyo motivo se estremeció de horror.

—Ya se habrá pronunciado la sentencia, dijo solloquiando. A esta hora ya se sabe si puede calumniarse é insultarse á la reina de Francia impunemente. ¡Ah! ¿como lo averiguaría yo? No dijo Campan?... Es preciso que yo la vea ahora mismo.

Dicho lo cual entre sí, la reina se levantó bruscamente y salió de su aposento con ligeros pasos. Atravesó su camarín y abrió la puerta que conducia á la sala de su camarera mayor, madama Campan.

Esta se hallaba de pié en la ventana, tan embebecida en la contemplacion del crepúsculo, que no advirtió la entrada de la reina hasta que á pocos pasos la llamó en alta voz.

—La reina! exclamó la camarera asombrada. ¡La reina! y aquí en mi sala!

—¿Qué, Campan, te asustas? le dijo María Antonietta con un movimiento de impaciencia. ¿No te parece acertado que la reina éntre en la alcoba de su camarera de confianza? O crees que es contra la etiqueta? Lo sé por mi mal, pero son estos tiempos, mi querida Campan, en que la etiqueta abdica su poder, en que bajo la púrpura real, el pobre corazon humano, con todas sus miserias, se presenta en primer término. Y en esta hora menguada para mí, conociendo tu lealtad, he venido á verte. ¿No me dijiste, Campan, que sabrias la noticia tan pronto como se pronunciasse la sentencia?

—Sí, señora, la espero, y por esa razon me hallaba á la ventana observando si venia mi mensajero.

—¿Cosa extraña! dijo María Antonietta pensativa. Me llaman la reina de Francia y ¡in embargo nadie se apresura á comunicarme el resultado de este importante negocio, al paso que mi camarera mayor tiene amigos fieles que hacen por ella lo que nadie hace por la reina.

—Perdone V. M., repuso madama Campan sonriendo. Lo que álguien hace por mí hoy, no lo haria quizas si yo no fuese la camarera mayor de la reina. Ayer estuve en casa del consejero Bugeaud, á fin de pagar una visita atrasada á su familia, pues ha de saber V. M. que su esposa es prima mia.

—Lo que quiere decir, agregó la reina con ligera sonrisa, que no fuiste á visitar á tu prima meramente, sino á su marido, y tendrás que confesar, mi buena Campan, que para ver de inclinar el ánimo del consejero...

—Así es, confieso á V. M. que deseaba averiguar si en realidad Bugeaud se habia pasado al enemigo. Sabe V. M. que madama Marsan ha visitado á todos los consejeros, y depreciables por Dios y la Santa Madre Iglesia absuelvan al cardenal de culpa y pena.

—O lo que es lo mismo, que absuelvan al cardenal y me condenen á mí; dijo la reina colérica. Porque absolverle á él, es culparme á mí y manchar mi honor.

—Eso mismo le dije yo á mi primo el consejero y felizmente en su familia encontré apoyo. Sí, puedo asegurar á V. M. que en su familia los hay fieles y consagrados alma y vida á V. M.

—¿Quiénes son esos? preguntó la reina. Nombremelos, á fin de que los tenga presentes en mis horas de amargura.

—En primer lugar, ahí está la hija del consejero, la linda Margarita, quien admira tanto á V. M. que emplea sus pocos ahorros en alquilar coche para ver á V. M. en toda fiesta en Versailles; tambien está y muy principalmente, el amante de esa jóven, un caballero nombrado Toulan, buen mozo, adornado de bellas prendas, el cual casi idolatra en V. M. Este es el que me ha prometido traerme noticia de la decision de los jueces tan pronto como se pongan de acuerdo. Y es de añadirse, que á su elocuencia mas que á la mia, se debe el que Bugeaud viese la necesidad de dar su voto contra el cardenal y ponerse del lado de la justicia.

En este punto, la puerta que daba á la antesala se abrió con estrépito, y entró un lacayo.

—Acaba de llegar el caballero á quien V. espera; dijo hablando con madama Campan.

—Es el señor Toulan, dijo ella al oído de la reina. Trae la sentencia. Di al caballero, añadió alto dirigiéndose al lacayo, que espere en la antesala, é irá á recibirle al punto. Ve. Ruego á V. M., dijo luego que salió el lacayo, tenga la bondad de permitirme recibir al jóven aquí.

—Eso quiere decir, mi querida Campan, repuso la reina sonriendo, que debo desocupar el puesto. Pero no estoy dispuesta á ello, prefero quedarme. Deseo ver el jóven que dices es tan fiel amigo; ademias, saber el resultado del juicio lo mas pronto posible. Me ocurre una idea: el biombo de la chimenea es mas alto que yo, si me escondo tras él, no me verá el jóven ni tendrá sospecha de mi presencia, mayormente siendo ya oscuro. Ea pues, que éntre. Ansio oír las nuevas que trae.

La reina, en efecto se ocultó detras del biombo y madama Campan abrió la puerta de la antesala.

—Adelante, señor Toulan; dijo ella en alta voz, y luego al punto apareció en la puerta la elevada y robusta presencia del jóven. Con la velocidad de la carrera, tenia las mejillas encendidas, los ojos chispeantes y la respiracion breve y recia.

Le tendió la mano madama Campan, le dió la bienvenida con aire amistoso, y le dijo:

—¿Con que ha cumplido V. su palabra? Me trae V. la noticia del fallo del tribunal?

—Sí, señora, le traigo; contestó en voz apagada y tono triste. Solo siento haberla hecho esperar tanto, pero no tengo la culpa. Tocaban las ocho en la torre de San Jaime cuando recibí la noticia.

—¿Las ocho! repitió madama Campan consultando su reloj de mesa. ¿No son las nueve todavia! Qué, ¿ha corrido V. las diez y ocho millas que hay de Paris á Versailles en una hora?

—Así es, señora, y le aseguro que nada tiene de admirable. De antemano habia puesto yo caballos de relevo de trecho en trecho á lo largo del camino. A veces me imaginé que henda el aire como un pájaro y en efecto ahora me parece que he volado. Ruego á V. me perdone si me siento en su presencia, porque me tiemblan un sí es no es las carnes.

—Por supuesto, mi querido y jóven amigo, siéntese; dijo madama Campan.

Y ella se apresuró á acercarle una silla de brazos.

—Solo por un instante, agregó el jóven desplomándose en el asiento. Pero no tiemblo de la tremenda carrera, sino del gozo y la agitacion. Tal vez he tenido la dicha de prestarle un pequeño servicio á la reina, pues que me dijo V. que era muy importante á S. M. saber el fallo lo mas pronto posible y nadie se me ha anticipado, ¿no es así?

—Cierto, amigo mio, la reina sabrá lo que ha pasado en el tribunal, primero por V. que por ningun otro; y yo tendré cuidado de informar á S. M. que V. ha sido el portador de la noticia.

—No, señora, replicó él con viveza, no, preferiria que no dijese V. á la reina que he sido yo el portador, porque no sabemos si la noticia

es buena ó mala, si le causará alegría ó pena á su noble corazón; y en este caso, mi nombre, si lo averiguara, le sería molesto. No, preferible es que nunca lo sepa, así no estará ligado para ella á desagradables asociaciones.

—De manera que V. no sabe cuál ha sido el fallo? le observó madama Campan admirada. Cómo! ¿Me trae V. la sentencia y no la sabe?

—En efecto, no la sé, señora. El consejero, padre de mi Margarita, me la envió por escrito y no he tenido tiempo de leerla. Quizas me faltó también el valor, porque si hubiera visto que contenía algo que pudiera causar disgusto á la reina, no me habría atrevido á traer el papel hasta aquí y entregárselo á V. En esta virtud, no lo he leído y solo me he ocupado de traerle, á fin de ahorrar por ventura á la reina un cuarto de hora de inquietud y ansiosa espera. Hé aquí, señora, el papel que contiene la sentencia. Llévela á S. M. y Dios justo conceda que no contenga nada molesto para ella.

Se puso en pié y entregó á madama Campan el papel doblado que había recibido en frente del palacio de Justicia.

—Y ahora, señora, prosiguió, permítame que me retire y me vuelva á París, no sea que esté con cuidado por mi ausencia, Margarita, fuera de que hay temores de desórdenes en la ciudad; y deseo hallarme cerca de mi casa.

—Puede V. retirarse, mi jóven amigo; le contestó madama Campan apretándole la mano con efusión. Reciba V. mis mas fervientes gracias por su eficacia y esté seguro de que la reina lo sabrá todo. Pásele V. bien! Adios!

—No, gritó María Antonietta saliendo muy risueña de su escondite. No, no os vayáis, señor. Deteneos, á fin de que la reina os dé las gracias por el desinteresado celo que habeis desplegado en mi favor hoy.

—La reina! exclamó Toulan en baja voz poniéndose pálido. ¿La reina!

Y cayendo de rodillas contempló á la reina con tal expresion de embebecimiento y admiracion, que ella se enterneció, y le dijo:

—Mucho tengo que agradeceros, señor Toulan, no meramente porque habeis sido el portador de importantes noticias, sino porque me convencéis de que la reina de Francia tiene amigos fieles y sinceros; convencimiento tan grato para mí, que aunque me trajerais malas nuevas, sería bastante á suavizar mi pena. Contad con mi agradecimiento, señor de Toulan.

Comprendió éste que la reina le despedía, se puso en pié y se retiró hácia la puerta, sin apartar los ojos de la reina, y una vez abierta, volvió á caer de rodillas en el quicio, como agobiado por sus emociones. Junto las manos, elevó sus grandes ojos al cielo y dijo en tono alto y solemne:

—Dios mio, gracias por este momento de gozo! Desde hoy me consagro al servicio de mi reina. De aquí adelante ella será la divinidad de mi devocion, y á quien, si valgo alguna cosa, ofreceré mi sangre y mi vida. Esto juro y Dios y la reina han escuchado mi juramento.

Y sin volver otra vez los ojos á la reina, ni saludarla tampoco, Toulan se levantó poco á poco y á espacio salió del aposento cerrando la puerta firmemente tras sí.

—Cosa extraña! murmuró la reina. ¿Cosa extraña, en verdad! No puedo negar que cuan-

do él hizo el juramento, sentí un estremecimiento en mi alma, por parecerme que una voz interior me decía que alguna desgracia ha de sucederme y que entón: es ese jóven se hallará á mi lado.

—Tan excitada está hoy V. M. que cree ver un triste augurio en todo lo que oye; le dijo madama Campan.

—Pero la sentencia, la sentencia! gritó la reina. Dame el papel, quiero leerle.

—No sería mejor, observó madama Campan titubeante, que V. M. le recibiese en presencia del rey y que él le leyese?

—No, no, Campan. Si es favorable, yo tendré el placer de llevar al rey las buenas nuevas; si no lo es, tendré tiempo de reponerme antes de presentárselo.

—Pero con esta oscuridad dudo que V. M. pueda leer el manuscrito.

—Tienes razon. Pasemos á mi sala de recibimiento. Ya deben de haber encendido allí las velas. Ven, Campan, como á ti debo este mensaje temprano, serás la primera en saberlo. Ven.

Dicho lo cual ambas pasaron á la sala de recibimiento, la reina agitada y su camarera mayor con el semblante anublado.

Tenia razon la primera; estaban encendidas las bujías en sus aposentos, difundiendo una viva claridad en ellos. Era, sin embargo, menos brillante la luz del camarín de porcelana, como le gustaba á María Antonietta que estuviese, cuando ella se hallaba allí sola y sin ceremonia. No estaban encendidas las bujías del candelabro principal, y sobre la mesa de china de Sévres y palo de rosa que se veía delante del divan, había dos candeleros de plata, cada uno con dos velas de cera. Estas cuatro luces eran las únicas que alumbraban el camarín.

—Ahora, Campan, dame el papel; dijo la reina dejando caerse en una silla de brazos que se hallaba delante de la mesa, junto al divan. Pero no, mejor será que tú lo leas... sin quitarle ni añadirle sílaba. ¿Me lo prometes?

—Me manda V. M. y es fuerza que yo obedezca.

—Lee, lee, repitió María Antonietta. Sepamos la sentencia.

Desdobló el papel madama Campan y se acercó á la luz para ver mejor. María Antonietta se inclinó hácia adelante, juntó las manos en sus rodillas y miró á su camarera con expresion de ansiedad.

—Lee, lee, volvió á decir ya con labios temblorosos.

Madama Campan inclinó la cabeza y leyó: Primero.—Se declaran forjadas la letra, el pagaré y las firmas, cuerpo del delito, que se han querido hacer pasar por de la reina.

Segundo.—Se condena al conde Lamotte á la pena de galeras por toda su vida, por complicidad en el delito de falsificación.

Tercero.—Se condena á la mujer Lamotte á la pena de azotes, ademas de marcársele los hombros con la letra F y encerrársele por vida.

Cuarto.—A Retaux de Vilette se le destierra de Francia para siempre.

Quinto.—A la señora Oliva se le absuelve de la instancia y se pone en libertad

## CAPÍTULO VIII.

## ANTES DEL MATRIMONIO.

Estaban reunidos los convidados para las bodas. Madama Bugeaud acababa de prender el velo en la cabellera de su hija Margarita, y darle un beso de amor materno en la radiosa frente. Era aquel el momento en que la madre estrecha á la hija en sus brazos como una niña por la última vez, dice adios á las risueñas escenas de lo pasado y la envía del techo paterno al mundo para que busque nuevo hogar. Para el corazón materno es siempre doloroso ese momento, porque el porvenir es incierto y nadie puede prever las vicisitudes que encierra en su oscuro seno.

Y también fué dolorosa para la mujer del consejero Bugeaud esta separacion de su queridísima hija; pero ella dominó cuanto pudo sus hondas emociones, reprimió las lágrimas prontas á saltar del corazón á fin de que no cayera ninguna en la guirnalda nupcial de su adorada Margarita. Porque se dice que si las lágrimas manchan esa guirnalda, nuncio es cierto de futuras desgracias, el sello con que el destino marca la frente de la victima.

¿Con qué prolijos cuidados no hubiera alejado la tierna madre los dolores y las desgracias del porvenir de su muy amada Margarita! Tan amenazante se presentaba la época, tantas señales de tormenta se descubrian en el lejano horizonte, que sin quererlo, todos mas que ménos, echaban ojeadas de receo é inquietud hácia el misterioso porvenir.

—Ve, hija mia, le dijo madama Bugeaud con sonrisas mas con el corazón despedazado, ve al mundo, sé feliz, y plegue al cielo que no sientas nunca el instante en que dejaste el techo paterno por el nuevo hogar.

—Querida madre mia, le contestó Margarita con animados ojos, la casa á donde voy es la casa de aquel que amo, mi nuevo hogar es su corazón, que es noble, grande, bueno, y en que se encierran todos los tesoros de la tierra para mí.

—Plegue al cielo, repito, hija mia, que tras largos años puedas hacer uso de esas mismas palabras.

—Estoy segura de que las repetiré, madre, porque tal es el presentimiento de mi leal corazón. Toulan me ama y yo no puedo ser infeliz jamás. Pero, escucha, ahí viene; conozco sus pasos. ¿No oyes? Me llama.

Y la jóven, con las mejillas encendidas, dirigió los brillantes ojos hácia la puerta que acababa de abrirse y donde se presentó su amante en traje sencillo oscuro. Su semblante era abierto, mas grave, al paso que sus miradas tiernas y animadas.

Corrió hácia su amada y le besó la manita temblorosa que ella le extendió.

—Los convidados están listos, amor mio. Los carruajes esperan, de modo que así que entremos en la iglesia el padre nos echará la bendicion.

—Pues vamos, Luis; le contestó Margarita dándole el brazo y encaminándose á la puerta.

—Todavía no, alma mia; le dijo Toulan conteniendo el paso. Deseo tener contigo una explicacion antes de salir para la iglesia.

—Eso equivale á decir, señor mio, que yo estoy aquí demas; dijo la madre de Margarita

Sexto.—Al señor cardenal,...

—Bien; ¿y qué? gritó la reina con impaciencia. ¿Por qué tartamudeas y tiembles, Campan? Le han absuelto. Lo veo. Continúa Campan.

Y esta continuó leyendo:

Sexto.—Al señor cardenal de Rohan se le declara absuelto de culpa y pena y se le permite publicar esta sentencia.

—¡Absuelto! repitió la reina saltando de su asiento. ¡Absuelto! ¡Ah! Campan, lo que temía ha sucedido. La reina de Francia, está visto, es la victima de cábalas é intrigas infames. Uno de sus vasallos, hiere, lastima á la reina de Francia en su honra, en su dignidad y en su virtud, y no hay castigo para él, le dan libre. Compadéceme Campan. —Pero no, por el contrario, yo te compadezco á ti, tengo piedad de la Francia! ¿Si no hay jueces imparciales en un asunto que mancilla mi reputacion, qué puedes esperar tú, qué puedes esperar los demas, cuando seas juzgado por negocios que atañen á vuestra felicidad y honra? Estoy afligida, triste en lo profundo de mi alma, y me parece que en este instante se encierra el epitome de mi futuro destino. Se me figura que me cubren las sombras de la noche de la vida. Pero... ¿qué es eso Campan? Apagaste la vela?

—Ve V. M. que estoy lejos de ella.

—Mira, se ha apagado una de las velas.

—Es cierto, contestó madama Campan mirando á la bujía sobre la cual aun se cernía una nube azulosa. La luz se ha apagado, pero si V. M. me permite...

Ella se calló y su aspecto era de una persona dominada por el asombro y el espanto; porque la vela que ardia en el otro brazo del candelero, se apagó de pronto como la primera.

No dijo palabra la reina, sino que con pálidos labios y tamaños ojos abiertos se estuvo contemplando las velas que acababan de apagarse.

—Me permite V. M. encender las velas de nuevo? preguntó madama Campan extendiendo la mano para coger el candelero.

—No le toques, dijo la reina en voz baja sujetando el brazo de su camarera. Quiero ver si las otras dos luces...

No acabó la sentencia. De repente toda convulsa, se levantó á espacio de la silla de brazos y llena de espanto señalaba para el segundo candelero, una de cuyas bujías acababa de apagarse en aquel instante.

No ardia mas que una de las dos, y espesas sombras empezaron á llenar el cuarto; pues que alumbraba apenas el centro, derramando una dudosa claridad sobre el rostro pálido y horrorizado de la reina.

—Campan, dijo ella alzando el brazo y señalando para la única vela encendida, si esta se apaga como las otras tres, esa es señal de mal agüero para mí y anuncia la aproximacion de la desgracia.

En aquel punto la bujía rompió en una llamada repentina, que iluminó vivamente el cuarto, y luego empezó á extinguirse por grados.

Otra llamarada y aquella última bujía se apagó por completo, como las restantes, dejando el camarín en espesas tinieblas.

La reina dió un grito agudo y penetrante y se desmayó en la silla.

sonriendo. No hay que disculparse, hijo, eso es muy natural y yo no debo tener celos. Ya mi hija le pertenece á V., mas que á mí, no tengo derecho de averiguar los secretos de ustedes. Me retiro, Dios oiga lo que el novio tiene que decirle á la novia.

Saludó y salió del cuarto.

—Ya estamos solos, mi Margarita, dijo Toulan rodeándola con el brazo derecho por la cintura. Solo Dios debe oír lo que tengo que decirte.

—Espero, Luis, repuso ella temblando, que no es nada malo lo que vas á decirme. Estás serio y hay cierta solemnidad en tu aspecto. Pero tú me amas todavía, Luis, ¿es así?

—Sí, Margarita, yo te amo; sin embargo, ántes que pronuncies la palabra que atará para siempre tu destino al mio, es fuerza que yo te abra todo mi corazón, que sepas todo lo que siento, á fin de que si el porvenir es espinoso para nosotros, podamos afrontarlo con la mirada serena y espíritu levantado.

—¡Dios mio! ¿A dónde vas á parar? Qué me toca oír?

—Oírás, Margarita mia, que te amo, y que á pesar de eso la imagen de otra mujer se abriga en mi corazón.

—¿Quién es esa otra mujer? Puede saberse?

—Margarita, es la reina María Antonietta.

Respiró la jóven con libertad y se echó á reír.

—¡Ah! Luis, cuánto me habías asustado! Tení que nombrarse una rival, cuando la que me mencionas, yo la amo con tanta devoción como tú. Pago á esa un justo tributo de admiración, y tiene lugar en mi pecho, aunque tú debías reinar en él soberano. Jamas tendré celos de la reina.

—No, Margarita, añadió Toulan con dulce sonrisa, no, tú no la amas, ni puedes amarla como yo, porque tú no le debes lo que yo la debo. Escucha, mi vida, te contaré una pequeña historia, historia tan sagrada para mí, que jamas ha salido de mis labios, aunque no encierra nada de extraño para el comun de las gentes. Ven, siéntate á mi lado y escucha.

Condujo á la doncella á un divan arrimado á la pared y se sentó junto con ella. Tenían enlazadas las manos y Margarita no cesaba de contemplar el abierto, noble y agradable semblante del hombre á quien en breve iba á consagrar su destino y su vida.

—Habla pues, Luis, te escucho.

—Voy á hablarte de mi padre, Margarita, comencé diciendo el jóven; de mi padre, que por vestirme, alimentarme y educarme, pasó inauditos trabajos y miserias. Había sido oficial del ejército, se había distinguido en muchas batallas, y por su valor fué condecorado con la cruz de San Luis, y despedido del servicio por inválido. Desgracia grande para mi padre, porque siendo pobre, su paga de oficial era toda su fortuna. Pero no, mas noble y mas bella aun le quedaba,—su esposa á quien amaba apasionadamente y un niño de cortos años. De qué le valían sus servicios prestados al rey y á la patria, el asalto de fortificaciones, el afrontar la muerte en cien combates, la pérdida del brazo derecho, que le amputaron para salvarle la vida, ¡si su mujer, su hijo y él mismo quedaban sin recursos? Sin la pérdida de ese brazo, aun pudiera haber continuado en el

ejercicio de las armas, ó buscado otra ocupación ó empleo. Pero ya ni este recurso le restaba, de modo que solo vió delante de sí la ruina de su familia, la miseria, el hambre. No creía él posible, sin embargo, tenía como imposible que el rey dejase morir de hambre á su bravo soldado, caballero de la órden de San Luis, despues de haberse baldado en su servicio. Resolvió pues, ir á Paris, hacer presenta al monarca su situación, é implorar su real munificencia. Este viaje era la última esperanza de la familia y estaba mi padre en visperas de emprenderlo, cuando enfermó mi madre y murió luego. Era ella su apoyo, su brazo derecho, su enfermera, el maestro de su hijo, y de repente le faltó dejando como solo arbitrio el favor del rey ó la muerte. Al fin, vendidas las cosas vendibles, padre é hijo pudieron emprender el viaje de Paris. Figúrate, un inválido cuyo valor le habia costado un brazo y cuyas lágrimas por la pérdida de su esposa por poco le cuesta la vista, y un mozo de doce años de edad, que desde la cuna solo conocia los pesares, aunque en su pecho habia un germen de vida, de esperanza y de alegría, figúratelos, digo, en camino de Paris, en busca del rey, de una quimera. Fuimos á pié, y cuando mis zapatos se gastaron y rompieron con la larga marcha, hinchándose y ensangrentándose los pies, me propuso mi padre llevarme á la espalda. Me resistí, oculté mi cansancio y mis dolores, hasta que caí en el camino desfallecido.

—¡Ah! exclamó Margarita llorosa. ¡Cuánto has padecido! y yo sin saberlo! Esta es la primera vez que me cuentas esa triste historia.

—Cuando empecé á amarte, Margarita, olvidé mis pasadas desgracias y despues no quise anublar tus alegrías con la relacion de mi historia. Mas ahora te la cuento, para que conozcas mis sentimientos. Oye pues. Llegamos á Versalles al cabo, donde nuestros cansancio y padecimientos encontraron algun alivio reposando en la dura cama de una posada oscura y pobre. Al día siguiente mi padre se puso el uniforme, en que lucia la cruz de la órden de San Luis, y como la inflamacion de los ojos le impedia ir solo, tuve que acompañarle. Nos encaminamos al palacio y entramos en la gran galería, que atravesaba diariamente la corte, á la vuelta de misa en la capilla real. Mi padre, con el memorial en la mano, que yo habia escrito por su dictado, tomó puesto cerca de la puerta por la cual debían pasar los augustos esposos. Yo me coloqué á su lado y con ojos azoradizos no cesaba de contemplar la brillante multitud que llenaba el salon, los caballeros con ricos bordados en sus casacas, tambien con memoriales en las manos, listos para presentarlos, no obstante su risueño aspecto y lujoso porte. Precisamente esos tales fueron desalojando á mi padre, hasta que lo echaron sobre la pared, de modo que le ocultaron de la vista del rey, el cual pasó por en medio llevando la reina al brazo, y recibí con rostro placentero cuantos memoriales le presentaron. En bien triste estado de ánimo nos volvimos á la posada, pero al siguiente día, me propuse que esos caballeros no arriñonaran á mi padre, y lo conseguí. No hubo quien le moviera de la primera fila, teniendo mi valor su recompensa. Vino el rey, y con sonrisa placida, tomó el memorial que le alargó mi padre y lo puso en

la bandeja de plata que para recibirlos llevaba el limosnero á su lado.

—¡Gracias á Dios! exclamo Margarita como aliviada de un gran peso. Al fin se salvaron Vds.

—Tal creímos nosotros tambien, Margarita, pero como verás luego, no sucedió así. Fuimos el otro día al mismo puesto: se presentó el rey: el limosnero mayor leyó en alta voz los nombres de los pretendientes sobre cuyos memoriales habia recaído providencia;... el nombre de mi padre, sin embargo, no fué mencionado. Eso no obstante, nos consoló la idea de que no era posible recibir respuesta tan pronto. Animados de ella, fuimos á la galería y volvimos por catorce días consecutivos, siempre en vano, porque jamas se encontró el nombre de mi padre en la lista de los memorialistas favorecidos. Hoy creíamos que mañana recibiríamos la contestacion del memorial y dia tras dia ocupábamos el mismo puesto en la galería. A compas se tornaba cada vez mas pálido el rostro de mi padre, mas inciertos sus pasos, y los míos otro que tal por simpatía. Ya no teníamos los medios de acallar el hambre, habíamos gastado la última blanca, solo nos quedaba la cruz de San Luis de mi padre. Pero no nos atrevíamos á deshacernos de ella, porque era nuestro pasaporte para penetrar en el palacio y la galería, y aun abrigábamos la esperanza de ser mas dichosos el décimo quinto día.—Mañana iremos por la última vez, me dijo mi padre en los bordes de la desesperacion. Si vamos en vano, venderé la cruz, cosa de que tú no pases hambre y entonces Dios tenga piedad de nosotros, Luis.—Fuimos en efecto. Estaba mi padre mas pálido que nunca, con todo eso, se mantuvo firme, con la cabeza erguida y los ojos fijos con expresion de desden en los parlanchines y risueños señores que le rodeaban y parecían tenerle en ménos, mientras hacían alarde de sus bordados y encajes. Yo tambien, allá en mis adentros odiaba su orgullo insolente y su frívola vanidad, que porque tenían ricas ropas y relaciones, se creían mejores que mi padre, no siendo en realidad sino pretendientes, humildes memorialistas como él. Entraron en la galería el rey y la reina, y cesaron las risas y la charla de aquellos moscones. El primero se adelantó al medio del salon y mientras el limosnero mayor leía la lista, los favorecidos se acercaban al monarca y recibían de sus manos lo que apetecían ó que contribuía á mantener vivas sus esperanzas. Cerca de él se hallaba la jóven reina, en conservacion con algunos señores de la corte, deteniéndose su vista de cuando en cuando en el rostro grave y triste de mi padre. En días anteriores habia notado yo la misma escena, y cada vez no parecia sino que un rayo de sol habia penetrado hasta mi pobre corazón, haciendo brotar nuevas flores de esperanza. En el día á que me refero, fué mas viva, si cabe, la sensacion que experimenté: la reina ya nos conocia. Mi padre miraba al rey y me repetía por lo bajo: esta será la última vez que yo le vea; pero mis ojos no se apartaban de ella, y contestaba en el propio tono, á mi padre, apretándole la mano fria y húmeda:—¡Valor! valor! La reina nos ha visto.

En efecto, ella paró de pronto la conversacion que seguía con el cortesano y atravesó el salon en direccion de nosotros con vivos y lige-

ros pasos, los azulosos ojos despidiendo rayos de bondad, los rosados labios contraídos por una celestial sonrisa, las mejillas animadas por la emocion, en traje sencillo mas elegante, y toda ella envuelta en una atmósfera de gracia y majestad.—Queido señor, dijo, y su voz nos resonó como música divina, ¿habeis presentado un memorial al rey?—Sí, señora, contestó mi padre temblando, catorce días há.—¿Y en todo ese tiempo no habeis recibido respuesta? Dia tras dia os he visto con ese jovenuelo y he pensado que esperando contestacion.—Así es, señora, la espero, es decir, una decision de que pende mi vida ó mi muerte.—¡Pobre hombre! dijo la reina en tono de honda simpatía. Es espantosa una espera de catorce días. Os compadezco sinceramente. ¿No teneis alguna persona que agencie vuestras reclamaciones?—Augusta señora, solo tengo esta manga vacía, porque de ella falta el brazo derecho, que me represente en el tribunal de S. M., ninguna otra proteccion que la justicia de mi causa.—¡Pobre hombre! repitió la reina suspirando, poco conocéis el mundo, sin duda, cuando creis que eso basta. Si me lo permitis, sin embargo, tomaré á mi cargo vuestra proteccion y seré vuestra intercesora con el rey. Déjeme su nombre y residencia.

Dióselos mi padre por escrito, los leyó la reina atentamente, como para encomendárselos á la memoria, y añadió luego sonriendo:—Esperad aquí mañana á la misma hora, que os traeré la respuesta del rey.—Aquella fué la única vez que salimos del palacio con el corazón lleno de valor y esperanzas halagüeñas. Se nos quitó el cansancio y el hambre, no hicimos caso de las quejas del posadero, quien protestaba por todas las almas del purgatorio, que se le habia agotado la paciencia y estaba decidido á echarnos de la posada si no le pagábamos dia á dia por el uso de la miserable cama. No obstante, le rogamos tuviera paciencia hasta el siguiente dia, declarándole nuestras esperanzas y las razones en que las fundábamos. Al cabo llegó el ansiado dia, y á la hora de audiencia ya estábamos nosotros en nuestro puesto de la galería. A mi me latía el corazón con violencia y aunque nervioso, la cara de mi padre lucia mas animada, que de ordinario. Abriéronse las puertas y entraron SS. MM., seguidos de toda la corte.—Ruega por mí, hijo mio, me dijo mi padre al paño, ruega porque mis esperanzas no salgan fallidas, pues si fallan temo caerme muerto aquí mismo.—¿Pero qué habia yo de orar, ni de pensar? Solo tenia ojos para ver á la jóven reina, tan hermosa y esplendente, que se me figuraba una nube de oro rodeada de las estrellas del cielo. Desde que entró en el salon, advertí que empezó á buscarnos con sus expresivos ojos, hasta que se encontró con los míos, y entonces iluminó su semblante una sonrisa celestial. Vino derecho á nosotros con un pliego sellado en la mano, y dándole á mi padre, dijo:—Aquí teneis lo que deseais. El rey se complace en poder recompensar de este modo, en nombre de la Francia, á uno de sus mejores oficiales. Os concede una pension anual de 300 luses de oro, y deseo que tanto vos, como vuestro hijo, vivan muchos años y gocen felicidad y salud. Presentaos con este papel al Tesorero y os abonará el primer tri-

mestre.—Y así que ella notó que á mi padre le daba un desmayo, llamó en alta voz á algunos caballeros de la corte, les recomendó tuvieran cuidado de él, que le sacaran al aire libre y que le enviasen á su posada en uno de los coches reales. ¡Cómo cambiaron entónces respecto de nosotros aquellos mismos caballeros que dos días ántes no se habían dignado parar la atención en el estropeado oficial ni el rapaz que le servía de Lazarillo! Lo mismo sucedió con el posadero, luego que nos vió llegar en un coche de S. M.; no sabía cómo complacernos, ni alojarnos con comodidad y decencia. Sí, la reina nos había salvado de la miseria y con una palabra nos había hecho felices.

—¡Dios bendiga la reina! exclamó Margarita levantando ambas manos al cielo. Ahora la amo doble, porque sé que ha sido tu bienhechora. ¡Ah! —¿Por que no me has contado ántes esa historia? Pero de todos modos te la agradezco por el bien que ha hecho á mi corazón.

—Amada mía, agregó Toulan con gravedad, hay experiencias del alma humana que solo se pueden revelar en los momentos de prueba de la vida. El día ha llegado hoy, y yo levanto los velos que ocultan mi corazón á fin de que veas y sepas lo que despues de tí, solo Dios ve y sabe. Desde el día en que por última vez pisamos la galería del palacio y la reina nos dió vida y felicidad, le pertenecieron mi alma y mi corazón. A ella le agradecí el contento de mi padre. Las horas agradables que pasamos juntos, los conocimientos que adquirí, los estudios que emprendí, mi posición presente; todo se lo debo á la hermosa y noble María Antonieta. Tornamos á nuestro primitivo hogar, y yo concurrí á una escuela para aprender algunos ramos de una carrera puramente mercantil, la de librero. Porque mi padre no quería que yo siguiera la de las armas, en que le había ido tan mal.—Busca una ocupación independiente, me decía; sé hombre libre, aprende á depender de tí mismo. Usa las facultades de tu entendimiento con entera libertad, sienta plaza de soldado del trabajo, y de esta manera servirás mejor á tu país. Sé, que en la hora del peligro serás un verdadero soldado de tu reina, y peearás por ella mientras te dure el aliento.—Prometí hacerlo así en la hora de su muerte. Aun entónces vió él los oscuros y peligrosos días por que ahora pasa el reino, aun desde entónces oyó él los mugidos de la tempestad cuya aproximación ya se tiene por inevitable. A menudo á mi vuelta á casa, le encontraba leyendo, con los ojos llenos de lágrimas, los folletos y periódicos que nos llegaban á Ruan de París, los cuales nos parecían ni mas ni menos las aves precursoras de la tormenta.—La reina es un ángel de inocencia y de bondad, me decía, y sin embargo, hay quienes traduzcan estas cualidades, la una por malicia, la otra por maldad. Ella es como el cordero rodeado de tigres. Júrame, Luis, que si Dios te ayuda buscarás ese cordero y procurarás libertarle de los tigres sedientos de sangre. Júrame que consagrarás tu vida en su servicio.—Y se lo juré, Margarita, no ya solo por él, sino por mí mismo; repitiendo yo todos los días en el fondo de mi pecho: A la reina María Antonieta le pertenece mi vida, pues á ella le debo todo lo que la hace agradable.

Sali de Ruan cuando murió mi padre, y me trasladé á París, continuando en esta mi ocupación de librero. El instinto me decía que no estaba distante el día en que los amigos de la reina tendrían que defenderla, y que hasta que llegase el peligro real, quizás se verían en el caso de llevar la máscara. Ya hallegado ese día, Margarita, la reina está en peligro, los tigres rodean al cordero y no podrá escapar. Enemigos aquí, enemigos allá, enemigos dentro del mismo palacio. La ha perseguido con injuriosos epigramas por años seguidos su propio cuñado el conde de Provenza, porque no puede olvidar que el rey hace mas caso de los consejos de su esposa que de los de su hermano, el cual la odia. Si es el conde de Artois, ántes el solo amigo de María Antonieta en la real familia, también se ha pasado á las filas de sus enemigos, solo porque se opuso al parecer de los hermanos del rey que querían la doble representación del Tercer Estado, y ella aconsejó que se cumplieran los deseos de la nación y se convocaran los Estados Generales. El conde la acusa de parcial por el pueblo, al paso que este último no cree en el amor de la reina, se ha vuelto contra ella, la odia, y á ello contribuyen todos los partidos. Otro tanto ocurre con el duque de Orleans, quien no puede perdonar á S. M. le mire con el desden que merecen sus infamias. Si son las tías de la reina no pierden ocasión de vengarse de ella por la oscura posición á que las han consignado su edad y sus ideas atrasadas, mas bien que la belleza, la juventud y el talento de María Antonieta. La corte toda, esas malignas y celosas señoras, le hacen pagar caro por su afición á los Polignac. Han vilipendiado su nombre, le han asestado tiros con toda clase de armas prohibidas y de mala ley,—calumnias, folletos, epigramas, libelos infamatorios. Achácanle la causa de todo lo malo que sucede, y la hacen responsable de todos los males de la nación. Segun sus enemigos, la reina tiene la culpa de los atrasos del Tesoro, y desde que el ministro ha declarado el país en quiebra, los Parisienses llaman á la reina madama Deficit. Maldicenla cuando sale á paseo y cuando va al teatro; aun en los jardines de Saint Cloud y el Trianon, hay quien se atreve á insultarla. Truenan contra ella en todos los clubs de París y la llaman la destructora de la Francia. Los enemigos de María Antonieta, en fin, han resuelto su caída y es tiempo que sus amigos se preparen á defenderla. Ya ha llegado el momento en que cumpia el voto que hice á mi moribundo padre. Dios en su infinita bondad ha querido que yo surja y prospere; mi posición hoy es holgada é independiente; la confianza de mis conciudadanos me ha elevado á consejero; empleo que he aceptado no por vanidad ó ambición sino porque me facilitará la oportunidad de servir á mi reina. Llevo máscara; ostensiblemente pertenezco á los demócratas y agitadores; ante el mundo aparezco como enemigo de la reina, á fin de poderla servir mejor como amigo; porque te repito delante de Dios, cuya es mi vida, mi ser, mi alma. Te amo, Margarita; de tí espero todo lo que hace agradable la vida, y sin embargo, es fuerza que esté listo para dejarte á toda hora, para ver arruinada mi dicha sin una queja, sin un suspiro, como se trate de servir á mi reina. A tí te ama mi

corazón, á ella mi espíritu adora. Do quiera que yo esté, Margarita, acudiré al llamado de la reina, aun cuando sepa hallar la muerte á su lado.

Atravesamos, amada mía, una época oscura y tempestuosa, el país parece amenazado de una convulsión general. Las pasiones empiezan á desencadenarse, todos parecen animados del deseo de pelear por la libertad y romper las cadenas con que creen que los oprima el gobierno. Comienza á abrirse un abismo entre la corona y la nación, abismo que en vez de colmar, mucho temo, ensancharán todavía mas los Estados Generales. Sabiendo todo esto, Margarita, ¿querrás aceptar mi mano, la cual es verdad te ofrezco con todo mi corazón? Querrás ser mi esposa, conociendo que mi vida no te pertenece á tí sola? Te hallas dispuesta á dividir conmigo los peligros de una época tempestuosa y á consagrarle conmigo al servicio de la reina? Medítalo ántes de contestarme, Margarita. Considera que exijo de tí un grande sacrificio,—ligar tu existencia á la de un hombre listo siempre á dar la suya por otra mujer, á dejar su amada para correr á la muerte en defensa de su reina. Sondea tu corazón y si hallares que el sacrificio es demasiado duro, vuélveme la espalda, yo seguiré mi camino, no exhalaré una queja, creere que todo es por nuestro bien, te amaré mientras aliente, y te agradeceré eternamente las dulces horas que me has hecho disfrutar á tu lado.

Al concluir su discurso le echó una mirada suplicatoria; pero Margarita no le volvió la espalda. Léjos de ello, una sonrisa celestial bañó sus menudas facciones, sus ojos reimpaguearon de amor y emoción, y cuanto los clavó en los ojos de su amante, le echó los brazos al cuello, oprimió su cabeza contra el seno, besó sus cabellos oscuros y rizados, y le dijo:

—Ay! Luis, yo te amo á pesar de todo, y me siento dispuesta á consagrarle mi vida, á dividir contigo los peligros, á no desampararte nunca. Soldado de la reina, en mí hallarás siempre un camarada. Contigo pelearé en su defensa, contigo moriré por ella, si fuese necesario. En comun la amaremos, en comun la serviremos, y con felicidad y amor le agradeceremos el bien que te hizo á tí y á tu padre.

—¡El cielo te oiga y te bendiga! exclamó Toulan correspondiendo á sus caricias. ¡Dios te bendiga, ángel de mi amor y felicidad! Ya eres mía, Margarita, porque en este momento nuestras almas se han ligado para siempre con lazos de amor y ternura. Nada pueda ya separarnos, mano á mano harémos la jornada de la vida, teniendo á la mira la misma y sagrada meta. Vamos, pues, coloquémonos ante el altar de Dios, y por medio de un juramento de nuestro testimonio del amor que profesamos á nuestra reina.

La presentó él el brazo, y, ambos risueños, bañados sus rostros de indecible contento, salieron del salon y se reunieron á los huéspedes, que ya los esperaban con marcadas señales de impaciencia. En la iglesia, cuando el cura les echaba la bendición mientras los novios se estrechaban las manos, cambiaron una mirada de inteligencia. En aquel momento ellos comprometían su fé á la reina y en vez de entre-

garse el uno al otro, en realidad ambos se entregaban á su soberana.

A la terminación de las ceremonias, salieron todos de la iglesia de San Luis y se dirigieron en carruaje á celebrar las bodas en Versailles, donde el consejero Bugeaud había hecho preparar un opíparo banquete.

—Me explicarás ahora, hijo mio, le dijo él á su yerno, ¿por qué deseabas celebrar las bodas en Versailles? Por qué no en París?

—Padre mio, os diré en dos palabras la razón; respondió Toulan oprimiendo contra su seno el brazo de la novia. Quería que fuese aquí, donde el país erige su altar, donde la nación dentro de breves días se encontrará cara á cara con estas pobres majestades de la tierra, donde se reunirán pronto los Estados Generales para defender los derechos del pueblo contra las usurpaciones del soberano, aquí quería dar á mi vida una nueva consagración. De hoy en mas Versailles me será doblemente caro, porque á él le deberé mi dicha como hombre y mi libertad como ciudadano. Hamme hecho la honra en Ruan de elejirme diputado del Tercer Estado, y, como dentro de pocos días se reunirá aquí en Versailles la Asamblea nacional, deseaba enlazar con el lugar mi futura felicidad. Quise casarme en la iglesia de San Luis porque amo al buen rey Luis XVI. El es el amigo sincero y firme de la nación y sería feliz su pueblo, si se lo consintiese la reina, la Austriaca.

—Así es, repuso el consejero suspirando, quien á despeño de su parentesco con madama de Campan, pertenecía á los contrarios de la reina. Bien dicho, si la Austriaca se lo permitiese. Pero ella no quiere que la Francia sea próspera y dichosa. ¡Ay! de la reina! todos nuestros males nos vienen de ella!

## CAPÍTULO IX.

### APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES.

En la mañana del 5 de mayo de 1789, ocurrió la apertura de los Estados Generales de Francia. Se había señalado esa fecha, para prolongar lo mas que fuese posible el ceremonial de los procedimientos, al mismo tiempo que para aprovechar el tiempo en preparar una humillación marcada á los miembros del Tercer Estado.

Como la mas apropiada para recibir á los mil doscientos representantes de la Francia, se escogió una gran sala del palacio en la calzada de Versailles, muy hermosa y capaz. Escogida se adornó en debida forma. El mismo Luis XVI, que era amigo de trazar planos y adornos arquitectónicos, tomó á su cargo con calor las innovaciones y mejoras del salon.

De mucho tiempo atras había considerado el rey, que era necesario preparar digna y convenientemente, en ocasion tan señalada, el sitio donde iban á reunirse los representantes de la nación. Para ello, había escogido él en persona las colgaduras de los adornos y las cortinas que debían proteger los diputados y espectadores contra la viva claridad del día.

Quando llegaron los miembros del Tercer Estado, vieron con sorpresa grande que no debían entrar en el salon por la misma puerta destinada á los representantes de la nobleza y



mestre.—Y así que ella notó que á mi padre le daba un desmayo, llamó en alta voz á algunos caballeros de la corte, les recomendó tuvieran cuidado de él, que le sacaran al aire libre y que le enviasen á su posada en uno de los coches reales. ¡Cómo cambiaron entónces respecto de nosotros aquellos mismos caballeros que dos días ántes no se habían dignado parar la atención en el estropeado oficial ni el rapaz que le servía de Lazarillo! Lo mismo sucedió con el posadero, luego que nos vió llegar en un coche de S. M.; no sabía cómo complacernos, ni alojarnos con comodidad y decencia. Sí, la reina nos había salvado de la miseria y con una palabra nos había hecho felices.

—¡Dios bendiga la reina! exclamó Margarita levantando ambas manos al cielo. Ahora la amo doble, porque sé que ha sido tu bienhechora. ¡Ah! —¿Por que no me has contado ántes esa historia? Pero de todos modos te la agradezco por el bien que ha hecho á mi corazón.

—Amada mía, agregó Toulan con gravedad, hay experiencias del alma humana que solo se pueden revelar en los momentos de prueba de la vida. El día ha llegado hoy, y yo levanto los velos que ocultan mi corazón á fin de que veas y sepas lo que despues de tí, solo Dios ve y sabe. Desde el día en que por última vez pisamos la galería del palacio y la reina nos dió vida y felicidad, le pertenecieron mi alma y mi corazón. A ella le agradecí el contento de mi padre. Las horas agradables que pasamos juntos, los conocimientos que adquirí, los estudios que emprendí, mi posición presente; todo se lo debo á la hermosa y noble María Antonieta. Tornamos á nuestro primitivo hogar, y yo concurrí á una escuela para aprender algunos ramos de una carrera puramente mercantil, la de librero. Porque mi padre no quería que yo siguiera la de las armas, en que le había ido tan mal.—Busca una ocupación independiente, me decía; sé hombre libre, aprende á depender de tí mismo. Usa las facultades de tu entendimiento con entera libertad, sienta plaza de soldado del trabajo, y de esta manera servirás mejor á tu país. Sé, que en la hora del peligro serás un verdadero soldado de tu reina, y peearás por ella mientras te dure el aliento.—Prometí hacerlo así en la hora de su muerte. Aun entónces vió él los oscuros y peligrosos días por que ahora pasa el reino, aun desde entónces oyó él los mugidos de la tempestad cuya aproximación ya se tiene por inevitable. A menudo á mi vuelta á casa, le encontraba leyendo, con los ojos llenos de lágrimas, los folletos y periódicos que nos llegaban á Ruan de París, los cuales nos parecían ni mas ni menos las aves precursoras de la tormenta.—La reina es un ángel de inocencia y de bondad, me decía, y sin embargo, hay quienes traduzcan estas cualidades, la una por malicia, la otra por maldad. Ella es como el cordero rodeado de tigres. Júrame, Luis, que si Dios te ayuda buscarás ese cordero y procurarás libertarle de los tigres sedientos de sangre. Júrame que consagrará tu vida en su servicio.—Y se lo juré, Margarita, no ya solo por él, sino por mí mismo; repitiendo yo todos los días en el fondo de mi pecho: A la reina María Antonieta le pertenece mi vida, pues á ella le debo todo lo que la hace agradable.

Sali de Ruan cuando murió mi padre, y me trasladé á París, continuando en esta mi ocupación de librero. El instinto me decía que no estaba distante el día en que los amigos de la reina tendrían que defenderla, y que hasta que llegase el peligro real, quizás se verían en el caso de llevar la máscara. Ya hallegado ese día, Margarita, la reina está en peligro, los tigres rodean al cordero y no podrá escapar. Enemigos aquí, enemigos allá, enemigos dentro del mismo palacio. La ha perseguido con injuriosos epigramas por años seguidos su propio cuñado el conde de Provenza, porque no puede olvidar que el rey hace mas caso de los consejos de su esposa que de los de su hermano, el cual la odia. Si es el conde de Artois, ántes el solo amigo de María Antonieta en la real familia, también se ha pasado á las filas de sus enemigos, solo porque se opuso al parecer de los hermanos del rey que querían la doble representación del Tercer Estado, y ella aconsejó que se cumplieran los deseos de la nación y se convocaran los Estados Generales. El conde la acusa de parcial por el pueblo, al paso que este último no cree en el amor de la reina, se ha vuelto contra ella, la odia, y á ello contribuyen todos los partidos. Otro tanto ocurre con el duque de Orleans, quien no puede perdonar á S. M. le mire con el desden que merecen sus infamias. Si son las tías de la reina no pierden ocasión de vengarse de ella por la oscura posición á que las han consignado su edad y sus ideas atrasadas, mas bien que la belleza, la juventud y el talento de María Antonieta. La corte toda, esas malignas y celosas señoras, le hacen pagar caro por su afición á los Polignac. Han vilipendiado su nombre, le han asestado tiros con toda clase de armas prohibidas y de mala ley,—calumnias, folletos, epigramas, libelos infamatorios. Achácanle la causa de todo lo malo que sucede, y la hacen responsable de todos los males de la nación. Segun sus enemigos, la reina tiene la culpa de los atrasos del Tesoro, y desde que el ministro ha declarado el país en quiebra, los Parisienses llaman á la reina madama Deficit. Maldicenla cuando sale á paseo y cuando va al teatro; aun en los jardines de Saint Cloud y el Trianon, hay quien se atreve á insultarla. Truenan contra ella en todos los clubs de París y la llaman la destructora de la Francia. Los enemigos de María Antonieta, en fin, han resuelto su caída y es tiempo que sus amigos se preparen á defenderla. Ya ha llegado el momento en que cumpia el voto que hice á mi moribundo padre. Dios en su infinita bondad ha querido que yo surja y prospere; mi posición hoy es holgada é independiente; la confianza de mis conciudadanos me ha elevado á consejero; empleo que he aceptado no por vanidad ó ambición sino porque me facilitará la oportunidad de servir á mi reina. Llevo máscara; ostensiblemente pertenezco á los demócratas y agitadores; ante el mundo aparezco como enemigo de la reina, á fin de poderla servir mejor como amigo; porque te repito delante de Dios, cuya es mi vida, mi ser, mi alma. Te amo, Margarita; de tí espero todo lo que hace agradable la vida, y sin embargo, es fuerza que esté listo para dejarte á toda hora, para ver arruinada mi dicha sin una queja, sin un suspiro, como se trate de servir á mi reina. A tí te ama mi

corazón, á ella mi espíritu adora. Do quiera que yo esté, Margarita, acudiré al llamado de la reina, aun cuando sepa hallar la muerte á su lado.

Atravesamos, amada mía, una época oscura y tempestuosa, el país parece amenazado de una convulsión general. Las pasiones empiezan á desencadenarse, todos parecen animados del deseo de pelear por la libertad y romper las cadenas con que creen que los oprima el gobierno. Comienza á abrirse un abismo entre la corona y la nación, abismo que en vez de colmar, mucho temo, ensancharán todavía mas los Estados Generales. Sabiendo todo esto, Margarita, ¿querrás aceptar mi mano, la cual es verdad te ofrezco con todo mi corazón? Querrás ser mi esposa, conociendo que mi vida no te pertenece á tí sola? Te hallas dispuesta á dividir conmigo los peligros de una época tempestuosa y á consagrarle conmigo al servicio de la reina? Medítalo ántes de contestarme, Margarita. Considera que exijo de tí un grande sacrificio,—ligar tu existencia á la de un hombre listo siempre á dar la suya por otra mujer, á dejar su amada para correr á la muerte en defensa de su reina. Sondea tu corazón y si hallares que el sacrificio es demasiado duro, vuélveme la espalda, yo seguiré mi camino, no exhalaré una queja, creere que todo es por nuestro bien, te amaré mientras aliente, y te agradeceré eternamente las dulces horas que me has hecho disfrutar á tu lado.

Al concluir su discurso le echó una mirada suplicatoria; pero Margarita no le volvió la espalda. Léjos de ello, una sonrisa celestial bañó sus menudas facciones, sus ojos reimpañearon de amor y emoción, y cuanto los clavó en los ojos de su amante, le echó los brazos al cuello, oprimió su cabeza contra el seno, besó sus cabellos oscuros y rizados, y le dijo:

—Ay! Luis, yo te amo á pesar de todo, y me siento dispuesta á consagrarle mi vida, á dividir contigo los peligros, á no desampararte nunca. Soldado de la reina, en mí hallarás siempre un camarada. Contigo pelearé en su defensa, contigo moriré por ella, si fuese necesario. En comun la amaremos, en comun la serviremos, y con felicidad y amor le agradeceremos el bien que te hizo á tí y á tu padre.

—¡El cielo te oiga y te bendiga! exclamó Toulan correspondiendo á sus caricias. ¡Dios te bendiga, ángel de mi amor y felicidad! Ya eres mía, Margarita, porque en este momento nuestras almas se han ligado para siempre con lazos de amor y ternura. Nada pueda ya separarnos, mano á mano harémos la jornada de la vida, teniendo á la mira la misma y sagrada meta. Vamos, pues, coloquémonos ante el altar de Dios, y por medio de un juramento de nuestro testimonio del amor que profesamos á nuestra reina.

La presentó él el brazo, y, ambos risueños, bañados sus rostros de indecible contento, salieron del salon y se reunieron á los huéspedes, que ya los esperaban con marcadas señales de impaciencia. En la iglesia, cuando el cura les echaba la bendición mientras los novios se estrechaban las manos, cambiaron una mirada de inteligencia. En aquel momento ellos comprometían su fé á la reina y en vez de entre-

garse el uno al otro, en realidad ambos se entregaban á su soberana.

A la terminación de las ceremonias, salieron todos de la iglesia de San Luis y se dirigieron en carruaje á celebrar las bodas en Versailles, donde el consejero Bugeaud había hecho preparar un opíparo banquete.

—Me explicarás ahora, hijo mio, le dijo él á su yerno, ¿por qué deseabas celebrar las bodas en Versailles? Por qué no en París?

—Padre mio, os diré en dos palabras la razón; respondió Toulan oprimiendo contra su seno el brazo de la novia. Quería que fuese aquí, donde el país erige su altar, donde la nación dentro de breves días se encontrará cara á cara con estas pobres majestades de la tierra, donde se reunirán pronto los Estados Generales para defender los derechos del pueblo contra las usurpaciones del soberano, aquí quería dar á mi vida una nueva consagración. De hoy en mas Versailles me será doblemente caro, porque á él le deberé mi dicha como hombre y mi libertad como ciudadano. Hamme hecho la honra en Ruan de elejirme diputado del Tercer Estado, y, como dentro de pocos días se reunirá aquí en Versailles la Asamblea nacional, deseaba enlazar con el lugar mi futura felicidad. Quise casarme en la iglesia de San Luis porque amo al buen rey Luis XVI. El es el amigo sincero y firme de la nación y haría feliz su pueblo, si se lo consintiese la reina, la Austriaca.

—Así es, repuso el consejero suspirando, quien á despeño de su parentesco con madama de Campan, pertenecía á los contrarios de la reina. Bien dicho, si la Austriaca se lo permitiese. Pero ella no quiere que la Francia sea próspera y dichosa. ¡Ay! de la reina! todos nuestros males nos vienen de ella!

## CAPÍTULO IX.

### APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES.

En la mañana del 5 de mayo de 1789, ocurrió la apertura de los Estados Generales de Francia. Se había señalado esa fecha, para prolongar lo mas que fuese posible el ceremonial de los procedimientos, al mismo tiempo que para aprovechar el tiempo en preparar una humillación marcada á los miembros del Tercer Estado.

Como la mas apropiada para recibir á los mil doscientos representantes de la Francia, se escogió una gran sala del palacio en la calzada de Versailles, muy hermosa y capaz. Escogida se adornó en debida forma. El mismo Luis XVI, que era amigo de trazar planos y adornos arquitectónicos, tomó á su cargo con calor las innovaciones y mejoras del salon.

De mucho tiempo atras había considerado el rey, que era necesario preparar digna y convenientemente, en ocasion tan señalada, el sitio donde iban á reunirse los representantes de la nación. Para ello, había escogido él en persona las colgaduras de los adornos y las cortinas que debían proteger los diputados y espectadores contra la viva claridad del día.

Quando llegaron los miembros del Tercer Estado, vieron con sorpresa grande que no debían entrar en el salon por la misma puerta destinada á los representantes de la nobleza y

el clero, los cuales habían sido elejidos al mismo tiempo que ellos. Mientras esos dos brazos entraban por la puerta principal, los diputados del pueblo tenían que entrar por una puerta trasera que abría á un corredor oscuro y estrecho, en el cual, apiñados como ovejas, los forzaban á esperar la apertura de la sesión.

En el día de que hablamos aquí, dos horas largas estuvieron aguardando en aquel lugar estrecho é incomodo á que el maestro de ceremonias, el marques de Brezé, les abriera la puerta.

Destumbrante fué la escena que se presentó á sus ojos. La sala que se había preparado para las sesiones de la nobleza, se dilataba dentro de dos hileras de columnas jónicas, que le comunicaban aire no visto de grandeza y solemnidad. La luz le entraba por una claraboya, cuya claridad moderaba una cortina de rasete blanco. Detrás del trono podía verse un tablado sobrecargado de adornos y debajo de un dosel, un sillón para la reina, sitial para las princesas y sillas para los demas miembros de la real familia. Debajo de ese tablado se hallaban los bancos para los ministros y secretarios de estado. Para la clerecía se habían preparado asientos á la derecha del trono, y á la izquierda para la nobleza, y al frente 600 sillas para los diputados del estado llano.

El marques de Brezé, ayudado de dos sota maestros de ceremonias, asignó á los últimos los asientos que les correspondían, de acuerdo con la situación de los circuitos que representaban.

Cuando el duque de Orleans apareció en medio de otros diputados de Crespy, resonaron apagados aplausos en las galerías que ocupaba el público; y aplausos que repetidos por algunos diputados del estado llano, aumentaron de volumen, y entonces se advirtió que el duque hizo que se pasara al frente un clérigo que iba detrás de él en la delegación de dicho distrito, acto que le costó una verdadera lucha.

Entre tanto había empezado á llenarse el banco de los ministros. Se presentaron en cuerpo, vestidos de rico uniforme, con bordados de oro. Solo uno de ellos apareció en traje sencillo de ciudadano, y se portó con la mayor naturalidad, como si se tratara de un negocio cualquiera de estado, ó como si entrara en la sala de su casa, y no fuese á tomar parte en una ceremonia extraordinaria. Así que le reconocieron se pusieron en pié muchos de los circunstantes tanto de la Asamblea como de las tribunas; movimiento espontáneo de alegría, que terminó por un palmoteo.

El hombre en favor del cual se hacía esta demostración halagüeña, era el nuevo ministro de Hacienda, Necker, de quien se prometía la nación que le restituiría su antigua prosperidad y crédito.

Con una ligera sonrisa, que en parte iluminó su semblante pasivo y serio, manifestó Necker que tenía la conciencia del sugeto á quien se destinaba aquella guirnalda de suprema popularidad.

En seguida entró la diputación de Provenza, en medio de la cual sobresalía el conde de Mirabeau, por su orgulloso y osado porte. Su aparición fué la señal para un breve palmoteo en un extremo del salon; honor que se hacía á

un hombre ya famoso en Francia y de quien se decían tantas cosas. Pero no se extendió la demostración aquella sin duda, porque tras los diputados dichos, se presentó por otro lado del salon el rey, en compañía de la reina y seguido de los principes y princesas de la real familia.

En aquel instante resonaron por toda la Asamblea aplausos entusiastas y vivas de alegría. A una señal del conde de Mirabeau, el Tercer Estado, lo mismo que los demas, se puso en pié, y continuó erguido, sin doblar la rodilla, como había sido la costumbre hasta la última reunion de los Estados Generales. Solo uno de los diputados, jóven de aspecto enérgico, ademan soberbio y ojos negros y brillantes, hincó la rodilla en tierra, luego que vió entrar la reina detras del rey.

—Señor diputado, le dijo su vecino mas cercano dándole una palmada en el hombro y haciéndole levantarse. Señor diputado, cumple á los representantes de la nacion mantenerse erguidos ante la corona.

—Cierto, conde de Mirabeau, contestó el jóven Toulan, pues no era otro el diputado este. Pero yo no hincó la rodilla ante la corona, sino ante la hermosa mujer, que lleva el título de reina.

Luis XVI llevaba á la espalda el rico manto de armiño de los reyes de Francia y cubria su cabeza un sombrero de plumas, en cuyo galon chispeaban enormes diamantes, siendo el mayor, el llamado Titt, que ocupaba el centro y despedía vivos rayos de luz. Al parecer, había conmovido profundamente al rey el recibimiento que le había hecho el pueblo; y en prueba de que le tocaba la demostración, se sonrió dulcemente. Despues, sin embargo, cuando volvió á reinar el silencio, y vió la cara grave, varonil y hosca de los diputados, que le quedaban frente á frente, su placer se cambió en confusion, y como que tembló por un instante.

En contraste con él la reina nunca pareció mas serena ni deseosa de abarcar el conjunto del espectáculo con sus granates, azulosos ojos. Repasó las filas de los hombres graves que se hallaban sentados frente al trono, deteniéndose un momento en el jóven Toulan, como si recordase el que dos años antes le había traído la copia de la sentencia en la causa del collar. Y sin poderlo evitar, se cubrió su rostro de improviso de un ligero tinte de melancolia. Sí, le había reconocido; aquel era el mismo jóven que en los aposentos de madama de Campan, le había jurado fidelidad eterna. Y ahora se sentaba en los bancos de los diputados, que eran sus declarados enemigos y le lanzaban torvas miradas. ¡Hé aquí el modo cómo cumplia su voto espontáneo y sagrado!

Pero ya nada le causaba extrañeza á Maria Antonieta. Había presenciado ella tantos engaños, tantas personas con quienes estuvo estrechamente ligada le habían abandonado, tantos ingratos había conocido en su vida, que no le causó sorpresa la conducta de un jóven que apenas la conocía, que en un rapto de juvenil entusiasmo prometió lo que no pensó cumplir, probándole el hecho de que en la primera ocasión se había alistado en las filas de sus enemigos.

Bajó los ojos Maria Antonieta con tristeza y ya no los levantó para mirar lo demas, porque

en aquel instante solemne había recibido una nueva herida, tropezado con un nuevo desertor!

En aquel abatido semblante, en aquella frente sombría leyó Toulan hasta los mas menudos pensamientos; pero no por eso se abatió él ni mostró desazon. Léjos de ello, pensó entre sí:

—Ya llegará el día en que ella confiese que yo soy su constante y fiel amigo. Y en ese día quedará pagado de la injuria que ahora me causan sus bellos ojos, ¡Valor, Toulan, valor! Alza la cabeza y ten serenidad. La lucha ha comenzado: fuerza es que te batas hasta vencer ó morir.

Se levantó el rey y se quitó el sombrero de plumas, haciendo lo mismo Maria Antonieta, que queria sin duda oír mejor el discurso.

—Señora, le dijo el rey, sentaos, se lo ruego. —Sire, contestó Maria Antonieta, permitidme estar así, porque no cumplo que el vasallo se siente cuando su soberano está en pié.

Estas palabras, que se oyeron en los ángulos mas distantes del salon excitaron en unos murmullos, en otros risas desdeñosas. Lo que fué bastante para que Maria Antonieta volviese á sentarse como picada de una víbora; aunque con la vista buscó el punto de donde había partido el sarcasmo. Era de los labios de Felipe de Orleans, el cual no se tomó la pena de disimular siquiera el desacato. Por el contrario, á la mirada de indignación de la reina, contestó con otra llena de impudencia, en que se pintaba á las claras el odio que la tenía, el deseo de venganza que le animaba por el desden con que ella le había tratado siempre, y por la pesada burla que una vez le hizo delante de toda la corte. Fué con motivo de que el duque de Orleans, manirotó y avaro como era, había alquilado los bajos de su palacio para poner en ellos una tienda; y al presentarse en Versalles poco despues, le dijo Maria Antonieta:—Desde que os habeis hecho mercader, duque, probablemente no le veremos aquí sino los domingos y dias festivos, en que teneis cerrada la tienda.

No lo había olvidado Felipe de Orleans y aunque su cara reía, sus ojos brotaban odio y venganza.

Abrió el rey la asamblea de sus estados con un corto discurso; el cual, primero que todos, escuchó la reina con profunda emocion. Mientras hablaba su augusto esposo, ella sintió su espíritu devorado por un pesar tan vivo como inexplicable, sus ojos llenos de lágrimas, que al fin empezaron á correr por sus mejillas en silencio. Hacia el final de su discurso, dijo el rey,—que él era el amigo mas fiel y verdadero del pueblo y que amaba la Francia desde el fondo de su corazón; y en este momento la reina levantó los ojos con una expresion suave y tierna de súplica, en que parecia decir á los diputados principalmente:—Yo tambien soy amiga del pueblo! Yo amo tambien la Francia!

Concluido el discurso, resonaron vivas y aplausos por todas partes, sentándose en seguida el rey y cubriéndose con su sombrero de plumas. Imitaron su ejemplo en cuanto á esto último los nobles de la asamblea, con cuyo motivo Mirabeau, representante del tercer estado, se puso al punto el sombrero. Otros diputados hicieron lo mismo; pero Toulan, á quien antes Mirabeau le había impedido arrojarse,

quiso entónces evitar que los soberbios demócratas se cubriesen en presencia de la reina y así gritó y tuvo el gusto de que muchos otros repitiesen su grito:

—¡Abajo los sombreros!

El rey fué el primero en obedecer. No bien oyó la voz, se quitó el sombrero, y tanto los nobles, como los diputados se vieron obligados á descubrirse, aun cuando al grito de:—Abajo los sombreros! resonaron otros de:—Arriba los sombreros! cubrirse, señores!

Toulan había ganado el punto: nadie estaba cubierto en presencia de la reina.

La ceremonia de la apertura de los Estados Generales, duró cuatro largas y tediosas horas. Su conclusion la anunció el rey levantándose, saludando y saliendo del salon, seguido de la reina y de los principes, todos los cuales imitaron su ejemplo, si bien no con la dulzura y dignidad que él.

No faltaron diputados que gritaran:—Viva el rey! pero estas palabras no tuvieron eco. En cuanto á la reina ni una sola voz se alzó en su favor. Y por lo que hace al exterior, en la plaza hubo varios y confusos gritos. La multitud se había apiñado á las puertas del palacio y llamaba á voces la reina. Había visto entrar á los diputados; al rey cuando pasó para oír la misa del Espíritu Santo en la iglesia de San Luis; lo único que le faltaba era ver la reina.

Apénas resonaron aquellas voces en sus oídos, cuando se le alegró el corazón y se le animó el semblante. Hacía mucho tiempo que no la había escuchado semejantes. Desde el malhadado 1786, desde la causa del collar, se habían hecho muy raras. Habían cesado al fin del todo, y cuando la reina se presentaba en público, lo que hacía pocas veces, la recibían en general con silbidos y murmullos.

—¡La reina! la reina! gritaban muchas voces en la plaza, cada vez mas alto.

En obediencia al llamado, Maria Antonieta pasó á la sala, hizo abrir las puertas que guiaban al balcon, salió y se presentó al pueblo con inclinaciones de cabeza y amables sonrisas.

Pero en vez de los aplausos que esperaba, la multitud guardó un lúgubre silencio á su aparición. ¡Ni un brazo se alzó para saludarla, no resonó un sólo viva!

Léjos de ello, mientras ella saludaba, una voz ronca de mujer gritó:

—¡Viva el duque de Orleans! Viva por siempre el amigo del pueblo!

Pálida y temblando la reina se alejó del balcon y casi desmayada se dejó caer en los brazos de la duquesa de Polignac, que se hallaba detras de ella. Cerró los ojos y permaneció por largo rato presa de una terrible angustia, mientras que por las abiertas puertas del balcon, se oían claramente los vivas al duque de Orleans.

Todavía fuerá de sí la reina, la llevaron á sus aposentos y la pusieron en su lecho, delante del cual, en el supuesto de que se había dormido, se quedó madama de Campan.

Reinaba un profundo silencio en el cuarto. Cuando Maria Antonieta despertó de su sueño ó volvió de su desmayo, lo primero que vieron sus ojos fué á su fiel camarera, arrodillada al lado de su lecho, rogando á Dios por su salud. Le echó los brazos al cuello, reposó la cabeza

en sus hombros, y le dijo entre sollozos y llanto:

—¡Ah! Campan, mi ruina es hecha! Mi infortunio cierto. Ha desaparecido mi felicidad, mi vida desaparecerá también en breve. Hoy he probado la amargura de la muerte. Nunca más volverá á alumbrarnos un día feliz, nos amarga el oscuro porvenir, se ha pronunciado nuestra sentencia de muerte!

## CAPÍTULO X.

### LA HERENCIA DEL DELFIN.

HACIA cuatro semanas que la Asamblea Nacional celebraba sus sesiones en una de las salas de Versalles; quereinos decir, que habian pasado cuatro semanas de agitacion política cada vez mas tumultuosa. La lucha de los partidos era íncesante y fiera, marcándose desde luego las aspiraciones secretas de cada cual, y sobre todo el odio que se profesaba á la reina. En realidad, no tenia ella partidarios, sino amigos saltados, los cuales, es cierto, osaban hacer frente al odio público, rechazaban las calumnias que se ponian en circulacion contra su buen nombre, y arriesgaban la vida en la empresa. La mayor parte del pueblo Paríense, los nuevos demócratas, el duque de Orleans, los hermanos y hermanas del rey, hé aqui de quienes se componia el partido contrario de María Antonieta. Tenian todos esos motivos en qué fundar su odio y enemiga contra ella? Dudoso es creerlo.

Quando propuso Mirabeau en la Asamblea Nacional que se declarase inviolable la persona del rey, de los cuatrocientos representantes de la Francia, solo una voz se levantó para pedir se enmendara la mocion añadiendo las palabras *y de la reina*, inmediatamente despues del nombre del soberano.

Esta enmienda se atrevió á hacerla en alta voz y con la frente elevada el jóven Toalan, que ya se titulaba soldado de la reina. Pero ni la tomó en consideracion la Asamblea; recibiendo la mocion con murmullos y risas de burla: solo se aprobó la original de Mirabeau, que rezaba, —se declara inviolable la persona del rey.

—Eso quiere decir, dijo la reina al ministro de policia Brienne, quien le traia las nuevas de todo lo que pasaba en París y Versalles. Eso quiere decir que ayer se ha firmado mi sentencia de muerte.

—Exagera V. M. un tanto, replicó el ministro horrorizado. Creo que esto significa cosa muy distinta. Quando no ha declarado la Asamblea Nacional inviolable la persona de la reina, ha querido decir que ella no tiene que hacer con la política y por de contado es innecesaria la declaracion dicha.

—¡Ah! exclamó la reina. ¡Cuán feliz habria sido yo si no me hubiese visto obligada á mezclarme en la maldita política. Ciertamente que ni lo deseaba ni estaba en mi carácter. Mis enemigos tienen la culpa; ellos son los que han trocado en intrigante la reina sencilla y franca.

—No diga tal V. M., repuso el ministro. Usa V. M. una palabra harto dura. No la emplearian los enemigos de V. M.

—Tal vez sea dura la palabra, pero es la

exacta. Mis enemigos han hecho de mí una intrigante; porque no es otra cosa la mujer que se mete en política con olvido de sus deberes. Veis al menos que no me lisonjeo, aun que me duele darme un calificativo tan malo. Son felices las reinas de Francia quando no tienen en qué ocuparse y cuando reservan su influencia para complacer á sus amigos y recomendar á sus fieles servidores. ¿Sabeis lo que me acaba de suceder? continuó ella con triste sonrisa. Quando yo entraba en el consejo privado para tener una consulta con el rey, mientras pasaba por delante del Ojo de Buey, oí que uno de los músicos decia alto.—La reina que cumple con su deber se está en su cuarto y se ocupa de coser y hacer calceta.—“Fobre hombre, dije entre mí, tienes razon; pero ignoras cuán desgraciada es mi suerte, que cedo á la dura necesidad y que mi mala estrella me empuja por este camino.”

—¡Ah! angusta señora, exclamó el ministro suspirando. Me alegraría que oyese vuestros lamentos y sentidas quejas aquellos que acusan á V. M. de mezclarse en la política por pura ambicion y amor de poder.

—Amigo mio, le dijo María Antonieta, si oyese mis palabras no dirian que las siento, sino que las repito de memoria para desarmar la justa cólera de mis enemigos. En vano es que yo trate de justificarme, nadie me escucharia. Fuerza es que yo sea culpable, que yo sea criminal, á fin de que los que me acusan aparezca que tienen razon, para que ellos suban y yo descienda. Pero no hablemos mas de esto. Sé la suerte que me espera, veo claro en mi mente y en mi espíritu que estoy perdida. Pero no me entregare sin lucha, pelearé hasta el último instante, y si es fuerza que yo sucumba, será al menos con honra, como corresponde á mi posicion y á los principios en que he sido criada. Ea pues, continuad. Veamos los nuevos folletos y acusaciones que han lanzado contra mí.

Sacó el ministro de su cartera un paquete de folletos y los extendió en una mesita que habia delante de la reina.

—¡Cuántos á la vez! exclamó ella hojeándolos. ¡Qué pena se toman mis enemigos y cuánto debe escocerles la tenacidad de mi existencia! Hé aqui el titulo peregrino de uno de los folletos:—Consejo sano dirigido á madama Déficit para que deje la Francia tan pronto como sea posible.—Madama Déficit! repitió la reina. Esta soy yo, ¿no es así, Brienne?

—Sí, señora, tal es el nombre que ha puesto á V. M. el malvado duque de Orleans.

Despidieron rayos de cólera los ojos de la reina. Abrió los labios como para decir una palabra fuerte, mas se reprimió de pronto y continuó el exámen de los folletos y caricaturas. Mientras hacia esto, y leia de cuando en cuando aquellos trozos mas cargados de veneno y rencor, hilo á hilo surcaban sus mejillas lágrimas silenciosas, hasta que por un instante pareció ahogarlas el dolor.

Compadecido Brienne del hondo pesar de la reina, la rogó cesara aquella lectura, y trató de recoger y llevarse los apasionados y groseros impresos; pero se lo impidió María Antonieta.

—No, quiero verlos todos, dijo ella. Debo enterarme de cuanto se hace y dice contra mí. “No me priveis de estos papeles, fundado en

que me causan pesares. Natural es que me duelan las frases duras é injuriosas que se me dirigen en esos impresos, que abrigue tan mala opinion de mí un pueblo á quien amo, y por cuyo buen concepto estoy dispuesta á hacer cualesquiera sacrificios.”

En aquel punto se abrió con estrépito y sin ceremonia la puerta del gabinete de la reina y entró la duquesa de Polignac.

—Perdone V. M. si la interrumpo, perdone, pero...

—¡Qué hay! la atajó la reina asustada y poniéndose en pié. Duquesa, vienes á anunciarme una nueva desgracia. Es sobre el delfin, ¿no es eso? Está peor?

—Mucho peor, señora, segun opinion de los médicos, porque le han entrado calambres.

—¡Dios mio! Dios mio! exclamó María Antonieta levantando las manos al cielo. ¿Qué nueva desgracia me aguarda? Será que ahora me toque perder á mi hijo, á mi querido hijo? Hé aqui que mientras derramo lágrimas de sangre por la maldad de mis enemigos, el hij de mis entrañas lucha á brazo partido con la muerte. ¡Adios! Brienne, á otra parte me llama el amor materno.

Y la reina, olvidada de todas sus pesadumbres, sin pensar ya mas que en su hijo enfermo y moribundo, corrió de aposento en aposento, tal que apenas podia darle alcance la duquesa, hasta llegar al lado opuesto del palacio donde se hallaban los cuartos pertenecientes á los principes.

—¿Vive? preguntó María Antonieta al criado que se hallaba de pié en la antesala del delfin.

Pero no aguardó la respuesta, sino que se precipitó á la puerta de la alcoba, la abrió de golpe y llegó hasta la cama del enfermo.

Allí, bajo un dosel de flecos de oro, yacia sin movimiento, pálido, con los ojos abiertos, los labios secos, la mente vagarosa, el jóven delfin de Francia, hijo primogénito de María Antonieta y Luis XVI. En torno del lecho se hallaban los médicos, el sacerdote llamado á la carrera, y los criados, unos y otros contemplando con ojos melancólicos, las estenuadas formas del pobre mozo, cuyo fin ya podia darse por seguro. Solo faltaba la madre, la madre triste y abatida, para que el grupo tuviese su acabamiento y solemnidad.

Se inclinó ella sobre el enfermo, le abrazó tiernamente y le cubrió de besos y ardientes lágrimas, con cuyas caricias se animó un poco y salió del letargo en que yacia por horas seguidas. Sí, una vez mas el delfin Luis revivió, abrió los ojos y cuando vió tan cerca de sí el rostro de su madre bañado en lágrimas, se sonrió y trató de levantar la cabeza para corresponder á sus caricias; pero no pudo, porque la muerte con mano de hierro ya le tenia clavado en la almohada.

—¿Qué te duele, hijo mio? le preguntó María Antonieta. ¿Sufres?

—No, mamá, nada me duele; contestó el jóven con voz tan apagada que apenas se le oia. “Solo padezco de verla llorar, mamá.”

Al punto María Antonieta enjugó sus lágrimas, y arrodillada á los bordes del lecho de muerte de su hijo, halló fuerzas en su amor materno para sonreirse, cosa que el delfin, cuyos ojos continuaban fijos en ella, no viese su profundo dolor.

Reinaba en el aposento un silencio completo, solo se oia el apagado zumbido de las oraciones que dirigian al cielo los circunstantes por la salvacion del alma del moribundo y el resucello tardo y trabajado de este.

A poco se abrió la puerta con tiento y paso ante paso se adelantó un hombre en puntillas, yendo á arrodillarse junto á la cama al lado de María Antonieta. Era el rey, á quien habian ido á llamar de la cámara del consejo para ver morir á su hijo.

Entónces el sacerdote en voz clara empezó á recitar la oracion de los moribundos, que repetian por lo bajo todos los presentes. Solo la reina permaneció muda: sus ojos estaban fijos en el rostro de su hijo, cuya transfiguracion se efectuaba por instantes.

De repente dió ella un gran grito y cayó su cabeza en el ya inanimado pecho del delfin. Acababa de espirar. Lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del rey, el cual con los brazos cruzados, y los ojos levantados al cielo, continuó en sus oraciones.

—El Señor nos le dió, el Señor nos le ha quitado, bendito sea el nombre del Señor. Amen. Esto dijo el sacerdote con los brazos extendidos y en voz clara y solemne.

—Amen, dijo el rey cerrando gentilmente los ojos de su hijo. Dios te ha llamado á su seno, hijo mio, quizás porque queria libertarte de los pesares y trabajos de este mundo. Loado sea.

—¡Adios! hijo mio! adios! decia María Antonieta sin dejar de besar el rostro pálido y frío del muerto. ¡Ay! ¿Por qué no muero yo contigo? Por qué no salgo yo tambien de este mundo miserable y triste?

Despues, como si se arrepintiese de las palabras que le habia arrancado el dolor, se levantó y dijo al sacerdote, que rociaba con agua bendita el cadaver del delfin:

—Padre, haga que se den mil francos á los padres pobres de los niños que nazcan hoy en Versalles. Deseo que este día sea de completo gozo para los pobres, que lejos de perder como yo, han ganado un hijo, y que los labios de las madres felices tengan motivo para bendecir aquel en que murió mi desventurado hijo. Tenga la bondad de traerme mañana la lista de los niños pobres nacidos hoy.

—Ven, María, dijo el rey. Ya no pertenece á los vivos el cuerpo de nuestro hijo, sino al sepulcro de nuestros antepasados en San Dionisio, y su espíritu á Dios. El delfin ha muerto! Viva el delfin! Aquel gana vida eterna en otro mundo mejor. Madama de Polignac, llévanos el delfin al gabinete de su madre.

Y allá, con porte digno y reposado, peculiar al rey en los momentos de prueba, condujo él á la reina, arrastrándola suavemente por el brazo.

—¡Ay! exclamó. Aquí al menos estamos solos y puedo llorar libremente á mi querido hijo.

Y echando los brazos al cuello de su marido, dió lenda suelta á su amargo llanto. El rey la estrechó tiernamente en los suyos, y lloró con ella como un niño.

En esta actitud los halló la duquesa de Polignac, la cual abrió la puerta con sutileza. Pero al verlos el uno en brazos del otro, al oír sus sollozos, se detuvo, y diciendo unas cuan-

las palabras al chico que iba á su lado, le empujó al centro del cuarto y ella se retiró sutilmente, cerrando la puerta tras sí. Por un instante el niño se estuvo parado é irresoluto mirando ahora á su padre, ahora á su madre, ahora al ramillete de rosas y violetas que llevaba en la mano. El pequeño Luis Carlos poseía aquella belleza dulce y tierna que excita lágrimas y llena el corazón de melancolía, porque no puede uno menos de pensar que la vida con sus asperezas y helados ciervos, no verá con piedad esta flor de inocencia, y que el rostro radiante y angelical del niño un día se trocará en el áspero y tostado del hombre. Tenía entonces cuatro años de edad; llevaba botitos de marroquí con puntas rojas; anchos calzones de terciopelo azul oscuro que bajaban hasta las rodillas y sujetaban á la cintura una faja de seda azul, cuyas puntas adornadas de encaje le caían sobre el costado. Su chaqueta de terciopelo del mismo color, ricamente bordada, tenía un lechuguillo ó vuelo de encaje en torno del cuello. El rostro ovalado, color de rosa con los labios rubicundos, el hoyito en la barba, los ojos grandes azules, sombreados por pestañas largas y oscuras, la frente espaciosa y altiva, coronada de cabellos de oro, que caían en graciosos y espesos rizados por el cuello y hombros, completaban el arrejo y el retrato de aquel niño, llamado de repente á presencia de sus padres en hora de suprema angustia. Tal parecía uno de los ángeles, que nadie mas que Rafael ha sabido dar vida en el tosco lienzo, y cualquiera le habría tomado por uno de ellos, sin la estrella de plata bordada en la solapa izquierda de su chaqueta. Esa insignia, que marcaba su rango como príncipe, era en el bello niño el sello de su muerte; sello que ya le había estampado en el pecho su cruel destino.

Por un momento estuvo él, como decimos, indeciso, sobre lo que debía hacer, viendo á sus padres en aquellos extremos de dolor; pero al fin emprendió la carrera y presentando el ramillete á la reina dijo:

—Mamá, aquí tienes flores de mi jardín.

Maria Antonieta levantó la cabeza y en medio de su llanto se sonrió al ver á su hijo y su actitud. El rey hizo mas, cesó de llorar y le alzó en sus brazos.

—María, dijo él presentándole á su madre, hé aquí nuestro hijo, el delfín de Francia.

Maria Antonieta le tomó por la cabeza en ambas manos y materialmente le cubrió la cara de besos amorosos, si bien con los ojos llenos de lágrimas, con la boca llena de risa.

—¡Dios te guarde, hijo mio! le dijo con solemnidad. ¡El te bendiga, delfín de Francia! Quiera el cielo que las tempestades que ahora oscurecen nuestro horizonte, hayan pasado cuando tú asciendas al trono de tus padres! Sí, Dios te bendiga y te proteja, delfín de Francia!

—Pero, mamá, preguntó el muchacho, ¿por qué me llamas hoy delfín? Yo soy tu Luisito, duque de Normandía.

—Hijo mio, dijo el rey gravemente, Dios se ha servido darte otro título y otro destino. Tu pobre hermano Luis nos ha dejado para siempre. El ha ido á donde le llamaba Dios y ahora tú eres el delfín de Francia.

—Y él cone da que sea para tu bien, añadió la reina en medio de sus sollozos.

—Ciertamente no es para mi bien, observó el niño sacudiendo la cabeza, cuando mamá llora tanto.

—Lloro, hijo mio, lloro sin consuelo, le contestó su madre, porque Luis, tu hermano, que era el delfín, nos ha dejado en este valle de lágrimas.

—¿Y no volverá nunca mas? preguntó el chico.

—No, Luisito, nunca mas volverá.

—¡Ah! exclamó el niño rodeando con los brazos el cuello de su madre, ¿quién puede dejar á esta querida mamá y no volver nunca mas? Yo no te dejaré nunca.

—Ruego á Dios que hables verdad, dijo la reina suspirando y estrechándole en sus brazos con ternura. Ruego á Dios que yo muera antes que Vds. dos.

—¡Ah! No ántes que yo, no ántes que yo; repitió el rey afectado. Sin tí, mi querida María, mi vida sería un desierto; sin tí, el rey de Francia sería el mas misero de los hombres.

—Y conmigo, dijo ella como entre sí, quizás sea el mas desgracia lo de los nacidos.

—Si estás tú á mi lado, dijo el rey con pasión al oírlo, y me amas, yo no puedo ser infeliz jamás. No lores mas, es menester dominar nuestra pesadumbre y aprender á conformarnos con la voluntad de Dios. Te repito: ¡el delfín ha muerto, viva el delfín!

—Papá, dices que el delfín ha muerto y nos ha dejado ¿se ha llevado consigo todo lo que le pertenece?

—No, hijo mio, nada se ha llevado. Ahora eres tú el delfín y luego serás rey de Francia, porque eres el heredero de tu hermano.

—¿Qué quiere decir heredero?

—Quiere decir, que ahora te pertenecen los títulos y honores de tu hermano.

—¿Nada mas que eso? preguntó el príncipe con timidez. Yo no quiero sus títulos ni sus honores.

—Tú eres el heredero del trono y llevas el título de delfín de Francia.

—Mamá, dijo él entonces dirigiéndose á su madre, á la cual miró con ojos de súplica, ¿crees tú que suena tan bien el título de duque de Normandía, ó que me amarás doble, si me llamase delfín de Francia?

—No, mi querido hijo, yo no te amaré mas por eso, y bien sabe Dios que sería muy dichosa si pudiera llamarte todavía duque de Normandía.

—Entonces, mamá, repuso el jovencito con calor, siento mas bien que me alegro de recibir ese nuevo título. Pero desearía saber si mi querido hermano enfermó no me ha dejado alguna otra cosa.

—Alguna otra cosa! repitió el rey asombrado. ¿Qué desearías que te hubiera dejado?

—No quisiera decirselo á papá repuso el príncipe bajando los ojos, siempre en los brazos de su madre. Pero si es cierto que el delfín se ha ido, que no vuelve mas y que no se lo ha llevado todo consigo, hay una cosa que yo quisiera tener y que me daría mas gusto que el título de delfín.

—¿Entiendes, María, lo que dice? preguntó el rey á la reina.

—Creo adivinarlo; contestó Maria Antonieta.

Se levantó en diciendo esto, atravesó el cuarto, abrió la puerta que daba al aposento inmediato y dijo algo en secreto al paje que allí estaba de guardia. Luego tornó á su asiento y tropezó con el ramillete que se le había caído al niño de la mano cuando su padre le levantó en sus brazos.

—¡Ah! Mis violetas y lindas rosas! gritó el príncipe con el semblante anublado. Pero animándose de pronto y mirando á la reina muy risueño, agregó:—Me alegraría mamá, que siempre caminase sobre flores plantadas y recogidas por mí.

En aquella sazón se abrió la puerta poco á poco y corrió hácia el príncipe, meneando la cola y alegre, un perrito negro, belludo y gracioso.

—¡Bijou! gritó el niño arrodillándose para recibir su perro. ¡Bijou!

Y el perrillo con las patas delanteras en los hombros del niño le lamia la cara tierna y repentinamente.

—Ahora bien, Luis, ¿he adivinado tu deseo? le preguntó la reina. ¿No era eso lo que ambicionabas tanto?

—Lo adivinaste mamá. ¿Es Bijou parte de mi herencia tambien? Es mio ahora pues que mi hermano le ha dejado?

—Sí, hijo mio, el perrito es parte de tu herencia; contestó el rey con triste sonrisa.

—¡Conque Bijou es mio, mio! gritó el muchacho en un raptó de gozo. Bijou parte de mi herencia. Qué bueno!

—¡Ay! Qué inocente exclamó la reina. ¡Dichosa niñez. ¿Por qué tanta felicidad é inocencia no duran toda la vida? Por qué hemos de pisotearlas como las rosas y violetas de mi hijo? Hereda un reino cuando menos lo espera y sin embargo, la posesión del perrillo que le lame las manos, le causa mayor júbilo. El amor es la mas hermosa herencia que Dios legó á los hombres, porque el amor nos acompaña hasta la muerte!

## CAPITULO XI.

## EL REY LUIS XVI.

LUCRÓ en París el memorable 14 de Julio. Había abierto la revolucion su cráter por la primera vez, despues de haber dejado oír de tiempo atrás, truenos subterráneos y sacudido hasta sus fundamentos la antiquísima capital de Francia. Mucho ántes de haber tomado la fuga el juicio, la discrecion y la verdad, habian inundado las calles las corrientes de lava de las conmociones populares, de los motines, asesinatos y desórdenes de todas clases.

Habia tomado el pueblo por asalto la famosa Bastilla, matado á su gobernador, y dejado oír por la primera vez el grito espantoso de:—¡Al poste de la farola! pues habia convertido en horca los piés de amigo de hierro del alumbrado público, y en ellos colgaba á todos los objetos de su odio.

Pero entre tanto todavía no habian llegado á Versailles las olas candescientes de la lava revolucionaria.

Tras un largo día de ansiedad en los aposentos del rey y de la reina, consumido en resoluciones seguidas de resoluciones sin venir á ninguna resolucio, volvieron á reinar la paz

y el silencio en el palacio hácia la tardecita del 14 de julio.

Desde temprano Maria Antonieta se habia retirado á sus aposentos. Lo mismo habia hecho el rey, quedándose dormido en su lecho. Hacía pocas horas, sin embargo, que reposaba cuando le despertó un rumor cerca de su cama, como de persona que se dirigia á llamarle. Apenas abrió los ojos, reconoció á su lacayo, que, con las señales de la mayor alarma impresas en la cara, le anunció al duque de Liancourt, maestro mayor de la guarda ropa de S. M., el cual esperaba en la antesala y deseaba obtener una audiencia inmediata del rey. Este se estremeció y trató de meditar lo que haria. Luego se levantó del lecho con visible enfado y ordenó á su ayuda de cámara le vistiese al punto. Hecho esto con la posible expedición dispuso condujeran al duque al cuarto inmediato, donde se proponia recibirle.

Al salir en la mayor agitacion vió al duque, cuya lealtad al monarca era bien conocida, de pié, pálido, desfigurado y tembloroso, y le dijo:

—¿Qué pasa, amigo mio?

—Sire, contestó el duque casi sin aliento, en el desempeño de mi oficio, que me permite estar cerca de V. M., he creído de mi imperativo deber participarle las noticias que acaban de confirmarse y que son tan importantes y graves que sería locura pretender ocultarlas de V. M. por mas largo tiempo.

—¿Cuáles son esas noticias? Habla.

—Hanme dicho que V. M. ignora todavia todo lo que ha ocurrido ayer en París, porque el jefe de las tropas no se ha atrevido á enviar el parte á V. M. y al gabinete. Se sabia desde ayer á la caída de la noche en Versailles que el pueblo, con las armas en las manos, habia asaltado y destruido la Bastilla. Y acabo de recibir un correo de París, confirmando estas nuevas con los mas espantosos pormenores. Sire, creo que como servidor fiel de la corona, me corresponde rasgar el velo que hasta ahora ha impedido á V. M. ver claro el asunto y obrar en consecuencia. No solo ha tomado el pueblo por asalto la Bastilla, sino que ha cometido los mas horrosos crímenes en las calles de París. Por ellas ha paseado, en medio de gritos salvajes, las ensangrentadas cabezas de Delaunay y de Flesselles, enclavadas en picas. Parte de los bastiones de la bastilla han sido arrasados. Varios de los inválidos que hacian allí la guardia han sido colgados de los postes de las farolas del alumbrado público, como perros. En algunos regimientos aparecen ya síntomas de insubordinacion. Se calcula que doscientos mil hombres, del bajo pueblo en su mayoría, recorren las calles de París, cantando canciones subversivas, armados de toda suerte de armas; y se teme que esta misma noche ocurra un levantamiento general de la poblacion de la ciudad.

Habia escuchado el rey de pié esta horrible relacion, como si soñara; se puso pálido, mas conservó aparente serenidad hasta el fin.

—¿Con que hay un motin? dijo tras una breve pausa, como si despertara del sueño.

—No, Sire, repuso el duque con vehemencia, no diga motin V. M., revolucion, fiera revolucion.

—Tenia razon la reina, agregó el monarca

las palabras al chico que iba á su lado, le empujó al centro del cuarto y ella se retiró sutilmente, cerrando la puerta tras sí. Por un instante el niño se estuvo parado é irresoluto mirando ahora á su padre, ahora á su madre, ahora al ramillete de rosas y violetas que llevaba en la mano. El pequeño Luis Carlos poseía aquella belleza dulce y tierna que excita lágrimas y llena el corazón de melancolía, porque no puede uno menos de pensar que la vida con sus asperezas y helados ciervos, no verá con piedad esta flor de inocencia, y que el rostro radiante y angelical del niño un día se trocará en el áspero y tostado del hombre. Tenía entonces cuatro años de edad; llevaba botitos de marroquí con puntas rojas; anchos calzones de terciopelo azul oscuro que bajaban hasta las rodillas y sujetaban á la cintura una faja de seda azul, cuyas puntas adornadas de encaje le caían sobre el costado. Su chaqueta de terciopelo del mismo color, ricamente bordada, tenía un lechuguillo ó vuelo de encaje en torno del cuello. El rostro ovalado, color de rosa con los labios rubicundos, el hoyito en la barba, los ojos grandes azules, sombreados por pestañas largas y oscuras, la frente espaciosa y alta, coronada de cabellos de oro, que caían en graciosos y espesos rizos por el cuello y hombros, completaban el arrejo y el retrato de aquel niño, llamado de repente á presencia de sus padres en hora de suprema angustia. Tal parecía uno de los ángeles, que nadie mas que Rafael ha sabido dar vida en el tosco lienzo, y cualquiera le habría tomado por uno de ellos, sin la estrella de plata bordada en la solapa izquierda de su chaqueta. Esa insignia, que marcaba su rango como príncipe, era en el bello niño el sello de su muerte; sello que ya le había estampado en el pecho su cruel destino.

Por un momento estuvo él, como decimos, indeciso, sobre lo que debía hacer, viendo á sus padres en aquellos extremos de dolor; pero al fin emprendió la carrera y presentando el ramillete á la reina dijo:

—Mamá, aquí tienes flores de mi jardín.

Maria Antonieta levantó la cabeza y en medio de su llanto se sonrió al ver á su hijo y su actitud. El rey hizo mas, cesó de llorar y le alzó en sus brazos.

—María, dijo él presentándole á su madre, hé aquí nuestro hijo, el delfín de Francia.

Maria Antonieta le tomó por la cabeza en ambas manos y materialmente le cubrió la cara de besos amorosos, si bien con los ojos llenos de lágrimas, con la boca llena de risa.

—¡Dios te guarde, hijo mio! le dijo con solemnidad. ¡El te bendiga, delfín de Francia! Quiera el cielo que las tempestades que ahora oscurecen nuestro horizonte, hayan pasado cuando tú asciendas al trono de tus padres! Sí, Dios te bendiga y te proteja, delfín de Francia!

—Pero, mamá, preguntó el muchacho, ¿por qué me llamas hoy delfín? Yo soy tu Luisito, duque de Normandía.

—Hijo mio, dijo el rey gravemente, Dios se ha servido darte otro título y otro destino. Tu pobre hermano Luis nos ha dejado para siempre. El ha ido á donde le llamaba Dios y ahora tú eres el delfín de Francia.

—Y él cone da que sea para tu bien, añadió la reina en medio de sus sollozos.

—Ciertamente no es para mi bien, observó el niño sacudiendo la cabeza, cuando mamá llora tanto.

—Lloro, hijo mio, lloro sin consuelo, le contestó su madre, porque Luis, tu hermano, que era el delfín, nos ha dejado en este valle de lágrimas.

—¿Y no volverá nunca mas? preguntó el cluco.

—No, Luisito, nunca mas volverá.

—¡Ah! exclamó el niño rodeando con los brazos el cuello de su madre, ¿quién puede dejar á esta querida mamá y no volver nunca mas? Yo no te dejaré nunca.

—Ruego á Dios que hables verdad, dijo la reina suspirando y estrechándole en sus brazos con ternura. Ruego á Dios que yo muera antes que Vds. dos.

—¡Ah! No ántes que yo, no ántes que yo; repitió el rey afectado. Sin tí, mi querida María, mi vida sería un desierto; sin tí, el rey de Francia sería el mas misero de los hombres.

—Y conmigo, dijo ella como entre sí, quizás sea el mas desgracia lo de los nacidos.

—Si estás tú á mi lado, dijo el rey con pasión al oírlo, y me amas, yo no puedo ser infeliz jamás. No lores mas, es menester dominar nuestra pesadumbre y aprender á conformarnos con la voluntad de Dios. Te repito: ¡el delfín ha muerto, viva el delfín!

—Papá, dices que el delfín ha muerto y nos ha dejado ¿se ha llevado consigo todo lo que le pertenece?

—No, hijo mio, nada se ha llevado. Ahora eres tú el delfín y luego serás rey de Francia, porque eres el heredero de tu hermano.

—¿Qué quiere decir heredero?

—Quiere decir, que ahora te pertenecen los títulos y honores de tu hermano.

—¿Nada mas que eso? preguntó el príncipe con timidez. Yo no quiero sus títulos ni sus honores.

—Tú eres el heredero del trono y llevas el título de delfín de Francia.

—Mamá, dijo él entonces dirigiéndose á su madre, á la cual miró con ojos de súplica, ¿crees tú que suena tan bien el título de duque de Normandía, ó que me amarás doble, si me llamase delfín de Francia?

—No, mi querido hijo, yo no te amaré mas por eso, y bien sabe Dios que sería muy dichosa si pudiera llamarte todavía duque de Normandía.

—Entonces, mamá, repuso el jovencito con calor, siento mas bien que me alegro de recibir ese nuevo título. Pero desearía saber si mi querido hermano enfermó no me ha dejado alguna otra cosa.

—Alguna otra cosa! repitió el rey asombrado. ¿Qué desearías que te hubiera dejado?

—No quisiera decirselo á papá repuso el príncipe bajando los ojos, siempre en los brazos de su madre. Pero si es cierto que el delfín se ha ido, que no vuelve mas y que no se lo ha llevado todo consigo, hay una cosa que yo quisiera tener y que me daría mas gusto que el título de delfín.

—¿Entiendes, María, lo que dice? preguntó el rey á la reina.

—Creo adivinarlo; contestó Maria Antonieta.

Se levantó en diciendo esto, atravesó el cuarto, abrió la puerta que daba al aposento inmediato y dijo algo en secreto al paje que allí estaba de guardia. Luego tornó á su asiento y tropezó con el ramillete que se le había caído al niño de la mano cuando su padre le levantó en sus brazos.

—¡Ah! Mis violetas y lindas rosas! gritó el príncipe con el semblante anublado. Pero animándose de pronto y mirando á la reina muy risueño, agregó:—Me alegraría mamá, que siempre caminase sobre flores plantadas y recogidas por mí.

En aquella sazón se abrió la puerta poco á poco y corrió hácia el príncipe, meneando la cola y alegre, un perrito negro, belludo y gracioso.

—¡Bijou! gritó el niño arrodillándose para recibir su perro. ¡Bijou!

Y el perrillo con las patas delanteras en los hombros del niño le lamia la cara tierna y repentinamente.

—Ahora bien, Luis, ¿he adivinado tu deseo? le preguntó la reina. ¿No era eso lo que ambicionabas tanto?

—Lo adivinaste mamá. ¿Es Bijou parte de mi herencia tambien? Es mio ahora pues que mi hermano le ha dejado?

—Sí, hijo mio, el perrito es parte de tu herencia; contestó el rey con triste sonrisa.

—¡Conque Bijou es mio, mio! gritó el muchacho en un raptó de gozo. Bijou parte de mi herencia. Qué bueno!

—¡Ay! Qué inocente exclamó la reina. ¡Dichosa niñez. ¿Por qué tanta felicidad é inocencia no duran toda la vida? Por qué hemos de pisotearlas como las rosas y violetas de mi hijo? Hereda un reino cuando menos lo espera y sin embargo, la posesión del perrillo que le lame las manos, le causa mayor júbilo. El amor es la mas hermosa herencia que Dios legó á los hombres, porque el amor nos acompaña hasta la muerte!

## CAPITULO XI.

## EL REY LUIS XVI.

LUCRÓ en París el memorable 14 de Julio. Había abierto la revolucion su cráter por la primera vez, despues de haber dejado oír de tiempo atrás, truenos subterráneos y sacudido hasta sus fundamentos la antiquísima capital de Francia. Mucho ántes de haber tomado la fuga el juicio, la discrecion y la verdad, habían inundado las calles las corrientes de lava de las conmociones populares, de los motines, asesinatos y desórdenes de todas clases.

Habia tomado el pueblo por asalto la famosa Bastilla, matado á su gobernador, y dejado oír por la primera vez el grito espantoso de:—¡Al poste de la farola! pues había convertido en horca los piés de amigo de hierro del alumbrado público, y en ellos colgaba á todos los objetos de su odio.

Pero entre tanto todavía no habían llegado á Versailles las olas candescientes de la lava revolucionaria.

Tras un largo día de ansiedad en los aposentos del rey y de la reina, consumido en resoluciones seguidas de resoluciones sin venir á ninguna resolución, volvieron á reinar la paz

y el silencio en el palacio hácia la tardecita del 14 de julio.

Desde temprano Maria Antonieta se habia retirado á sus aposentos. Lo mismo habia hecho el rey, quedándose dormido en su lecho. Hacía pocas horas, sin embargo, que reposaba cuando le despertó un rumor cerca de su cama, como de persona que se dirigia á llamarle. Apenas abrió los ojos, reconoció á su lacayo, que, con las señales de la mayor alarma impresas en la cara, le anunció al duque de Liancourt, maestro mayor de la guarda ropa de S. M., el cual esperaba en la antesala y deseaba obtener una audiencia inmediata del rey. Este se estremeció y trató de meditar lo que haria. Luego se levantó del lecho con visible enfado y ordenó á su ayuda de cámara le vistiese al punto. Hecho esto con la posible expedición dispuso condujeran al duque al cuarto inmediato, donde se proponia recibirle.

Al salir en la mayor agitacion vió al duque, cuya lealtad al monarca era bien conocida, de pié, pálido, desfigurado y tembloroso, y le dijo:

—¿Qué pasa, amigo mio?

—Sire, contestó el duque casi sin aliento, en el desempeño de mi oficio, que me permite estar cerca de V. M., he creído de mi imperativo deber participarle las noticias que acaban de confirmarse y que son tan importantes y graves que sería locura pretender ocultarlas de V. M. por mas largo tiempo.

—¿Cuáles son esas noticias? Habla.

—Hanme dicho que V. M. ignora todavia todo lo que ha ocurrido ayer en París, porque el jefe de las tropas no se ha atrevido á enviar el parte á V. M. y al gabinete. Se sabia desde ayer á la caída de la noche en Versailles que el pueblo, con las armas en las manos, habia asaltado y destruido la Bastilla. Y acabo de recibir un correo de París, confirmando estas nuevas con los mas espantosos pormenores. Sire, creo que como servidor fiel de la corona, me corresponde rasgar el velo que hasta ahora ha impedido á V. M. ver claro el asunto y obrar en consecuencia. No solo ha tomado el pueblo por asalto la Bastilla, sino que ha cometido los mas horrosos crímenes en las calles de París. Por ellas ha paseado, en medio de gritos salvajes, las ensangrentadas cabezas de Delaunay y de Flesselles, enclavadas en picas. Parte de los bastiones de la bastilla han sido arrasados. Varios de los inválidos que hacian allí la guardia han sido colgados de los postes de las farolas del alumbrado público, como perros. En algunos regimientos aparecen ya síntomas de insubordinación. Se calcula que doscientos mil hombres, del bajo pueblo en su mayoría, recorren las calles de París, cantando canciones subversivas, armados de toda suerte de armas; y se teme que esta misma noche ocurra un levantamiento general de la población de la ciudad.

Habia escuchado el rey de pié esta horrible relacion, como si soñara; se puso pálido, mas conservó aparente serenidad hasta el fin.

—¿Con que hay un motin? dijo tras una breve pausa, como si despertara del sueño.

—No, Sire, repuso el duque con vehemencia, no diga motin V. M., revolucion, fiera revolucion.

—Tenia razon la reina, agregó el monarca

como si recapacitara. Y ahora para contener el mal, que se ha agravado tanto, será preciso que corra la sangre á torrentes. Pero mi resolución está tomada: no se derramará la sangre Francesa por mi causa.

—Sire, observó Liancourt con serenidad, en esas expresiones que acaba de proferir V. M. estriba la salud de la Francia y de la familia real. Menester es que yo diga á V. M. la verdad desnuda en esta hora suprema. Corre V. M. peligro inminente si sigue los desleales consejos de sus ministros. Bendigo el instante en que me es dado ver cara á cara á V. M. y dirigirme á su juicio y su corazón, sin ambages ni rodeos. Sire, el espíritu revolucionario de la atolondrada capital, no lo dude, hará rápido y monstruoso progreso. Ruego encarecidamente á V. M. se presente hoy mismo en la Asamblea Nacional y con sus propios labios vierta la palabra de paz. Havá maravillas la presencia de V. M., desarmando los partidos y convirtiendo en verdaderos aliados de la corona esos hombres que ahora aparecen hostiles mas bien que amigos.

Escuchó el rey atentamente el discurso de su fiel servidor, trató de penetrar su intención con una mirada escrutadora, y el calor con que había hablado, no cabe duda sino que le conmovió hasta el fondo del corazón. Decimoslo, porque no bien cesó de hablar le tendió la mano, apretó la del duque con vigor, y le dijo en tono grave:

—Sé que eres, duque, uno de los miembros mas influyentes de la Asamblea Nacional. ¿Puedes darme tu palabra de honor, que mi presencia en ella, no se verá bajo otro concepto que el del interés que se toma la corona por el bienestar de la Francia?

En aquel momento los primeros rayos de luz de la mañana penetraron en el cuarto por los cristales de las abiertas ventanas, y palidieron las velas que aun ardian allí.

—Día tras día, hora tras hora, prosiguió el duque, aguarda la Asamblea las palabras conciliatorias de V. M. Solo la graciosa aparición de V. M. puede calmar la inquietud y deshacer las dudas que abrigan los representantes de la nación, y que se aumentan con el silencio y la ausencia de V. M. Ruego de nuevo encarecidamente á V. M. se presente hoy mismo. La sesión, que se abra dentro de pocas horas, puede tener las mas tristes resultas, si V. M. no da este paso salvador.

Precisamente en aquella sazón se abrió la puerta y entraron los condes de Provenza y de Artois. A todas luces, ambos hermanos del rey venían en el colmo de la agitación; echándose de ver por su aspecto y gestos, que habían llegado al palacio de Versailles las alarmantes nuevas de que el duque de Liancourt había sido portador.

Desde luego salió al encuentro del conde de Artois y le dijo en tono de seguridad:

—Príncipe, la cabeza de V. A. corre peligro. El pueblo la pide á grito herido, y yo con mis ojos he visto el cartel en que se pone á talle.

Hizo el príncipe una exclamación de horror al oír aquellas palabras y quedó clavado en medio del cuarto como una estatua. Se repuso, sin embargo, del choque á poco rato y dijo:

—Está bien que el pueblo pierse así, yo, como él estoy por la guerra franca. Quieren mi

cabeza, yo quiero cortar las suyas. ¿Por qué no rompemos? Mi política es una y fija.—no se dé cuartel á las ideas llamadas de libertad. Metrala con ellas. Solo esto puede salvarnos.

—Pues S. M. el rey ha venido á diferente acuerdo; dijo el duque de Liancourt, haciendo una profunda reverencia al monarca, que escuchaba erecto, sereno, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ruego, dijo él al fin en tono firme, á mis hermanos los condes de Provenza y de Artois, que se sirvan acompañarme esta mañana á la asamblea de los Estados Generales. Deseo concurrir para anunciarle yo mismo que voy á retirar mis tropas. Al mismo tiempo es mi deseo comunicarle que estoy decidido á que complete en paz la obra empezada y que no tengo mayor aspiración que la de averiguar por su medio la voluntad del país.

Retrocedió asombrado el conde de Artois, apareciendo en su rostro aquella expresión maligna é irónica que le era peculiar. Las palabras del rey, produjeron distinto efecto en el ánimo del conde de Provenza, pues corrió hacia el que las había pronunciado, le tomó la mano y se la apretó con efusión en prenda de cordial aprobación y apoyo.

A la sazón entró la reina, acompañada de varias personas, sus mas íntimos amigos, todos muy agitados.

—¿Sabes lo que ha pasado? preguntó ella á su marido palida, llorosa y temblando de pavor. —Todo puede ser para bien todavía, contestó el rey con dignidad. Por lo pronto, debe consolarnos que de nada nos acusa la conciencia hasta ahora. He resuelto ir hoy á la Asamblea Nacional y darle una muestra de mi confianza, anunciándole la retirada de mis tropas de París y de Versailles.

La reina, llena de asombro, no hizo mas que mirar al rey, y luego, como dominada por la agonía, se quedó largo rato sin habla ni movimiento.

—De ese modo, Luis, le observó ella al cabo, en vez de atajar, se me figura que precipitas la revolución. Me asusta, por otra parte, que vuelvas á poner los pies en una Asamblea compuesta de tantos hombres hostiles y feroces. Léjos de entregarte en sus manos debías llevar á efecto la resolución de dispersarlos que formaste el mes pasado.

—¿Encierra la Asamblea, en efecto, tantos miembros malvados? preguntó el rey en su acostumbrado buen humor. Mira, aquí tienes dos miembros muy amables de esa misma Asamblea, y su aspecto en verdad que me anima á llevar á efecto lo que pienso. Ahí está mi antiguo y leal amigo, el duque de Liancourt, y entre los individuos de tu séquito veo al bizarro conde de la Marck, á quien me place dar la bienvenida. ¿No es cierto, conde de la Marck, que puedo contar con tu apoyo y el de tus colegas en la Asamblea Nacional?

—Sire, contestó el conde como buen cortesano, en la variedad de personas que constituyen la Asamblea, no conozco una sola capaz de cerrar su corazón á las palabras directas del monarca, ni á la señalada condescendencia de presentarse en ella. La nobleza, á cuyas filas pertenezco, se confirmará en su no desmentida fidelidad; la clerecía dará gracias á Dios por la manifestación de la autoridad real que ha de

traernos la paz, y el estado llano confesará con sorpresa que la salud se encierra únicamente en las manos del monarca.

—Me parece, dijo el rey sonriendo é inclinando la cabeza en señal de aprobación de lo que había dicho el conde de la Marck, me parece que ya es hora de que nos acerquemos á la Asamblea. Me acompañarán SS. AA. los condes de Provenza y de Artois. Comisiono al duque de Liancourt para que se presente en la *Salle des Menus*, y anuncie á la apertura de la sesión que nos presentaremos en persona.

Después de lo cual el rey despidió á los circunstantes. La reina le abrazó y se alejó conmovida. Jamas había visto á su marido portarse de un modo tan decidido y firme, cosa que si por una parte le inspiraba cierta confianza, por otra le llenaba de nuevos temores y desasosiego, porque mientras mas se aventurase él, mas riesgo corría su vida.

La sesión de la Asamblea Nacional se abrió aquella mañana con tempestuosos debates sobre los sucesos del día anterior y el temperamento que debía adoptarse en tan extraordinarias circunstancias.

Lanzaba el conde de Mirabeau uno de sus flamígeros anatemas contra los nuevos regimientos á quienes el rey había dado un día de gozo con la matanza de los Parisienses, á tiempo que entró el duque de Liancourt y acercándose á la silla del presidente de la Asamblea anunció en alta voz la aproximación de rey Luis XVI. Este anuncio produjo primero asombro y luego extrema inquietud en la mayoría de los diputados. Muchos se levantaron de sus asientos y formaron diferentes grupos para hablar de aquel inesperado evento y ponerse de acuerdo sobre lo que debía hacerse. El punto de la dificultad era cómo había de recibir al rey la Asamblea Nacional. Al pronto todo fué una confusión de voces y proposiciones á cual mas discordante, hasta que corriendo á la tribuna Mirabeau, dijo, y su palabra dominó el tumulto:—“Nosotros debemos concretarnos á recibir al monarca con respetuoso silencio. En momentos de pesadumbre universal, el silencio es la verdadera lección de los reyes.”

Este rasgo de elocuencia demagógica excitó una tempestad de aplausos, tal fué la impresión que produjo en toda la Asamblea. Y antes que se hubiese sossegado el ánimo de los diputados y cesado el ruido, entró el rey en la sala, seguido de sus hermanos, sin mas acompañamiento. No obstante los esfuerzos hechos y los planes concertados, su aparición en aquel momento fué precisamente causa para que se le recibiese de un modo que no se había previsto, es decir, con vivas y aclamaciones, tan espontáneos como entusiastas.

El rey, mientras se le hacían aquellas demostraciones, se conservó en pié, descubierto y con la mayor compostura. No quiso aceptar el sillón que le ofrecieron en el trono del presidente de la Asamblea, y sin mas ceremonia empezó á pronunciar un breve discurso que había meditado por el camino. Cuando desde el exordio dijo que como jefe de la nación, según le placía titularse, había venido lleno de confianza á ver los representantes del país, para dar testimonio de la pesadumbre que le habían causado los sucesos de la víspera y acon-

sejarse con ellos sobre los medios de asegurar la paz y el orden, pudo echarse de ver el cambio que sus palabras produjeron en el ánimo de la mayoría de la Asamblea.

En seguida el rey con gentil y casi humilde tono, entró á hablar de las sospechas que algunos abrigaban, ó afectaban abrigar, sobre que no estaban seguras las personas de los diputados. Apoyándose en su bien conocido carácter y su honradez como hombre y como rey, dijo que creía ocioso ocuparse de semejantes sospechas.—Tengo por mejor acuerdo, exclamó él, fiarme de vosotros. Ayudadme, pues, en estas aflictivas circunstancias, á afirmar el bienestar de la nación. Hé aquí lo que me prometo de la Asamblea Nacional.

Luego, en dulce acento de ternura, añadió: Contando con el amor y fidelidad de mis vasallos, he dado las órdenes necesarias á fin de que se retiren las tropas de París y de Versailles. Al mismo tiempo os comisiono y autorizo para que las hagáis cumplir en la capital.

Con estas palabras dió el rey fin á su discurso. Mientras le pronunciaba hubo muchas demostraciones de aprobación y delicia y al concluir resonaron por todas partes vivas y palmoteos de entusiasmo. Así que el arzobispo de Brienne le dió las gracias en nombre de la Asamblea por las palabras que se había dignado dirigirle, el rey se dispuso para partir. En aquel instante, todos los diputados, como un solo hombre, se pusieron en pié y en silencio siguieron los pasos del rey y le acompañaron hasta la calle, formando su séquito.

Allí el rey en vez de entrar en carruaje prosiguió á pié al palacio, con cuyo motivo la Asamblea creyó cortés y respetuoso seguir escoltándole hasta allá. No parecía sino que la inopinada importancia del caso, había sofocado todo sentimiento de hostilidad y rencor. Hasta el pueblo que se había ido congregando á las puertas de la Asamblea, viendo al rey en medio de los diputados como un ciudadano particular, se le pegó el entusiasmo, y prorumpió en vivas al monarca y á la nación. En la plaza de armas se hallaban de parada tropas Suizas y Francesas, las cuales después de presentar ramas, hendieron el aire con las voces de ordenanza.

Presenciaba aquel grandioso espectáculo la reina desde el balcon corrido del palacio de Versailles, á donde le habían atraído las aclamaciones al rey y á la nación, el batir de los tambores y el sonido del clarín. Desde la salida de aquel para la Asamblea Nacional, se había encerrado ella en su cuarto, esperando á cada momento una mala noticia; de suerte que no le causó poco gozo la vista de la procesion cívica, convenciéndole que todo había tenido el mejor resultado, y que en vez de un rompimiento, se había efectuado una reconciliación entre el monarca y los representantes del país. Sostena ella el delfin en el brazo izquierdo y con la mano derecha guiaba su hija pequeña. La cara risueña y animada de su marido, que marchaba á la cabeza de la procesion, acabó de confirmarla en su pensamiento y le produjo un verdadero júbilo, cual no había experimentado otro hacia mucho tiempo.

No bien el rey descubrió á su esposa en el elevado balcon, se apresuró á quitarse el sombrero y saludarla de léjos; pero se advirtió

que muy pocos diputados siguieron el ejemplo de su soberano. Y por lo que toca á vivas ó demostraciones de respeto ó entusiasmo, no hubo ningunas. Cuando mas alzaron los ojos para verla y continuaron en silencio detras de Luis XVI hasta las puertas del palacio. El desaire era marcado, por lo cual Maria Antonieta pálida y agitada se retiró del balcon llevándose sus hijos consigo.

—No me queda que ver ni esperar, dijo ella anegada en lágrimas. Todo acabó para mí. La reina de Francia tiene que ser la mas misera é infeliz de las mujeres, porque no ya solo no es amada sino que la desprecian.

Al verla llorar y gemir el delphin le echó los brazos al cuello, y le dijo tambien con los grandes ojos azules llenos de lágrimas:

—Mamá, yo te amo, todos te aman y mi querido hermano que está en el cielo ruega á Dios por tí. No llores.

—Sí, hijo mio, ámame; dijo ella correspondiendo á las caricias del niño con otras mas ardientes y con besos amorosos. Tu amor es lo único que me queda en el mundo, y quiera el cielo que tu hermano ruegue por mí y haga que me liberte de los pesares que agobian á su afligida madre.

En aquel punto se oyó la voz del rey, que se despedía en tono amistoso de los que le habian acompañado hasta la entrada del palacio. Maria Antonieta de carrera se enjugó las lágrimas, puso el delphin en el suelo, le dijo al oído.—No digas á papá que me has visto llorar,—y en seguida con su donaire y sonrisa usuales fué á encontrarle en la antesala.

Hacia la caída de la tarde, varios carrozcos muy cargados y cerrados con gran esmero, silenciosa mas apresuradamente empezaron á salir de los patios interiores del palacio y encaminarse en direccion del campo. Entre los carros marchaban ciertos coches, con las cortinas corridas, y en estos iban el conde de Artois, los duques de Angulema, de Berry, de Borbon, de Enghien y el principe de Condé, que en secreto huían del país.

Respecto del conde de Artois, hermano del rey, este mismo le habia aconsejado, á fin de calmar su inquietud, que saliera por algun tiempo de Francia y permaneciese en país extranjero hasta tanto que se apaciguase y aclarase el horizonte político del suyo. Los otros nobles, aunque no tan directamente amenazados en sus personas, si se exceptúa el otro hermano del rey, se resolvieron á emigrar por no poder dominar los temores y secretos recelos que les inspiraba la revolucion. Movidos de idénticas razones, siguieron su ejemplo al dia siguiente los nuevos ministros, quienes cediendo á las exigencias de la Asamblea Nacional, habian dado su dimision, mas no creído á salvo su persona y vida, mientras permaneciesen dentro del territorio Frances.

Pero aun otro sacrificio, mas doloroso todavia para la reina, tuvo que hacer al odio del pueblo y á las demandas hostiles de la Asamblea Nacional. Fuerza era alejar á los Polignac, sus amigos del alma. En todos los folletos injuriosos que se lanzaban contra ella y que Brienne tenia el cuidado de traerle, se la acusaba principalmente de haber empobrecido el erario para obsequiar á sus amigos privados; que la duquesa Julia, como aya de los reales

niños y su marido el duque de Polignac como director de las caballerizas reales tiraban dos millones de francos anualmente del tesoro nacional, á que se agregaban cuatro millones mas que se distribuían en el resto de esa familia ya bajo un título, ya bajo otro.

Sabia Maria Antonieta que el pueblo por esta razon odiaba de muerte á los Polignac y solo se ocupaba del medio de poner á sus amigos en lugar seguro. En consecuencia á la hora de haber salido los hermanos del rey y los otros nobles, hizo llamar á su presencia Maria Antonieta al duque y duquesa de Polignac, y sin mas rodeos, aunque con la voz tomada por la emocion, les dijo que era preciso huyesen y se escapasen aquella misma noche. Ambos duques, sin embargo, se negaron categóricamente á cumplir con el deseo de la reina. La duquesa sobre todo, que hasta allí se habia mostrado tan moderada en su porte como en su afecto, ahora hizo alarde de un cariño extremado.

—No, Maria, nosotros no nos vamos; exclamó ella sollozando y estrechando fuertemente en los brazos á su real amiga. No me alejes de tí. Es imposible que me marche y te deje, ántes quiero correr los peligros que tu corras y morir contigo, si es necesario.

Pero en su mismo cariño encontró Maria Antonieta nuevas fuerzas para mantenerse firme en su propósito, para contener las lágrimas que se le asomaban á los ojos y para desprenderse de los brazos de su querida amiga.

—Fuerza es que así sea; le dijo. En nombre, Julia, de nuestra tierna amistad, te ruego que partas al punto, porque de lo contrario, moriré de pena pensando en que estás en peligro. Aun tienen Vds. tiempo de escapar de la rabia de mis enemigos. No te odian (¿quién tendria corazon de odiar á mi Julia?) por tí, sino por mí; porque saben que herir á mi mas querida amiga, es herirme en lo mas sensible de mi corazon. Ve, Julia, tú no debes ser la victima de la amistad.

—“Me quedo, repuso la duquesa. Nada ni nadie puede separarme de mi reina.

—“Duque, dijo entonces esta en tono deprecatorio, habládme, ayudádme á convencer á Julia de la necesidad de huir.

—“Si place á V. M., contestó el duque con gravedad, solo me corresponde repetir lo que ha dicho Julia: nada ni nadie puede separarnos de nuestra reina. Si en dias de bonanza hemos gozado el favor de hallarnos siempre al lado de V. M., como el mas grande de los favores debemos pedir se nos conceda el no separarnos de V. M. en los dias de la desgracia.

—“Precisamente en este punto se abrió la puerta y entró el rey.

—“Sire, le dijo la reina saliendo á su encuentro, ¿no es cierto que estos señores deben partir hoy mismo?

—“Tiene razon la reina, dijo Luis con tristeza. Es preciso que se marchen. Nuestras desgracias quieren que nos sepáremos de todos los que nos aman. Acabo de decir adios á mis hermanos, lo mismo digo ahora á vosotros, mas, les ordeno que se marchen. Compadecdnos, si quereis, pero no perdais tiempo. Llevaos vuestros hijos y criados. Contad con mi afecto en todas circunstancias. Quizas nos volvamos á ver en mas felices dias, cuando haya pasado

el peligro; entonces ocupareis los mismos empleos. Adios! De nuevo os ordeno partir.”

Y como advirtiese el rey que las lágrimas se le asomaban á los ojos y que se le embargaba la voz, saludó á sus amigos y se retiró en silencio y á la carrera.

—Ya habeis oido las palabras del rey; les dijo Maria Antonieta con vehemencia. Espero que no desobedecereis su mandato. Oid esto tambien: Yo, la reina de Francia, os ordeno que partais al punto.

—Lo manda V. M. y nosotros debemos obedecer; dijo el duque saludando reverentemente á la reina, la cual se mantenía en pié, pálida, mas serena y firme.

La duquesa, con una exclamacion de dolor, se echó á los piés de Maria Antonieta, y ocultó la cara entre los pliegues de su traje.

No la levantó esta, no le dijo palabra, porque sabia que si hablaba, si se movia, todo aun podia echarse á perder y recogerse la orden de marcha. Fuera de que no queria mostrarle á su amiga todo el sacrificio que el amor la compelia á hacer, consintiendo y ordenando aquella separacion.

—Déjame permanecer contigo, le repetía la duquesa. No me alejes de tu lado, Maria, mi Maria.

Alzó los ojos al cielo Maria Antonieta y rogó á Dios le diera fuerzas para no flaquear en aquel amargo trance. Dos veces trató de hablar, dos veces se le ahogó la voz en la garganta, al fin guardando por un rato silencio, logró dominar su emocion. Entonces pudo decir á su idolatrada amiga:

—Julia, Julia, debemos separarnos. Seria doblemente desgraciada si te arrastrase á tí y á los tuyos en mi caída; por el contrario si te vas, en todas mis tribulaciones me servirá de consuelo la idea de que pude salvarte. No digo, como dijo el rey, que nos reuniremos en dias mas pacíficos y bonancibles, probablemente nosotros no podremos sobrevivir á estas turbulencias, mas fácil es que perezcamos en ellas. Adios pues, Julia mia; quizás en el otro mundo.... No mas. Me agobia.... Tu reina te manda partir.... ¡Adios!

Le tendió la mano con firmeza, aunque por no verle la cara á su amiga, que continuaba llorando y gimiendo á sus piés, no bajó la cabeza. Saludó al duque con la mano, volvió la espalda, y por la puerta inmediata se metió en el aposento, de donde pasó de carrera á su lindo camarín, en que ya la esperaba su camarera mayor.

—Campan, gritó la reina en su angustia, Campan, todo acabó para mí. Perdí mi querida amiga. No volveré á verla jamas. Cierra la puerta, pasa el cerrojo, cosa que nadie entre, que quiero.... morir á solas.

Diciendo esto la reina se dejó caer en una silla desvanecida.

A media noche partieron del patio central del palacio, dos carruajes cerrados, en que iban los Polignac, los cuales salían de Francia á aquella hora para ir á refugiarse en territorio Suizo. Ocupaban el primero, ó delantero, la duquesa de Polignac con su marido é hija. Llevaba Julia dos cartas en la mano, que le habia dado madama Campan, en nombre de la reina, en el momento de poner el pié en el estribo.

Una de dichas cartas era para el ex-ministro

Necker, que despues de su dimision, se habia retirado á Basilea. Pues tanto la Asamblea Nacional, como los clubs y el pueblo entero de Paris, deseaban la vuelta de Necker, creyéndole el único hombre que podia rehacer la Hacienda y restablecer el crédito público, la reina habia persuadido al rey le llamase de nuevo, no obstante que le era contrario, y le encargase del mismo ramo. Así, la carta de la reina, que la duquesa Julia tenia encargo de poner en manos de Necker, contenia su nombramiento al ministerio de Hacienda, con muchos elogios de su honradez y talento rentístico.

La otra carta era una palabra de despedida de Maria Antonieta á su amiga, un último grito de su lacerado corazon.

—Adios! decia, adios, mi tierna amiga! Qué terrible me parece esta palabra! Pero es preciso. ¡Adios! Te abraza en espíritu tu amantísima y triste amiga.

## CAPITULO XII.

EL 5 DE OCTUBRE DE 1789.

NUBES espesas se amontonaban en el oriente hácia las primeras horas de la mañana del 5 del ventoso octubre, y aunque el sol habia empezado á remontar el horizonte de Paris, no apareció el dia sino mas tarde de lo regular en esa estacion, como si temiese alumbrar las calles y plazas, teatro de una gran tragedia. Antes del alba estaba sobre las armas la Guardia Nacional, porque desde la vispera habia corrido el rumor, de que los clubs y agitadores de oficio, habian fijado la mañana del 5 de octubre para ejecutar el segundo acto de la revolucion. Se estaba muy tranquilo el pueblo y era necesario ponerlo en movimiento.

Marat habia dicho en uno de los clubs: el pueblo duerme, es menester despertarle; y al punto sus palabras fueron el grito de guerra de todos los revoltosos.

—Paris está en peligro, clamaban otros demagogos en el club de los Cordeliers. Paris cruza los brazos sobre el pecho, deja hacer y se duerme al borde de un precipicio. Saquémosle de su letargo, ó la odiosa y tiránica monarquía nos gana por la mano y nos vuelve á las cadenas. ¡Ojo avisor! No hay que dormir en las pajas.

Y en efecto, en la noche del 4 de octubre Paris no durmió en las pajas, ni en lechos de plumas tampoco, gracias á los revoltosos que sembraron la alarma por todos sus barrios. A fin de despertar al pueblo, ó de no dejarle dormirse en las pajas, como decian los cabezillas, se habia acordado un plan, cual era, invadir las panaderías y so pena de quemarles sus establecimientos, prohibirles que cocieran el pan del dia siguiente.

Emisarios fieles y celosos fueron despachados á todas las panaderías de Paris para notificar á los panaderos el acuerdo celebrado en los clubs revolucionarios. Rezaba la orden poco mas ó menos en este sentido:—Abrir la tienda mañana por la mañana y contestar otra cosa que esta: no hay harina en Paris, no hemos podido amasar pan; será considerado como delito de alta traicion á la causa nacional y se castigará con todo rigor.

La amenaza surtió el efecto deseado: se in-

que muy pocos diputados siguieron el ejemplo de su soberano. Y por lo que toca á vivas ó demostraciones de respeto ó entusiasmo, no hubo ningunas. Cuando mas alzaron los ojos para verla y continuaron en silencio detras de Luis XVI hasta las puertas del palacio. El desaire era marcado, por lo cual Maria Antonieta pálida y agitada se retiró del balcon llevándose sus hijos consigo.

—No me queda que ver ni esperar, dijo ella anegada en lágrimas. Todo acabó para mí. La reina de Francia tiene que ser la mas misera é infeliz de las mujeres, porque no ya solo no es amada sino que la desprecian.

Al verla llorar y gemir el delphin le echó los brazos al cuello, y le dijo tambien con los grandes ojos azules llenos de lágrimas:

—Mamá, yo te amo, todos te aman y mi querido hermano que está en el cielo ruega á Dios por tí. No llores.

—Sí, hijo mío, ámame; dijo ella correspondiendo á las caricias del niño con otras mas ardientes y con besos amorosos. Tu amor es lo único que me queda en el mundo, y quiera el cielo que tu hermano ruegue por mí y haga que me liberte de los pesares que agobian á su afligida madre.

En aquel punto se oyó la voz del rey, que se despedía en tono amistoso de los que le habian acompañado hasta la entrada del palacio. Maria Antonieta de carrera se enjugó las lágrimas, puso el delphin en el suelo, le dijo al oído.—No digas á papá que me has visto llorar,—y en seguida con su donaire y sonrisa usuales fué á encontrarle en la antesala.

Hacia la caída de la tarde, varios carromatos muy cargados y cerrados con gran esmero, silenciosa mas apresuradamente empezaron á salir de los patios interiores del palacio y encaminarse en direccion del campo. Entre los carros marchaban ciertos coches, con las cortinas corridas, y en estos iban el conde de Artois, los duques de Angulema, de Berry, de Borbon, de Enghien y el principe de Condé, que en secreto huían del país.

Respecto del conde de Artois, hermano del rey, este mismo le habia aconsejado, á fin de calmar su inquietud, que saliera por algun tiempo de Francia y permaneciese en país extranjero hasta tanto que se apaciguase y aclarase el horizonte político del suyo. Los otros nobles, aunque no tan directamente amenazados en sus personas, si se exceptúa el otro hermano del rey, se resolvieron á emigrar por no poder dominar los temores y secretos recelos que les inspiraba la revolucion. Movidos de idénticas razones, siguieron su ejemplo al dia siguiente los nuevos ministros, quienes cediendo á las exigencias de la Asamblea Nacional, habian dado su dimision, mas no creído á salvo su persona y vida, mientras permaneciesen dentro del territorio Frances.

Pero aun otro sacrificio, mas doloroso todavia para la reina, tuvo que hacer al odio del pueblo y á las demandas hostiles de la Asamblea Nacional. Fuerza era alejar á los Polignac, sus amigos del alma. En todos los folletos injuriosos que se lanzaban contra ella y que Brienne tenia el cuidado de traerle, se la acusaba principalmente de haber empobrecido el erario para obsequiar á sus amigos privados; que la duquesa Julia, como aya de los reales

niños y su marido el duque de Polignac como director de las caballerizas reales tiraban dos millones de francos anualmente del tesoro nacional, á que se agregaban cuatro millones mas que se distribuían en el resto de esa familia ya bajo un título, ya bajo otro.

Sabia Maria Antonieta que el pueblo por esta razon odiaba de muerte á los Polignac y solo se ocupaba del medio de poner á sus amigos en lugar seguro. En consecuencia á la hora de haber salido los hermanos del rey y los otros nobles, hizo llamar á su presencia Maria Antonieta al duque y duquesa de Polignac, y sin mas rodeos, aunque con la voz tomada por la emocion, les dijo que era preciso huyesen y se escapasen aquella misma noche. Ambos duques, sin embargo, se negaron categóricamente á cumplir con el deseo de la reina. La duquesa sobre todo, que hasta allí se habia mostrado tan moderada en su porte como en su afecto, ahora hizo alarde de un cariño extremado.

—No, Maria, nosotros no nos vamos; exclamó ella sollozando y estrechando fuertemente en los brazos á su real amiga. No me alejes de tí. Es imposible que me marche y te deje, ántes quiero correr los peligros que tu corras y morir contigo, si es necesario.

Pero en su mismo cariño encontró Maria Antonieta nuevas fuerzas para mantenerse firme en su propósito, para contener las lágrimas que se le asomaban á los ojos y para desprenderse de los brazos de su querida amiga.

—Fuerza es que así sea; le dijo. En nombre, Julia, de nuestra tierna amistad, te ruego que partas al punto, porque de lo contrario, moriré de pena pensando en que estás en peligro. Aun tienen Vds. tiempo de escapar de la rabia de mis enemigos. No te odian (¿quién tendria corazon de odiar á mi Julia?) por tí, sino por mí; porque saben que herir á mi mas querida amiga, es herirme en lo mas sensible de mi corazon. Ve, Julia, tú no debes ser la victima de la amistad.

—“Me quedo, repuso la duquesa. Nada ni nadie puede separarme de mi reina.

—“Duque, dijo entonces esta en tono deprecatorio, hablád, ayudadme á convencer á Julia de la necesidad de huir.

—“Si place á V. M., contestó el duque con gravedad, solo me corresponde repetir lo que ha dicho Julia: nada ni nadie puede separarnos de nuestra reina. Si en dias de bonanza hemos gozado el favor de hallarnos siempre al lado de V. M., como el mas grande de los favores debemos pedir se nos conceda el no separarnos de V. M. en los dias de la desgracia.

—“Precisamente en este punto se abrió la puerta y entró el rey.

—“Sire, le dijo la reina saliendo á su encuentro, ¿no es cierto que estos señores deben partir hoy mismo?

—“Tiene razon la reina, dijo Luis con tristeza. Es preciso que se marchen. Nuestras desgracias quieren que nos separémos de todos los que nos aman. Acabo de decir adios á mis hermanos, lo mismo digo ahora á vosotros, mas, les ordeno que se marchen. Compadecidnos, si quereis, pero no perdais tiempo. Llevaos vuestros hijos y criados. Contad con mi afecto en todas circunstancias. Quizas nos volvamos á ver en mas felices dias, cuando haya pasado

el peligro; entonces ocupareis los mismos empleos. Adios! De nuevo os ordeno partir.”

Y como advirtiese el rey que las lágrimas se le asomaban á los ojos y que se le embargaba la voz, saludó á sus amigos y se retiró en silencio y á la carrera.

—Ya habeis oido las palabras del rey; les dijo Maria Antonieta con vehemencia. Espero que no desobedecereis su mandato. Oid esto tambien: Yo, la reina de Francia, os ordeno que partais al punto.

—Lo manda V. M. y nosotros debemos obedecer; dijo el duque saludando reverentemente á la reina, la cual se mantenía en pié, pálida, mas serena y firme.

La duquesa, con una exclamacion de dolor, se echó á los piés de Maria Antonieta, y ocultó la cara entre los pliegues de su traje.

No la levantó esta, no le dijo palabra, porque sabia que si hablaba, si se movia, todo aun podia echarse á perder y recogerse la orden de marcha. Fuera de que no queria mostrarle á su amiga todo el sacrificio que el amor la compelia á hacer, consintiendo y ordenando aquella separacion.

—Déjame permanecer contigo, le repetía la duquesa. No me alejes de tu lado, Maria, mi Maria.

Alzó los ojos al cielo Maria Antonieta y rogó á Dios le diera fuerzas para no flaquear en aquel amargo trance. Dos veces trató de hablar, dos veces se le ahogó la voz en la garganta, al fin guardando por un rato silencio, logró dominar su emocion. Entonces pudo decir á su idolatrada amiga:

—Julia, Julia, debemos separarnos. Seria doblemente desgraciada si te arrastrase á tí y á los tuyos en mi caída; por el contrario si te vas, en todas mis tribulaciones me servirá de consuelo la idea de que pude salvarte. No digo, como dijo el rey, que nos reuniremos en dias mas pacíficos y bonancibles, probablemente nosotros no podrémos sobrevivir á estas turbulencias, mas fácil es que perezcamos en ellas. Adios pues, Julia mia; quizás en el otro mundo.... No mas. Me agobia.... Tu reina te manda partir.... ¡Adios!

Le tendió la mano con firmeza, aunque por no verle la cara á su amiga, que continuaba llorando y gimiendo á sus piés, no bajó la cabeza. Saludó al duque con la mano, volvió la espalda, y por la puerta inmediata se metió en el aposento, de donde pasó de carrera á su lindo camarín, en que ya la esperaba su camarera mayor.

—Campan, gritó la reina en su angustia, Campan, todo acabó para mí. Perdí mi querida amiga. No volveré á verla jamas. Cierra la puerta, pasa el cerrojo, cosa que nadie entre, que quiero.... morir á solas.

Diciendo esto la reina se dejó caer en una silla desvanecida.

A media noche partieron del patio central del palacio, dos carruajes cerrados, en que iban los Polignac, los cuales salían de Francia á aquella hora para ir á refugiarse en territorio Suizo. Ocupaban el primero, ó delantero, la duquesa de Polignac con su marido é hija. Llevaba Julia dos cartas en la mano, que le habia dado madama Campan, en nombre de la reina, en el momento de poner el pié en el estribo.

Una de dichas cartas era para el ex-ministro

Necker, que despues de su dimision, se habia retirado á Basilea. Pues tanto la Asamblea Nacional, como los clubs y el pueblo entero de Paris, deseaban la vuelta de Necker, creyéndole el único hombre que podia rehacer la Hacienda y restablecer el crédito público, la reina habia persuadido al rey le llamase de nuevo, no obstante que le era contrario, y le encargase del mismo ramo. Así, la carta de la reina, que la duquesa Julia tenia encargo de poner en manos de Necker, contenia su nombramiento al ministerio de Hacienda, con muchos elogios de su honradez y talento rentístico.

La otra carta era una palabra de despedida de Maria Antonieta á su amiga, un último grito de su lacerado corazon.

—Adios! decia, adios, mi tierna amiga! Qué terrible me parece esta palabra! Pero es preciso. ¡Adios! Te abraza en espíritu tu amantísima y triste amiga.

## CAPITULO XII.

EL 5 DE OCTUBRE DE 1789.

NUBES espesas se amontonaban en el oriente hácia las primeras horas de la mañana del 5 del ventoso octubre, y aunque el sol habia empezado á remontar el horizonte de Paris, no apareció el dia sino mas tarde de lo regular en esa estacion, como si temiese alumbra las calles y plazas, teatro de una gran tragedia. Antes del alba estaba sobre las armas la Guardia Nacional, porque desde la vispera habia corrido el rumor, de que los clubs y agitadores de oficio, habian fijado la mañana del 5 de octubre para ejecutar el segundo acto de la revolucion. Se estaba muy tranquilo el pueblo y era necesario ponerlo en movimiento.

Marat habia dicho en uno de los clubs: el pueblo duerme, es menester despertarle; y al punto sus palabras fueron el grito de guerra de todos los revoltosos.

—Paris está en peligro, clamaban otros demagogos en el club de los Cordeliers. Paris cruza los brazos sobre el pecho, deja hacer y se duerme al borde de un precipicio. Saquémosle de su letargo, ó la odiosa y tiránica monarquía nos gana por la mano y nos vuelve á las cadenas. ¡Ojo avisor! No hay que dormir en las pajas.

Y en efecto, en la noche del 4 de octubre Paris no durmió en las pajas, ni en lechos de plumas tampoco, gracias á los revoltosos que sembraron la alarma por todos sus barrios. A fin de despertar al pueblo, ó de no dejarle dormirse en las pajas, como decian los cabezillas, se habia acordado un plan, cual era, invadir las panaderías y so pena de quemarles sus establecimientos, prohibirles que cocieran el pan del dia siguiente.

Emisarios fieles y celosos fueron despachados á todas las panaderías de Paris para notificar á los panaderos el acuerdo celebrado en los clubs revolucionarios. Rezaba la orden poco mas ó menos en este sentido:—Abrir la tienda mañana por la mañana y contestar otra cosa que esta: no hay harina en Paris, no hemos podido amasar pan; será considerado como delito de alta traicion á la causa nacional y se castigará con todo rigor.

La amenaza surtió el efecto deseado: se in-



limidaron los panaderos y no cocieron pan: este alimento indispensable al pueblo faltó del todo en la mañana del 5 de octubre en París.

Desde luego las mujeres que acudían á las tiendas, recibían la respuesta que los panaderos tenían orden de dar, y llenas de horror, tornaban al seno de sus familias, con las manos en la cabeza y exclamaban:—No hay pan hoy! Se acabó la harina. Vamos a morir de hambre.

Y desde el fondo del hogar del pobre salió el aciago y lamentable grito, que como la chispa eléctrica recorrió en un instante todas las calles y plazas de la Galica ciudad:—No hay pan. París morirá de hambre!

—¿Sabéis por qué? decía la voz del espíritu maligno al oído del pueblo que se congregaba en feroz tropel en la plaza del Carrousel. ¿Sabéis quién tiene la culpa de nuestras miserias y carestía?

—No, no lo sabemos! contestaban muchas voces de hombres.

—Díganoslo V.! gritaban otros hasta ponerse roncos.

—Os lo diré! dijo la primera voz dominando el tumulto con su acento agudo.

Y montando en una piedra, que servía para separar la vía de los carruajes de la de la gente á pié, apareció la figura contrahecha del doctor de caballos, con sus anchas espaldas, cabeza encefálica, ojcos de hiena y color de tabaco de hoja, que ya conocen nuestros lectores.

—¡Marat! fué la exclamación general, porque ya era bastante conocido del pueblo bajo.

—Sí, el doctor Marat! gritó el zapatero Simon, quien desde agosto del año pasado no se apartaba de él y era siempre el mas ansioso de oír sus arengas incendiarias. Amigos, escuchad. Va á hablar Marat. El va á decirnos por qué falta el pan en París. ¡Escuchad!

—Silencio! silencio! repetían otros algo mas distantes del orador.

—Chiton todo el mundo! gritó una mujerona de ancha cara y cabellos negros, abundantes, hechos nudos en la cabeza y sujetos con una pañalina blanca. Y como no consiguiere su objeto, á la fuerza, usando libremente los codos, se abrió camino por entre la multitud apañada, hasta el sitio donde se hallaban Marat y el zapatero Simon, sobre el hombro del cual, como sobre una mesa, descansaba una de las manos.

—Chiton! volvió á decir; Marat, el amigo del pueblo, quiere hablar, y es preciso que haya silencio.

Al oírlo, Marat le clavó los ojos verdes y chispeantes, y con expresión de sorpresa, mezclada de alegría y orgullo, le dirigió la palabra diciendo:

—Acercaos, buena mujer, deme la mano, y sea este el medio con que el patriota Marat enlace su mano con todas las mujeres excelentes, industriosas y bien intencionadas de París.

Y la gigantesca mujer sin mas dilación ni ceremonia le alargó su mano derecha al horrible Marat. Nadie notó que esa mano de sin igual delicadeza y blancura, decía mal con el traje de verdulera que llevaba puesto, ni ménos que en el dedo segundo chispeaba la piedra de una sortija hermosísima.

Pero no se escapó á los ojos de lince de Marat, por lo cual, mientras tenía la mano delicada de la mujer entre la suya huesosa, se inclinó y le dijo al oído:

—Señor, quítese el arillo, no se muestre demasiado, que podrían reconocerle.

—Reconocerme! exclamó la supuesta mujerona cambiando de color. No os entiendo, doctor Marat.

—Yo sí os entiendo á vos; dijo Marat en mas bajo tono todavía porque ya se habían fijado en la extraña mujer los ojos del zapatero con expresión de viva curiosidad. Entiendo perfectamente al duque Felipe de Orleans. El quiere mover al pueblo, pero no le gusta comprometer su nombre ni su título. Quizas haga bien; mas él no debe ocultarse de Marat; Marat es su mejor amigo y sabe guardar secreto.

—¿Qué estás diciendo ahí? rompió al fin Simon impaciente. ¿Por qué no hablas al pueblo? no ibas á decir por qué no hay pan en París? No mas cuchicheos.

—Sí, sí, repetían miles de voces. ¡Que hable Marat!

—Marat va á hablar! gritó la mujerona. Pero antes deme acá esa mano otra vez, que quiero estrecharla en nombre de todas las mujeres de París.

Por segunda vez Marat le tendió la huesosa mano á la extravagante mujer, entonces con sonrisa y desembarazo. Ella la estrechó entre las suyas y luego al punto se alejó y se perdió entre la multitud.

Pero ida la mujerona se halló Marat en el hueco de la mano el anillo que habia visto en los dedos delicados de aquella. Sin ocuparse mucho de él, se lo guardó en el bolsillo, y solo pensó ya en hablar al pueblo, el cual le rodeaba por todas partes y llenaba la inmensa plaza.

—¿Queréis saber por qué no tenéis pan? dijo con su voz chillona y aguda. ¿Preguntáis por qué padecéis hambre? Bien, amigos míos, la respuesta es óbvía, fácil. Sabed que el panadero de Francia ha cerrado su panadería por darle gusto á su esposa la panadera, como que ella odia al pueblo y quiere matarle de hambre. Pero ¿croyis que la panadera no tiene pan? Nada de eso. A ella no le falta harina. En Versailles tiene graneros repletos, guardados por sus tropas mercenarias. ¿Qué se le da de que el pueblo perezca? Tenga ella pan, tengan bollitos sus hijos, y que mueran de hambre los hijos del pueblo. Así pues, amigos míos vengan á París el panadero, la panadera y su eria, y que vean con sus propios ojos nuestra miseria y dividan con nosotros de su abundancia.

—Por supuesto que las harémos venir, quiera que nó; dijo Simon. Animo, hermanos. Aquí el panadero, la panadera y su eria.

—A Versailles! tronó la mujerona que se habia apostado en medio de un grupo de pescadoras. Venid, amigas mías, vamos á buscar pan á Versailles. Le diremos á la mujer del panadero que parta con nuestros hijos los bollitos que ella da á los aprendices de la panadería de su marido. Si se niega á nuestra demanda, la traerémos á París á ella y á toda su familia.

—Sí, sí, á Versailles, muchachos; fué el espantoso grito que como una ola que rompe se dilató por toda la plaza. La panadera que nos dé pan.

—O que nos dé las llaves de sus graneros! volvió á tronar la mujerona. Las madres y mujeres de París son las que deben arrancarle el pan á la esposa del panadero.

ANIL  
MA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS



MARCHA DE LAS PESCADERAS Á VERSAILLES.

—A Versailles, todas las madres y mujeres de París; fué entonces el grito que resonó en la gran plaza del Carrousel.

Y en obediencia de esta voz, que como una orden de lo alto, se repetía de boca en boca, las mujeres todas allí congregadas, formaron una falange cerrada, la cual no tardó en moverse en dirección del sitio real.

¿Quién había de resistir? No las mujeres, que mas impresionables y fanáticas que los hombres, con doble facilidad ceden al primer impulso y en los tumultos populares son las mas exaltadas y á veces las mas feroces.

Los hombres habían tomado la Bastilla por asalto, á las mujeres tocaba tomar por asalto la panadería de Versailles para que los niños de los pobres no careciesen de pan ni muriesen de hambre.

¿Ni cómo era posible que flaqueasen en su propósito esas mujeres arrebatadas y locas? Entre ellas marchaban los cabezas motin de las asonadas de París, Marat, Sarterre, Simon, Danton, Chaumette, con varios otros que empezaban á señalarse. Ellos con sus discursos, con sus salidas irónicas, con sus requiebros y adulaciones las aguijaban, les comunicaban aliento, y las conducían como por la mano á nuevas escenas de escándalo y aun de sangre.

—No haya miedo, hijas hermosas de la patria. Adelante! les gritaban aquellos demagogos. A Versailles, valientes mujeres. Se trata de la salvación de vuestros hijos y maridos. Que os dé pan la esposa del panadero. Si os lo niega, tomad por asalto su palacio, que aquí hay hombres bastantes que os apoyen. Adelante las valerosas y de corazón fuerte.

De nada valió que Bailly, el corregidor de París, saliese al encuentro de las mujeres cuando desembocaban en la calzada de Versailles y les rogase que tornaran á sus hogares y á sus ocupaciones cotidianas, asegurándoles que ya se habían abierto las panaderías y que se había dado orden de amasar y vender pan. De nada valió tampoco que Lafayette, comandante en jefe de la Guardia Nacional, les representase la inutilidad y la locura de su intento. Porque mientras mas esfuerzos se hacían por detenerlas y disuadirlas, mas repetido y alto resonaba entre ellas el grito de:—A Versailles! Queremos que la mujer del panadero reparta con nosotras el pan que da á sus chicos y aprendices.

Llegó á tal punto el tumulto, tan grande era el tropel de mujeres y hombres del pueblo bajo, que la cabeza de la moviente columna avistaba ya los jardines de Versailles, cuando todavía la retaguardia salía hilo á hilo por las calles de París.

—Preciso es aquietarlas, dijo Bailly al general Lafayette, ó habrá que detenerlas por la fuerza.

—Imposible, contestó Lafayette. ¿Cómo hacer uso de la fuerza contra mujeres indefensas? No habría soldado que obedeciera la orden. Debeis tener presente que esas mujeres son las esposas, las madres, las hermanas de los soldados á mis órdenes. Además, no portan otras armas que sus lenguas. No pueden hacer mucho mal. Dejémoslas ir. Lo único que nos corresponde es ver que no sufran daño el rey y la reina.

—Me parece bien, general, tanto mas cuanto

que tras las mujeres marchan muchos hombres armados, y es imposible que ellos no tomen parte y siembren la confusión y el desorden. Apresuraos, mi general, á defender á Versailles. Ya hace rato que está en movimiento la columna de las mujeres.

—Ni sería lo mas acertado, mi querido corregidor, que yo llevase estas tropas á Versailles; repuso Lafayette. Sabéis á qué locuras han conducido los reaccionarios la familia real. El regimiento de Flandes, que se cebó en la matanza del pueblo cuando el negocio de la Bastilla, es el que guarnece á Versailles, llamado por el rey y la reina. Estos y el del fin se hallaron presentes cuando esas tropas pisotearon la cucarda tricolor. Se cantaron canciones realistas, se murmuró de la Guardia Nacional, queriendo ponerla en ridículo, y juraron al rey y á la reina que solo obedecerían órdenes suyas. Mis tropas están exasperadas y muchos de mis oficiales me han pedido que conduzca á Versailles para atacar al regimiento de Flandes y diezmarlo. Veis, pues, que es peligrosa la medida que me aconsejais, corregidor Bailly.

—Pero hay que hacer algo para proteger al rey; replicó este. Créame general, mas le temo á estas furiosas mujeres, que á los irritados guardias nacionales. Vamos, general Lafayette, acompañeme á la sala capitular. Convocáremos á las primeras autoridades y á los comandantes de la Guardia, á fin de ver qué expediente se adopta en estas críticas circunstancias.

Una hora despues los tambores batían generala en todas las calles de París, pues se había acordado en el Ayuntamiento, no obstante la oposición de Lafayette, que este marchase al punto con la Guardia Nacional á Versailles, con el fin de proteger la familia real contra los desmanes del populacho y la Asamblea contra los insultos de las tropas reales.

Fero mucho antes de que la Guardia se pusiera en movimiento, ya las columnas de mujeres se hallaban á la vista de Versailles. Con la retaguardia sin embargo, marcharon muchos guardias nacionales, que se habían adelantado al llamamiento de sus jefes, é infinidad de pueblo armado, los cuales introdujeron cierta disciplina en sus interminables filas. Así, la masa confusa al principio, no tardó en dividirse en diez distintas columnas, á la cabeza de las cuales iban soldados y hombres armados, sirviéndoles de guía; y á entrambos flancos multitud de pueblo, ganoso siempre de novedades.

Había reinado la mayor tranquilidad aquel día en el antiguo palacio de los soberanos de Francia. Nadie sospechaba que á la apacible mañana debía seguirse una tarde y noche de horrores. El rey había ido á cazar con algunos gentilhombres á Meudon, y la reina sola, enteramente sola, se había marchado al Trianon.

Ninguno de sus amigos la acompañaba, los había perdido todos; ni debían compartir su miseria con la reina aquellos que habían participado de su pasada felicidad. ¿Dónde estaban la amable duquesa de Polignac, los alegres hermanos del rey, el conde de Coigny, el baron de Besenval, el galante Vaudreuil, y tantos otros que animaban los jardines del Trianon, aunque á veces mortificaban á la reina con sus pretensiones y su egoísmo? Todos se halla-

ban distantes, en tierra extraña, huyendo de la desgracia, que como ave de mal agüero batía sus negras alas sobre los plomos del palacio real, amenazando al Trianon y á los que frecuentaban sus encantados jardines.

No se movía una paja allí. Ya no gira la rueda del molino, el viento sacude los batientes de las abiertas ventanillas, y la cara de pascuas y risueña del molinero ya no se asoma por ninguna parte. Ha cesado de ser rey el molinero del Trianon: los cargos y cuidados del reino han abatido su cabeza. La escuela también se halla desierta y el maestro no escribe sátiras y epigramas en la pizarra, sino que publica libelos y folletos contra la reina, la señora del Trianon. Y el lago artificial, á cuyas verdosas orillas pacían las ovejas y en cuyo césped los cortesanos, transformados en pastores y pastoras, acostumbraban echarse para cantar canciones ó escuchar la orquesta que tocaba oculta en la espesura, el lago, decimos, es soledad, ahora, y melancólico silencio. Recorre hoy María Antonietta las avenidas y sendas herbosas del Trianon, pero no alegre, risueña y ligera, como en otro tiempo, sino agobiada por los pesares, lleno el corazón de inquietud, la mente de lúgubres presentimientos.

Solo los antiguos habitantes del lago, los gentiles cisnes, aun navegaban sus aguas y apenas vieron á María Antonietta, acudieron con las alas entreabiertas y el cuello hecho un arco. Pero no cayó una migaja de las manos de la reina, como solía en mejores tiempos, y hasta aquellas aves, por lo general mudas, expresaron con un grito melancólico, el chasco que se habían llevado, retirándose á poco mas al centro del lago.

—Ella también me vuelven la espalda, huyen, y me dejan sola, sola! exclamó la reina suspirando.

Y estas palabras, que ella articuló en alta voz, las repitió en tono alegre el eco por allí formado artificialmente.

Sola! resonó en la pared de la torre de Mari-oroug! al extremo del lago; sola! dijeron las aguas agitadas por los cisnes; sola! gemieron los arbustos movidos por el viento; sola! dijeron los latidos del corazón de la reina, y se dejó caer en la yerba, se cubrió la cara con las manos y lloró amargamente.

En aquel punto se oyó una voz distante que decía: ¿la reina, dónde está la reina? Con cuyo motivo ella se puso en pié y se enjugó los ojos, no fuese que conocieran que había llorado, siendo así que las lágrimas suyas no debían correr en presencia de nadie, sino en la soledad.

Se acercaban la voz cada vez mas y María Antonietta hacía el rumbo de donde venía el sonido. Casi tenía la seguridad de que la aguardaban mayores desgracias. ¿Quién ya se ocupaba en traerle al Trianon alegres nuevas?

Apénas dió María Antonietta algunos pasos descubrió á través del bosque un hombre que corría en su busca, y le examinó de piés á cabeza con sus ojos penetrantes. ¿Quién era aquel mensajero de la desgracia? No por cierto uno de los servidores de la corte, no un individuo de la nobleza, sino un simple paisano, un hombre del pueblo, uno del Tercer Estado, que había traído tantos disgustos y pesares á la pobre reina.

Habia leído él quizás la pregunta en su rostro porque se echó á sus piés sin aliento y con labios balbucientes le dijo:

—Perdone V. M. si la molesto. Soy Toulan, criado fiel de V. M. y vengo en cumplimiento de un deseo de madama de Campan.

Toulan, repitió la reina recapacitando. ¿No fuisteis vos quien me trajo la triste nueva de la absolución de Rchan?

—No parece sino que una cruel suerte quiere que yo sea siempre el portador de malas nuevas á mi augusta reina. No traigo otras hoy. —¿Pues qué ocurre? preguntó la reina asustada. ¿Le ha sucedido algo á mi marido? Mis hijos? Hablad. Sepa la verdad. Ha muerto el rey? ¿Están mis hijos en peligro?

—No, angusta señora.

—No? dijo la reina dando un profundo suspiro de alivio. Entonces solo tengo algo que agradeceros. Injustamente habeis acusado vuestra suerte, porque esas nuevas son buenas. También tengo que agradeceros el haber abogado en la Asamblea Nacional por la inviolabilidad de la reina. No tuvisteis la culpa, ni creo que la tuve yo, si nadie secundó la voz del señor Toulan. Declarada inviolable la persona del rey y no la de la reina, es claro que contra mí se dirige el ataque. Decidme pues, con franqueza lo que pasa. ¿Para qué os envía madama Campan?

—Para rogar á V. M. vuelva inmediatamente á Versailles.

—¿Qué ha ocurrido allá?

—Todavía nada, mi reina y señora, pero... estuve esta mañana en París y lo que allí vi me impulsó á correr al lado de V. M. y advertirla del peligro.

—¿Pero qué ocurre? Por qué titubeais? Hablad francamente.

—Sepa V. M. que todo París está en movimiento. El pueblo furioso marcha sobre Versailles.

—¿Qué quereis decir? Qué quiere el pueblo de París? Amenaza la Asamblea Nacional? Explicaos.

—El pueblo de París tiene hambre. Los panaderos no han hecho pan anoche, so pretexo de que no tienen harina. Y los enemigos del reino se han aprovechado de este incidente para levantar las masas populares, en especial las mujeres. Dicen que tienen hambre y vienen á pedirle pan al rey en Versailles. Se cree que diez mil mujeres están en marcha, sin contar los hombres armados que las acompañan.

—Apresurémonos pues, señor, es preciso que yo corra al lado de mis hijos; dijo la reina empujando la carrera. Y sin volver la cara atrás, sin decir una palabra de despedida á su querido Trianon, que estaba destinada á no volver á ver en su vida, se encaminó con pasos acelerados en dirección de Versailles.

Toulan seguía respetuosamente detras de María Antonietta, sin atreverse á dirigirla la palabra, ni pensar ella quizás en él, porque ya entonces solo se ocupaba de sus hijos, que quedaban en Versailles, expuestos tal vez á los insultos del populacho soez y desenfrenado.

Quando estaban á poca distancia del prado en el parque de Versailles, les alcanzó el conde de San Priest, en cuyas espantadas facciones y pálidas mejillas pudo María Antonietta confirmar las nuevas que le había traído Toulan.

—Si place á V. M., dijo el conde sin aliento, me tomé la libertad de correr en su busca en el Trianon, porque han llegado malas noticias de París.

—Lo sé, contestó la reina con calma. Me ababa de decir el señor Toulan que diez mil mujeres marchan sobre Versailles y ya veis, acudo á su encuentro.

Se detuvo ella de pronto y volviéndose para Toulan, que seguía siempre detras á respetable distancia, le dijo:

—Señor, os agradezco vuestra eficacia y ya sé que puedo contar con vuestra lealtad. Estoy segura que hoy, como siempre, os habeis ocupado de nuestro bienestar, y que os mantendreis fiel á vuestro juramento. Adios! Vais á la Asamblea Nacional, yo al palacio, espero que ambos cumpliremos con nuestro deber.

Le saludó con una ligera inclinación de cabeza y una sonrisa de gratitud y luego á pasos precipitados tomó el prado arriba en dirección del palacio.

Allí todo era desorden y consternación, no habiendo nadie que conservara claros sus sentidos. Todos preguntaban, ninguno contestaba, porque el único que podía hacerlo con conocimiento de causa, era el rey, y se hallaba fuera. No había venido aun de la caza en Meudon.

Pero á la llegada de la reina las cosas cambiaron de aspecto. Con gran calma y lucidez de entendimiento tomó á su cargo los honores del rey. En primer lugar despachó el caballero mayor, marques de Cubieres, á Meudon á fin de representar á S. M. la urgencia de su vuelta de la caza. Confió la guardia del patio interior del palacio al conde San Priest, ministro del interior, con una compañía de los guardias de corps. Inspiró valor á las damas y camareras; se sonrió con los hijos, quienes vista la confusión del palacio, corrieron á refugiarse en sus faldas.

Entre tanto se sucedían unos á otros los partes en Versailles, el último siempre mas siniestro que el anterior. Eran ni mas ni menos las aves que preceden á la tempestad. Anunciaban la aproximación de las mujeres, mejor dicho del pueblo de París, pues que se le habían incorporado en sus filas infinitos hombres armados de fusiles, de cuchillos, hoces, hachas, palos, sin contar centenares de guardias nacionales que para dar á la masa aire mas imponente también se habían agregado, arrastrando dos cañones volantes y cantando canciones patrióticas.

Sin alarmarse ni mostrar temor oía la reina los partes, y como las damas y camareras la rodeasen llorando y torciéndose las manos, ordenó que se retirasen á sus aposentos y tuviesen cuidado con el delfin y los principes, para lo cual creyó bueno que cerrasen las puertas por dentro y no admitiesen á nadie, con excepción de ella misma.

Se despidió de sus hijos con un beso en la frente de cada uno, recomendándoles valor y serenidad. Ni siquiera los siguió con la vista cuando se los llevaban las mujeres; bien al contrario, respiró con mayor libertad luego que salieron y se cerró la puerta tras ellos.

—Ahora suceda lo que sucediere, poco me importa; dijo ella á San Priest. Mis hijos están en salvo. ¡Ah! Si el rey estuviese aquí!

Precisamente en aquella sazón se abrió la puerta y Luis XVI entró en la sala. Corrió á su encuentro María Antonietta y dando un grito de gozo se arrojó en sus brazos y apoyó en sus hombros aquella cabeza que poco ántes parecía tan erguida y valerosa.

—Ah! Sire, querido Luis, cuánto me alegro que hayas venido. Ya nada temo. Tú no nos dejarás perecer indefensos. Tú inspirarás valor á los que flaquean, y harás que cada cual cumpla con su deber. París en masa marcha sobre nosotros; pero Dios y la Francia están de nuestra parte. ¿No defenderás tú el honor de la Francia y tu corona de los ataques de los rebeldes?

—Debemos averiguar primero lo que quiere el pueblo; contestó el rey un si es no es turbado é inclinado mas bien á ceder que á resistir. No es político amenazarle. Discutamos primero el punto con él.

—Sire, repuso la reina asombrada, bajarse á discutir con rebeldes es confesar que tienen razon, y no creo que hagas tú semejante concesión.

—Bien, quiero decir, que consultaré con mis consejeros; dijo el rey señalando para los ministros, quienes, llamados por San Priest, entraban en aquella misma sazón en la sala.

Pero no hubo tal consulta, por cuanto todos hacían proposiciones, cada cual apoyaba la suya, y no se aceptaba una, ni se ponía en ejecución. La verdad es que ninguno tenía el valor suficiente para tomar sobre sí la responsabilidad y disponer lo que había de hacerse, y entre tanto arreciaba el peligro por minutos. ¿Qué partido adoptar? Hé aquí el punto de la dificultad. El rey guardaba silencio; no así la reina que exclamó:

—Sire, tuya es la responsabilidad, á tí te corresponde salvar al reino, defenderlo de la revolucion. Aquí se va á decidir el punto, no hay medio de evitar la lucha. Llama las tropas á las armas, ponte á su cabeza y déjame acompañarte. No debemos ceder á la revolucion, y si no podemos dominarla ni impedir que entre en el palacio de los reyes de Francia, que no sea á puertas abiertas sino sobre nuestros cadáveres. Sí, sire, debemos vivir como reyes ó saber morir como reyes.

Pero á este arranque de noble valor y heroísmo, Luis contestó con palabras evasivas y rasgos si no de cobardía, al menos de lamentable timidez. Así el rey como sus ministros trazaron diferentes planes, los mismos que desbarataron tan pronto como les trazaron, y aun discutían el asunto, cuando empezó á resonar en sus oídos la grito salvaje de la multitud á las puertas del palacio.

Pálida, si bien serena, la reina se había retirado al aposento inmediato. Allí se había arimado á la puerta y escuchado la discusión del rey con sus ministros y los diversos partes de lo que pasaba en la calle.

Para entonces el pueblo llenaba las avenidas todas del palacio y los jardines. La guardia nacional de Versailles había fraternizado con la de París, y ambas insultado á algunos soldados del regimiento real, y hasta echado abajo de sus caballos ó dragones de centinela.

Hasta se habían oído disparos de fusil en la gran plaza, en frente del palacio, gritos salvajes y aullidos feroces. Con tal motivo María

Antonietta abandonó el puesto junto á la puerta y se asomó á una de las ventanas que daban hacia Paris. Desde allí dominaba toda la plaza y algunas millas en direccion de la calzada de Versailles.

Lo primero que vieron sus asombrados ojos fué la espesa y oscura nube de polvo, que cubria la entera distancia del palacio á la capital, á unos cuantos pies del suelo, y por entre ella, caballos sin ginete corriendo por delante de la multitud; lo que indicaba bien que aquel habia perdido los estribos y dado consigo en tierra, ó bien que siendo de los guardias de corps, el pueblo se habia muerto ó derribado de la silla.

Tambien no tardó en ver á través de la polvareda toda suerte de mujeres del bajo pueblo, con los brazos desnudos, el cabello desmelenado, las facciones descompuestas, las piernas al descubierto, gesticulando y amenazando con la mano cerrada. Y entre ellas, de bracerero, hombres de cara feroz, con la blusa rota, las mangas arrolladas en los molledos, el brazo sucio y velludo, portando picas, sables, fusiles y demas armas ofensivas y defensivas, con que por lo comun se arma el populacho en las revueltas civiles. Lo que mas desazonó y alarmó á la reina fué la vista de los guardias nacionales brazo á brazo con las mujeres y al parecer dirigiendo sus movimientos.

La multitud en movimiento tal parecia una ola que amenazaba pegar contra el palacio y romperlo ó romperse; como en efecto sucedió; pues tropezó en las puertas y verjas de hierro que lo separaban de los jardines, y por entre ellas mujeres y hombres metian el puño y gritaban:—Queremos entrar. Tenemos que hablar con el panadero. Nos comeremos el corazon de la reina si no encontramos otra cosa que comer.

María Antonietta se alejó de la ventana. Su porte era grave y sereno, una sonrisa burlesca encogia su labio superior, llevaba la cabeza erguida, el paso firme y el aire digno que convenia á la reina de Francia. Así volvió á la sala donde poco ántes habia dejado al rey en consulta con sus ministros, y encarandose con el primero le dijo:

—Sire, ahí tienes al pueblo. Ya es demasiado tarde para suplicarle, como querias hacer. Ahora solo resta defendernos y salvar la corona del delfin, aun cuando sea necesario para ello que caiga de tu cabeza.

—Lo que nos resta que hacer, repuso el rey con gravedad, es llamar al pueblo á la razon y empeñarle en el cumplimiento de su deber. Está engañado respecto de nosotros, excitado, es preciso conciliarle, mostrarle el interes que nos tomamos en su bienestar.

La reina, que no cesaba de mirar al rey y no acababa de asombrarse de su candidez, cuando acabó de hablar, dió un grito de dolor, volvió la espalda y fué al encuentro del principe de Luxemburgo, capitán de los guardias de corps, que entró en aquel momento en la sala; y le dijo:

—¿Vienes á decirnos que el pueblo ha tomado por asalto el palacio?

—Señora, contestó el oficial con calma, si tal hubiera sucedido no estaria yo aquí vivo en presencia de V. M. Solo por encima de mi cadáver podria la canalla penetrar en el palacio.

—¡Ah! exclamó María Antonietta entre sí.

Aun hay hombres en Versailles! Todavía hay valientes que nos defiendan!

—¿Qué noticias traes, capitán? le preguntó el rey acercándose.

—Sire, vengo á recibir órdenes, contestó el capitán bajando la cabeza respetuosamente. El populacho se ensoberbece cada vez mas, su insolencia se aumenta por instantes, miles de brazos fornidos sacuden las puertas, se le hacen disparos á los guardias, ruego pues á V. M. me faculte para repeler la fuerza con la fuerza.

—Nada de eso, capitán; dijo Luis. Vamos, ¿harias fuego contra un peloton de mujeres? Me parece que te chanceas, príncipe.—En seguida volviéndose para el conde de la Mark, que acababa de entrar, añadió:—Tú traes otras nuevas. ¿Qué sucede, conde?

—Sire, las mujeres desean hablar á V. M. y expresarle sus quejas.

—Les darémos audiencia; repuso el rey con viveza. Diles que escojan seis entre ellas mismas y tráelas á mi gabinete, que allá me encaminaré en breve.

—¿Qué, gritó María Antonietta echando mano á su marido por el brazo en el puno de salir de la sala, ¿qué, piensas darle audiencia á la revolucion? No, no vayas, no cedas á la magnanimidad de tu corazon. No permitas que estas furias manchen la dignidad real con sus asquerosas manos. Quédate aquí. Sire, si mis ruegos, si mis deseos, tienen algun peso para tí, quédate. Envía uno de tus ministros á tratar con ellas en tu nombre; pero no expongas la majestad á los insultos de la plebe. Mira que dar audiencia á las mujeres es darla á la revolucion; este será su primer triunfo sobre la monarquía. No vayas.

—He dado mi palabra, contestó Luis con amabilidad, y debo cumplirla. He mandado á decir á las mujeres que recibiré una diputación de su seno y no les daré ocasion para propalar que las engañó el rey la primera vez que pusieron el pie en su palacio. ¿Ves? Allí viene el conde por mí.

Y sin decir mas el rey siguió los pasos del conde de la Mark, el cual acababa de llenar la órden que habia recibido. Efectivamente, cuando aquel llegó á su gabinete, ya le esperaban seis mujeres de aspecto extraño, vestidas en trajes ordinarios y sucios de polvo, con el cabello descompuesto, algunos mechones del cual, les salian por debajo del birrete blanco, y que le clavaron los ojos no bien se les presentó delante. Pero el porte modesto del rey, el tono de su voz suave y amable, no parece sino que las llenó de sorpresa. Como quiera que sea, Luisa Chabry, la oradora, que habia escogido las mujeres de la diputación, no pudo hacer uso de otras palabras, que las mas blandas y moderadas, para pintarle á Luis XVI, las desgracias y escaseces que agobiaban al pueblo, rogándole mirase sus males con ojos de piedad y los remediasse, si estaba en su mano.

—¡Ah! hijas mías, contestó el rey suspirando, creedme, no tengo yo la culpa de vuestras desgracias, ni es mejor mi suerte que la vuestra. Sin embargo, descuidada, ya dispondré que Corbeil y d'Estampes, encargados de los graneros, distribuyan entre el pueblo cuanto granos crean necesario para remediar la carestía. Si siempre se obedeciesen mis órdenes todas la

pasaríamos mejor. Si yo pudiera hallarme en todas partes, ver por mí mismo, si se cumplen ó no mis mandatos, no padeceriais vosotros miserias. Debeis reconocer al ménos, que vuestro rey os ama como un padre á sus hijos y que nada interesa tanto á su corazon como vuestro bienestar. Id con Dios, hijas mías, decid á vuestras amigas y amigos, que os mandaron aquí, que se muestren dignos del amor de su rey y que se vuelvan en paz á Paris.

—¡Viva el rey! Viva nuestro padre! gritaron las mujeres de la diputación envejecidas y pacificadas, bajando á donde estaban sus compañeras y comitentes para darles cuenta de las palabras del rey.

Pero no produjeron estas el mismo efecto en las muchas que en las pocas. Antes gritaron:

—Tenemos hambre, queremos pan, no palabras bonitas. Nosotras no vivimos del aire. Denos pan el rey y entonces veremos si nos ama y nos quiere como padre, y nos volverémos á Paris. Mucho se engaña el panadero si cree satisfacernos con lindos discursos.

—Si él no tiene pan, que nos dé á su mujer y nos la comerémos á pedazos! gritó un hombre soez con una pica en la mano y el gorro encarnado en la cabeza. Ella se ha comido todo nuestro pan, justo es que nos la comamos á ella.

—Si, el corazon de la reina queremos, deseamos el corazon de la reina! gritaron varias voces femeninas y masculinas en diabólica confusión.

Aquellas groseras exclamaciones llegaron hasta los oídos de María Antonietta, aunque no aparece que la alarmaron; solo sirvieron para que ella echase una mirada de recelo y desden á los ministros y á los señores que la rodeaban juntamente que al rey, y se estaban pálidos y nudos, como estatuas de mármol.

—¿Sé que esas gentes han venido de Paris á pedir mi cabeza; dijo ella con gran compostura y dignidad. Pero mi madre me enseñó á no temerle á la muerte y sabré afrontarla con valor y serenidad.

Y firme é impávida pasó María Antonietta toda la espantosa noche, que ya empezaba á envolver á Versailles con su negro manto. Con las sombras creció el tumulto. No cesaron en toda ella las canciones revolucionarias. Se encendieron muchas fogatas, y á su luz roja, que no parece sino que tendió á exasperar mas á la enloquecida plebe, bailaron las mujeres danzas fantásticas, al son de la gita que hacian los hombres ridiculizando al rey y amenazando de muerte á la reina.

A veces la luz de las antorchas, que tambien tenían encendidas para moverse de un lado á otro, se reflejaba en las ventanas, donde estaban los ministros y servidores del rey, en silencioso horror. Entre todos esos solo habia un hombre.—María Antonietta. Fué la única que allí conservó serenidad y juicio: á todos animó, para todos tuvo palabras de consuelo y de esperanza. Mas de una vez trató de sacar al rey de su apatía y obligarle á tomar una resolución decisiva y varonil. Pero ella era sola, y su elocuencia no bastaba á mover masas inertes—aqueellos hombres vergonzosamente acobardados ante el peligro.

Una vez se le iluminó el rostro de alegría y fué cuando se presentó Toulan á la cabeza de

varios diputados, que venian á ofrecer sus servicios á los reyes y pedir permiso para permanecer en tomo de ellos. Pero no bien se habia pedido y concedido esta súplica, que se aparecieron los secretarios de la Asamblea Nacional, para notificar á dichos diputados, en nombre del presidente, volviesen desde luego á su seno, pues la sesion era permanente y debia durar toda la noche.

—Nos retiran nuestros amigos, murmuró la reina, en su empeño de dejarnos indefensos.

A este tiempo llegaban á su colmo el ruido y desórden en la plaza. Se repetian los disparos de fusil, resonaban gritos espantosos entre descarga y descarga, y hasta tronó al fin el cañon. Siguióse una carga ó carrera de caballería, el chasquido de las armas, mas disparos de fusil y luego el lamento de los heridos.

Habiéndose retirado el rey para celebrar consejo con sus ministros y un-s pocos amigos fieles, y al ruido, al estampido de las armas de fuego, al grito de victoria, se acordó de la reina, se levantó precipitadamente y corrió en su busca á la sala en que la habia dejado.

No la encontró allí. En la desierta sala, como lenguas de sangre, arrojaban las fogatas de la plaza su luz siniestra, reflejando en las paredes las sombras espantables de las figuras humanas que se movian en la plaza.

Pasó por ella el rey de prisa, llamando á la reina en altas voces y como no le respondiese corrió á su gabinete, luego á su alcoba, todo sin fruto. No se encontraba la reina en parte alguna.

Tomó al fin el rey la escalera que conducia á los cuartos de los niños. Atravesó la antesala y pasó la puerta que daba al dormitorio del delfin. Allí Luis se quedó parado y mudo, con los ojos arrasados de lágrimas, á la vista del espectáculo que se le presentó delante. El delfin yacia dormido en su lecho, mientras una plácida sonrisa iluminaba sus angelicas facciones y María Antonietta se hallaba en pie á su lado en actitud de orgullosa serenidad.

—María, le dijo al fin el rey hondamente conmovido, María, te buscaba por todas partes.

—Volvió la reina hacia él la cara poco á poco y le dijo con calma:

—Sire, me hallaba en mi puesto.

—Dominado Luis por la sublimidad del amor materno, rodeó á su esposa con sus brazos.

—No te separes de mí, María, le dijo. No me dejes solo. Dame parte de tu valor y decision.

Suspiró la reina tristemente y sacudió la cabeza. No tuvo ella palabras de reproche para su marido, no le dijo que le creia destituido de valor y decision, pero si le dió bien claro á entender que habia perdido toda esperanza.

En aquel punto se abrieron ambas puertas del dormitorio del delfin: por la una entraron las damas de la reina; por la otra algunos señores de la corte, que querian tornarse el rey á la sala de audiencia.

Pasado el susto, cada cual empezó á volver en su acuerdo, compitiendo todos en las muestras de amor y respeto al rey y á la reina. Participaron los caballeros que algo nuevo habia acontecido y dado ocasion al tumulto y alboroto de la plaza. Habia llegado la Guardia Nacional de Paris, la cual habia fraternizado con la de Versailles y con el pueblo, con

cuyo motivo las mujeres dieron gritos de júbilo y los hombres hicieron descargas de fusilería y de cañon. El general Lafayette, comandante en jefe de las tropas ciudadanas, había entrado en el palacio á ofrecer sus servicios á SS. MM. y pedía audiencia.

—Vamos, señora, le dijo Luis á su esposa muy animado, vamos á recibir al general. Ves que las cosas no van tan mal como creías. Tenemos servidores fieles que acuden en nuestro apoyo.

No replicó la reina, sino que en silencio siguió al rey al salon, donde esperaba Lafayette, rodeado por los ministros y otros caballeros de la corte. A la entrada de los reyes el general se adelantó á recibirlos con un profundo saludo.

—Sire, dijo él cortésmente, he venido á proteger á VV. MM. y á la Asamblea Nacional.

—¿Estais seguro de la fidelidad y disciplina de las tropas á vuestras órdenes? Preguntó la reina fijando los ojos en el rostro de Lafayette como para leer sus pensamientos.

—Sé, señora, que puedo fiar en la fidelidad de mis tropas; contestó el general con la mayor calma y serenidad, pues no le turbaron la pregunta ni la mirada inquisitiva de la reina. El respeto que les inspiró me asegura, que mientras las mande, velarán por la seguridad del rey y de la reina.

Esta creyó descubrir en aquellas palabras alisonantes del general cierto sabor de burla, mas fingió creerlas. Sin embargo, como Lafayette reptó con énfasis que ya no había que temer y que el peligro había pasado, se le dispuso todo recelo. Al mismo tiempo, habiendo recibido el orden de restablecer la paz en Versailles con la Guardia Nacional de París y reprimir los desmanes del populacho, acampado en la gran plaza, le correspondía distribuir las guardias en torno del palacio con sus tropas. Y así lo hizo.

Satisfecho el rey con las seguridades de Lafayette y las medidas que tomó, la reina al fin tuvo que convenir en que no había aun nada que temer ni recelar. Para evitar todo motivo de queja y de peligro, dispuso Luis que los guardias de corps marcharan á Rambouillet, reservando únicamente la mitad de una compañía para llenar los centinelas del interior del palacio. Hecho esto, el general hizo la ronda en persona, acompañado de su estado mayor, y satisfecho de que todo estaba en orden, se retiró al palacio para pasar el resto de la noche y descansar de las duras fatigas del día.

También se había retirado el rey á sus aposentos, y los ayuda de cámara que le habían ayudado á desnudarse no habían dejado el cuarto, cuando por la ruidosa é uniforme respiración que salía bajo las cortinas de seda de la cama, conocieron que S. M. se había dormido profundamente. Había seguido la reina su ejemplo. Antes de reclinar la cansada y soñolienta cabeza en los cojines, rogó á sus camareras tiernamente se retiraran á descansar. Obedecieron, y al fin reinaron la quietud y el silencio en el lúgubre palacio de Versailles.

Solamente en las oscuras y desiertas salas, teatro poco ántes de escenas dolorosas y lamentables, continuaron resonando la grito, juramentos y maldiciones de la plebe rabiosa,

allá abajo, en la plaza. Es decir, que dentro del palacio, había vuelto á reinar la tranquilidad, fuera del palacio continuaban la confusión y el tumulto populares.

Duerme entre tanto, María Antonieta, duerme. Aprovecha la última hora de reposo y seguridad que te concede el cielo. Antes que luzca la aurora del nuevo día, ya te despertará el odio popular y volverá á resonar en las salas de los reyes de Francia, la ronca voz de la revolución ebria de sangre!

### CAPÍTULO XIII.

#### LA NOCHE TRISTE.

DORMIA María Antonieta, habiendo agotado sus potencias la excitación del día anterior y el tumulto de la noche. La naturaleza, á veces compadecida de aquellos á quienes persigue dura suerte, les envía el sueño restaurador de vida y fuerzas.

A tiempo que dormía María Antonieta, reinaba la mayor calma en el palacio pues hasta Lafayette creyó que podría retirarse á descansar sin riesgo, como lo hizo, dos ó tres horas antes de la venida de la mañana. Pero entre tanto, abajo, allá en la plaza, la revolución no había cerrado los ojos, antes no apartaba sus miradas de hiena de las paredes tras las cuales dormía la reina.

Tanto había pecado la corona de Francia, tales habían sido sus errores y despilfarros por siglos enteros, que al fin el amor y respeto del pueblo se convirtieron en odio y rebelion. El mal venía de muy lejos, pero había llegado á su colmo en la época de Luis XIV y Luis XV, de los cuales el primero cubrió la Francia de un falso esplendor de gloria, y ambos abusaron del poder al punto de transformar el país en el exclusivo patrimonio de los reyes. Este estado de cosas era incompatible con las ideas del siglo que pasaba y con las de aquel que ya asomaba sus vivos resplandores en el horizonte del mundo. La insurreccion se había hecho una consecuencia lógica de esas premisas. Los crímenes y pecados del pasado debían encontrar su castigo en el presente, y los hijos de la cuarta generacion recoger la cosecha de desgracias que habían sembrado sus padres.

María Antonieta ignoraba todo esto; criada en la corte mas orgullosa de Europa en aquella época, jamás había tenido ocasion de pensar en las aspiraciones del pueblo, cuanto mas en si había ó no derecho de negarle hasta el aire que respiraba. Por supuesto, no tenía ojos para ver el abismo que se había abierto entre él y la corona. Aun cuando hubiera tenido ojos para verlo y juicio para sondear su profundidad, los cortesanos y aduladores lo habían cubierto con flores y con el ruido de las fiestas y bacanales habían sofocado los lamentos del pueblo.

Ahora desaparecian las flores de la boca del abismo, había cesado del todo el ruido de las interminables fiestas de la corte, y María Antonieta empezaba á ver claro su camino. Pero aun cuando no se le hubiera despejado la vista, aunque no hubiera caído la venda que empañaba la viva luz de su razon, las maldiciones y gritos de rabia del pueblo, su actitud amenazadora, no le dejaban duda de que los humildes

y obedientes vasallos se habían convertido de repente en orgullosos y atrevidos rebeldes. Con ojo sereno y firme midió la profundidad del abismo, vió claro el monstruo que allá abajo se alzaba pronto á destruirla á ella y á toda su casa. Pero no dió un paso atrás, ni cedió en lo mas mínimo. Mas bien que transigir con los enemigos del trono y refugiarse en sus brazos, sacrificando el orgullo y las ideas de casta, prefirió ser arrastrada por la corriente revolucionaria y hecha pedazos en la pedregosa cuenca. Mejor morir cien veces con la corona en la cabeza que vivir una eternidad privada de ella y en humilde condicion.

Tal pensaba María Antonieta, cuando á la caída de aquel espantoso día se había retirado á descansar; y la siguiente fué la súplica que pronunciaron sus labios luego que cayó en el lecho:

—Dame, Dios mio, fuerzas para morir como rema, si no puedo vivir como tal. Sobre todo fortifica á mi marido á fin de que sea no ya solo hombre bueno, sino rey también.

Con esta súplica en los labios se quedó ella dormida. Pero así que madama de Campan se acercó á su lecho para vigilarle el sueño, no obstante el tiento con que se aproximó, María Antonieta se despertó y dijo á su fiel camarera en tono amable:

—Ve á dormir, Campan, y haz que se acuesten las demas camareras. Despues de un día de tanta fatiga y sobresalto, todas ustedes necesitan descansar. ¡Es tan reparador el sueño! Ve, Campan. Buenas noches.

No podía esta ménos que obedecer, en consecuencia se encaminó á la antesala seguida de las otras dos camareras.

—La reina quiere dormir, les dijo, y nos manda retirar á descansar. Lo haremos así? Las dos mujeres sacudieron la cabeza y se alzaron de hombros, indicando que estaban á la disposicion de la camarera mayor.

—Comprendo, agregó esta. Sé que estamos de acuerdo. No debemos dormir esta noche, porque tenemos que velar el sueño de la reina. Quedémonos en esta antesala, donde no tardará en llegar el señor Varicourt y contarnos lo que pasa fuera del palacio.

Dicha antesala estaba alumbrada por dos velas de cera, que apenas bastaban para poner en claro la confusión y el desorden allí reinante á consecuencia de las idas y venidas, durante el día, de señoras, damas, camareras y ayudas de cámara. No había silla, almohadon, mesa ni divan en su puesto. En ella se habían apiñado casi todas esas gentes á un tiempo en busca de la reina y de allí habían pasado á la antesala de los aposentos del rey. Los de la familia real se hallaban á la izquierda del palacio y la reina ocupaba los inmediatos á la sala de la guardia Suiza.

No pudo ménos de pensar en esto madama de Campan luego que entró en dicha antesala y el pensamiento la hizo estremecer de horror. Como se tardase Varicourt, á quien esperaban encontrar allí, ni se oyese otra cosa que la vocería del populacho afuera, dijeron á madama de Campan sus compañeras:

—Volvamos á la alcoba, esta sala es muy lúgubre y los gritos y risotadas allá en la plaza nos dan miedo. ¡Ay! Dios! qué noche, qué noche!

—Si, noche bien triste, contestó la camarera mayor. Dics quizá que no sea todavía mas horroroso el día que le sigue. Pero valor, amigas mias, todo depende de nuestra decision, de nuestra impavidez en el peligro. Mucho espera de nosotros nuestra augusta señora.

—¡Eh! Aquí viene Varicourt; exclamó ella de pronto sintiendo abrirse la puerta con estrépito.

—Decidnos, amigo, agregó hablando con el oficial de la guardia Suiza que acababa de entrar de prisa. ¡Qué nuevas nos traéis?

—Malas, contestó en tono un si es no es triste Varicourt. La multitud aumenta por momentos. Nuevas columnas han llegado de París y no solo está aquí el populacho, sino también los oradores de los clubs, los cuales desde luego se han puesto á perorar. La multitud se ha dividido en tantos grupos como energúmenos hay predicando el regicidio y la revolucion á sangre y fuego. La noche es espantosa. Lo peor no es eso, sino que mientras la traicion, el odio y la maldad reñan triunfantes fuera del palacio, dentro no descubro gran valor ni lealtad. Mas de un soldado del rey ya se ha pasado al enemigo.

—¿Pero qué quiere esa gente? preguntó madama de Campan. Por qué se ha acampado ahí á pasar la noche al cielo raso? Qué objeto tiene á la mira?

—El pueblo quiere lo que nunca alcanzará mientras yo respire y pueda mover un brazo; replicó Varicourt valerosa aunque melancólicamente. He jurado fidelidad á mis soberanos y se la guardaré hasta la muerte. Mas señoras, tengo que dejaros, el deber me llama á mi puesto al pié de la escalinata que conduce á esta sala. Se acerca la hora de cambiar la guardia. Nos volveremos á ver, si vivo, al amanecer. Yo no abandonaré la entrada, vigilad vosotras la alcoba de la reina.

—Si, contestó madama de Campan, apretándole la mano al oficial de los Suizos, eso mismo acabamos de acordar nosotras. Velaremos y nadie entrará en el dormitorio de la reina, viviendo nosotras. ¡No es así, amigas mias?

—Así es, sin duda; contestaron las mujeres con decision. —Adios, señoras mias, dijo el oficial de los Suizos reirándose. Cada cual á su puesto y oído alerta. Si ois la consigna,—es hora—despertad á la reina y ponedla en salvo, porque es evidente que ella corre peligro. ¿Ois? Suenan las tres. Voy á cambiar la guardia. ¡Adios!

Se encaminó de prisa á la puerta, mas una vez allí, se paró de pronto y echó una mirada en torno. Sus ojos se encontraron con los de su amiga, la cual entendió su mudo lenguaje, puesto que corrió á su lado y le preguntó:

—¿Teneis algo que comunicarme?

—Si, contestó Varicourt en bajo tono, abrigo el presentimiento de que no sobreviviré á los horrores de esta noche. Conoceis aquella á quien amo, y que se interesa por mí; si caigo en el servicio del rey, os ruego veais á mi Cecilia y le digais que he muerto con su nombre en los labios. Decidle que no lllore por mí, ni me olvide tampoco. Pasadlo bien.

Abrió la puerta de golpe y desapareció escaleras abajo. Madama de Campan contrvo las lágrimas que ya le asomaban en los ojos y se reunió con sus compañeras.

cuyo motivo las mujeres dieron gritos de júbilo y los hombres hicieron descargas de fusilería y de cañon. El general Lafayette, comandante en jefe de las tropas ciudadanas, había entrado en el palacio á ofrecer sus servicios á SS. MM. y pedía audiencia.

—Vamos, señora, le dijo Luis á su esposa muy animado, vamos á recibir al general. Ves que las cosas no van tan mal como creías. Tenemos servidores fieles que acuden en nuestro apoyo.

No replicó la reina, sino que en silencio siguió al rey al salon, donde esperaba Lafayette, rodeado por los ministros y otros caballeros de la corte. A la entrada de los reyes el general se adelantó á recibirlos con un profundo saludo.

—Sire, dijo él cortésmente, he venido á proteger á VV. MM. y á la Asamblea Nacional.

—¿Estais seguro de la fidelidad y disciplina de las tropas á vuestras órdenes? Preguntó la reina fijando los ojos en el rostro de Lafayette como para leer sus pensamientos.

—Sé, señora, que puedo fiar en la fidelidad de mis tropas; contestó el general con la mayor calma y serenidad, pues no le turbaron la pregunta ni la mirada inquisitiva de la reina. El respeto que les inspiró me asegura, que mientras las mande, velarán por la seguridad del rey y de la reina.

Esta creyó descubrir en aquellas palabras alisonantes del general cierto sabor de burla, mas fingió creerlas. Sin embargo, como Lafayette reptó con énfasis que ya no había que temer y que el peligro había pasado, se le dispuso todo recelo. Al mismo tiempo, habiendo recibido el orden de restablecer la paz en Versailles con la Guardia Nacional de París y reprimir los desmanes del populacho, acampado en la gran plaza, le correspondía distribuir las guardias en torno del palacio con sus tropas. Y así lo hizo.

Satisfecho el rey con las seguridades de Lafayette y las medidas que tomó, la reina al fin tuvo que convenir en que no había aun nada que temer ni recelar. Para evitar todo motivo de queja y de peligro, dispuso Luis que los guardias de corps marcharan á Rambouillet, reservando únicamente la mitad de una compañía para llenar los centinelas del interior del palacio. Hecho esto, el general hizo la ronda en persona, acompañado de su estado mayor, y satisfecho de que todo estaba en orden, se retiró al palacio para pasar el resto de la noche y descansar de las duras fatigas del día.

También se había retirado el rey á sus aposentos, y los ayuda de cámara que le habían ayudado á desnudarse no habían dejado el cuarto, cuando por la ruidosa é uniforme respiración que salía bajo las cortinas de seda de la cama, conocieron que S. M. se había dormido profundamente. Había seguido la reina su ejemplo. Antes de reclinar la cansada y soñolienta cabeza en los cojines, rogó á sus camareras tiernamente se retiraran á descansar. Obedecieron, y al fin reinaron la quietud y el silencio en el lúgubre palacio de Versailles.

Solamente en las oscuras y desiertas salas, teatro poco ántes de escenas dolorosas y lamentables, continuaron resonando la grito, juramentos y maldiciones de la plebe rabiosa,

allá abajo, en la plaza. Es decir, que dentro del palacio, había vuelto á reinar la tranquilidad, fuera del palacio continuaban la confusión y el tumulto populares.

Duerme entre tanto, María Antonieta, duerme. Aprovecha la última hora de reposo y seguridad que te concede el cielo. Antes que luzca la aurora del nuevo día, ya te despertará el odio popular y volverá á resonar en las salas de los reyes de Francia, la ronca voz de la revolución ebria de sangre!

### CAPÍTULO XIII.

#### LA NOCHE TRISTE.

DORMIA María Antonieta, habiendo agotado sus potencias la excitación del día anterior y el tumulto de la noche. La naturaleza, á veces compadecida de aquellos á quienes persigue dura suerte, les envía el sueño restaurador de vida y fuerzas.

A tiempo que dormía María Antonieta, reinaba la mayor calma en el palacio pues hasta Lafayette creyó que podría retirarse á descansar sin riesgo, como lo hizo, dos ó tres horas antes de la venida de la mañana. Pero entre tanto, abajo, allá en la plaza, la revolución no había cerrado los ojos, antes no apartaba sus miradas de hiena de las paredes tras las cuales dormía la reina.

Tanto había pecado la corona de Francia, tales habían sido sus errores y despilfarros por siglos enteros, que al fin el amor y respeto del pueblo se convirtieron en odio y rebelion. El mal venía de muy lejos, pero había llegado á su colmo en la época de Luis XIV y Luis XV, de los cuales el primero cubrió la Francia de un falso esplendor de gloria, y ambos abusaron del poder al punto de transformar el país en el exclusivo patrimonio de los reyes. Este estado de cosas era incompatible con las ideas del siglo que pasaba y con las de aquel que ya asomaba sus vivos resplandores en el horizonte del mundo. La insurreccion se había hecho una consecuencia lógica de esas premisas. Los crímenes y pecados del pasado debían encontrar su castigo en el presente, y los hijos de la cuarta generacion recoger la cosecha de desgracias que habían sembrado sus padres.

María Antonieta ignoraba todo esto; criada en la corte mas orgullosa de Europa en aquella época, jamás había tenido ocasion de pensar en las aspiraciones del pueblo, cuanto mas en si había ó no derecho de negarle hasta el aire que respiraba. Por supuesto, no tenía ojos para ver el abismo que se había abierto entre él y la corona. Aun cuando hubiera tenido ojos para verlo y juicio para sondear su profundidad, los cortesanos y aduladores lo habían cubierto con flores y con el ruido de las fiestas y bacanales habían sofocado los lamentos del pueblo.

Ahora desaparecian las flores de la boca del abismo, había cesado del todo el ruido de las interminables fiestas de la corte, y María Antonieta empezaba á ver claro su camino. Pero aun cuando no se le hubiera despejado la vista, aunque no hubiera caído la venda que empañaba la viva luz de su razon, las maldiciones y gritos de rabia del pueblo, su actitud amenazadora, no le dejaban duda de que los humildes

y obedientes vasallos se habían convertido de repente en orgullosos y atrevidos rebeldes. Con ojo sereno y firme midió la profundidad del abismo, vió claro el monstruo que allá abajo se alzaba pronto á destruirla á ella y á toda su casa. Pero no dió un paso atrás, ni cedió en lo mas mínimo. Mas bien que transigir con los enemigos del trono y refugiarse en sus brazos, sacrificando el orgullo y las ideas de casta, prefirió ser arrastrada por la corriente revolucionaria y hecha pedazos en la pedregosa cuenca. Mejor morir cien veces con la corona en la cabeza que vivir una eternidad privada de ella y en humilde condicion.

Tal pensaba María Antonieta, cuando á la caída de aquel espantoso día se había retirado á descansar; y la siguiente fué la súplica que pronunciaron sus labios luego que cayó en el lecho:

—Dame, Dios mio, fuerzas para morir como rema, si no puedo vivir como tal. Sobre todo fortifica á mi marido á fin de que sea no ya solo hombre bueno, sino rey también.

Con esta súplica en los labios se quedó ella dormida. Pero así que madama de Campan se acercó á su lecho para vigilarle el sueño, no obstante el tiento con que se aproximó, María Antonieta se despertó y dijo á su fiel camarera en tono amable:

—Ve á dormir, Campan, y haz que se acuesten las demas camareras. Despues de un día de tanta fatiga y sobresalto, todas ustedes necesitan descansar. ¡Es tan reparador el sueño! Ve, Campan. Buenas noches.

No podía esta ménos que obedecer, en consecuencia se encaminó á la antesala seguida de las otras dos camareras.

—La reina quiere dormir, les dijo, y nos manda retirar á descansar. Lo haremos así? Las dos mujeres sacudieron la cabeza y se alzaron de hombros, indicando que estaban á la disposicion de la camarera mayor.

—Comprendo, agregó esta. Sé que estamos de acuerdo. No debemos dormir esta noche, porque tenemos que velar el sueño de la reina. Quedémonos en esta antesala, donde no tardará en llegar el señor Varicourt y contarnos lo que pasa fuera del palacio.

Dicha antesala estaba alumbrada por dos velas de cera, que apenas bastaban para poner en claro la confusion y el desorden allí reinante á consecuencia de las idas y venidas, durante el día, de señoras, damas, camareras y ayudas de cámara. No había silla, almohadon, mesa ni divan en su puesto. En ella se habían apiñado casi todas esas gentes á un tiempo en busca de la reina y de allí habían pasado á la antesala de los aposentos del rey. Los de la familia real se hallaban á la izquierda del palacio y la reina ocupaba los inmediatos á la sala de la guardia Suiza.

No pudo ménos de pensar en esto madama de Campan luego que entró en dicha antesala y el pensamiento la hizo estremecer de horror. Como se tardase Varicourt, á quien esperaban encontrar allí, ni se oyese otra cosa que la vocería del populacho afuera, dijeron á madama de Campan sus compañeras:

—Volvamos á la alcoba, esta sala es muy lúgubre y los gritos y risotadas allá en la plaza nos dan miedo. ¡Ay! Dios! qué noche, qué noche!

—Si, noche bien triste, contestó la camarera mayor. Dics quizá que no sea todavía mas horroroso el día que le sigue. Pero valor, amigas mias, todo depende de nuestra decision, de nuestra impavidez en el peligro. Mucho espera de nosotros nuestra augusta señora.

—¡Eh! Aquí viene Varicourt; exclamó ella de pronto sintiendo abrirse la puerta con estrépito.

—Decidnos, amigo, agregó hablando con el oficial de la guardia Suiza que acababa de entrar de prisa. ¡Qué nuevas nos traéis?

—Malas, contestó en tono un si es no es triste Varicourt. La multitud aumenta por momentos. Nuevas columnas han llegado de París y no solo está aquí el populacho, sino también los oradores de los clubs, los cuales desde luego se han puesto á perorar. La multitud se ha dividido en tantos grupos como energúmenos hay predicando el regicidio y la revolucion á sangre y fuego. La noche es espantosa. Lo peor no es eso, sino que mientras la traicion, el odio y la maldad reñan triunfantes fuera del palacio, dentro no descubro gran valor ni lealtad. Mas de un soldado del rey ya se ha pasado al enemigo.

—¿Pero qué quiere esa gente? preguntó madama de Campan. Por qué se ha acampado ahí á pasar la noche al cielo raso? Qué objeto tiene á la mira?

—El pueblo quiere lo que nunca alcanzará mientras yo respire y pueda mover un brazo; replicó Varicourt valerosa aunque melancólicamente. He jurado fidelidad á mis soberanos y se la guardaré hasta la muerte. Mas señoras, tengo que dejaros, el deber me llama á mi puesto al pié de la escalinata que conduce á esta sala. Se acerca la hora de cambiar la guardia. Nos volveremos á ver, si vivo, al amanecer. Yo no abandonaré la entrada, vigilad vosotras la alcoba de la reina.

—Si, contestó madama de Campan, apretándole la mano al oficial de los Suizos, eso mismo acabamos de acordar nosotras. Velaremos y nadie entrará en el dormitorio de la reina, viviendo nosotras. ¡No es así, amigas mias?

—Así es, sin duda; contestaron las mujeres con decision. —Adios, señoras mias, dijo el oficial de los Suizos reirándose. Cada cual á su puesto y oído alerta. Si ois la consigna,—es hora—despertad á la reina y ponedla en salvo, porque es evidente que ella corre peligro. ¿Ois? Suenan las tres. Voy á cambiar la guardia. ¡Adios!

Se encaminó de prisa á la puerta, mas una vez allí, se paró de pronto y echó una mirada en torno. Sus ojos se encontraron con los de su amiga, la cual entendió su mudo lenguaje, puesto que corrió á su lado y le preguntó:

—¿Teneis algo que comunicarme?

—Si, contestó Varicourt en bajo tono, abrigo el presentimiento de que no sobreviviré á los horrores de esta noche. Conoceis aquella á quien amo, y que se interesa por mí; si caigo en el servicio del rey, os ruego veais á mi Cecilia y le digais que he muerto con su nombre en los labios. Decidle que no lllore por mí, ni me olvide tampoco. Pasadlo bien.

Abrió la puerta de golpe y desapareció escaleras abajo. Madama de Campan contrvo las lágrimas que ya le asomaban en los ojos y se reunió con sus compañeras.

—Ahora, les dijo, vamos á la alcoba, cerca del lecho de la reina.

Sin hacer el menor ruido entraron en la sala donde las señoras de la corte con derecho á presenciar el acto de vestirse la reina, se reunían todas las mañanas.

Cerró madama de Campan la puerta por donde habían entrado, sacó la llave y se la metió en el bolsillo y dijo luego:

—Sin mi consentimiento nadie pasará por aquí. Coloquemos ahora sillas delante de la puerta del dormitorio real y sentémonos. Esta servirá de barricada, ó muro, si no de contención al menos de obstáculo á los intrusos, mientras la reina se escapa por el otro lado.

Sentáronse en las sillas, cuyos altos respaldos descansaban contra la puerta de la alcoba de Maria Antonieta, y cogidas de las manos, empezaron su heroica vigilia.

Todo en torno yacía en el mas profundo silencio, que ninguna de las tres mujeres se atrevía á interrumpir con una palabra ú observación. Con los labios apretados, los ojos y oídos abiertos, allí se estaban las veladoras recogiendo los misteriosos ruidos de la noche. Cuando arrebata el tumulto fuera y oían como truenos distantes y subterráneos, se apretaban las manos y se miraban unas á otras; pero así que se apagaban esos siniestros rumores, volvían sus miradas á las ventanas y continuaban velando y escuchando.

Con que lentitud se movían las manecillas del gran reloj sobre la repisa de la chimenea! Amenudo se volvían hácia él los ojos de madama de Campan, y no le parecía sino que el tiempo había cesado de girar, porque en la apariencia hacia una eternidad desde que Varicourt se había despedido de ella, y las manecillas no marcaban todavía las cuatro de la madrugada. Sin embargo, el péndulo continuaba su balance regular y acompasado, aun cuando la hora, el silencio, el temor y el motivo de la vigilia, hacían parecer eterno el tiempo á la camarera mayor de la reina.

Al fin el reloj comenzó á tocar las cuatro, cuyas campanadas, en el silencio de la noche, con la quietud sepulcral del sitio, ántes resonaron en los corazones que en los oídos de las fieles criadas de Maria Antonieta. ¡Las cuatro! Ya había cursado una sola y terrible hora! Antes que asomase la luz del benigno sol, debían pasar otras tres mortales horas!

Pero ¿qué nuevo y espantoso ruido viene á turbar la aparente quietud de la noche? Esos no son ya el canto, ni los vivas, ni las carcajadas bestiales de los hombres medio ébrios, son el grito de guerra y el tiro de las armas de fuego. Cual movidas por un resorte, animadas de un mismo propósito, las tres mujeres se incorporaron y separaron las sillas de la puerta, para estar listas á entrar y despertar á la reina, tan pronto como se aproximase el peligro. Entonces madama de Campan se deslizo á través de la sala en dirección de la puerta que ántes había cerrado y puso el oído en el ojo de la llave. Todo yacía allí en la mayor quietud, nadie había en la antesala, ni el peligro era tan inminente, puesto que no había dado Varicourt la voz de alarma.

Crecía, sin embargo, mas y mas el ruido exterior. Se percibían mejor los disparos de fusil, y de cuando en cuando se oían golpes pesa-

dos, que hacían temblar las ventanas y sonaban como martillazos contra barras de hierro, cual si el pueblo quisiese echar abajo las puertas de la reja que separaba el patio fronterizo del palacio de la plaza.

—Veamos qué es eso, dijo madama de Campan.

Dicho lo cual, puso valerosamente la llave en la cerradura de la puerta, abrió, pasó á la antesala y corrió á la ventana, desde la cual podía verse el patio y la verja en su totalidad. ¡Qué terrible espectáculo se ofreció á su vista! En aquel momento la multitud apiñada y compacta había roto la puerta de hierro, había penetrado en el patio y como una ola furiosa corría á estrellarse contra las puertas del palacio. Por encima de aquel mar de cabezas algunas antorchas esparcían una claridad rojiza y ponían de manifiesto el rostro torcido de los hombres, el cabello flotante de las mujeres, é infinidad de brazos membrudos y desnudos que se agitaban en todas direcciones con movimientos salvajes, formando el conjunto la verdadera pintura del infierno, mas espantoso aun que el que imaginó Dante. Daban al cuadro mayor fiereza las armas que portaban hombres y mujeres. La mano que no empuñaba un fusil, una escopeta, una pica, ó un cuchillo, venía cerrada y amenazaba descargar golpes tan terribles como un mazo de herrero.

De repente resonó un grito extraño y atrevidor, que hizo estremecer las ventanas y despertó los ecos de la desierta sala. Si, aquel grito penetrante se oyó por entre los chillidos de la muchedumbre, grito que solo lo exhalaban labios humanos en los momentos de mayor dolor ó angustia.

—Ese es un grito de muerte; dijo madama de Campan alejándose de la ventana toda temblorosa. Tal vez han asesinado á la guardia Suiza, y si es así, ¿quién impedirá la entrada en el palacio del populacho enfurecido? ¡Ay! Dios! ¿Qué será de Varicourt? Fuerza es averiguar lo que pasa.

Atravesó á la carrera la antesala y abrió la puerta que daba á la cuadra de la guardia Suiza. Estaba vacía, pero mas allá, por la parte fuera, se oía un ruido confuso, mezcla espantable de voces, de maldiciones y de pisadas de centenares de personas que se acercaban por instantes. Ese ruido se hacia cada vez mas fuerte y distinto. De improviso la puerta de salida de la cuadra Suiza, se abrió de par en par, como impelida por una fuerza exterior é irresistible, y luego apareció en ella el bizarro Varicourt, que retrocedía delante de la ola humana que acababa de ver en el patio madama de Campan desde una ventana del segundo piso. Cedia el terreno el bravo oficial de los Suizos, pero pulgada á pulgada, y cuando vio que le ganaban la puerta, tomó la espada de traves con ambas manos y trató de cerrarla el paso á la multitud. Vano empeño. Varicourt parecía un hombre moribundo; tenía el uniforme hecho girones, el rostro pálido y por un lado le salía un chorro de sangre, de una gran herida que había recibido en la frente.

—¡Es hora, es hora! repitió en voz bronca, luego que vio á madama de Campan asomada á la puerta interior de la sala. "¡Salvad á la reina! La matarán!"

Apresuróse madama de Campan á cerrar la

puerta y pasar el cerrojo, hizo otro tanto con la que daba á la alcoba, y luego que levantó esta doble barrera entre la reina que dormía y la furiosa plebe, cayó de rodillas como agobiada de un dolor inmenso, alzó ambas manos al cielo y exclamó:

—¡Oh! Dios de misericordia! Ten piedad de su alma y recíbelas en tu benigno seno!

—¿Por quién orais? le preguntaron sus compañeras azoradas. ¿Quién ha muerto?

—El señor Varicourt, contestó ella llorando. Oí su grito de agonía, cuando le echaba el cerrojo á la puerta de la antesala. Pero no debemos perder el tiempo en inútiles lamentos; es preciso salvar á la reina.

Dicho esto, se puso en pie y abrió la puerta que servía de entrada al dormitorio de Maria Antonieta; y luego al punto se oyeron un estallido horroso y un grito de triunfo que partían de la antesala que acababan de desocupar las tres camareras.

—¡La reina! clamaba el pueblo. Queremos su corazón.

—Han violentado la puerta de la antesala; dijo Campan en baja voz á sus compañeras. Ya penetran en la alcoba. El tiempo urge. Vamos, amigas mías, vamos corriendo.

Y en efecto corrieron hasta el lecho donde dormía la reina, si, mas no restauraba las fuerzas agotadas con la agitación y el sobresalto del día precedente.

—Señora, augusta señora, despertad.

—¿Qué hay, Campan? preguntó ella abriendo los ojos y sentándose de pronto en la cama. ¿Por qué me despertáis? ¿Qué ha ocurrido?

Por la fiel camarera contestaron el ruido espantoso y el estruendo que hizo al saltar de sus goznes la puerta de la alcoba. Luego de seguida, las voces ásperas y broncas de las mujeres de la plebe, que se oían mas allá de la única puerta que ya quedaba entre la reina y sus perseguidores, dijeron con terrible elocuencia lo que había pasado.

—Vístame pronto, pronto! dijo Maria Antonieta saltando del lecho al suelo.

—Imposible! le repuso madama de Campan. Ya no hay tiempo. Baten la puerta con la culata de los fusiles. La violentarán, como han despedazado las otras mas fuertes que esa, y entonces esta perdida V. M. Echese la ropa por encima y no se detenga á atarsela. Vamos. Huid, huid. Por la puerta secreta, por el Ojo de Buey.

Tomó la delantera madama de Campan, las dos otras camareras recogieron las ropas sueltas de la reina y luego las cuatro volaron por los tranquilos y desiertos corredores al dormitorio del rey.

—¡Estaba vacío! ¡No había allí alma viviente!

—¡Dios mío! exclamó Maria Antonieta. Campan, ¿dónde está el rey? Debo reunirme á él. Mi puesto es á su lado. ¿Qué será de Luis?

—Aquí estoy, aria, aquí; contestó él mismo que acababa de entrar y ver la cara angustiada y afligida de su mujer. Había ido á salvar lo mas caro que poseemos.

Diciendo esto, depositó en los brazos de Maria Antonieta al medio despierto delfín que traía en los hombros, y empujó hácia ella á la

infanta Teresa, que traía de la mano madama Tourzel.

—Y ahora que he re ogido y depositado en tu seno nuestro tesoro, agregó el rey con calma, iré á ver lo que pasa.

Pero Maria Antonieta le detuvo por el brazo.

—Detente, le dijo espantada. Mas allá de esa puerta reinan soberanas la traición y la alevosía. Que vengan aquí los asesinos y nos derriben, no corramos en su busca.

—Bien, se hará lo que tú ordenas, dijo el rey. Aquí nos quedaremos y venga lo que viniere. Tráeme el chocolate, agregó á poco volviéndose para uno de sus ayudados de cámara. Aprovecharé el tiempo desayunándome, porque tengo hambre.

—Sire, ahora? Vamos á almorzar ahora? preguntó la reina asombrada.

—¿Por qué no? replicó Luis con su calma habitual. En estando el cuerpo fortificado, el espíritu puede discernir mejor y con mas reposo. Tú tambien, Maria, debes tomar algun alimento, porque solo Dios sabe si despues tendremos tiempo de pasar un bocado.

—¡Yo! yo no necesito almorzar! dijo Maria Antonieta.

Y viendo que Luis tomaba una jicara de chocolate de manos del criado y se disponía á saborearlo, volvió ella la cara hácia otro lado, para sofocar las lágrimas de cólera y dolor que le saltaban de los ojos á pesar suyo.

—Mamá, le dijo entonces el delfín, que aun llevaba en los brazos, yo quisiera chocolate tambien. Mi chocolate. Que me lo traigan.

Se vió la reina compellida á sonreír. Llevó el niño á donde estaba su padre y le sentó en sus rodillas.

—Sire, le dijo, ¿querrá el rey de Francia dar de almorzar á su hijo, mientras truena fuera la revolucion y manos traidoras baten y derrivan las puertas del palacio? Ven, Campan, ayúdame á arreglar el traje y el peinado. Quiero estar lista para dar audiencia á la revolucion.

Y arrimándose á un ángulo del cuarto la reina acabó de vestirse, habiendo traído, por fortuna las camareras, todas las piezas con-

sigo. Mientras se aicalaba la reina y el rey y sus hijos se desayunaban, empezó á llenarse el aposento. Era que los fieles servidores de Luis, sus ministros y aun algunos miembros de la Asamblea Nacional, viendo el peligro que corrían SS. MM., habían acudido á rodearles.

Cada uno de estos personajes tenia algo nuevo que referir. Contó Saint Priest, como pasando por la cuadra de los Suizos, en la puerta de la cámara que abría á los aposentos de la reina, había visto el cadáver de Varicourt cubierto de heridas. El conde de Liancourt, momentos despues había visto á un hombre de aspecto feroz, gigantesco, y de barba espesa, con las mangas de la blusa enrolladas, que con una hachuela trataba de dividir la cabeza del tronco del bravo oficial, a golpes repetidos. El cuerpo de otro militar de los Suizos, el baron de Deshutes, que guardaba la puerta de hierro, tambien había sido visto por el conde de Barennes, cosido á puñaladas. Asimismo refirió el marques de Croissy el heroísmo con que otro Suizo, Miomandre de Saint Marie, había defendido la puerta que dividia los

apuestos del rey de los de la reina, teniendo tiempo de echar el cerrojo y barricarla con sillas, mesas y otros objetos. Y mientras se referían estas escenas de violencia y el gabinete se llenaba mas y mas de hombres pálidos y de mujeres asustadas, el rey continuó almorzando tranquilamente.

La reina, que ya hacia rato habia terminado su prendido, se dirigió entonces á él, y con voz dulce y trémula, le rogó declarase lo que debia hacerse, que saliera al fin de su extraña apatía, que hablase y obrase como convenia á un rey.

Se encogió de hombros Luis y puso en la bandeja de plata la jicara que habia vuelto á llenar de chocolate y acababa de llevarse á la boca. Visto lo cual por la reina hizo señas al ayuda de cámara Hue para que se acercara y le dijo en tono de mando:

—Llévate esas cosas. El rey ha concluido su almuerzo.

Suspiró Luis y siguió con la vista el criado que se llevaba la bandeja al aparador con todo lo que contenia.

—Ahora, Sire, le dijo María Antonieta, muestra que eres rey.

—Amor mio, contestó él con blandura, es difícil mostrarse uno rey cuando al pueblo se le antoja no considerarle á uno como tal. Oye esa gritería y aullidos y luego dime qué es lo que puedo hacer como rey para que esa gente loca, entre en paz y razon.

—Sire, alza la voz como rey; declara que vengarás los crímenes de esta noche, empuña la espada y defiende el trono de tus padres y de tu hijo, y entonces veremos retirarse á esos rebeldes, y reunirse en torno tuyo hombres animados de nuevo valor y decision. Tu ejemplo es lo que necesitan para arder en el amor de patria y lealtad. O, Sire, cierra el oído á las representaciones de tu corazón noble y manso, armate de firmeza y resolution. No haya piedad con los traidores y rebeldes.

—Vamos, dijo el rey suspirando ¿qué harías tú en mi lugar?

—¿Qué haría yo en tu lugar? repitió María Antonieta acercándose todavia mas al oído del rey. Despacharía órdenes á Vincennes, y otros lugares para hacer venir aquí las tropas disponibles, formaría un ejército, me pondría á su cabeza, marcharía sobre París y la reduciría á la obediencia ó á cenizas. No cedas pues, no te sometás, manda y conquista. Da la orden, di que harás lo que te digo, y llamaré á uno de mis leales servidores que se pondrá en Vincennes en pocas horas y llenará la comision al pie de la letra.

Y mientras decía esto al oído del rey, su mirada pasando por encima de todas las personas allí reunidas, se encontraron con las del joven Toulan, el cual, habia encontrado medio de entrar en el palacio á pesar del tumulto, y ahora seguía los movimientos de la reina. Entonces, persuadido que ella tenia algo que ordenarle, atravesó por entre el grupo de cortesanos, ministros y señoras y colocó á pocos pasos de María Antonieta, le preguntó:

—¿Tiene V. M. órdenes que darme?

Ella en vez de contestar, volvió los ojos al rey y esperó que hablara; pero este permanecia mudo y á fin de no responder estrechó contra su pecho al delfin y empezó á besarle en la frente.

—En vano, continuó Lafayette, he tratado

—¿Tiene V. M. órdenes que darme? preguntó de nuevo Toulan, creyendo tal vez que la reina no le habia oido.

Ella entonces se volvió para el joven diputado, con los ojos llenos de lágrimas y el semblante oscurecido por el pesar y la desesperacion.

—No, le dijo, léjos de tener órdenes que dar, me veo en el caso de obedecer las de otro.

En aquella misma sazón se anunció la aproximacion del general Lafayette. La reina se adelantó á encontrarle y le dijo bruscamente:

—¿Son estas, general, la paz y la seguridad que nos prometiais? Escuchad la gritería fuera, vednos aquí sitiados, y decidme si todo esto está de acuerdo con vuestras seguridades de ayer tarde.

—Señora, yo mismo he sido engañado, contestó Lafayette. Se me hicieron las mas agradadas promesas, y se cedió á todas mis súplicas y proposiciones. Conseguí pacificar la multitud y realmente creí y esperé que continuaria tranquilo; que...

—Señor, le interrumpió la reina impaciente. ¿A quién os referís? De quién habláis con tanto respeto?

—Señora, hablo del pueblo con quien celebré un acuerdo y me prometió guardar la paz y respetar el sueño de V. M.

—No digais el pueblo, decid traidores, rebeldes, revoltosos; gritó María Antonieta indignada. No es el pueblo, sino una partida de desalmados, la que violenta las puertas del palacio del rey; no es el pueblo, sino una gacilla de asesinos, la que degüella dos de nuestros mas fieles servidores. Señor, ¿es de tales atrocidades de las que habláis con tanto respeto? Es con esa canalla con la que habeis tratado? No habria sido mas acertado pasarla á cuchillo?

—Señora, dijo Lafayette poniéndose pálido, si yo hubiera seguido ese consejo, de seguro que V. M. no habria encontrado refugio en esta sala. Porque la cólera del populacho es como el rayo, no respeta puerta ni cerrojo, y una vez suelto, nada ni nadie le detiene en su destructora carrera.

—Bah! exclamó la reina con risa irónica. Se me olvidaba que el señor Lafayette ha seguido un curso regular de estudios en la escuela de la revolucion de América. Así habla del pueblo como de otra majestad ante la cual es preciso inclinar la cabeza.

—Y en ese punto Lafayette tiene razon; dijo el rey levantándose y acercándose á este y á la reina. Oye el rugido! No parece sino que sale de la garganta de los leones, y sabido es, María, que llaman al leon rey de los animales. Dígnos, pues, general, si lo sabe, ¿qué quiere ese leon? qué significan sus rugidos?

—Sire, los enemigos de la familia real, los agitadores y rebeldes, que han llegado últimamente de París, han irritado las pasiones del pueblo, propagando las mas insensatas calumnias. Le han persuadido que V. M. ha dispuesto venganza aquí las guarniciones de diversos lugares circunvecinos y que el objeto de V. M. es reunir un ejército para ponerse á su cabeza y marchar sobre París.

Luis le echó una mirada significativa á su esposa, la cual contestó con un orgulloso ademán de enfado.

de desengañar á esa ciega y desaconsejada gente de la imposibilidad de semejante plan.

—Y sin embargo, saltó y dijo María Antonieta con fiereza, la ejecucion de este plan salvaria la corona del deshonor y la humillacion.

—Pero es el caso, señora, que la imposibilidad estriba precisamente en la ejecucion; observó Lafayette con expresion amable. Si se pudiera dar alas á las guarniciones distantes de aquí, el plan resultaria acertado y el ejército salvaria al país. Por desgracia, sin embargo, esto no puede ser, es preciso acudir á otros medios, porque el peligro llama á la puerta, como oye V. M., y debemos adoptar medidas pacíficas, ya que no podemos hacer uso de la fuerza.

—¿Qué medidas pacíficas creéis útil adoptar? le preguntó María Antonieta de mal humor.

Lafayette le dirigió una mirada triste y pensosa, y dijo volviéndose para el rey:

—Sire, Sire, no sabe V. M. cuán extraviado está el pueblo. Hay quienes le empujan á la desesperacion y á la locura con discursos incendiarios. No nos ha costado poca dificultad mantener el populacho fuera del palacio y cerrar las puertas otra vez. ¿París será reducida á cenizas! hé aquí la voz que enciende en ira el corazón de esas pobres gentes y á que dan implícito crédito.

—Me presentaré al pueblo, dijo Luis. Le diré que le han engañado, y le daré mi palabra real de que nadie proyecta designio hostil contra París.

El general Lafayette suspiró y dobló la cabeza sobre el pecho.

—Pues qué, le preguntó el rey con timidez, ¿no te parece acertado?

—Sire, tan excitado se halla el pueblo, labora en tal frenesí, que ya no bastan las palabras á satisfacerle. Bien puede asegurarse V. M. con toda formalidad, que no abriga intenciones hostiles contra París, que no llamará ayuda exterior para su defensa, el pueblo exasperado desconfiará de las promesas de V. M. Porque en medio de su arrebatado, tiene la conciencia de que es un crimen su rebelion contra la corona, y sabe que seria preciso que V. M. fuese mas que humano, para que lo perdona.

—¿Qué bien sabe el general Lafayette, exclamó la reina con risa despreciativa, interpretar los pensamientos de esa chusma afanática!

En aquel instante se oyó abajo un grito agudo, atronador y miles de voces repetían:—¡El rey, queremos ver al rey!

Al oírlo se le iluminó el semblante á este, apresurándose á ir á la ventana y levantar el cristal. No le vió el pueblo al pronto, pero él sí vió un espectáculo que le causó pavor. Vió la inmensa plaza en frente del palacio, que antes solo ocupaban los ricos coches de la nobleza, llena hasta el exceso de una masa compacta de hombres de todas las clases bajas de la sociedad, á que daba Lafayette el nombre de pueblo, y á quien la reina calificaba de chusma sediciosa, la cual hacia oleaje como un verdadero mar, y llenaba el aire con un rumor sordo como hacen las olas azotadas por la tempestad.

—Tienes razon, Lafayette, dijo el rey des-

pues de haber contemplado con calma aquel mar negro de cabezas. Tienes razon. Hé ahí el pueblo. Probablemente no ménos de veinte mil hombres se agitan ahora en esa plaza. Dios no quiera que yo los considere á todos como criminales y plebe. Creo...

No continuó, porque aquel océano humano estalló en un grito tremendo. Habian visto al rey, alguien le descubrió en la ventana, lo indicó á los demas, y en el momento millares de ojos le buscaron y centenares de lenguas exclamaron:—¡Viva el rey! Viva!

Luis lleno de orgullo se volvió muy alegre para los ministros y demas señores que le rodeaban; porque María Antonieta disgustada, se habia retrado con sus hijos á uno de los rincones mas apartados de la sala, y sentada en una silla, los oprimia contra su seno.

—¿Qué decis á esto, caballeros? preguntó el rey. Pues ¿no han querido hacerme creer que el pueblo odiaba á su soberano y le tenia mala voluntad? Apénas me le presento, ved cómo me saluda y victorea.

—¡A París! entones empezó á gritar el pueblo. Queremos que el rey vaya á París.

—¿Qué dicen? Oyes tú? preguntó Luis volviéndose para Lafayette entonces á su lado.

—Sire, expresan el deseo de que V. M. con toda la familia real se traslade á París.

—Y tú ¿qué dices, general? le preguntó el rey.

—Sire, ya me he tomado la libertad de decir que son inútiles las palabras y promesas para aquietar á este pueblo irritado y ciego y hacerle creer que V. M. no tiene miras hostiles contra París.

—Pero si yo voy á París y resido allá por algun tiempo, opinas, segun entiendo, que el pueblo se convencerá de que no abriga miras hostiles contra la capital, pues no es posible que quiera destruir la poblacion en que habito. ¿No es esto lo que quieres decir?

—Sí, sire, eso es lo que yo queria decir.

—A París! á París! seguía clamando el pueblo. Es preciso que el rey vaya á París! Luis se alejó de la ventana.

—Caballeros, dijo á los ministros que formaban un círculo en torno suyo, vosotros sois mis consejeros. Bien, ¿qué me aconsejais? Qué debó hacer para que vuelvan á reinar la paz y la tranquilidad en medio de mi pueblo?

Nadie replicó. Todos confusos y perplejos no levantaban los ojos del suelo. Necker, al cabo de una larga pausa, se atrevió á decir:

—Sire, la cuestion que V. M. nos ha sometido, es de aquellas que requieren dias de deliberacion, pues del modo cómo se resuelva depende quizás la suerte de la monarquia. Pero, siendo así que V. M. desea saber la opinion de sus ministros sin mas demora, me aventuro á expresar la mia. Opino pues, que el curso mas seguro y expedito para V. M. es cumplir con los deseos del pueblo y marchar á París.

—Ya lo suponía yo, murmuró el rey inclinando la cabeza.

—¡A París! gritó la reina en aquella sazón. Imposible. No puedo creer que de propio motu, quieras meterte en el foco de la revolucion y perecer en él.

—¡A París! repetía el trueno abajo en la plaza, como si las palabras de la reina hubiesen resonado allá y despertado el eco popular. ¡A



Paris! Es preciso que el rey y la reina vayan á Paris!

—Y que nunca vuelvan de allá! gritó María Antonieta rompiendo en llanto.

—Dí, Lafayette, habla! le dijo el rey. ¿Qué piensas tú?

—Sire, repito que solo hay un medio de restablecer la paz y quietud del pueblo, y ese es, poniéndose V. M. en camino de Paris con toda la familia real hoy mismo.

Dos efectos diferentes produjeron estas sencillas y francas palabras en el ánimo de los ministros y demas personas que las oyeron. El rostro de unos se iluminó de júbilo; el de otros se cubrió de palidez mortal; estos suspiraron de desesperacion; aquellos lloraron de contento. Todos, en suma, tenían la conciencia de que aquella era la crisis del destino de la familia real, y si unos creían que pararía en desastres, otros esperaban pararía en salvacion.

No era la reina de los que abrigaban esta última opinion. Sin embargo, vistó que su marido había tomado al fin una medida decisiva, aunque casi forzado á ello, ahogó sus propios sentimientos y en medio del profundo silencio, dijo:

—Ha hablado el rey, nos cumple pues obedecer como buenos vasallos. Madama de Cam-

pan, prepara nuestra partida para Paris, teniendo presente que ha de ser larga la estada.

—Ahora bien, Lafayette, le dijo el rey, pues no se movia; ¿por qué no te apresuras á anunciarle al pueblo mi voluntad?

—Sire, contestó Lafayette con aire solemne, hay momentos en que solo la voz de Dios ó de su rey puede apaciguar á un pueblo, y en que la voz humana queda ahogada por el trueno de la tempestad.

—Y ¿crees que este es ese momento? le preguntó el rey.

Lafayette hizo una inclinacion de cabeza y señaló para la ventana, cuyos cristales se estremecian con los gritos de: El rey! Veremos al rey! El irá á Paris! El rey, el rey!

Escuchó Luis un rato silencioso y pensativo á la gritería de la multitud, gritería llena á un tiempo de majestad y horror, y luego dijo:

—General, voy á seguir tu consejo. Anunciaré yo mismo mi decision al pueblo. Dame la mano, Maria, salgamos al balcon. Y vosotros, caballeros, seguidme.

Sin decir palabra la reina dió una mano á su marido y otra al delfin, que se le adheria con timidez al paso que su hija Teresa tranquila y reposada la seguia por detras.

## LIBRO TERCERO.

### CAPÍTULO XIV.

#### A PARIS.

CALLADOS y á paso largo los soberanos seguidos de los ministros y corteanos, atravesaron los dos cuartos inmediatos y pasaron al balcon sobre el pórtico del palacio, que situado en el centro del pórtico principal, dominaba completamente el patio y la plaza mas allá.

A una señal del rey, su paje Hue se adelantó y abrió de par en par las puertas, y aquel, separándose de María Antonieta con una sonrisa, salió al balcon. En el instante y como si la mano de Dios se hubiera extendido sobre aquel rugiente mar, cesó el bramido, trocándose á poco en vivas entusiastas.

Luis, pálido por la emocion y con los ojos húmedos de las lágrimas, se encorvó sobre la baranda, y, en señal de que iba á hablar, alzó ambas manos. La entendieron al punto, porque cesaron los vivas, reinó comparativo silencio y por encima del mar de cabezas, cuyos ojos se fijaban en su rostro, resonó la voz campanuda y potente del rey:

—Voy á dar á mi querido pueblo la prueba de que sin razon se recela de mi corazón paternal. Hoy mismo me trasladaré á Paris con la reina y mis hijos y residiré en ella. Volved á la capital, hijos míos, que dentro de breves horas os seguré allá.

Dicho esto, mientras el pueblo en su entusiasmo daba nuevos vivas y arrojaba al aire cachuchas, pañuelos y gorras, Luis se retiró del balcon á la sala.

Pero entonces la multitud prorumpió en un nuevo grito. Ya había visto al rey, ahora queria ver á la reina. Esta era la cantinela de siempre. Queremos la reina, decían en un extremo de la plaza, y resonaba en el otro, como

una ola que se propaga, la reina, que salga la reina!

Esta tomó en cada mano uno de sus dos hijos, y dió algunos pasos hacia la puerta del balcon.

—No vayas, Maria, le dijo el rey con labios tembloros y aspecto turbado, deteniéndola. No, no. La vista no mas de esa masa hirviendo á los pies, es bastante á trastornar los sentidos. No vayas, Maria.

Pero el grito se había convertido en un huracan, segun como hacia estremecer las puertas y ventanas del palacio.

—¿Oyes, Luis? dijo María Antonieta. Me parece que hay tanto peligro en verlo como en no ver el espectáculo. Déjame, pues, hacer lo que tú has hecho. Vamos, hijos míos.

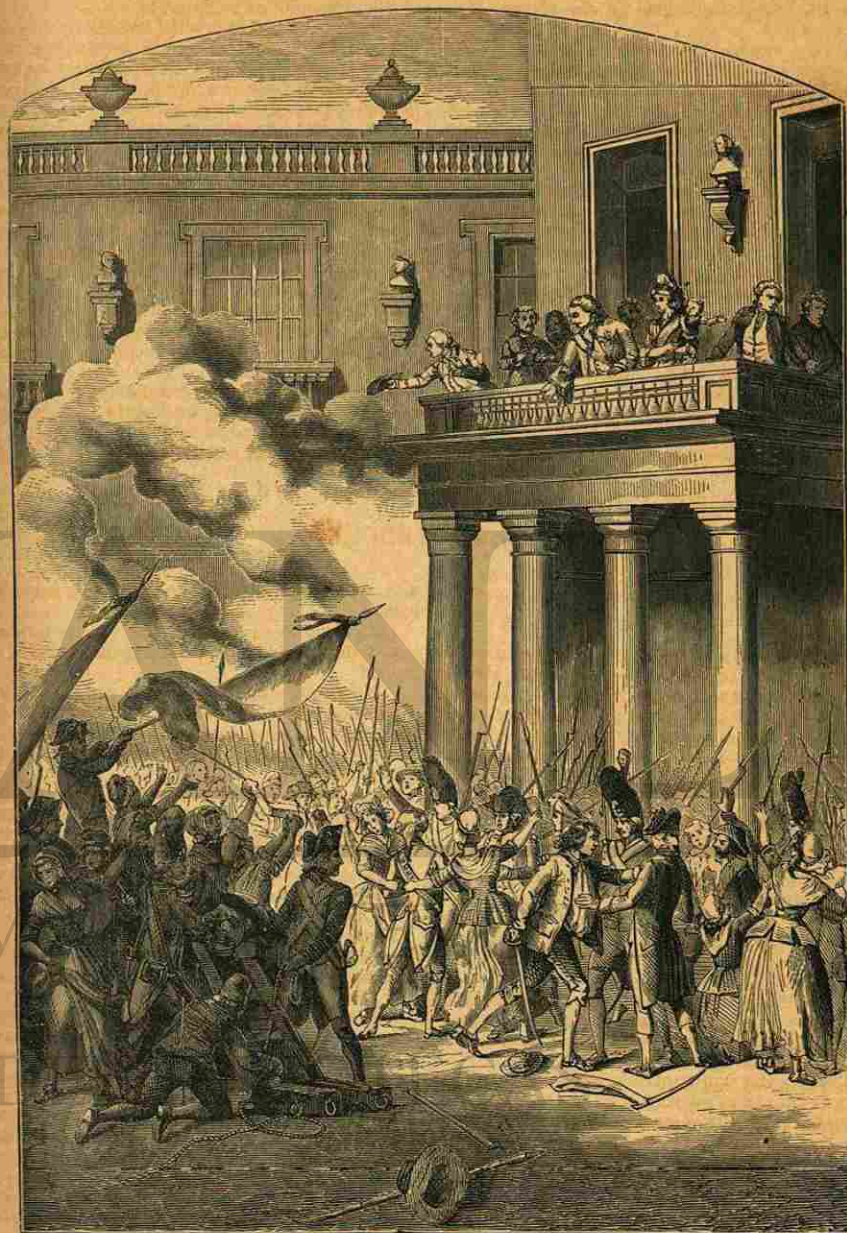
Y marchando entre los dos, la reina salió al balcon con paso firme y cabeza erguida. Detras los siguió de cerca el rey, como un centinela encargado de proteger su vida.

Pero no produjo el efecto que tal vez se prometió, la presencia de la familia real. Léjos de prorumpir en gritos de júbilo, la voz general fué: No queremos alquillos: que salga la reina sola: fuera los muchachos.

En vano se adelantó Luis y trató de interponer silencio para hablar. El eco de su voz se perdió en la gritería atronadora del populacho, que á tiempo que chillaba á mas y mejor, accionaba con los puños apretados, blandia armas y hacia gestos atroces, con los cuales asustaron tanto al delfin que no pudo contener las lágrimas.

Se retiró la familia real, y como el pueblo estuviese resuelto á hacerse obedecer, y clamase con mas fuerza la salida de la reina sola, dijo ella con resolucion:

—Sea así; y sin ser nadie poderoso á conte-



EL REY PROMETIENDO VOLVER Á PARIS.

Paris! Es preciso que el rey y la reina vayan á Paris!

—Y que nunca vuelvan de allá! gritó María Antonieta rompiendo en llanto.

—Dí, Lafayette, habla! le dijo el rey. ¿Qué piensas tú?

—Sire, repito que solo hay un medio de restablecer la paz y quietud del pueblo, y ese es, poniéndose V. M. en camino de Paris con toda la familia real hoy mismo.

Dos efectos diferentes produjeron estas sencillas y francas palabras en el ánimo de los ministros y demas personas que las oyeron. El rostro de unos se iluminó de júbilo; el de otros se cubrió de palidez mortal; estos suspiraron de desesperacion; aquellos lloraron de contento. Todos, en suma, tenían la conciencia de que aquella era la crisis del destino de la familia real, y si unos creían que pararía en desastres, otros esperaban pararía en salvacion.

No era la reina de los que abrigaban esta última opinion. Sin embargo, vistó que su marido había tomado al fin una medida decisiva, aunque casi forzado á ello, ahogó sus propios sentimientos y en medio del profundo silencio, dijo:

—Ha hablado el rey, nos cumple pues obedecer como buenos vasallos. Madama de Cam-

pan, prepara nuestra partida para Paris, teniendo presente que ha de ser larga la estada.

—Ahora bien, Lafayette, le dijo el rey, pues no se movia; ¿por qué no te apresuras á anunciarle al pueblo mi voluntad?

—Sire, contestó Lafayette con aire solemne, hay momentos en que solo la voz de Dios ó de su rey puede apaciguar á un pueblo, y en que la voz humana queda ahogada por el trueno de la tempestad.

—Y ¿crees que este es ese momento? le preguntó el rey.

Lafayette hizo una inclinacion de cabeza y señaló para la ventana, cuyos cristales se estremecian con los gritos de: El rey! Veremos al rey! El irá á Paris! El rey, el rey!

Escuchó Luis un rato silencioso y pensativo á la gritería de la multitud, gritería llena á un tiempo de majestad y horror, y luego dijo:

—General, voy á seguir tu consejo. Anunciaré yo mismo mi decision al pueblo. Dame la mano, Maria, salgamos al balcon. Y vosotros, caballeros, seguidme.

Sin decir palabra la reina dió una mano á su marido y otra al delfin, que se le adheria con timidez al paso que su hija Teresa tranquila y reposada la seguia por detras.

## LIBRO TERCERO.

### CAPÍTULO XIV.

#### A PARIS.

CALLADOS y á paso largo los soberanos seguidos de los ministros y corteanos, atravesaron los dos cuartos inmediatos y pasaron al balcon sobre el pórtico del palacio, que situado en el centro del pórtico principal, dominaba completamente el patio y la plaza mas allá.

A una señal del rey, su paje Hue se adelantó y abrió de par en par las puertas, y aquel, separándose de María Antonieta con una sonrisa, salió al balcon. En el instante y como si la mano de Dios se hubiera extendido sobre aquel rugiente mar, cesó el bramido, trocándose á poco en vivas entusiastas.

Luis, pálido por la emocion y con los ojos húmedos de las lágrimas, se encorvó sobre la baranda, y, en señal de que iba á hablar, alzó ambas manos. La entendieron al punto, porque cesaron los vivas, reinó comparativo silencio y por encima del mar de cabezas, cuyos ojos se fijaban en su rostro, resonó la voz campanuda y potente del rey:

—Voy á dar á mi querido pueblo la prueba de que sin razon se recela de mi corazón paternal. Hoy mismo me trasladaré á Paris con la reina y mis hijos y residiré en ella. Volved á la capital, hijos míos, que dentro de breves horas os seguré allá.

Dicho esto, mientras el pueblo en su entusiasmo daba nuevos vivas y arrojaba al aire cachuchas, pañuelos y gorras, Luis se retiró del balcon á la sala.

Pero entonces la multitud prorumpió en un nuevo grito. Ya había visto al rey, ahora queria ver á la reina. Esta era la cantinela de siempre. Queremos la reina, decían en un extremo de la plaza, y resonaba en el otro, como

una ola que se propaga, la reina, que salga la reina!

Esta tomó en cada mano uno de sus dos hijos, y dió algunos pasos hacia la puerta del balcon.

—No vayas, Maria, le dijo el rey con labios tembloros y aspecto turbado, deteniéndola. No, no. La vista no mas de esa masa hirviendo á los pies, es bastante á trastornar los sentidos. No vayas, Maria.

Pero el grito se había convertido en un huracan, segun como hacia estremecer las puertas y ventanas del palacio.

—¿Oyes, Luis? dijo María Antonieta. Me parece que hay tanto peligro en verlo como en no ver el espectáculo. Déjame, pues, hacer lo que tú has hecho. Vamos, hijos míos.

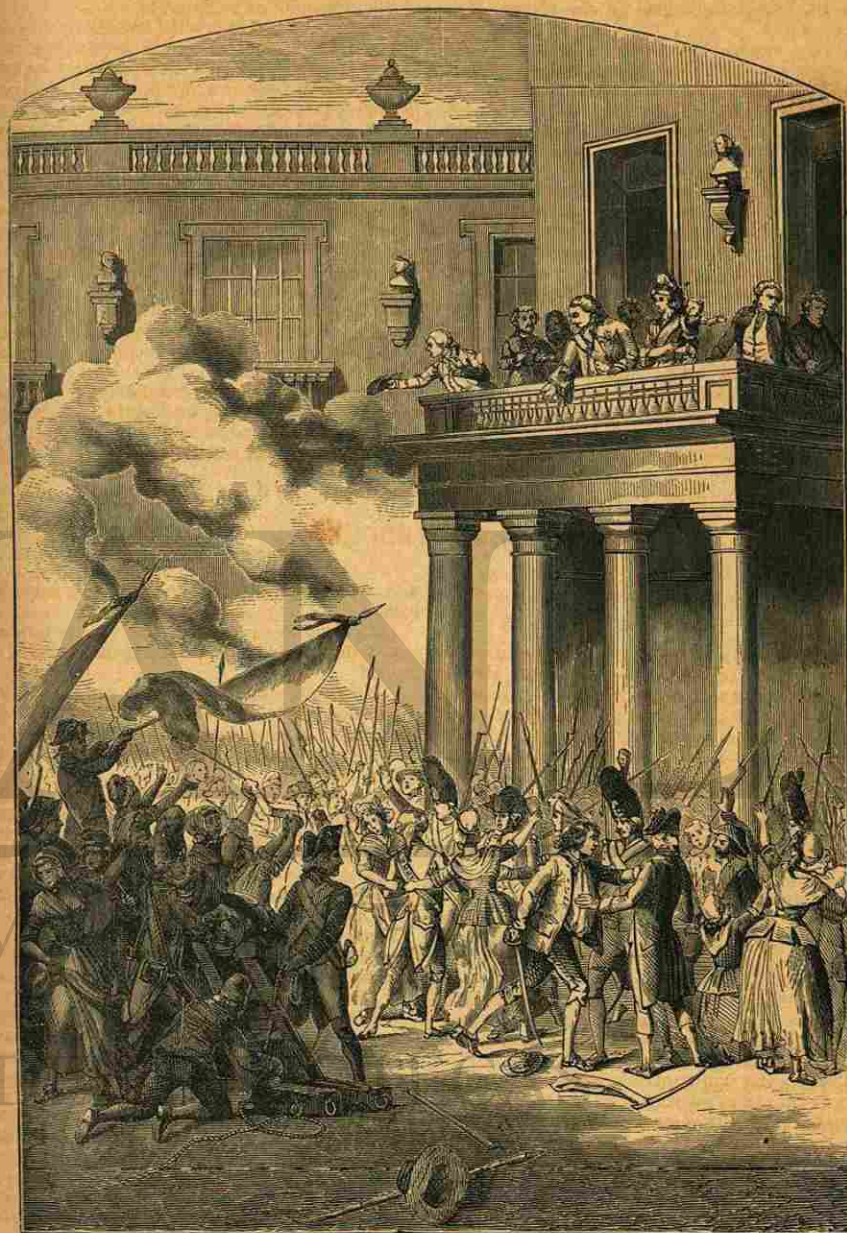
Y marchando entre los dos, la reina salió al balcon con paso firme y cabeza erguida. Detras los siguió de cerca el rey, como un centinela encargado de proteger su vida.

Pero no produjo el efecto que tal vez se prometió, la presencia de la familia real. Léjos de prorumpir en gritos de júbilo, la voz general fué: No queremos alquillos: que salga la reina sola: fuera los muchachos.

En vano se adelantó Luis y trató de interponer silencio para hablar. El eco de su voz se perdió en la gritería atronadora del populacho, que á tiempo que chillaba á mas y mejor, accionaba con los puños apretados, blandia armas y hacia gestos atroces, con los cuales asustaron tanto al delfin que no pudo contener las lágrimas.

Se retiró la familia real, y como el pueblo estuviese resuelto á hacerse obedecer, y clamase con mas fuerza la salida de la reina sola, dijo ella con resolucion:

—Sea así; y sin ser nadie poderoso á conte-



EL REY PROMETIENDO VOLVER Á PARIS.

merla, pues hasta rechazó al rey que quiso cortarle el paso, salió al balcón. Sí, sola, sin mas acompañamiento ni protección que la mirada firme y el sereno aspecto del domador de leones cuando entra en la jaula, apareció María Antonieta ante aquellas fieras de la humana especie.

Y el leon apareció subyugado, porque cesó en su espantoso rugir y solo tuvo ojos para mirar sorprendido á la reina, la hija de los Césares, que en pié, tranquila y soberbia, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba á espacio el negro é hirviente abismo á sus piés.

Vencido por aquella serenidad de mujer, el pueblo prorumpió en voces de aplauso y admiración, y ántes de que estas demostraciones se trocasen en otras ménos halagüeñas, con una sonrisa de triunfo en los labios, pasó del balcón la reina á la sala inmediata.

Corrió á ella el delfín con los brazos abiertos y la estrechó por las rodillas.

—Mamá, querida mamá, dijo, quédate aquí, no vuelvas á salir á la vista de esos hombres horribles. Les tengo miedo, me dan miedo.

Tomó en sus brazos María Antonieta al chico y le besó en la frente con sus labios frios y pálidos. No parece sino que la horrible prueba por que acababa de pasar la habia postrado y que debia buscar salida á los ojos un mar de lágrimas encerradas en el corazón. Pero María Antonieta comprendiendo que en aquella hora le tocaba ser reina, ahogó sus sentimientos de mujer.

Con el delfín en los brazos y estrechándole fuertemente contra su pecho, se adelantó al rey, el cual, á fin de que su esposa no viese las lágrimas que corrían por sus mejillas, se habia retirado al cuarto inmediato y apoyado en la hoja de la puerta.

—Sire, le dijo María Antonieta, presentándole el delfín, Sire, te ruego encarecidamente me hagas una promesa en esta hora solemne.

—¿Qué es ello? Qué deseas, María?

—Sire, prosiguió ella, por todo lo que mas quieras, por el bienestar y salvacion de la Francia, por los tuyos y los de este querido niño, tu sucesor, te ruego me prometas, que si hemos de presenciar jamas otra escena como esta y tienes en tu mano el medio de evitarlo, huyendo aunque sea, no dejes escapar la oportunidad de ponerlo en práctica.

Conmovido hondamente el rey, así por el aire grave y solemne de la reina, por el tono de voz, como por la expresion de su semblante, volvió la cara hácia otra parte. Quería hablar, mas no podia; el llanto le embargaba la voz; y, como avergonzado de su propia debilidad, separó al delfín y á la reina con las manos, á través la sala y desapareció por la puerta del fondo.

Siguióle María Antonieta con la vista, sin poder ocultar el sentimiento que la causaba la conducta extraña de su marido y luego se volvió á la sala inmediata al balcón. Su espíritu experimentó un estremecimiento involuntario y hasta cesó de latir su corazón por un instante, acometido de un negro presentimiento. Recordó que aquella misma cámara en que habia sufrido tanto aquel día, esa misma cámara que repetía el eco de los gritos del populacho que en dicho día habia dictado leyes por la primera vez á una reina, habia sido la cámara en que

murió Luis XIV. Y allí ahora moría la monarquía. Como un cadáver pálido y ensangrentado pasó por su mente el futuro, y con la velocidad del relámpago, que por lo comun acompaña á todos los momentos de agitacion, recordó uno por uno los siniestros y misteriosos avisos que habia recibido desde que tuvo uso de razon hasta aquella hora de su mayor tribulacion. Pensó en el cuadro de la Degollacion de los Inocentes, que adornaba las paredes del cuarto en que el delfín pasó la primera noche en suelo Frances; pensó en la lúgubre profecía que acerca de ella habia hecho el conje de Cagliostro, cuando su viaje á Paris, y en el cadalso que le indicó desde lejos. Pensó asimismo en el huracan que habia hecho estremecer la tierra y desarraigado árboles, la primera noche que pasó el delfín en Versailles. Pensó igualmente en la multitud de desgracias que habian ocurrido al día siguiente en Paris, con los fuegos de artificios. Recapitó en las palabras que se le escaparon al rey, cuando en el acto de la coronacion al colocar en su cabeza la corona el nuncio del papa; dijo:—“Me lastima.” Y creía ella encontrar nuevo y mas poderoso motivo de alarma en la circunstancia, de que la escena de horror por que habia pasado, ocurriese precisamente en la cámara donde habia muerto aquel rey á quien debia la Francia su gloria y su grandeza.

—Estamos perdidos, perdidos sin remedio, repetía ella entre sí. Ya no hay salvacion. Hé ahí el cadalso!

En silencio, aunque con una ligera inclinacion de cabeza, se despidió la reina de los circunstantes y se retiró á sus aposentos, los cuales protegían los soldados de Lafayette y ya no daban indicio de la escena horrorosa representada en ellos algunas horas ántes.

Unas pocas despues dispararon dos cañonazos en la gran plaza frente al palacio. Ellos anunciaban á la ciudad de Versailles, que en en aquel instante los reyes, en compañía de sus hijos y servidumbre, abandonaban la soberbia morada de sus mayores, para no volver á ella jamas.

Desde la elevada torre de la iglesia de San Luis, en que se habia celebrado recientemente la apertura de los Estados Generales, la argentina campana del reloj daba la una del día, hora en que salió por el porton de hierro el carruaje en que iba la familia real. Tras este siguieron muchos otros de ménos lujo, en que tomaron asiento los miembros de la Asamblea Nacional, porque tan luego como se anunció la traslacion del rey á Paris, determinó ese augusto cuerpo acompañarle y trasladar allí el lugar de sus sesiones. Esta resolusion se la comunicó al rey en tiempo una diputacion de su seno, diputacion que él recibió cordialmente y á quien dió las gracias.

Efecto diametralmente contrario produjo en María Antonieta la nueva de que la Asamblea Nacional habia resuelto cambiar el sitio de sus sesiones y que debían acompañarlos á Paris sus revoltosos miembros.

—Esta es la prueba de que los señores del estado llano se han salido con la suya, exclamó ella encendida en cólera. Veo claro ahora que ellos han sido los autores del motin, con el objeto de darle un pretexto á la Asamblea Na-

cional para trasladar á París el sitio de sus sesiones. Hé ahí el término á que aspiraban. Pero no me digan que la revolución acaba aquí. Por el contrario, ahora es cuando le nacerán nuevas cabezas á la hidra, que nos ha de hacer pedazos. Pero está bien. Antes que humillarme es preferido que me hagan trizas.

En esta disposición de ánimo, con aire mas altanero que nunca, María Antonieta entró en el coche que debía conducir la familia real á París. Entre ella y el rey iba el delfín, y en los asientos fronterizos su hija María Teresa, la princesa Isabel, y madama de Tourzel, nueva aya de los infantes.

Inmediato al coche real, marchaba en interminable procesion, una brigada de artillería; en seguida el populacho, ebrio de vino, y fatigado con la noche pasada al cielo raso en la plaza; tras esa masa informe y horrible iban doscientos guardias de corps sin armas, sombreros ni fornitura, cada uno escoltado por dos granaderos y á retaguardia algunos soldados de los Suizos y del regimiento de Flandes. Cerraba la marcha una seccion de artillería con cañones cargados.

Pero si la retaguardia de aquella estrambótica procesion era desordenada y espantable, no menos salvaje y ruda lucía la vanguardia. Se componia de los hombres y mujeres mas atrevidos y descarados del populacho de París, que se habian adelantado al cortejo real, en la impaciencia de ser los primeros á anunciar á sus camaradas de la ciudad, el resultado feliz de la revolucion de Versailles y la humillacion del rey. En señal de la sangrienta victoria obtenida la noche precedente, llevaban enclavadas en picas, aun goteando sangre, las cabezas de Varicourt y Deshutes, fieles y valientes oficiales de la guardia Suiza, que habian caido pestando en defensa de sus soberanos. Entre aquella turba fanática y salvaje, donde tantas figuras raras representaban papel eminente, se distinguia un hombre de formas gigantescas, la barba negra y larga, los brazos desnudos y manchados de pecas, que iba y venia por medio de la procesion, blandiendo un jifero tinto en sangre. Este era Jourdan, á quien, por su destreza y agilidad en cercenar las cabezas de los guardias Suizos asesinados, dieron en llamar Cortacabezas, nombre que supo mantener durante toda la revolucion.

Esta vanguardia feroz, habiéndose adelantado hasta Sevres, hizo alto, no para descansar ni esperar el cuerpo y retaguardia de la procesion, que por varias razones marchaba despacio, sino para hacer enrizar el cabello de las dos cabezas, á fin de que, segun dijo Jourdan con atroz carcajada, hiciesen su entrada en la hermosa París como personas decentes.

Mientras esto pasaba delante, detras y en torno del coche real, dentro reinaba un silencio profundo. El rey habia recostado la cabeza en un rincon y cerrado los ojos para no ver las horribles figuras que de cuando en cuando pasaban por delante de las portezuelas, miraban hacia dentro con viva curiosidad, ó se reian y hacian muecas.

Por el contrario la reina, nunca manifestó mas orgullo y soberbia. Firme é impávida, sin pestañear siquiera, sin que un suspiro re-

\* Jourdan hasta aquella época habia servido de modelo en la Real Academia de Pintura y Escultura.

velase el tormento de su espíritu, seguia con la vista todas las escenas del melancólico viaje. —Mejor morir cien veces, decia ella entre sí, que dar á esta canalla el gusto de verme padecer. Mejor caer de cansancio que quejarme.

Pero aunque sus labios no pronunciaban una palabra de queja, ni su pecho exhalaba un suspiro, cuando despues de cuatro horas de aquella triste marcha, el delfín con semblante afligido le pidió pan, porque tenia hambre, desapareció la expresion orgullosa de sus facciones y dos gruesas gotas de lágrimas descendieron rodando por sus pálidas mejillas.

Al cabo, tras ocho horas de tedioso y continuo andar la extraña procesion llegó á París. No habia una ventana cerrada ni vacía en las calles por las cuales pasó, ni acababa de sorprenderse la gente de la clase media y moderada, al ver aquel espectáculo, hasta allí desconocido,—los reyes de Francia traídos por fuerza á la capital por la plebe de la ciudad. Aquellos que hasta allí no habian creído en la revolucion y que antes esperaban volviesen las cosas á su estado antiguo y normal, se quedaron mudos de espanto.

El cortejo, que bien podia calificarse de funebre, pues acababa de morir la monarquia, se aproximó al jardin de las Tullerías despacio y á lo largo del rio. Los ociosos que allí pasaban el tiempo, corrieron á la verja, que entonces separaba el parque por la parte del muelle, para ver á sus anchas la lúgubre procesion. Y puede decirse en verdad, que si en el rostro de muchos de estos espectadores estaban pintados el desden y el deseo de los trastornos, en el de no pocos se echaba bien de ver la expresion de los sentimientos opuestos, horror á la revuelta y pena de la humillacion que se hacia experimentar al monarca. Entre esos espectadores se hacian notar dos jóvenes, el uno en traje de simple ciudadano, el otro en el de subteniente de artillería. La cara de este último era pálida, mas animada de rara energía, lo que en combinacion con su noble y Griego perfil y ojos relampagueantes, atraía, fijaba las miradas de todos los que le rodeaban.

Cuando pasó por delante de él el populacho desordenado y rugiente, se volvió para su compañero, y con expresion de fiera indignacion, exclamó:

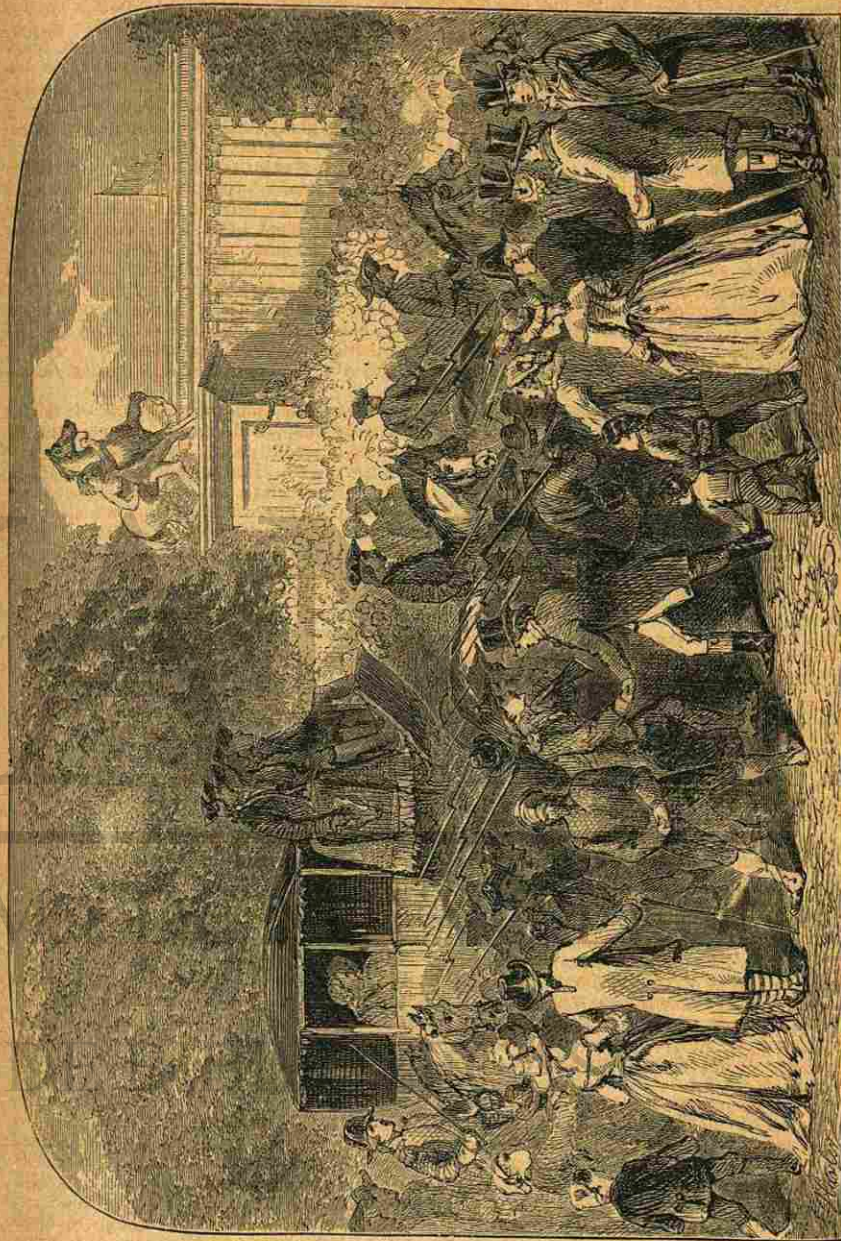
—¡Dios mio! Es posible? Qué, no tiene el rey cañones con que destruir esta canalla?"

—Amigo mio, replicó el otro sonriendo, recuerda los versos del gran Corneille: El pueblo dió al rey su púrpura y se la quita cuando le place. El pordiosero, rey por la gracia del pueblo, devuelve simplemente lo que no es suyo.

—Está bien, añadió el subteniente, pero no todos los reyes son tan necios como el rey de Corneille. Por lo que á mí toca, si recibiese la púrpura por la gracia del pueblo, te aseguro que no me la dejaria quitar mansamente. Pero vámonos de aquí, vámonos lejos, porque te confieso que me llena de ira la vista de la canalla á que has dado el bello nombre de pueblo.

Y cogiendo por el brazo á su amigo se alejó de allí á pasos precipitados, hacia lo interior del jardin de las Tullerías.

Fácilmente comprenderá el lector que este joven subteniente, que veia indignado el paso de la procesion revolucionaria, no era otro que Napoleon Bonaparte, el cual estaba destinado,



VUELTA DEL REY A PARÍS.

por extraños caminos, á darle el golpe de gracia á esa misma incipiente revolución.

El otro jóven que le acompañaba también estaba destinado á hacer gran papel en su patria, pero no en los campos de batalla, sino en el teatro Frances, pues se llamaba Talma.

## CAPITULO XV.

## LA REINA MADRE.

—Todo pasa y tiene su fin, no hay mas que tener paciencia y valor; dijo María Antonieta con dulce sonrisa, cuando á la mañana siguiente de su llegada á Paris, se levantó de la cama y bebía apaciblemente el chocolate en la improvisada sala de recibo. Hemos aquí instalados en las Tullerías, donde hemos podido dormir, siendo así que ayer mismo nos creíamos perdidos y que solo la muerte podria darnos paz y descanso.

—Fué dia terrible, observó madama de Campan suspirando. Sin embargo, V. M. se portó como una heroína.

—¡Ah! Campan, dijo ella tristemente; bien sabe Dios que no ambiciono la fama, y que estaria contenta si en vez de heroína, me fuese dado ser solo esposa y madre, ya que no me es permitido ser reina.

Esta y la camarera mayor interrumpieron el diálogo, porque en aquella sazón se abrió la puerta para dar entrada al delfin, seguido de su ayo el abad D'Arcourt. El chico no bien vió á María Antonieta, corrió á sus brazos y le dijo enternecido:

—Ay! mamá, querida mamá, volvámonos á nuestro hermoso palacio de Versalles. Esta casa grande y oscura me da miedo.

—Calla, hijo mio, calla por Dios, se apresuró á decirle su madre estrechándole en el seno. No digas eso, acostúmbrate por el contrario á estar contento en todas partes.

—Mamá, contestó el niño acercándose cuanto podia, no lo diré mas, al ménos no lo diré donde otras personas me oigan, pero ¿no es verdad que esto es muy triste? Y dime ¿de quién es esta casa? Por qué estamos aquí, cuando pudiéramos estar en nuestro hermoso palacio de Versalles?

—Hijo mio, contestó la reina afligida, esta casa nos pertenece y es hermosa y célebre. No oigas que no te gusta, porque aquí vivió tu augusto bisabuelo Luis XIV el grande, é hizo este palacio célebre en toda Europa.

—Sin embargo, me alegraría estar léjos de aquí, repuso el niño despues de echar una mirada melancólica y temosa á lo largo del salon, el cual adornaban unos cuantos deslustrados muebles.

—También yo quisiera estar léjos de aquí; dijo María Antonieta en voz muy apagada, como quien habla consigo mismo. Oyóla el niño á pesar de eso y dijo asombrado:

—¡Con que tú también quieres irte? No eres reina? No puedes hacer lo que deseas?

Atravesado el corazón de la reina con las palabras del niño, como con una invisible zaeta, no acertó á responder y rompió á llorar.

—Príncipe mio, le observó su ayo, veis la pena que le causais á la reina. Ella necesita descanso. Vamos á dar un paseo.

Pero enjugando María Antonieta sus lágrimas y oprimiendo la cabeza del delfin en su pecho, añadió:

—No, él no me causa pena. Llora, porque las lágrimas me alivian. Solo es uno desgraciado cuando no puede llorar... Mas ¿qué es eso? preguntó levantándose de repente. ¿Qué significa ese ruido?

En efecto, en aquel momento se oían en la calle gritos atronadores, mezclados de maldiciones y amenazas.

—“¿Qué es eso, mamá? preguntó el delfin apeándose al seno de su madre. Si tendremos otro dia por el estilo nel de ayer.”

Se abrió la puerta y entró el rey.

—Sire, le dijo María Antonieta yendo á su encuentro, ¿van á renovarse las terribles escenas de ayer?

—Por el contrario, María, contestó el rey, se trata de llamar á cuentas á los autores de ellas. Una diputación del tribunal del Chatelet ha venido á las Tullerías. Me pide le autorice á formarle causa á los autores de los desórdenes y asesinatos de ayer, y que tú le informes sobre lo que ha pasado. Hasta aquí acompañó el populacho á la diputación y como siempre con sus manifestaciones ruidosas. ¿Recibirás, María, la diputación del Chatelet?

—Me preguntas si la recibiré, repuso ella con amarga ironía, como si estuviera en nuestras manos negarnos á ver á esos señores. Esos que ahora vienen á pedirnos la vénia, son los esclavos de la plebe que los sigue hasta aquí bramando como bestias feroces; y quiera que no, tenemos que darles audiencia.

No replicó el rey, solo se encogió de hombros, abrió la puerta de la antesala y dijo á los chambelanes: Que entren esos señores. Y abierta de par en par la puerta, gritaron aquellos: Los respetables jueces del Chatelet.

Vestidos en sus ropas negras talares, con aire respetuoso y la cabeza inclinada, pasaron adelante los jueces y se quedaron en plé junto á la puerta.

María Antonieta se había adelantado algunos pasos. Por entónces ni la mas ligera sombra de pesar ni inquietud oscurecia el sereno cielo de su altiva frente. Erguida, llena la mirada de arrogancia y fuego, el semblante animado y majestuoso, era ella todavía la reina, aunque despojada de la pompa y el aparato que la rodeaban en las audiencias públicas de Versalles. Ya no se hallaba en el trono con los escalones cubiertos de grana, no protegía su cabeza el dosel de flecos de oro y flores de lis, no se agrupaban á sus flancos los cortesanos y damas de brillantes arreos, solo la acompañaban su marido y su hijo pequeñuelo; pues hasta el ayo de este, el abad D'Arcourt se había retirado al fondo respetuosamente. Pero no necesitaba María Antonieta de la pompa externa para ser reina; ella lo era en su porte, en su aspecto y en sus acciones. Con gran dignidad dejó que se le aproximase y la hablara la diputación del tribunal; y con la misma escuchó las palabras que le dirigió el decano de los jueces; las cuales se redujeron á expresar el horror que aquel había experimentado al enterarse de las atrocidades y desórdenes del dia anterior. En tal virtud, suplicaba humildemente á la reina se sirviese dar los nombres de las cabezas de motin que conociese para

arrestarlos y formarles causa. Pero María Antonietta le interrumpió diciendo:

—“No, señor, no, no se dirá de mí jamás que he sido la delatora de los súbditos del rey.”

—En ese caso, prosiguió diciendo el decano de los jueces con una reverente inclinación de cabeza, séame lícito al menos rogar á V. M., en nombre del Tribunal Supremo del Chatelet, nos dé la orden para perseguir criminalmente á los culpables, porque no podemos proceder de oficio, sin previa autorización.

—Tampoco quiero que se le forme causa á nadie, volvió á decir la reina con entereza. “Todo lo he visto, todo lo sé, todo lo he olvidado. Idos, señores, idos. Mi corazón no conoce venganza y ha olvidado á todos aquellos que me han ofendido. Marchaos.”

Y con un movimiento de la mano derecha y una ligera inclinación de cabeza, despidió la diputación, la cual se retiró en silencio.

—María, dijo el rey cogiendo la mano de su esposa y besándosela apasionadamente, María, te doy las gracias en nombre de todos mis súbditos. En este caso no has obrado solo como reina sino como madre de mi pueblo.

—¡Ah! exclamó ella con triste sonrisa, lo malo es que los hijos no creen en el amor de su madre y que tus súbditos no me consideran como tal, antes me tienen en el concepto de enemiga.

—Ya, repuso el rey, si no hubiesen extraviado su juicio personas mal intencionadas, te haría la justicia que mereces. Espero, sin embargo, que podremos con el tiempo sacar al pueblo de su error.

—También yo lo espero, Luis, pero (añadió con firmeza) á nada le temo. Venga lo que viniere, me hallaré siempre armada.

En aquella sazón entró madama de Campan por una puerta lateral.

—Si place á V. M., fuera, en la sala de recibimiento, aguarda un gran número de señoras del barrio de Saint Germain, que vienen á saludar á V. M. y ofrecerle sus servicios.

—Diles que allá iré á recibir las al punto. ¿Ves? agregó volviéndose para su marido. Hé aquí los consuelos de las desgracias. Hasta hace poco esas mismas señoras del barrio de Saint Germain se entretenían en cortarme vestidos de lo lindo, y no podían olvidar mi cualidad de Austriaca. Miralas ahora, están persuadidas que soy la reina de Francia y que les pertenezco. Perdóname si te dejo solo un momento.

Mientras se retiraba con rápidos pasos, el rey, en cuyo semblante estaba pintada una profunda melancolía, la siguió hasta perderla de vista y luego dijo entre sí:

—¡Pobre reina! Qué equivocadamente se la juzga! Cuán poco la conocen! qué injustamente la acusan! Y es que no puedo rectificar el juicio equivocado ni ahogar la calumnia ensañada contra ella.

Sentose suspirando en una silla de brazos y se quedó callado, sumido en tristes pensamientos. A poco, sin embargo, le volvió en su acuerdo, un ligero toque que recibió en la mano derecha, la cual descansaba en el brazo de la silla. Abrió los ojos y se encontró delante y mirándole fijamente con sus grandes ojos azules, el gracioso y suave delfín.

—¡Ah! Eres tú, mi querido Luis Carlos! dijo el rey. ¿Qué quieres, hijo mio?

—Papá, contestó el muchacho con aire tímido, quisiera hacerte una pregunta, una pregunta seria.

—Una pregunta seria! repitió el rey. Vamos á ver. Hazla.

—Sire, prosiguió el niño con seriedad, me ha dicho siempre madama de Tourzel que yo debo amar mucho, mucho, al pueblo de Francia y tratar á todos con amabilidad, porque el pueblo de Francia ama á papá y á mamá tanto, que sería una ingratitud si yo no le correspondiese. ¿Cómo sucede, pues, Sire, que el pueblo de Francia se ha vuelto tan malo contigo y que ya no ama á mamá? ¿Qué le han hecho ustedes para que esté tan irritado? No son tus súbditos? no te deben respeto y obediencia? Al menos así me dice mi maestro. ¿Te mostraron ayer obediencia y respeto? Me parece que no. Explicame esto, papá.

—Puso el rey al príncipe en sus rodillas, le rodeó el cuerpo con uno de sus brazos y le dijo:

—Te lo explicaré, hijo mio, y espero que escuches mis palabras atentamente.

—Sí, papá. Yo al menos soy un súbdito obediente. El abad D'Arcourt me ha dicho que yo no soy otra cosa respecto de ti, y que como hijo y súbdito debo dar ejemplo al pueblo Francés de cómo ha de amarse y obedecerse al rey. Yo te amo mucho, papá, yo soy tan obediente como puedo serlo, pero se me figura que mi ejemplo no vale de nada: ¿cómo es eso, papá?

—Eso proviene, hijo mio, de que hay hombres malos que le dicen al pueblo que yo no le amo. Hemos tenido grandes guerras y las guerras cuestan mucho dinero, así que yo pedí dinero á mi pueblo, para sostenerlas, del mismo modo que hicieron mis antecesores.

—Pero papá, ¿porqué hiciste eso? Por qué no cogiste de mi dinero para cubrir los costos? Yo tengo mas dinero del que necesito, solo que ya no podré dar limosna á los niños pobres en mis paseos. Hay tantos, tantos, que aunque doy solo un franco á cada uno, cuando vuelvo á casa no me queda nada en la bolsa. Tu pueblo tiene dinero, mas que tú mismo.

—Hijo, reciben los reyes cuanto tienen de manos del pueblo, bien que se lo devuelvan. El rey es nombrado por Dios para gobernarle, le debe pues respeto y obediencia y pagar las contribuciones. Así es, que si el rey necesita dinero, tiene razon de pedirselo á sus súbditos, ó lo que es lo mismo, imponerles contribuciones. Me comprendes?

—Sí, sí, papá, he comprendido todo muy bien. Pero no me gusta eso. Me parece que si un hombre es rey, todo le pertenece, y debe tener todo el dinero para darlo al pueblo. El pueblo debe pedir y no el rey.

—Así sucedía en tiempos antiguos y mas felices, dijo el rey suspirando. Muchos reyes, no obstante, han abusado de su poder y autoridad, de que ha resultado que hoy día el rey no puede gastar ni recibir dinero sin la intervención y el consentimiento del pueblo.

—¿Has gastado tú dinero, papá, sin permiso del pueblo? Es esa la razon porque fué ayer á Versailles é hizo tantas maldades? Porque los hombres malos eran parte del pueblo, ¿no es así?

No, hijo, espero no eran el pueblo los hombres malos de ayer. El pueblo no puede acercarse en tanto número, para ello debe nombrar quienes le representen. Yo he llamado á los representantes del pueblo, es decir, los Estados Generales que hice reunir en Versailles. Le pedí dinero para los gastos que hay que hacer, ellos en cambio me piden cosas que yo no puedo conceder, no solo por mi mismo, sino por tí, hijo mio, que serás algun día mi sucesor. Entónces algunos hombres malvados empezaron á maquinár é incitar al pueblo diciendo que ya no le quería yo, ántes me proponía esclavizarle. Y ese pueblo ha creído lo que le han dicho lo consejeros mal intencionados; me han calumniado á sus ojos y le han empujado á rebelarse contra mí. Pero ya todo eso se arreglará. Verán mis súbditos que yo los amo y estoy siempre pronto á hacerles justicia. Para esto he venido á Paris y ahora vivo en medio de mi pueblo. Siento que esto no es tan agradable como Versailles, que nuestros cuartos no son tan tampus y cómodos, ni tenemos los hermosos jardines de allá; pero es preciso conformarse. Hemos de tener presente que nadie está tan bien en Paris como nosotros. Asimismo es fuerza que confiesen los Parisienses que el rey los ama, pues dejó su encantador Versailles y ha venido á vivir con ellos y á participar de sus buenos y malos tiempos.

—Ya entiendo, papá, y ahora me avergüenzo de haberme quejado. Te prometo, agregó el niño con solemnidad, que haré cuanto esté en mi mano por darle buen ejemplo al pueblo y ser con él suave y benévolo. No me quejaré mas de vivir en Paris.

Y el delfín cumplió su palabra. Se esforzó en manifestarse contento, no habló de los buenos ratos pasados en Versailles, ni apareció reparar en los oscuros salones de las Tullerías con sus destrozados tapices, sus vetustos muebles, y aspecto ruinoso. Hasta llegó á aficionarse de un rincón especial del jardín que se habia señalado para recreo de la familia real. Por la verja de hierro solia asomarse la gente curiosa y maligna, y mas de una vez asustaron al niño palabras ásperas y caras sañudas.

Una ocasion, al oír tales palabras y ver semejantes caras, no pudo ménos de alarmarse el delfín, echando á correr y refugiándose en las faldas de su madre, á la cual rogó saliera del jardín y se metiera en el palacio. Pero esta, en vez de cumplir con su deseo, le internó mas y le acercó á la verja. En el pequeño cenador que habia en el ángulo del jardín por la parte que daba al muelle, se sentó ella, levantó á su hijo y le colocó en la mesa de mármol, le enjugó las lágrimas con el pañuelo y le rogó tíernamente no llorase mas ni se afliera.

—Porque si tú lloras y te afliges, hijo mio, se me acabará el ánimo, y todo me parecerá tan oscuro y triste como si de repente se apagase el sol. Porque si tú lloras, me harás llorar á mí, y ves que no le está bien llorar á una reina. En ello encuentran placer las gentes que se proponen mortificarnos y no debemos darles á conocer que se han salido con su gusto. Este es mi orgullo, pero cuando te veo afligido tonfieso que se me agotan las fuerzas. ¿Re-

cuerdas nuestro viaje de Versailles aquí? Cómo se moraban de mí los malvados que nos rodeaban? Yo conservé la mayor calma y serenidad, pero no pude ménos de llorar cuando tú me dijiste que tenias hambre.

—Pues pierde cuidado, mamá, que no volveré á llorar, para que no se gocen en mi afliccion los hombres malos.

—Eso es, hijo mio. Pero es preciso que seas amable con los hombres buenos.

—Lo será, mamá, lo malo es que yo no veo los hombres buenos. ¿Quiénes son?

—Debes creer, Luisito mio, que todos los hombres son buenos y así tratarlos á todos con amabilidad. Si no aprecian tu bondad ó tu benevolencia, ó si ellos carecen de tales virtudes, tú no tienes la culpa, y nuestro padre celestial y los tuyos estarán complacidos de tu conducta.

—Pero mamá, no me parece que todos los hombres son buenos. ¿Llamas buenos á los que nos maldecian, amenazaban y ponian nombres desde Versailles á Paris? Esos nunca podria yo tratarlos con amabilidad, si se nos acercaban otra vez.

—No se nos acercarán mas, Luisito. No, esperemos que los malos no volverán á molestarnos, y que serán buenos todos los que vengán á vernos. Por esta razon te encargo de nuevo, Luis mio, que trates á todos con bondad, á fin de que te quieran y vean que su futuro rey, desde niño, se muestra amable y civil.

—Aunque no sea mas que por darte gusto, mi querida mamá, haré lo que tú me dices.

Mientras María Antonietta le acariciaba por su docilidad y bella indole, se presentó un edecan y anunció al general Lafayette y al corregidor de Paris señor Bailly.

—Mamá, preguntó el delfín al oído de su madre luego que aparecieron los dos caballeros; es ese el general que estubo en Versailles? Yo no puedo ser amable con él, porque pertenece á los malos.

—¡Calla! calla, hijo mio! replicó la madre asustada. Por el amor de Dios, no digas tal. No pertenece el general Lafayette al número de nuestros enemigos al contrario, se interesa por nosotros. Se amable con él.

Tomó María Antonietta á su hijo por la mano y con la risa en los labios, salió al encuentro de los caballeros dichos, á fin de averiguar cuanto ántes el motivo de su visita intempestiva y en aquel sitio.

—Señora, le dijo el general Lafayette, vengo á preguntar á V. M. tenga la bondad de manifestarme á qué hora desea visitar el parque y el jardín, cosa de que yo pueda tomar mis medidas de acuerdo.

—Eso equivale á decir, general, replicó la reina, que ya no depende de mí libre albedrío pasar por el parque siempre y cuando se me antoje, sino que se me permitirá á ciertas horas, tal como se hace con los prisioneros.

—Perdonad, señora, dijo el general con mucho respeto, espero que V. M. me haga la gracia de creer, que por lo que á mí toca, la paz y la seguridad de vuestra augusta persona, son cosas sagradas y que miro como el primero de mis deberes protegerla de todo insulto y de cuanto pueda serla molesto.

—Hé aquí á lo que ha venido á parar la re-

na de Francia, exclamó María Antonieta. Es preciso protegerla para que no la insulten. No ha de salir al parque cuando guste, porque, es de temer que el pueblo la insulte, si el general Lafayette no ha tomado sus medidas previamente. Pero si eso es fácil que suceda, ¿por qué no cierra las puertas? Esta es una propiedad real y tal vez no le esté vedado al rey defender su hacienda de la plebe intrusa. En cuanto á proteger mi persona, ya cuidaré yo de eso, y haré de modo que pueda entrar y salir del parque y los jardines sin riesgo siempre y cuando se me antoje. Haré que S. M. el rey mande cerrar las puertas del parque y del paseo que da sobre el muelle. Así quedará todo remedado y al ménos tendremos la libertad de pasearnos á cualquier hora, sin necesidad de enviarle previo aviso al general Lafayette.

—No esperaba otra respuesta de boca de V. M., dijo Lafayette airado. Por lo mismo traje conmigo al señor corregidor Bailly, á fin de que me ayudara á persuadir á V. M. de la necesidad de no apelar á los medios violentos. El pueblo está ha to exasperado, para darle nuevo motivo de irritación.

—¿Y ese es vuestro parecer, señor? preguntó María Antonieta volviéndose para Bailly. También creéis vos, que sería un medio violento, si el rey usando de su derecho, cerrara su finca á aquellos que le faltan al respeto?

—Por desgracia, señora, no está en manos del rey hacer uso de ese derecho, como V. M. le llama.

—No queréis decir, sin duda, señor, que si le place al rey prohibir la entrada en el parque de las Tullerías á las personas de mala catadura, no tiene derecho de cerrar las puertas?

—Señora, séame lícito al ménos expresarme con franqueza; contestó Bailly. El rey Enrique IV, que Dios tenga en su santa gloria, concedió á los Parisienses el privilegio de entrar y salir del parque de las Tullerías á todas horas y sin ninguna restriccion. Como lo sabe V. M., el palacio se fabricó en tiempo de la reina Catalina de Médicis, despues de la muerte de su marido, para pasar ella su viudedad. Corria toda suerte de rumores sobre las cosas extrañas que, afirmaban personas graves, ocurrían de tiempo en tiempo en el parque. Se habló mucho de los laboratorios en que la reina Catalina preparaba sus venenos; del pabellón en que habia la cámara de un mártir; de los calabozos subterráneos en que habian sido enterradas muchas personas vivas; y estos cuentos horribles habian causado tal impresion en el ánimo de las gentes que nadie se atrevía á aproximarse á este sitio despues de puesto el sol. Pero cuando la reina Catalina salió de París y el rey Enrique IV vino á residir en el Louvre, mandó abrir á los Parisienses el jardín temible de las Tullerías, hizo público lo que era privado, con el fin de que el odio que inspiraba se convirtiese en bendiccion.

—¿Y suponeis, señor corregidor, que se trocía la bendiccion en odio, si cerrásemos las puertas que abrió Enrique IV?

—Mucho lo temo, señora, y de consiguiente me aventuro á rogar no se le niegue al pueblo el privilegio de entrar en los jardines de las Tullerías, ni se le prive de sus goces.

—Que no se le coarten sus goces al pueblo,

decis, pero á nosotros sí; repuso María Antonieta con amargura. No cabe duda que tienen razon los que llaman hoy rey de Francia al pueblo, mas olvidan que ese rey ha usurpado el trono valiéndose de la traicion, la rebeldia y el asesinato, y que dia llegará en que la cólera de Dios y la justicia de los hombres le derriben á nuestros piés. Aguardo ese dia y hasta entonces sobrellevaré con paciencia y valor lo que la suerte me tiene reservado. Al ménos no me intimidarán la barbarie ni la maldad de los hombres, ni el temor hará que me rebaje á hacer el papel de prisionera en mi propia casa, saliendo á pasear bajo la égida del señor de Lafayette, el general del pueblo.

—Si place á V. M., observó este palideciendo.

—¿Qué vais á decir? le interrumpió la reina con despreciativo gesto. Antes que fueseis á América, erais un caballero y conociais los hábitos y usos de la corte. De tal modo la falta de educacion allá ha pervertido vuestras ideas; que ya no sabeis que no os es permitido hablar en presencia de la reina sino cuando ella os faculte ú os pregunte?

—General, intervino entonces el delfin acercándose á Lafayette y tendiéndole la mano, tengo un placer en saludarte. Me ha dicho mamá que yo debo ser amable con todos los que lo son con nosotros, y precisamente cuando tú entraste con ese otro caballero, me dijo mamá que el general Lafayette no pertenecía al número de nuestros enemigos, ántes que se interesaba por nosotros. Aprovecho, pues, esta ocasion para saludarte y darte la mano de amigo.

Y mientras decia esto y se sonreía con el general, dirigió á su madre una mirada suplicatoria.

Tomó Lafayette la mano que le ofreció el príncipe, y la nube de cólera que poco ántes oscureció su semblante desapareció por completo. Como movido por un sentimiento de reverencia y admiracion, dobló la rodilla ante el niño, cuyo rostro resplandecía de inocencia, amor y bondad y le besó repetidas veces la mano que aun retenia en la suya.

—Príncipe mio, le dijo muy conmovido, me acabais de hablar con la lengua de un ángel y os juro, lo mismo que á vuestra madre, que no olvidaré en mi vida este instante. El beso que ahora imprimo en la mano de mi futuro rey, será el sello del voto y del juramento que hago de consagrarme al servicio del rey y de la familia real. Nada me hará desviar de mi fidelidad y devocion á sus augustas personas é intereses; nada, ni aun la cólera y el desvio de mi noble reina. Delfin de Francia, habeis conquistado en este dia un defensor de vuestro trono, defensor siempre listo á derramar la última gota de sangre en vuestro obsequio y en el de vuestra casa, y sobre cuya lealtad y amor podeis contar en todo tiempo.

Esto dijo Lafayette con los ojos llenos de lágrimas y los labios tembloros de la emocion mientras miraba al rostro animado y risueño del niño, el cual como que sentia un placer secreto viendo á sus piés á aquel hombre fuerte y ya famoso. Tras este se hallaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza doblada, en actitud pensativa, el señor Bailly, escuchando las solemnes palabras del general, so-

bre cuyos hombros descansaba la suerte de la monarquía, y que era á la sazón el hombre mas poderoso y distinguido de la Francia, pues le obedecia implícitamente la Guardia Nacional.

Inmediato al delfin se hallaba la reina, tambien en pié y la actitud orgullosa de su carácter, pero se conocia por su semblante que sus sentimientos habian experimentado un cambio repentino; pues habia desaparecido la expresion de cólera y desconfianza que poco ántes llevaba bien marcada. Desvanecida la nube, su rostro ahora despedia rayos de placer y contento; y en su boca volvió á aparecer aquella sonrisa que en mas felices dias, inspiró versos entusiastas á los favoritos de la reina y á sus enemigos temas de critica amarga.

Cuando concluyó de hablar reinó el silencio, aquel elocuente y solemne silencio que acompaña á los momentos en que el genio de la Historia se cierne sobre la cabeza de los hombres, y tocándoles con la punta de las alas, les ata la lengua y les abre los ojos del entendimiento para ver el futuro y leer los secretos del tiempo por venir, como á la luz de un relámpago.

Si, en ese momento crítico fué aquel en que Lafayette, á los piés del delfin, juró eterna fidelidad á la monarquía Francesa en presencia del corregidor de París, quien debia en breve sellar su lealtad con su sangre, y en presencia de la reina, cuyo exaltado carácter debia tambien en breve hacerle sufrir el martirio.

—Alzad, general, pasado el momento dijo María Antonieta con plácida sonrisa. Dios ha oido vuestro juramento y lo acepto en mi propio nombre, en el de la monarquía Francesa, de mi marido y de mi hijo. No lo olvidaré nunca y espero que vos no lo olvidareis tampoco. Y os ruego, continuó poniéndose colorada como una candelita, que disimuleis las palabras duras que os he dirigido. Tales cosas han pasado por mí en estos dias aciagos, que no es extraño sino muy natural que con cualesquiera motivos me irrite y exaspere. Probablemente aprenderé á recibir con igual indiferencia los malos como los buenos tiempos y á inclinar la cerviz al yugo que quieren imponerme mis enemigos. No se cambian, sin embargo, facilmente los hábitos é ideas de la niñez.

Diciendo esto se inclinó y besó los dorados cabellos del delfin, en cuyo instarte una lágrima desprendida de sus ojos rodó hasta la frente de su hijo y brilló allí como una estrella caída del cielo. No lo vió María Antonieta, ni conoció que la lágrima que habia tratado de esconder brillaba en la frente de su hijo, la cual no debia adornar ninguna otra diadema.

—Haga el cielo, exclamó Lafayette profundamente conmovido, que no se vea jamas compelida V. M. á acostumbrarse á los insultos. Espero que ya han pasado los peores tiempos y que tras la tormenta vendrán la calma y la bonanza. Recordará el pueblo con vergüenza y sentimiento las escenas escandalosas y punibles actos á que le arrastraron agitadores sin conciencia ni pudor, y volverá á la obediencia y lealtad que debe á unos soberanos, que para cumplir con su deseo, llevaron su confianza y afecto al extremo de dejar su hermoso y retirado hogar en Versailles, para venir á París. ¿Quiere dignarse V. M. de preguntar al corregidor? El la informará del buen efecto que han

causado en todos los ciudadanos dignos y pacíficos de París, las nobles y generosas palabras de V. M., cuando los jueces del Chatelet vinieron á impetrar su venia para formarle causa y castigar con todo el rigor de la ley á los cabecillas de los tumultos de Versailles.

—¿Cierto, señor Bailly, preguntó á este la reina, que obtuvo la aprobacion general mi resolucion en ese caso? Si tendré yo todavía amigos en París.

—No lo dude, V. M., contestó el corregidor respetuosamente, todos los buenos ciudadanos de París han visto con profunda emocion la noble resolucion de V. M. y se han grabado las reales palabras en todo corazón leal. Hoy se repiten en todas partes con júbilo y reverencia. Con este motivo ha podido verse y confesarse que se sienta en el trono de Francia no ya solamente la bondad y la belleza, sino tambien la clemencia y la gentileza, y que lleva V. M. con justa razon el título de muy cristiana reina.

No pudo esta por mas tiempo dominar su emocion. Despues de una lucha larga y porfiada consigo misma, para no dar mayores muestras de su debilidad mujeril, rompió á llorar, saltando las lágrimas por la punta de los dedos, con que habia pretendido cubrirse los ojos. Repuesta, sin embargo, al cabo de mas serio esfuerzo, pudo decir.

—Gracias, señor, gracias por el bien que me habeis hecho. Aunque no son estas lágrimas las primeras que me arrancan el pesar y la cólera, son las primeras que tras largo tiempo me hace vértter algo que se parece á la alegría. Dios sabe si podré derramarlas iguales otra vez. Y ahora me ocurre que quizás las debo mas á vuestro deseo de halagarme que á un verdadero triunfo sobre mis enemigos. Decis que todos los buenos ciudadanos de París repiten mis palabras y los bien dispuestos están satisfechos de mi decision. Ah! mucho temo que su número es bien pequeño y que no han de volver mas los dias alegres del pasado. ¿Y de ello no es una prueba vuestra presencia en este sitio? No venis porque el pueblo me insulta y me calumnia y porque considerais necesario ponerme bajo vuestra égida, que es mas poderosa que la púrpura real y las flores de lis del trono de Francia?

—Señora, dijo Lafayette en tono casi de súplica, es menester dar tiempo á que el pueblo extraviado vuelva al buen camino. Debemos tratarle poco mas ó ménos como se trata á los niños reacios y malditos, los cuales es mas fácil traer á la obediencia y la sumision con palabras blandas y aparentes concesiones, que con rigidez y severidad. Así pues, si se digna V. M. darme sus instrucciones y fijarme la hora en que mas le conviene pasearse por el parque y el jardín, yo tendré ocasion de hacer de modo que se respete como merece la persona sagrada de V. M.

—En otras palabras, observó María Antonieta con amarga ironía, hareis de manera que vuestra Guardia Nacional sirva de cerca á la reina de Francia que la oculte del odio del pueblo y la proteja de los ataques de sus enemigos. No, no puedo aceptar ese papel. Se verá al ménos que no soy cobarde ni que me oculté de los que me atacan.

—Ruego á V. M., dijo en este punto Bailly,

que siquiera por compasión á nosotros, por todos los leales servidores de V. M. que tiemblan ante la idea de los peligros que rodean á V. M. y amenazan su paz y seguridad, la ruego, repito, consienta en que el general Lafayette aleje al pueblo brutal y grosero y proteja á V. M. en sus paseos por el parque.

—Basta, señores, dijo María Antonieta con enfado. Sabeis mi resolución fija, no discutamos mas el asunto. No me ocultaré del pueblo, ni le afrontaré bajo otra protección que la de Dios. Con tal defensa y sostenida además por la convicción de que no he hecho nada para merecer este odio, continuaré sin miedo ni arrogancia la línea de conducta que me he trazado. Dios y mi suerte me juzgarán y decidirán entre los súbditos del rey y yo. Gracias, señores, por vuestro celo y atenciones, que cierto no las olvidaré nunca. Entretanto, señores, pasadlo bien; hace frío y debo volver al palacio.

—¿Se dignaría V. M. permitirnos engrosar su séquito y acompañarla hasta allá? preguntó Lafayette.

—Vine hasta aquí acompañada solamente por dos lacayos, que esperan fuera del pabellón, contestó la reina. Sabeis que he prescindido de lo que ordena la etiqueta de la corte respecto á mis paseos á pié, y aunque mis enemigos consideran esto como un delito, espero que el pueblo lo mire bajo otra luz y se convenza de que no soy tan altiva é inaccesible como generalmente se cree. Así pues, señores, id con Dios.

Con la mano les indicó ella la puerta y con una ligera inclinación de cabeza despidió los dos caballeros; quienes salieron del pabellón bastante descorazonados.

—Ven, hijo mío, entonces la reina al delphin, volvámonos á casa.

—Por el mismo camino que trajimos ¿no es así mamá? preguntó el niño cogiendo la mano que le extendió la madre.

—No volverás á llorar si el pueblo grita y se rie ¿no es verdad, hijo? Tú ya no tienes miedo.

—No, ya no tengo miedo. Te digo, mamá que no tendrás queja de mí. He puesto mucha atención á lo que dijiste á los dos caballeros y me alegro de que no le permitieras á Lafayette seguir detrás de nosotros. Tal vez hubiera creído el pueblo que ellos nos acompañaban porque teníamos miedo.

—Así es, hijo, vamos.

Se preparaban á salir, cuando ya en el quicio de la puerta, el delphin se atravesó delante de su madre y con expresión suplicatoria le dijo:

—Quisiera pedirte una cosa, mamá.

—Qué cosa, Luisito? Qué quieres?

—Quisiera ir solo, para que no se diga que tengo miedo. Deseo imitar al caballero Bayardo, de quien me ha hablado hoy el abad D'Arcourt. Quiero que se diga de mí como de él, *sans peur et sans reproche*.

—Muy bien, caballero, contestó la reina, irás solo, pero á mi lado.

—No, mamá, si me permites, por delante de tí. Los caballeros siempre van por delante de las señoras para despejar el camino. Yo soy tu caballero y lo seré mientras viva, mamá. Me lo permitis, real señora?

—Te lo permito, caballero Luis Carlos. Vol-

veremos á casa por el mismo camino que trajimos.

El delphin con esto muy alegre atravesó el pequeño espacio enfrente del pabellón y luego por una senda siguió al paseo llamado de la Arcadia, á lo largo del muelle.

Antes de la escalerita que conduce á ese paseo, se detuvo y volvió la linda cabeza hácia la reina, la cual, seguida á respetable distancia por los dos lacayos, venia andando despacio y traquila.

—Bien, caballero Bayardo, le preguntó ella con una sonrisa ¿por qué se para?

—Espero solo por V. M., contestó el niño gravemente. De aquí adelante comienzan mis servicios de caballero andante, pues el peligro se acerca.

—Cierto, dijo la reina cuando llegó al pié de la escalerita, donde se oía la gritaría popular. Tal es el trueno, que no parece sino que reina la tempestad. Pero tú sabes, hijo mío, que Dios tiene de su mano las tempestades y que él protege á los que se ponen bajo su amparo. Piensa en esto, hijo, y no temas.

—¡Ah! En cuanto á eso, mamá, pierde cuidado, yo no temo; y como un cabrito empezó el muchacho á subir los escalones.

Apresuró un tanto sus pasos la reina y concentró al parecer toda su atención en el delphin, que iba delante de ella tan animado y feliz. Este era por entonces su único cuidado, tal que en la apariencia no oía nada de lo que pasaba en torno suyo. Con todo, tras la verja que corría á lo largo del lado izquierdo del paseo de la Arcadia, se hallaba una masa compacta de gente, mas bien de cabezas humanas, todas con los ojos fijos en la reina y con la lengua ocupada en maldecirla y amenazarla.

—Mira, mira, gritó una mujer con el cabello desmelinado, mira la esposa del panadero, y el mono que salta delante de ella es el aprendiz. Ellos pueden vestir y comer bien, mientras nosotros padecemos hambre y desnudez. Pero ya llegará el día en que la panadera hambree, entonces nosotros tendremos pan y no le daremos migaja.

Estas últimas palabras las repitieron en coro multitud de voces entre gritos, risas y gruñidos. La masa popular se apiñó en un punto de la verja, la cual por ser fuerte no cedió desde luego, pero se estremeció toda y por entre barra y barra asomaron á un tiempo millares de brazos desnudos de hombres y mujeres en ademán amenazador contra la reina y su hijo, que seguía andando por delante de ella.

A pesar de las voces y de los movimientos hostiles del populacho, no volvió la reina el rostro una vez siquiera para la verja. No apartaba sus ojos del delphin, pensando en si tendría ó no valor de terminar la prueba de nueva especie que sin esperar lo hallaba sometido.

De improviso, llena de horror, se le heló la sangre en las venas y casi ceso de latir su corazón. La senda que llevaban, corría paralela á la verja, como ya hemos dicho, y luego torcía hácia la izquierda, pero antes de torcer hacia ángulo con ella, y en ese punto vió la reina un brazo desnudo de hombre que metido por entre las rejas, cortaba el paso como el palo de una barrera.

Del brazo aquel los ojos de la reina se dirigieron al delphin, notando que este titubeó un poco

y luego continuó su camino. Apresuró ella pues sus pasos, á fin de llegar al sitio del peligro antes que su hijo. Así que el pueblo de la parte fuera notó la maniobra del hombre, que introducía el brazo cada vez mas, dejó de chillar y guardó de pronto profundo silencio, como acontece en la tempestad, que reina la calma por instantes, entre ráfaga y ráfaga de viento.

Comprendieron claramente hasta los mas rados del populacho, que el contacto de aquel brazo amenazante con el niño podía muy bien producir el mismo efecto del choque del acero con el pedernal, las chispas que encendieran la llama de otra revolución. Ese sentimiento fué el que redujo á silencio al vocinglero pueblo y el que compelió á la reina á apresurar sus pasos. De modo que se hallaba ella casi al alcance del delphin, cuando este tocaba á la terrible barrera.

—Aquí, hijo mío, le gritó. Dame la mano.

Pero antes de que echara mano de la del infante, ya este se habia adelantado y parádose ante el brazo extendido del hombre del pueblo.

—Dios mío! exclamó la reina involuntariamente. ¿Qué va á hacer?

En aquel instante resonó por la parte fuera de la verja un gran grito de triunfo, repetido en seguida por miles de voces; porque el delphin habia extendido su pequeña y linda mano y la habia puesto sobre la férrea del hombre y se le sonreía, mientras este le miraba con la expresión del tigre que ya tiene la presa en sus garras.

—Buenos dias, señor, le dijo el chico con voz argentina. Buenos dias.

Y le tomó la mano y se la sacudió suavemente, como se hace cuando se saluda á un amigo.

—Lobato, rugió el hombre. ¿Qué es eso? Cómo te atreves á meter la manita en las garras del león?

—Señor, repuso el niño siempre sonriendo, creía que V. M. me extendía la mano para que yo se la estrechara y le dijera: buenos dias.

—Pues, si quisiera te la haria aficos como en un torno; dijo el hombre asiendo firmemente la mano del niño.

—No harás tal! le gritaron centenares de voces. No, Simon, tú no lastimarás al chico.

—Y si se me antojara ¿quién me lo impediría? preguntó el hombre dando una carejada. Ved, aquí tengo en el puño la manita del futuro rey de Francia, la cual me seria fácil apretar de modo que no pudiera agarrar nunca el cetro. El monito se figuró que podía tocarme la mano y hacer que yo retirara el brazo. Escucha bien moicito, ya ha pasado el tiempo en que los reyes podian prendernos y atropellarnos á su antojo. Ahora nosotros somos los que los prendemos á ellos, los sujetamos y no los soltamos á menos que nos dé la gana. ¿Oyes?

—Señor! gritó la reina, ordenando con un gesto imperioso se retirasen á los dos lacayos que acudían á arrancar el delphin de las manos del hombre. Señor, os ruego retireis el brazo y no nos impidais proseguir nuestro camino.

—¡Ah! exclamó el hombre volviéndose de repente para ella. ¿Tambien tú, mujer del panadero? Ya te conozco, ya nos hemos visto las caras. No es esta la primera vez que los divinos ojos de nuestra altanera reina se po-

sanen el sucio y miserable zapatero de viejo Simon.

—¿Es V., pues, el zapatero Simon? le preguntó María Antonieta. Es verdad, me acuerdo ahora haber hablado con V. antes. Fué cuando traje mi hijo por la primera vez á Nuestra Señora para que le bendijese Dios, y le viesse el pueblo.

—Cierto, repuso Simon no poco halagado. Se conoce que tienes al menos buena memoria. Pero deb'iste haber pre-tado atención á lo que entonces te dije. Yo no soy—señor,—soy un mero zapatero de viejo, que gana el pan con el sudor de su frente, mientras tú llevas una vida regalada. Entonces porque una miserable criatura como yo osó tocarle la mano á tu hija, lloró ella de asco y miedo.

—Pero ve V., señor Simon, dijo el delphin siempre con amable sonrisa, que yo no lloro. Sé que V. no tiene intencion de hacerme daño. Así le ruego tenga la bondad de retirar el brazo para que mi madre pueda seguir su camino.

—Supon que yo no hago lo que tú me dices, ¿no te parece que tu madre me lo ordenará y que en caso de negarme, hará venir aquí sus soldados para que nos fusilen por la espalda?

—Amamos al pueblo demasiado el rey y yo, dijo la reina prontamente, para disponer que las tropas hagan fuego sobre el pueblo. Yo no he dado semejante orden, maestro Simon, ni la daré nunca.

—Ya, no la darás, porque no estás segura de que los soldados te obedecerán; observó Simon con risa bestial. Desde que despachamos la guardia Suiza, no han quedado soldados dispuestos á dejarse matar por el rey y la reina. Saben ellos muy bien que si nos hicieran fuego, nosotros los despedazáramos. Sí, sí, los bellos dias de Versailles han pasado; aquí en París es preciso que te acostumbres á pedir en vez de mandar y que te convenzas de que es bastante el brazo de un solo hombre del pueblo á detener la reina y el delphin de Francia.

—Os equivocais, gritó la reina ya irritada, no sois vos bastante á detener á la reina de Francia y á su hijo.

Cogiendo con la mano izquierda á este, pegó un golpe con la derecha en el brazo del hombre, el cual por un movimiento instintivo soltó la presa, y madre é hijo pudieron seguir la marcha, antes que él se diera cuenta de lo que habia pasado con la velocidad del relámpago.

Encantado el pueblo con la acción energética y animosa de la reina, aquel mismo pueblo que hubiera bramado de rabia, si ella hubiera ordenado á sus lacayos arrancar el delphin de manos de Simon por la fuerza, aplaudió de ganas á la impávida mujer que habia osado defenderse por sí misma y logrado vencer á su enemigo. Llegó el entusiasmo á punto que se dieron varios vivas á la reina, entre la risa general que causaba el chasco dado al maestro Simon. Las amenazas se trocaron en celebraciones, siguiendo atentamente los ojos de los innumerables espectadores la figura erguida y orgullosa de la reina, que se alejaba sin cuidarse al parecer de lo pasado.

Solo Simon no celebró la entereza y energía de María Antonieta.

—Ya la pagará, decía él amenazándola por detrás con el puño y siguiendo sus pasos con



expresion sañuda. Me ha pegado en la mano, pero yo le sentaré la mia en el cogote, y cuando vuelva á apretar la del Eribonzuelo, no le quedarán mas ganas de enseñarme los dientes. Empiezo á creer lo que tantas veces me ha dicho Marat, que ha llegado el tiempo de la venganza. Preciso es echar á bajo la corona para que el pueblo gobierne. Me sale de adentro odiar á esta Austriaca, que arremanga la nariz y se cree mejor que mi mujer. Cuando nosotros seamos los amos y el rey nuestro criado, haré que Maria Antonieta sea mi camarera y su hijo mi limpiabotas. Ya sabrá entonces á qué sabe mi tirapié.

Mientras el zapatero Simon desfogaba de este modo la vergüenza y el despecho de haber sido burlado y vencido por una débil mujer y esa la reina, esta continuó su camino por el paseo de la Arcadia. Al fin de él estaba el cercado que conducía al pequeño jardín reservado para la familia real. Por la puerta de hierro, muy inmediata, que adornaban las armas de los reyes de Francia, Maria Antonieta penetró en un verdadero asilo, en el cual, libre de las acechanzas é insultos del pueblo, respiró ella con mas franqueza, así que los lacayos cerraron y oyó el golpe de la cerradura.

Paróse por un momento para reponerse y entonces echó de ver que le temblaban las piernas, y que apenas tenia fuerzas para seguir adelante. Tal vez le habria servido de alivio el caer de rodilla y enviado al seno de Dios la expresion ferviente de sus pesares y tormentos. Pero tras ella se hallaban los lacayos, su hijo que no cesaba de contemplarla con sus grandes ojos, fuera de que llegaba hasta allí desde el muelle la grita del pueblo, como el trueno de las olas de un mar distante que rompen con furor contra las rocas de la costa.

No podía, pues, la reina exhalar una queja ni hacer una oración, porque debía mostrar serenidad á su hijo, dignidad y compostura á sus criados. A Dios solamente era dado penetrar en aquel corazon afligido y medir la profundidad de su angustia. Pero en medio de su misma pesadumbre y su tristeza, se abria camino un sentimiento secreto de triunfo y satisfaccion. Si, habia ella mantenido su libertad é independencia, no era la prisionera de Lafayette, no estaba bajo la proteccion del general del pueblo, no le habia dado facultad de velar por su seguridad con la Guardia Nacional, ni el gusto de poder decir en su orden del dia:—A tal y cual hora la reina se pasea, amparémosla de la ira popular á fin de que se recree libremente.

—Mamá, le dijo el delfin interrumpiendo sus profundas meditaciones, ahí viene el rey, ese es papá. ¡Cuánto se alegrará de saber que yo fui valiente!

—Si, mi Bayardito, contestó la reina saliendo de su abstraccion, has hecho honor á tu gran modelo y te has mostrado caballero *sans peur et sans reproche*. Mas el verdadero valor, hijo, no se gloria en las grandes hazañas, ni ambiciona la admiracion de los demas, sino que guarda silencio sobre ellas y deja que otros las celebren.

—Yo tambien me callaré, mamá. Ya verás si yo sé guardar silencio y no hablar de mí mismo.

El rey, entretanto, seguido de varios caballeros y servidores, se acercaba con la priesa que tenia por costumbre, y en el afán de llegar á donde estaba su mujer, siguiendo la línea recta, abandonaba las tortuosas sendas y hollaba las últimas marchitas flores de otoño.

—Al fin te encuentro, Maria! exclamó él apenas se puso al alcance. Te buscaba para sacarte del parque. Hace tiempo que saliste y me tenias con mucho cuidado.

—¿Por qué con mucho cuidado? repuso la reina. ¿Qué peligro podía yo correr en mi jardín?

—No trates de ocultarme nada, Maria; replicó el rey con amargura. Lo sé todo. El odio del pueblo nos priva del goce del aire libre. Luego que tú los despediste, Lafayette y Bailly vinieron á verme, y me contaron que no les hiciste caso, ni quisiste concederle al general facultad de protegerte con sus tropas en tus paseos por el parque.

—Te han dicho verdad, Luis, y espero que apruebes mi conducta. Tú, como yo, sientes que es una nueva humillacion consentir en que el general del pueblo sea quien regule hasta nuestros mas inocentes pasatiempos. Si es que no tenemos derecho para pasearnos al aire libre, mas vale estarnos en casa.

—Yo no he pensado en otra cosa que en los peligros que correrias paseando sin proteccion; observó el rey muy perplejo. Me ha pintado Lafayette esos peligros con tan negros colores, y tengo que confesar con pena que no ha exagerado, que solo me corresponde pensar en tu seguridad. Bajo este punto de vista he examinado el asunto, de suerte, que me parece ocioso añadirte que he aprobado su proposicion y dádole facultad para que te proteja en tus paseos de los insultos del populacho.

—Me prometo, sin embargo, que no has fijado las horas de mis paseos. ¿Las has fijado?

—Si, contestó el rey con cuanta blandura le fué dado. Sabedor de tus hábitos y de que tanto en otoño como en invierno, gustas pasearte al aire libre entre doce y dos del día, y en verano de cinco á siete, he arreglado con el general Lafayette que guarde el parque á esas horas, aunque tú no estés fuera del palacio.

—Sire, dijo la reina dando un profundo suspiro, tú mismo aprietas los cordeles con que embarazan nuestros movimientos. Hoy limitas nuestra libertad á dos miserables horas, precedente que no se echará en saco roto. La proteccion del señor Lafayette, nos servirá de escudo al principio y podremos pasearnos en seguridad, mas no tardará en llegar el día en que eso no baste y en que solo el poder de Dios nos libre de todo mal. Porque abdica la autoridad que no se basta á sí misma, se desprestigia el soberano que se muestra débil y dependiente, desaparece la majestad que no sabe llevar la corona. ¡Ah! Preferiria arrostrar la ira del pueblo, con tal de conservar mi independencia, á pasearme con toda seguridad, bajo la égida del señor Lafayette.

—Maria, tú lo ves todo por el lado mas negro, le dijo el rey afligido. Si tenemos prudencia y nos conformamos á las circunstancias, si hacemos concesiones oportunas, aun puede enmendarse todo, desarmarse el odio y conquistarse la enemiga.

No replicó la reina, solo se inclinó sobre el delfin y le dijo al oído:

—Ya puedes referir lo pasado, Luis. Ya no es necesario guardar silencio. Así, cuenta tu heroísmo.

—Es de heroísmo de lo que se trata? preguntó el rey que entreoyó las últimas palabras de la reina.

—Si, precisamente de heroísmo; contestó esta. Pero nos pasa lo que á Don Quijote. Creíamos que peleábamos por nuestra honra y trono, y debemos confesar que no fué sino con molinos de viento. Ruégote informes al general Lafayette que no es necesario guarde las avenidas del parque con sus tropas, no volveré á pasearme.

Y cumplió la reina su palabra. No volvió á entrar en los jardines y parque de las Tullerías, no le dió ocasion jamas á Lafayette de protegerla, y sin necesidad de las tropas logró el objeto apetecido,—alejar el populacho de aquellos sitios reales. Porque sucedió lo que era muy natural que sucediera, no viendo aparecer la reina, se cansó de ir día tras día sin fruto á las verjas y amontonarse en el muelle. Verdad es que la hizo peor, pues en vez de perder el tiempo en inútiles amenazas en torno de los jardines, acudió á los clubs con doble asiduidad y aprendió de memoria, puede decirse así, el arte de las revoluciones, oyendo día y noche los incendiarios discursos de Marat, Santerre y otros, y las vehementes arengas de Mirabeau, Robespierre, Danton y demas caudillos de la famosa Montaña. Unos y otros socavaban los cimientos de la monarquía y preparaban las escenas de horror y sangre que señalaron el curso de la revolucion Francesa.

## CAPITULO XVI.

Habia pasado el invierno, triste, húgubre invierno para la familia real, especialmente para Maria Antonieta; para quien no hubo las fiestas, las distracciones, los sencillos é inocentes goces que suelen embellecer la vida de la mujer, mas de una reina.

Ya no es la Maria Antonieta que manda, que ve en torno suyo un círculo numeroso de cortesanos reverentes, ávidos de recoger la menor palabra que se escapa de sus labios; Maria Antonieta se ha trocado en una mujer grave y solitaria, la cual trabaja mucho, medita mas, forma muchos planes para salvar el reino y el trono y ve todos sus planes malogrados y deshechos por la indecision y debilidad de su marido.

Léjos, muy léjos están aquellos tiempos que con cada día nuevos goces y placeres la esperaban, cada alba de verano le anunciaba una mañana de delicias, y una tarde de embeleso en los bosquecillos y prados del Trianon. Habian dejado el suelo Frances los hermanos del rey, como ya se ha dicho y se habian fijado en Coblenza, sobre el Rin. Los Polignacs se habian refugiado en Inglaterra, á donde tambien acudió la princesa Lamballe mandada por la reina para que se viese con Pitt, el omnipotente ministro de Jorge III, á fin de ver si prestaba mas eficaz servicio á la oprimida corona Francesa, del que le prestaba con sus diatribas é imprecaciones contra la sediciosa y amotinada nacion.

Tambien habian huido á Coblenza y le pagaban corte á los principes Franceses, los anti-

guos compañeros de Maria Antonieta en sus placeres y diversiones del Trianon. Allí se hallaban los condes de Bezenval y de Coigny, el marqués de Lanzun, el baron de Adhemar y los demas prófugos, asustados por la vuelta que iba tomando la revolucion. Desde allí no ocupaban los ocios en otra cosa, que en intrigas de todas especies, en suscitar una guerra Europea contra la Francia, en lanzar teas incendiarias sobre los campos ya enrojecidos de sangre de su patria, y sobre todo, en expandir calumnias contra los que se hallaban expuestos al furor popular, sin perdonar á su misma pariente y antigua amiga, Maria Antonieta, la Austriaca.

Para cohonestar su cobardía esos emigrados y creyendo que así podrian congraciarse con el pueblo, no tuvieron escrúpulo en arrojarle para que le devorara, el cordero propiciatorio, que no era otro que la reina, sobre cuyas espaldas cargaron los crímenes todos que en siglos de desgobierno habia cometido la corte Francesa. El pueblo, trocado en fiera, pedía sangre, y se le ofreció la de Maria Antonieta. Ella debia pagar por todos los pecados de los Borbones, ella que habia desprestigiado la monarquía, ella que habia chocado contra las costumbres de la nacion, ella que con su orgullo habia roto el lazo de union del vasallo con su soberano, ella, en fin, que por pura ambicion habia aislado al rey y gobernaba en su lugar.

Pero de todos los enemigos de Maria Antonieta en el destierro, el que le hacia mas daño, por ser ambicioso y astuto, era el conde de Provenza, hermano mayor del rey. Veía claro que era profundo, insondable el abismo abierto entre el trono y el pueblo Frances; pero creia él que tal vez se llenaria arrojando al fondo á Luis XVI y Maria Antonieta; y en este caso no solo se calmaba la esfervescencia y la ira populares, sino que se aumentaban las probabilidades de suceder á su hermano. En tal sentido trabajaba sin descanso, aunque sin darse cuenta de los móviles secretos de su proceder infame.

El conde de Artois, que ántes habia sido el amigo de la reina, el único de la familia real que la tenia buena voluntad y soía defenderla de las calumnias exparecidas contra ella por las tias y aun el cuñado, en Coblenza se adhirió completamente al número de los que buscaban por todos medios su perdicion. En efecto, preciso es que hubiese sido una loco, para que, oyendo repetir que Maria Antonieta con su ligereza, sus despijarros é intrigas habia ocasionado el descrédito de la monarquía, la irritacion popular, la revolucion, en suma, —no le cobrase odio y no la creyese la causa de su forzada expatriacion.

Estaba bien informada Maria Antonieta de todo lo que se decia, se proyectaba y se urdía en Coblenza, á donde puede decirse con toda verdad que se habia trasladado la corte Francesa, puesto que los verdaderos monarcas llevaban vida de prisioneros mas que de otra cosa y de su lado se habian alejado los palaciegos y sobre todo los ministros diplomáticos de las naciones extranjeras.

—Me mataran, se decia ella á menudo suspirando, despues de enterarse de lo que pasaba en Coblenza; me mataran y lo peor es que conmigo matan al rey y á la monarquía. Sobre

expresión sañuda. Me ha pegado en la mano, pero yo le sentaré la mía en el cogote, y cuando vuelva á apretar la del Eribonzuelo, no le quedarán más ganas de enseñarme los dientes. Empiezo á creer lo que tantas veces me ha dicho Marat, que ha llegado el tiempo de la venganza. Preciso es echar á bajo la corona para que el pueblo gobierne. Me sale de adentro odiar á esta Austriaca, que arremanga la nariz y se cree mejor que mi mujer. Cuando nosotros seamos los amos y el rey nuestro criado, haré que María Antonieta sea mi camarera y su hijo mi limpiabotas. Ya sabrá entonces á qué sabe mi tirapié.

Mientras el zapatero Simon desfogaba de este modo la vergüenza y el despecho de haber sido burlado y vencido por una débil mujer y esa la reina, esta continuó su camino por el paseo de la Arcadia. Al fin de él estaba el cercado que conducía al pequeño jardín reservado para la familia real. Por la puerta de hierro, muy inmediata, que adornaban las armas de los reyes de Francia, María Antonieta penetró en un verdadero asilo, en el cual, libre de las acechanzas é insultos del pueblo, respiró ella con más franqueza, así que los lacayos cerraron y oyó el golpe de la cerradura.

Paróse por un momento para reponerse y entonces echó de ver que le temblaban las piernas, y que apenas tenía fuerzas para seguir adelante. Tal vez le habría servido de alivio el caer de rodilla y enviado al seno de Dios la expresión ferviente de sus pesares y tormentos. Pero tras ella se hallaban los lacayos, su hijo que no cesaba de contemplarla con sus grandes ojos, fuera de que llegaba hasta allí desde el muelle la gritería del pueblo, como el trueno de las olas de un mar distante que rompen con furor contra las rocas de la costa.

No podía, pues, la reina exhalar una queja ni hacer una oración, porque debía mostrar serenidad á su hijo, dignidad y compostura á sus criados. A Dios solamente era dado penetrar en aquel corazón afligido y medir la profundidad de su angustia. Pero en medio de su misma pesadumbre y su tristeza, se abría camino un sentimiento secreto de triunfo y satisfacción. Si, había ella mantenido su libertad é independencia, no era la prisionera de Lafayette, no estaba bajo la protección del general del pueblo, no le había dado facultad de velar por su seguridad con la Guardia Nacional, ni el gusto de poder decir en su orden del día:—A tal y cual hora la reina se pasea, amparémosla de la ira popular á fin de que se recree libremente.

—Mamá, le dijo el delfín interrumpiendo sus profundas meditaciones, ahí viene el rey, ese es papá. ¡Cuánto se alegrará de saber que yo fui valiente!

—Si, mi Bayardito, contestó la reina saliendo de su abstracción, has hecho honor á tu gran modelo y te has mostrado caballero *sans peur et sans reproche*. Mas el verdadero valor, hijo, no se gloria en las grandes hazañas, ni ambiciona la admiración de los demás, sino que guarda silencio sobre ellas y deja que otros las celebren.

—Yo también me callaré, mamá. Ya verás si yo sé guardar silencio y no hablar de mí mismo.

El rey, entretanto, seguido de varios caballeros y servidores, se acercaba con la priesa que tenía por costumbre, y en el afán de llegar á donde estaba su mujer, siguiendo la línea recta, abandonaba las tortuosas sendas y hollaba las últimas marchitas flores de otoño.

—Al fin te encuentro, María! exclamó él apenas se puso al alcance. Te buscaba para sacarte del parque. Hace tiempo que saliste y me tenías con mucho cuidado.

—¿Por qué con mucho cuidado? repuso la reina. ¿Qué peligro podía yo correr en mi jardín?

—No trates de ocultarme nada, María; replicó el rey con amargura. Lo sé todo. El odio del pueblo nos priva del goce del aire libre. Luego que tú los despediste, Lafayette y Bailly vinieron á verme, y me contaron que no les hiciste caso, ni quisiste concederle al general facultad de protegerte con sus tropas en tus paseos por el parque.

—Te han dicho verdad, Luis, y espero que apruebes mi conducta. Tú, como yo, sientes que es una nueva humillación consentir en que el general del pueblo sea quien regule hasta nuestros más inocentes pasatiempos. Si es que no tenemos derecho para pasearnos al aire libre, más vale estarnos en casa.

—Yo no he pensado en otra cosa que en los peligros que correrías paseando sin protección; observó el rey muy perplejo. Me ha pintado Lafayette esos peligros con tan negros colores, y tengo que confesar con pena que no ha exagerado, que solo me corresponde pensar en tu seguridad. Bajo este punto de vista he examinado el asunto, de suerte, que me parece ocioso añadirte que he aprobado su proposición y dádole facultad para que te proteja en tus paseos de los insultos del populacho.

—Me prometo, sin embargo, que no has fijado las horas de mis paseos. ¿Las has fijado?

—Sí, contestó el rey con cuanta blandura le fué dado. Sabedor de tus hábitos y de que tanto en otoño como en invierno, gustas pasearte al aire libre entre doce y dos del día, y en verano de cinco á siete, he arreglado con el general Lafayette que guarde el parque á esas horas, aunque tú no estés fuera del palacio.

—Sire, dijo la reina dando un profundo suspiro, tú mismo aprietas los cordeles con que embarazan nuestros movimientos. Hoy limitas nuestra libertad á dos miserables horas, precedente que no se echará en saco roto. La protección del señor Lafayette, nos servirá de escudo al principio y podremos pasearnos en seguridad, mas no tardará en llegar el día en que eso no baste y en que solo el poder de Dios nos libre de todo mal. Porque abdica la autoridad que no se basta á sí misma, se desprestigia el soberano que se muestra débil y dependiente, desaparece la majestad que no sabe llevar la corona. ¡Ah! Preferiría arrostrar la ira del pueblo, con tal de conservar mi independencia, á pasearme con toda seguridad, bajo la égida del señor Lafayette.

—María, tú lo ves todo por el lado más negro, le dijo el rey afligido. Si tenemos prudencia y nos conformamos á las circunstancias, si hacemos concesiones oportunas, aun puede enmendarse todo, desarmarse el odio y conquistarse la enemiga.

No replicó la reina, solo se inclinó sobre el delfín y le dijo al oído:

—Ya puedes referir lo pasado, Luis. Ya no es necesario guardar silencio. Así, cuenta tu heroísmo.

—Es de heroísmo de lo que se trata? preguntó el rey que entreoó las últimas palabras de la reina.

—Sí, precisamente de heroísmo; contestó esta. Pero nos pasa lo que á Don Quijote. Creíamos que peleábamos por nuestra honra y trono, y debemos confesar que no fué sino con molinos de viento. Ruégote informes al general Lafayette que no es necesario guarde las avenidas del parque con sus tropas, no volveré á pasearme.

Y cumplió la reina su palabra. No volvió á entrar en los jardines y parque de las Tullerías, no le dió ocasión jamás á Lafayette de protegerla, y sin necesidad de las tropas logró el objeto apetecido,—alejar el populacho de aquellos sitios reales. Porque sucedió lo que era muy natural que sucediera, no viendo aparecer la reina, se cansó de ir día tras día sin fruto á las verjas y amontonarse en el muelle. Verdad es que la hizo peor, pues en vez de perder el tiempo en inútiles amenazas en torno de los jardines, acudió á los clubs con doble asiduidad y aprendió de memoria, puede decirse así, el arte de las revoluciones, oyendo día y noche los incendiarios discursos de Marat, Santerre y otros, y las vehementes arengas de Mirabeau, Robespierre, Danton y demás caudillos de la famosa Montaña. Unos y otros socavaban los cimientos de la monarquía y preparaban las escenas de horror y sangre que señalaron el curso de la revolución Francesa.

## CAPITULO XVI.

Había pasado el invierno, triste, húgubre invierno para la familia real, especialmente para María Antonieta; para quien no hubo las fiestas, las distracciones, los sencillos é inocentes goces que suelen embellecer la vida de la mujer, más de una reina.

Ya no es la María Antonieta que manda, que ve en torno suyo un círculo numeroso de cortesanos reverentes, ávidos de recoger la menor palabra que se escapa de sus labios; María Antonieta se ha trocado en una mujer grave y solitaria, la cual trabaja mucho, medita más, forma muchos planes para salvar el reino y el trono y ve todos sus planes malogrados y deshechos por la indecisión y debilidad de su marido.

Léjos, muy léjos están aquellos tiempos que con cada día nuevos goces y placeres la esperaban, cada alba de verano le anunciaba una mañana de delicias, y una tarde de embeleso en los bosquecillos y prados del Trianon. Habían dejado el suelo Frances los hermanos del rey, como ya se ha dicho y se habían fijado en Coblenza, sobre el Rin. Los Polignacs se habían refugiado en Inglaterra, á donde también acudió la princesa Lamballe mandada por la reina para que se viese con Pitt, el omnipotente ministro de Jorge III, á fin de ver si prestaba más eficaz servicio á la oprimida corona Francesa, del que le prestaba con sus diatribas é imprecaciones contra la sediciosa y amotinada nación.

También habían huido á Coblenza y le pagaban corte á los príncipes Franceses, los anti-

guos compañeros de María Antonieta en sus placeres y diversiones del Trianon. Allí se hallaban los condes de Bezenval y de Coigny, el marqués de Lanzun, el baron de Adhemar y los demás prófugos, asustados por la vuelta que iba tomando la revolución. Desde allí no ocupaban los ocios en otra cosa, que en intrigas de todas especies, en suscitar una guerra Europea contra la Francia, en lanzar teas incendiarias sobre los campos ya enrojecidos de sangre de su patria, y sobre todo, en expandir calumnias contra los que se hallaban expuestos al furor popular, sin perdonar á su misma pariente y antigua amiga, María Antonieta, la Austriaca.

Para cohonestar su cobardía esos emigrados y creyendo que así podrían congraciarse con el pueblo, no tuvieron escrúpulo en arrojarle para que le devorara, el cordero propiciatorio, que no era otro que la reina, sobre cuyas espaldas cargaron los crímenes todos que en siglos de desgobierno había cometido la corte Francesa. El pueblo, trocado en fiera, pedía sangre, y se le ofreció la de María Antonieta. Ella debía pagar por todos los pecados de los Borbones, ella que había desprestigiado la monarquía, ella que había chocado contra las costumbres de la nación, ella que con su orgullo había roto el lazo de union del vasallo con su soberano, ella, en fin, que por pura ambición había aislado al rey y gobernaba en su lugar.

Pero de todos los enemigos de María Antonieta en el destierro, el que le hacía más daño, por ser ambicioso y astuto, era el conde de Provenza, hermano mayor del rey. Veía claro que era profundo, insondable el abismo abierto entre el trono y el pueblo Frances; pero creía él que tal vez se llenaría arrojando al fondo á Luis XVI y María Antonieta; y en este caso no solo se calmaba la esfervecencia y la ira populares, sino que se aumentaban las probabilidades de suceder á su hermano. En tal sentido trabajaba sin descanso, aunque sin darse cuenta de los móviles secretos de su proceder infame.

El conde de Artois, que ántes había sido el amigo de la reina, el único de la familia real que la tenía buena voluntad y soía defenderla de las calumnias exparecidas contra ella por las tías y aun el cuñado, en Coblenza se adhirió completamente al número de los que buscaban por todos medios su perdición. En efecto, preciso es que hubiese sido una loco, para que, oyendo repetir que María Antonieta con su ligereza, sus despiñarros é intrigas había ocasionado el descrédito de la monarquía, la irritación popular, la revolución, en suma, —no le cobrase odio y no la creyese la causa de su forzada expatriación.

Estaba bien informada María Antonieta de todo lo que se decía, se proyectaba y se urdía en Coblenza, á donde puede decirse con toda verdad que se había trasladado la corte Francesa, puesto que los verdaderos monarcas llevaban vida de prisioneros mas que de otra cosa y de su lado se habían alejado los palaciegos y sobre todo los ministros diplomáticos de las naciones extranjeras.

—Me matarán, se decía ella á menudo suspirando, despues de enterarse de lo que pasaba en Coblenza; me matarán y lo peor es que conmigo matan al rey y á la monarquía. Sobre

todos nosotros, sobre nuestros cuerpos ensangrentados y frios, se alzaría la revolución triunfante.

Con todo eso, para detenerla y ver de mantener en pié la monarquía, aquella heroica mujer hacía constantes é increíbles esfuerzos. Solía decir el emperador José II, su hermano, que era realista porque ese y no otro era su negocio. El realismo de María Antonieta no reconocía el mismo origen, sino que estaba implantado en su alma, era una convicción suya profunda, hacia parte de su naturaleza.

En la defensa pues de la monarquía, que la veía amenazada directamente de consuno por el espíritu revolucionario, y los desatinos de los emigrados, se concentraban todos sus esfuerzos y cuidados. Si pudiera infundir en el rey el mismo valor que animaba su corazón, encender el mismo fuego que ardía en su pecho, no estaba aun todo perdido, aun había esperanza de salvación para el trono de Francia. Pero ¡ay! Luis XVI era, no cabe duda, un hombre bueno y un padre amoroso, no era rey, no sabía serlo. Aunque abundaba en el deseo de restaurar la monarquía, carecía de la energía y fuerza de voluntad requeridas nunca con mas urgencia, que en aquellas críticas y extraordinarias circunstancias. En vez de dominar la revolución luchando á brazo partido y cuerpo á cuerpo, trató de conciliarla con concesiones y medidas buenas cuando mas para tiempos normales, de que resultó mayor violencia, pérdida completa de la dignidad real.

Pero no podía ni quería María Antonieta renunciar á la esperanza de salud. Puesto que el rey no actuaba, ella obraba por él; ya que huía de mezclarse en la política, ella la tomaba á su cargo. Con celo digno de elogio se engolfó en los negocios, gastaba muchas horas diariamente con los ministros y demas funcionarios de palacio, se correspondía frecuentemente con las cortes extranjeras, en especial con su hermano el emperador Leopoldo y con su hermana la reina Carolina de Nápoles. Para ello había que recurrir á la escritura en cifras y que valerse de agentes secretos, que llevarán y traerán cartas, pues no podían fiarse al correo, dado que estuviesen escritas en lenguaje ininteligible para el comun de los lectores. En todas esas cartas, escritas, se puede decir, con la sangre de María Antonieta, imploraba ella ayuda, socorro para la monarquía decadente.

Así se pasaban los dias de la reina. Trabajos y cuidados de la mañana á la noche, sueños interrumpidos á menudo; no mas cantos, no mas risas, no mas conferencias con su modista la señora Bertin, no mas encargos al peluquero Leonard poniendo á contribución su ingenio, no mas lujo ni pasatiempos, sino un simple traje negro, un pañolón de encaje para el cuello y á veces una pluma para adorno de la cabeza.

Pagóse ella en otro tiempo de su belleza, mas de una vez la imagen que reflejaba su espejo la hizo sonreír; ahora miraba con indiferencia la palidez y flacura del rostro, lo aflado de las facciones, y no la causaba sorpresa notar que á despecho de sus treinta y seis años de edad, la reina de Francia pareciese vieja. Las rosas se habían marchitado en sus mejillas, los cuidados y no los años, habían arrugado su

frente. No sentía la pérdida de su belleza, por el contrario, casi le producía complacencia la contemplación de su rostro de matrona, en cuyos hermosos cabellos había dejado huellas inequívocas la noche triste de Octubre. Se había hecho sacar su retrato para remitirsele á Londres, á la mas leal de sus amigas, la princesa Lamballe, y con sus propias manos escribió debajo:—Los pesares te han blanqueado el cabello antes de tiempo.

Sin embargo, en medio de esa vida llena de cuidados, de trabajos, de tristezas y de angustias, en medio de las tribulaciones y turbulencias de los tiempos, no faltaban horas de bonanza, rayos de luz, momentos saltados de dicha.

Fué en efecto, día de bonanza aquel que dió fin al triste y largo invierno en las Tullerías y los Estados Generales permitieron á la familia real pasar el verano en San Cloud, aun cuando esa bonanza implicaba una nueva humillación para el monarca, quien á todas luces se hallaba á merced de los representantes de la nación. Estos se titulaban los sostenedores del trono y aquel que se sentaba en él dependía enteramente de sus caprichos.

Había en San Cloud al ménos alguna libertad, soledad al ménos, quietud. Cantaban los pájaros en las enramadas, el sol con sus rayos de oro alumbraba las espaciosas salas del palacio, en las cuales se reunían unos pocos servidores fieles á la reina, y esparcían algo de la pasada dicha. Allí volvió á ser la reina María Antonieta y celebró corte; pero ¡cuán diferente de dias mas venturosos!

No resonaban en las amplias y régias salas as risas alegres y los cantos animados de otro tiempo; ni barrían el suelo con sus vestidos elegantes y ligeros de verano, las señoras de la corte; no se sentaba al clavicordio el baron de Adhemar á cantar con su rica voz de tenor las bellas arias de la ópera Ricardo Corazon de Leon, en que se hacia el apoteosis de la monarquía, y en que el cantante Garat había arrebatado de entusiasmo y delicia á todo París, sino á Versailles, y en este á la familia real.

El mismo Luis XVI no era dueño á moderar sus arrebatos de júbilo siempre que Garat con su flexible voz de tenor y exquisita expresión cantaba el aria de—Oh! Ricardo, oh! rey mio!—que le valió un triunfo completo en el teatro. Bien es, que en la noche á que nos referimos ahora, luego que el cantante empezó la pieza, todos los ojos se fijaron en el palco de la familia real, la audiencia en masa se puso en pié y miles de voces acompañaron en coro á Garat, repitiendo—Oh! Ricardo, oh! rey mio!

Tan complacido quedó Luis XVI con este célebre cantante, que en la repetida noche, no tuvo á ménos rendirle homenaje público, ni embarazó en ceder á las instancias de la reina, para que lo invitase á los conciertos privados de esta en Versailles, así como para que le diera lecciones de canto.

En todas estas cosas pensaba María Antonieta cuando se hallaba sola en el silencioso y desierto salon de música del palacio de San Cloud. Los instrumentos yacían arrimados á las paredes y ya no había manos que arrancaran de sus cuerdas las pasadas melodías.

—“Me alegraría no haber cantado jamas duetos con Garat; decia entre sí la reina. No

debió el rey permitírmelo, ni yo haberlo deseado. Para la reina no se han hecho la libertad, la alegría ni la dicha. La reina puede ensayar las bellas artes á solas, en el retiro y soledad de sus aposentos. Sí, mas valiera que yo no hubiese cantado jamas con Garat.”

Como maquinalmente se sentó delante del clavicordio y pasó la mano derecha por las teclas, por la primera vez tras largos meses de silencio, dulces tonos de música resonaron en el salon.

No eran estas las notas risueñas que solía la reina arrancar de sus polvorosas teclas, eran gemidos, gritos de dolor; pero no obstante, traían á la mente los dias dorados y venturosos en que la reina de Francia se vanagloriaba con el título de la amiga de las artes; en que recibió en Versailles á su primer maestro, el famoso compositor Gluck; en que le defendió contra los amigos del Italiano Lully. María Antonieta fué el caudillo del partido Gluckista, é hizo guerra incruenta al partido Lullista, en que se dividió París. Los intereses del arte en esa época al parecer solo ocupaban los espíritus y la guerra solo se hacia con la lengua y con la pluma. Debió Gluck á la poderosa influencia de la reina que se representase en el teatro su ópera Alceste, aun cuando en su primera representación los Lullistas vencieron con sus intrigas; y lograron oscurecer su mérito. Gluck desesperado salió del teatro y se metió por la primera calle oscura, huyendo de los silbidos del público. Siguióle un amigo, le detuvo y le habló en blando tono. Pero le interrumpió Gluck con vehemencia, echándole los brazos al cuello:—¡Ah! amigo mio! Alceste ha caído!—¿Caído? repuso el amigo apretándole la mano. Sí, Alceste ha caído: ha caído del cielo!

Se acordó de esto la reina, mientras se hallaba sentada al clavicordio, y de lo conmovido que estaba Gluck cuando refería esas palabras de su amigo, quien no había sido otro que el baron de Adhemar.

Se acordó igualmente que agradecida á este por las palabras oportunas con que había sostenido las esperanzas decadentes del célebre maestro, le dio la mano á besar; y que ese mismo baron, tan galante y tan fino entonces, ahora ayudaba al príncipe en Coblenza á forjar libelos contra ella, siendo él autor del desvergonzado folleto en que se ridiculizaban los estudios músicos de la reina, hasta el dueto que había cantado con Garat.

Sus dedos al principio empezaron á deslizarse suavemente por las teclas del clavicordio, hasta que sacó notas claras y distintas y naturalmente, sin conciencia, tocó la—Queja de amor—de la ópera de Gluck. Del mismo modo se abrieron sus labios, recordó la letra, echó poco á poco la voz, y al fin cantó con apasionada expresión,—oh, crudel, non posso in vere, tu lo sai, senza dite.

A tiempo que la reina emitía las primeras notas del aria, se abrió con mucho tiento la puerta lateral del salon que daba sobre el jardín, y se asomó la crespa cabecita del delfín. Tras este venían su aya madama Tourzel y madama Isabel, su tia, que como él al oír la música se pararon á escuchar en el mayor silencio.

Luego que concluyó el canto de la reina, no

porque terminó el aria, sino porque los sollozos ahogaron la voz en su garganta, entró de carrera el infante y con los brazos abiertos se arrojó en las faldas de su madre y le dijo lleno de júbilo:

—Ah! mamá ¡con que tú vuelves á cantar? Creía yo que mi querida mamá había olvidado la música. Pero pues has empezado á cantar, ya somos otra vez felices.

María Antonieta estrechó entre sus brazos al niño, no le contradijo, y sonriendo contestó al saludo de las dos señoras, las cuales entonces se aproximaron y pidieron perdón por haber cedido á las instancias del delfín y entrado en el cuarto sin previo permiso.

—Oh! mamá, mi querida mamá, continuó diciendo el infante, yo me he portado muy bien hoy. El abad está contento conmigo porque hice una buena plana y me supe la lección de aritmética. ¿No me darás tú, mamá, el premio?

—¿Qué premio quieres, hijo mio? le preguntó sonriendo la reina.

—Dí, primero, si me le darás ó no.

—Bien. Te le daré, Luisito. ¿Qué premio quieres?

—Pues el premio que yo quiero es una canción cantada por tí, mamá, y, añadió señalando para las dos señoras, que permitas la oigan estas amigas mías.

—Te voy á dar gusto, hijo, cantaré la canción para premiar tu comportamiento excelente, y la oirán nuestras buenas amigas.

Se iluminó de alegría el semblante del niño, cogió una silla de brazos y se sentó junto al piano con mucha formalidad.

Cerca de él se sentó madama Isabel y en el respaldo del asiento del infante se reclinó madama Tourzel.

—Ahora canta, mamá.

Tocó un preludio María Antonieta, y cuando sus ojos tropezaron con el grupo de sus oyentes, se le animaron de gozo y en seguida los alzó á Dios en acción de gracias.

Algunos minutos antes se había creído ella la mas solitaria y triste de las mujeres, había pensado mucho y con profunda pena en los amigos ausentes, y cómo para recordarle que aun había dicha para ella, la suerte le enviaba su hijo y su cuñada, los cuales amaba con la mayor ternura, y la amable y afectuosa madama Tourzel, de cuya fidelidad hasta la muerte estaba convencida María Antonieta.

No llenaban ahora, como en otro tiempo, los aduladores, palaciegos, señoras y caballeros, el salon de música, ni saludaban los cantos de la reina los aplausos de entusiasmo de costumbre, pero en la silla de brazos, donde tan á menudo se sentó la duquesa de Polignac, lucía la blonda cabeza de su hijo y su iluminado semblante hablaba á su corazón con mas elocuencia que los elogios de los amigos. En el taburete, al presente ocupado por madama Isabel, su cuñada, á menudo se sentó Dillon, el hermoso Dillon, cuya radiante fisonomía, á despecho, quizás, de su voluntad, decia mas á la reina de lo que ella se permitía entender, cuando bajo sus miradas le latía el corazón de pena y gozo. Cuán pura é inocente es la cara que ahora luce en esa silla, la cara de un ángel que lleva el sello de Dios en su corazón y en su aspecto!

—Ruega por mí, ruega para que Dios me dé

beber las aguas del Leteo y olvide lo pasado. Ruega para que esté contenta con lo que queda y mi corazón aprenda humildad y paciencia.

Así dijo mentalmente la reina cuando empezó á cantar no una de las grandes arias que habia estudiado con Garat, que aplaudia tanto la corte, sino una de las muchas amorosas canciones, llenas de sentimiento y melodia, que no arrebatan de entusiasmo es verdad, mas que hacen latir el corazón de gozo y emocion.

Sin respirar casi, y con los grandes ojos clavados en Maria Antonietta, escuchaba el delfin. Gradualmente, sin embargo, se le fueron cerrando los párpados, se le puso mas grave el semblante, y, al fin inmóvil, permanecia en la silla de brazos.

Lo notó Maria Antonietta, y en vez de la canción con que habia principiado, siguió cantando una de el Amigo de los Niños, que habia escrito Berquin, y puesto en música Gretry con tanta gracia.

La última estrofa, decia poco mas ó ménos como sigue:

Duerme hijo, cierra los ojos,  
Tu llanto me despedaza el corazón;  
Duerme, hijo mío, tu pobre madre  
Harto tiene con su dolor.

Yacia el salón de música en el mayor silencio cuando la reina acabó de cantar estos versos, y mucho despues que dejó de oírse la triste voz de la cantora, continuaba sentado el delfin, inmóvil y con los párpados cerrados.

—¡Ah! ved, dijo madama Isabel sonriendo, creo que nuestro Luisito se ha quedado dormido.

—Querida tía, exclamó el niño levantando la cabeza de repente y mirando á la princesa con aire de reprehension, "¿cómo es posible dormir se uno cuando mamá canta?"

—Maria Antonietta al oírle le atrajo á sí llena de cariño y delicia. Jamas habia recibido ella elogio tan grato ni tan fino del mas refinado cortesano, como el que encerraban las palabras de su inocente hijo.

La reina de Francia es aun mujer dichosa y digna de envidia, porque tiene hijos que la adoran; la reina de Francia no debe desesperar del porvenir, porque el porvenir pertenece á su hijo. Algun día le tocará en suerte, al queridísimo de su corazón, ese trono en el día tan decadente é inseguro, y para que no se hunda en el precipicio abierto por la revolucion, fuerza es que la tierna madre luche sin tregua y con todas sus potencias le defienda hasta vencer ó morir.

No, el delfin Luis Carlos, no se acordará con pena de sus padres, no tendrá motivo de queja, no dirá que por falta de ánimo y energia, ha peigrado ó perdido la herencia sagrada de sus antepasados.

No, la reina Maria Antonietta, es fuerza que no ceda, ni se amilane, aun cuando su marido pierda la esperanza y se descorazone del todo, doblando la cerviz al yugo de la revolucion, que en nombre de la Francia quieren imponerle los demagogos, enemigos de la monarquía.

Esto mismo la impone el sagrado deber de estar siempre lista, alerta y en guardia para repeler el ataque y buscar la ayuda y el conhorto que quiera que puedan venir.

Y estos no hay que esperarlos de fuera, no de los monarcas extranjeros, no de los príncipes emigrados. Porque la invasion del país por los ejércitos extranjeros, colocaria al rey, que los habia llamado á pelear contra su pueblo, en la categoría de los traidores á la patria y tan pronto como traspasasen las fronteras de la Francia, la cólera popular haria pedazos á los monarcas.

Solo podia esperarse socorro de los mismos que habian traído aquel estado de cosas. Los defensores de la monarquía era fuerza que se ganaran á los caudillos de la revolucion, á los jefes de partido que eran los que guiaban las ciegas masas populares y ejercian sobre ellas influencia omnipotente.

Y ¿quién mas poderoso, mas conspicuo entre todos los jefes y oradores de la Asamblea Nacional, que el conde de Mirabeau?

Siempre que el ascendia á la tribuna todos guardaban respetuoso silencio, hasta sus mismos contrarios escuchaban atentamente las menores palabras que se escapaban de sus elocuentes labios, porque tenian eco en toda la Francia. Sí, porque ¡ay! del que se ponía en su camino, cuando él hablaba, cuando estallaba el trueno en sus discursos, cuando sus ojos relampagueaban con el fuego de la elocuencia, cuando sacudia la cabeza, como hace el leon con su melena en momentos de furor. Y se sabe que la nacion Francesa adoraba en ese leon, escuchaba con reverente atencion su palabra de fuego, ante la cual se estremecia el trono hasta sus fundamentos.

Do quiera que se presentaba este leon, el hombre mas popular de Francia, rey de la palabra, allí era saludado con aclamaciones de entusiasmo, y se acogian con muestras de delirio aquellas sus frases célebres, lanzadas contra los de su propia casta: "No han nacido mas que tomarse la pena de nacer."

Amaba el pueblo á este aristócrata atrevido por su familia y por los de su propia alcurnia, á este conde á quien odiaba la nobleza por que le distinguia el Tercer Estado.

## CAPITULO XVII.

### MIRABEAU.

—Preciso es ganarnos á Mirabeau, se atrevió á decir un día á Maria Antonietta el conde de la Mark. Mirabeau es hoy día el hombre mas poderoso de la Francia, el único capaz de hacer que la nacion vuelva á su antigua lealtad y obediencia.

—El es, replicó la reina con vehemencia, el principal culpable en la enagenacion que se ha efectuado entre el pueblo y el trono. Jamas se le perdonará al renegado conde su culpa, ni creo tampoco que el rey se humille al punto de perdonar á ese apóstata, que profesa con desdoro la nueva religion de la libertad y reniega de la fé de sus padres.

—Y sin embargo, augusta señora, observo el conde suspirando, quizas en marcos del apóstata se halla ahora mismo el destino futuro del hijo de V. M.

—¿El destino de mi hijo? repitió la reina temblando, y desapareció de su semblante la expresion fiera que hasta entónces habia parecido en él. ¿Qué quereis decir con eso? ¿Qué

tiene que ver el conde de Mirabeau con el delfin? Contra nosotros solo se dirige su ira, su odio contra nosotros solamente. Concedo que hoy es poderoso, mas no creo que su poder alcance al porvenir. Espero, por el contrario, que el futuro nos venga del mal que Mirabeau nos hace al presente.

—Pero ¿de qué vale esa esperanza, dijo el conde con tristeza, si se le abandona á la corriente revolucionaria? Ruego á V. M. cierre el oído á la justa indignacion y escuche solamente á la voz de la prudencia. Otra cosa seria, si en vez de castigar, tratase V. M. de dominar los impulsos de su noble y recto corazón y de conciliar el odio de sus adversarios.

—¿Pues qué es lo que exigis de mi? preguntó Maria Antonietta asombrada. ¿Qué he de hacer?

—Seria conveniente que V. M. encadenase al leon. No dudo que V. M. posea la gracia de trocar al enemigo Mirabeau en el amigo y muy íal Mirabeau.

—Imposible, imposible! exclamó la reina aterrorizada. No puedo bajarme á tanto. Jamas podré mirar con otros ojos que los del aborrecimiento al monstruo que tuvo la culpa de los horrores de octubre. Me inspira asco, desden, horror, solo el nombre de un hombre famoso por sus crímenes y por sus infidelidades como hijo, como marido, como amante, como aristócrata y como vasallo. Antes morir que aceptar la ayuda del conde Mirabeau. ¿Ignorais, conde, que él me honra á mi, su reina, con su enemistad y su desprecio? No fué Mirabeau quien hizo que no se declarara inviolable mi persona como la del rey? No fué él quien, exhortado por mis amigos á usar moderacion y no hablar de la reina de Francia en los términos duros en que lo hacia, dijo, encogíendose de hombros:—"Buena, que viva. Una reina humillada puede ser buena para cualquier cosa: degollada solo sirve para argumento de una tragedia?" No es él quien ha dicho públicamente:—"El rey y la reina están perdidos? Tanto los odia el pueblo, que destruiria sus mismos cadáveres?"

—Cierzo es que Mirabeau ha hecho uso de las palabras que V. M. le atribuye, pero no en tono de amenaza, sino de compasion, de hondo sentimiento y simpatía.

—Simpatía! repitió la reina. Decid mas bien antipatía.

—Perdone V. M. si insisto en mi parecer. Mirabeau honra á su reina y está dispuesto á dar su vida por V. M. y por la monarquía, con tal que V. M. le perdone y le admita como defensor del trono.

Se estremeció la reina y miró á la encendida cara del conde de la Mark, con expresion de duda mezclada de horror.

—¿Hablais de Mirabeau, del tribuno del pueblo, del feroz orador de la Asamblea Nacional?

—Si place á V. M., hablo del conde Mirabeau, que ayer era el enemigo del trono, y mañana será su mas celoso campeón, con solo que lo desee V. M. y le dirija una palabra amable.

—Eso no es posible, no; dijo la reina con fuerza.

—Desde que ha tenido ocasion de ver á V. M. con mas frecuencia, desde que ha podido enterarse del espíritu animoso y dignidad que distinguen á V. M., se ha operado un cambio

completo en el carácter de Mirabeau. Se ha amansado como se amansa el leon cuando le miran á la cara los ojos de un alma pura. Si pudiera conciliarsele, aun podria servir de mucho. El escribe y habla de su augusta reina con admiracion, con entusiasmo; él se perece por confesar sus pecados á los piés de V. M. y recibir el perdon.

—Sabe esto el rey? preguntó Maria Antonietta.

—No me habria tomado la libertad de hablar de estas cosas á V. M., si el rey no me hubiese autorizado; repuso el conde de la Mark haciendo una reverencia. Reconoce S. M. la necesidad de ganar á Mirabeau y á este fin se promete alcanzar la cooperacion de su augusta esposa.

—Hablaré á S. M. sobre ello, dijo Maria Antonietta pensativa y triste. Pero debo advertir que solo en el caso de imprescindible necesidad me resignaria á hablarle á ese hombre.

Es que el caso no era ya solo necesario sino de extrema urgencia. Así, tan luego como Maria Antonietta se convenció de ello, cumplió su palabra y obró en consecuencia, comisionando al conde de la Mark para que se viese con su amigo Mirabeau y le dijese que la reina estaba dispuesta á concederle una audiencia.

Pero á fin de que esta fuese de algun provecho, era menester que la entrevista se llevase á efecto con todo el secreto posible. Nadie debia sospechar siquiera que Mirabeau, el tribuno del pueblo, el campeón de la libertad, el despota de la Asamblea Nacional y del mismo Paris, el apóstol y el salvador de las ideas democráticas, el fogoso orador que con su elocuencia electrizaba la nacion, nadie debia sospechar, decimos, que el caudillo de la revolucion se habia convertido en el abogado de la monarquía porque el rey habia pagado liberalmente sus servicios.

Porque es sabido que cuando el conde de la Mark por la primera vez le habló del asunto, Mirabeau puso tres condiciones, á saber: que la reina le concediese una audiencia, que el rey saldase sus deudas y que le señalase una pensión anual de cien luises de oro.

—Estoy pagado, mas no comprado, dijo Mirabeau cuando recibió la primer mensualidad. Ya está llenada una de mis condiciones; cuándo se llenarán las otras?

—Insiste V. pues en lo de la audiencia de S. M. la reina? le preguntó el conde de la Mark.

—Sin duda, contestó Mirabeau con firmeza. "Si he de batallar y hablar en favor de esta monarquía, es menester que aprenda á respetarla. Para creer en la posibilidad de restaurarla, fuerza es que me convenza de su capacidad para vivir. Por mí mismo he de ver, si me las hé con gente animosa, decidida y noble. Desde luego se advierte que aquí el único y verdadero rey es Maria Antonietta, y que ella es el solo hombre que rodea á Luis XVI. Debo pues hablar con ella, á fin de convencerme por mí mismo si merece la pena de que yo arriesgue la vida, la honra y la popularidad. Si Maria Antonietta es la heroina que me figuro, nos uniremos para salvar la monarquía y el trono de su marido. Pronto sabremos lo que son capaces de allanar una mujer y un niño, y si la hija de Maria Teresa con el delfin en sus brazos

mueve los corazones de los Franceses, como en otro tiempo su gran madre movió el de los Húngaros."

— Cree V. pues, conde de Mirabeau, le dijo el de La Mark, que el peligro es tan grande, que sea necesario acudir á medidas heroicas?

Con un movimiento brusco Mirabeau echó mano de su amigo por el brazo y apareció en su rostro de leon una expresion de vehemente solemnidad.

— De ello estoy convencido, dijo. Afadiré que el mal es tan grande, que si no lo atajamos pronto con algun remedio heroico, es muy posible que no tenga cura. El restablecimiento de la autoridad real es la única ancla de salvacion para la reina. Creo que ella no apetece la vida sin la corona, y estoy cierto, que para conservar la vida, es menester ante todo salvarle la corona. La ayudaré en esta empresa y la defenderé, y á este fin se hace urgente que yo tenga una entrevista con ella."

En tal virtud, Mirabeau, el primer hombre de la revolucion, tuvo una conferencia con Maria Antonieta, el campeon de la moribunda monarquia.

Tuvo efecto en el parque de Saint Cloud la entrevista de la reina con Mirabeau, el 3 de julio de 1790. En el secreto y el silencio de un sitio muy retirado, al abrigo de árboles coposos y espesas matas, se efectuó esa reunion memorable, despues de haberse tomado cuantas medidas se creyeron conducentes, para que nadie, excepto unos pocos amigos íntimos y de confianza, tuviese sospecha de su ocurrencia.

En medio del cenador ó pabellon habia un banco de mármol blanco; trono por entonces donde Maria Antonieta debía recibir el homenaje de su nuevo caballero. El día antes habia ido Mirabeau á la quinta de su sobrina la marquesa de Aragan, en las inmediaciones de París. Allí pasó la noche, y á la mañana siguiente, en compañía de su sobrino, el señor de Saillant, se dirigió á pié al parque de Saint Cloud.

En la puerta reservada, abierta de propósito para la secreta entrevista, Mirabeau se despidió de su compañero, alargándole la mano.

— Yo no sé por qué se apodera de mi espíritu en este instante un presentimiento extraño y oigo allá dentro una voz que me dice: Retrocede, Mirabeau, vuelve atras; no traspases el quicio de esta puerta, porque es lo mismo que poner el pié en el sepulcro abierto.

Y al decir esto, le temblaba la voz, aquella voz misma, cuyo trueno habia sacudido tantas veces las ventanas de la Asamblea.

— Obedezca, tío, el aviso, le dijo el señor de Saillant, es tiempo todavía de retroceder. Lo que pasa por V., pasa por mí en este instante. Yo tambien no las tengo todas conmigo.

— Si me querrán echar una celada! dijo Mirabeau recapacitando. Estos arteros Borbones son capaces de todo. ¿Quién me asegura que no me han traído aquí para atarme de piés y manos, á mí que soy su enemigo mas peligroso, y arrojarme en un calabozo, donde nadie, ni los pájaros, den conmigo? Amigo mio, añadió do pronto, como saliendo de una cavilacion, aguarda por mí en este sitio, y si dentro de dos ó tres horas no vuelvo, corre á París, preséntate en la Asamblea y dí que Mirabeau, movido á piedad por los lamentos de la reina, fué á Saint Cloud, y allí le detienen preso.

— Así lo haré, tío, repuso el marques; pero no temo traicion ninguna de parte del rey ni de la reina. Ambos saben muy bien que sin Mirabeau estan perdidos para siempre, al paso que creen que él es probable que los salve. Mi temor no es ese.

— Sepamos cuál es el temor de V.

— Temo á los enemigos de V. en la Asamblea Nacional. Temo á los irritados republicanos, que empiezan á desconfiar de V. desde que ha empezado á hablar en favor de la monarquia y hasta osado defender á la reina de los groseros insultos que le dirige Marat en su diario *El amigo del pueblo*.

— Cierto, dijo Mirabeau con sonrisa irónica. Harto se me alcanza que esos demagogos estan que trinan contra mí de algun tiempo á esta parte. Aun me dicen que el severo é incorruptible Petion, volviéndose para Danton, al terminar yo un discurso, dijo: Este Mirabeau es peligroso á la libertad, porque corre demasiada sangre del conde en las venas del tribuno del pueblo. Me dicen tambien que Danton replicó: En ese caso saquemos la sangre del conde de las venas del tribuno, para que ó se cure de su enfermedad reaccionaria ó muera de ella. "Pero eso no será bastante á impedir que yo combata á toda especie de facciosos. Los Franceses son todos amigos de la libertad; falta hacerlos enemigos de la licencia."

— Tenga presente, tío, sin embargo, que ya Marat dice y repite que V. es un traidor, ansioso de vender á la monarquia la incipiente libertad de que gozamos. Añade que á V. le aguarda la suerte de todos los Judas y que algun día pagará con la cabeza; porque si le cogen en una traicion harán con V. lo que Judas hizo consigo mismo.

— ¿Y cree V., dijo Mirabeau en tono de desprecio, que ese zapo parlanchin de Marat, tendrá el gusto de apretarme el pescuezo?

— Lo que yo creo es que V. debe andar listo con él. Anoche nada menos tropecé cerca de nuestra quinta con dos hombres disfrazados. ¿Quién nos asegura que no eran compinches de Marat, ó este y Petion en persona? Tengo para mí, demas de eso, que ambas figuras nos han seguido los pasos en nuestro camino aquí.

— No importa! exclamó Mirabeau alzando la cabeza y sacudiendo la melena como solía. El leon no teme á los insectos que le zumban en torno, le basta una manotada para apachurrarlos. Y para mí no son otra cosa que insectos Petion y Marat. Si no quieren que los pisotee que se quiten de mi camino. Pero se pasa la hora de la cita. ¡Adios! Espéreme aquí.

Saludó al sobrino, pasó el quicio y entró en el parque, de cuyo arco de entrada habian quitado el letrero, que hasta la revolucion se veia en los sitios reales. — Por la reina, letrero de humillante significacion para el pueblo.

Tomó Mirabeau la primer senda que se le ofreció delante y se encaminó al interior del parque con ligeros pasos mas la expresion del semblante alterada, como si la voz interior de que antes habia hablado, aun le dijese que se volviera y que adelante le esperaba el sepulcro. Detúvose, sacó el pañuelo del bolsillo, y se enjugó las gruesas y frias gotas de sudor que le brotaban en la frente.

— ¡Qué necesidad! exclamó entre sí. Esta es una necesidad. ¡Pues no parezco una tímida

muchacha que acude á la primer cita amorosa! ¿Qué vergüenza!

Sacudió la cabeza cual si quisiese alejar de sí malos pensamientos y se adelantó para reunirse con el conde de La Mark, que ya le esperaba en un codo de la senda.

— Ya está aquí la reina y espera por V., Mirabeau, le dijo el conde en tono de queja apenas se encontraron.

En vez de responder el célebre tribuno se encogió de hombros y siguió andando con mas rapidez. Pronto llegaron al cenador y en el banco del medio, apenas visible por los árboles y arbustos, habia una mujer vestida de blanco, con el sombrero de paja al brazo y el cabello cubierto por velo negro de encaje. Era Maria Antonieta.

Detúvose Mirabeau y le dirigió una mirada larga y escrutadora. Cuando despues se volvió para su amigo, llevaba en la pálida cara las huellas de honda emocion.

— Amigo mio, dijo á La Mark, ignoro la causa, mas siento una cosa extraña. Desde el día en que mi padre me lanzó con una maldicion de la casa de mis antepasados, no he vuelto á llorar, ahora, viendo á esa mujer, mi alma es presa de una inexplicable simpatia y tengo que hacer esfuerzos para que no se me escapen las lágrimas.

Tambien habia visto la reina á Mirabeau, y como él se habia puesto pálida, aunque por distinta causa. Toda nerviosa se volvió para el rey, que se hallaba inmediato, medio oculto por el follaje y le dijo estremeciéndose:

— Eh ahí ese hombre maldito. "Dios mio! sin poderlo evitar un sentimiento de horror me enfria la sangre en las venas. Me espeluzno y de solo mirar á ese monstruo se me figura que voy á enfermar de repugnancia."

— Valor, Maria, serenidad, le dijo el rey en baja voz. Reflexiona que nuestro bienestar y el de nuestros hijos depende quizas de esta entrevista. Mira que se acerca. Recibe con amabilidad. Me alejo para que sea el triunfo tuyo todo, ademas de que en mejores manos no puede estar la suerte de la monarquia.

— Pero no te alejes mucho, cosa que me otgas si pido socorro.

— No temas nada, replicó el rey sonriendo; y cree que si hay peligro, mayor es el que corre Mirabeau. Sobre él y no sobre nosotros recaerán toda la culpa y el odio, si se sabe que ha venido á vernos aquí. Pero hasta luego. Hé ahí á Mirabeau.

Este se acercó entonces á la reina y le hizo una cortesía; levantándose ella del asiento para recibirle. En aquel momento Maria Antonieta dejó de ser la reina que daba audiencia, para ser la ansiosa señora que se adelanta á salir al encuentro del mal, á fin de mitigarlo con amabilidad y sonrisas.

— Acercaos, conde, dijo Maria Antonieta tocando en pié.

Pero á medida que él se aproximó, ella fué cayendo en el asiento hasta quedar sentada otra vez, siempre sin apartar la vista de su rostro, el cual ya no le parecia de un monstruo, porque harto se echaba de ver, que sus ojos, pinfados como de fuego, expresaban respetuosa benevolencia.

— Conde, prosiguió la reina y le tembló un tanto la voz, conde, si resultase hallarme cara

á cara con un enemigo comun, con un hombre cuyo único objeto era destruir la monarquia, sin ocuparse de si será ó no provechosa al pueblo, no cabe duda que yo daría en este momento un paso inútil. Pero tratándose de Mirabeau, traspasa uno sin quererlo los limites ordinarios de la prudencia, y la esperanza de su apoyo se mezcla con la admiracion que produce el acto."

— Señora, replicó conmovido Mirabeau, no vengo aquí como enemigo, sino como leal servidor, listo á dar la vida, con tal de ser útil á la monarquia.

— ¿Creeis pues, que es cuestion de vida, ó mejor dicho, de muerte, la que va á librarse entre el pueblo Frances y la Monarquia?

— De ello estoy convencido, contestó Mirabeau. Espero, sin embargo, que aun puede resolverse la cuestion en favor de la monarquia, con tal que en tiempo se haga uso de los medios adecuados.

— ¿Y cuáles son esos medios adecuados, segun vuestro parecer, conde?

Sonrióse Mirabeau y miró con asombro al noble rostro de la reina, que, con tal compostura, habia hecho una pregunta, cuya resolucion traia perplejos por siglos á los mas grandes pensadores y estadistas.

— Tendrá V. M. la dignacion de perdonarme si pido permiso á mi augusta reina para hacerle una pregunta, antes de contestar la suya?

— Bien, preguntad, conde; replicó Maria Antonieta inclinando ligeramente la cabeza.

— Esta es mi pregunta: ¿Es el propósito y la mira de V. M. de restablecer el antiguo régimen? En otras palabras, juzga posible V. M. que retrograde el carro de la humana historia y de la política?

— En la pregunta se encuentra la respuesta; dijo Maria Antonieta suspirando. Imposible es reedificar el mismo edificio con sus propias ruinas. Debemos quedar satisfechos si se puede fabricar con ellas una casa en que poder vivir.

— ¡Ah! Señora! exclamó Mirabeau. Esa respuesta es el primer rayo de luz que traspasa las tempestuosas nubes. Ya puede descubrirse el nuevo día y saludarse con delicia. Despues de oír esa noble respuesta de V. M., levanto los ojos al cielo con mas confianza y las nubes ya no me aterrorizan, porque sé que pasaran pronto, siempre, sin embargo, que no se descuide el empleo de medios adecuados.

— Ahora bien, conde, repito, ¿qué llamais medios adecuados?

— Ante todo, repuso Mirabeau, es fuerza buscar la causa del mal y reconocida, confesarla; la voluntad hará lo demas.

— Bien pues, decidme, señaladme la causa del mal.

Hizo una cortesía Mirabeau y en el estilo claro y terso que le era peculiar y con la vehemencia de su carácter, describió la situacion de la Francia y la relacion de los varios partidos políticos entre sí, con la corte y con el trono. Con frases gráficas, al mismo tiempo que rasgos mordaces, pintó los jefes de los clubs, los caudillos de los partidos de la Convencion Nacional, indicandole ademas el punto delicado á que se encaminaban los desagorados de la izquierda, conocida por la Montaña. Por pura delicadeza no hizo uso de la palabra *república*,

pero bien claro dió á entender á la reina que esos ultraliberales no se proponían menos que la destrucción de la monarquía, junto con la muerte de la familia real.

Había prestado María Antonieta la mayor atención al elocuente y breve discurso del conde, sin apartar un punto sus grandes y expresivos ojos del rostro del orador, lo que parece fué parte muy principal á encender nueva esperanza en su pecho descreído.

—Todo aun puede tener un buen resultado, dijo él. Ya buscaremos medio de contrabalancear las fuerzas que tratan de socavar los cimientos del trono, lo mismo que arrancar de manos de sus enemigos las peligrosas armas de que hacen uso. Como he dicho á Lafayette, combatiré todas especies de facciones. Haré ver que soy de hoy en mas el firme é inquebrantable defensor de la monarquía constitucional. Emplearé aquellos medios que mueven el ánimo de los hombres y les haré ver, que no son incompatibles la libertad y el gobierno de uno mismo, con la monarquía, sino que en esta descansan aquellos.

—Así, pues, dijo María Antonieta en tono casi de súplica ¿podemos contar con Mirabeau? Estáis dispuesto á defendernos y ayudarnos, con sus consejos y con su persona?

A la mirada inquisitiva y ansiosa de la reina correspondió Mirabeau con una cordial sonrisa y una expresión de noble confianza.

—“Señora, dijo luego en su tono de voz vibrante, defendí los principios monárquicos cuando solo conocía su lado débil é ignoraba los altos pensamientos que se encerraban en el alma de la hija de María Teresa, cuando no contaba que tendría uno que secundase tan bien mis miras. Abogué por los derechos del trono cuando se desconflaba de mí, cuando me perseguían con calumnias, cuando se me declaraba traidor. Serví á la monarquía, en fin, cuando sabía que no recibiría ni bondad ni favor, de mi legítimo, aunque mal informado rey. ¿Qué no haré ahora que la confianza anima mi espíritu y que la gratitud ha querido que mis deberes corran por el mismo cauce que mis principios? Soy por tanto y permaneceré en ser lo que siempre he sido, el defensor de la monarquía regida por la ley, el apóstol de la libertad garantizada por la monarquía.”

—Os creo, conde; exclamó María Antonieta conmovida. Me prometo, que si nos servís con fidelidad y celo, aun todo puede resultar en bien. Os prometo seguir vuestros consejos y obrar de acuerdo con ellos. Si os poneis en comunicacion con el rey, él os consultará sobre los asuntos importantes y las cosas esenciales á su bienestar y al del pueblo.

—“Señora, dijo Mirabeau, me tomo la libertad de añadir lo siguiente á lo que he dicho: Lo mas importante es que la corte salga de París por algun tiempo.”

—¿Que huyamos? preguntó María Antonieta asustada.

—No que huya, sino que se retire. El pueblo exasperado amenaza la monarquía, de su vista es en consecuencia conveniente ocultar la corona por un corto tiempo, hasta que éntre en la razon y la línea del deber. No digo, por lo tanto, que es menester huir, sino meramente abandonar á París, porque este es el foco de la revolucion. Tan pronto como sea posible,

aléjese la corte á los confines de la Francia. Que reuna allí un ejército, que lo ponga á las órdenes de un general de confianza y que con él marche á la sediciosa capital. Yo estaré allí para allanar el camino y abrir las puertas.

—Gracias, conde, gracias por el consejo; exclamó María Antonieta poniéndose en pie. Ya no me cabe duda hacia el futuro, porque mis pensamientos coinciden con los de nuestros mas grandes estadistas. Tambien yo estoy convencida que la corte debe salir de París, que debe retirarse, á fin de evitar nuevas humillaciones, volviendo solo con el esplendor de su poder y un ejército que ponga en fuga á los rebeldes y anime á los tímidos y leales. Ah! Decid al rey todo lo que me habeis dicho á mí, probadle que la única salvacion de la corona y del mismo pueblo, estriba en nuestra lejanía de París. No dudo que vuestras palabras convencen al mas noble y bueno de los monarcas, ni que él deje de seguir vuestros consejos. A la obra, pues, conde. Ante vuestra actividad y vuestra inimitable elocuencia, será fuerza que toda oposicion doble la cerviz, y podeis contar eternamente con mi gratitud y la del rey. Adios! Espero que tendreis presente que mis ojos seguirán todos vuestros pasos y que mis oídos recogerán toda palabra que salga de vuestros labios en la Asamblea Nacional.

—Señora, dijo Mirabeau, cuando vuestra augusta madre se dignaba favorecer á uno de sus vasallos concediéndole una audiencia, nunca le despedía sin darle á besar la mano.

—Cierto, repuso María Antonieta con una amable sonrisa. En esto, al menos, puedo imitar á mi célebre madre.

Diciendo lo cual la reina le extendió la mano con gracia inimitable. Mirabeau, arrebatado de gozo, fuera de sí á la vista de esta muestra de cortesía y de favor, se puso de rodillas y se llevó á los labios la blanca y delicada mano de la reina.

—“Señora, exclamó con mucho calor, este beso salva la monarquía;” fanfarronada propia de un gascon.

—Si habeis dicho la verdad, me prometo que sí; dijo la reina alzando á Mirabeau y despidiéndole con una inclinacion de cabeza.

El famoso tribuno en el colmo de la dicha, fué á reunirse con su sobrino en la puerta del parque.

—“Ah! le dijo respirando con fuerza y poniéndole la mano derecha en el hombro. ¿Qué he oido y visto, amigo mio! Ella es muy grande, muy noble y muy desgraciada! Pero, añadió con energía, la salvaré, sí, la salvaré.”

Decía Mirabeau lo que sentía, no porque hubiese sido comedido, sino porque le habia ganado, arrastrándole, el noble porte de la reina. Desde ese momento se hizo el mas celoso defensor de la monarquía, el elocuente campeón de María Antonieta. Pero no le fué dado detener las impetuosas olas de la revolucion, la muerte únicamente le salvó de ser anegado por ellas.

Sabia muy bien Mirabeau el peligro de su posicion, no hacia misterio de ello. Un dia en que antes de su apostasia; habló por la primera vez en pro de la monarquía y de las prerogativas reales, tratando de decirse la cuestion de paz y guerra, hizo el elogio del rey, y fué eso bastante para que se alzase contra él la

mitad de la Asamblea Nacional. No le intimidaron por cierto la gritería de los Jacobinos, ni la acusacion de traicion que le hizo el pueblo, ni el llamarle Catilina, el maldecirle y declararle cómplice de Orleans. A esta tempestad opuso una obra maestra de elocuencia, concluyendo por aquella salida suya célebre: “No tenia yo necesidad de esta leccion para saber cuán poco dista el Capitolio de la roca Tarpeya.”

No se escondía á los caudillos del partido republicano el poder de Mirabeau, comprendiendo todos que era muy capaz de armar los fragmentos de la corona que habia contribuido á hacer pedazos. Y para impedir que se saliera con el intento, conocieron que era preciso sepultarle bajo dichos escombros.

Despues de su memorabile entrevista con la reina, empezó á declinar la salud de Mirabeau. Decían sus enemigos que procedía de sus excesos y de haber bebido un vaso de agua fria en medio de un acalorado debate en la Asamblea Nacional. Sus amigos sospechaban que se habia mezclado veneno sutil en esa agua, con el fin de deshacerse de tan poderoso contrario. Séase de esto lo que se fuere, la verdad es que despues de un dia de lucha parlamentaria y de una noche pasada en desórdenes, se sintió acometido de la enfermedad postrera. Desmayóse en la tribuna y le trasportaron á su casa sin conocimiento. Tras largos y repetidos esfuerzos de parte de su célebre médico Cabanis, abrió Mirabeau los ojos.

Vió acercarse sin temor el término de su vida, mientras toda la Francia se conmovía al saber el riesgo en que se hallaba aquel hombre, no porque fuese amado, sino porque se le creía necesario. En París no se hacia mas que una pregunta: ¿cómo sigue Mirabeau? Por mañana y tarde su calle, el patio, las escaleras, las anteceras de la casa estaban llenas de gente; algunos pasaban allí la noche, otros ofrecían su propia sangre para intentar la transfusion; y todos en el silencio del respeto y del terror aguardaban noticias.

Luis XVI mostraba por él algun interes en público y muchísimo en particular: con ir á verlo habria podido aun ganar un dia de favor popular; pero no lo consentía la etiqueta. Con razon pudo decir Mirabeau: “llevo conmigo el luto de la monarquía,” y consolarse con la visita de Barnave enviado por los Jacobinos, y con oír el rumor de todo el pueblo que esperaba noticias suyas.

Sintiendo aproximarse su última hora hizo llamar á su médico Cabanis y á su amigo el conde de La Mark. A este último tendió la mano y estrechando la suya, le dijo: “Querido amigo, vos que entendéis de hermosas muertes, ¿estais contento?” A tales palabras el conde, aunque por naturaleza frio, no pudo contener las lágrimas. Lo notó Mirabeau y le dijo cosas afectuosísimas. Luego hablando con los dos, añadió en tono de voz suave y distinto: —“Amigos míos, voy á morir. Cuando se llega á este trance, solo queda una cosa que hacer: que le perfumen, le acicalen y le rodeen á uno de flores, á fin de caer agradablemente dormido en brazos de ese sueño de que no se despierta jamas. Llamad mis criados. Quiero que me afeiten, me vistan y me arreglen como se debe. Abrid las ventanas, dejad que

entre el aire caliente del cielo y traed las flores, que quiero morir á la luz del alma sol y en una atmósfera perfumada.”

Así sucedió que en el cuarto dia de atroces padecimientos y larga agonía, mucho antes de que las calles de París empezasen á dar señales de vida, se oyó un grito en ellas: ¡Mirabeau pide flores! Flores para Mirabeau! Y á su eco, en la mañana del 2 de abril de 1791, París despertó de su sueño, y se abrieron las ventanas y las puertas de la ciudad y miles de personas de todos sexos y edades, acudieron á casa del orador moribundo con fragantes ramilletes y cestos atestados de bellas flores. No parecía sino que de repente la fria y vaporosa temperatura de primavera, se habia transformado en la caliente y diáfana de verano, y que todos los invernales de París habían vertido sus tesoros florales á los pies del gladiador de la palabra que decía el último adios al César de aquellos dias, el pueblo Frances.

El rey acostumbraba inquirir por la salud de Mirabeau cuatro veces al dia, y cuando en la mañana del 2 de abril le comunicó la nueva de su muerte el conde de La Mark, se puso pálido y dijo con tristeza; —¡Es mucho nuestro infortunio! Hasta la muerte conspira contra nosotros.

Tambien produjo honda impresion la triste nueva en María Antonieta, la cual dijo:—El queria salvarnos y tenia por lo tanto que morir. Demasiado pesada la carga fuerza era que bajo el peso cediese la columna. Se desplomará el templo y nos enterrará en sus ruinas, si no procuramos ponernos en salvo. Sí, es preciso seguir el consejo de Mirabeau y alejarnos cuanto antes de París. Que su espíritu ilumine al rey á fin de que haga lo que se juzga necesario, urgente, nuestra lejanía del foco de la revolucion.

## CAPITULO XVIII

### REVOLUCION EN EL TEATRO.

NUEVA COMOVACION, grandes temores y espantable tumulto, reinaban en París el 20 de junio de 1791. Se habian desatado las furias de la revolucion, es decir, las verdulerías en compañía de la hez del pueblo recorrían las calles como locos, llenaban las plazas y no cesaban de gritar y lanzar horribles maldiciones contra el rey y la reina, ya convertida para la canalla en madama Veto, la perra de la Austriaca.

La Guardia Nacional en grandes columnas, guardaba los aproches del real palacio de las Tullerías, y con harto trabajo impedía que el pueblo llenara la gran plaza y obstruyera el paso, que debia dejarse franco para que por él pudiesen volver á la régia morada de sus mayores, el rey, la reina, el delfín, el aya de este y la hermana de aquel, detenidos en su fuga de París.

Habia diputado la Asamblea Nacional al general Lafayette, para ir á Varennes con dos regimientos y escoltar la corte en su vuelta forzada á la capital del reino. El hecho era muy notable para no excitar la curiosidad pública á su mas alto punto. Puede decirse pues, que toda la poblacion, amigos y enemigos de la monarquía, concurrieron desde bien temprano á observar la vuelta de los presos reales y tomar parte en aquella verdadera procesion fúnebre.

pero bien claro dió á entender á la reina que esos ultraliberales no se proponían menos que la destrucción de la monarquía, junto con la muerte de la familia real.

Había prestado María Antonieta la mayor atención al elocuente y breve discurso del conde, sin apartar un punto sus grandes y expresivos ojos del rostro del orador, lo que parece fué parte muy principal á encender nueva esperanza en su pecho descreído.

—Todo aun puede tener un buen resultado, dijo él. Ya buscaremos medio de contrabalancear las fuerzas que tratan de socavar los cimientos del trono, lo mismo que arrancar de manos de sus enemigos las peligrosas armas de que hacen uso. Como he dicho á Lafayette, combatiré todas especies de facciones. Haré ver que soy de hoy en mas el firme é inquebrantable defensor de la monarquía constitucional. Emplearé aquellos medios que mueven el ánimo de los hombres y les haré ver, que no son incompatibles la libertad y el gobierno de uno mismo, con la monarquía, sino que en esta descansan aquellos.

—Así, pues, dijo María Antonieta en tono casi de súplica ¿podemos contar con Mirabeau? Estáis dispuesto á defendernos y ayudarnos, con sus consejos y con su persona?

A la mirada inquisitiva y ansiosa de la reina correspondió Mirabeau con una cordial sonrisa y una expresión de noble confianza.

—“Señora, dijo luego en su tono de voz vibrante, defendí los principios monárquicos cuando solo conocía su lado débil é ignoraba los altos pensamientos que se encerraban en el alma de la hija de María Teresa, cuando no contaba que tendría uno que secundase tan bien mis miras. Abogué por los derechos del trono cuando se desconflaba de mí, cuando me perseguían con calumnias, cuando se me declaraba traidor. Serví á la monarquía, en fin, cuando sabía que no recibiría ni bondad ni favor, de mi legítimo, aunque mal informado rey. ¿Qué no haré ahora que la confianza anima mi espíritu y que la gratitud ha querido que mis deberes corran por el mismo cauce que mis principios? Soy por tanto y permaneceré en ser lo que siempre he sido, el defensor de la monarquía regida por la ley, el apóstol de la libertad garantizada por la monarquía.”

—Os creo, conde; exclamó María Antonieta conmovida. Me prometo, que si nos servís con fidelidad y celo, aun todo puede resultar en bien. Os prometo seguir vuestros consejos y obrar de acuerdo con ellos. Si os poneis en comunicacion con el rey, él os consultará sobre los asuntos importantes y las cosas esenciales á su bienestar y al del pueblo.

—“Señora, dijo Mirabeau, me tomo la libertad de añadir lo siguiente á lo que he dicho: Lo mas importante es que la corte salga de París por algun tiempo.”

—¿Que huyamos? preguntó María Antonieta asustada.

—No que huya, sino que se retire. El pueblo exasperado amenaza la monarquía, de su vista es en consecuencia conveniente ocultar la corona por un corto tiempo, hasta que éntre en la razon y la línea del deber. No digo, por lo tanto, que es menester huir, sino meramente abandonar á París, porque este es el foco de la revolucion. Tan pronto como sea posible,

aléjese la corte á los confines de la Francia. Que reuna allí un ejército, que lo ponga á las órdenes de un general de confianza y que con él marche á la sediciosa capital. Yo estaré allí para allanar el camino y abrir las puertas.

—Gracias, conde, gracias por el consejo; exclamó María Antonieta poniéndose en pie. Ya no me cabe duda hacia el futuro, porque mis pensamientos coinciden con los de nuestros mas grandes estadistas. Tambien yo estoy convencida que la corte debe salir de París, que debe retirarse, á fin de evitar nuevas humillaciones, volviendo solo con el esplendor de su poder y un ejército que ponga en fuga á los rebeldes y anime á los tímidos y leales. Ah! Decid al rey todo lo que me habeis dicho á mí, probadle que la única salvacion de la corona y del mismo pueblo, estriba en nuestra lejanía de París. No dudo que vuestras palabras convencen al mas noble y bueno de los monarcas, ni que él deje de seguir vuestros consejos. A la obra, pues, conde. Ante vuestra actividad y vuestra inimitable elocuencia, será fuerza que toda oposicion doble la cerviz, y podeis contar eternamente con mi gratitud y la del rey. Adios! Espero que tendreis presente que mis ojos seguirán todos vuestros pasos y que mis oídos recogerán toda palabra que salga de vuestros labios en la Asamblea Nacional.

—Señora, dijo Mirabeau, cuando vuestra augusta madre se dignaba favorecer á uno de sus vasallos concediéndole una audiencia, nunca le despedía sin darle á besar la mano.

—Cierto, repuso María Antonieta con una amable sonrisa. En esto, al menos, puedo imitar á mi célebre madre.

Diciendo lo cual la reina le extendió la mano con gracia inimitable. Mirabeau, arrebatado de gozo, fuera de sí á la vista de esta muestra de cortesía y de favor, se puso de rodillas y se llevó á los labios la blanca y delicada mano de la reina.

—“Señora, exclamó con mucho calor, este beso salva la monarquía;” fanfarronada propia de un gascon.

—Si habeis dicho la verdad, me prometo que sí; dijo la reina alzando á Mirabeau y despidiéndole con una inclinacion de cabeza.

El famoso tribuno en el colmo de la dicha, fué á reunirse con su sobrino en la puerta del parque.

—“Ah! le dijo respirando con fuerza y poniéndole la mano derecha en el hombro. ¿Qué he oido y visto, amigo mio! Ella es muy grande, muy noble y muy desgraciada! Pero, añadió con energía, la salvaré, sí, la salvaré.”

Decía Mirabeau lo que sentía, no porque hubiese sido comedido, sino porque le habia ganado, arrastrándole, el noble porte de la reina. Desde ese momento se hizo el mas celoso defensor de la monarquía, el elocuente campeón de María Antonieta. Pero no le fué dado detener las impetuosas olas de la revolucion, la muerte únicamente le salvó de ser anegado por ellas.

Sabia muy bien Mirabeau el peligro de su posicion, no hacia misterio de ello. Un dia en que antes de su apostasia; habló por la primera vez en pro de la monarquía y de las prerogativas reales, tratando de decirse la cuestion de paz y guerra, hizo el elogio del rey, y fué eso bastante para que se alzase contra él la

mitad de la Asamblea Nacional. No le intimidaron por cierto la gritería de los Jacobinos, ni la acusacion de traicion que le hizo el pueblo, ni el llamarle Catilina, el maldecirle y declararle cómplice de Orleans. A esta tempestad opuso una obra maestra de elocuencia, concluyendo por aquella salida suya célebre: “No tenia yo necesidad de esta leccion para saber cuán poco dista el Capitolio de la roca Tarpeya.”

No se escondia á los caudillos del partido republicano el poder de Mirabeau, comprendiendo todos que era muy capaz de armar los fragmentos de la corona que habia contribuido á hacer pedazos. Y para impedir que se saliera con el intento, conocieron que era preciso sepultarle bajo dichos escombros.

Despues de su memorabile entrevista con la reina, empezó á declinar la salud de Mirabeau. Decian sus enemigos que procedía de sus excesos y de haber bebido un vaso de agua fria en medio de un acalorado debate en la Asamblea Nacional. Sus amigos sospechaban que se habia mezclado veneno sutil en esa agua, con el fin de deshacerse de tan poderoso contrario. Séase de esto lo que se fuere, la verdad es que despues de un dia de lucha parlamentaria y de una noche pasada en desórdenes, se sintió acometido de la enfermedad postrera. Desmayóse en la tribuna y le trasportaron á su casa sin conocimiento. Tras largos y repetidos esfuerzos de parte de su célebre médico Cabanis, abrió Mirabeau los ojos.

Vió acercarse sin temor el término de su vida, mientras toda la Francia se conmovia al saber el riesgo en que se hallaba aquel hombre, no porque fuese amado, sino porque se le creia necesario. En París no se hacia mas que una pregunta: ¿cómo sigue Mirabeau? Por mañana y tarde su calle, el patio, las escaleras, las anteceras de la casa estaban llenas de gente; algunos pasaban allí la noche, otros ofrecían su propia sangre para intentar la transfusion; y todos en el silencio del respeto y del terror aguardaban noticias.

Luis XVI mostraba por él algun interes en público y muchísimo en particular: con ir á verlo habria podido aun ganar un dia de favor popular; pero no lo consentía la etiqueta. Con razon pudo decir Mirabeau: “llevo conmigo el luto de la monarquía,” y consolarse con la visita de Barnave enviado por los Jacobinos, y con oír el rumor de todo el pueblo que esperaba noticias suyas.

Sintiendo aproximarse su última hora hizo llamar á su médico Cabanis y á su amigo el conde de La Mark. A este último tendió la mano y estrechando la suya, le dijo: “Querido amigo, vos que entendéis de hermosas muertes, ¿estais contento?” A tales palabras el conde, aunque por naturaleza frio, no pudo contener las lágrimas. Lo notó Mirabeau y le dijo cosas afectuosísimas. Luego hablando con los dos, añadió en tono de voz suave y distinto: —“Amigos míos, voy á morir. Cuando se llega á este trance, solo queda una cosa que hacer: que le perfumen, le acicalen y le rodeen á uno de flores, á fin de caer agradablemente dormido en brazos de ese sueño de que no se despierta jamas. Llamad mis criados. Quiero que me afeiten, me vistan y me arreglen como se debe. Abrid las ventanas, dejad que

entre el aire caliente del cielo y traed las flores, que quiero morir á la luz del alma sol y en una atmósfera perfumada.”

Así sucedió que en el cuarto dia de atroces padecimientos y larga agonía, mucho antes de que las calles de París empezasen á dar señales de vida, se oyó un grito en ellas: ¡Mirabeau pide flores! Flores para Mirabeau! Y á su eco, en la mañana del 2 de abril de 1791, París despertó de su sueño, y se abrieron las ventanas y las puertas de la ciudad y miles de personas de todos sexos y edades, acudieron á casa del orador moribundo con fragantes ramilletes y cestos atestados de bellas flores. No parecía sino que de repente la fria y vaporosa temperatura de primavera, se habia transformado en la caliente y diáfana de verano, y que todos los invernales de París habian vertido sus tesoros florales á los pies del gladiador de la palabra que decía el último adios al César de aquellos dias, el pueblo Frances.

El rey acostumbraba inquirir por la salud de Mirabeau cuatro veces al dia, y cuando en la mañana del 2 de abril le comunicó la nueva de su muerte el conde de La Mark, se puso pálido y dijo con tristeza; —¡Es mucho nuestro infortunio! Hasta la muerte conspira contra nosotros.

Tambien produjo honda impresion la triste nueva en María Antonieta, la cual dijo:—El queria salvarnos y tenia por lo tanto que morir. Demasiado pesada la carga fuerza era que bajo el peso cediese la columna. Se desplomará el templo y nos enterrará en sus ruinas, si no procuramos ponernos en salvo. Sí, es preciso seguir el consejo de Mirabeau y alejarnos cuanto antes de París. Que su espíritu ilumine al rey á fin de que haga lo que se juzga necesario, urgente, nuestra lejanía del foco de la revolucion.

## CAPÍTULO XVIII

### REVOLUCION EN EL TEATRO.

NUEVA COMOVACION, grandes temores y espantable tumulto, reinaban en París el 20 de junio de 1791. Se habian desatado las furias de la revolucion, es decir, las verdulerías en compañía de la hez del pueblo recorrían las calles como locos, llenaban las plazas y no cesaban de gritar y lanzar horribles maldiciones contra el rey y la reina, ya convertida para la canalla en madama Veto, la perra de la Austriaca.

La Guardia Nacional en grandes columnas, guardaba los aproches del real palacio de las Tullerías, y con harto trabajo impedía que el pueblo llenara la gran plaza y obstruyera el paso, que debia dejarse franco para que por él pudiesen volver á la régia morada de sus mayores, el rey, la reina, el delfín, el aya de este y la hermana de aquel, detenidos en su fuga de París.

Habia diputado la Asamblea Nacional al general Lafayette, para ir á Varennes con dos regimientos y escoltar la corte en su vuelta forzada á la capital del reino. El hecho era muy notable para no excitar la curiosidad pública á su mas alto punto. Puede decirse pues, que toda la poblacion, amigos y enemigos de la monarquía, concurrieron desde bien temprano á observar la vuelta de los presos reales y tomar parte en aquella verdadera procesion fúnebre.

Porque no cabe duda sino que en ese día se celebraron los funerales de la monarquía en Francia, no faltando á la ceremonia ninguno de sus atributos cotidianos, el pesado y melancólico carruaje rodando silencioso y solitario por en medio de dos filas interminables de tropas y pueblo en direccion de las Tullerías, las descargas repetidas de cañon y los dobles de las campanas.

En dicho carruaje venían el rey y la reina, los infantes, la infanta madama Isabel, madama Tourzel, la aya del delfin, y los dos diputados despachados por la Asamblea Nacional á Varennes, Petion y Barnave, para acompañar á los fugitivos en su vuelta á Paris.

En todos los techos y ventanas ondeaba la bandera tricolor, y en muchas paredes se habian pegado carteles, donde se decia con grandes letras negras:—Todo el que aplauda al rey será desollado, quien quiera que le insulte colgado de la primer farola.

Ayudados del general Bouillé, habian acordado y llevado á cabo los reyes su salida secreta de Paris; pero los reconocen y los detienen en Varennes. Ahora volvian, no ya como los amos, sino como los prisioneros de la nacion Francesa. Habia aprobado la Asamblea Nacional un decreto, cuyo primer artículo era como sigue: Se priva al rey temporalmente de las funciones de la soberanía. En el segundo y tercero se mandaba: Que tan luego como él y su familia volviesen á las Tullerías, se le pusiera bajo la vigilancia de una guardia permanente, lo mismo que la reina y el delfin. El comandante en jefe de la Guardia Nacional de Paris debia atender al estricto cumplimiento de este decreto y ser responsable de la seguridad y detencion de la familia real.

Días tristes, amargos, de humillacion, de sufrimientos y de peligros, se siguieron entónces á los presos de las Tullerías. Además del encierro, los pusieron centinelas de vista, con prohibicion de que cerraran dia y noche las puertas de los aposentos en que vivian, á fin de que el oficial de guardia pudiese ver á cualquier hora sus menores movimientos.

Durante la primer semana de la triste vuelta, no pareció sino que habia flaqueado del todo el espíritu de la reina. Ni esperanza, ni temor abrigaba, no formaba nuevos planes para escapar, no trabajaba, no escribia. Sentada é inmóvil, triste y cabizbaja, se pasaba horas enteras, mientras giraban por delante de sus ojos los lúgubres cuadros de lo pasado y le hacian sentir nuevas angustias y recelos. Recordaba la agitacion y la ansiedad del dia que precedió al de la fuga, el temblor que le acometió cuando se puso las ropas de una de sus camareras y disfruzó de mujer al delfin; con cuyo motivo este le preguntó:—Mamá, vamos á representar! En seguida el verse sola en la calle, esperando, sin proteccion ni ayuda, por el carruaje que debia recogerla á ella, despues de recoger en otro punto al rey y á los dos niños.

Recordaba igualmente el viaje por la noche y el calor en el carruaje cerrado y pesado; la alarma repentina cuando despues de doce horas seguidas de andar, se rompió aquel y hubo que apearse, que subir la colina y bajar á la aldea, donde esperaron, llenos de zozobra,

la reparacion de la avería. Despues venia la continuacion del viaje, la nueva demora en Varennes, el grito de: ¡Ellos son! Tras esto se renovaban en su mente, el vocerío, la confusion, la marcha, la ansiedad de las horas que se siguieron y finalmente el desvanecimiento del último rayo de esperanza cuando, en la pobre alcoba del tendero Sauce, rogo encarecidamente á la mujer de este, que se hallaba de pié junto á la cama del delfin dormido, buscara un rincon donde pudiera esconderse el rey. Volvian á resonar en sus oidos las broncas palabras de aquella grave mujer:—Señora, no es posible. Yo amo tambien á mi marido y tengo tambien hijos, y perderia los míos si salvara los de V.

Representábasele á lo vivo la llegada á Paris, entre los diputados que la Asamblea Nacional despachó en su busca y las tropas que escoltaban el coche, é impidieron que la plebe los hiciera pedazos. Veía los gorros colorados de la multitud frenética, las banderas tricolores que coronaban todos los edificios, las miradas torvas que les echaban las mujeres del bajo pueblo, el aspecto grave de las gentes de mas elevada esfera, el movimiento general, el doble de las campanas y el sordo rumor que hacian el coche y la escolta en las calles de Paris. Tras largo y hondo meditar sobre todas estas cosas acababa la reina por estremecerse de pies á cabeza y verter copiosas lágrimas.

Por grados, sin embargo, fué serenándose y pudiera añadirse, acostumbrándose á las humillaciones y pruebas á que la sometieron sus enemigos. Mas no por eso se abatió su espíritu. Los nuevos golpes no hicieron otra cosa que despertar en su pecho el fuego y el vigor de dias apacibles.

Desempeñaban la guardia en los aposentos de los soberanos los jefes de batallon de tropas voluntarias. La consigna de estos era vigilar á aquellos constantemente y no dejarlos solos nunca. Para ello no debia cerrar la puerta de su alcoba, y permitir que el oficial de guardia se sentase en la antesala contigua, desde donde se registraba hasta el último rincón de aquella. Sus crueles perseguidores querian cerciorarse si dormia ó se estaba despierta, si sus sueños eran apacibles ó interrumpidos y tormentosos. “La reina se sometió sin chistar á todos estos ultrajes y se rebajó hasta rogar que al menos por la mañana, cuando se levantaba y se vestia, le permitiesen cerrar la puerta de su dormitorio, súplica que tuvieron la magnanimidad de concederle.”

En medio de todos estos ultrajes, humillaciones y pruebas, no perdió jamas la esperanza Maria Antonieta de que las cosas cambiarían tarde que temprano. Su espíritu soberbio y altivo, le hacia esperar que con el favor de Dios y su constancia, al fin saldria victoriosa la monarquía de aquella lucha cruda y desigual. Prometiase que el pueblo, extraviado por los Jacobinos demagogos, reconoceria al cabo su error, daria de nuevo oídos á la voz de sus soberanos y volveria al amor y respeto de antes. De esta creencia nacia que ella se afanaba en mostrar que no temia al pueblo; que sentia por él bien al contrario, confianza y cariño, y que no estaba distante el dia de la reconciliacion entre los buenos vasallos y los justicieros soberanos. Con tal objeto á la mira se propo-

so conquistar la popularidad que ántes gozaba, por lo ménos intentar la conquista. Ahogó sus pesares, prodigó sus sonrisas, y determinó presentarse de nuevo en el teatro y pasear por las calles de Paris en carretela abierta.

Se representaba entónces la célebre ópera de Gluck, Alceste, la favorita de la reina, aquella misma ópera en cuya representacion, algunos años ántes, sin ser su autora, habia ella obtenido un halagüeño triunfo. El estribillo del coro rezaba:—Cantemos, celebremos nuestra reina; y el público en masa, puesto en pié y vuelto hácia el régio palco, acompañó á los cantantes repitiendo: Cantemos, celebremos nuestra reina.

—Pienso probar si el público recuerda esa noche ó no, dijo Maria Antonieta á la señorita Bugois, la única señora que le permitieron la acompañase. Iré esta noche á la ópera y verá el pueblo al ménos que yo no le he retirado mi confianza, y que soy la misma de siempre por mas que en torno de mí todo haya cambiado.

Con profunda tristeza miró la señorita Bugois á la cara pálida de la reina, y notando cuán alterada estaba y cuán distinta de lo que fué en mejores dias, no pudo ménos de enternecerse. No habia podido impedir Maria Antonieta, que el tiempo, los pesares y las desgracias, dejasen impresa su huella en un rostro jóven todavia y de sin igual belleza, es cierto, pero ya no era lo que habia sido cinco años ántes.

Sin ser poderosa á contener sus lágrimas la señorita Bugois volvió la cabeza á otra parte, para que la reina no notase el efecto que le habian causado sus palabras. Pero de nada valió el ardid, porque si Maria Antonieta no vió las lágrimas de su camarera, comprendió por su accion, lo que pasaba en su ánimo, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo con cariño:

—“¡Ah! Inútil es, amiga mia, que ocultes el llanto. Tú eres al fin mas dichosa que yo, pues puedes llorar. Hace dos años casi que mis lágrimas corren en silencio y he tenido que bebérmelas!” Ten por seguro, sin embargo, continuó, que no lloraré esta noche. Me presentaré á los Parisienses al ménos serena. Todavía mas, haré por somerme en su presencia. Me odian, es cierto, mas quizas recuerden que en otro tiempo me amaron. Hay siempre un fondo de magnanimidad en el ánimo del pueblo y no será mucho que la despierte la confianza con que me le presento. Aderézame pronto, Bugois, quiero parecer linda esta noche, y que vean los Parisienses que soy digna aun de su cariño. No es posible que solo mis enemigos ocupen el teatro; ahí habrá algunos de mis amigos que sin duda se alegrarán de verme.

Bien pronto se exparcio en Paris la noticia de que la reina asistiria aquella noche al teatro. El oficial de guardia se la comunicó al que fué á relevarlo, este á sus tropas, y las que salian á cuantos encontraban por la calle, de manera que, como por telégrafo eléctrico, á la razon no inventado, á las diez de la mañana ya todo Paris sabia la novedad. Por razones óbvias, desde muy temprano se formó larga cola á las puertas del teatro de la ópera y no bien se abrieron las puertas se llenaron todas las localidades. Los amigos de la reina, deseosos de verla despues de tantas desgracias como

habian llovido sobre su cabeza, acudieron en número respetable; sus enemigos, en número mayor, para tener una nueva ocasion en que desfogar su ira contra ella.

Y estos como se vió luego, no solo se distribuyeron por todas partes de la casa, sino que escogieron los mejores puestos, ocupandolos sillones de terciopelo carmesí, en que ántes se habian sentado solamente los aduladores de la corte, las señoras y caballeros de la mas alta aristocracia. En vano los ojos del público buscaron á la princesa de Lamballe, en el palco donde ella acostumbraba sentarse; porque en vez de su bello rostro, asomaba allí la enmarañada cabeza un hombre de pequeño cuerpo y sinestra catadura, que de codos en la baranda paseaba los ojos por la bullente masa del patio. Este hombre era Marat, el veterinario en otro tiempo del conde de Artois, hoy el idolo de los furibundos Jacobinos, y por antonomasia el amigo del pueblo.

Se hallaban tambien, á la sazón en el teatro, el gigantesco Santerre, el gárrulo zapatero Simon, Jourdan Cortacebez y varios otros caudillos de los clubs y del partido exaltado de la Asamblea Nacional. Todos ellos se habian puesto de acuerdo y se hallaban á las órdenes de Marat, quien debia darles la señal de aplaudir ó silbar.

A la hora de comenzar la representacion, esta comenzó aunque no habia llegado la reina, no atreviéndose el empresario á esperar siquiera unos minutos, segun se hacia anteriormente.

Levantó el director la *batuta* y rompió la orquesta con la obertura, en medio del mas profundo silencio, no pareciendo sino que el auditorio se habia vuelto todo oidos para saborear el noble ritmo con que Gluck abre su ópera de Alceste.

Mas de imprevisto se exparcio un rumor sordo y contenido por lunetas, corredores, palcos y cazuela; y las caras de los espectadores, que al principio estaban vueitas hácia el tablado, se tornaron todas hácia el palco real. Y por un instante tal pareció que habian olvidado la música, que no habian advertido la conclusion de la obertura, ni notado la subida del telon. Era que por entre el ruido de los trombones, violines y clarinetes, el público habia oido el reclinar de una puerta de palco, sentido la entrada de algunos funcionarios, y visto por fin de pié, junto á la baranda, la arrogante presencia de la reina Maria Antonieta, y tras ella la señorita Bugois.

No obstante que la esperaba el público, su presencia causó sorpresa y sin quererlo todos los ojos se fijaron en ella, todas las miradas quisieron leer lo que pasaba bajo aquel semblante sereno y aquel agitado pecho.

Sintiendo Maria Antonieta eso casi materialmente, reflejó en sus pálidas mejillas la llamada de una sonrisa, como se refleja en un monte oscuro el último rayo de luz de una tarde de verano. Y con esta sonrisa todavia en sus labios y elarbol de la vergüenza en su frente, inclinó Maria Antonieta la cabeza y saludó.

Este momento parece que aguardaba el suspenso auditorio, porque al punto, como el estallido de una arma de fuego, resonó en todos los ámbitos de la casa: ¡Viva la reina!; acompañado este grito de palmadas y exclamaciones de admiracion y contento.





á la apiñada y curiosa multitud. El oficio desagradable de batidor lo desempeñaron en aquel caso los oficiales de la Guardia, tras los cuales seguía la reina, erguida, serena y grave, indiferente así á los aplausos, como á las maldiciones y diatribas de dentro y fuera del teatro.

Al fin alcanzó ella el coche y pudo sentarse y descansar de la fatiga en los muelles cojines de seda. Allí á oscuras y casi á solas, si bien por corto tiempo, logró entregarse á sus pensamientos tristes, buscando desahogo en las lágrimas. Enjugólas luego y procuró aparecer otra vez serena, porque pronto paró el coche á las puertas del palacio de las Tullerías, lúgubre y silenciosa prision de la familia real.

Abierta la portezuela, desmontó en medio de dos filas de soldados nacionales y de varios oficiales de la Guardia, quienes la escoltaron hasta sus aposentos. Se apeó y en silencio subió la escalinata. Nadie salió á recibirla. Como reina constitucional había tenido que despedir sus fieles y probados servidores y que tomar otros, con la aprobación de la Asamblea Nacional, los cuales obraban mas como espías y enemigos de ella, que como criados. Estos se hallaban en la sala. Cuando María Antonietta entró allí, ellos se pusieron en pié; pero ella no les hizo caso y pasó á su sala privada.

Un estrecho corredor servía de comunicación entre los aposentos de la reina y los del rey; pero las puertas que daban á él respectivamente, estaban siempre cerradas y vigiladas. Y cuando quiera que el monarca pasaba á ver á su esposa, el centinela se seguía y á la puerta oía toda palabra de su conversacion con ella.

La reina, sin ser poderosa á ocultar su desazon entró en el dormitorio, delante de cuya puerta se hallaba sentado el oficial de guardia, con los ojos fijos en el interior, cual si temiese que esa infortunada mujer intentase escaparse ó celebrara comunicacion secreta con sus amigos por el piso, las paredes ó el techo. Haciendo un esfuerzo supremo consiguió ella reprimir la palabra de cólera que ya le hacia temblar los labios y se ocultó detras del biombo para que las camareras le quitasen la ropa del teatro y le pusieran la de dormir. Entonces las despidió y asomando la cabeza por un lado del biombo, dijo alto, cosa que la oyese el oficial de guardia: Estoy cansada; deseo el reposo.

Surtió el efecto apetecido el aviso, porque no bien lo anunció ella, cuando se levantó el oficial y dijo á los centinelas de la puerta que pues se había retirado la reina á dormir era innecesaria la vigilancia del corredor oscuro: que esto estaba en consonancia con los deseos de la Asamblea, la cual se ocupaba seriamente de aligerar en cuanto fuese posible el servicio de la Guardia nacional; y que, en tanto cuanto la reina durmiese dos ojos bastaban para vigilarla.

Con esto los soldados se retiraron de la antesala y el oficial volvió á su puesto frente de la puerta de la alcoba. Mas en vez de sentarse en el sillón, se encaminó derecho á la cama de la reina.

Esta, que no se había dormido aun, se alarmó grandemente y extendió la mano para tocar la campanilla que había en un velador inmediato.

— Tranquilizaos, señora, no hagais ruido, por el cielo bendito; le dijo el oficial. Miradme

á la cara, mi respetada reina; ag-egó arrodillándose. Soy Toulan, criado fiel de V. M. ¿No se acuerda de mí V. M.? Hé aquí una carta de mi protectora madama de Campan. ¿Se digna V. M. leerla?

La reina pasó la vista con rapidez por el papel y volviéndose con dulce sorpresa para el oficial que continuaba de rodillas y en su desgracia la rendía el homenaje debido á la majestad, le dijo:

— Levantaos, señor Toulan. El trono yace en el polvo, mi corona está rota, y no merezco que nadie se le arrodille delante.

— Señora, eso no quita que yo vea todavía dos coronas en la noble cabeza de V. M., la corona de la reina y la corona de la desgracia. A ambas he consagrado mi vida y en su servicio estoy dispuesto á morir. Cierzo es que poco puedo hacer por V. M.; pero eso poco lo hare siempre con amor y fidelidad. Gracias al odio que aparento hácia la monarquía y á mi acérrimo jacobinismo, mi nombre se ha puesto en la lista de los oficiales que darán guardia á V. M. y así me hallará aquí una vez á la semana.

— ¿Y queréis hacerme el favor de colocar de modo vuestro sillón, que al ménos durante la noche, no me quede dormida pensando en que me vigilan?

— Eso no es posible, augusta señora, dijo Toulan conmovido. Para servir mejor á V. M., es fuerza que cumpla al pié de la letra con mi consigna. Mi sillón no ha de moverse. Me ocurre, sin embargo, que quizás prefiera V. M. convertir la noche en día, en la seguridad de que nadie vendrá á molestarla.

— ¿Qué queréis decir? preguntó María Antonietta vislumbrando el punto á donde vendría á parar el oficial de la Guardia ciudadana.

— Quiero decir, presiguió el jóven militar, que como durante el día no puede conversar V. M. con su angusto esposo, sino delante de testigos, tal vez prefiera verle de noche, cuando yo entro de guardia. Ya ha oído V. M. la órden de retirar los centinelas del corredor oscuro de parte de noche; por ahí sin ser vista, puede V. M., si le place, visitar á S. M. el rey, en su propia alcoba.

— Gracias, señor, dijo María Antonietta sin disimular su gozo, gracias os doy infinitas como esposa, que quizás llegue el día en que pueda daroslas como reina. Acepto vuestro magnánimo ofrecimiento. Sí, convertiré la noche en día, y gracias á vos, señor Toulan podré pasar algunas horas con mi marido y mis hijos sin estorbos. Y decid que estareis de guardia á menudo!

— No tan á menudo como deseara, augusta señora; una vez á la semana estaré á las órdenes de V. M.

— Ah! Ya he perdido el hábito de ordenar; dijo María Antonietta con visible pena. Veis que la reina de Francia es impotente ahora para el bien, no es del todo infortunada, sin embargo, pues aun le quedan amigos. Perteneceis vos á este número, y á fin de que ambos conservemos la memoria de este día, os llamare mi amigo fiel.

Efectivamente, no era la reina del todo infortunada, porque todavía la quedaban amigos leales y verdaderos, entre otros, por ejemplo, la princesa Lamballe, quien, no obstante sus amonestaciones y ruegos, había vuelto á París, concluida su mision cerca del célebre Pitt, con

de de Chatham. Tan luego como supo que estaba á punto de volver de Londres le escribió María Antonietta, como sigue:—No vengas, mi cara amiga, en tan criticas circunstancias. Por lo mismo que creo que tú eres mi mas tierna y leal amiga no deseo que vengas. Quédate allá, te lo ruego, en nombre de nuestra dulce amistad. Solo con la muerte dejaré de ser toda tuya de corazon.

MARIA ANTONIETA.  
De nada valieron estas representaciones y súplicas; la linda princesa cruzó el canal de la Mancha y corrió á París al lado de su cara y real amiga, como si dijéramos, á la boca del tigre, sediento de sangre noble.

El delin, por su edad y su educacion, no tenia sospecha de los pesares y desgracias que amenazaban á sus padres y á él mismo. Este hermoso niño crecia en las Tullerías, que no era otra cosa que el sepulcro de la antigua gloria monárquica, como crecen y florecen ciertas flores en los cementerios. No obstante, para aquel oscuro y lúgubre palacio la presencia del príncipe era rayo de sol y de alegría, que se reflejaba en el rostro de María Antonietta, cada vez que sus ojos tropezaban con los suyos tiernos y radiosos.

Tras el primer desfogue de la rabia popular, por grados fueron aflojando las ligaduras que impedían el franco movimiento de los reyes. Poco á poco les permitieron vivir á sus anchas en aposentos aparte y abrigados; y luego bajar á los jardines, aunque todavía protegidos por la Guardia nacional. Pudieron asi mismo cerrar las puertas de sus aposentos, cada y cuando lo creyesen conveniente, aunque jamás se retiraron los centinelas de vista.

Por un cierto tiempo del año de 1791, hasta llegó á creerse que se calmara el espíritu revolucionario, y que se restableciera el trono con parte de su antigua dignidad. Entre el rey y la Asamblea Nacional, se habia efectuado una especie de transaccion, que resultó despues un mero armisticio, jurando él la constitucion que ese cuerpo habia formado.

Pero por parte de Luis XVI no hubo sinceridad al aceptar y jurar la constitucion, pues es sabido que de vuelta en el palacio, se dejó caer en una silla y llorando como un niño dijo á María Antonietta: “Todo se ha perdido: Ah! señora! y habéis sido testigo de tanta humillacion! Y estabais desinada á venir á Francia para ver...” Por parte de los caudillos de la revolucion no se habia alcanzado sino á medias el objeto de esta, con la consitucion y su aceptación y juramento por el monarca: sin el derribo del trono y la muerte de la monarquía, creian inútil todo lo hecho.

Sea de esto lo que se fuere, lo cierto es que el pueblo pareció por algun tiempo complacido con el rey y dispuesto á entrar en mas amigables relaciones con la familia real. Ya no insultaban á la reina con gritos desapacibles cuando sucedía que ella se presentaba en los jardines de las Tullerías ó el bosque de Boloña, hasta se hizo de moda hablar del delin como un dichado de gracia y de belleza, yendo mucha gente á verle trabajar en su jardincito particular.

Este se hallaba á inmediaciones del palacio, al extremo del terrado por la parte del rio. Le rodeaba una alta cerca de alambres, é inmediatamente á él se veía el pabelloncito dónde moraba el abad D'Arcourt,ayo del delin. El primero jar-

dín en que este aprendió nociones de floricultura, estaba en Versailles. Allí desempeñó él todas las manipulaciones desde la preparacion del terreno, hasta la recolección de las flores; con las cuales hacia todas las mañanas un lindo ramillete, que radiante de alegría presentaba á su madre.

En recompensa del jardincito abandonado con sentimiento en Versailles, se le permitió cultivar en las Tullerías; y allí podia vérsese todas las mañanas, despues de sus horas de clase, aporcando la tierra con una hazada pequeña; plantando ó regando las flores. El jardín, de entonces acá ha cambiado mucho: sobre haberle extendido y trazado bajo diferente plan, le han rodeado de cerca mas alta que la primera; con todo eso aun se conoce por el jardín del delin Luis Carlos, y es el mismo que subsecuentemente regaló Napoleon al rey de Roma, que Carlos X dió al duque de Bordeaux y Luis Felipe al conde de Paris. ¡Cuántos recuerdos no se agrupan en torno de ese pedacito de tierra, abandonado siempre prematuramente por sus jóvenes poseores! El uno murió en prision escasamente de diez años de edad; el otro, mas jóven aun, fué arrebatado por la tempestad á tierra extraña y solo vivió para oír hablar de su padre y ver su daga ántes de morir. El tercero y cuarto, lanzados fuera del suelo natal por el huracan político, como los dos primeros, llevan todavía el bordón del peregrino en Austria é Inglaterra. Y muchas como son las lágrimas con que estos hijos riegan su propia suerte, muchas mas son las que deben derramar á la memoria de sus padres. El uno murió en el cadalso, el otro bajo el puñal del asesino, el otro de una caída en un camino público, y el último, el mas grande de todos, atado á una roca, como Prometeo, acaló sus dias de tristeza.

Cuando el delin iba á su jardín, solia acompañarle un piquete de la Guardia nacional, de facion en las Tullerías, y como entonces recibia instrucciones en el manejo de las armas, vestía el un forme de la misma fuerza ciudadana. Fne por corto tiempo la delicia de los Parisienses este guardia nacional de seis años. Su retrato se veia, en todas las tiendas, en los abanicos y en las sortijas de las señoras. Cuando era numerosa la cometa, el príncipe tomaba un fusil y entraba en las filas.

Tal era el entusiasmo que inspiraba el delin, que los muchachos de Paris se perecian por ser soldados y que él los mandase. En efecto, bien pronto se formó un regimiento de ellos, bajo ese nombre, cuyo equipo costearon los padres de los mismos, todo con la aprobacion del rey. Al fin pudo marchar y hacer parada delante del palacio de las Tullerías. El príncipe estaba en su jardín y despues de la revista, dió flores á soldados y oficiales, uno de los que, cuadrándose y haciendo el saludo de ordenanza, dijo:

— ¿Se dignaria V. A. de ser nuestro coronel?

— Mucho que sí; contestó el chico encantado.

— Entonces V. A. debe dar de manos á las flores para su mamá; observó otro de los oficiales.

— Ah! repuso el delin sonriendo, eso no impide que yo cuide de mis flores. Muchos de estos cabaleritos tienen jardines, segun me han dicho; de manera que si siguen el ejemplo de su coronel y aman á la reina, mamá recibirá todos los dias regimientos de flores.

El regimiento del Delfín, compuesto en su mayor parte de los hijos de las familias de mas elevada posición de París, deseaba ardientemente darle á su coronel una muestra de su cariño; y un día la oficialidad se presentó en las Tullerías y pidió venia al rey para hacerle un regalo, en nombre de todos sus camaradas. Concedido el permiso de buena voluntad, se le dió aviso al delfín, el cual enterado del objeto de la visita de sus compañeros, contestó que á él le bastaba el placer de verlos y obsequiarlos.

—Esperamos, mi coronel, que no se negará á aceptar nuestro regalo.

—De ninguna manera, porque mi papá el rey dice que no le está prohibido al coronel aceptar dotes de su regimiento.

—Mi coronel, dijo entonces uno de los oficiales llamado Palloy, os traemos un juego de dominó, que está hecho con las ruinas de la Bastilla solamente.

Dicho lo cual descubrió una cajita de mármol blanco con filetes de oro y se la alargó al delfín, repitiendo la siguiente estrofa, de unos versos muy populares á la sazón en Francia:

*De los horribles calabozos, terror de la Francia,  
Hé aquí los restos en dominós transformados:  
Puedan ellos sirviendo de juego á vuestra infancia,  
Del pueblo probaros su amor y su potencia.*

En su inocencia y candidez infantil, no echó de ver el delfín, como tampoco los donantes, la ponzofia que encerraba aquel regalo. Lejos de eso, sobre manera le complació y prestó la mayor atención á la explicacion que le hicieron del modo de jugar al dominó. Era todo de piedra, tomado de la repisa de la chimenea de mármol negro, que habia en la sala del gobernador de la Bastilla, á quien habia matado el pueblo. Al reverso de cada una de las piezas habia tallada una letra en oro, así que, una vez arreglados de canto y por orden en una mesa, se leía: —*Viva el rey, viva la reina y S. A. el delfín.* El mármol de la caja era tambien

de la losa del altar de la capilla. En el centro de la tapa habia una cara de relieve.

—Ese es mi papá el rey! exclamó el principe apenas la vió, porque la semejanza era completa.

—Si, prosiguió diciendo Palloy, cada uno de nosotros lleva esa imágen en su corazón. Y como el rey, esperamos que V. A. viva para la felicidad de todos y que sea igualmente el idolo de Francia. Nosotros, que seremos un día soldados y ciudadanos, os pagamos á vos, que entonces seréis nuestro comandante en jefe y rey, nuestro homenaje como futuros sostenedores del trono que vais á ocupar, y que la sabiduría de vuestro padre ha colocado bajo la égida inquebrantable de la ley. El don que ahora os ofrecemos es pequeño, pero le hace grande la circunstancia de que cada uno de nosotros agrega su corazón."

—Yo tambien recibo el regalo como el mas precioso que pudiera hacerseme, repuso el delfín. Trataré de aprender para jugar dominó. ¿No jugarás tú conmigo algunas veces, mamá? agregó de pronto volviéndose para la reina, cuya mano besó con ternura.

—Si, hijo mio, jugarémos á los dominós; contestó ella con visible embarazo.

Se contuvo cuanto le fué dado, dió las gracias á los jóvenes por la fineza que habian presentado á su hijo, y luego que ellos se retiraron en compañía del rey y del delfín, se volvió para madama Tourzel y le dijo casi con horror:

—Llevaos eso, pronto, llevaos esa cajita. Ella es un recuerdo terrible de lo pasado, una horrible profecía del futuro. Ahí yacen las piedras de la Bastilla que el pueblo arrasó, y la caja misma parece ni mas ni ménos un sarcófago, que para mas fatalidad lleva en su tapa la efigie del rey. ¡Ay! de nosotros desgraciados, que no podemos recibir los dotes del amor, sin que vengan cargados con las memorias del odio, que no podemos tener goces sino están mezclados con los pesares!

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO XIX.

JUNIO 20 Y AGOSTO 10 DE 1792.

Hemos dicho ya que no habia sido sino un armisticio, la aparente reconciliacion efectuada entre el pueblo y los reyes, cuando Luis aceptó y juró la constitucion. Laguerrarompió de nuevo, tal vez con mas furor, porque las armas Francesas habian experimentado algunos reveses en las fronteras del norte y se atribuyeron á traicion é intrigas de los nobles y los emigrados, alentados por los prisioneros de las Tullerías.

Llegaron á ser intolerables la insolencia y los desmanes de la plebe, de modo tal, que Maria Antonieta tuvo por mejor acuerdo suspender sus salidas del palacio. Lo mismo hizo al fin el rey, á quien empezaba á perderse el respeto, y hasta al delfín hubo que prohibirle entretenerse en su jardincito, por temor de que las amenazas pasaran á violencias personales. Con sus incendiarias aren-

gas contra los realistas habian logrado los caudillos de la revolucion hacerse temer y sobre todo extinguir el resto del cariño que aun abrigaba en el pecho el pueblo hácia la monarquía.

Por sentado, duró poco el regimiento del Delfín; se desbandó antes de concluir el año de 91, siendo así que hasta aproximarse al principe para saludarle y mostrarle deferencia, no como hijo del rey, sino como niño, se tenia por delito grave. En las pocas veces que ya salia al jardin, en union de su ayo, siempre habia miradas del pueblo bajo, que ó le seguan con miradas sañudas, ó le decian impropiedades contra sus padres. En cierta ocasion era un grupo de mujeres las que apiñadas á las rejas, se burlaban de la reina, solo por mortificar al delfín. Indignado este, se volvió de repente para ellas y dijo:

—Mentís, mentís con descaro. Mi mamá es una mala mujer, ni odia ella al pueblo. Mi mamá la reina es tan buena, tan....

Y no pudo continuar porque el dolor y la indignacion abogaron la voz en su garganta y solo pudo llorar. Avergonzado de esta muestra de debilidad, se alejó de allí á toda carrera en direccion del palacio, seguido del abad D'A. court, que apenas podia darle alcance. Llorando y sollozando todavia el niño pasó por el corredor, pero al llegar á la escalinata que conducia á los aposentos de la reina, se detuvo y se enjugó los ojos.

—No lloraré mas, dijo, daria sentimiento á mamá. Os ruego, abad, que no la digais nada. Trataré de parecer animado y alegre delante de ella, porque así es cómo le gusta verme. A veces cuando está mamá afligida, yo hago que no lo noto, y ríe, canto y salto hasta que se le pasa la tristeza y se sonríe. ¿Se conoce que he llorado?

—No, principe mio, ni un tantico; repuso el abad hondamente conmovido al contemplar los grandes ojos azules del niño que le miraban con ternura.

En efecto, mas tranquilizado el delfín continuó subiendo, empujó suavemente la puerta y medio oculto por la cortina de seda, preguntó en tono de chanza, si se le concedia licencia de ver á S. M. la reina.

Esta concedió el permiso y abrió los brazos para recibir á su hijo, quien á su vez la abrazó y la besó en los ojos y en los labios.

—Advierto que estás extraordinariamente cariñoso hoy, Luisito, le dijo Maria Antonieta. ¿Cuál es la causa de tamaña efusion?

—Proviene mi cariño extremado contigo hoy, mamá, de que no tengo que darte mas que besos, pues las flores de mi jardin se han marchitado, y ya no me gusta ni ir allá. Este beso, y este otro, y este son mi ramillete, mamá.

—Vamos, hijo mio, basta, mira que el abad te espera. Creo que ha llegado la hora de la clase. ¿Por dónde se principia hoy?

—Por la leccion de gramática, contestó el abad depositando el libro de texto sobre la mesa junto a la cual daba sus clases el delfín en presencia de su madre.

—La gramática? dijo el delfín. Me alegraria que fuese la historia. Me gusta la historia tanto como me disgusta la gramática.

—Nace de las muchas faltas que hace V. A., dijo el abad. Y sin duda que la gramática es muy difícil.

—Oh! No es por eso, dijo el niño poniéndose colorado. No me disgusta la gramática por difícil sino por tediosa.

—¿Va que es porque V. A. ha olvidado la leccion de ayer? Tratamos de los grados de comparacion. Quizas no la recuerda V. A.

—Os equivocais, repuso el delfín sonriendo. Y si no, escuchad. Si yo digo, —mi abad es bueno, ese es el positivo. Si digo que —mi abad es mejor que otro abad, este será el comparativo. Y si digo, continuó mirando á la reina con ternura, —Mi mamá es la mas querida y la mejor de las madres, este es el superlativo." Deleitada de oír á su hijo la reina le estrechó en su seno y le bañó la dorada cabellera con lágrimas de gozo.

Al siguiente dia, á la hora del paseo, la reina fué al cuarto del delfín para saludarle antes de bajar al jardin.

—Mamá, le dijo él, te ruego me dejes estar aquí. El jardin ya no me causa placer.

—Por qué no, hijo mio? Qué te ha sucedido en él?

—Algo me ha sucedido querida mamá. Vuelven á verse malas caras por entre las verjas, me miran con ojos atravesados y hasta me dicen cosas muy feas. No quiero repetirte sus palabras sucias. Lo ménos que me dicen es que soy el hijo del panadero. Como yo no puedo contestarles, me aflijo y lloro. Así, mamá, prefiero quedarme en casa, y jugaré aqui con Bijou. Acá, Bijou, saluda á la reina como un granadero de verdad.

Y sonriendo cogió á su perrillo por las patas delanteras, le puso en alto y le amenazó con la mano derecha hasta que consiguió que se mantuviese erecto y con las garras dobladas con aire respetuoso.

Rióse la reina de ganas, mucho mas cuando el delfín, todavia amenazando al perrillo, corrió á la mesa, tomo de ella un gorro de papel que él habia hecho y pintado de listas rojas y se lo puso en la cabeza de su Bijou, diciéndole:—Señor Jacobino, firme. Salúe V. á S. M. la reina.

Desde ese dia ni el pequeño delfín volvió á pasearse fuera de las puertas del palacio de las Tullerías.

A Maria Antonieta aun le restaba una fuente de consuelo, nos contraemos á su correspondencia con sus parientes, los soberanos de Europa y algunas de sus amigas emigradas. Siempre que se presentaba la ocasion, no la desechaba, de ponerle dos letras aunque fuese, en especial á la duquesa de Polignac. La historia ha conservado una de esas cartas, en que traza el cuadro fiel y enternecedor de los pesares y sinsabores que agobiaban á la reina en dicha época.

—No puedo ménos de aprovechar la ocasion de abrazarte, mi corazón, si bien debo hacerlo á la carrera, porque la oportunidad es pasajera y quizas no vuelve á presentarse. Te escribo unas cuantas líneas solamente, las cuales te las entregarán con un gran paquete. Estamos vigilados como criminales, vigilancia en verdad dura de sobrellevar. No tenemos de quien fiarnos, por donde quiera nos parece ver espías y enemigos, ni podemos asomarnos siquiera á las ventanas, sin que llueyan insultos y dictámenes sobre nuestras cabezas. Si son los niños, sacarlos al aire libre es exponerlos á sustos y ultrajes. ¿Qué situación la nuestra, mi dulce amiga! Y cuando pienses que no temo por mí sola, sino que tiemblo por el rey, por los pocos amigos que nos acompañan en nuestras tribulaciones, te convencerás que la carga se hace insostenible. Pero, como te he dicho otras veces, vosotros los ausentes, me inspirais aliento. Adios, alma mia, esperemos en Dios que lee en nuestras conciencias y sabe si nos ama ó no el amor mas verdadero por este pais. Te abraza tu....

P. D.—Acaba de entrar el rey y desea agregar dos palabras.

—Lo único que os digo, duquesa, es que no la olvidamos, que sentimos recibir tan pocas cartas de vos, y que, ya cerca, ya distante, á vos y á los vuestros siempre los ama,—Luis."

Efectivamente, no habia exageracion en la frase, —ni podemos siquiera asomarnos á las ventanas; pues aun lejos de ellas seguan á la reina las palabras insultantes. Sentada en el

El regimiento del Delfín, compuesto en su mayor parte de los hijos de las familias de mas elevada posición de París, deseaba ardentemente darle á su coronel una muestra de su cariño; y un día la oficialidad se presentó en las Tullerías y pidió venia al rey para hacerle un regalo, en nombre de todos sus camaradas. Concedido el permiso de buena voluntad, se le dió aviso al delfín, el cual enterado del objeto de la visita de sus compañeros, contestó que á él le bastaba el placer de verlos y obsequiarlos.

—Esperamos, mi coronel, que no se negará á aceptar nuestro regalo.

—De ninguna manera, porque mi papá el rey dice que no le está prohibido al coronel aceptar dones de su regimiento

—Mi coronel, dijo entonces uno de los oficiales llamado Palloy, os traemos un juego de dominó, que está hecho con las ruinas de la Bastilla solamente.

Dicho lo cual descubrió una cajita de mármol blanco con filetes de oro y se la alargó al delfín, repitiendo la siguiente estrofa, de unos versos muy populares á la sazón en Francia:

De los horribles calabozos, terror de la Francia,  
Éste aquí los restos en dominós transformados:  
Puedan ellos sirviendo de juego á vuestra infancia,  
Del pueblo probaros su amor y su potencia.

En su inocencia y candidez infantil, no echó de ver el delfín, como tampoco los donantes, la ponzosía que encerraba aquel regalo. Lejos de eso, sobre manera le complació y prestó la mayor atención á la explicación que le hicieron del modo de jugar al dominó. Era todo de piedra, tomado de la repisa de la chimenea de mármol negro, que había en la sala del gobernador de la Bastilla, á quien había matado el pueblo. Al reverso de cada una de las piezas había tallada una letra en oro, así que, una vez arreglados de canto y por orden en una mesa, se leía: — *Viva el rey, viva la reina y S. A. el delfín.* El mármol de la caja era también

de la losa del altar de la capilla. En el centro de la tapa había una cara de relieve.

—Ese es mi papá el rey! exclamó el príncipe apenas la vió, porque la semejanza era completa.

—Si, prosiguió diciendo Palloy, cada uno de nosotros lleva esa imágen en su corazón. Y como el rey, esperamos que V. A. viva para la felicidad de todos y que sea igualmente el idolo de Francia. Nosotros, que seremos un día soldados y ciudadanos, os pagamos á vos, que entonces seréis nuestro comandante en jefe y rey, nuestro homenaje como futuros sostenedores del trono que vais á ocupar, y que la sabiduría de vuestro padre ha colocado bajo la égida inquebrantable de la ley. El don que ahora os ofrecemos es pequeño, pero le hace grande la circunstancia de que cada uno de nosotros agrega su corazón.

—Yo también recibo el regalo como el mas precioso que pudiera hacerse, repuso el delfín. Trataré de aprender para jugar dominó. ¿No jugarás tú conmigo algunas veces, mamá? agregó de pronto volviéndose para la reina, cuya mano besó con ternura.

—Si, hijo mio, jugarémos á los dominós; contestó ella con visible embarazo.

Se contuvo cuanto le fué dado, dió las gracias á los jóvenes por la fineza que habían presentado á su hijo, y luego que ellos se retiraron en compañía del rey y del delfín, se volvió para madama Tourzel y le dijo casi con horror: —Llévaoos eso, pronto, llevaoos esa cajita.

Ella es un recuerdo terrible de lo pasado, una horrible profecía del futuro. Ahí yacen las piedras de la Bastilla que el pueblo arrasó, y la caja misma parece ni mas ni menos un sarcófago, que para mas fatalidad lleva en su tapa la efigie del rey. ¡Ay! de nosotros desgraciados, que no podemos recibir los dones del amor, sin que vengan cargados con las memorias del odio, que no podemos tener goces sino están mezclados con los pesares!

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO XIX.

JUNIO 20 Y AGOSTO 10 DE 1792.

Hemos dicho ya que no había sido sino un armisticio, la aparente reconciliación efectuada entre el pueblo y los reyes, cuando Luis aceptó y juró la constitución. Laguerrarompió de nuevo, tal vez con mas furor, porque las armas Francesas habían experimentado algunos reveses en las fronteras del norte y se atribuyeron á traición é intrigas de los nobles y los emigrados, alentados por los prisioneros de las Tullerías.

Llegaron á ser intolerables la insolencia y los desmanes de la plebe, de modo tal, que Maria Antonieta tuvo por mejor acuerdo suspender sus salidas del palacio. Lo mismo hizo al fin el rey, á quien empezaba á perderse el respeto, y hasta al delfín hubo que prohibirle entretenerse en su jardincito, por temor de que las amenazas pasaran á violencias personales. Con sus incendiarias aren-

gas contra los realistas habían logrado los caudillos de la revolucion hacerse temer y sobre todo extinguir el resto del cariño que aun abrigaba en el pecho el pueblo hácia la monarquía.

Por sentado, duró poco el regimiento del Delfín; se desbandó antes de concluir el año de 91, siendo así que hasta aproximarse al príncipe para saludarle y mostrarle deferencia, no como hijo del rey, sino como niño, se tenia por delito grave. En las pocas veces que ya salía al jardín, en union de su ayo, siempre habia miradas del pueblo bajo, que ó le seguian con miradas sañudas, ó le decian improperios contra sus padres. En cierta ocasion era un grupo de mujeres las que apiñadas á las rejas, se burlaban de la reina, solo por mortificar al delfín. Indignado este, se volvió de repente para ellas y dijo:

—Mentís, mentís con descaro. Mi mamá me es una mala mujer, ni odia ella al pueblo. Mi mamá la reina es tan buena, tan....

Y no pudo continuar porque el dolor y la indignación ahogaron la voz en su garganta y solo pudo llorar. Avergonzado de esta muestra de debilidad, se alejó de allí á toda carrera en dirección del palacio, seguido del abad D'A. court, que apenas podía darle alcance. Llorando y sollozando todavía el niño pasó por el corredor, pero al llegar á la escalinata que conducía á los aposentos de la reina, se detuvo y se enjugó los ojos.

—No lloraré mas, dijo, daría sentimiento á mamá. Os ruego, abad, que no la digais nada. Trataré de parecer animado y alegre delante de ella, porque así es cómo le gusta verme. A veces cuando está mamá afligida, yo hago que no lo noto, y ríe, canto y salto hasta que se le pasa la tristeza y se sonríe. ¿Se conoce que he llorado?

—No, príncipe mio, ni un tantico; repuso el abad hondamente conmovido al contemplar los grandes ojos azules del niño que le miraban con ternura.

En efecto, mas tranquilizado el delfín continuó subiendo, empujó suavemente la puerta y medio oculto por la cortina de seda, preguntó en tono de chanza, si se le concedía licencia de ver á S. M. la reina.

Esta concedió el permiso y abrió los brazos para recibir á su hijo, quien á su vez la abrazó y la besó en los ojos y en los labios.

—Advierto que estás extraordinariamente cariñoso hoy, Luisito, le dijo Maria Antonieta. ¿Cuál es la causa de tanta efusión?

—Proviene mi cariño extremado contigo hoy, mamá, de que no tengo que darte mas que besos, pues las flores de mi jardín se han marchitado, y ya no me gusta ni ir allá. Este beso, y este otro, y este son mi ramillete, mamá.

—Vamos, hijo mio, basta, mira que el abad te espera. Creo que ha llegado la hora de la clase. ¿Por dónde se principia hoy?

—Por la lección de gramática, contestó el abad depositando el libro de texto sobre la mesa junto á la cual daba sus clases el delfín en presencia de su madre.

—La gramática? dijo el delfín. Me alegraría que fuese la historia. Me gusta la historia tanto como me disgusta la gramática.

—Nace de las muchas faltas que hace V. A., dijo el abad. Y sin duda que la gramática es muy difícil.

—Oh! No es por eso, dijo el niño poniéndose colorado. No me disgusta la gramática por difícil sino por tediosa.

—¿Ya que es porque V. A. ha olvidado la lección de ayer? Tratamos de los grados de comparación. Quizas no la recuerda V. A.

—Os equivocais, repuso el delfín sonriendo. Y si no, escuchad. Si yo digo, —mi abad es bueno, ese es el positivo. Si digo que —mi abad es mejor que otro abad, este será el comparativo. Y si digo, continuó mirando á la reina con ternura, —Mi mamá es la mas querida y la mejor de las madres, este es el superlativo. Deleitada de oír á su hijo la reina le estrechó en su seno y le bañó la dorada cabellera con lágrimas de gozo.

Al siguiente dia, á la hora del paseo, la reina fué al cuarto del delfín para saludarle antes de bajar al jardín.

—Mamá, le dijo él, te ruego me dejes estar aquí. El jardín ya no me causa placer.

—Por qué no, hijo mio? Qué te ha sucedido en él?

—Algo me ha sucedido querida mamá. Vuelven á verse malas caras por entre las verjas, me miran con ojos atravesados y hasta me dicen cosas muy feas. No quiero repetirme sus palabras sucias. Lo ménos que me dicen es que soy el hijo del panadero. Como yo no puedo contestarles, me aflijo y lloro. Así, mamá, prefiero quedarme en casa, y jugaré aqui con Bijou. Acá, Bijou, saluda á la reina como un granadero de verdad.

Y sonriendo cogió á su perrillo por las patas delanteras, le puso en alto y le amenazó con la mano derecha hasta que consiguió que se mantuviese erecto y con las garras dobladas con aire respetuoso.

Rióse la reina de ganas, mucho mas cuando el delfín, todavia amenazando al perrillo, corrió á la mesa, tomo de ella un gorro de papel que él habia hecho y pintado de listas rojas y se lo puso en la cabeza de su Bijou, diciéndole: —Señor Jacobino, firme. Salúe V. á S. M. la reina.

Desde ese dia ni el pequeño delfín volvió á pasearse fuera de las puertas del palacio de las Tullerías.

A Maria Antonieta aun le restaba una fuente de consuelo, nos contraemos á su correspondencia con sus parientes, los soberanos de Europa y algunas de sus amigas emigradas. Siempre que se presentaba la ocasion, no la desechaba, de ponerle dos letras aunque fuese, en especial á la duquesa de Polignac. La historia ha conservado una de esas cartas, en que traza el cuadro fiel y enternecedor de los pesares y sinsabores que agobiaban á la reina en dicha época.

—No puedo ménos de aprovechar la ocasion de abrazarte, mi corazón, si bien debo hacerlo á la carrera, porque la oportunidad es pasajera y quizas no vuelve á presentarse. Te escribo unas cuantas líneas solamente, las cuales te las entregarán con un gran paquete. Estamos vigilados como criminales, vigilancia en verdad dura de sobrellevar. No tenemos de quien fiarnos, por donde quiera nos parece ver espías y enemigos, ni podemos asomarnos siquiera á las ventanas, sin que lluevan insultos y dictarios sobre nuestras cabezas. Si son los niños, sacarlos al aire libre es exponerlos á sustos y ultrajes. ¿Qué situación la nuestra, mi dulce amiga! Y cuando pienses que no temo por mi sola, sino que temo por el rey, por los pocos amigos que nos acompañan en nuestras tribulaciones, te convencerás que la carga se hace insoportable. Pero, como te he dicho otras veces, vosotros los ausentes, me inspirais aliento. Adios, alma mia, esperemos en Dios que lee en nuestras conciencias y sabe si nos ama ó no el amor mas verdadero por este pais. Te abraza tu....

P. D.—Acaba de entrar el rey y desea agregar dos palabras.

—Lo único que os digo, duquesa, es que no la olvidamos, que sentimos recibir tan pocas cartas de vos, y que, ya cerca, ya distante, á vos y á los vuestros siempre los ama,—Luis."

Efectivamente, no habia exageración en la frase, —ni podemos siquiera asomarnos á las ventanas; pues aun lejos de ellas seguian á la reina las palabras insultantes. Sentada en el

interior de sus aposentos, no le era dable cerrar los oídos á los gritos de los vendedores de impresos que se sucedían unos á otros por la calle, pregonando, á cuanto les daba el pecho: Vida de María Antonieta! obra escrita expresamente para vilipendiar á esa desgraciada reina.

A veces montada en cólera, con ojos relampagueantes y la cabeza muy alta, solía ella pasearse arriba y abajo de su cuarto, y decía:

— “No lo sufriré mas. Hablaré. No me ultrajarán sin oír mi justificación. Bajaré y diré á los que me llaman extranjera: — Franceses, fuerza es que carezca de sentimiento aquel que os dice que yo, la madre de un delfín, no amo la Francia. ....”

Pero el llanto no la dejó hablar. Corrió á un rincón del cuarto, se puso de rodillas sollozando y se tapó con ambas manos los oídos, para no oír las palabras groseras con que le dirigían á ella desde la calle las gentes de baja ralea.

Así en medio de disgustos y pesares que se sucedían unos á otros, se pasaban los meses. Comenzaba la reina á desalentarse completamente y á perder la esperanza de un fin honroso, de morir como convenía á una persona de su clase y posición, es decir, con orgullo y dignidad bajo los cerros del trono socavado y destruido por el pueblo airado. Sabía que el rey jamás saldría al encuentro de semejante muerte, que su debilidad le haría pasar por toda humillación, resistiéndose su buera índole á toda medida que, inspirado confianza, podía traer socorro. En vano había ella tratado de inspirarle el brio de su espíritu: Luis era un hombre bueno, mas un mal rey; nacido no para regir y gobernar, sino para llevar vida regalada y apacible y servir de víctima expiatoria de los errores y crímenes ajenos.

Estos pensamientos de la reina que tomaron al fin el carácter de convicciones profundas, á veces la reconciliaban con su suerte, ó veces la llevaban hasta los bordes de la desesperación.

— Que seamos nosotros las víctimas, poco me importa, se decía ella con amargura, lo que no puedo soportar es la idea de que mis hijos hayan de ser castigados por faltas que no son suyas.

No faltaban personas adicias que deseaban sinceramente salvar la reina, y de esas recibía ella frecuentes avisos secretos en que la instaban se pusiera en salvo, que era inútil la lucha, que estaba visto no había medio de aplacar la enemiga del pueblo, que mientras estuviese en suelo Francés su vida corría peligro inminente y por consecuencia la de algún otro de su familia. En efecto, por dos veces ya habían tratado de asesinarla. Preparado todo para la fuga, se le participó con el mayor sigilo, diciéndole además, que amigos fieles la conducirían en salvo hasta las fronteras del reino por la parte del Rin, donde la esperaban algunos caballeros comisionados á este propósito por su sobrino el emperador José. Tan bien combinado estaba el plan, que no podía malograrse el golpe, y para llevarse á feliz remate, solo se aguardaba por el consentimiento de María Antonieta. Pero ella se negó obstinadamente á salvarse sola, diciendo que su propia vida era lo que menos importaba en aquel terrible aprieto, porque sabía que tarde que temprano tenía de morir; que miraba la

fuga, no ya solo como un acto de cobardía, sino también de criminalidad, si su marido y sus hijos quedaban detras, á los bordes de la hoguera. Donde estos objetos caros á mi corazón perezcan, ahí quiero yo perecer; concluía ella diciendo.

Los diplomáticos extranjeros, de acuerdo con los príncipes y nobles Franceses emigrados, pusieron las armas en manos del pueblo con sus imprudentes amenazas, á las cuales respondía la Asamblea con decretos y confiscaciones, fulminando además providencias contra el clero. A dos de esas disposiciones opuso al fin el rey el veto, animado tanto por el valor y la energía de la reina, como por el consejo de los pocos servidores fieles que no le habían desamparado todavía. En el uno de dichos decretos se le prohibía decir misa á los curas no juramentados, porque se atribuía al clero la causa de las insurrecciones que habían estallado en el occidente de Francia. En el otro se comunicaba con la pena de muerte á todo el que abandonase el suelo Francés aunque fuera por corto tiempo, ó tomaba parte en la invasión armada de la patria.

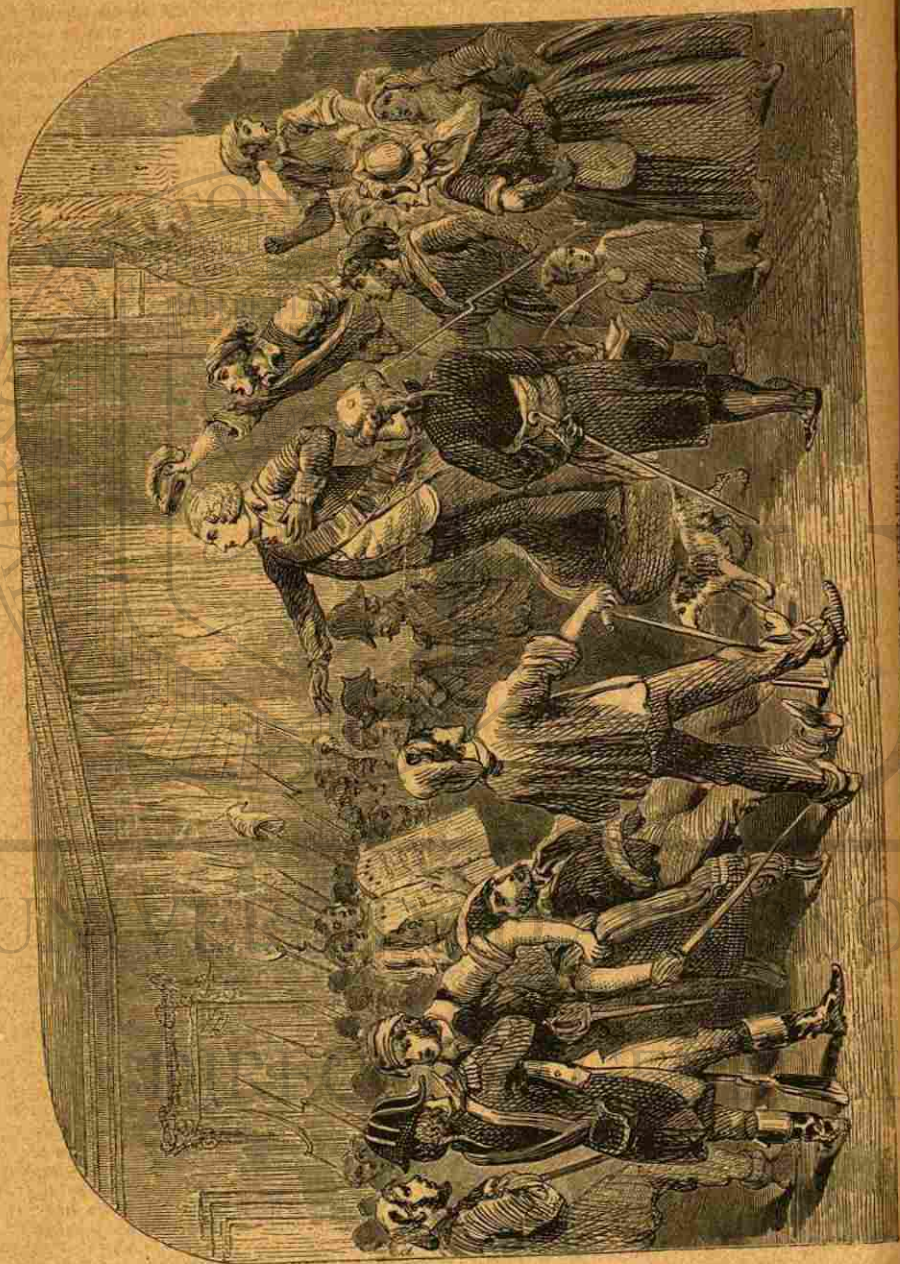
No pudo ser mas inoportuna la inesperada energía de Luis. Para mayor desgracia, el ejército revolucionario huyó ante los Austriacos en los Países Bajos. Declarose la patria en peligro, proclamándose como ley suprema la salud del pueblo. Constituyéronse en permanencia las sociedades patrióticas, armaronse todos los hombres y se nombró una comisión de insurrección fomentada por Marat. El populacho, que llenaba las puertas y avenidas de la Asamblea, recibió con grito de rabia la nueva del veto real. Y de calle en calle, de plaza en plaza iban resonando las voces de la divina Nemesis: — ¡La patria está en peligro! El rey conspira con los extranjeros y la Austriaca llama en su auxilio los ejércitos de sus parientes, enemigos de la Francia. Ella ha aconsejado á su marido que oponga el veto á los decretos lanzados contra los traidores. Maldición sobre madama Veto. Abajo madama Veto!

En la tarde del 20 de junio, el pueblo atunado se presentó ante las puertas del palacio de las Tullerías, las cuales se abrieron de par en par por orden del rey. Y en ménos de un cuarto de hora una multitud ruidosa é insolente llenó las escaleras, corredores, salas y aposentos. Solo uno de estos permanecía cerrado, aquel en que se había refugiado la familia real, con algunos servidores; el rey manso y sereno como siempre; la reina pálida, firme y resignada; madama Isabel con los brazos cruzados sobre el pecho, orando; los dos niños pegados el uno al otro, llorando en silencio y haciendo esfuerzos por reprimir sus sollozos, pues su madre les había recomendado el valor y la serenidad.

El segundo término de este cuadro no ménos interesante que triste, lo formaban los amigos y servidores ya mencionados, los mismos que en suspenso seguían con oído atento los hachazos que la gente enfurecida y salvaje pegaba contra una de las puertas cerradas á su paso, y los gritos de los expectadores animando á la obra de destrucción.

Al cabo llegó una columna de la Guardia Nacional, demasiado tarde para mantener el pueblo fuera del palacio, aunque quizas en

ANIL  
MA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS



tiempo de proteger á los reyes de las injurias de obra. A la presentacion del comandante de la tropa ciudadana, se abrió la puerta del cuarto donde se habia refugiado Luis con su familia. Ese tal arrodillándose de pronto, con lágrimas en los ojos, le rogó se presentara al pueblo y calmara la salvaje agitacion con su presencia.

Por entonces, los dos niños no pudieron ocultar sus sensaciones ni su terror. El delfin rompió á llorar; todo asustado se adhirió mas al vestido de su madre, y la rogó encarecidamente le sacase de allí y se fuese con él á su cuarto particular. Mientras María Antonieta inclinada trataba de consolar al delfin y á Teresa, que lloraba en silencio, el rey cedió á las instancias del comandante de la Guardia, y se alejó con él para mostrarse al pueblo. Siguióle madama Isabel, por el corredor al salon principal, para lo que tuvo que abrirse paso por medio de la apiñada multitud. Mas como no cediesen ante ella con la facilidad que ante el rey, bien pronto quedó separada de él; y comenzó á flotar de un lado á otro, como un tronco en un mar alborotado; eso sí acompañada por su caballero Saint Pardoux. Al principio la empujaban sin intencion, mas luego luego, tomándola por su muñeca, con ánimo de acercárselo y aun hacerle daño segun los gritos furiosos del populacho.

—Hé ahí la Austriaca! gritaron centenares de voces y otras tantas picas y bayonetas al momento se dirigieron contra el pecho de la princesa.

—Por Dios bendito! exclamó el caballero. ¿Qué intentais? Reparad que no es la reina.

—¿Por qué los desengañais? dijo Isabel dirigiéndose á Saint Pardoux. No hay mal que por bien no venga. Y echando á un lado con la mano una bayoneta que le cerraba el paso, agregó con dulzura:—Tened cuenta, señor, que podéis herir á alguno, y sé bien que lo sentiriais despues.

Asombrado el pueblo de tamaña serenidad y mansedumbre, al momento abrió camino respetuosamente y ella pudo al fin reunirse con su hermano. Hallabase este en el centro de la sala, rodeado de una muchedumbre de gente iracunda y vocinglera. Un descamisado á viva fuerza se acercó al monarca, sacó del bolsillo una botella y un vaso, le llenó de vino y lo pasó á aquel diciéndole que bebiera á la salud de la nacion.

—La nacion debe saber que yo la amo, repuso Luis tomando el vaso tranquilamente, porque he hecho muchos sacrificios por ella. Con todo mi corazon bebo á su salud; y no obstante las advertencias de algunos amigos, se llevó el vaso á los labios y apuró el contenido.

Mientras el populacho aplaudia gozoso por la accion de Luis, sus camaradas fuera que no podian imaginar lo que pasaba dentro de la sala, gritaban á cunतो les daba el pecho:—Ya estamos cansados de esperar ese par de cabezas reales.

Entretanto, María Antonieta habia logrado tranquilizar á sus hijos, y apenas se enderezó y echó de ver que el rey no estaba allí, partió en su busca hacia la puerta. Sus fieles amigas, sin embargo, le cortaron el paso y le recordaron, que ella no era solo la reina, sino la madre de sus hijos pequeñuelos; empuñándola en que

diera oídos á la prudencia y no se expusiera al peligro inútilmente, con riesgo mayor tambien del rey mismo.

—Nadie ha de impedirme llenar mi deber; dijo ella montada en cólera. Franca la puerta.

Apesar de eso las amigas no cedieron. Antes afrontaron el enojo de la reina; y por fortuna penetraron á la sazón en aquel sitio varios oficiales de la Guardia Nacional, quienes asegurándole de que no estaba en peligro la vida de su real esposo, consiguieron calmarla.

Los plebeyos que guiados por el cervecero Santerre, habian invadido el régio alcázar, rodeado á Luis, subídole sobre una mesa, puéstole el gorro colorado y gritádole: "No mas vetos, no mas clérigos, no mas aristócratas; te engañan, Luis, te engañan;" cansados al fin, le dejaron y fueron á representar la misma escena con la reina.

Haciendo saltar puertas y cristales con el empuje meramente de una fila de hombres cargando sobre otra, el populacho se exparcó por los cuartos de María Antonieta, cual la ola que rompe contra la playa. Por fortuna los Guardias nacionales de que antes hemos hablado, atravesaron una mesa delante de ella y de sus dos hijos, colocándose ademas ellos á los flancos para tener en respeto cuanto se pudiese á la plebe soez y desmandada.

Con esto la reina quedó separada de sus enemigos solo por un frágil mueble de madera; pero para entonces ya ella habia vuelto á su aplomo, sin que la hiciesen pestañear con mas rapidez que lo natural las armas que le blandian delante, ni los puños apretados con que la amenazaban. Erguida, serena y callada, allí se mantuvo, contemplando las olas humanas que se sucedian bramando unas á otras; teniendo de la mano derecha á su hija Teresa que se le cosia á las faldas, y á su izquierda al pequeño delfin, el cual con tamaños ojos abiertos y azorado, parecia petrificado. Detras de la reina se veian las princesas de Lamballe y de Tarente, y madama Tourzel.

Un hombre con el cabello enmarañado y el cuello de la camisa abierto, dejando ver un pecho velludo, alargó á la reina un rollo de papeles, en que se leia este titulo: Para María Antonieta. Otro le mostró una guillotina; un tercero un tajo y esta divisa: Temblad tiranos! Su hora ha llegado!—Un cuarto hombre, el mas feroz de todos, enseñándole un corazon clavado en una pica y todavia goteando sangre, dijo:—Así sangrarán todos, los tiranos y los aristócratas.

Hasta allí María Antonieta, como decimos, habia conservado serenidad y compostura; pero al ver el corazon goteando en la punta de la pica, pestañeó de horror y se puso pálida, porque en el hombre que se lo mostraba y le portaba reconoció á Simon el zapatero; y le asaltó el terrible presentimiento de que aquella alma feroz, la encarnacion del odio para ella, todavia estaba destinada á causarle mayor tormento.

—Abajo el veto! Vivan los descamisados! Viva Santerre! gritó la plebe.

Porque en efecto, el gigantesco cervecero, á la cabeza de una partida de hombres medio desnudos, en traje de montañés de los Abruzzos, con daga y pistola al cinto, se presentó á la sazón en el cuarto. El sombrero de ala ancha,



na), de la condicion de la capital y de los sentimientos del pueblo. Todas las mañanas recibia los informes que le enviaban los emisarios encargados de averiguar las intrigas de los conspiradores, los planes secretos de Marat y las miserias de los diferentes caudillos, aspirando cada uno á la supremacia con el sacrificio de su rival.

Mucho antes que se verificara, tuvo noticias Maria Antonieta del llamamiento á una convencion general de las cuarenta y ocho secciones en que se dividia la fraternidad Parisiense. Supo que Petion, Danton y Manuel, tres republicanos exaltados, se hallaban á la cabeza del movimiento, y que por medio de sus emisarios se proponian insurreccionar los suburbios de la ciudad. Supo que los feroces Marsellese, actores principales en los sucesos del 20 de junio, se vanagloriaban de ellos é intentaban repetirlos en mayor escala.

Tampoco desconocia Maria Antonieta que mas de la mitad de los diputados de la Asamblea Nacional, pertenecian al famoso club de los Jacobinos, y que aguardaban la ocasion de descargar golpe mas recio á la monarquia. A menudo, cuando tarde de la noche oia la cancion de guerra, inventada por los Marsellese, *Allons enfants de la patrie*, ó la no ménos alarmante *Ca ira, ca ira* de los Parisienses, saltaba de la cama (ya no se desnudaba para dormir), corria á la de sus hijos, ó llamaba sus doncellas, y les ordenaba encender velas, á fin de ver por donde amenazaba el peligro.

Al fin llegó el 10 de agosto por la noche tan temido, anunciando su advenimiento un cañonazo disparado desde el patio de las Tullerías. Saltó Maria Antonieta de su lecho y ordenó á una de sus camareras que fuese á despertar al rey; el cual ya se habia levantado y estaba rodeado de sus ministros y de unos pocos amigos. Entretanto la reina despertó á sus hijos, los vistió y fué con ellos á reunirse con su marido. Por entónces el sonido de los clarines anunciaba que la insurreccion era general, y el trueno del cañon junto con el tañido de las campanas tocadas á vuelo, despertaron la ciudad dormida.

Pero si estos diversos ruidos y señales de guerra llamaban á las armas á los enemigos de la monarquia, tambien reunian en torno de la triste familia real de Francia, el último y pequeño grupo de sus adherentes y bravos defensores; nos contraemos á unos doscientos nobles que se habian ligado con ese propósito á la mira y por llevar daga oculta, les llamaron los Caballeros del puñal, á los granaderos Franceses y á la guardia Suiza, cuyos dos cuerpos aun subsistian cerca de la corte.

Al amanecer, el rey, á instancias de su esposa, se paseó con ella y sus hijos por las salas y galerías del palacio, para reanimar el ardor de sus defensores y agradecerles su constante fidelidad. En todas partes la familia real fué recibida con entusiasmo y las protestas de lealtad hasta la muerte se repitieron de boca en boca. Animado con esto el rey, en compañía de algunos amigos, bajó al parque para visitar los batallones de la Guardia Nacional, que estaban allí estacionados.

Luego que Luis apareció resonaron algunos vivas, que apagaron sin demora murmullos alarmantes de desaprobacion. Y aunque no

pueda afirmarse que la tropa ciudadana fué la primera á dar señales de insubordinacion, la verdad es que de los murmullos se pasó á los gritos de— ¡Abdicacion ó muerte! Viva Petion!—y que estos gritos salieron de sus filas lo mismo que de la masa de paisanos espectadores de aquel descalato á la autoridad real.

Asustado el rey, pálido y bañada en sudor la frente, se volvió al palacio sin demora.

—Todo se ha perdido! exclamó la reina al ver entrar al rey en aquel predicamento.

Para colmo de desgracia los Caballeros del puñal, no inspiraban confianza que digamos á los granaderos, y las cosas llegaron á punto, que un coronel de estos pidió se hiciera salir á aquellos del régio alcázar. Interpuso la reina su influjo y su palabra elocuente, y pudo componerse la escision, mas contribuyó sin duda á que unos y otros hiciesen una defensa floja, aun cuando todos fueron degollados como carneros por el pueblo enfurecido.

Desde bien temprano el populacho se acercó al palacio en grandes masas, oyéndose sus gritos, en medio de descargas repetidas de artillería, del choque de las armas y las pisadas de los hombres y los caballos. El rey, la reina, los dos niños, las princesas Lamballe é Isabel, madama Tourzel y varias otras personas, agrupadas de pié en el centro del salon de audiencias, se volvieran todo oidos, y calladas y en suspenso, ya por una parte, ya por otra, esperaban que de un momento á otro, estallase la tormenta con todo su furor.

Entró á la carrera el fiscal general Roderer y dijo muy agitado:

—Sire, es fuerza que V. M. se ponga en salvo. Toda oposicion es inútil. Solo puede uno fiarse en una pequeña porcion de la decantada Guardia nacional y aun esa espera la primer oportunidad para fraternizar con la plebe. Los artilleros ha extraído la carga de sus cañones para no verse en el caso de disparar contra el pueblo. Sire, el único asilo abierto ahora á V. M. y su familia, es el salon de la Asamblea nacional.

—¡Cómo! exclamó la reina dando un grito de horror. ¿Qué decis? ¿Queréis que busquemos proteccion en medio de nuestros peores enemigos? Nunca. Ah! Nunca! Antes que dejar el palacio é ir á la Asamblea nacional, prefiero que me claven á estos muros.

Y volviéndose para el rey, que se mantenía callado é indeciso, le dirigió palabras ardorosas, las frases mas elocuentes, como que salian de un corazon heróico, le habló como padre del delfin, como sucesor de Enrique IV y Luis XIV, trató de despertar su ambicion, mover sus simpatías, y encender en su espíritu una chispa siquiera del fuego que consumía el suyo. Todo en vano, porque no parecia sino que el rey se habia convertido de repente en muda y fria estatua.

—Sire, volvió á decir el fiscal general, no hay tiempo que perder. Dentro de un cuarto de hora quizas no haya salvacion para la reina y los niños.

Estas últimas palabras sacaron al rey de su abstraccion, el cual luego dijo como si hablase consigo mismo:

—Nada mas puede hacerse. Vámonos á la Asamblea nacional.

—Es posible que todos nos hayan aban-

donado? dijo la reina hablando con Roderer.

—No digo eso augusta señora, contestó él con tristeza, sino que creo que toda oposicion no hará mas que aumentar el peligro; Queria V. M. exponer el rey y á los niños?

—El cielo me valga! No, en ningun caso.

—Pues bien, si se desaprovecha la oportunidad, no me atrevo á responder por la vida de V. M. y de sus augustos hijos.

—Mis hijos! exclamó Maria Antonieta. El cuchillo que los degüe! el primero ha de dividir mi garganta. Este es el último sacrificio, agregó dirigiéndose al rey y demas personas que le rodeaban, me someto. Vamos. Pero, concluyó preguntando á Roderer: ¿Estais seguro que las personas del rey y de mis hijos serán respetadas.

—Señora, contestó el preguntado con solemnidad, lo único de que estoy seguro es de que todavía hay mas de uno listo á morir en defensa de V. M. y de todos los objetos que le son caros.

Los aristócratas y los granaderos entónces abrieron sus filas y se dispusieron á escoltar á la familia real.

—Por amor de Dios, señores les gritó Roderer, no hay que pensar en demostracion ninguna. La salud del rey y de su augusta familia, así lo requiere.

—Sí, dijo el rey en aque'la coyuntura. Nada de aparato. Quedaos, amigos, hasta nuestra vuelta.

—Volverémos, agregó Maria Antonieta. Adiós! Hasta luego.

Y antecediendo á sus hijos, siguió los pasos del rey. Detras iban la princesa Lamballe, madama Isabel y madama Tourzel.

Lo que acabó de concitar los ánimos hasta su mas alto punto, fué una insolente proclama lanzada contra los Franceses por el duque de Brunswick; y los Jacobinos prepararon una sublevacion general dirigida por Danton, Billaud-Varennes, Callot d'Herbois, Mauat y Robespierre.

Ya todos estos se habian dado á conocer y ganado mas ó ménos fama entre las masas populares. El primero de los nombrados ignorante, mas imaginativo, atlético de cuerpo y brutal en sus pasiones, decia que "era preciso inspirar miedo" y repetia que "para triunfar se requeria audacia, audacia y siempre audacia." El penúltimo instigaba el derramamiento de sangre y exclamaba: "Dadme doscientos Napolitanos con capa y puñal, y recorriendo con ellos la Francia haré yo la revolucion."

A las seis de la mañana la familia real traspasó los umbrales del alcázar, para no volver jamás, pues desde ese momento empezó á agonizar la monarquia, cediendo el puesto á la república que nacia. Antes de mucho se le informó al rey, que marchaba al frente dándole el brazo á su hermana, que parte de la Guardia nacional se habia retirado á sus hogares para proteger sus familias y bienes contra la furia del populacho desencadenado.

Desde luego la familia real tropezó con la dificultad de abrirse paso franco por entre la apiñada y enfurecida muchedumbre. Tras súplicas é indicaciones humillantes le debia pasar, pero no sin descargar primero sobre la cabeza del rey y de los suyos, una lluvia de maldiciones, injurias y dicérios. Algunos in-

dividuos de la Asamblea, moderados y valerosos, se presentaron en medio de los grupos y con sus discursos hicieron cuanto estuvo en su mano por regir la furia popular. Pero si lograrian contenerla, no les fué dado impedir que á la vista del rey se dieran gritos de— mueran los tiranos! abajo la monarquia! sobre todo en la plazuela de las Fuldenses.

A la vista de dos mujeres, que aullaban materialmente y con manos ensangrentadas amenazaban al delfin, este se asustó mucho y dio á llorar; en cuyo instante se adelantó un granadero, levantó al niño en sus membrudos brazos y se lo echó al hombro.

—Mi hijo! devolvéme el hijo de mis entrañas! exclamó la reina frenética.

—No temais, señora, dijo el granadero con dulzura. ¿No me reconoce V. M.?

Fijóle entónces la vista Maria Antonieta y se sonrió; porque le reconoció al punto, no siendo otro que su ángel guardian, que siempre se hallaba á su lado en los momentos críticos, cuando la amagaba peligro ó muerte. Era Toulan, su fiel y constante amigo, que vestia riguroso uniforme de Guardia nacional.

—Abajo los tiranos! gritaban las mujeres.

—No haya miedo, príncipe mio! le decía Toulan continuando en llevarle al hombro. Nadie os hará daño.

—No temo por mí, repuso el niño afligido, sino por mi papá.

¿No cómo podía el niño dejar de temblar y temer, si hasta el mismo rey llegó á intimidarse y la reina marchaba como fuera de sí del horror? En el paso de las Tullerías al sitio donde se reunia la Asamblea, distancia que en circunstancias normales podía recorrerse á pié en diez minutos, gastó la familia real mas de una hora. Delante de las puertas del edificio, se redoblaron los gritos sediciosos. Arengó á a plebe el fiscal general y con un pequeño esfuerzo logró meter al rey y su familia en un estrecho pasadizo. Al fin, abiertas las puertas pudieron aquellos penetrar en la sala donde ya estaba reunida la Asamblea. Allí Toulan depositó la preciosa carga del niño al lado de su madre, quien le echó los brazos y le cubrió la frente de besos.

Reinaba á la sazón en la sala un silencio de muerte. Los diputados con semblante sañudo miraron á los recién venidos, pero nadie se levantó, ni les dirigieron una palabra de salutacion. El rey, con grave paso se encaminó hacia la tribuna del presidente de la Cámara y tomó asiento á su lado, tomándolo detras la reina, los niños y las dos damas de su séquito, en las sillas destinadas para los ministros.

—El delfin debe sentarse al par del rey, dijo uno de los diputados. El pertenece á la nacion, su madre no tiene derecho á nuestra confianza.

En esto se acercó uno de los maceros de la Cámara y trató de llevar el delfin al lado del rey; mas él se aferró á las faldas de su madre, lloró y con su resistencia excitó la simpatia de muchos de los espectadores de aquella patética escena, y hubo que renunciarse al proyecto de separarle de la reina.

Restablecido el silencio se levantó el rey y dijo:

—"Vengo para evitar una gran catástrofe. Siempre me creeré seguro entre los represen-



tantes de la nación, y aquí permaneceré hasta que se restablezca la tranquilidad."

—Sire, repuso el presidente Vergniaud, puede contar con la lealtad de la Asamblea. Conoce sus deberes y los llevará sin pasión ni miramiento.

Mas como se oyeran muchas voces diciendo que el reglamento de la Asamblea prohibía el deliberar en presencia del rey y de la reina, se acordó que estos pasaran á un aposento pequeño detras de la tribuna del presidente, donde acostumbraban los relatores tomar nota de las deliberaciones y acuerdos de ese augusto Cuerpo. El aposento era asaz reducido y muy desprovisto, y allí la familia real, con los ministros y servidores apiñados, y medio sofocados por el calor pasaron diez y seis horas bajo una lluvia de ironías y de desprecios legales, entre el ruido del cañon, que alternativamente se acercaba y se alejaba, y en presencia de enemigos que espían sus miradas como si fuesen delitos, vió Luis perecer la monarquía, y se oyó declarar suspenso de sus funciones de rey. Mientras tanto, fuera de la Asamblea continuaba la carnicería: mujeres furiosas se mezclaron en la pelea; los Marselleses tomaron aun mayor parte en ella; y el cañon vomitaba continuamente metralla contra los Suizos que se defendían como héroes, hasta que habiendo cesado el fuego por órden del rey, fueron degollados y las turbas penetraron en el palacio.

El proceder generoso de Luis no le ganó un ápice de popularidad ni de compasión, porque viendo en aquellos momentos al célebre pintor David y preguntándole si acabaría pronto su retrato, le respondió este: "No retrataré jamás á un tirano, á no ser teniendo delante de mí su cabeza separada del tronco."

Maria Antonieta callada, sin movimiento, como estatua de mármol, pasó todo el día, con el delfin dormido en su regazo. Solo aparecía que vivía por los suspiros y apagados quejidos que se le escapaban á pesar suyo. El único alimento que tomó allí fué un vaso de agua mezclada con vino de grosellas.

Hacia las cinco de la tarde, cuando todavía deliberaba la Asamblea sobre lo que haría con el rey, este se volvió para su lacayo, de pié junto á él y le pidió algo de comer, porque sentía hambre.

Hué se encaminó al afonda mas cercana y trajo un pedazo de pollo asado, fruta y pan, los cuales puso en una mesita que habia en la garita de los relatores ó logógrafos.

Se le alegró la cara al rey al ver los alimentos y se sentó al punto á comer con mucho apetito, sin oír los apagados sollozos que partían del oscuro rincón á donde se habia retirado la que el día ántes era la reina de Francia, para llorar su desgracia y ocultar la vergüenza que le inspiraba la indiferencia de su marido.

A fin de enjugarse las lágrimas, pidió un pañuelo, pues el suyo estaba empapado con las suyas y el sudor de la frente de su hijo dormido; pero ninguno de sus amigos pudo alargarle uno que no estuviese salpicado con la sangre de los heridos en la defensa del trono.

Hasta las dos de la madrugada no concluyó el martirio de los reyes, siendo á esa hora conducidos á las celdas del que fué convento de los Fuldenses, que daban sobre los salones ocupados por la Asamblea y que se habian preparado

á la carrera para hospedar á la familia real. Allí fueron escoltados por hombres armados, que en vez de candeleros llevaban en la boca de los fusiles las velas para alumbrar el camino. Una densa turba, tambien con armas, los rodeó y á menudo les cerró la vía, de modo que los oficiales tuvieron que hacer uso de toda su autoridad, para abrirles paso. Cedia la plebe, pero no sin cantar á oídos de los desgraciados soberanos:

Madama Veto habia prometido  
Degollar á todo París.

Aquellas caras feroces y palabras descompuertas, solo alcanzaron asustar al delfin, que se apegaba temblando á las faldas de su madre, la cual á veces se inclinaba y le decía algo al oído. Subió con esto el muchacho las escaleras muy animado y en la meseta se detuvo para esperar á su hermana, quien era preciso sostenerla, porque se caía del sueño.

—"Teresa, le dijo él gozoso, mamá me ha prometido que dormiré en su cuarto, porque yo no he llorado delante de la gente mala." De repente, sin embargo, se le acabó su vivacidad y alegría, y añadió preguntando:—¿Dónde está Bijou? El me seguía cuando salimos de la garita. Bijou, Bijou!

En vano le buscó y le llamó, el perrillo, herencia de su hermano mayor, no respondió ni pareció en ninguna parte. Quizas se perdió entre la multitud, tal vez le hollaron y mataron.

Cuando al fin reinó el silencio y se restableció la tranquilidad, descansando de sus fatigas los reyes, en duros lechos, todavia del delfin salian suspiros y sollozos. Era que lloraba la pérdida de su perrillo. Se levantó Maria Antonieta y le besó en la frente diciéndole:—No llores, hijo mio, volverá mañana tu Bijou.

—Mañana! ¿Sí, mamá?  
—De seguro.

Con esto cesó el llanto del niño y se durmió apaciblemente. No así su madre, quien pasó el resto de la madrugada sin cerrar los ojos, escuchando la gritaría del pueblo en la plazuela delante del convento, las pisadas de la tropa de á pié y de los destacamentos de la caballería haciendo la ronda, ó desfilando en direccion de sus hogares y cuarteles, despues de la refriega en las Tullerías.

En el siguiente día y cuatro mas, se continuaron los debates sobre el destino que debia darse á Luis Capeto y su mujer, como ya llamaban á los hasta entonces reyes de Francia. Declarados prisioneros de la nación, se les creyó indignos de ocupar las Tullerías, y el Luxemburgo, y se les señaló el Temple para su residencia, mejor dicho, prision hasta tanto se disponia de ellos, segun pluguiera al partido dominante.

En los dias que pasaron en los Fuldenses la reina volvió á su antigua calma y compostura teniendo aun sonrisas para halagar á sus hijos y recibir á sus amigos. Mucho le complacieron las atenciones que en ella usó la esposa del embajador Inglés, Lady Sutherland, que de las camisas y ropas de su propio hijo le envió algunas piezas para el delfin. Madama Tourzel así mismo le regaló su reloj, habiendo perdido el suyo y la bolsa en el tránsito de los salones de la Asamblea á las celdas del convento

Informados de esa pérdida cinco caballeros presentes, sacaron el oro que llevaban y lo depositaron en una mesa, ántes de retirarse.

—"No señores, les dijo Maria Antonieta al notar su proceder generoso, guardad vuestro dinero; tal vez vosotros lo necesiteis mas que nosotros, como que sospecho vivireis mas tiempo."

Tan á menudo le habia arrebatado la muerte sus mejores servidores y amigos, que habia cesado de inspirarle terror. Mas ansiedad y recelo le causaban los insultos y amenazas que le hacían cuando iba al cuarto de los logógrafos y volvía de él. En una de esas idas y venidas observó la reina de pié en el jardín algunas personas decentemente vestidas que la miraban ir sin dirigirla insultos. Llena de gratitud, se sonrió y las saludó; tras lo cual una de ellas dijo:—No os tomeis la molestia de sacudir la cabeza con tanta gracia, porque no la tendreis mucho tiempo sobre los hombros.

—Me alegraría que ese hombre dijese la verdad! dijo Maria Antonieta.

En la mañana del 18 de agosto, dos grandes carruajes, tirados cada uno por un par de caballos, se veían en el patio de los Fuldenses, listos para conducir la familia real al Temple. En el primero tomaron asiento los reyes y sus dos hijos, madama Isabel, la princesa Lamballe, madama Tourzel y su hija; junto con Pétion, el corregidor, el fiscal general y un regidor. El otro lo acupaban los criados del rey y dos funcionarios públicos. Escortaba los carruajes un destacamento de la Guardia Nacional y los seguían grandes masas del populacho haciendo escarnio de los infortunados presos.

Al pasar por la plaza de Vendome, pudo echar bien de ver Luis los fragmentos de la estatua ecuestre de Luis XIV, exparcidos por el suelo y que en su cólera habia hecho pedazos el pueblo.

—Así se hará con todos los tiranos! gritó alguno del populacho observando lo que pasaba por el ánimo del rey.

—Qué malo son! exclamó el delfin, que iba en las rodillas de su padre, al reparar en aquel destrozo.

—No, le dijo Luis con dulzura, el pueblo no es malo, sino que está mal aconsejado.

Las siete de la noche serian cuando los dos carruajes con su carga pararon delante de las puertas del lúgubre edificio, convertido en cárcel de los reyes de Francia.

—¡Viva la nación! gritaba la plebe que llenaba el patio interior así que Maria Antonieta y su marido desmontaron del coche. Viva la nación! Abajo los tiranos!

Ella no hizo caso ninguno de aquellos gritos, solo inclinó la cabeza para ver sus zapatos negros, que por las roturas de las puntas, se asomaban las medias de seda y dijo á la princesa Lamballe, la cual marchaba á su lado:

—Mira, mira mis piés, ¿quién creeria que la reina de Francia habia de llegar al estado de no tener zapatos que ponerse?

## CAPÍTULO XX.

HASTA EL 21 DE ENERO.

—FUERZA es que miremos cara á cara la desgracia y que nos armemos de valor para sobrellevarla dignamente, dijo Maria Antonieta. So-

mos prisioneros y nuestra prision parece larga; tratemos de convertirla en hogar lo mas que se pueda. Tracémosnos un plan de vida.

—Tienes razon, Maria, repuso Luis. Veamos cómo pasar el tiempo útímente. Como ya no soy rey, nada me impide ser el maestro de mi hijo. Trataré de educarlo para que sea buen rey.

—¿Y crees tú, Luis, que despues de esto habrá reyes en Francia?

—Bien, contestó el rey, le darémos al niño aquella educacion que le haga capaz de llenar con dignidad cualquiera destino que esté llamado á desempeñar. Le instruiré en las ciencias.

—Y yo daré á él y á Teresa lecciones de música y de dibujo; dijo Maria Antonieta.

—Por mi parte, dijo entonces la princesa Isabel, si me lo permiten enseñaré á mi sobrina á bordar un paño de altar.

—Por la noche, agregó Maria Antonieta haciendo una inclinacion de cabeza para la princesa Lamballe, leeremos comedias, á fin de que los niños aprendan el arte de la declamacion. Harémos, en fin, por olvidar lo pasado, y ocuparnos del presente, sea cual sea este. Se verá que en los cuatro dias que hemos pasado en el Temple hemos aprendido mucho, es decir, á tener paciencia. Pero ¿qué es eso? agregó la reina cesando de hablar. ¿No ois pasos cerca de la puerta? Algo extraño debe ocurrir, porque no es hora todavia de venir los carceleros. ¿Dónde están los niños?

En la ansiedad de su amor materno la reina se apresuró á subir la escalerita que conducía al segundo piso del Temple, donde se hallaba la alcoba del delfin y la sala de recibo. Este corrió á encontrarse con su madre y lo primero que le preguntó fué si venia á cumplirle la promesa de sacarlo al jardín. En vez de contestarle Maria Antonieta le estrechó á él y á Teresa en sus brazos y exclamó:—Ah! hijos míos, mis caros hijos, yo solo queria verlos! Yo...

No prosiguió, porque se abrió la puerta y entraron el rey, seguido de su hermana, de la princesa Lamballe y de madama Tourzel.

—¿Qué ocurre? preguntó Maria Antonieta, ¿Qué nueva desgracia nos aguarda?

Callóse, habiendo reparado entonces en los dos miembros del Ayuntamiento, que entraron tras de las señoras, y en su presencia ella no queria quejarse. Mannel, que desde el 10 de agosto, habia sido nombrado fiscal general y alcaide en jefe de los presos de la nación, se hallaba delante y por ningun motivo le daria el placer Maria Antonieta de ver su debilidad.

—Teneis algo que comunicarnos, le dijo ella.

Sí, Manuel tenia mucho que comunicarles, pues que venia exprofeso á notificar á los reyes un decreto de la Asamblea, en que se ordenaba saliesen al punto del Temple todos aquellos que habian venido á acompañar á Luis Capeto y su esposa en calidad de servidores ó amigos.

No hizo ninguna observacion Maria Antonieta, solo abrazo á su querida Lamballe y dió un beso de despedida á madama Tourzel y á su hija.

En la noche de ese dia reinaron el silencio y la soledad en los cuartos del Temple. El único de los criados que dejaron fué Clery, el ayuda de cámara del rey. Al otro dia volvió Manuel

para participar á la reina que podia contar con dos camareras si las escogia de una larga lista de nombres que le presentó. No aceptó el ofrecimiento María Antonieta por la sencilla razon de que le repugnaba suplir el lugar de los criados fieles que le habian quitado, con meros instrumentos de sus enemigos.

—En ese caso, tendreis que serviros vos misma, le dijo Manuel.

—Sí, agregó la reina con naturalidad, nos serviremos nosotros mismos y tendremos en ello un placer.

Y así sucedió, en efecto. Como al rey, sin embargo, le habian permitido retener un ayuda de cámara, este lo vestía y le arreglaba el cuarto en el Temple. Madama Isabel se vestía por sí y María Antonieta vestía y desnudaba al delphin.

Este niño era el único rayo de sol que á veces iluminaba los sombríos aposentos del Temple. Con la feliz negligencia de su edad, habia olvidado lo pasado, no pensaba en lo futuro, vivía en lo presente y buscaba el placer, encontrando la felicidad cuando sacaba una sonrisa de los labios de la reina ó una palabra de elogio de los del rey por su buena conducta.

Así se pasaban los dias monótonos, tristes y cansados de la familia real. Nadie le traía noticias de lo que ocurría fuera; siendo así que estaba estrechamente vigiada para que se le acercaran los amigos ó le comunicaran los sucesos. En comparacion con el encarcelamiento del Temple, los reyes habian gozado de entera libertad en las Tallerias. Tal era la vigilancia á que se sometía á la reina, que ni para acostarse se le permitía cerrar la puerta de la alcoba, pues para desnudarse se ponía un biombo á los piés de la cama, que se quitaba inmediatamente que ella se acostaba.

En estas torturas y pesares se pasó agosto y vino setiembre. En la mañana del 3 de este se presentó Manuel en los calabozos de los reyes para decirles, muy agitado, que no debían bajar al jardín en ese día, como solian, á las doce, sino mantenerse dentro de puertas.

—¿Cómo lo pasa mi amiga, la princesa Lamballe? preguntó María Antonieta.

Manuel guardó silencio, se quedó perplejo, y al fin, avergonzado y con los ojos bajos, contestó que acababan de prender á la princesa y llevarla á la cárcel de la Force. En ónces, para divertir la conversacion, Manuel comunicó á los presos las nuevas que habian llegado recientemente á París, y que habian llenado de agiacion y rabia á todos los habitantes.

Habia comenzado el terrible duelo entre la casa de Austria y Francia. Inglaterra al principio se declaró neutral, lo mismo hicieron Holanda, Dinamarca y Suecia, muerto Gustavo, se dió por muy contenta de escapar á la invasion preparada por ese héroe. Los príncipes Italianos eran enemigos de la revolucion, pero muy impotentes para oponérsele; España vacilaba entre varios pareceres; Rusia excitaba á la guerra porque su fin era le dejaran invadir á Polonia. Prusia y Austria, unidas con los electores eclesiásticos y con otros reyezuelos, presentaron en campaña 130,000 hombres dispuestos á entrar por las Ardenas y atacar á París, á los cuales se agregaban 6,000 emigrados capitaneados por Condé.

En la importancia de estas noticias, dadas

en globo, se olvidó María Antonieta de la confusion y perplejidad de Manuel. Volvió á esperar y á creer en la posibilidad de salvarse. Ni siquiera se ocupó entonces de los gritos uriosos que daba la plebe al pié de sus ventanas, pidiendo su cabeza. Tantas veces habia oido ese grito, que habia perdido toda significancia para ella. Tampoco le llamaron la atencion los redobles de tambor, el sonido de los clarines, el choque de las armas, ni las voces de guerra que se oían en las distintas calles de París. Lo único que todavía resonaba en sus oídos eran las palabras de Manuel:—Prusia y Austria uní las marchas sobre las Ardenas con 130,000 hombres para atacar á París.

—Oh! Dios! clamaba ella. Ten piedad de nosotros. Concede la victoria á nuestros amigos. Libértanos de estos sufrimientos, que no merecemos, para que nuestros hijos gocen al ménos la dicha que nos ha sido negada.

Y sin embargo, á nadie podia hablar María Antonieta de sus esperanzas y recelos; porque estaban presentes los concejales y los dos criados que á la fuerza impusieron á los presos, Tison y su mujer, espías y carceleros ántes que criados. Solo la mirada serena y la despejada frente revelaban al rey las esperanzas que se anidaban de nuevo en el seno de su esposa. A esas débiles indicaciones solía él responder con un movimiento imperceptible de ojos y una triste sonrisa.

De improviso y á tiempo que la familia real se sentaba á la mesa redonda, se dejó sentir un rumor en todo el edificio poco há tan silencioso. Oyéronse bien pronto voces y tras estas pisadas por la escalera. Los dos oficiales que se hallaban en la antecámara, se enderezaron y acercaron á la puerta, en cuyo acto esta se abrió y entró un tercer oficial palido y tembloroso de la ira, que amenazó con el puño al rey y le dijo:

—El enemigo ya está en Verdun. Nosotros serémos deshechos pero tú vas por delante.

El rey, casi sin comprender, miró á la cara del recién llegado con mucha calma. No así el delphin, quien al ver su catadura y sus acciones iracundas, se llenó de pavor y dió á llorar; no siendo bastantes á tranquilizarle, las palabras cariñosas que le dirigieron por lo bajo su hermana y su madre.

En seguida entró un cuarto funcionario, el cual dijo á sus compañeros algo en secreto.

—No hay ya aquí seguridad para mi familia? preguntó el rey.

—Hase exparcido el rumor, dijo uno de los funcionarios, que ya no está la familia real en el Temple. Semejante noticia ha excitado al pueblo y desea que todos vosotros os asoméis á las ventanas; cosa que nosotros no permitiremos. No hay que asomarse pues. Es necesario que el pueblo tenga mas confianza en sus servidores.

—Sí, agregó el otro funcionario todavía con los puños apretados, así tiene que ser. Y si el enemigo entra en París, fuerza es que muera la familia real.—Y cuando al repetir estas palabras el delphin volvió á llorar, el hombre añadió: Compadeczo al chico, pero debe morir también.

Entre tanto crecieron el tumulto y las voces en la calle. Despues entró un quinto oficial, en compañía de algunos soldados, á fin de asege-

rarse por sí mismos, en nombre del pueblo, que todavía estaba en la torre la familia de Capeto. Este oficial, pidió con tono insolente, que Luis con su esposa é hijos se asomase á las ventanas y se dejase ver.

—No, no, gritaron los otros tres individuos. No se asomarán.

—Por qué no? preguntó el rey en aquella coyuntura. Vamos, Maria; agregó dando la mano á su mujer.

—No, no hagais tal; dijo uno de los funcionarios plantándose delante de la ventana.

—¿Pero por qué no? volvió á preguntar el rey sorprendido.

—Claro, porque el pueblo quiere mostraros la cabeza de Lamballe, á fin de probaros cómo se venga la nacion de sus tiranos.

En aquel instante vió la reina tras el cristal de la ventana, enclavada en una enorme pica la cabeza de una mujer, cuya frente livida estaba salpicada de sangre y los hermosos cabellos hechos rizos en torno de la cara. Fijó la vista y reconoció en aquellas facciones sin vida ni expresion, á la que fué su querida amiga la princesa Lamballe.

La reina dando traspieses cayó de espaldas en una silla, siempre con los ojos en la ventana, de donde ya habia desaparecido la cabeza de su infeliz amiga. Tenia entreabiertos los labios, cual si el horror hubiese ahogado un grito pronto á exhalar. No lloró, no se quejó, ni pudieron sacudir el estupor que se apoderó de todo su ser, las caricias de sus hijos, las palabras amorosas de la infanta Isabel, ni las de consuelo que le dirigió el rey.

Habia sido asesinada la princesa Lamballe, y bien claro vió María Antonieta que este no era mas que el preludio de la espantosa tragedia, en que pronto seria ella implicada con toda su familia.

Pobre princesa Lamballe! La habian degollado, porque se negó á maldecir á la reina, á jurar que amaba la libertad y la igualdad, y que odiaba á los reyes y todo lo perteneciente á la monarquía. La princesa se prestó á jurar lo primero, mas no lo segundo, porque no queria mentir.

Este fué el delito de aquella ilustre mujer, como fué el de tantas otras victimas del memorable 3 de setiembre, en que forzando las puertas de las cárceles, el pueblo Parisiense, ayudado de los feroces Marselleses, degolló los presos, como quien degüella carneros.

Desde ese dia aciago, se puede decir que empezaron los padecimientos y torturas de la familia real. Fuera de los insultos que le dirigian cuantos se acercaban á ella, la madama Tison no la dejaba á sol ni á sombra y para colmo de desgracias tuvo al fin que sufrir las groserias é infamias del zapatero de viejo Simon, su perseguidor constante.

Nombrado este por el ayuntamiento de París, sobrestante de las reparaciones que se hacian en el Temple, se habia constituido en ese edificio para desempeñar mejor su encargo; y era su delicia contemplar la humillacion de la familia real, ver su caída diaria y oír las maldiciones con que la saludaban en todas partes. Jamas aparecia en su presencia sin dirigirle alguna cuchufleta ó palabra soez. Ni los encargados de su guarda, mencionaban el nombre del rey, de la reina, ó de los niños, sin acom-

pañarle con algún dicho maligno ó sucio. Uno de ellos, á oídos de María Antonieta dijo á sus camaradas: Si no hay verdugo que guillotine á esta maldita familia, aquí estoy yo para llenar sus veces.

Cuando la familia real bajaba al jardín á tomar aire, solía acudir allí Santerre con un piquete de tropa. Los centinelas, siempre que pasaba le hacian armas al hombro, pero si pasaba el rey daban con la culata del fusil en tierra, ó fingian no ver á este último. En la puerta que caía al jardín, acostumbraba situarse el carcelero Rocher, y de propósito no abria sino cuando lo tenia por conveniente y habia hecho esperar á la familia real, despues de lo que le arrojaba á la cara bocanadas de humo de su larga pipa. Refanse de estas cosas los soldados que presenciaban aquellas indignidades y con sus dicharachos contribuían al escarnio. Ademas, mientras los presos reales se paseaban, se reunian los artilleros en las avenidas y se entretenian en bailar al son de música y canciones revolucionarias, en cuyos bailes solian tomar parte los jardineros, sucediendo que muchas veces rodearon con saltos y cabriolas á los distinguidos paseantes.

En cierto dia uno de los labradores, enseñándole la hoz al rey, le dijo que con ella pensaba cortar la cabeza á la reina. Y cuando despues de su melancólico paseo, volvian los reyes al Temple, los recibían los llaveros y centinelas con nuevas injurias y burlas; y como si no fuesen bastantes las palabras groseras de viva voz, otras mas atroces les dirigian por escrito. En las paredes de los pasillos y corredores por donde tenia que pasar la familia á la ida ó la vuelta del jardín, habian escrito con carbon toda suerte de letreros insolentes y hasta obscenos. Por ejemplo: Pronto verémos danzando á madama Veto. Abajo la loba de la Austria! Es preciso ahogar la cria del lobo! Tambien en cierta ocasion pintaron una horca, de la cual pendía la figura de un hombre en traje real y debajo este letrero: Luis tomando el fresco.

De modo, que hasta los cortos paseos de los reyes, se convirtieron para ellos en ocasiones de tormento. Al principio la reina no pudo soportarlo y se abstuvo de bajar al jardín, pero las pálidas mejillas de los hijos, las miradas lánguidas del delphin, que mas que su hermana, necesitaba de aire y luz para revivir, vencieron su repugnancia y la obligaron á resignarse y sufrir con tal que aquellos pedazos de su corazón no se enfermasen y muriesen del encierro y la falta de ejercicio.

Habia vuelto de su paseo la familia real el 21 de setiembre. El rey se hallaba sentado leyendo un libro en la sala de recibo y la reina cerca de él en una ligera labor; mientras que el delphin, su hermana Teresa y su tia Isabel, en el aposento inmediato, se entretenian en resolver adivinanzas. En la antecámara los centinelas de vista, sentados y silenciosos, parecian seguir todas las acciones de los ilustres presos con maligno placer.

De repente se oyeron bajo las ventanas del Temple el sonido de las trompetas y batir de los tambores, y en medio del profundo silencio y la quietud que se siguieron, la lectura del siguiente bando:

—La Convencion nacional, usando de las facultades que le ha delegado la voluntad popu-

lar, ha decretado: 1.—Queda abolida la monarquía en Francia. 2.—Todos los documentos oficiales se fecharán desde el primer año de la república. 3.—El sello nacional llevará en la orla un letrero que rece,—República de Francia. 4.—Las armas nacionales serán una mujer sentada sobre un haz de armas, con una lanza en la mano y el gorro de la libertad en la punta.

Por mas que los malignos vigilantes clavaron la mirada en el rostro de los reyes, á fin de ver la impresion que les causaba el pregon del bando en que se les privaba del trono, no pudieron descubrir alteración ninguna. El rey no levantó los ojos del libro que estaba leyendo ni por un momento y la reina continuó impassible el bordado; uno y otro cual si hubieran perdido la facultad de oír y sentir.

Habia derribado la república las coronas de las cabezas de Luis y María Antonieta; y cuando, algunos dias despues, se trajo al Temple la ropa blanca de las Tullerías, pedida con tanta instancia, se dispuso que se borrara de cada pieza la corona sobrepuesta al nombre de la marca.

Pero con esto no terminaron los padecimientos de la familia real. En medio de sus desgracias aun les quedaban fuentes de consuelo, instantes de paz, y estos se creyó conveniente amargárselos. Habian caído las coronas de sus cabezas, mas sus corazones latían el uno al lado del otro; habian perdido un reino, mas estaban juntos, podian hablarse con los ojos, conhortarse con una sonrisa, animarse con un apretón de manos á hurtadillas de los centinelas de vista. Porque es cosa averiguada, que son mas ligeros los pesares compartidos.

Esto tuvieron presente sin duda los enemigos de la familia real para propinarle un nuevo trago de amargura. Hacia mediados de octubre dispuso la Convencion nacional la incomunicación completa del rey en el mismo Temple, en la parte que llamaban la torre grande. Pudo haber en esta medida miras políticas ó de seguridad, pero en la separación del delfín de su madre y su encierro en la torre con el padre, no vemos sino motivos de refinada maldad.

Fué este golpe terrible para María Antonieta. Mucho sintió la separación de su marido; pero la de su hijo pequeñuelo, que entonces mas que nunca necesitaba de las caricias y el calor materno para no morir de inanición, hé aqui lo que creyó ella imposible de sobrellevar. Se torció las manos, lloró, gritó, con palabras capaces de enternecer las piedras imploró á sus verdugos no le arrebataran el hijo de sus entrañas, ya que le habian quitado á su marido. Hasta el áspero corazón del zapatero viejo se enterneció al oírlo y dijo:

—Sobre que estas malditas mujeres me harán flaquear todavía!

A eso debe atribuirse que no se opusiera cuando el alcaide del Temple dispuso que la familia real comiese junta y á una misma hora, para que sus miembros se viesan al ménos tres veces al dia.

De este modo sucedia que á la hora de almorzar, de comer y de cenar, la familia de Capeto se veía, cambiaba algunas palabras, se enlazaba de las manos, se deleitaba con la charla del delfín, y el rey referia las lecciones que daba á este y los adelantos que hacia en

varios ramos. En esas cortas reuniones, cortas porque no dependia de su voluntad el repetir las, se olvidaban los reyes de todos sus pesares y desgracias y se separaban con la esperanza de volver á verse en la siguiente comida, ó al siguiente dia.

Así se pasó noviembre. En diciembre ocurrió el comienzo del horrible drama que debía representarse en enero siguiente. La Convencion nacional le formó causa al rey por traición. Se le acusó de conspirar con los enemigos de la Francia y de llamar en su ayuda á los monarcas de Europa. Dentro de una caja de hierro empotrada en la pared del gabinete de las Tullerías se encontraron papeles que comprometían al rey, cartas de los infantes refugiados en el extranjero, como tambien del emperador de Alemania y del rey de Prusia.

Negó él con entereza los cargos y declaró que lejos de invitar á los príncipes extranjeros á venir en su ayuda, habia tratado de disuadirlos del intento de invadir el país, porque era claro, que para favorecer al rey preso, habia que amenazar la Francia con el azote de la guerra.

¿Mas de qué valia negar? Puesto á discusión si debía acusarse al rey, el jóven Saint Just tejió uno de aquellos miserables y enredosos discursos de lógica salvaje, de teorías enciclopedistas, de historia desfigurada, que señalaron los debates. “El rey, decía aquel feroz tribuno, no es un ciudadano, es un enemigo, y con él no habla el código, sino el derecho de gentes.” En contraposición á este decía el humano Lanjuinas: “Yo no soy su juez porque es mi huésped; no he olvidado que vino á este recinto á pedirnos asilo; á mis ojos tiene el mejor y el primero de los derechos, el derecho de los que suplican.”

Siendo rey, por la constitución era inviolable; pero la inviolabilidad parecia ya un absurdo residuo del realismo antiguo, la nación, que Imbert habia proclamado ser el único Dios, no podia incurrir en error, y sus diputados debían ser jueces. Aun mas sencillamente, decía Robespierre, que no se trataba de un acto de justicia, sino de una providencia política para salvar el Estado; que un tirano cogido con las armas en la mano estaba ya juzgado, y que no podia conservarse en una república al que habia sido rey. “Si se absuelve á Luis, añadió, la república está condenada. Si como se usa en los juicios, se le debe presumir inocente mientras no se le condene, todos somos reos. ¡El panegirico de Luis XVI resonando en la tribuna Francesa! ¡Oh atentado, oh vergüenza! . . . Luis combate contra nosotros desde el fondo de su prisión, y todavía dudáis si es culpado, si se puede tratarlo como enemigo, todavía se pregunta qué leyes le condenan, todavía se invoca en favor suyo la constitución.”

Queriéndose que el asesinato fuese legal, se llamó á Luis á la barra de la Convencion, y hasta se le concedieron defensas. El honor de serlo muchos lo solicitaron, pero entre ellos solamente fueron elejidos Tronchet, el abogado De Seze y el antiguo ministro Malesherbes, quien dijo:—“Llamado dos veces á los consejos del que fué mi señor en tiempo en que aquel cargo excitaba la ambición de todos, le debo el mismo servicio cuando muchos lo creían

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



LOUIS XVI. DESHÍENDOSE DE SU FAMILIA.

peligroso." La parte patética la borró Luis de su arenga, diciendo: "Me basta demostrar mi inocencia, no quiero conmoverlos." Pero De Seze conmovió. Demostró que condenando á Luis se venia á poner de manifiesto que la prometa inviolabilidad habia sido puramente un lazo; que Luis debia obtener las consideraciones que merecia todo ciudadano, y añadió: "Léjos de ello, busco jueces y no encuentro mas que acusadores."

¿Qué importa, sin embargo, lo que dijera De Seze? En vano la serenidad de Luis y su humillacion conmovieron á muchos diputados enemigos suyos; Saint Just y Robespierre replicaron á los alegatos que habia principios indestructibles, superiores á las prácticas consagradas por la costumbre y por las preocupaciones, y que la última prueba que los representantes del pueblo debian dar de su amor á la patria, era sacrificar la compasion natural á la salud de una gran nacion y de la humanidad atropellada.

En puridad, aquella asamblea temblaba ante el furor de la plebe que amenazaba de muerte al que hablase en favor del rey, por lo cual dijo con razon Salles:—"Estamos bajo el puñal." A algunos diputados se les obligó á jurar que votarían por la muerte, y una turba de hombres feroces y de mujerzuelas chilonas parecia decir á todos ó su cabeza ó las vuestras. Los Girondinos, á pesar de eso, intentaron salvarle; pero conocieron que un partido que se regia únicamente por el aura popular, tenia que someterse á cualquier baja para no perderla. Desesperados de encontrar ninguno otro medio, recurrieron al voto del pueblo: "No es excitar á la guerra civil, decia Vergniaud, invocar la soberanía popular. Decis que se necesita valor para ejecutar vuestra sentencia sin apoyarse en el voto del pueblo. ¿Y qué valor hallais en un acto de que seria capaz el hombre mas vil?"

—"Debe estar animado este hombre de singular fanatismo; dijo Colombeau en el informe que dió á la Convencion sobre la conducta del rey en el tránsito del Temple á la Cámara. De otro modo es inexplicable cómo conserva tanta serenidad, cuando tiene tantos motivos de temer. Luego que todos entramos en el carruaje y atravesábamos las calles, Luis Capeto empezó una conversacion que pronto giró sobre literatura, especialmente sobre autores Latinos. Con notable acierto y lucidez dió su juicio, pareciéndome que sentia placer en mostrarnos su erudicion. Alguno dijo que no le gustaba Séneca, porque su amor al dinero era mas potente que su supuesta filosofia y porque no podia olvidar que habia tratado de subsanar los crímenes de Nerón ante el Senado. A juzgar por su semblante, esta reflexion no pareció afectar á Luis en lo mas mínimo. Se habló de Tito Livio, con cuyo motivo dijo Capeto que ese historiador se habia tomado la pena de componer largos discursos que no se habian pronunciado nunca á otros oyentes que á los que se hallaban al alcance de su gabinete,— porque es imposible, añadió, que generales pronunciasen realmente discursos tan largos al frente de sus tropas. En seguida comparó á Tácito con Tito Livio, y dijo que el primero era muy superior al segundo por lo que respecta al estilo."

En este sentido, segun al convencional, habló el rey en el tránsito de la prision al tribunal revolucionario, mientras el populacho rodeaba el carruaje y atronaba el aire con sus gritos feroces.

La elocuencia brillante de los Girondinos, dejó confundida la sañuda medianía de Robespierre, en consecuencia los medrosos resolvieron entónces mas deliberadamente la pérdida del rey. De 749 votantes, 669 declararon reo á Luis; y luego en votacion pública 2 opinaron por la cadena, 286 propusieron el destierro ó la reclusion, 46 la muerte, pero aplazando la ejecucion por cierto tiempo, y 361 la muerte sin aplazamiento.

En las pocas semanas que duró el proceso del rey Maria Antonietta estuvo completamente separada de él y á solas con sus hijos, entre los cuales ya ni se sonreia, ántes sentada y con la vista fija, dia tras dia esperó el resultado. Sabia ella de qué acusaban á su marido, que habia contestado satisfactoriamente á todos los cargos, y que le habian llevado á la barra de la Convencion. Pero mas de esto, no llegó á sus oídos, una palabra, una sílaba acerca del carácter del proceso; porque la vigilaba harto bien la mujer Tison para permitir que la presa supiera lo que pasaba fuera de su calabozo.

Al fin; sin embargo, comunicaron á la reina la nueva fatal, la que temblando hacia tiempo esperaba, y para la que se habia preparado con lágrimas y oraciones. Esto no obstante, le causó hondo pesar, cólera, desesperacion.

Intimóse la sentencia á Luis y se le negó la dilacion de tres dias que solicitaba para disponer sus negocios temporales y prepararse á morir como cristiano. Se le concedió un sacerdote y se le dijo,—"que la nacion, siempre grande y justa, cuidaria de la suerte de su familia." Tambien se le permitió ver á esta sin testigos, gracia que no es tan generosa como suena, pues la entrevista tuvo lugar en el comedor del rey, donde una puerta vidriera separaba esa pieza de aquella en que estaban los vigilantes y á traves de los cristales podia verse lo que pasaba dentro.

Allí, de los calabozos superiores condujo un carcelero á la reina, á los niños y á la hermana del rey. Esperábalos este, paseándose arriba y abajo en el comedor. A Clery, que arreglaba la pieza para la visita, le ordenó que pusiera la mesita redonda que estaba en el medio á un lado y trajese una garrafa con agua y vasos.— Pero no le pongas hielo, añadió, porque á la reina no le sienta y podria enfermarse si tomara sin saberlo agua demasiado fria.

De repente perdió el rey la calma, paró sus paseos, se puso pálido y se llevó la mano al corazon, porque le latia con violencia. Era que habia oído la voz de la reina.

Se abrió en efecto la puerta y entraron todos aquellos objetos caros á su corazon: la reina con el delfín de la mano; madama Isabel con Teresa. El rey se adelantó á la puerta y recibió á los cuatro en sus brazos; y todos se estrecharon tierna y fuertemente en medio de gritos desgarradores, de lágrimas y de sollozos. Los ojos de los mismos carceleros y funcionarios, que presenciaron aquel encuentro, se humedecieron de la compasion. No distante de allí, el abad Edgeworth de Firmont, de rodillas

rogaba á Dios por aquellos desgraciados cuyos lamentos y gemidos llegaban hasta él.

Poco á poco cesaron los sollozos y suspiros, tomando todos asiento en torno de la mesita ántes mencionada: la reina á la izquierda de su marido; á la derecha madama Isabel; enfrente, María Teresa y entre sus rodillas el delfín, que no dejaba de mirar á la cara de su padre con tamaños ojos abiertos y sonrisa melancólica.

Luis fué el primero á hablar. Refirió todos los trámites sumarísimos del proceso y los débiles cargos en que se apoyaron los jueces para condenarle. Durante esta relación no se le escapó una queja ni una palabra dura contra aquellos, usando siempre las expresiones, —pobres, desaconsejadas gentes. Exigió él de su familia que los perdonasen y solo le contestaron con sollozos, lágrimas, abrazos y besos.

Después reinó solemne silencio. La causa era que el rey en pie, con el brazo derecho extendido y los ojos vueltos al cielo, bendecía á su esposa, hijos y hermana, los cuales arrodillados en torno suyo le tenían estrechamente abrazado por las piernas.

En seguida rogó Luis á su familia que se levantara y los volvió á abrazar y besar á todos. Y dijo, á la reina, que en medio de sus sollozos se permitió algunos desahogos contra sus enemigos.

—Los he perdonado, María. He escrito mi testamento. En él perdono ante todo á mis enemigos, y espero que tú también los perdones. Prométeme pues, querida María, que no pensarás nunca en vengar mi muerte.

—No espero estar jamás en capacidad de vengarme; contestó ella con tristeza. Pero si alguna vez estuviere en mi mano, cuenta con que no tomaré venganza de tamaña atrocidad.

—Gracias, María, continuó el rey besándola en la frente. Sé que vosotros todos respetareis mi última voluntad y que grabareis mis palabras en vuestros corazones. Pero tú, hijo mío, agregó sentándose y tomando en sus rodillas al delfín, tú es fácil que olvides porque eres niño todavía. Has oído lo que acabo de decir, pero como el juramento es mas sagrado que la palabra, haz la cruz y júrame que cumplirás con mis deseos y perdonarás á todos nuestros enemigos.

—Te juro, que perdonaré á todos nuestros enemigos y que no haré el menor daño á los que van á matar á mi queridísimo papa.

Esto dijo el niño todo conmovido mas con vehemencia, en voz clara y distinta, de manera que los empleados de la prision que se hallaban en el cuarto inmediato pudieron oírlo, estremeciéndose tanto por las palabras, como por la solemnidad con que las pronunció. Porque no creyeron sino que oían la voz de un ángel, único ser capaz de tanta generosidad como mansedumbre.

Después de otro largo rato de silencio, de llanto y de profundos suspiros, el rey rogó á su mujer, hijos y hermana que se retirasen á sus habitaciones y le dejasen solo, pues deseaba descansar y recapacitar.

No ménos dolorosa fué esta separación que el encuentro. Clery abrió la puerta vidriera. La reina aferrada al brazo derecho del rey, y entre ambos llevando al delfín; Teresa rodeando á su padre por la cintura é Isabel apretán-

dole la mano izquierda; aquel grupo triste se encaminó á la puerta dando gritos y lamentos que partían el alma.

—Les prometo, dijo Luis, volver á verlos mañana por la mañana á las ocho.

—¿A las ocho? repitió la reina asustada. ¿Por qué no á las siete?

—Bien, sea á las siete; repuso el rey con amabilidad. Entre tanto, adios! adios!

El tono profundo de tristeza con que pronunció estas últimas palabras fué nuevo motivo de llanto para la familia. La hija en un desmayo se cayó á los pies de su padre, levantándola Clery con ayuda de la infanta Isabel.

—Papá, querido papa mío, gritó el delfín, nosotros queremos quedarnos contigo.

Entretanto la reina, callada, pálida y con los grandes ojos fijos en su marido, no parecía sino que buscaba grabar su imagen en su corazón amante.

—Adios! adios! repitió el rey casi echando los fuera. Volvió la espalda y de prisa se metió en el aposento inmediato al comedor.

La reina, los niños, destinados á una hermandad temprana, la infanta Isabel, se abrazaron y cual si no fuera mas que una persona, prorrumpieron en un gran grito de agonía.

—Adelante! dijo uno de los funcionarios de la cárcel empujando bruscamente al grupo de mujeres y niños. La familia de Capeto gasta demasiadas caudernmas.

Enderezóse María Antonieta al oírle, le echó una mirada abrasante y en voz colérica, dijo:—“Vosotros todos sois verdugos y traidores.”

Habiase recogido el rey á meditar en su gabinete, donde ya le aguardaba el abad Edgeworth de Firmont, para prepararle á bien morir y confortarle con las promesas de la otra vida. En efecto, con él pasó la noche. A la mañana siguiente muy temprano, dijo la misa en un altar erigido allí provisionalmente, confesándose y comulgando el rey con mucha devoción.

—Como debo levantarme tan temprano, (las autoridades habían dispuesto se verificara la ejecución á las siete de la mañana) dijo Luis á Clery, es preciso que me acueste temprano. Este día ha sido de pruebas para mí y necesito descansar, para tener fuerzas mañana.

Desnudado por el criado, se acostó y á la siguiente mañana á las cinco cuando vino á vestirlo, todavía dormía profundamente. Debía soñar agradablemente, porque se sonreía.

Vestido el rey, se confesó y comulgó, usándose como patena un vaso sagrado que se trajo de la iglesia cercana del Marais. El altar lo hizo Clery de una cómoda vieja, á cada lado del cáliz puso dos candeleros ordinarios, y en ellos velas de sebo en vez de cera. Ante ese altar improvisado se arrodilló Luis XVI, elevó á Dios sus pensamientos y sus oraciones, conservando siempre la calma y la mansedumbre de su buena índole.

El abad dijo la misa, que ayudó Clery como sacristan, y mientras el rey recibía los sacramentos, empezaron á resonar las trompetas y los tambores, los cuales despertaron á la ciudad y dijeron á sus habitantes, que el rey de Francia iba á ser guillotinado. Luego la artillería rodó por las calles, la Guardia nacional de a pie y de á caballo, formó en toda la carrera desde el Temple á la plaza de la Concordia

De un lado y otro de la calle, de cuatro en fondo, se tendió la tropa, armada de picas y fusiles, de modo que cerraba el paso á todo el que intentase penetrar en el centro con la idea de favorecer al rey.

Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas de las casas por donde pasó la procesion. Pero es muy probable, que detras de esas ventanas y cortinas habia mas de una persona de ambos sexos arrodillada en oracion ferviente por el hombre desgraciado que marchaba al cadalso y habia sido no há mucho, el rey de Francia.

En toda la carrera solo hubo un tumulto, armado por dos jóvenes atolondrados, con intencion, sin duda, de ver si en el desorden se podía facilitar la escapatoria del rey. Pero pagaron con la vida su temeridad. Viéndose perdidos, pues que nadie contestó á su llamamiento, huyeron y trataron de refugiarse en una casa cercana forzando la puerta. Allí los alcanzó el pueblo y los hizo pedazos.

Continuó su marcha el carruaje, por en medio de un mar de seres humanos. Desde el principio hasta el fin Luis conservó una imparcialidad admirable. No levantó una vez siquiera los ojos del libro de oraciones que llevaba en la mano, ni prestó atencion sino á las palabras de consuelo que le dirigía su confesor en el tránsito.

Habiendo hecho alto el cocheró al frente del cadalso Luis se desmontó del carruaje, en compañía de abad. Se quitó por sí mismo la casaca y entonces se aproximó uno de los ayudantes del verdugo para cortar el pelo y despejarle el cuello. A esto se prestó con blandura; pero cuando trataron de atarle las manos, se llenó de indignacion y se resistió por el largo rato de erminadamente. A vista de aquel desorden Samson, que aguaraba en el tablado, bajó la escalera y poniéndose delante del rey le dijo:

—Sire, con este pañuelo, con cordeles no. Ya se sorprendiese de oírse llamar Sire, cosa que no sucedía de largo tiempo atras, ya le impresionase del tono de respeto y compasion visibiles en el semblante del verdugo, lo cierto es que alargó ambas manos y dejó que se las ataran fuertemente.

Solo el recuerdo de nuestro Salvador y de lo que padeció por nosotros, me da fuerzas para sufrir esta nueva degradacion; dijo Luis con los ojos azados al cielo y la expresion del dolor mas intenso impresa en el semblante.

Entonces ayudado del abad y de Samson, ascendió la escalera del patibulo con paso bastante firme y seguro. Apenas apareció él en el tablado, empezaron á batir los tambores; pero el rey adelantándose hasta el mismo borde, en voz imperiosa ordenó silencio y le obedecieron como por magia.

—Franceses, exclamó en voz entera que se oyó hasta en los lugares mas distantes de la plaza, muero inocente, perdono á mis enemigos; deseo que mi muerte. . .”

Aquí Santerre hizo tocar de nuevo los tambores, se apoderaron los verdugos del rey y le inclinaron delante del tajo. El padre tambien se inclinó y le dijo algunas palabras que solo Dios oyó, mas que la tradicion llena de admiracion y simpatía ha transformado en la fórmula eterna y popular que es mas verda-

dera que la verdad y mas histórica que la historia:—“Hijo de San Luis, subid al cielo.”

Entonces brilló algo en el aire, se oyó un golpe sordo y pesado, y saltó la sangre. Habia muerto el rey de Francia. El verdugo Samson agarró la cabeza por los cabellos del coronal y la mostró al pueblo.

Siguióse un instante de espantoso silencio y luego el populacho rumpió en tropel por entre las filas de soldados y se precipitó al cadalso para recoger una memoria cualquiera de aquel suceso extraordinario. Espadas, lanzas y pañuelos al momento se empaparon en aquella sangre hecha preciosa por el martirio, mientras que en todo París resonaba el grito de:—Viva la república, viva la nacion!

Los vestidos del rey fueron rasgados y los girones distribuidos. Por un mechón de cabellos salpicado de sangre hubo quien dió oro á los verdugos. Un Inglés dió quince luises á un muchacho porque mojara su pañuelo en la sangre que caía del cadalso. Otro compró en treinta la peluca del rey. Estos pormenores están tomados del *Vossische Zeitung*, que en su edicion del 5 de febrero de 1793, contiene una relación detallada de la ejecución del rey Luis XVI.

Por la noche del mismo día, impresionado el verdugo Samson por aquella terrible ejecución, se dirigió á un padre, le pagó para que di era misas por el reposo del alma del rey, é hizo dimision del oficio, se retiró á la soledad y murió seis meses despues. Sucedióle su hijo, á la sazón mozo de catorce á quince años, que acompañaba á su padre por aquel tiempo á todas las ejecuciones y que hasta 1840 continuó en hacer que se dijeran misas, como aquel habia dispuesto.

El día que se siguió al terrible 21 de enero, suplicó la vinda de Capeto á las autoridades municipales le facilitaran traje de luto, de la clase mas comun, para ella, sus hijos y su cuñada.

Tuvo la república la magnanimidad de satisfacer esta humilde peticion.

## CAPÍTULO XXI.

### EL FIEL TOULAN.

Está de nuevo de guardia el ciudadano Toulan y al presente con su amigo Lepitre. Es republicano tan decidido y puro, ciudadano tan celoso, que la república reposa en él entera confianza, nombrándole presidente de la junta encargada de los bienes de los emigrados. Toulan, además, es miembro de la Convencion y no fué culpa suya si no tomó parte en los debates sobre el proceso del rey, porque se hallaba á la sazón en una de las provincias, para tomar posesion de los bienes de un aristócrata que se habia expatriado.

A haber estado en París, habria dado su voto naturalmente á favor de la ejecución del rey. Esto al ménos decia él á todos á boca llena, do quiera que se paraba, y le creían implícitamente, porque era ultra republicano, mas que esto todavía, descamisado furioso, que para no dejar duda, vestía del modo mas estrafalario del mundo. Era además de eso, secunaz decidido de Marat, entusiasta admirador del zapatero Simon, quien pasaba ratos deliciosos siempre que Toulan entraba de guardia en el Temple,

rogaba á Dios por aquellos desgraciados cuyos lamentos y gemidos llegaban hasta él.

Poco á poco cesaron los sollozos y suspiros, tomando todos asiento en torno de la mesita ántes mencionada: la reina á la izquierda de su marido; á la derecha madama Isabel; enfrente, María Teresa y entre sus rodillas el delfín, que no dejaba de mirar á la cara de su padre con tamaños ojos abiertos y sonrisa melancólica.

Luis fué el primero á hablar. Refirió todos los trámites sumarísimos del proceso y los débiles cargos en que se apoyaron los jueces para condenarle. Durante esta relación no se le escapó una queja ni una palabra dura contra aquellos, usando siempre las expresiones, —pobres, desaconsejadas gentes. Exigió él de su familia que los perdonasen y solo le contestaron con sollozos, lágrimas, abrazos y besos.

Después reinó solemne silencio. La causa era que el rey en pie, con el brazo derecho extendido y los ojos vueltos al cielo, bendecía á su esposa, hijos y hermana, los cuales arrodillados en torno suyo le tenían estrechamente abrazado por las piernas.

En seguida rogó Luis á su familia que se levantara y los volvió á abrazar y besar á todos. Y dijo, á la reina, que en medio de sus sollozos se permitió algunos desahogos contra sus enemigos.

—Los he perdonado, María. He escrito mi testamento. En él perdono ante todo á mis enemigos, y espero que tú también los perdones. Prométeme pues, querida María, que no pensarás nunca en vengar mi muerte.

—No espero estar jamás en capacidad de vengarme; contestó ella con tristeza. Pero si alguna vez estuviere en mi mano, cuenta con que no tomaré venganza de tamaña atrocidad.

—Gracias, María, continuó el rey besándola en la frente. Sé que vosotros todos respetareis mi última voluntad y que grabareis mis palabras en vuestros corazones. Pero tú, hijo mío, agregó sentándose y tomando en sus rodillas al delfín, tú es fácil que olvides porque eres niño todavía. Has oído lo que acabo de decir, pero como el juramento es mas sagrado que la palabra, haz la cruz y júrame que cumplirás con mis deseos y perdonarás á todos nuestros enemigos.

—Te juro, que perdonaré á todos nuestros enemigos y que no haré el menor daño á los que van á matar á mi queridísimo papa.

Esto dijo el niño todo conmovido mas con vehemencia, en voz clara y distinta, de manera que los empleados de la prision que se hallaban en el cuarto inmediato pudieron oírlo, estremeciéndose tanto por las palabras, como por la solemnidad con que las pronunció. Porque no creyeron sino que oían la voz de un ángel, único ser capaz de tanta generosidad como mansedumbre.

Después de otro largo rato de silencio, de llanto y de profundos suspiros, el rey rogó á su mujer, hijos y hermana que se retirasen á sus habitaciones y le dejasen solo, pues deseaba descansar y recapacitar.

No ménos dolorosa fué esta separación que el encuentro. Clery abrió la puerta vidriera. La reina aferrada al brazo derecho del rey, y entre ambos llevando al delfín; Teresa rodeando á su padre por la cintura é Isabel apretán-

dole la mano izquierda; aquel grupo triste se encaminó á la puerta dando gritos y lamentos que partían el alma.

—Les prometo, dijo Luis, volver á verlos mañana por la mañana á las ocho.

—¿A las ocho? repitió la reina asustada. ¿Por qué no á las siete?

—Bien, sea á las siete; repuso el rey con amabilidad. Entre tanto, adios! adios!

El tono profundo de tristeza con que pronunció estas últimas palabras fué nuevo motivo de llanto para la familia. La hija en un desmayo se cayó á los pies de su padre, levantándola Clery con ayuda de la infanta Isabel.

—Papá, querido papa mío, gritó el delfín, nosotros queremos quedarnos contigo.

Entretanto la reina, callada, pálida y con los grandes ojos fijos en su marido, no parecía sino que buscaba grabar su imagen en su corazón amante.

—Adios! adios! repitió el rey casi echando los fuera. Volvió la espalda y de prisa se metió en el aposento inmediato al comedor.

La reina, los niños, destinados á una hermandad temprana, la infanta Isabel, se abrazaron y cual si no fuera mas que una persona, prorrumpieron en un gran grito de agonía.

—Adelante! dijo uno de los funcionarios de la cárcel empujando bruscamente al grupo de mujeres y niños. La familia de Capeto gasta demasiadas caudernmas.

Enderezóse María Antonieta al oírle, le echó una mirada abrasante y en voz colérica, dijo:—“Vosotros todos sois verdugos y traidores.”

Habiase recogido el rey á meditar en su gabinete, donde ya le aguardaba el abad Edgeworth de Firmont, para prepararle á bien morir y confortarle con las promesas de la otra vida. En efecto, con él pasó la noche. A la mañana siguiente muy temprano, dijo la misa en un altar erigido allí provisionalmente, confesándose y comulgando el rey con mucha devoción.

—Como debo levantarme tan temprano, (las autoridades habían dispuesto se verificara la ejecución á las siete de la mañana) dijo Luis á Clery, es preciso que me acueste temprano. Este día ha sido de pruebas para mí y necesito descansar, para tener fuerzas mañana.

Desnudado por el criado, se acostó y á la siguiente mañana á las cinco cuando vino á vestirlo, todavía dormía profundamente. Debía soñar agradablemente, porque se sonreía.

Vestido el rey, se confesó y comulgó, usándose como patena un vaso sagrado que se trajo de la iglesia cercana del Marais. El altar lo hizo Clery de una cómoda vieja, á cada lado del cáliz puso dos candeleros ordinarios, y en ellos velas de sebo en vez de cera. Ante ese altar improvisado se arrodilló Luis XVI, elevó á Dios sus pensamientos y sus oraciones, conservando siempre la calma y la mansedumbre de su buena índole.

El abad dijo la misa, que ayudó Clery como sacristan, y mientras el rey recibía los sacramentos, empezaron á resonar las trompetas y los tambores, los cuales despertaron á la ciudad y dijeron á sus habitantes, que el rey de Francia iba á ser guillotinado. Luego la artillería rodó por las calles, la Guardia nacional de a pie y de á caballo, formó en toda la carrera desde el Temple á la plaza de la Concordia

De un lado y otro de la calle, de cuatro en fondo, se tendió la tropa, armada de picas y fusiles, de modo que cerraba el paso á todo el que intentase penetrar en el centro con la idea de favorecer al rey.

Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corricas de las casas por donde pasó la procesion. Pero es muy probable, que detras de esas ventanas y cortinas habia mas de una persona de ambos sexos arrodillada en oracion ferviente por el hombre desgraciado que marchaba al cadalso y habia sido no há mucho, el rey de Francia.

En toda la carrera solo hubo un tumulto, armado por dos jóvenes atolondrados, con intencion, sin duda, de ver si en el desorden se podía facilitar la escapatoria del rey. Pero pagaron con la vida su temeridad. Viéndose perdidos, pues que nadie contestó á su llamamiento, huyeron y trataron de refugiarse en una casa cercana forzando la puerta. Allí los alcanzó el pueblo y los hizo pedazos.

Continuó su marcha el carruaje, por en medio de un mar de seres humanos. Desde el principio hasta el fin Luis conservó una imparcialidad admirable. No levantó una vez siquiera los ojos del libro de oraciones que llevaba en la mano, ni prestó atencion sino á las palabras de consuelo que le dirigía su confesor en el tránsito.

Habiendo hecho alto el cocheró al frente del cadalso Luis se desmontó del carruaje, en compañía de abad. Se quitó por sí mismo la casaca y entonces se aproximó uno de los ayudantes del verdugo para cortarle el pelo y despejarle el cuello. A esto se prestó con blandura; pero cuando trataron de atarle las manos, se llenó de indignacion y se resistió por el largo rato de erminadamente. A vista de aquel desorden Samson, que aguaraba en el tablado, bajó la escalera y poniéndose delante del rey le dijo:

—Sire, con este pañuelo, con cordeles no. Ya se sorprendiese de oírse llamar Sire, cosa que no sucedía de largo tiempo atras, ya le impresionase del tono de respeto y compasion visibles en el semblante del verdugo, lo cierto es que alargó ambas manos y dejó que se las ataran fuertemente.

—Solo el recuerdo de nuestro Salvador y de lo que padeció por nosotros, me da fuerzas para sufrir esta nueva degradacion; dijo Luis con los ojos azados al cielo y la expresion del dolor mas intenso impresa en el semblante.

Entonces ayudado del abad y de Samson, ascendió la escalera del patibulo con paso bastante firme y seguro. Apenas apareció él en el tablado, empezaron á batir los tambores; pero el rey adelantándose hasta el mismo borde, en voz imperiosa ordenó silencio y le obedecieron como por magia.

—Franceses, exclamó en voz entera que se oyó hasta en los lugares mas distantes de la plaza, muero inocente, perdono á mis enemigos; deseo que mi muerte. . .”

Aquí Santerre hizo tocar de nuevo los tambores, se apoderaron los verdugos del rey y le inclinaron delante del tajo. El padre tambien se inclinó y le dijo algunas palabras que solo Dios oyó, mas que la tradicion llena de admiracion y simpatía ha transformado en la fórmula eterna y popular que es mas verda-

dera que la verdad y mas histórica que la historia:—“Hijo de San Luis, subid al cielo.”

Entonces brilló algo en el aire, se oyó un golpe sordo y pesado, y saltó la sangre. Habia muerto el rey de Francia. El verdugo Samson agarró la cabeza por los cabellos del coronal y la mostró al pueblo.

Siguióse un instante de espantoso silencio y luego el populacho rumpió en tropel por entre las filas de soldados y se precipitó al cadalso para recoger una memoria cualquiera de aquel suceso extraordinario. Espadas, lanzas y pañuelos al momento se empaparon en aquella sangre hecha preciosa por el martirio, mientras que en todo París resonaba el grito de:—Viva la república, viva la nacion!

Los vestidos del rey fueron rasgados y los girones distribuidos. Por un mechón de cabellos salpicado de sangre hubo quien dió oro á los verdugos. Un Inglés dió quince luises á un muchacho porque mojara su pañuelo en la sangre que caía del cadalso. Otro compró en treinta la peluca del rey. Estos pormenores están tomados del *Vossische Zeitung*, que en su edicion del 5 de febrero de 1793, contiene una relación detallada de la ejecución del rey Luis XVI.

Por la noche del mismo día, impresionado el verdugo Samson por aquella terrible ejecución, se dirigió á un padre, le pagó para que di era misas por el reposo del alma del rey, é hizo dimision del oficio, se retiró á la soledad y murió seis meses despues. Sucedióle su hijo, á la sazón mozo de catorce á quince años, que acompañaba á su padre por aquel tiempo á todas las ejecuciones y que hasta 1840 continuó en hacer que se dijeran misas, como aquel habia dispuesto.

El día que se siguió al terrible 21 de enero, suplicó la vinda de Capeto á las autoridades municipales le facilitaran traje de luto, de la clase mas comun, para ella, sus hijos y su cuñada.

Tuvo la república la magnanimidad de satisfacer esta humilde peticion.

## CAPÍTULO XXI.

### EL FIEL TOULAN.

Está de nuevo de guardia el ciudadano Toulan y al presente con su amigo Lepitre. Es republicano tan decidido y puro, ciudadano tan celoso, que la república reposa en él entera confianza, nombrándole presidente de la junta encargada de los bienes de los emigrados. Toulan, además, es miembro de la Convencion y no fué culpa suya si no tomó parte en los debates sobre el proceso del rey, porque se hallaba á la sazón en una de las provincias, para tomar posesion de los bienes de un aristócrata que se habia expatriado.

A haber estado en París, habria dado su voto naturalmente á favor de la ejecución del rey. Esto al ménos decia él á todos á boca llena, do quiera que se paraba, y le creían implícitamente, porque era ultra republicano, mas que esto todavía, descamisado furioso, que para no dejar duda, vestía del modo mas estrafalario del mundo. Era además de eso, secunaz decidido de Marat, entusiasta admirador del zapatero Simon, quien pasaba ratos deliciosos siempre que Toulan entraba de guardia en el Temple,



















esa música, será prueba que Toulan vive y está cerca.

Y en las siguientes semanas tuvieron las presas el triste consuelo de oír las notas del clarín de Toulan. No volvió, sin embargo, á presentárseles delante, ni á montar guardia en el Temple.

No huyó el valiente campeón de la reina. Comprendió que en París estaría siempre mas seguro, además de que no quería alejarse, porque nunca perdió la esperanza de que se presentaría una ocasión en que poder favorecer la fuga de las presas.

Pero precisamente lo que Toulan esperaba era la pesadilla diaria de la Convención. Se temía que aun detrás de los espesos y triples muros del Temple, á pesar de las rejas y de los centinelas, la reina podía evadirse, ya valiéndose de sus propios artificios, ya ayudada fuera por sus amigos y partidarios. Temíase mas todavía, la escapatoria del muchacho de siete años de edad, sin corona ni trono, que se apegaba á las faldas de su madre como la yedra al muro de la iglesia.

Se habia comunicado á la Comisión de salvación pública, que la gente hablaba acerca del rey pequeño en el Temple y que circulaban anécdotas mas ó ménos enternecedoras sobre él. Hasta un fanático que la daba de profeta, sin temor ni embarazo, iba de calle en calle y de plaza en plaza, anunciando que los lirios volverían á florecer, y que los hijos de Bruto, perecerían todos á manos del reyecito cuyo trono estaba en el Temple. La policía arrestó y le cortó la cabeza á este profeta, es verdad, mas sus profecías encontraron eco en mas de un corazón sensible y compasivo, y despertó cierto interés por el príncipe.

Los Girondinos, patriotas tan nobles como entusiastas, mostraron la mayor solicitud por el mártir real jóven, expresión, que aplicada al delfín en los vehementes y animados discursos de la tribuna, hizo derramar lágrimas de compasión á infinitas personas divorciadas de la monarquía.

Visto el peligro, la Convención resolvió evitarlo á todo trance, y para ello, el 1º de julio de 1793, adoptó un decreto: por el cual, se dispuso que la Comisión de salvación pública, separase de su madre al hijo de Capeto y lo entregase á un maestro, que designase el director general de la comuna de París.

Sin sospechar siquiera de semejante determinación, porque los presos del Temple vivían en estrecha incomunicación con el mundo exterior, se habia recogido el delfín como de costumbre en la noche del 3 de julio y se habia dormido profundamente. Careciendo su lecho de cortinas, María Antonietta habia extendido sobre su cabeza un chal clavando las extremidades en las paredes, cosa que no le diese en el rostro la luz del cuarto y molestase su sueño. Eran las diez de la noche y todavía las señoras no se habian acostado. La reina y la princesa Isabel remendaban su ropa, al paso que la infanta Teresa, sentada entre las dos, leía un diccionario histórico. Acababa de dejarlo y de tomar un libro de oraciones, á instancias de su madre, cuando se oyeron pasos de varias personas en el corredor, el correr de los cerrojos y la apertura de la puerta de la antecámara. En seguida entraron hasta seis comi-

sarios, el principal de los cuales, encarándose con la reina sin mas saludación, le dijo:

—Venimos de órden de la Comisión de salvación pública á llevarnos el hijo de Capeto.

—¡Llevarse mi hijo! gritó la reina poniéndose en pié y pálida de horror. No es posible; ni creo, señores, que las autoridades piensen seriamente en separarme de mi hijo. El es todavía muy jóven y necesita de mis cuidados y caricias.

—Resuelto por la Convención y dispuesto por la Comisión de salvación pública, el decreto es preciso llevarlo á debido efecto; observó otro comisario.

—No lo consentiré, replicó María Antonietta en su desesperación. En nombre de lo mas sagrado, os conjuro no cometer tamaña crueldad.

Isabel y Teresa mezclaron sus lágrimas con las de la desolada madre, todas tres se plantaron delante del lecho del delfín, se enlazaron de las manos, gimieron, hicieron los mayores extremos de dolor, levantaron al cielo las mas fervientes oraciones; pero no por eso los comisarios se movieron á compasión.

—¿A qué conduce esa jeremiada? dijeron. Nadie va á mataros vuestro hijo, dádnosle de bien á bien ó nos lo llevamos por fuerza.

Diciendo esto se encaminaron á la cama, en cuyo acto María Antonietta extendió los brazos para proteger á su hijo, tropezó con la cortina improvisada, se desprendió esta, cayó sobre la cara de aquel y le despertó. Al notar lo que pasaba, muy asustado se arrojó en los brazos de su madre gritando:

—Mamá, querida mamá, no me dejes solo.

Toda temblorosa le estrechó contra su pecho, le tranquilizó y trató de impedir que se le arrebataran los desapiadados comisarios. Todo en vano. Habia dispuesto la república que el hijo fuese separado de su madre y tal debia hacerse sin miramiento ni consideración ninguna.

Visto que no habia remedio, que quiera, que no, se iba á llevar á efecto aquella cruel separación, pidió la afligida madre la prometiesen al ménos que el niño se quedaria en la torre del Temple, donde ella pudiese verle todos los días.

—Nada tenemos que prometer, le contestaron, ni cuenta que daros. ¡Cáspita! y cómo os alarmais y chillais, solo porque alejan de vos á vuestro hijo! ¿Y qué es lo que pasa con los nuestros? Cada día pierde alguno de ellos un brazo, una pierna, la vida, á manos de los enemigos que vos habeis concitado contra nosotros. Y por cierto que no hacemos tantos escorrozos como vos.

—Es todavía muy jóven mi hijo, repuso la reina con dulzura, para servir á su patria. Esperó, sin embargo, en que Dios permita le consagre algun día la vida.

Impelidas por los comisarios las princesas vistieron al niño que sollozaba y bostezaba á un tiempo. Entónces la reina se dejó caer en una silla, se armó de valor y llamando á sí al delfín, le puso ambas manos en los hombros y le dijo con solemnidad:

—Hijo mio, es fuerza que nos separemos. Recuerda tus deberes cuando yo no esté contigo para recordártelos. No olvides á Dios que te está probando, ni á tu madre que ruega por tí. Se bueno y ten paciencia, que por ello te bendecirá nuestro Padre que está en el cielo.

Madre é hijo se miraron por largo rato, é

con los ojos anegados en lágrimas, ella pálida é inmutada, con los suyos secos; y besándole en la frente le empujó suavemente hácia el carcelero. El muchacho, sin embargo, no queria separarse de su madre y esta, con el corazón despedazado, agregó:

—Es preciso obedecer, hijo mio. Dios lo quiere así.

En aquel instante se oyó en el corredor una risa destemplada y salvaje. Se estremeció la reina y miró en torno, y descubrió en la abierta puerta á Simon y su mujer, cuyas miradas, estaban fijas en ella con maligna complacencia. La Simon extendió ambos brazos desnudos y secos al niño, le agarró y le echó fuera.

—¿Es ella quién ha de cuidar de mi hijo? preguntó María Antonietta en el colmo de la desolación. Va el hijo de mis entrañas á estar con esta mujer?

—Sí, contestó Simon cuadrándose delante de la reina con atroz desfachatez, con esta mujer y conmigo, su marido, va á vivir el pequeño Capeto y te aseguro que recibirá una educación real. Le enseñaremos á olvidar lo pasado y á tener presente que es hijo de la república. Si no aprende por las buenas, aprenderá por las malas y seguro sabrá á que sabe mi antiguo tirapié.

Hizo un saludo á María Antonietta acompañado de sonrisa diabólica y siguió en pos de los comisarios, que ya habian salido. Se cerraron otra vez las puertas, se corrieron los cerrojos, y dentro de aquellos aposentos reinó la quietud de la muerte. Las dos mujeres, enlazadas de las manos, se arrodillaron en el suelo y oraron devotamente.

Desde ese día la infortunada reina perdió toda esperanza, se negó á todo consuelo. Ni las reflexiones de su cuñada, ni las caricias de su hija, la sacaban de su abatimiento y abstracción, siendo lo peor que se negó á toda ocupación, á trabajar, á leer y hasta á moverse.

Solo unos cuantos minutos todos los días se animaba un poco su semblante y volvía á sus miembros paralizados la facultad de la locomoción. Esos minutos eran cuando esperaba

por su hijo, que diariamente en compañía de Limon subía al piso superior y á la meseta de la torre. Entónces ponía ella la oreja á la puerta del corredor y escuchaba sus menudos pasos y las palabras que le dirigía al rudo carcelero al pasar allí.

Pronto descubrió además medio de verle. Había una requebradura en el piso del cuarto en que se paseaba el niño, y á través de ella, no obstante su estrechez, tras grandes esfuerzos, lograba verle una mano, el pié, un extremo del vestido, un rizo de su dorada cabellera. Entónces, es mas fácil de concebir que de pintar lo que pasaba por el alma de aquella desventurada madre.

A veces tambien un comisario compasivo, al hacer la inspección de la cárcel, le comunicaba noticias de su hijo, le decia que estaba bueno, que habia aprendido á jugar la pelota y que por su mansa índole se habia ganado el amor de todos. Esto la reanimaba un tanto; pero no tardaba en recibir nuevas de carácter enteramente contrarias, y de un modo directo, que era lo peor. Sus lamentos, las amenazas que le hacia Simon, los epítetos injuriosos que le dirigía la mujer de este, á veces se oían distintamente en los aposentos de la reina, llenando, como es de suponerse, su espíritu de angustia desesperación.

No era lo peor con todo eso, oírle llorar, saber que á su hijo querido, le maltrataban á posta, mas terrible si cabe era oírle cantar, al son de las risotadas de Simon y de su mujer, las canciones revolucionarias y aun obscenas que le habian enseñado, con el objeto de pervertir su buena índole, á tiempo que arruinaban la salud de su cuerpo con el maltrato.

Al principio la reina, al oír estas canciones indecentes, prorumpía en lamentos, en gritos y amenazas contra los atormentadores de su hijo. Gradualmente una especie de parálisis dominó su corazón, y, cuando el 2 de agosto, la llevaron del Temple á la cárcel; los pálidos labios de la reina murmuraron: Gracias á Dios que no tendré que oírle cantar mas.

## LIBRO QUINTO.

### CAPITULO XXIV.

#### LA MUERTE DE LA REINA.

La noche de San Bartolomé que prepararon á la Francia la malvada Catalina de Médicis y su demente hijo Carlos IX, tuvo su horrible y sangrienta repetición ahora, con esta diferencia, que aquel espantoso drama terminó con las sombras de la noche; y este continuó aun muy entrado el día.

El sol alumbró el cadalso, que como un monstruo se alzaba en la plaza de la Revolución, en el hacha que cercenaba cabezas sin cuento, y en los arroyos de sangre que corrían por las calles de París. Brilló en aquel día en que María Antonietta ascendió las gradas del patíbulo, como ántes habia ascendido su marido, y pasó á mejor vida á descansar de los pesares y humillaciones anteriores.

Esto fué el 16 de octubre de 1793. Por cuatro meses seguidos María Antonietta lo habia espe-

rado como la solución mas feliz que podia tener el drama de su triste vida. Le saludó con una especie de regocijo, como le saludaba con gritos salvajes de gozo el pueblo enfurecido. Al cabo de cuatro meses de su tránsito del Temple á la cárcel de la Abadía, recibió la libertad, no la que dan los hombres, sino la que concede Dios á los que padecen,—la libertad de la muerte.

No necesitaba ya la viuda de Capeto de modistas ni peluquero para vestirse y hacerse el tocado. Envolvía su elevado y esbelto talle en traje de lana negro que á ruegos suyos, le habia dado la república, como para mejor recordar la muerte de su marido. Ocultaba su cuello y hombros, admiración en otro tiempo de la Francia, un pañuelo de muselina blanca, que por pura compasión le habia dado su carcelero Bault, y sus cabellos sueltos, en largas y flotantes hebras le flotaban por ambos lados del rostro transparente. Ni requerían polvo

esa música, será prueba que Toulan vive y está cerca.

Y en las siguientes semanas tuvieron las presas el triste consuelo de oír las notas del clarín de Toulan. No volvió, sin embargo, á presentárseles delante, ni á montar guardia en el Temple.

No huyó el valiente campeón de la reina. Comprendió que en París estaría siempre mas seguro, además de que no quería alejarse, porque nunca perdió la esperanza de que se presentaría una ocasión en que poder favorecer la fuga de las presas.

Pero precisamente lo que Toulan esperaba era la pesadilla diaria de la Convención. Se temía que aun detrás de los espesos y triples muros del Temple, á pesar de las rejas y de los centinelas, la reina podía evadirse, ya valiéndose de sus propios artificios, ya ayudada fuera por sus amigos y partidarios. Temíase mas todavía, la escapatoria del muchacho de siete años de edad, sin corona ni trono, que se apegaba á las faldas de su madre como la yedra al muro de la iglesia.

Se habia comunicado á la Comisión de salvación pública, que la gente hablaba acerca del rey pequeño en el Temple y que circulaban anécdotas mas ó ménos enternecedoras sobre él. Hasta un fanático que la daba de profeta, sin temor ni embarazo, iba de calle en calle y de plaza en plaza, anunciando que los lirios volverían á florecer, y que los hijos de Bruto, perecerían todos á manos del reyecito cuyo trono estaba en el Temple. La policía arrestó y le cortó la cabeza á este profeta, es verdad, mas sus profecías encontraron eco en mas de un corazón sensible y compasivo, y despertó cierto interés por el príncipe.

Los Girondinos, patriotas tan nobles como entusiastas, mostraron la mayor solicitud por el mártir real jóven, expresión, que aplicada al delfín en los vehementes y animados discursos de la tribuna, hizo derramar lágrimas de compasión á infinitas personas divorciadas de la monarquía.

Vistió el peligro, la Convención resolvió evitarlo á todo trance, y para ello, el 1° de julio de 1793, adoptó un decreto: por el cual, se dispuso que la Comisión de salvación pública, separase de su madre al hijo de Capeto y lo entregase á un maestro, que designase el director general de la comuna de París.

Sin sospechar siquiera de semejante determinación, porque los presos del Temple vivían en estrecha incomunicación con el mundo exterior, se habia recogido el delfín como de costumbre en la noche del 3 de julio y se habia dormido profundamente. Careciendo su lecho de cortinas, María Antonietta habia extendido sobre su cabeza un chal clavando las extremidades en las paredes, cosa que no le diese en el rostro la luz del cuarto y molestase su sueño. Eran las diez de la noche y todavía las señoras no se habian acostado. La reina y la princesa Isabel remendaban su ropa, al paso que la infanta Teresa, sentada entre las dos, leía un diccionario histórico. Acababa de dejarlo y de tomar un libro de oraciones, á instancias de su madre, cuando se oyeron pasos de varias personas en el corredor, el correr de los cerrojos y la apertura de la puerta de la antecámara. En seguida entraron hasta seis comi-

sarios, el principal de los cuales, encarándose con la reina sin mas salutación, le dijo:

—Venimos de órden de la Comisión de salvación pública á llevarnos el hijo de Capeto

—¡Llévase mi hijo! gritó la reina poniéndose en pié y pálida de horror. No es posible; ni creo, señores, que las autoridades piensen seriamente en separarme de mi hijo. El es todavía muy jóven y necesita de mis cuidados y caricias.

—Resuelto por la Convención y dispuesto por la Comisión de salvación pública, el decreto es preciso llevarlo á debido efecto; observó otro comisario.

—No lo consentiré, replicó María Antonietta en su desesperación. En nombre de lo mas sagrado, os conjuro no cometer tamaña crueldad.

Isabel y Teresa mezclaron sus lágrimas con las de la desolada madre, todas tres se plantaron delante del lecho del delfín, se enlazaron de las manos, gimieron, hicieron los mayores extremos de dolor, levantaron al cielo las mas fervientes oraciones; pero no por eso los comisarios se movieron á compasión.

—¿A qué conduce esa jeremiada? dijeron. Nadie va á mataros vuestro hijo, dádnosle de bien á bien ó nos lo llevamos por fuerza.

Diciendo esto se encaminaron á la cama, en cuyo acto María Antonietta extendió los brazos para proteger á su hijo, tropezó con la cortina improvisada, se desprendió esta, cayó sobre la cara de aquel y le despertó. Al notar lo que pasaba, muy asustado se arrojó en los brazos de su madre gritando:

—Mamá, querida mamá, no me dejes solo. Toda temblorosa le estrechó contra su pecho, le tranquilizó y trató de impedir que se le arrebataran los desapiadados comisarios. Todo en vano. Habia dispuesto la república que el hijo fuese separado de su madre y tal debia hacerse sin miramiento ni consideración ninguna.

Visto que no habia remedio, que quiera, que no, se iba á llevar á efecto aquella cruel separación, pidió la afligida madre la prometiesen al ménos que el niño se quedaria en la torre del Temple, donde ella pudiese verle todos los días.

—Nada tenemos que prometer, le contestaron, ni cuenta que daros. ¡Cáspita! y cómo os alarmáis y chilláis, solo porque alejan de vos á vuestro hijo! ¿Y qué es lo que pasa con los nuestros? Cada día pierde alguno de ellos un brazo, una pierna, la vida, á manos de los enemigos que vos habeis concitado contra nosotros. Y por cierto que no hacemos tantos escorrozos como vos.

—Es todavía muy jóven mi hijo, repuso la reina con dulzura, para servir á su patria. Esperó, sin embargo, en que Dios permita le consagre algun día la vida.

Impelidas por los comisarios las princesas vistieron al niño que sollozaba y bostezaba á un tiempo. Entónces la reina se dejó caer en una silla, se armó de valor y llamando á sí al delfín, le puso ambas manos en los hombros y le dijo con solemnidad:

—Hijo mio, es fuerza que nos separemos. Recuerda tus deberes cuando yo no esté contigo para recordártelos. No olvides á Dios que te está probando, ni á tu madre que ruega por tí. Se bueno y ten paciencia, que por ello te bendicirá nuestro Padre que está en el cielo. Madre é hijo se miraron por largo rato, é

con los ojos anegados en lágrimas, ella pálida é inmutada, con los suyos secos; y besándole en la frente le empujó suavemente hácia el carcelero. El muchacho, sin embargo, no queria separarse de su madre y esta, con el corazón despedazado, agregó:

—Es preciso obedecer, hijo mio. Dios lo quiere así.

En aquel instante se oyó en el corredor una risa destemplada y salvaje. Se estremeció la reina y miró en torno, y descubrió en la abierta puerta á Simon y su mujer, cuyas miradas, estaban fijas en ella con maligna complacencia. La Simon extendió ambos brazos desnudos y secos al niño, le agarró y le echó fuera.

—¿Es ella quién ha de cuidar de mi hijo? preguntó María Antonietta en el colmo de la desolación. Va el hijo de mis entrañas á estar con esta mujer?

—Sí, contestó Simon cuadrándose delante de la reina con atroz desfachatez, con esta mujer y conmigo, su marido, va á vivir el pequeño Capeto y te aseguro que recibirá una educación real. Le enseñaremos á olvidar lo pasado y á tener presente que es hijo de la república. Si no aprende por las buenas, aprenderá por las malas y seguro sabrá á que sabe mi antiguo tirapíe.

Hizo un saludo á María Antonietta acompañado de sonrisa diabólica y siguió en pos de los comisarios, que ya habian salido. Se cerraron otra vez las puertas, se corrieron los cerrojos, y dentro de aquellos aposentos reinó la quietud de la muerte. Las dos mujeres, enlazadas de las manos, se arrodillaron en el suelo y oraron devotamente.

Desde ese día la infortunada reina perdió toda esperanza, se negó á todo consuelo. Ni las reflexiones de su cuñada, ni las caricias de su hija, la sacaban de su abatimiento y abstracción, siendo lo peor que se negó á toda ocupación, á trabajar, á leer y hasta á moverse.

Solo unos cuantos minutos todos los días se animaba un poco su semblante y volvía á sus miembros paralizados la facultad de la locomoción. Esos minutos eran cuando esperaba

por su hijo, que diariamente en compañía de Limon subía al piso superior y á la meseta de la torre. Entónces ponía ella la oreja á la puerta del corredor y escuchaba sus menudos pasos y las palabras que le dirigía al rudo carcelero al pasar allí.

Pronto descubrió además medio de verle. Habia una requebradura en el piso del cuarto en que se paseaba el niño, y á través de ella, no obstante su estrechez, tras grandes esfuerzos, lograba verle una mano, el pié, un extremo del vestido, un rizo de su dorada cabellera. Entónces, es mas fácil de concebir que de pintar lo que pasaba por el alma de aquella desventurada madre.

A veces tambien un comisario compasivo, al hacer la inspección de la cárcel, le comunicaba noticias de su hijo, le decía que estaba bueno, que habia aprendido á jugar la pelota y que por su mansa índole se habia ganado el amor de todos. Esto la reanimaba un tanto; pero no tardaba en recibir nuevas de carácter enteramente contrarias, y de un modo directo, que era lo peor. Sus lamentos, las amenazas que le hacia Simon, los epítetos injuriosos que le dirigía la mujer de este, á veces se oían distintamente en los aposentos de la reina, llenando, como es de suponerse, su espíritu de angustia desesperación.

No era lo peor con todo eso, oírle llorar, saber que á su hijo querido, le maltrataban á posta, mas terrible si cabe era oírle cantar, al son de las risotadas de Simon y de su mujer, las canciones revoltuosas y aun obscenas que le habian enseñado, con el objeto de pervertir su buena índole, á tiempo que arruinaban la salud de su cuerpo con el maltrato.

Al principio la reina, al oír estas canciones indecentes, prorumpía en lamentos, en gritos y amenazas contra los atormentadores de su hijo. Gradualmente una especie de parálisis dominó su corazón, y, cuando el 2 de agosto, la llevaron del Temple á la cárcel; los pálidos labios de la reina murmuraron: Gracias á Dios que no tendré que oírle cantar mas.

## LIBRO QUINTO.

### CAPITULO XXIV.

#### LA MUERTE DE LA REINA.

La noche de San Bartolomé que prepararon á la Francia la malvada Catalina de Médicis y su demente hijo Carlos IX, tuvo su horrible y sangrienta repetición ahora, con esta diferencia, que aquel espantoso drama terminó con las sombras de la noche; y este continuó aun muy entrado el día.

El sol alumbió el cadalso, que como un monstruo se alzaba en la plaza de la Revolución, en el hacha que cercenaba cabezas sin cuento, y en los arroyos de sangre que corrían por las calles de París. Brilló en aquel día en que María Antonietta ascendió las gradas del patíbulo, como ántes habia ascendido su marido, y pasó á mejor vida á descansar de los pesares y humillaciones anteriores.

Esto fué el 16 de octubre de 1793. Por cuatro meses seguidos María Antonietta lo habia espe-

rado como la solución mas feliz que podia tener el drama de su triste vida. Le saludó con una especie de regocijo, como le saludaba con gritos salvajes de gozo el pueblo enfurecido. Al cabo de cuatro meses de su tránsito del Temple á la cárcel de la Abadía, recibió la libertad á la que dan los hombres, sino la que concede Dios á los que padecen,—la libertad de la muerte.

No necesitaba ya la viuda de Capeto de modistas ni peluquero para vestirse y hacerse el tocado. Envolvía su elevado y esbelto talle en traje de lana negro que á ruegos suyos, le habia dado la república, como para mejor recordar la muerte de su marido. Ocultaba su cuello y hombros, admiración en otro tiempo de la Francia, un pañuelo de muselina blanca, que por pura compasión le habia dado su carcelero Bault, y sus cabellos sueltos, en largas y flotantes hebras le flotaban por ambos lados del rostro transparente. Ni requerían polvo



tampoco. Habíanle blanqueado, mas de lo que podía el polvo, las noches sin sueño, y los días sin reposo. Sí, porque la vida de Luis Capeto, á los treinta y ocho años de su edad, tenía el aspecto de una mujer de setenta.

En este pergenio comparció María Antonieta en el tribunal revolucionario desde el 6 hasta el 13 de octubre. No otra cosa quedaba de real en su persona, que su mirada y su orgulloso porte.

El pueblo, apiñado en densas masas en los asientos de los espectadores no se cansaba de ver á la reina en su humillación y en su traje de luto, y pedía á menudo se levantara de su silla de paja y se dejase contemplar no por compasion, sino por pura curiosidad.

Habiéndose levantado una vez en contestación á la demanda del público, se la oyó murmurar: "¡ Ah! ¿ No quedará esta gente pronto satisfecho de mis padecimientos? " En otra ocasión murmuró con sus labios pálidos y secos, — Tengo sed! pero nadie se atrevió á brindarle un vaso de agua, por mucho que alguno se sintiese conmovido con su grito. Al fin uno de los gendarmes se aventuró á satisfacer su necesidad, y María Antonieta se lo agradeció con tal mirada que sacó lágrimas á sus ojos y que quizás fué la causa de que adelante cortase su cabeza la guillotina.

Los que escoltaban la reina eran los únicos que osaban mostrarle compasion. Una noche, cuando la conducian del lugar de las sesiones á su calabozo, tan cansada y abatida se sintió María Antonieta, que exclamó:—"No veo, ni puedo seguir adelante." Uno de los de la escolta, le dió el brazo y la ayudó á subir los escalones de piedra que conducian á su calabozo.

Al fin, en la madrugada del 15 de octubre el tribunal revolucionario, dió el fallo, sentenciándola á muerte en la guillotina. Recibió María Antonieta la sentencia con admirable serenidad, al paso que el tumulto de la plebe excitada se calmó como por magia y palidecieron muchas de las caras de insultadas por profesion.

Entre tantos como se impresionaron y dieron muestras de mayor ó menor desazon, solo la principal interesada manifestó impasibilidad, y al parecer hasta indiferencia, abriendo por sí misma la puerta de la brarandilla para volver por sus piés á la prision.

Por último, en la mañana del 16 de octubre, sus padecimientos tuvieron fin, permitiéndosele refugiarse en el sepulcro. Casi le causó alegría, porque tanto había sufrido en los tres últimos años, que la muerte era para ella una felicidad.

Empleó las horas apacibles de la noche en escribirle á su cuñada, la princesa Isabel, es decir, en extender su testamento, pues no otra cosa vino á ser su carta. No porque la viuda de Luis Capeto tuviese bienes ni prendas que legar, sino porque deseaba dejar á las personas que la amaban, lo único que poseía, su amor, sus lágrimas y adioses postrimeros. En esa carta también envió sus cariñosos recuerdos á sus hermanos fuera la Francia.

—Lo que me aflige en esta hora solemne, decía, es que aun tenía yo algunos buenos amigos, que voy á separarme de ellos para siempre, y que acaso sentirán mi muerte. Diles que

su memoria me acompañará hasta el último instante.

Concluida esta carta, que regó mas de una vez con sus lágrimas, se ocupó entónces María Antonieta del recuerdo que dejaria á sus hijos, recuerdo, que no profanase la mano del verdugo.

Con sus propias manos se despojó María Antonieta de sus cabellos, los cuales ya encanecidos, eran el único ornamento que la quedaba, siendo al mismo tiempo el triste testimonio de sus pesares. Luego, tras larga meditacion se preparó para la mas grande ceremonia de su carrera, la muerte. Sintióse desfallecida, cansada, y comprendió que necesitaba apoyo físico para rendir la parte mas trabajosa de su jornada. Pidió pues alimento, y comió con apetito el ala de un pollo que trajeron. Despues hizo su tocado, el tocado fúnebre.

A súplicas suyas, la esposa del llavero le dió uno de sus camisones, el cual llevó al patíbulo María Antonieta. Encima de él se puso el mismo traje me había llevado en los días en que concurrió al tribunal, con esta sola diferencia, que encima del vestido de lana, que ella había remendado á menuda con sus propias manos, se echó una capa de piqué blanco. En torno del cuello se ató un pañuelo de muselina blanca, y como no se le hubiera permitido subir al patíbulo con la cabeza descubierta, se puso una papalina comun de hilo semejante á la que usan las mujeres del pueblo bajo en Francia.

Concluido su tocado, roto ya el lazo que la unia á las cosas terrenales, lista para recibir la muerte, se acostó y durmió profundamente. Dormía aun cuando vinieron á anunciarle que allí había un clérigo á su disposicion, por si queria confesarse y comulgar. Pero ya había descubierto á Dios María Antonieta todos los secretos de su corazón y no queria revelarlos de nuevo á los sacerdotes de la Razon que había creado la república despues de haber desterrado ó guillotinado á los sacerdotes de la Iglesia.

—Como no soy dueña de mi voluntad, había ella escrito á Isabel, tendré que recibir el clérigo que me envian; declaro, sin embargo, formalmente, que no oirá una palabra de mi boca y le trataré como á persona con quien no quiero tener relacion de ninguna clase.

En efecto, aunque admitió á su presencia María Antonieta al padre Geroid, cuando este le preguntó si queria recibir los consuelos de la religion, se negó redondamente.

Para calentarse los piés, que los tenía muy frios, se paseó arriba y abajo de su cuarto, y así que el reloj tocó las siete se abrió la puerta y entró el verdugo Samson.

Al verle sintió la reina un ligero estremecimiento en todo su cuerpo: pero reponiéndose pronto le dijo en tono bastante natural:—Habeis venido muy temprano, señor. ¿ No podriais demoraros un poco? Contestó Samson que no y entónces María Antonieta se armó de toda su calma y resolucion. Bebió, sin hacerse de rogar, una jicara de chocolate que le trajeron, y con el aire sereno y digno que le era característico, se dejó atar las manos atras con una cuerda gruesa.

A las once salió de su calabozo, atravesó el corredor, y subió á la carreta que aguardaba á



MARÍA ANTONIETA SALIENDO DEL TRIBUNAL.

las puertas de la cárcel. Nadie, excepto los funcionarios públicos, la acompañó hasta allí, nadie le dijo adios, ni una mirada de compasión le dirigió ninguno de sus carceleros.

El tránsito del calabozo á las puertas de la prision lo hizo sola, es decir, ella delante con las manos atadas atras, Samson á retaguardia con el cabo de la soga asegurado, sus dos ayudantes y el clérigo inmediatos y dos filas de gendarmes, con fusil al brazo, cubriendo los flancos. En tal disposicion la reina de Francia, hija de un emperador, marchó al cadalso.

Quizás á esa misma hora miles se hallaban de rodillas ofreciendo á Dios sus fervientes oraciones por el alma de la que iban á guillotinar, y allá en el fondo de sus corazones le daban el título de reina; quizás miles de seres compasivos derramaban lágrimas de piedad, por la infeliz mujer que caminaba á la muerte en una miserable carreta, como el criminal mas abyecto de un pueblo cristiano. Pero, aunque respetable el número de los que oran y lloran, se han retirado á la soledad de sus aposentos y solo Dios ve su llanto y escucha sus oraciones. Secos están, inyectados de sangre los ojos de aquellos que, por el contrario, se gozan en el sacrificio de la reina, como víctima expiatoria de crímenes que otros cometieron; y esos no tienen miradas de simpatía, lágrimas de piedad.

Se puede decir sin hipérbole que todo Paris presenció el cruento espectáculo de la decapitacion de María Antonieta. Las calles, las ventanas, los techos de las casas estaban coronados de gente, y la plaza de la Revolucion, hoy la Concordia, materialmente era un mar hirviente de cabezas humanas.

Los tambores de la guardia estacionada delante de la Consergeria empezaron á batir, desde antes de ponerse en movimiento el lúgubre séquito. La reina iba sentada al lado del clérigo, con la espalda vuelta hácia la direccion de la carreta, la cual tiraba un caballo blanco normando, que montaba el calesero al modo que se practica hoy en la isla de Cuba. Samson y sus dos ayudantes iban tambien sentados, mas de frente.

No habia quedado gota de sangre en las mejillas de la reina. Sus ojos si estaban enrojecidos, pero era de haber llorado su desventurada suerte y por los seres caros á su corazón, desvalidos por añadidura, que dejaba á merced de sus crueles enemigos. Ya no lloraban mas; léjos de eso, paseaba la mirada grave y serena por encima de la masa viviente, subiendo despacio y por grados, del ras de la calle hasta los mas altos techos de las casas, y luego abajo y á lo léjos sobre aquel mar de rostros humanos sin límites.

El suyo estaba frio y grave como su mirada, y tenia los labios fuertemente comprimidos. Si sufría las agonías de la muerte, ó si flaqueó su espíritu animoso ante los centenares de miles de ojos que estaban clavados en ella con expresion de odio, de desprecio, ó de mera curiosidad, no lo reveló el mas mínimo estremecimiento.

En tal disposicion de ánimo se hallaba María Antonieta que se puede asegurar con verdad, que no perdió de vista ninguno de los objetos notables que encontró en su tránsito. Vió léjos una mujer, que por encima del mar de cabezas, alzaba su niño en los brazos y que este se tocaba la manita con los labios y le tiraba un beso amoroso.

Entónces, perdió por un instante las fuerzas, le temblaron los labios y una lágrima empañó el brillo de sus ojos. Aquel solitario signo de simpatía humana, reanimó el corazón de la reina y le dió nueva vida.

Pero buen cuidado tuvo el populacho de que no llevase María Antonieta hasta el fin de su jornada esta gota de consuelo, porque rodeando la carreta las insultadoras de profesion gruñian, chillaban, hacian señales irrisorias, cantaban, palmoteaban y apuntaban con el dedo en son de burla para madama Veto.

Esto no fué bastante, sin embargo, para turbar la euanimidad de aquella heroica mujer. Por encima de la multitud paseaba su mirada altiva y serena, sin que cambiase su expresion habitual, mas que una vez, cuando pasó por delante del Palais-Royal, donde vivia Felipe Egalité, ántes duque de Orleans, y leyó la inscripcion que él habia hecho trazar en el arco de la puerta principal del palacio.

La carreta llegó á su destino á medio dia. Paró al pié del mismo patíbulo. Se desmontó María Antonieta y despacio, con paso firme subió las gradas.

Hasta allí no se abrieron sus labios una vez, no se le escapó una queja siquiera, ni dijo una palabra de adios, pues el único que dió á la tierra, fué en una larga é intensa mirada que dirigió al palacio de las Tullerías. Al descubrir sus altos muros palidicieron mas sus mejillas y á pesar suyo exhaló un hondo suspiro.

En seguida colocó la cabeza bajo la cuchilla, siguióse un momento de silencio y suspension, y á poco el verdugo levantó en el aire la triste cabeza de la que habia sido la reina de Francia. Entónces resonó el grito de ¡Viva la República!

En la noche de ese mismo dia se formó la cuenta que hoy se encuentra en la biblioteca real de Paris, la cual reza como sigue:—Costo de los entierros, dirigidos por Joly, sacristan de la Magdalena, de las personas condenadas por el tribunal de la comision de salvacion pública, á saber, N.º 1 . . . Siguen veinte y cuatro nombres y números y al llegar al N.º 25, se lee:

## VIUDA CAPELO.

Por el atand.....	6 francos
Por sepultura.....	25 francos

Debajo se ven estas palabras: Visto y aprobado por mí, presidente del tribunal revolucionario, que Joly, sacristan de la Magdalena, reciba la suma de doscientos sesenta y cuatro francos del tesoro nacional, Paris, 11 brumario, año II de la república Francesa. Herman, Presidente.

El entierro de la reina de Francia no le costó á la república mas de treinta y un francos, ó seis pesos de nuestra moneda.

## CAPÍTULO XXV.

## EL REY LUIS XVII.

HABIA ganado la república una victoria completa sobre los lirios de la monarquía France

las puertas de la cárcel. Nadie, excepto los funcionarios públicos, la acompañó hasta allí, nadie le dijo adios, ni una mirada de compasión le dirigió ninguno de sus carceleros.

El tránsito del calabozo á las puertas de la prision lo hizo sola, es decir, ella delante con las manos atadas atras, Samson á retaguardia con el cabo de la soga asegurado, sus dos ayudantes y el clérigo inmediatos y dos filas de gendarmes, con fusil al brazo, cubriendo los flancos. En tal disposicion la reina de Francia, hija de un emperador, marchó al cadalso.

Quizás á esa misma hora miles se hallaban de rodillas ofreciendo á Dios sus fervientes oraciones por el alma de la que iban á guillotinar, y allá en el fondo de sus corazones le daban el título de reina; quizás miles de seres compasivos derramaban lágrimas de piedad, por la infeliz mujer que caminaba á la muerte en una miserable carreta, como el criminal mas abyecto de un pueblo cristiano. Pero, aunque respetable el número de los que oran y lloran, se han retirado á la soledad de sus aposentos y solo Dios ve su llanto y escucha sus oraciones. Secos están, inyectados de sangre los ojos de aquellos que, por el contrario, se gozan en el sacrificio de la reina, como víctima expiatoria de crímenes que otros cometieron; y esos no tienen miradas de simpatía, lágrimas de piedad.

Se puede decir sin hipérbole que todo Paris presenció el cruento espectáculo de la decapitacion de María Antonieta. Las calles, las ventanas, los techos de las casas estaban coronados de gente, y la plaza de la Revolucion, hoy la Concordia, materialmente era un mar hirviente de cabezas humanas.

Los tambores de la guardia estacionada delante de la Conserjería empezaron á batir, desde antes de ponerse en movimiento el lúgubre séquito. La reina iba sentada al lado del clérigo, con la espalda vuelta hácia la direccion de la carreta, la cual tiraba un caballo blanco normando, que montaba el calesero al modo que se practica hoy en la isla de Cuba. Samson y sus dos ayudantes iban tambien sentados, mas de frente.

No habia quedado gota de sangre en las mejillas de la reina. Sus ojos si estaban enrojecidos, pero era de haber llorado su desventurada suerte y por los seres caros á su corazón, desvalidos por añadidura, que dejaba á merced de sus crueles enemigos. Ya no lloraban mas; léjos de eso, paseaba la mirada grave y serena por encima de la masa viviente, subiendo despacio y por grados, del ras de la calle hasta los mas altos techos de las casas, y luego abajo y á lo léjos sobre aquel mar de rostros humanos sin límites.

El suyo estaba frio y grave como su mirada, y tenia los labios fuertemente comprimidos. Si sufría las agonías de la muerte, ó si flaqueó su espíritu animoso ante los centenares de miles de ojos que estaban clavados en ella con expresion de odio, de desprecio, ó de mera curiosidad, no lo reveló el mas mínimo estremecimiento.

En tal disposicion de ánimo se hallaba María Antonieta que se puede asegurar con verdad, que no perdió de vista ninguno de los objetos notables que encontró en su tránsito. Vió léjos una mujer, que por encima del mar de cabezas, alzaba su niño en los brazos y que este se tocaba la manita con los labios y le tiraba un beso amoroso.

Entónces, perdió por un instante las fuerzas, le temblaron los labios y una lágrima empañó el brillo de sus ojos. Aquel solitario signo de simpatía humana, reanimó el corazón de la reina y le dió nueva vida.

Pero buen cuidado tuvo el populacho de que no llevase María Antonieta hasta el fin de su jornada esta gota de consuelo, porque rodeando la carreta las insultadoras de profesion gruñian, chillaban, hacian señales irrisorias, cantaban, palmoteaban y apuntaban con el dedo en son de burla para madama Veto.

Esto no fué bastante, sin embargo, para turbar la euanimidad de aquella heroica mujer. Por encima de la multitud paseaba su mirada altiva y serena, sin que cambiase su expresion habitual, mas que una vez, cuando pasó por delante del Palais-Royal, donde vivia Felipe Egalité, ántes duque de Orleans, y leyó la inscripcion que él habia hecho trazar en el arco de la puerta principal del palacio.

La carreta llegó á su destino á medio dia. Paró al pié del mismo patíbulo. Se desmontó María Antonieta y despacio, con paso firme subió las gradas.

Hasta allí no se abrieron sus labios una vez, no se le escapó una queja siquiera, ni dijo una palabra de adios, pues el único que dió á la tierra, fué en una larga é intensa mirada que dirigió al palacio de las Tullerías. Al descubrir sus altos muros palidicieron mas sus mejillas y á pesar suyo exhaló un hondo suspiro.

En seguida colocó la cabeza bajo la cuchilla, siguióse un momento de silencio y suspension, y á poco el verdugo levantó en el aire la triste cabeza de la que habia sido la reina de Francia. Entónces resonó el grito de ¡Viva la República!

En la noche de ese mismo dia se formó la cuenta que hoy se encuentra en la biblioteca real de Paris, la cual reza como sigue:—Costo de los entierros, dirigidos por Joly, sacristan de la Magdalena, de las personas condenadas por el tribunal de la comision de salvacion pública, á saber, N.º 1 . . . Siguen veinte y cuatro nombres y números y al llegar al N.º 25, se lee:

## VIUDA CAPELO.

Por el atand.....	6 francos
Por sepultura.....	25 francos

Debajo se ven estas palabras: Visto y aprobado por mí, presidente del tribunal revolucionario, que Joly, sacristan de la Magdalena, reciba la suma de doscientos sesenta y cuatro francos del tesoro nacional, Paris, 11 brumario, año II de la república Francesa. Herman, Presidente.

El entierro de la reina de Francia no le costó á la república mas de treinta y un francos, ó seis pesos de nuestra moneda.

## CAPÍTULO XXV.

## EL REY LUIS XVII.

HABIA ganado la república una victoria completa sobre los lirios de la monarquía France





La levantó él en sus fuertes brazos y la acostó en la cama, mostrando en todo la mayor ansiedad y sentimiento.

—No debe morir, murmuró mojándole las sienes con agua fría. ¿Qué es de mí si me deja solo en esta lúgubre prisión y con este maldonado chicuelo? Juana María, despierta. Vuelve en tí. (Ella abrió los ojos, y miró á su marido con aire de espanto.) ¿Qué te pasa, Juana María? agregó él. ¿Qué te duele? Estás enferma?

—Sí, contestó ella en voz apagada, estoy enferma.

—Voy á llamar un médico, no quiero que te mueras. No, no. Un médico. El hospital de caridad está inmediato, y no se tendrá á mal que yo vaya hasta allá por un médico para mi querida Juana.

—No te vayas, le dijo ella cuando se preparaba para salir. Quédate. No me dejes sola con él. Le tengo miedo.

—¿De quien tienes miedo? le preguntó Simon sorprendido. ¿De ese? agregó en tono del mas alto desprecio, cuando siguiendo el rayo visual de los ojos de su mujer se encontró con el niño todavía ocupado en contener la sangre que le fluía de la nariz.

—Sí, contestó la mujer en tono bajo. Le tengo miedo, no quiero quedarme sola con él, me mataría.

—Veo que en realidad estás enferma, dijo Simon dando una gran carcajada. Preciso es que te vea el médico. Pero no me es permitido salir de aquí, porque somos los presos de este miserable chiquillo.

—échale de aquí, dijo Juana María en el mismo tono medroso y bajo. Que se marche para su cuarto. No puedo soportar su presencia, me envenena la sangre. Despidete, porque pierdo el juicio si le miro por mucho mas tiempo.

—Márchate, eulebra ponzoñosa! gritó Simon. Y el muchacho, que sabia lo que esto significaba, se enjugó á la carrera y á las callanditas se metió en su oscuro cuarto.

Entonces Simon bajó á llamar al mandadero del Temple y le ordenó fuese en busca de un médico al hospital de Caridad. A la vuelta, que fué breve, comunicó á su mujer lo que acababa de ordenar, y ella muy abatida le dijo:

—Disparate. No hay médico que me cure. No necesito medicina. Dame algo que beber, porque me arde la garganta y luego llama al chico Capeto, porque en el cuarto oscuro le brillan los ojos como candelas y no lo puedo soportar.

—Juana María está verdaderamente enferma, murmuró Simon, dándole á beber un vaso de agua. Tiene fiebre, y es menester darle gusto, ó de lo contrario se arrebata, y tal vez se vuelve loca.

En seguida llamó al niño en voz alta é imperiosa, acompañando el llamado con los epítetos injuriosos de costumbre. Obedeció, por supuesto, sin chistar y se sentó en la silla desvencijada, donde generalmente se sentaba cuando sucedía que no estaba en su cuarto.

—¿Que no me mire! gritó Juana María. Dile que no clave en mi corazón sus espantosos ojos azules. Me hacen daño.

—Vuelve la cara á la pared, viborezno! le dijo Simon. Mira otra vez para acá y te saco los ojos de un puñetazo.

En aquel punto se abrió la puerta del corredor, y entró un anciano encorvado con peluca empolvada, vestido de casaca y chaleco de raso negro, calzon corto, medias largas de seda, zapatos con hebillas y apoyada la mano derecha, en una caña de Indias con puño de oro.

—Bien, dijo Simon riendo. ¿Qué estantigua es esa? ni qué busca aquí?

—Nada necesita de la estantigua, contestó el anciano sin enojo, el ciudadano Simon si necesita de ella. Vengo porque me han llamado.

—¡Ah! ¿Sois vuestro médico?

—Sí, amigo mio, soy el ciudadano Naudin.

—Naudin? El primer médico del hospital?

—¿Y venis para ver á mi esposa?

—¿Sorprende eso al ciudadano Simon?

—Sí, no lo puedo negar. Porque me han dicho que el ciudadano Naudin, el médico mas hábil de Paris, no sale nunca del hospital, ni aun para ir á ver á la Austriaca, cuando era reina y mandó á buscarle. Al ménos así me lo ha contado el gran doctor Marat. Es verdad que la Austriaca, fué desde Versailles á consultar al doctor Naudin en el hospital, y sois vos el mismo doctor en persona?

—Así sucedió como se lo han contado al ciudadano Simon y yo soy el doctor Naudin en persona.

—¿Y salis del hospital para venir á visitar á mi esposa enferma? preguntó Simon no poco pagado de aquella marca de condescendencia.

—¿Por ventura no pertenece vuestra esposa al número de mis pobres y enfermos? No es ella una mujer del pueblo, del querido pueblo Frances, al cual he consagrado mis servicios y mi vida? Por una reina el doctor Naudin no se sentiria dispuesto quizas á dejar su hospital, por una mujer del pueblo si, siempre, á todas horas. Ahora bien, ciudadano, veamos á vuestra esposa, ya que no vengo aquí á charlar.

En diciendo esto el médico se dirigió al lecho, se sentó cerca de él y desde luego empezó á examinar el estado de la enferma, quien le alargó una mano febricitante y en voz casi inaudible contestó á sus preguntas sobre los síntomas que sentia y la causa probable de su enfermedad.

Durante este exámen el zapatero estuvo de pié al extremo de la cama, contemplando al médico entre sorprendido y admirado con sus maliciosos ojicos. Detras de él, en un rincón, continuaba sentado, en silencio é inmóvil, el hijo de María Antonieta; el cual, á pesar de la prohibicion se habia vuelto hácia la cama y miraba en torno. Pero sus miradas no iban dirigidas á la la calcetera de Robespierre, sino al extraño señor, sentado á su lado. Su casaca de raso, sus medias de seda, sus calzones, grandes hebillas de oro, chaleco bordado de realce, y los vuelos de encaje de su camisa, le recordaban al vivo los caballeros que en Versailles iban á pagarle córte á sus padres y besarles la mano.

—¿Por qué me mirais con tal fieza, ciudadano Simon? le preguntó el médico luego que concluyó el exámen facultativo.

—Me sorprende en verdad, contestó Simon, estoy asombrado, y esto es decir mucho es

ANIL  
MA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS



EL DELFIN Y SIMON EL ZAPATERO.

los tiempos presentes, pues ocurren tales cambios que apenas hay de qué admirarse uno. Pues me sorprende de que el ciudadano Naudin se aventure á salir del hospital en semejante traje. Es el mismo que llevaban los traidores y aristócratas del tiempo de la monarquía. Cualquiera otro que osara ponérselo, pararía en la guillotina, y sin embargo, el ciudadano Naudin se aventura á venir hasta aquí.....

—Aventurarme? repitió el anciano encogiéndose de hombros. Yo nada aventuro, ciudadano. Visto la ropa que he acostumbrado á vestir desde mi juventud. Me venía bien bajo la monarquía, lo mismo me viene bajo la república, y no soy tan necio que dé de manos á la ropa de seda y cómoda que he usado toda mi vida, para vestir la burda y molesta que lleváis vosotros ahora. Ya soy demasiado viejo para entrar en vuestras modas, casacas de cola de golondrina y botas hasta las rodillas.

—Ciudadano doctor, gritó Simon riendo, vos sois un buen sugeto y yo lo quiero mucho; no le censuro que vista el traje de los tiempos de la maldecida monarquía; pero me sorprende que os permitan y que por ese capricho ya no le hayan rebajado la cabeza.

—Es que el hospital es un manto sagrado que me cubre. Allí no se podría hacer nada sin cabeza. Ahora bien, yo soy la cabeza del establecimiento, y como á pesar de mi traje los enfermos se curan, los héroes de la revolución se hacen de la vista gorda y me dejan hacer lo que me place, porque saben perfectamente que bajo la ropa de seda de un aristócrata, late el corazón de un verdadero demócrata. Pero esta no es la cuestión, ciudadano, la cuestión es la salud de vuestra esposa. Está enferma, tiene fiebre, y se pondrá peor si no le proporcionamos inmediatamente un calmante.

—Bueno, ciudadano; cure a mi Juana María ó pierdo el seso en esta maldita casa. La causa de su mal yo sé cual es. Ella no está acostumbrada á la vida que llevamos aquí. Vivimos, como las bestias feroces, en una verdadera jaula. La ociosidad y la falta de ejercicio y de aire libre, son capaces de volver loco á cualquiera.

—Y ¿por qué no hace ella ejercicio y se ocupa de algo? Por qué no sale á la calle y toma el fresco?

—Claro, porque no puede; contestó Simon con calor. ¿No veis que se lo impide el cuidado de ese maldecido reptil? Miradle ahí el infernal lobezno. El tiene la culpa de que yo no salga á la calle, y no pueda visitar los clubs, y la convención, y las reuniones. Fuerza es que me esté aquí como un recoleto ó un criminal encarcelado. El tiene la culpa de que mi mujer no vaya á ver las ejecuciones en la plaza de la Revolución.

—Sí, exclamó esta gimiendo, ese sinvergüenza tiene la culpa de todo. Me ha mortificado, me ha irritado, me ha cambiado en otra mujer distinta. Ah! ah! me mira otra vez, sus ojos me abrasan el corazón!

—Miserable reptil! exclamó Simon corriendo al muchacho con el puño levantado. ¿Cómo te atreves á mirarla con tus odiosos ojos, cuando se te ha prohibido? Toma, para que aprendas á obedecer.

Y le pegó un puñetazo con todas sus fuer-

zas. Iba á pegarle el segundo y quizás á matar al muchacho cuando el doctor Naudin le contuvo el brazo y lleno de indignación le gritó:

—¿Qué haceis, majadero?

Ante la mirada colérica del doctor se humillaron los ojos de Simon. Rióse y dijo del mejor humor imaginable:

—Vaya, ciudadano Naudin que sois mozo singular. Habeis hecho conmigo precisamente lo que se hace en el teatro y habeis dicho lo que se dice á los asesinos en los dramas. ¿Por qué haceis tanta alharaca cuando solo se trataba de aplicar á este lobezno parte del castigo que se tiene merecido?

—Cierto, contestó el médico, confieso que anduve un sí es no es arrebatado. Pero esto procedió de que os creía tan buen republicano como hombre bondadoso, y sentí que hicierais cosa que no sentaba al republicano ni al hombre bueno.

—¿Pues qué he hecho de malo? preguntó Simon asombrado.

—Mirad á ese pobre, estropeado y embrutecido muchacho! dijo Naudin con solemnidad señalando para Luis que se hallaba en la silla lloroso y temblando de pies á cabeza. Miradle y no me preguntéis qué habeis hecho indigno del verdadero republicano.

—Ya, es que no merece otra cosa el hijo de la loba.

—El hijo de la loba es un ser humano, es mas, un muchacho indefenso, que la república, despues de privarle de sus padres, os entregó para que lo educarais como hijo vuestro. Os pregunto, ciudadano, ¿le habriais pegado á vuestro hijo como le pegasteis á ese muchacho?

Un sollozo alto y convulsivo que salió del lecho donde yacia la mujer de Simon, del todo confundió y alteró á este.

—No, dijo, quizas yo no le habria pegado así á mi hijo. Pero, continuó con vivacidad, un chico mío, no me hubiera molido é irritado como lo ha hecho este perdulario. De la mañana á la noche me tiene quemada la sangre, porque no hace jamas lo que quiero que haga. Si le mando cantar, se está quieto y azurronado, y cuando debe guardar silencio hace ruido. ¿Creereis, ciudadano, que este mosquito no me deja dormir siquiera? La otra noche, nada ménos se arrojó en la cama y se puso á rezar en alta voz, para despertarnos.

—Desde esa noche, agregó Juana María, estoy enferma, desde esa noche no he podido dormir.

—Ya lo oís, ciudadano. Tanto se asustó mi mujer, que se enfermó. Vais á tener ahora una prueba de la desobediencia de este diablito. Acercóse despacio y con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Vamos á cantar, Capeto, añadió Simon. Vas á mostrarle al doctor que eres un buen republicano y que has olvidado del todo que eres hijo de la Austriaca, la bribona de madama Veto. Cantemos su cancion. Pronto, prontito, ó te hago un sebo. La cancion de madama Veto. ¿Lo oyes? Pues principia.

Siguióse una corta pausa. El muchacho levantó el rostro hinchado y fijó los ojos en el zapatero con expresion de desden é ira.

—Ciudadano, le dijo en voz clara y tono re-





ha ocurrido solo para que caiga mi cabeza bajo el hacha. No me arrepiento de nada, mi conciencia está tranquila.

—Con todo eso, replicó el doctor lleno de calma y mirando con aire compasivo el rostro pálido y convulso de la pobre mujer. No os enojeis. Oídmelo tranquila. No tenemos mas que una hora de soledad y debemos emplearla útilmente. Hablemos despacio y tranquilos. Lo que tenemos que comunicarnos no deben oírlo ni las paredes.

En efecto, no había bajado Simon con el muchacho de la azotea, cuando el doctor Naudin concluyó su larga y vehemente conversacion con la enferma, y al despedirse de ella, que yacía tranquila en la cama, le dijo:

—Sabéis ya todo lo que teneis que hacer. Podeis contar conmigo, como yo cuento con vos, y seguiremos adelante con valor y animacion. La obra que emprendemos es noble. Si salimos bien de ella, quitareis una losa de vuestro corazón y Dios perdonará vuestros pecados, porque dos mártires rogarán por vos ante su excelso trono. Haced todo exactamente como os he encargado y hablad con vuestro marido esta noche. No antes, á fin de estar segura y que no le haga traicion el primer susto.

—Lo haré todo tal como me lo encarga el doctor; contestó la mujer humillada y cambiada. Ahora que he desahogado mi corazón, me parece que ya estoy buena, que nada me duele. Si recobro la salud, sin duda que lo deberé al buen doctor. ¿Volveréis mañana?

—No, enviaré un hombre que entienda mejor que yo el manejo de estas cosas y en quien tengo entera confianza. Se anunciará como ayudante mio y con él podeis tener la misma franqueza que conmigo. Chiton. Ahí viene Simon. Pasadlo bien.

Saludó y fuese. En el corredor encontró al marido de la enferma en compañía del callado pupilo.

—¿Qué tal nuestra paciente? preguntó Simon. Os ha confiado todos sus secretos? Si no fueseis viejo ya tendria yo motivo de estar celoso.

—Seriais un necio si tuvieseis celos de mí. Pero no, siempre os he tenido por hombre prudente y bueno. Por lo que corresponde á vuestra esposa, tengo algo serio que manifestaros y espero, ciudadano Simon, que retendreis mis palabras. Sacadla de aquí cuanto antes ó pierde la razon ó la vida. Lo mismo digo á vos si no salís de esta maldecida prision y dais de mano al encargo de la Junta revolucionaria, perdeis la razon ó la vida. Mejor dicho, no os volvereis loco, pero la melancolia y la falta de aire libre y de ejercicio, os producirán una consuncion que acabe con vos dentro de poco tiempo.

—¿La consuncion! repitió el zapatero horrorizado. ¿Creeis, doctor, que estoy atacado?...

—Lo creo firmemente, repuso el doctor gravemente. Son síntomas alarmantes las chapas de las mejillas y el dolor que á veces sentís en el pecho. Aun hay tiempo de contener el progreso del mal si dentro de una semana á lo mas desocupais el puesto.

Fuese con eso el doctor y Simon desazonado muchacho entró en su cuarto, resuelto á dar

su dimision é huir del Temple ántes que fuese demasiado tarde.

Mientras pasaba esto por el ánimo apocado de Simon el médico salió del lúgubre edificio, entró en la calle, y con el corazón ligero y breves pasos siguió al hospital de Caridad. El portero le dijo que el mismo caballero anciano que había venido á consultarle el dia anterior, había vuelto durante su ausencia y le esperaba en la antesala.

Saludó el doctor Naudin y siguió adelante. A la puerta se hallaba su criado, el ciudadano Joly.

—Ahí está por segunda vez el anciano doctor Saunier; le dijo á su amo quitándole la capa. Ha insistido en esperar por el ciudadano doctor Naudin. Ha dicho que tenia que consultarle sobre un paciente y que no se iria sin él; porque el caso parece desesperado y se cree que el gran médico Naudin es el único que puede salvarle.

—Sois un asno, ciudadano Joly, si le habeis permitido decir semejantes disparates; observó Naudin riendo y entrando de seguida en la sala.

Salió á su encuentro un caballero en traje igual al suyo, y el ciudadano Joly, al cerrar la puerta le oyó exclamar:—Gracias á Dios que os encuentro, ciudadano. Os he esperado impaciente y ahora os conjuro me acompañéis á casa de mi enfermo.

El doctor Naudin, abriendo la puerta de su gabinete, dijo en contestacion:—Entrad, ciudadano Saunier, y dígame primero qué le duele á vuestro enfermo.

Nada mas pudo oír el curioso Joly, porque los dos doctores se metieron en el gabinete y cerraron la puerta tras sí. A poco, sin embargo, volvió á abrirse y el doctor Naudin ordenó á su criado fuese por una calesa, la cual venida se llevó al galope á ambos Galenos.

Paró el carruaje en una casa de la calle de Montmartre. El portero abrió el pequeño y polvoroso ventanillo del zaguán y saludó con la cabeza á Saunier, y le preguntó en baja voz:—¿Es ese el célebre doctor Naudin, director del hospital?

—El mismo que viste y calza, contestó el preguntado. Si alguno puede salvar á nuestro paciente, es él. ¿Está en casa el ciudadano Orage?

—Sí, señor. El no abandona nunca al muchacho. Arriba está. Sabéis el camino, ciudadano doctor.

Pasaron adelante los dos médicos, subieron la escalera y entraron en una crujía de cuartos cuya puerta principal quizas de propósito se había dejado entreabierta. Nadie se presentó á recibirlos, sino que cerraron cuidadosamente con cerrojo la puerta tras ellos, y á pasos precipitados siguieron á la otra. Esta segunda estaba cerrada.

El doctor Saunier tocó á ella suavemente tres veces, á cortos intervalos y otras tantas gritó:—Los dos médicos vienen á ver al enfermo.

Oyóse correr un cerrojo por dentro y abierta la puerta se presentó un caballero alto, que con una seña dijo á los recién venidos que pasaran adelante.

—¿Estamos solos? preguntó luego el doctor Saunier.

—Enteramente solos, contestó el caballero alto. En la alcoba yace el pobre muchacho enfermo. Es incapaz de hacer traicion á nadie ni de saber nada de lo que pasa en torno suyo.

—Sí, por desgracia, eso es así, dijo el doctor tristemente. Os prometí traer el médico mas hábil de París. Cumplo mi palabra, aquí teneis al doctor Naudin director del hospital de Caridad, el amigo y fiel servidor de la familia real, á quien hemos jurado fidelidad hasta la muerte. No os he dicho, doctor Naudin, el nombre de la persona á cuya casa os traia, porque es un secreto que espero ella misma os revele.

—Con gusto lo revelo, dijo el otro sonriendo. Doctor Naudin, soy el marqués Jarjayes.

—¿Jarjayes, el que formó el plan para la fuga de la familia real del Temple? preguntó Naudin con vivo interés. El marqués Jarjayes que perdió sus bienes en servicio de la reina, arriesgó la vida por libertarla y que escapó de la guillotina solo porque se puso fuera del alcance de Robespierre? Sois pues, el leal y animoso Jarjayes?

—Soy Jarjayes, y os doy las gracias por los elogios que habeis hecho de mí, pero no los acepto todos en presencia de uno que los merece mas que yo. No, no puedo recibir alabanzas delante de Toulan el mas leal, bravo y prudente de todos nosotros. El es el alma de todo. Así lo declaró nuestra mártir reina, dándole el mas honroso de los títulos.—Fiel.

—Sí, teneis razon, dijo el doctor Naudin poniendo la mano en el hombro del doctor Saunier. Por eso no bien vino él á verme hace unos pocos dias y me mostró el frasquito dorado de la reina para probarme que era Toulan, le manifesté que haria cuanto me ordenase, porque son contagiosas su magnanimidad y su lealtad.

—Os ruego, caballeros, dijo Toulan con blandura, no llameis heroismo lo que juzgo natural. Juré fidelidad á María Antonieta y la prometí consagrarle mis pensamientos y mi vida á ella y á su familia. Cumplirle debí mi promesa. Ya ella no existe, justo es que haga por el hijo lo que juré hacer por la madre. Por fortuna, en la empresa de salvar al desgraciado hijo de la reina, no me encuentro solo, tengo la cooperacion de dos hombres nobles. Que Dios favorece nuestros esfuerzos está claro, porque precisamente cuando yo fui á descubrirme al doctor Naudin, llegó á buscarle el portero del Temple para la esposa de Simon.

—Fué en verdad, admirable coincidencia esa, afirmó el director del hospital. No soy hombre sensible, pero cuando ví al hijo de la reina en pesar y humillacion me le arrodillé delante y juré en mi alma secundar el plan de Toulan, y hacer cualquier cosa por salvarle de aquel infierno.

—Tambien he jurado yo lo mismo, dijo Jarjayes con entusiasmo. Ha muerto la reina, pero en su hijo el rey Luis XVII renuevo el juramento de fidelidad que hice á ella. Sé que la policia me sigue los pasos, que conoce quien se oculta bajo el nombre de Orage; pero mientras da conmigo y me echa el guante aprovechemos el tiempo. He venido resuelto á librar de sus atormentadores al joven é infeliz rey y debo declarar á vosotros cuanto pasa. He ga-

nado la ayuda y proteccion de un varon rico y noble, el principe de Condé, fiel servidor del rey difunto. Durante los últimos pocos meses he vivido con él en la Vendée, me ha proporcionado recursos y está dispuesto á favorecer nuestra empresa con todos los medios á su alcance. Si logramos salvar al joven rey, le llevamos á la Vendée al lado del principe, donde vivirá seguro, rodeado de fieles servidores. La dificultad está en sacar al joven principe del Temple, ó mas bien dicho la imposibilidad, segun creia yo ha pocos dias, mas ahora que hemos dado con Toulan, desaparece á mis ojos lo imposible y resta solo lo difícil.

—Y estando como estoy seguro de la cooperacion del noble doctor Naudin, dijo Toulan, digo que libramos al hijo de la reina María Antonieta, nuestro futuro rey Luis XVI. El plan está en mi cabeza. A fin de facilitar su ejecucion, fui hace pocos dias á ver al doctor Naudin en el hospital, para rogarle viniera á visitar al muchacho enfermo del marqués, y como he dicho ántes, llegó en ese momento el recado de Simon del Temple. Ahora bien, como el doctor Naudin ya está aquí es necesario ante todo que nos dé su juicio acerca del paciente. Vamos allá, marqués, porque de la decision de Naudin depende la suerte del joven rey de Francia.

Hizo una reverencia el marqués y condujo los dos caballeros al próximo cuarto. Allí, reclinado en dobles almohadas, yacía un muchacho de unos diez años de edad, pálido, con las mejillas hundidas, los ojos azules fijos, el cabello corto y rubio, expresion marcada de estupidez ó idiotismo en el semblante. Cuando se presentaron los tres caballeros, fijó en ellos la mirada fria é indiferente. Inmóvil, lívido como la muerte, permaneció en el colchón, y solo se conocia que vivia por la respiracion trabajosa y pesada.

Se inclinó el doctor Naudin sobre el muchacho y le estuvo contemplando largo rato en silencio.

—Este muchacho es sordo como cañon, dijo él al cabo hablando con el marqués.

—Lo acertasteis, doctor, no oye palabra.

—¿Es hijo vuestro?

—No, de mi hermana la baronesa de Tardiff, que fué guillotínada con su marido. Tomé á mi cargo la crianza de este niño desgraciado y á mi salida de París, le dejé al cuidado de algunos criados fieles de mi familia. A mi vuelta, supe que esas buenas gentes habian sido guillotínadas tambien y hallé al pobre muchacho, que al menos habia gozado de salud ántes, del todo descuidado, viviendo de la caridad de una familia extraña que lo recogió á la muerte de sus guardianes. Le traje á esta casa que alquilé bajo el nombre de ciudadano Orage y Toulan tomó á su cargo buscar médico que lo viera. Habeis venido á verle y ahora solo me resta rogaros le recibais en el hospital de Caridad.

—Le examinaré primero, á fin de manifestaros la causa de su dolencia.

Despues del examen mas minucioso, durante el cual el paciente mostró completa apatia, el doctor llamó al lado de la cama á los dos caballeros que se habian retirado á la ventana.

—Marqués, dijo, no veo que haya remedio para este infeliz muchacho, y seria una digna

si terminasen prontamente sus males. No creo sin embargo, que tal suceda. Mi opinion es que vivirá un año mas, es decir, su cuerpo, porque su razon antes tiene que desaparecer por completo. Padece de escrófulas, que le irán invalidando miembro tras miembro; ya está sordo, en breve será un pedazo de carne pútrida. Si fuese permitido sustituir la mano de la ciencia á la mano de Dios, diria que en conciencia debia matarse esta pobre criatura que no es hombre ni bestia, ni tiene otra cosa que esperar de la vida sino dolores y tormentos.

—¡Pobre, infeliz criatura! exclamó el marqués suspirando. Gracias doy á Dios que ahorré á mi hermana el dolor de ver á su hijo en semejante estado.

—Doctor Naudin, dijo entonces Toulan con solemnidad. ¿Estais firmemente convencido que el enfermo no recobrará la salud?

—Tal es mi firme conviccion. Casi no se necesita ser médico para predecir su muerte.

—Sois de parecer que este niño no tiene nada que perder en la vida y si mucho que ganar en la muerte?

—Ya lo he dicho. Al paso que la muerte seria una bendiccion, la vida no seria mas que una carga para él y para los demas.

—Entonces, exclamó el supuesto Sannier con la solemnidad de antes, voy á dar á este pobre muchacho enfermo mision mas elevada y justa. Haré que su vida aproveche á otros y que su muerte sea un holocausto. Marqués de Jarjayes, en nombre del rey Luis XVI, en el de la santa mártir Maria Antonieta, á la cual hemos jurado fidelidad hasta la muerte, os demando y deseo me entreguéis esa desventurada criatura y pongais su vida en mis manos. En nombre de Maria Antonieta exijo del señor marqués de Jarjayes me entregue el hijo de su hermana, para que haga lo que cada uno de nosotros está preparado á hacer con gusto, si así lo exige nuestra sagrada causa, que dé su vida por su rey, Luis XVII, ahora preso.

Mientras Toulan decia estas palabras con la vehemencia de su carácter, Jarjayes, estuvo arrodillado junto á la cama del enfermo habiendo ocultado la cara en las manos, como en ferviente oracion.

—Me habeis hablado en nombre de la reina Maria Antonieta; dijo levantándose despues de una breve pausa y poniendo la mano derecha en la frente abrasada del enfermo. Me pedis, á mí que soy su tutor, esta pobre criatura, á fin de que dé su vida por su rey, si es necesario. Los hijos de mi casa siempre han estado listos para dar con gusto sus bienes, su felicidad y su vida en servicio de sus reyes, y hablo meramente en espíritu de mi hermana, que subió al cadalso para sellar con su sangre su fidelidad á la familia real, hablo en el espíritu de mis antepasados cuando os digo en contestacion, —ahí teneis el último vástago de la baronesa de Tardiff, ahí teneis al hijo de mi difunta hermana, tomadle, y que viva ó muera por su rey Luis XVII, preso en el Temple.

## CAPITULO XXVII.

### LA CONSULTA.

Durante la noche que se siguió á la segunda visita del doctor Naudin á Juana Maria, esta tuvo una larga conversacion con su marido. Al

principio el zapatero se incomodó tanto que amenazó á su mujer con el puño, ella le miró con calma y le dijo:

—¿Es que piensas vivir y morir en esta odiosa cárcel? Quieres pasar la vida encerrado como un criminal solo por la satisfaccion de matar á este muchacho estúpido á golpes?

—Si hubiera medio de salir de esta cueva, repuso Simon ablandándose; ya, veria en ello. Porque te digo en verdad que estoy cansado de la cárcel.

—Medio hay y hacedero, añadió su mujer. Escucha.

Y escuchando Simon fué tentado, poco mas ó ménos como nuestros primeros padres en el Paraíso. Poco á poco se le fué iluminando el semblante, hasta que acabó por persuadirse que era fácil soltar una carga ya demasiado pesada.

—Si tiene buen resultado, dijo, soy otro hombre y tú otra mujer.

—Si no tiene buen resultado, observó Juana Maria, lo peor que puede sucedernos es lo que ha sucedido á miles antes que nosotros. Le daremos pasto á la máquina y nuestras cabezas van á parar á la canasta con esta diferencia, que no podré marcar el hecho en mis calcetas. Prefiero morir en la guillotina, que morir aquí de fastidio.

—Lo mismo digo yo, hija. Mas vale morir como hombre, que vivir como perro. Que venga tu médico mañana. Hablaremos.

En efecto, al día siguiente bien temprano se presentó allí á visitar la señora Simon el con sabido doctor de capa larga y negra con su correspondiente peluca empolvada. Sin notar que el rostro que aparecia bajo esta era otro que el del día anterior, los centinelas le dejaron pasar. Los comisarios de guardia se encontraron con el médico en la escalera y tampoco le hicieron caso. No conocian personalmente al director del hospital de Caridad, solo sabian que andaba en el traje en que le hemos pintado y que tenia permiso de la Comuna para visitar á la mujer Simon enferma.

—Hoy hallará dos pacientes allá arriba, doctor, le dijo uno de los comisarios. El chico Capeto está enfermo tambien actualmente. Podeis prescribirle. O está enfermo ó se ha obstinado en no responder pregunta que se le dirige, ni tomar alimento, desde ayer á medio día. Examinele, doctor, y denos parte por escrito de su opinion. Esperamos abajo en la sala de consultas. Despacho.

Siguieron adelante y el médico en realidad se apresuró á subir. En la puerta encontró á Simon.

—Oisteis, ciudadano? le preguntó. Abajo aguardan los comisarios.

—Sí, contestó el zapatero. Veo que no tenemos mucho tiempo que perder.

Entrado el médico, el último cerró la puerta y le pasó el cerrojo. La mujer Simon desde el lecho, miró al recién venido con extrañeza.

—¿Quién sois? le preguntó levantándose. No sois el doctor Naudin.

Sin contestar el desconocido siguió adelante hasta llegar á los bordes del lecho, y allí se inclinó y dijo al oído de la enferma, quien se habia dejado caer en la almohada:

—Soy el que viene á favorecer vuestra salida del Temple. Con este objeto y el de efectuar

la fuga del desventurado Capeto, me ha enviado aquí el doctor Naudin.

—Simon, dijo Juana Maria á su marido, aquí teneis al hombre que ha de librarnos de este infierno.

—Entendámonos, repuso el nuevo doctor con voz firme y penetrante, os libraré si me ayudais á librar al delfin.

—Mas bajo, por amor de Dios, dijo Simon desfavorido. Si nos oyen, estamos perdidos. Con tal de salir de esta cárcel, haremos lo que se exija de nosotros. Aquí estamos enterrados vivos.

—Ni ya puedo dormir en esta espantosa prision, dijo la Simon azorada. Qué pesadillas! No hay noche que esa horrible mujer, pálida con tamaños ojos fijos, no se pasee arriba y abajo del Temple, mirando por toda rendija á ver si sus hijos están vivos ó muertos, ó si nosotros los matamos ó no. Anoche nada ménos no se puso á escuchar á la puerta, sino que entró aquí, se acercó á mi cama y luego pasó al cuarto del chico Capeto. Simon dormia. Yo salté de la cama y fui á ver si estaba cerrada la puerta; porque me figuré que habia entrado alguien disfrazado, tal vez el ciudadano Toulan que ha tratado dos veces de libertar la Austria y sus hijos y á quien denuncié á la comision de salvacion pública. Allí, aunque estaba oscuro, vi al chico Capeto dormido en su colchon, con las manos cruzadas sobre el pecho, y junto á él, de rodillas, una figura de mujer, vestida de blanco. Despues de besar al niño dormido, la figura se volvió de repente para mí y me miró con ojos que me atravesaron el pecho como dos cuchillos. Reconoci aquella mirada: era la de Maria Antonieta, la misma que me echó en el cadalso. Con ella parece que me decia: Asesina! y yo me quedé paralizada.

En esto le acometieron convulsiones, perdió el conocimiento y se retorció en el lecho, como una serpiente herida. Saco el doctor un frasquito y mojó las sienes de la paciente con el liquido que contenia, usando solo unas cuantas gotas.

—¿Son esas acaso del elixir famoso del doctor Naudin? preguntó Simon admirado, pues notó que al punto cesaron las convulsiones de su mujer y sus quejidos.

—Sí, contestó el desconocido. El eminente médico envia el frasquito de regalo á vuestra esposa. Cada gota de este elixir vale un Luis de oro; pero para que Juana Maria recobre la salud se le da gratis. ¿Qué tal?

—Muy bien ahora, contestó ella luego que el desconocido volvió á humedecerle las sienes. Me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Dadme la mano. Levantaos que ya estais buena. Vamos á la alcoba del pobre muchacho, porque os quiero hablar allí.

Se dirigieron allá seguidos de Simon y entraron con tiento en el cuarto oscuro y silencioso. Tenia el chico los ojos abiertos y miró á los recién venidos, pero no manifestó sorpresa, temor, ni alegría, y cualquiera le habria tomado por muerto, si por los entreabiertos labios no se escapase su respiracion trabajosa y caliente.

Arrodillóse el médico junto al colchon y tomó y besó una de las manitas del enfermo.

Esto no lo hizo moverse, solo cerró los ojos y los labios.

—¿Veis doctor? dijo Simon en voz hueca. No oye ni ve. Hace una semana que no habla.

—Esto es, desde el día en que tú quisiste que cantara la cancion de madama Veto.

—¿La cantó? preguntó el médico.

—¿Qué habia de cantar esa mula cerrera! replicó Simon. No valieron súplicas, promesas ni amenazas. Le castigué como merecia. No cantó y desde entonces no habla palabra. Parece sordo mudo.

—Pues no está lo uno ni lo otro, dijo el médico con gravedad. Como buen hijo no ha querido cantar la cancion en que se hace burla de su noble y desventurada madre. Ved esas lágrimas que salen de sus ojos. El nos ha oido, nos ha entendido y nos contesta del modo que veis. ¡Ah! sire, prosiguió con vehemencia, por la sagrada memoria de vuestros padres os juro lealtad hasta la muerte. Vengo á libertaros. Os descubro la verdad ante testigos. Caiga mi careta. Miradme, rey mio. El mas fiel de vuestros servidores está de rodillas á vuestro lado. Abrid los ojos, rey de Francia, y ved si me conocéis.

Diciendo esto se enderezó, se quitó la capa y la peluca, y apareció en el uniforme de oficial de la Guardia.

—¡Voto al Chápiro! exclamó Simon dando una carcajada. Pues.....

—Silencio! le interrumpió el supuesto médico. Dejad que él declare quién soy. Miradme, rey mio, desengañad á estas gentes que estais en vuestro entero juicio. Si me conocéis, pronunciad mi nombre.

—Bien decia yo, observó Simon puesto que el muchacho quedaba inmóvil y callado. Ese oye como el cañon de la esquina.

Siguióse un profundo silencio. Al cabo el muchacho alzó los pesados y enrojecidos párpados y echó en torno de sí una mirada tímida y recelosa, y luego la clavó en el rostro del hombre que le hablaba como no le habia nadie hacia mucho tiempo. Hubo una especie de vibracion en su semblante, un rayo de alegría iluminó sus ojos y al parecer se sonrieron sus labios temblorosos.

—¿Me conocéis?

El niño levantó una mano en señal de salutación y dijo en voz clara y distinta:

—Toulan! Fiel!

Este, pues no era otro el supuesto médico, volvió á caer de rodillas y á cubrir de lágrimas y de besos la mano del niño.

—Sí, Fiel, repitió él. Ese es el honroso título que me dió vuestra real madre. Sí, pobre, infeliz, hijo de reyes, soy Fiel, soy Toulan, con el cual tan á menudo reias en vuestra prision.

—Ella, mi querida mamá tambien se reia; dijo en voz baja el niño, cuyo rostro iluminó un rayo de luz.

—Es cierto, agregó Toulan. Desde el cielo nos via en su sonrisa y su bendiccion, porque sabe que Fiel va librar á su hijo de manos de los verdugos. Decidme, rey mio, mi amado señor, ¿confiareis en mí? me concederéis el privilegio de libraros? Consentis?

El niño echó una mirada recelosa ya á Simon, ya á su mujer y luego volvió el rostro hácia la pared.

—Sire, dijo Toulan en tono deprecatario,

si terminasen prontamente sus males. No creo sin embargo, que tal suceda. Mi opinion es que vivirá un año mas, es decir, su cuerpo, porque su razon antes tiene que desaparecer por completo. Padece de escrófulas, que le irán invalidando miembro tras miembro; ya está sordo, en breve será un pedazo de carne pútrida. Si fuese permitido sustituir la mano de la ciencia á la mano de Dios, diria que en conciencia debia matarse esta pobre criatura que no es hombre ni bestia, ni tiene otra cosa que esperar de la vida sino dolores y tormentos.

—¡Pobre, infeliz criatura! exclamó el marqués suspirando. Gracias doy á Dios que ahorré á mi hermana el dolor de ver á su hijo en semejante estado.

—Doctor Naudin, dijo entonces Toulan con solemnidad. ¿Estais firmemente convencido que el enfermo no recobrará la salud?

—Tal es mi firme conviccion. Casi no se necesita ser médico para predecir su muerte.

—Sois de parecer que este niño no tiene nada que perder en la vida y si mucho que ganar en la muerte?

—Ya lo he dicho. Al paso que la muerte seria una bendiccion, la vida no seria mas que una carga para él y para los demas.

—Entonces, exclamó el supuesto Sannier con la solemnidad de ántes, voy á dar á este pobre muchacho enfermo mision mas elevada y justa. Haré que su vida aproveche á otros y que su muerte sea un holocausto. Marqués de Jarjayes, en nombre del rey Luis XVI, en el de la santa mártir Maria Antonieta, á la cual hemos jurado fidelidad hasta la muerte, os demando y deseo me entreguéis esa desventurada criatura y pongais su vida en mis manos. En nombre de Maria Antonieta exijo del señor marqués de Jarjayes me entregue el hijo de su hermana, para que haga lo que cada uno de nosotros está preparado á hacer con gusto, si así lo exige nuestra sagrada causa, que dé su vida por su rey, Luis XVII, ahora preso.

Mientras Toulan decia estas palabras con la vehemencia de su carácter, Jarjayes, estuvo arrodillado junto á la cama del enfermo habiendo ocultado la cara en las manos, como en ferviente oracion.

—Me habeis hablado en nombre de la reina Maria Antonieta; dijo levantándose despues de una breve pausa y poniendo la mano derecha en la frente abrasada del enfermo. Me pedis, á mí que soy su tutor, esta pobre criatura, á fin de que dé su vida por su rey, si es necesario. Los hijos de mi casa siempre han estado listos para dar con gusto sus bienes, su felicidad y su vida en servicio de sus reyes, y hablo meramente en espíritu de mi hermana, que subió al cadalso para sellar con su sangre su fidelidad á la familia real, hablo en el espíritu de mis antepasados cuando os digo en contestacion, —ahí teneis el último vástago de la baronesa de Tardiff, ahí teneis al hijo de mi difunta hermana, tomadle, y que viva ó muera por su rey Luis XVII, preso en el Temple.

## CAPITULO XXVII.

### LA CONSULTA.

Durante la noche que se siguió á la segunda visita del doctor Naudin á Juana Maria, esta tuvo una larga conversacion con su marido. Al

principio el zapatero se incomodó tanto que amenazó á su mujer con el puño, ella le miró con calma y le dijo:

—¿Es que piensas vivir y morir en esta odiosa cárcel? Quieres pasar la vida encerrado como un criminal solo por la satisfaccion de matar á este muchacho estúpido á golpes?

—Si hubiera medio de salir de esta cueva, repuso Simon ablandándose; ya, veria en ello. Porque te digo en verdad que estoy cansado de la cárcel.

—Medio hay y hacedero, añadió su mujer. Escucha.

Y escuchando Simon fué tentado, poco mas ó ménos como nuestros primeros padres en el Paraíso. Poco á poco se le fué iluminando el semblante, hasta que acabó por persuadirse que era fácil soltar una carga ya demasiado pesada.

—Si tiene buen resultado, dijo, soy otro hombre y tú otra mujer.

—Si no tiene buen resultado, observó Juana Maria, lo peor que puede sucedernos es lo que ha sucedido á miles ántes que nosotros. Le daremos pasto á la máquina y nuestras cabezas van á parar á la canasta con esta diferencia, que no podré marcar el hecho en mis calcetas. Prefiero morir en la guillotina, que morir aquí de fastidio.

—Lo mismo digo yo, hija. Mas vale morir como hombre, que vivir como perro. Que venga tu médico mañana. Hablaremos.

En efecto, al día siguiente bien temprano se presentó allí á visitar la señora Simon el con sabido doctor de capa larga y negra con su correspondiente peluca empolvada. Sin notar que el rostro que aparecia bajo esta era otro que el del día anterior, los centinelas le dejaron pasar. Los comisarios de guardia se encontraron con el médico en la escalera y tampoco le hicieron caso. No conocian personalmente al director del hospital de Caridad, solo sabian que andaba en el traje en que le hemos pintado y que tenia permiso de la Comuna para visitar á la mujer Simon enferma.

—Hoy hallará dos pacientes allá arriba, doctor, le dijo uno de los comisarios. El chico Capeto está enfermo tambien actualmente. Podeis prescribirle. O está enfermo ó se ha obstinado en no responder pregunta que se le dirige, ni tomar alimento, desde ayer á medio día. Examinele, doctor, y denos parte por escrito de su opinion. Esperamos abajo en la sala de consultas. Despacho.

Siguieron adelante y el médico en realidad se apresuró á subir. En la puerta encontró á Simon.

—Oisteis, ciudadano? le preguntó. Abajo aguardan los comisarios.

—Sí, contestó el zapatero. Veo que no tenemos mucho tiempo que perder.

Entrado el médico, el último cerró la puerta y le pasó el cerrojo. La mujer Simon desde el lecho, miró al recién venido con extrañeza.

—¿Quién sois? le preguntó levantándose. No sois el doctor Naudin.

Sin contestar el desconocido siguió adelante hasta llegar á los bordes del lecho, y allí se inclinó y dijo al oído de la enferma, quien se habia dejado caer en la almohada:

—Soy el que viene á favorecer vuestra salida del Temple. Con este objeto y el de efectuar

la fuga del desventurado Capeto, me ha enviado aquí el doctor Naudin.

—Simon, dijo Juana Maria á su marido, aquí teneis al hombre que ha de librarnos de este infierno.

—Entendámonos, repuso el nuevo doctor con voz firme y penetrante, os libraré si me ayudais á librar al delfin.

—Mas bajo, por amor de Dios, dijo Simon desfavorido. Si nos oyen, estamos perdidos. Con tal de salir de esta cárcel, haremos lo que se exija de nosotros. Aquí estamos enterrados vivos.

—Ni ya puedo dormir en esta espantosa prision, dijo la Simon azorada. Qué pesadillas! No hay noche que esa horrible mujer, pálida con tamaños ojos fijos, no se pasee arriba y abajo del Temple, mirando por toda rendija á ver si sus hijos están vivos ó muertos, ó si nosotros los matamos ó no. Anoche nada ménos no se puso á escuchar á la puerta, sino que entró aquí, se acercó á mi cama y luego pasó al cuarto del chico Capeto. Simon dormia. Yo salté de la cama y fui á ver si estaba cerrada la puerta; porque me figuré que habia entrado alguien disfrazado, tal vez el ciudadano Toulan que ha tratado dos veces de libertar la Austria y sus hijos y á quien denuncié á la comision de salvacion pública. Allí, aunque estaba oscuro, vi al chico Capeto dormido en su colchon, con las manos cruzadas sobre el pecho, y junto á él, de rodillas, una figura de mujer, vestida de blanco. Despues de besar al niño dormido, la figura se volvió de repente para mí y me miró con ojos que me atravesaron el pecho como dos cuchillos. Reconoci aquella mirada: era la de Maria Antonieta, la misma que me echó en el cadalso. Con ella parece que me decia: Asesina! y yo me quedé paralizada.

En esto le acometieron convulsiones, perdió el conocimiento y se retorció en el lecho, como una serpiente herida. Saco el doctor un frasquito y mojó las sienes de la paciente con el liquido que contenia, usando solo unas cuantas gotas.

—¿Son esas acaso del elixir famoso del doctor Naudin? preguntó Simon admirado, pues notó que al punto cesaron las convulsiones de su mujer y sus quejidos.

—Sí, contestó el desconocido. El eminente médico envia el frasquito de regalo á vuestra esposa. Cada gota de este elixir vale un Luis de oro; pero para que Juana Maria recobre la salud se le da gratis. ¿Qué tal?

—Muy bien ahora, contestó ella luego que el desconocido volvió á humedecerle las sienes. Me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Dadme la mano. Levantaos que ya estais buena. Vamos á la alcoba del pobre muchacho, porque os quiero hablar allí.

Se dirigieron allá seguidos de Simon y entraron con tiento en el cuarto oscuro y silencioso. Tenia el chico los ojos abiertos y miró á los recién venidos, pero no manifestó sorpresa, temor, ni alegría, y cualquiera le habria tomado por muerto, si por los entreabiertos labios no se escapase su respiracion trabajosa y caliente.

Arrodillóse el médico junto al colchon y tomó y besó una de las manitas del enfermo.

Esto no lo hizo moverse, solo cerró los ojos y los labios.

—¿Veis doctor? dijo Simon en voz hueca. No oye ni ve. Hace una semana que no habla.

—Esto es, desde el día en que tú quisiste que cantara la cancion de madama Veto.

—¿La cantó? preguntó el médico.

—¿Qué habia de cantar esa mula cerrera! replicó Simon. No valieron súplicas, promesas ni amenazas. Le castigué como merecia. No cantó y desde entonces no habla palabra. Parece sordo mudo.

—Pues no está lo uno ni lo otro, dijo el médico con gravedad. Como buen hijo no ha querido cantar la cancion en que se hace burla de su noble y desventurada madre. Ved esas lágrimas que salen de sus ojos. El nos ha oido, nos ha entendido y nos contesta del modo que veis. ¡Ah! sire, prosiguió con vehemencia, por la sagrada memoria de vuestros padres os juro lealtad hasta la muerte. Vengo á libertaros. Os descubro la verdad ante testigos. Caiga mi careta. Miradme, rey mio. El mas fiel de vuestros servidores está de rodillas á vuestro lado. Abrid los ojos, rey de Francia, y ved si me conocéis.

Diciendo esto se enderezó, se quitó la capa y la peluca, y apareció en el uniforme de oficial de la Guardia.

—¡Voto al Chápiro! exclamó Simon dando una carcajada. Pues.....

—Silencio! le interrumpió el supuesto médico. Dejad que él declare quién soy. Miradme, rey mio, desengañad á estas gentes que estais en vuestro entero juicio. Si me conocéis, pronunciad mi nombre.

—Bien decia yo, observó Simon puesto que el muchacho quedaba inmóvil y callado. Ese oye como el cañon de la esquina.

Siguióse un profundo silencio. Al cabo el muchacho alzó los pesados y enrojecidos párpados y echó en torno de sí una mirada tímida y recelosa, y luego la clavó en el rostro del hombre que le hablaba como no le habia nadie hacia mucho tiempo. Hubo una especie de vibracion en su semblante, un rayo de alegría iluminó sus ojos y al parecer se sonrieron sus labios temblorosos.

—¿Me conocéis?

El niño levantó una mano en señal de salutación y dijo en voz clara y distinta:

—Toulan! Fiel!

Este, pues no era otro el supuesto médico, volvió á caer de rodillas y á cubrir de lágrimas y de besos la mano del niño.

—Sí, Fiel, repitió él. Ese es el honroso título que me dió vuestra real madre. Sí, pobre, infeliz, hijo de reyes, soy Fiel, soy Toulan, con el cual tan á menudo reias en vuestra prision.

—Ella, mi querida mamá tambien se reia; dijo en voz baja el niño, cuyo rostro iluminó un rayo de luz.

—Es cierto, agregó Toulan. Desde el cielo nos via en su sonrisa y su bendiccion, porque sabe que Fiel va librar á su hijo de manos de los verdugos. Decidme, rey mio, mi amado señor, ¿confiareis en mí? me concederéis el privilegio de libraros? Consentis?

El niño echó una mirada recelosa ya á Simon, ya á su mujer y luego volvió el rostro hácia la pared.

—Sire, dijo Toulan en tono deprecatario,

No respondeis. Hablad, mi rey, ¿os pongo en libertad?

Dijo algo el muchacho en contestacion; pero en tan baja voz, que no lo entendió Toulan. Se inclinó este un poco mas hasta poner la oreja en los labios del niño, al cual oyó entonces decir:—Os delatará. Cuidado Toulan. No digais nada. Me mataría.

—Habló? preguntó el zapatero. Entendisteis, ciudadano, lo que dijo?

—Sí, contestó Toulan. El consiente. Me faculta para que le libre si puedo. Estais vosotros decididos á ayudarme?

—Decididos, repitió Simon. Pero con tal que se cumplan mis condiciones. Necesito un empleo fuera del Temple y algun dinerillo para vivir holgadamente en el campo, si el empuje no me peta.

—Con mi ayuda y la del doctor Naudin, no os faltará nada. Además, tan luego como me entregéis el niño fuera de esta cárcel, recibiréis en moneda contante la suma de 20,000 francos. En cuanto á la salud de vuestra esposa, eso corre de nuestra cuenta. Sabeis de lo que padece?

—No en verdad. ¿Soy médico acaso?

—La causa del mal de vuestra esposa, ciudadano Simon, no es física sino moral, reside en la conciencia, que no está tranquila, ni lo estará á menos que ella se preste á una reparacion completa y sincera.

—Tiene razon, mucha razon, dijo la mujer gimiendo. Yo tengo la culpa de su muerte, porque denuncié á Toulan á las autoridades, cuando estaba á punto de salvarla. Me rei cuando ella subió al cadalso y me echó aquella mirada que me atravesó el corazón. Me he arrepentido y ahora me roe las entrañas el recuerdo. Maltraté al hijo creyendo que alejaba la vision espantosa de su madre. Libradme de este verdugo, de mi conciencia. Con la mano puesta en el corazón de este niño, juro que haré cuanto esté en mi mano por salvarle. ¿Me perdonarás tú, Maria Antonieta y me dejarás tranquila si te pago el mal que te he hecho, haciendo bien á tu hijo?

—De seguro que sí, dijo con vehemencia Toulan. La madre os perdonará, porque librando al hijo de los tormentos que aqui padece, le volvereis la paz que ahora no goza en el sepulcro. Y vos, ciudadano Simon, ¿qué decis? No advertis que la conciencia se despierta en vuestro corazón y os compele á compadecer á este pobre niño?

—Lo advierto, murmuró Simon. Su mirada suave y su aspecto melancólico han acabado por desarmarme. Tiempo es de que me desembarace del chicuelo ese, ó me sucede lo que á mi mujer. Juro pues por la república y por la libertad que ayudaré al ciudadano Toulan á sacar de aqui al pequeño Capeto. ¿Está satisfecho el ciudadano?

—Sí, muy satisfecho. Hablemos ahora de lo que ha de hacerse. El plan está formado, los preparativos hechos y si vosotros seguís al plé de la letra mis instrucciones, dentro de una semana os vereis libres y felices.

—Tan pronto! gritó Simon encantado.

—No mas tarde. Por fortuna uno de los miembros de la Junta de salvacion pública está pelgrosamente enfermo y le han llevado al hospital de Caridad. Dice el doctor Naudin

que no puede vivir arriba de tres dias. El puesto quedará vacante; harémos pues cuanto esté en nuestra mano para que el ciudadano Simon entre á ocupar su lugar. Ahora escuchad y retened mis palabras.

Entonces Toulan les explicó el pormenor del plan que habia concebido para efectuar la fuga del príncipe, del cual sin duda no perdió palabra, porque no apartó sus ojos de la cara del orador y se sonrió varias veces.

—Voy á tomar todas las medidas necesarias del caso, dijo al fin Toulan haciendo un saludo al príncipe y besándole la mano.

—Fiel, le dijo él en baja voz, Fiel, ¿creéis posible mi escape?

—De ello estoy seguro, mi querido príncipe. Con el favor de Dios y la bendicion de vuestros augustos padres, espero salir en bien de esta empresa. Os recomiendo la mayor reserva mientras permanecais aqui: conservad el mismo porte; fingid insensibilidad é idiotez. No volveré aqui, pero si todos los dias el doctor Naudin. En el de la fuga me hallareis á vuestro lado. Hasta entonces, Dios le guarde, mi querido príncipe.

De la prision Toulan pasó al hospital, donde tuvo una larga conversacion con el doctor Naudin. Al término de ella, este entró en su carruaje y se dirigió á la casa de Ayuntamiento, en una de cuyas amplias salas, celebraba sus sesiones la Junta de salvacion pública, y le presentó un informe detallado de lo que habia visto y observado en el Temple. Petion, el presidente de aquel cuerpo revolucionario, escuchó con gravedad cuanto concernia á la pobre salud que gozaba el pequeño Capeto, y con marcado interés á lo que hacia referencia á Simon y su mujer.

—Merece bien de la patria el ciudadano Simon, y es uno de los mas fieles sostenedores de la república; dijo él luego que el médico acabó su informe. Como una buena madre la república debe mostrar gratitud á sus leales hijos y atenderlos tiernamente. ¿Qué debe hacerse, por lo tanto, ciudadano doctor, para devolver la salud al ciudadano Simon y á su cara esposa?

—Ambos están enfermos de la misma causa y ambos requieren el mismo remedio. Este se reduce á cambio de local y de aire. Désele al ciudadano Simon otro empleo, donde pueda moverse y respirar otro aire que el infecto de la cárcel, y hágase de modo que la mujer no oiga constantemente los quejidos y lamentos del chico Capeto enfermo. En una palabra, désele libertad y recuperarán la salud quebrantada.

—Así es, dijo Petion. Esa pobre gente ha llevado una vida bien triste en el Temple, fuera de que se ha visto obligada á respirar un aire emponzoñado con el aliento de ese último vástago de la tiranía. En consideracion á su celo y sus servicios, es fuerza sacarle de semejante atmósfera. Harta pena se ha tomado el ciudadano Simon en reparar los descuidos de la educacion de Capeto, á fin de ver si de un muchacho inútil podia sacarse un hijo útil de la república.

—Pero aun cuando Simon permaneciese en el Temple, observó el director del hospital; no podría por mucho mas tiempo correr con la educacion del muchacho.

—¿Qué quiere decir con eso el ciudadano Naudin? preguntó Petion de buen humor.

—Quiero decir que el muchacho no puede vivir largo tiempo. Padece á la vez de consuncion y de reblandecimiento del cerebro. Esta última enfermedad le reducirá en breve al estado de idiotismo, incapacitándole para la educacion.

—¿Está convencido el ciudadano doctor, que no sanará el hijo de los tiranos? preguntó el presidente en tono grave.

—El atento exámen que he hecho del paciente me convence de lo que ahora afirmo: quédale un corto tiempo de vida y la mayor parte de él lo pasará en un estado de idiotez. A fin de que no se diga que el método de educarle ha acabado con la existencia del pequeño Capeto, debe alejarse cuanto ántes del Temple á Simon, celoso y digno servidor de la república. Tambien, para que en ningun caso se acuse á esta de cruel, convendria tratar de aliviar los últimos dias del pobre niño enfermo.

Anublóse el semblante de Petion y su mirada escrutadora se fijó en los ojos del médico.

—Muestra el doctor, por lo que veo, dijo, un sí es no es exceso de sensibilidad y parece olvidar que el muchacho es criminal por nacimiento y que la república no puede tener miramientos con él.

—Por lo que á mí toca, repuso Naudin con naturalidad, todo enfermo á la cabecera de cuya cama me encuentro, no es mas que un ser humano, digno de compasion y de cuidados. Nunca me detengo á examinar si es criminal ó inocente, sino de qué mal adolece, y en seguida me ocupo de aliviarle su dolencia. La santa é indivisible república, además, es demasiado magnánima y buena madre para no tener piedad de los que mas la necesitan; es como el sol, que dirige sus rayos hasta los profundos calabozos de los criminales y brilla para buenos y malos.

—Y qué desea el médico del hospital la república haga por el vástago de los tiranos? preguntó Petion con expresion sarcástica.

—No es mucho, contestó Naudin con sonrisa. Deseo que se me permita visitarle de cuando en cuando y hacer por él, en su triste situacion, lo que aconseja la ciencia, á fin de aliviar al menos sus padecimientos. Sobre todo, tratésele como niño que es, concédasele algun entretenimiento; ya que no es dable que juegue con otros chicos de su edad, désele juguetes.

—¿De veras quiere el doctor Naudin que la república condescienda á proveer de juguetes á los criminales encarcelados?

—Me ha ordeñado la Junta visite al muchacho enfermo en el Temple, examine su estado y prescriba el remedio necesario para su cura, si la tiene; no hay salvacion para él, pero aun hay medio de aliviar sus padecimientos. Tambien curamos con juguetes. A la Junta corresponde decidir si la república niega esta medicina al enfermo.

—¿Dice el ciudadano doctor que es incurable el mal del pequeño Capeto?

—Incurable.

—Bien, dijo Petion con sonrisa maligna, entonces la república proveerá de juguetes al último de los Capetos. Por siglos seguidos han lugado ellos impavidamente con la felicidad

del pueblo, así que este la última cosa que puede dar á los tiranos es juguetes para que se diviertan en su camino á la eternidad. Ciudadano doctor, se accede á la peticion. Se dará al ciudadano Simon la primer plaza que vague, á fin que salga de la cárcel y goce de libertad. Tendrá juguetes el pequeño Capeto, y está facultado el ciudadano Naudin para propinarle los remedios que crea le alivien. Es su deber cuidar del chico enfermo hasta que muera.

## CAPITULO XXVII.

### EL CABALLITO DE MADERA.

AL día siguiente de la escena que queda referida al final del capítulo anterior, en obediencia de las órdenes de la Junta de salvacion pública, se llevaron varios juguetes al oscuro aposento del príncipe y se colocaron en torno de su cama de enfermo. Pero en vano solicitó la mujer Simon que Lu's jugara con ellos: no se logró que abriera los ojos para verlos.

En consecuencia, uno de los comisarios que trajeron los juguetes, compadecido del estado de postracion é insensibilidad en que parece habia caído el niño, dijo que era preciso apelar á otra cosa y preguntó qué era lo que podría distraerle.

—Un caballo de silla, contestó Simon dando una carcajada. Estoy seguro que si supiera ese terco chicuelo que habia á la puerta del Temple un caballo ensillado para montarlo él y corretear por las calles de Paris, al momento se ponía bueno y se levantaba sin andadores. No es mas que perrada suya el estarse echado ahí como un tronco.

—Sois muy cruel, ciudadano, observó el comisario mirando con aire de compasion al muchacho.

—¿Cruel? Ya se ve que lo soy; replicó Simon. Pero es esta maldita prision la que me hace ser cruel. Si estamos aqui una semana mas, Juana Maria se muere y yo me vuelvo fatuo. Esto nos ha pronosticado el director del hospital, que sabeis es el médico mas hábil de Francia. Mirad si no seriais cruel con semejante pídora en el cuerpo.

—Bien, ciudadano, teneis al menos el consuelo de saber que no durará largo tiempo. Con el ciudadano Simon espera la Junta proveer el primer puesto vacante que ocurra.

—Espero que sea prontito. Hago este voto: si dentro de una semana salgo de este infierno, y consigo una buena plaza, le voy á dar al pequeño Capeto un caballo para que se acuerde de mí. Pues, no un caballo de carne y hueso, sino uno de madera, en el cual pueda montar aqui mismo. Ea, Capeto, añadió Simon inclinándose en la cama del niño, ¿no querrias un caballo bonito de madera para jugar?

La luz ténue de una sonrisa se dibujó en los pálidos labios del enfermo, abrió los ojos y dijo:

—Sí, me alegraría tener uno.

—¿Oís, ciudadanos? dijo Simon. Os tomo por testigos. Si me dan otra plaza, regalo al pequeño Capeto un caballito de palo. ¿Puedo hacerlo?

—Se le concede el derecho al ciudadano Simon, dijo uno de los comisarios, y así se infor-

mará á la Comision de salvacion pública. Es digno de celebrarse el deseo de distraer al niño enfermo. La gran república, madre amorosa de todos los Franceses, tambien se compadece de él. Esperamos, que en pago de tan buena obra, el ciudadano Simon consiga lo que desea y que pronto se vea libre de este largo y molesto encierro.

Efectivamente, no tuvo que esperar mucho tiempo. El empleado enfermo en el hospital murió á poco, segun lo habia predicho el doctor Naudin, quien comunicó desde luego el hecho á las autoridades, y en el mismo dia Simon fué nombrado en su lugar. Comunicó á este la noticia de su promocion el mismo comisario que habia traído los juguetes al niño enfermo y se habia mostrado tan generoso con él.

—Pues al avio! gritó Simon en el colmo de la alegría. Hace tres dias que estamos listos.

—Fuerza es, sin embargo, amigos míos, que os demoreis hasta mañana, dijo el comisario con sonrisa. Porque hasta entónces no puede entrar en el lleno de sus deberes, aquel que va á reemplazaros aquí en el Temple. Tened pues un poco de paciencia.

—Lo siento, repuso Simon suspirando. De aquí á mañana á las diez me ha de parecer un mundo. Yo no hago falta en el Temple. Las dos señoritas Capeto estan encerradas arriba, y por lo que hace á este, no necesita cerrojos, no se huirá por cierto; ahí se estará en su colchon,...

—¿Luego está muy enfermo el niño? le interrumpió el comisario con sentimiento.

—No de gran peligro, contestó Simon. El doctor Naudin, que le visita diariamente, ha dicho, sin embargo, que su cabeza no está en caja, y que es preciso repararle á navaja el espeso cabello á fin de refrescársela. Juana María va á meterle la tijera. Este será el último servicio que le prestemos.

—Cómo! exclamó el comisario. ¿No tenéis otro servicio que prestarle?

—No! contestó Simon. Ah! sí, ahora recuerdo. Ya olvidaba el caballito. Si pudiera salir, ahora mismo corria á comprarle.

—Me alegro de esa buena disposicion; observó el comisario. De ello se enterará la Comision de salvacion pública. Los superiores del ciudadano Simon sabran con gusto que él es un hombre de honor, que cumple lo que promete. Vaya pues, compre el juguete, y arregle de modo las cosas que mañana á las diez pueda marchar y hacerse cargo de la colecturía de la puerta Macon.

—No nos haremos de rogar Juana María y yo. Apénas suene la hora en el reloj de Nuestra Señora, tocamos soleta.

Se encajó el gorro colorado en el cabello negro y espeso y salió del Temple á paso largo. Detúvose, sin embargo, en la portería ántes de salir á la calle, para tener un rato de charla con el portero, darle cuenta de su nuevo empleo y del objeto que le llevaba fuera.

—Así, no se sorprenda el ciudadano de verme volver dentro de poco con un caballo, esto es, no con un caballo que me lleve á cuestras, sino que yo le lleve á él. Tuve la tontería de prometérselo al pequeño Capeto, y como aprueba la promesa la Comision de salvacion pública....

—Bien, si se le permite al ciudadano, yo no tengo mas remedio que abrirle la puerta, aunque sea á media noche. La Junta sobre todo y ante todo, si estimo en algo mi cabeza.

—Le alabo su modo de pensar. Muy poco sabemos de lo que nos traemos entre manos aquí, mucho ménos el punto donde nos pillaré la máquina. Pero, si gusta el ciudadano, puede preguntarle al comisario de guardia Roger, si tengo ó no permiso para traer el caballito. Ahí está y se estará probablemente hasta mi vuelta.

Saludó con la cabeza y fuese. Una vez fuera, detúvose y miró arriba abajo de la calle. Hacia la izquierda, en la esquina de un callejon, se hallaba recostado un mozo de cordel de blusa, en la apariencia esperando ocupacion. Cruzó al punto la calle el zapatero de viejo y se dirigió á él.

—Qué manda el ciudadano? preguntó alto el mozo.

—Algo, contestó Simon en baja voz. Ah! Toulan. Listo. Mañana á las diez sacudo el polvo del Temple.

—Lo sé, contestó Toulan en el mismo tono; y añadió: Pero hable alto. Ahí anda un hombre que nos espía.

—Vamos, gritó Simon alto. Deseo que me acompañeis á una tienda de juguetes, y que luego me ayudeis á cargar lo que compre, que será pesado.

La siguió Toulan sin decir mas palabra y los dos con aire de indiferencia echaron á andar, atravesando los grupos numerosos de gentes que habia por todas partes. En la esquina de una calle cercana el mozo de cordel tropezó con otro de su clase que se hallaba de pie á orilla de la banqueta, y que aguardaba algo ó alguien con ansiedad.

—Perdonad, ciudadano, dijo Toulan alto y añadió mas bajo, mañana por la mañana á las diez. A la puerta se hará cargo la lavandera de la ropa sucia. A las diez en punto tienen que partir los carros y los muchachos. Estará lleno el caballito.

—Estará lleno, repitió el segundo mozo, pasó por delante de los dos amigos, y echó por la calle de Helder. A medida que se alejaba, apretaba el paso y así que entró en un callejon torcido, angosto y solitario, donde no debia esperar que le observaran, echó á correr hasta llegar á la calle Vivienne. Entónces moderó el paso, y tranquilamente entró en una tienda de juguetes. El dependiente detras del mostrador le preguntó qué queria.

—Ante todo, ciudadano, permitidme descansar; y se sentó en una silla que habia por allí. Ahora, si queréis hacerme el favor de darme un vaso de agua....

—Ola, Juan, gritó el dependiente hácia adentro. Un vaso de agua del pozo. Pronto.

El muchacho con un vaso en la mano salió corriendo á la calle.

—Dentro de un cuarto de hora, dijo entónces el mozo de cordel al dependiente con vivacidad. Informad al marqués, si gustais.

—Al evanista Lambert, queréis decir, repuso el dependiente. No vive él tan lejos como vos, vive en frente y todo el dia se ha estado en el zaguan esperando la señal.

—Pues hágasela, querido baron, dijo el su puesto mozo; y como á la sazón entró el mu-

chacho con el agua, tomó el vaso y de un sorbo lo vació como para satisfacer al portador que le miraba atentamente.

Entretanto el dependiente se habia asomado á la puerta de la tienda y habiendo sacado un pañuelo azul con orilla roja del bolsillo de la casaca, se lo pasó á espacio por la cara.

El hombre de la blusa que se hallaba en el zaguan de la casa de enfrente, bajó ligeramente la cabeza en prueba de que habia entendido, entró y se perdió de vista.

—Bueno, exclamó el mozo de cordel, ya que he tomado respiro y un trago, os diré el motivo de mi carrera. Sabiendo que una persona deseaba comprar juguetes, la he dirigido á esta tienda. La compra parece que será larga, pues trae consigo un mozo de cordel. Digame por tanto que comision me pagará.

—No soy el dueño de la tienda, replicó el vendedor en ojiéndose de hombros. Hace solo una semana que estoy aquí y manejo los negocios en ausencia del dueño. No puedo por esta razon dar propina; pero preguntaré al muchacho si el señor Duval en tales casos acostumbra pagarla. El es mas antiguo que yo aquí.

—El señor Duval, contestó el muchacho con aire de importancia, acostumbra pagar dos céntimos en el franco.

—Bien, esa es la comision que yo daré con tal que la persona que decis compre por valor de un franco.

—Hé ahí mi hombre! exclamó el mozo señalando para Simon que á la sazón entraba en la tienda en compañía de Toulan. Ahora pues, ciudadano, haced una buena compra, porque mientras mas compre mas comision alcanzo.

—Lo creo, repuso Simon riendo. La misma cosa de todas las tiendas. Vengo á comprar entre otras cosas un caballito de madera. Pero advierto, ciudadano que ha de ser el mejor, de pura sangre, como que ha de montarle uno que tiene sangre real.

—Por desgracia tenemos pocos al presente. No es lo que mas se vende. Sin embargo, de poco tiempo á esta parte aumentándose la demanda, hemos ordenado algunos, y si esperais unos pocos dias....

—Unos pocos dias! le interrumpió Simon enojado. Ni horas, ni minutos esperaré. Si no tenéis caballitos, me iré á otra parte.

—¿Podeis esperar un minuto? dijo el dependiente viendo que el comprador volvia la espalda. No quisiera perder tan buen parroquiano, veré si puedo conseguirle un bonito caballito. El ebanista, que hace los nuestros, vive ahí en frente y me prometió uno para mañana, mandáremos al muchacho á ver si le tiene listo.

—Mas valia ir allá con él, ciudadano. Si encuentro lo que necesito, no tengo que ir á otra parte.

—Cierto, dijo el dependiente, y yo los acompañaré para arreglar de una vez el asunto. Mira, Juan, ven, ocupa mi puesto por un instante.

Simon ya habia cruzado la calle con Toulan, seguidos del dependiente y del segundo mozo de cordel.

—¿Por qué no os habeis desembarazado de ese muchacho, conde Saint Prix? preguntó el último al primero.

—No ha sido posible, conde Frotté, contestó Duval es hombre muy nervioso y temia excitar sospecha, si desaparecia el muchacho, que es muy conocido en el vecindario, precisamente en los momentos de su ausencia. Quizas tenga razon y de todos modos la cosa es inevitable. Espero que el taimado no haya notado nada, y que sin estorbos llegáremos al fin. Paris mañana para Londres; no es eso?

—Sí. ¿Y qué direccion llevareis, conde?

—¿Yo? á Coblentza, al lado del príncipe; replicó el de Saint Prix. Si llegáremos los dos al término de nuestro viaje!

—De ninguna manera con los niños que vamos á llevar, contestó en muy baja voz cuando entraban en casa del ebanista.

Allí, en el taller, encontraron á Simon y Toulan ajustando un caballo de madera entre seis que les habia sacado el fabricante. Despues de examinado atentamente, por consejo de Toulan, Simon compró en veinte francos uno que tenia los costados pintados de rojo y que era el mayor de todos. Aquel se lo echó al hombro y salió á la calle seguido del segundo, el cual dijo:

—¿Es que todos estos están en el secreto?

—No, solo el ebanista y ese saldrá mañana de Paris con el príncipe.

—Por Dios, mas quedo, dijo Simon asustado.

Y ¿por qué no salis vos tambien con el chico de Paris, donde os rodean tantos peligros?

—No puedo, contestó con brevedad Toulan.

—¿No podeis? Qué os lo impide?

—El voto que hice á Maria Antonieta de salvar sus hijos del Temple ó morir.

—Ya, pero mañana se cumplirá ese voto. Qué mas?

—No será ese sino el cumplimiento de la mitad de mi voto. No contais con la hija. A esta y á su tia tengo que salvarlas ántes de abandonar á Paris.

—Valia mas que os fueseis con el chico.

—¿Qué, no tenéis confianza en mí?

—No la tengo en nadie. Quién me dice que mañana ó pasado no me hareis traicion....?

—¡Yo! ¿No debia temer lo mismo de vos?

—Muy bien sabeis que por fuerza he de callar el pico sobre el asunto porque me va en ello la cabeza. Mas punto en boca: hé ahí el Temple. Se me figura que las paredes me miran de reojo y dicen: Al traidor. Ah! Qué malo es tener la conciencia manchada!

—La tendreis limpia cuando hayais acabado la par e que os corresponde en esta obra grande y noble.

—A vuestros ojos; pero ¿será lo mismo á los de la Convencion? No es tiempo ya de mas charla.

Pegó tres puñetazos en la puerta exterior del patio, abrió el portero y dejó entrar á los hombres, diciendo solamente que tenia orden de admitir el caballo.

—Pero como no mencionó el comisario de guardia el mozo de cordel que le trae á cuestras, ciudadano Simon, agregó el portero, consentiré que pase al segundo patio, no mas allá.

—No tengo apuro en entrar en una cárcel, dijo el supuesto mozo con aire de burla. Porque es mas fácil la entrada que la salida.

Pasaron al segundo patio, y por el camino



carreta, é hizo la señal de partir al carretero, que no era otro que el mozo de cordel supuesto. Este marchaba al lado de la bestia, para tirarle de la brida siempre que habia de doblarse una esquina, al lado del vehiculo Simon y sentada en él sobre un baul con la mano derecha puesta en la tapa de la canasta, Juana María; de cuyo semblante no habia desaparecido aun el aire de dignidad que habia asumido en su último diálogo con el comisario de la Comision de salvacion pública.

El hecho que acaba de referirse ocurrió el 10 de enero de 1794. El mismo día en que Luis XVII salió del Temple, su hermana Teresa, que aun ocupaba los cuartos altos del dicho edificio, escribió en su diario, despues conocido bajo el título de,—Relacion de los sucesos ocurridos en el Temple, por madama Real, las siguientes palabras:—Hoy mi tia y yo oimos debajo, en el cuarto de mi hermano, un gran ruido, por donde sospechamos que se le habian llevado. Y nos convencimos de ello, cuando mirando por el ojo de la llave, vimos que sacaban muebles y otros efectos. Al día siguiente oimos abrir la puerta del cuarto de mi hermano, y reconocimos los pasos de los hombres que iban y venian, lo cual nos confirmó en la creencia de que se lo habian llevado.

Entre tanto la estropeada carreta con su extraña carga, rodaba á espacio por las calles, sin llamar la atencion de los transeuntes. Por el camino encontraron varios mozos de cordel, los cuales se daban todos por conocidos de Toulan, le saludaban, averiguaban su destino y seguian adelante, al parecer con la mayor indiferencia. Pero algunos de estos mozos penetraron en brillantes palacios y produjeron en ellos con la nueva singular conmocion. Particularmente en el del conde Frotté, hubo hasta confusion; porque dispuso le prepararan el coche con cuatro caballos, y apenas le dijeron que estaba listo á la puerta, con tres bauls en la zaga, bajó él las escaleras envuelto en su rico redingote de pieles. Tomó asiento á la izquierda de un muchacho de unos diez años de edad, que llevaba cachucha de terciopelo adornada con pieles en el cabello corto y rubio, y cuyo cuerpo delgado y gracioso cubria una capa tambien de terciopelo, la cual descendia hasta los zapatos con hevilas de oro sembradas de piedras preciosas.

Por la precedencia que le concedieron al salir de casa y al entrar en el coche, por las reverencias con que acompañaban las menores palabras que le dirigieron, y por el tono de indiferencia con que el jovencuelo dicho recibió todas esas muestras de respeto y homenaje, se convence cualquiera que el conde y sus criados le tenian en mucho. Cuando este entró en el carruaje, despues del jóven, el mayordomo cerró la portezuela y preguntó hácia dónde queria el conde que se encaminara el postillon.

—Camino de Puy, contestó él; y repetidas las palabras en alta voz, partió el coche.

Apenas le perdió de vista, el mayordomo llamó aparte á uno de los otros criados y le dijo con aire solemne:

—Ciudadano, tengo algo que contaros. ¿Pero me prometéis que sereis fiel y obediente criado del conde? Pues, S. S. ha emprendido un viaje largo, que debe permanecer secreto. Exijo de vos, por tanto, que si alguien os pre-

gunta á donde ha ido S. S., contestéis que lo ignorais. Pero sobre todo, no hay que mencionar que el conde viaja con el jóven... caballero, de cuyo nombre y rango estamos tan poco enterados.

Prometió el criado hacer y decir cómo se le recomendaba y luego que volvió la espalda y se marchó, dijo para si el mayordomo siguiéndole de reojo:

—Hé ahí un espía de la Comision de salvacion pública. Estoy convencido de ello, como de que ahora mismo irá á contárselo todo á las autoridades. Corre, vil insecto. Dí que el conde, acompañado del muchacho, ha partido para Puy. Está bien, muy bien. Con eso los sabuesos se darán un solemne chasco. No apetece cosa mejor el conde, ni con otra mira el el señor Morin de Gueriviere prestó su único hijo. Espero que salga en bien el plan de mi señor, y que la Comision se dé de narices contra el canton de la esquina.

Mientras esto pasaba en un barrio de París, la carreta, con los efectos de Simon, siguiendo otro rumbo hizo alto delante de la casita del resguardo en la puerta Macon. Allí se hallaba una mujer en traje limpio de lavandera de la aldea de Vannes, que era entonces, como ahora, la residencia de las de ese oficio.

—Vamos, gritó ella ayudando á bajar á la esposa del zapatero. Al fin han resollado. Hace dos horas que espero. Se me citó para las once y ya es como la una. ¿Qué dirán mi marido y mi niño cuando me vean volver tan tarde?

—Perdonad, contestó Juana María con bondad. Venimos despacio porque todo estaba suelto en la carreta y temiamos una averia. Esta vez hay mas ropa sucia que otras; todo está en la canasta. Sin mas contar ni apuntar podeis llevarosla en vuestro carreton. Ea, Simon, y tú, mozo, tomen esta canasta y pónganla en el carreton de la lavandera que aguarda á la puerta de la muralla.

En él habia otros lios de ropa sucia. Varios curiosos habia por allí y observaron con mas ó ménos atencion la llegada de la carreta, el trasaso de la canasta al carreton de la lavandera; pero en toda apariencia no sospecharon nada, y, por una parte, el empleo del amo, respetable en aquellos lugares, por otra, el aire de seriedad que adoptó Juana María, impusieron respeto y silencio á chicos y grandes.

La fingida lavandera, no bien montó en su carreton, alzó la tapa de la canasta y removió parte de la de encima, como para arreglar las piezas, y que no se salieran.

—Sire, dijo en voz muy baja, me oye V. A.?

—Sí, contestó una voz débil y apagada en la canasta.

—¿Podrá resistir V. A. un poco mas ahí?

—Podré; pero daos prisa á ponerme en salvo.

Con esto la lavandera pegó un zurriagazo al caballo, el cual partió á un trote vivo, en direccion de los suburbios de la ciudad. Dos hombres le veian partir y le siguieron con la vista hasta que desapareció en una nube de polvo: uno de ellos era Simon, otro Toulan.

A este último, cuando no vio mas el carreton en lontananza, se le iluminó el semblante, y levantando los ojos al cielo, se estuvo breve rato en ademan de orar ó de dar gracias á Dios

por el buen éxito del plan de fuga del príncipe, al ménos hasta su salida del Temple y de la revolucionaria París.

—Ahora bien, Toulan, le dijo el nuevo guardado en secreto. He cumplido mi palabra...

—Cierto, contestó él, á mí me toca ahora cumplir la mia. Entremos en casa y os pagaré.

Entraron, y así que Juana María arregló á la carrera y lo mejor que se pudo sus muebles en la nueva morada, para lo cual empleó á su marido, á Toulan, á un empleado del resguardo y á uno de los curiosos, el segundo se encerró con el primero y le puso en la mano los veinte mil francos en diferentes clases de moneda.

—Pero no habrá quien cante? preguntó Simon contando el dinero pieza á pieza.

—No hay que temer, contestó Toulan. Traicionar al ciudadano Simon equivaldria á traicionarla causa en que estamos afiliados y entregar al jóven rey en manos de sus crueles enemigos. Nadie, excepto yo, sabe que el ciudadano Simon me ha ayudado á salvarle de propia voluntad. Los demas creen que le he engañado, así, tranquilícese que Toulan es tan callado como el sepulcro en ese respecto.

Sin mas, se separaron. Simon vió alejarse á su amigo con expresion siniestra y dijo entre sí:

—Es preciso; de otro modo no tendré descanso ni tranquilidad de día ni de noche. Habré salido del Temple para entrar en otro infierno. Toulan solo sabe tu secreto. ¡Qué lindo! Pero si Toulan muere, con él muere el secreto, está claro: los muertos no hablan. Sí, es preciso, ó caeré en el mismo pozo que he ayudado á cavar. Primero yo, y siempre yo. Al avío, no sea que me gane por la mano.

Antes de perderle de vista, sin embargo, le llamó á voces, para darle, segun le dijo, los rizados que le habian cortado al príncipe y que Juana María se habia traído del Temple por distraccion. Pero buscados, no se encontraron y Toulan quedó en volver por ellos al día siguiente á las nueve.

Todo el día se lo pasó Simon muy pensativo, pues no obstante que sus manos se ocupaban en arreglar los muebles, sus pensamientos se hallaban en otra parte. Por la tarde dijo á su mujer que tenia que ir al Temple, pues habia dejado olvidada una caja con algunos utensilios.

—Se me figura que sientes haber salido de la cárcel, le dijo Juana María sonriendo. Estais triste y pensativo.

—No puedo negar, contestó Simon distraído, que ya me habia aquerenciado en el Temple. Por eso vuelvo allá.

Pero al salir, en vez de dirigirse á la prision de los reyes de Francia, corrió á la casa del Ayuntamiento de la ciudad y tocó la campanilla con tal violencia, que el portero, azorado, vino á abrir sin pérdida de tiempo.

—¿Sois vos, ciudadano? dijo. Creia que habia sucedido algo.

—Pues algo ha sucedido, replicó Simon impaciente. Vengo á dar un parte á la Comision de salvacion pública. ¿Se ha reunido?

—Sí, en la sala pequeña. A la puerta llamará el ciudadano un ujier: él le anunciará.

Este, en efecto, preguntó á Simon qué obje-

to le traia, y sabido, abrió la puerta y dijo en alta voz hácia adentro:

—El ciudadano Simon, con noticias de grave importancia para el Estado.

Los miembros todos de la Convencion conocian mas ó ménos al antiguo carcelero del Temple, conocian su celo y lealtad republicanos, y aunque con grave porte, lo recibieron civil y amablemente.

—He venido, comenzó él á decir despacio y con cierto temblor, para acusar ante este sublime Cuerpo á un individuo que conspira contra la república y amenaza poner en peligro la libertad...

—¿Quién es? qué ha hecho? preguntó el presidente sonriendo.

—¿Qué ha hecho? Mucho. Trata nada ménos que de sacar del Temple el lobezno. Tal vez ya lo ha conseguido, porque cuando yo salí no habia llegado todavia mi sucesor y el pequeño Capeto se quedó solo. ¿Quién es ese capaz de librar al chico y á las dos mujeres? Toulan, el traidor, el realista Toulan.

—Toulan! repitió Petion. Le conocemos, es capaz de todo. Ya fué preso una vez y con la fuga escapó al castigo que tenia merecido. Sin duda que ha ido á Coblenza á reunirse con los otros traidores, hermanos del tirano. La policia está vigilante, y no ha descubierto todavia dónde se oculta.

—Pues yo voy á poner la policia en la pista, repuso Simon riendo. Tened la bondad, ciudadanos, de despachar á mi casa mañana dos guardia civiles y les entregaré al traidor Toulan.

## CAPITULO XXVIII.

### MUERTE DE TOULAN.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Toulan, en traje de mozo de cordel, se acercó á casa del nuevo guarda en la puerta Macon, quien le recibió á la entrada contento y le condujo á la sala.

—Soy, como veis, puntual; dijo Toulan. Espero que sereis tan puntual en darme lo prometido.

—Siento no poder en este momento. Mi esposa tiene el paquetero y ella ha salido. Esperad, sin embargo, si estais ansioso de poseer esa prenda.

—Esperaré hasta mañana si es preciso. Los rizados de mi jóven rey valen un tesoro para mí...

—Vamos, ciudadano, le interrumpió Simon, exagerais. ¿Va que estimais en mas la botellita dorada que os regaló la Austriaca? La conservais aun?

—No se aparta de mí, contestó el entusiasta realista. Mas bien que perder tan cara prenda de Maria Antonieta, preferiria perder la vida.

—Veremos si eso es verdad, dijo Simon riendo á tiempo que abria la puerta. Entraron dos comisarios seguidos de hombres armados, y él añadió: ¿Habeis oido todo?

—Todo, contestaron ellos; ciudadano Toulan, agregaron hablando con este último, daos preso. Ea, ciudadanos soldados, aseguradle bien y á la Conserjería con él. Las autoridades decidirán en breve de su suerte.

—Está bien, contestó el jóven con serenidad.

carreta, é hizo la señal de partir al carretero, que no era otro que el mozo de cordel supuesto. Este marchaba al lado de la bestia, para tirarle de la brida siempre que habia de doblarse una esquina, al lado del vehiculo Simon y sentada en él sobre un baul con la mano derecha puesta en la tapa de la canasta, Juana María; de cuyo semblante no habia desaparecido aun el aire de dignidad que habia asumido en su último diálogo con el comisario de la Comision de salvacion pública.

El hecho que acaba de referirse ocurrió el 10 de enero de 1794. El mismo día en que Luis XVII salió del Temple, su hermana Teresa, que aun ocupaba los cuartos altos del dicho edificio, escribió en su diario, despues conocido bajo el título de,—Relacion de los sucesos ocurridos en el Temple, por madama Real, las siguientes palabras:—Hoy mi tia y yo oimos debajo, en el cuarto de mi hermano, un gran ruido, por donde sospechamos que se le habian llevado. Y nos convencimos de ello, cuando mirando por el ojo de la llave, vimos que sacaban muebles y otros efectos. Al día siguiente oimos abrir la puerta del cuarto de mi hermano, y reconocimos los pasos de los hombres que iban y venian, lo cual nos confirmó en la creencia de que se lo habian llevado.

Entre tanto la estropeada carreta con su extraña carga, rodaba á espacio por las calles, sin llamar la atencion de los transeuntes. Por el camino encontraron varios mozos de cordel, los cuales se daban todos por conocidos de Toulan, le saludaban, averiguaban su destino y seguian adelante, al parecer con la mayor indiferencia. Pero algunos de estos mozos penetraron en brillantes palacios y produjeron en ellos con la nueva singular conmocion. Particularmente en el del conde Frotté, hubo hasta confusion; porque dispuso de prepararan el coche con cuatro caballos, y apenas le dijeron que estaba listo á la puerta, con tres bauls en la zaga, bajó él las escaleras envuelto en su rico redingote de pieles. Tomó asiento á la izquierda de un muchacho de unos diez años de edad, que llevaba cachucha de terciopelo adornada con pieles en el cabello corto y rubio, y cuyo cuerpo delgado y gracioso cubria una capa tambien de terciopelo, la cual descendia hasta los zapatos con hevilas de oro sembradas de piedras preciosas.

Por la precedencia que le concedieron al salir de casa y al entrar en el coche, por las reverencias con que acompañaban las menores palabras que le dirigieron, y por el tono de indiferencia con que el jovencuelo dicho recibió todas esas muestras de respeto y homenaje, se convence cualquiera que el conde y sus criados le tenian en mucho. Cuando este entró en el carruaje, despues del jóven, el mayordomo cerró la portezuela y preguntó hácia dónde queria el conde que se encaminara el postillon.

—Camino de Puy, contestó él; y repetidas las palabras en alta voz, partió el coche.

Apenas le perdió de vista, el mayordomo llamó aparte á uno de los otros criados y le dijo con aire solemne:

—Ciudadano, tengo algo que contaros. ¿Pero me prometéis que sereis fiel y obediente criado del conde? Pues, S. S. ha emprendido un viaje largo, que debe permanecer secreto. Exijo de vos, por tanto, que si alguien os pre-

gunta á donde ha ido S. S., contestéis que lo ignorais. Pero sobre todo, no hay que mencionar que el conde viaja con el jóven... caballero, de cuyo nombre y rango estamos tan poco enterados.

Prometió el criado hacer y decir cómo se le recomendaba y luego que volvió la espalda y se marchó, dijo para si el mayordomo siguiéndole de reojo:

—Hé ahí un espía de la Comision de salvacion pública. Estoy convencido de ello, como de que ahora mismo irá á contárselo todo á las autoridades. Corre, vil insecto. Dí que el conde, acompañado del muchacho, ha partido para Puy. Está bien, muy bien. Con eso los sabuesos se darán un solemne chasco. No apetece cosa mejor el conde, ni con otra mira el el señor Morin de Gueriviere prestó su único hijo. Espero que salga en bien el plan de mi señor, y que la Comision se dé de narices contra el canton de la esquina.

Mientras esto pasaba en un barrio de París, la carreta, con los efectos de Simon, siguiendo otro rumbo hizo alto delante de la casita del resguardo en la puerta Macon. Allí se hallaba una mujer en traje limpio de lavandera de la aldea de Vannes, que era entonces, como ahora, la residencia de las de ese oficio.

—Vamos, gritó ella ayudando á bajar á la esposa del zapatero. Al fin han resollado. Hace dos horas que espero. Se me citó para las once y ya es como la una. ¿Qué dirán mi marido y mi niño cuando me vean volver tan tarde?

—Perdonad, contestó Juana María con bondad. Venimos despacio porque todo estaba suelto en la carreta y temiamos una averia. Esta vez hay mas ropa sucia que otras; todo está en la canasta. Sin mas contar ni apuntar podeis llevarosla en vuestro carreton. Ea, Simon, y tú, mozo, tomen esta canasta y pónganla en el carreton de la lavandera que aguarda á la puerta de la muralla.

En él habia otros lios de ropa sucia. Varios curiosos habia por allí y observaron con mas ó ménos atencion la llegada de la carreta, el trasaso de la canasta al carreton de la lavandera; pero en toda apariencia no sospecharon nada, y, por una parte, el empleo del amo, respetable en aquellos lugares, por otra, el aire de seriedad que adoptó Juana María, impusieron respeto y silencio á chicos y grandes.

La fingida lavandera, no bien montó en su carreton, alzó la tapa de la canasta y removió parte de la de encima, como para arreglar las piezas, y que no se salieran.

—Sire, dijo en voz muy baja, me oye V. A.?

—Sí, contestó una voz débil y apagada en la canasta.

—¿Podrá resistir V. A. un poco mas ahí?

—Podré; pero daos prisa á ponerme en salvo.

Con esto la lavandera pegó un zurriagazo al caballo, el cual partió á un trote vivo, en direccion de los suburbios de la ciudad. Dos hombres le veian partir y le siguieron con la vista hasta que desapareció en una nube de polvo: uno de ellos era Simon, otro Toulan.

A este último, cuando no vio mas el carreton en lontananza, se le iluminó el semblante, y levantando los ojos al cielo, se estuvo breve rato en ademan de orar ó de dar gracias á Dios

por el buen éxito del plan de fuga del príncipe, al ménos hasta su salida del Temple y de la revolucionaria París.

—Ahora bien, Toulan, le dijo el nuevo guardado en secreto. He cumplido mi palabra...

—Cierto, contestó él, á mí me toca ahora cumplir la mia. Entremos en casa y os pagaré.

Entraron, y así que Juana María arregló á la carrera y lo mejor que se pudo sus muebles en la nueva morada, para lo cual empleó á su marido, á Toulan, á un empleado del resguardo y á uno de los curiosos, el segundo se encerró con el primero y le puso en la mano los veinte mil francos en diferentes clases de moneda.

—Pero no habrá quien cante? preguntó Simon contando el dinero pieza á pieza.

—No hay que temer, contestó Toulan. Traicionar al ciudadano Simon equivaldria á traicionarla causa en que estamos afiliados y entregar al jóven rey en manos de sus crueles enemigos. Nadie, excepto yo, sabe que el ciudadano Simon me ha ayudado á salvarle de propia voluntad. Los demas creen que le he engañado, así, tranquilícese que Toulan es tan callado como el sepulcro en ese respecto.

Sin mas, se separaron. Simon vió alejarse á su amigo con expresion siniestra y dijo entre sí:

—Es preciso; de otro modo no tendré descanso ni tranquilidad de día ni de noche. Habré salido del Temple para entrar en otro infierno. Toulan solo sabe tu secreto. ¡Qué lindo! Pero si Toulan muere, con él muere el secreto, está claro: los muertos no hablan. Sí, es preciso, ó caeré en el mismo pozo que he ayudado á cavar. Primero yo, y siempre yo. Al avío, no sea que me gane por la mano.

Antes de perderle de vista, sin embargo, le llamó á voces, para darle, segun le dijo, los rizados que le habian cortado al príncipe y que Juana María se habia traído del Temple por distraccion. Pero buscados, no se encontraron y Toulan quedó en volver por ellos al día siguiente á las nueve.

Todo el día se lo pasó Simon muy pensativo, pues no obstante que sus manos se ocupaban en arreglar los muebles, sus pensamientos se hallaban en otra parte. Por la tarde dijo á su mujer que tenia que ir al Temple, pues habia dejado olvidada una caja con algunos utensilios.

—Se me figura que sientes haber salido de la cárcel, le dijo Juana María sonriendo. Estais triste y pensativo.

—No puedo negar, contestó Simon distraído, que ya me habia aquerenciado en el Temple. Por eso vuelvo allá.

Pero al salir, en vez de dirigirse á la prision de los reyes de Francia, corrió á la casa del Ayuntamiento de la ciudad y tocó la campanilla con tal violencia, que el portero, azorado, vino á abrir sin pérdida de tiempo.

—¿Sois vos, ciudadano? dijo. Creia que habia sucedido algo.

—Pues algo ha sucedido, replicó Simon impaciente. Vengo á dar un parte á la Comision de salvacion pública. ¿Se ha reunido?

—Sí, en la sala pequeña. A la puerta llamará el ciudadano un ujier: él le anunciará.

Este, en efecto, preguntó á Simon qué obje-

to le traia, y sabido, abrió la puerta y dijo en alta voz hácia adentro:

—El ciudadano Simon, con noticias de grave importancia para el Estado.

Los miembros todos de la Convencion conocian mas ó ménos al antiguo carcelero del Temple, conocian su celo y lealtad republicanos, y aunque con grave porte, lo recibieron civil y amablemente.

—He venido, comenzó él á decir despacio y con cierto temblor, para acusar ante este sublime Cuerpo á un individuo que conspira contra la república y amenaza poner en peligro la libertad...

—¿Quién es? qué ha hecho? preguntó el presidente sonriendo.

—¿Qué ha hecho? Mucho. Trata nada ménos que de sacar del Temple el lobezno. Tal vez ya lo ha conseguido, porque cuando yo salí no habia llegado todavia mi sucesor y el pequeño Capeto se quedó solo. ¿Quién es ese capaz de librar al chico y á las dos mujeres? Toulan, el traidor, el realista Toulan.

—Toulan! repitió Petion. Le conocemos, es capaz de todo. Ya fué preso una vez y con la fuga escapó al castigo que tenia merecido. Sin duda que ha ido á Coblenza á reunirse con los otros traidores, hermanos del tirano. La policia está vigilante, y no ha descubierto todavia dónde se oculta.

—Pues yo voy á poner la policia en la pista, repuso Simon riendo. Tened la bondad, ciudadanos, de despachar á mi casa mañana dos guardia civiles y les entregaré al traidor Toulan.

## CAPITULO XXVIII.

### MUERTE DE TOULAN.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Toulan, en traje de mozo de cordel, se acercó á casa del nuevo guarda en la puerta Macon, quien le recibió á la entrada contento y le condujo á la sala.

—Soy, como veis, puntual; dijo Toulan. Espero que sereis tan puntual en darme lo prometido.

—Siento no poder en este momento. Mi esposa tiene el paquetero y ella ha salido. Esperad, sin embargo, si estais ansioso de poseer esa prenda.

—Esperaré hasta mañana si es preciso. Los rizados de mi jóven rey valen un tesoro para mí...

—Vamos, ciudadano, le interrumpió Simon, exagerais. ¿Va que estimais en mas la botellita dorada que os regaló la Austriaca? La conservais aun?

—No se aparta de mí, contestó el entusiasta realista. Mas bien que perder tan cara prenda de Maria Antonieta, preferiria perder la vida.

—Veremos si eso es verdad, dijo Simon riendo á tiempo que abria la puerta. Entraron dos comisarios seguidos de hombres armados, y él añadió: ¿Habeis oido todo?

—Todo, contestaron ellos; ciudadano Toulan, agregaron hablando con este último, daos preso. Ea, ciudadanos soldados, aseguradle bien y á la Conserjería con él. Las autoridades decidirán en breve de su suerte.

—Está bien, contestó el jóven con serenidad.



No dudo que se me hará el honor de despacharme por el camino por donde despacharon á mis reyes. Seguiré su noble ejemplo y moriré como ellos con firmeza por la santa causa de la monarquía. Vamos, no quiero respirar por mas tiempo el aire que ha emponzoñado con su ahiento el blasfemo y falso Simon. ¡Ay! de tí, miserable! Acuérdate de mí en tu hora postrera y ten presente estas palabras:—Hoy me envías á la muerte, para vivir en paz. Pero no la hallarás sobre la tierra y si nadie te delata, ahí está tu conciencia que te acusará constantemente. Sobre tu cabeza caiga mi sangre.

Solo por corto tiempo gozó Simon de su libertad y de su dinero, volviéndose loco al cabo de un año, en cuyo estado atentó varias veces contra su vida, y murió en la casa de dementes de Bicetre. Su esposa hasta 1821 vivió en un hospital de París, y en la hora de su muerte afirmó que el pequeño Capeto fué librado del Temple de la manera que queda referida en las anteriores páginas.

Al anochecer del día en que Simon salió del Temple, el sota despachador, cumplida su tarea, participó que no era el pequeño Capeto el niño que yacía en el colchon. Debía saber esto, recalaba, porque diariamente le había visto desde que le encerraron y recordaba perfectamente su fisonomía.

Mucho asustó al nuevo carcelero, Augusto Lasne, nueva tan inesperada como extraordinaria, y dió parte inmediatamente de la ocurrencia á la Comision de salvacion pública. Esta, desde bien temprano, se constituyó en cuerpo en el Temple, y recomendando á todos el mayor secreto, empezó las investigaciones con energia y celeridad.

Vestido con la ropa gastada del delfin se encontraron las autoridades en el colchon con un muchacho calenturiento y gimiente. La ropa fué fácil reconocerla por ser la misma que algun tiempo ántes se había mandado hacer para el hijo del rey, mas nadie pudo afirmar si era este el chico cubierto de llagas, de cara abotagada, ojos hundidos y sin lustre, que tenían delante. ¿Podía la enfermedad haber efectuado cambio tan completo en la fisonomía, por lo comun ántes animada y risueña del príncipe?

Ante todo se hizo comparecer allí al doctor Naudin. Y examinado el muchacho, afirmó formalmente que era el mismo que había visto cuando le llamaron para visitar á la mujer Simon, solo que la enfermedad, en su constante desarrollo, había producido los cambios que se observaban, ademas de que, habiéndole cortado los rizos, no había que sorprenderse de que no le reconociera el sota despachador del Temple.

Lo mismo afirmó Simon á quien se le tomó declaración. Para mas confirmacion de su aserto trajo los rizos que le había cortado al delfin el día anterior, y comparados con el pelo corto del niño enfermo, se vió que no difería esencialmente el color de ambos.

No fué esto bastante, sin embargo, para disipar las dudas de algunos miembros de la Comision, en especial cuando el criado del conde Frotté dió parte del viaje repentino y misterioso de su amo, en compañía de un muchacho á quien todos habían tratado con la mayor deferencia y toda suerte de agasajos.

¿Quién podía ser ese muchacho sino el del-

fin, arrebatado del Temple por el conde y Toulan de una manera tan misteriosa como hábil? Se ordenó pues la persecucion de los fugitivos, con mayoría de razon que el gobierno tuvo noticia de que el conde de Saint Prix había salido de París con otro muchacho y tomó el camino de Alemania. Chazel, miembro de la Convencion, fué despachado á Puy para prender al primero de estos condes junto con el muchacho; y Chauvaine, otro miembro del mismo cuerpo, recibió orden de ir en pos del conde de Saint Prix.

Al cabo de días ambos volvieron, sin haber efectuado cosa de provecho; porque si bien Chazel alcanzó al conde Frotté en Puy acompañado de un muchacho, se probó hasta la evidencia que este no era el hijo del rey, sino del señor Morin de Gueriviere, ausente en Coblenza. Chauvaine ni tanto logró en la caza, pues se le escapó el conde de Saint Prix, quien, según informes, había cruzado el Rin en compañía de otro muchacho y entrado en Alemania.

Inútil era, por tanto, continuar las investigaciones y necesario resolverse á creer que el muchacho entonces enfermo en el Temple y cada vez mas grave, era Luis Carlos, hijo de Luis XVI. Debía guardarse un estricto silencio sobre las sospechas que se habían despertado, á fin de que los monarquistas no abrigasen nuevas esperanzas y valor fundados en la posibilidad de la fuga del delfin de la prision del Temple.\*

Con motivo de las investigaciones que se hacian lo mismo que de las esperanzas que se alimentaban de que hablase Toulan, no se dispuso sumariamente de su suerte. Preso y conducido á la Conserjería el 20 de enero, ahí se le detuvo hasta el mes de mayo en que le condenaron á muerte casi sin previa formacion de causa. Su delito fué aceptar regalos de la viuda Capeto y haber tramado su liberacion y la de sus hijos de la cárcel.

En el mismo día y á la misma pena condenaron á madama Isabel, hermana de Luis XVI, por haber llevado correspondencia con sus hermanos, por conducto de Toulan, con objeto de facilitar la fuga de la familia real. Cuando le notificaron su sentencia, dijo ella sonriendo:—Gracias doy á mis jueces que me permiten ir á reunirme con los que amo en la presencia de Dios.

Con igual compostura y serenidad recibió Toulan la notificacion de su sentencia de muerte, y como último y único favor pidió le guillotinasen junto con madama Isabel, á la cual deseaba acompañar al patibulo.

—Concedido, le dijo el juez, pero en ese caso solo os quedan algunas horas de vida, ciudadano Toulan, siendo así que mañana será guillotinaa Isabel Capeto.

Bien temprano salieron tres carretas de la Conserjería. En cada una iban sentadas ocho personas, tanto hombres como mujeres, todas de la mas elevada aristocracia. Habíanse puesto sus mas brillantes vestidos y ricos adornos, sus sedas, bordados de oro, encajes, joyas costosísimas, raras plumas, el cabello aderezado á la última moda y adornado con flores y cintas, abanicos caprichosos, todo, en fin, como para una gran fiesta. Si eran los caballeros llevaban las casacas de terciopelo bordadas

nos, sus sedas, bordados de oro, encajes, joyas costosísimas, raras plumas, el cabello aderezado á la última moda y adornado con flores y cintas, abanicos caprichosos, todo, en fin, como para una gran fiesta. Si eran los caballeros llevaban las casacas de terciopelo bordadas de plata y oro, la pechera con ricos velos de batista bordados, los puños con espléndidos encajes de Flandes, la cabeza al descubierto, para mostrar la coleta y los bucles empolvados y el sombrero de tres picos, galoneado y con plumas, bajo el brazo, al modo con que se presentaban en la corte á rendir homenaje á los reyes.

Todos estos aristócratas habían pedido como un favor se les guillotinasen ese día, aniversario del último en que habían estado en Versalles. En todos los semblantes se notaba una viva alegría, en los ojos el entusiasmo, y cuando los veinte y cuatro fanáticos, porque otro nombre no puede dárseles, se aparearon de las carretas al pié del patibulo, cualquiera habria creído que concurrían á unas bodas y no al matrimonio de la muerte.

En esa brillante y gozosa comitiva, no había sino dos personas que diferían de las restantes en su aspecto, en su traje y en su porte. Una era, la muchacha de rostro pálido y angélico, que iba sentada entre la hermana de Malesherbes y la esposa del antiguo ministro Montmorin, vestida de blanco y con un velo sencillo de muselina, que la rodeaba como una nube blanca en que ascendía al cielo. La otra era el hombre que se sentaba detras de ella, cuyo semblante firme é impávido, no presentaba la mas ligera muestra de que una hora ántes había vertido copiosas, amargas lágrimas al despedirse de su mujer y de su único hijo. En aquella su frente activa y pensadora, no restaba la menor huella de las penas terrenales; porque Toulan, hasta en la muerte, queria hacer honor al nombre que le había dado su reina, la mas amable y amada de todas las mujeres en la tierra.

Una vez desmontados, al pié del cadalso y á la vista de la horrible máquina de muerte, se dejó en libertad á las señoras y caballeros decidieran entre sí el orden en que debían ascender las gradas y rendir el cuello, bajo la cortante cuchilla. Respecto de la hermana del rey y de Toulan, había dispuesto, sin embargo, el tribunal revolucionario, que aquella fuese decapitada la penúltima y este el último.

Pidieron, no obstante, los caballeros el favor de preceder á las señoras en el patibulo; y uno tras otro al subir las gradas, hacia una reverencia á Isabel, lo mismo que si estuviera en la corte, y un saludo con la mano á sus amigos. La princesa contestaba con una sonrisa que no tenia nada de terrenal.

Luego que cayeron en la canasta las doce cabezas de los caballeros, luego que se echaron á un lado sus cadáveres y que se limpió un poco el charco de sangre en el tablado, le tocó su turno á las señoras. Todas abrazaron y besaron á la princesa y todas con la sonrisa en los labios pusieron la cabeza bajo el hacha. La ante penúltima que ascendió las gradas del patibulo fué la marquesa Crussol d'Amboise.

—Fiel, dijo entonces Isabel á Toulan, pronto

me veré con mi hermano y mi cuñada. Dame la mano, hermano mio, me acompañarás á la muerte y allá arriba te presentaré á María Antonieta. Hermana, le diré, este es el único corazon leal y bueno que late por tí en la tierra, te le traigo para que te regocijes con él en el cielo. La palabra de Dios ha sancionado el título que te ha dado mi hermana: Sé fiel hasta la muerte y yo te daré una corona de vida.

En aquel instante crejó la máquina, se oyó un golpe sordo, saltaron chorros de sangre y la cabeza de la marquesa Crussol d'Amboise cayó en la canasta, todo de seguido.

—Isabel Capeto, gritó el verdugo.

—Allá voy, contestó ella con voz entera.

Y empezó á subir las gradas. Toulan la siguió de cerca, y ya en los últimos escalones le tocó en el brazo y la dijo:

—Princesa, tengo un secreto que comunicaros. Juré que mis labios no lo revelarían á ningún mortal; pero vos, Isabel, no pertenecéis ya á este mundo, la paz de Dios ilumina vuestra frente y ántes de remontaros al cielo deseo que vuestro corazon se ensanche y tenga un instante de gozo. Sabed que el muchacho encerrado hoy en el Temple, no es el delfin. He cumplido la promesa que hice á la reina. Mediante mis esfuerzos, ha tiempo que Luis Carlos se halla en la Vendée, sano y salvo, bajo la proteccion del príncipe de Condé.

—Gracias, Fiel, adios! Un beso de hermanos y adios!

—Adios, hermana mia! contestó Toulan besando aquellos labios que contraia constantemente una celestial sonrisa.

Mientras Isabel con paso firme y sereno continente caminaba á la máquina, se quitaba el velo y ponía la garganta en el poste, debajo de la cuchilla, Toulan permaneció de rodillas con los ojos fijos en el espacio, las manos juntas y el semblante transfigurado á poder de la oracion ó del vuelo que había emprendido su espíritu mucho ántes que el verdugo hubiese roto el vaso de barro en que plugo encerrarlo á su Creador.

—Toulan! gritó el verdugo. ¿No has oído? Ahora te toca á tí.

Efectivamente, él no había visto caer en la canasta la noble cabeza de Isabel, no había oído las voces de Samson que le llamaban, de tal modo se había abstraído en aquella hora suprema. Apenas apareció en el tablado con el ademán fiero y el rostro radiante de alegría, cuando una mujer joven y hermosa, en medio del tropel de espectadores, dió un grito desgarrador y penetrante, cayendo sin conocimiento en brazos de algunas personas allí inmediatas, á tiempo que un muchacho que la acompañaba, extendía sus brazos al patibulo y exclamaba:—¡Padre, querido padre!

Si Toulan oyó aquellos gritos y notó la escena del desmayo, ó no, difícil es afirmarlo, porque no bajó la vista en direccion de los espectadores, ni se le inmuto por un segundo siquiera la serenidad del semblante.

—Dios es amor, dijo él bien alto y claro, al doblar el cuello. Aquel que vive en amor, vive en Dios, y Dios...

El golpe del hacha no le dejó terminar la frase.

## LIBRO SEXTO.

## CAPITULO XXIX.

## SIN NOMBRE NI RANGO.

PASEÁBASE muy agitado en sus aposentos el príncipe de Condé. Tenía la frente anublada, la mirada triste, levantando á veces la mano, como para disipar un velo que la empañaba.

—Es preciso, decía. No veo otro medio de salvarle de los lazos que le tienden sus enemigos y amigos. Que parta, y al punto.

Tocó una campanilla y dijo al criado que se presentó, fuera en busca del muchacho que habían traído el día anterior. Y á poco, en efecto, entró en el cuarto un jovencuelo de diez á doce años de edad, con grandes ojos azules, el cabello rubio, las formas graciosas y la complexión delicada. Conmovióse profundamente Condé á su aparición, le recibió con los brazos abiertos, le estrechó fuertemente en su pecho y le besó en la cabeza y en los ojos.

—Seáis bien venido, le dijo en voz trémula. Mucho he deseado este momento y me colma de felicidad. Estais en salvo, gozais de libertad, volveis á la vida, y espero que la suerte os guarda un brillante porvenir.

—Yo también me alegro mucho de veros, querido primo, contestó el muchacho en voz dulce y argentina. Ansiaba este momento para agradeceros todo lo que habeis hecho por mí, pues á vos debo la libertad y la vida.

—No me llameis primo, repuso el príncipe agitado, cambiando repentinamente de tono y de aspecto su semblante poco há gozoso.

—¿Os pesa ya de haberme visto? le preguntó el muchacho que había fijado sus ojos azules en el príncipe y observado con sorpresa el cambio operado en su semblante.

No contestó él al pronto, sino que continuó sus paseos arriba y abajo, y luego parándose delante del muchacho, le dijo:

—Sentémonos y hablemos. Deseo saber, agregó luego que le hizo sentar en un almohadón, si teneis buena memoria, porque me han dicho que habeis padecido mucho de la cabeza y que habeis olvidado. . . .

—He guardado silencio sobre lo pasado, le interrumpió el joven con ligera sonrisa, según se me ha ordenado, pero no he olvidado nada.

—¿Os acordais de vuestra madre?

—Señor, repuso él temblando la voz y después de haber enrojecido y palidecido sucesivamente, ¿cómo es posible que yo olvide á mi querida madre la reina? No me amaba ella con delirio? Ah! A saber la pena que me causais creo que no me hubierais hecho esa pregunta.

—Os ruego me perdoneis, dijo el príncipe desazonado. Veo que no la habeis olvidado. A otra cosa. ¿Qué os sucedió en la prision? cómo se llamaban vuestros guardianes?

—Mis guardianes eran el maestro Simon y su mujer, ambos de la mas baja extraccion y muy crueles.

—¿Cómo os trataron?

—Muy mal, siendo lo peor, que querían que yo cantase canciones indecentes sobre mi madre.

—Las cantabais?

—Nunca! repuso el muchacho en tono y ademán fogosos. Antes habria muerto que tal hiciera.

—¿Y cómo escapasteis de manos de esas gentes?

—Tan bien como yo lo sabeis, príncipe de Condé; contestó sonriendo el joven. Por vos me veo libre.

—Pero decidme vos la historia, los pormenores. Contribuí, como suponeis, á vuestra soltura, mas no me hallé presente.

El muchacho refirió en breves palabras la manera cómo salió del Temple, cómo puesta la canasta en el carroton de una lavandera partieron de Paris y no cesaron de correr hasta llegar á una aldea, cuyo nombre ignoraba; que allí le sacaron de la incómoda posición en que iba, descansaron un poco en una casa y cambiaron de traje él y su conductor.

La supuesta lavandera, continuó, no era otro que el marqués de Jarjayes, el cual juntamente con Toulan, llevó á efecto el plan de fuga. Después de cambiar de trajes entraron en otro carruaje y anduvieron todo el día, descansando el tercero en una segunda casa.

—¿Os dijeron á dónde os llevaban?

—Sí, me dijo Jarjayes que el príncipe de Condé era mi protector y salvador, que él había proporcionado los fondos, y que yo debía permanecer oculto en alguno de sus palacios hasta que llegase el tiempo de que se me pudiese reconocer públicamente. Me recomendó el marqués que no hablase palabra de lo pasado, que no mencionase nada concerniente á mí ni á mi familia, y que si no seguía sus instrucciones al pié de la letra, volvería á caer bajo el poder de Simon y ser la causa de la muerte de mi hermana Teresa y de mi tia Isabel. Hé aquí la razon de mi mudéz.

—Lo entiendo. ¿A dónde os llevó Jarjayes?

—A uno de los palacios del príncipe de Condé, en la hermosa y leal Vendée. Me agradó mucho ese sitio y me rodearon personas muy amables. Se propagó que yo era sobrino del príncipe, y que á causa del mal estado de mi salud, se me había enviado al campo. Me nombraron preceptor para que me diera lecciones y el valiente general Charette vino á palacio varias veces á verme. Siempre me trató con la mayor política y amabilidad. Me rogó un día le acompañara á pasear por el jardin. Hicelo así, y apenas entramos en una senda estrecha y sombreada de árboles, se echó á mis plantas de rodillas, me dió el tratamiento de magestad, dijo que sabia muy bien que yo era el rey de Francia, á quien el noble príncipe de Condé había salvado de la prision.

—¿Diablo! exclamó este. Nuestros caros amigos son s'empre nuestros peores enemigos.

—El general me conjuró le confesase, continuó el joven sin hacer caso de la murmuración del príncipe, que yo era el hijo del rey Luis,

que debía seguirle, permanecer con sus tropas, las cuales me reconocerian desde luego y me proclamarían rey de Francia.

—¿Y qué contestasteis?

—Señor, replicó el muchacho con fuerza, ya os he dicho que prometí al marqués no divulgar nada respecto de mí mismo hasta tanto que vos me facultaseis para ello. Nada pues declaré á Charette, díjele si que estaba en un error, y que yo no tenia derecho á otro honor que el de llamarme sobrino del príncipe de Condé.

—Dijisteis eso? preguntó este asombrado.

—No sabia entonces, añadió el mozo con un movimiento de orgullo, que no le era agradable mi parentesco con el príncipe de Condé.

—Continuad. ¿Qué hizo el general Charette luego que le desengañasteis de esa manera?

—Al principio me rogó, me lloró y me instó confiara en él, y que depusiera mi incógnito ante el mas leal y bueno de los realistas. Pero como yo me mantuviese firme, él se enojó, me echó de sí, me amenazó con el puño y juró que se vengaría de los que le habían engañado, declarando que yo no era Borbon, porque el hijo de mis padres no podia ser tan débil y cobarde que ocultase su nombre y estirpe.

—¿Y guardasteis silencio á despecho de sus exigencias?

—Sí, señor, no obstante su dolor é incomodidad, le dejé en la creencia de que había padecido error, ó mas bien, de que le habían engañado.

—Ah! exclamó Condé, claro es que os habeis templado en la escuela de la adversidad. Los años de padecimientos deben contarse dobles en vuestra vida, porque á despecho de vuestra edad, que no pasa de los doce, habeis obrado como hombre.

—Señor, los Borbones á los quince llegan á su mayor edad, y según las leyes de Francia, á esa pueden gobernar. Desde pequeñuelos, pues, deben empezar á aprender el arte. Tal era la opinión de Maria Antonieta, quien me enseñó á leer desde los cinco años. Durante los dos que he vivido oculto en vuestro palacio de la Vendée, habeis echado los fundamentos en que puede descansar la estructura de mi vida. Gracias á los maestros que me habeis dado he podido recordar mucho de lo que había olvidado en mi larga encarcelacion.

—Vuestros preceptores, según estoy informado, encomian vuestra aplicacion y se prometen mucho de vuestro talento. Conoceis varias lenguas y se os ha instruido en el arte de la guerra y en la ciencia de las matemáticas.

—Es decir, en los estudios de los reyes y soldados.

—Temo que no habeis emprendido dichos estudios, para hacer su aplicacion entre soldados, observó Condé suspirando. Oscuro es el porvenir que os aguarda, si, mas oscuro que cuando salisteis del Temple. Los dos años trascurridos han puesto de peor condicion vuestro destino. Por fortuna los habeis pasado en la soledad y el secreto, dando tiempo á concluir vuestra educacion. Seria una dicha para vos poder continuar así algunos mas. Pero os han buscado sin descanso vuestros enemigos, ya están en vuestra pista y á dejaros por mas tiempo ahí, se os hubiera encontrado en el parque el día ménos pensado muerto de un tiro ó una puñalada. Me ha informado el mayordomo que

observa de algun tiempo á esta parte en las cercanías del palacio y del jardin, mas de un individuo de carácter sospechoso, los cuales, se me figura, son los emisarios de vuestros enemigos. Por eso, os he sacado del palacio y os he traído aquí como lugar de mas seguridad. Ahora bien, ¿sabeis quiénes son vuestros enemigos?

—Creo conocerlos, dijo Luis Carlos con triste sonrisa. Mis enemigos son los mismos, sepongo, que condujeron al cadalso á mi padre y á mi madre, los que han destruido el trono y el altar y han puesto el gorro colorado á la Francia. Mis enemigos son los republicanos, que ahora gobiernan el país, cuyo primordial objeto debe ser quitarme del camino, porque mi vida es su muerte. Francia se cansará algun día del gorro colorado y devolverá el trono á aquel á quien le pertenece, tan pronto como esté cierta de que vive el que tiene derecho á llevar la corona.

—¿Y quién creéis que tiene derecho á llevarla?

—Me preguntais como si yo no fuese el único hijo del rey de Francia asesinado.

—El único hijo, decís bien, pero no el único heredero. Hay quien os disputa la herencia. Aun cuando se proclamase en Francia de nuevo la monarquía, se haria cualquier cosa por alejaros del trono á vos, el hijo de Luis XVI y ponerle la corona á otro.

—Señor, si la monarquía surge, la corona me pertenece, y no veo quién me la dispute.

—Vuestros enemigos, os repito; no los que habeis nombrado, sino otros de cuya existencia no teneis sospecha, parece, los realistas.

—Cómo! ¿Llamais enemigos míos á los realistas?

—Parte de ellos son vuestros poderosos, incansables enemigos. ¿No reparais que aun aquí no me atrevo á daros el tratamiento á que sois acreedor, porque temo me oigan las paredes y se aumenten los peligros que os amenazan? ¿Queréis saber el nombre de vuestro mayor enemigo? El conde de Provenza.

—¿Qué decís? Mi tío, el hermano de mi padre, enemigo mío?

—Lo es, como lo fué de vuestra madre. Creedme, joven, no fué el pueblo el que hizo la revolucion de Francia, fueron los príncipes, el conde de Provenza, el conde de Artois y el duque de Orleans. Ellos destruyeron el trono, ellos desprestigiaron la córte, ellos con sus libelos y escritos escandalosos, hicieron odioso el nombre de Maria Antonieta. A ello los impelió el odio, el deseo de venganza, la propia ambicion. La reina logró reconciliar á su marido con la política Austriaca, hazafia que no le perdonaron jamas el de Provenza ni el resto de la familia real. ¿Posible es que perdone al hijo quien nunca perdonó á la madre?

—Permitidme dudar de que el ambicioso conde me dispute mi herencia cuando sepa que estoy vivo y la reclamo.

—No se hará caso de vuestra demanda; declararán que sois un impostor. Ah! No conocéis al conde. El quiere abrirse camino al trono, y si os atravesais, sin compasion ni escrúpulo, de seguro que os quita de en medio. De lo que digo estoy firmemente convencido, porque hace tres trato de cerca al príncipe. Me guardé de comunicarle el plan de vuestra fuga, y una vez efectuada, no me atreví á romper el

silencio. Sin embargo, habiéndose sabido, por noticias de París, que había muerto en el Temple, tras larga enfermedad, el muchacho que se puso en lugar vuestro, me aventuré á manifestar al conde de Provenza la verdad de los hechos. Dije que eran dignos de crédito los informes que me habían dado respecto á la liberación del Temple del rey Luis XVII, por servidores fieles y leales y que se hallaba en lugar de seguridad. ¿Quereis saber lo que me contestó?

—Os ruego me lo digais.

—Pues me dijo, os aconsejo, primo, no deis crédito á cuentos tan necios, ni os dejéis engañar por solapados bribones. Mi desgraciado sobrino ha muerto en el Temple, este hecho lo reconoce la república, se cree universalmente y nadie lo niega. Tras largos padecimientos el pobre niño sucumbió víctima de los crueles enemigos de la actual dinastía Francesa y llevamos luto por la muerte del rey Luis XVII. Y si á alguna cabeza destornillada le ocurriese el pensamiento de resucitar el difunto muchacho, yo sería el primero á desconocerle y á delatarle ante el mundo como impostor. Veis por lo tanto que tuve razón en llamar al conde vuestro enemigo y en no comunicarle el secreto de vuestra fuga.

—Lo veo.

—Oídme. Ha pocas semanas me llamó el príncipe á su presencia y desde luego, por su siniestra cara y chispeantes ojos, comprendí que había recibido malas nuevas. No tardé en confirmar mis conjeturas. Sin mas ni mas me preguntó con su voz aguda y chillona qué especie de sobrino era el que yo tenía educándose en mi palacio. Por medio de uno de sus espías le había participado el general Charrette que se corría en la Vendée, que el supuesto sobrino era el rey Luis XVII, el cual yo había ayudado á salir del Temple. El mismo general le había creído al principio, y, según me aseguró el príncipe, fué á mi palacio con el objeto de ver por sí lo que había de cierto en el rumor. Allí se convenció que el fingido sobrino no se parecía á Luis Carlos, á quien había visto una vez en las Tullerías.

—No en vano me juró que se vengaría.

—Bien se ha vengado, declarando públicamente que Luis XVII murió en el Temple. Ha hecho mas, á la cabeza de sus tropas ha proclamado rey á Luis XVIII, esto es, el conde de Provenza. Este mismo me participó la ocurrencia y me aconsejó que reconociera abiertamente á mi joven soberano, ó bien que le alejara de mi lado. Ante todo, añadió, andad sobre aviso y no os dejéis engañar por aventureros é intrigantes. Se sabe que fuisteis uno de los partidarios constantes de María Antonietta, y muy bien puede suceder que os quieran hacer creer que en efecto se salvó del Temple el pobre Luis Carlos. ¿Con qué fin? Con el de sacaros mas dinero del que os han sacado para efectuar su sultura. No creais en cuentos de bribones, os repito, ni esperéis que yo los crea. Soy el legítimo rey de Francia, soy Luis XVIII, y estoy resuelto á declarar impostor y á que se castigue como criminal á todo pretendiente que aspire á pasar por Luis XVII. Tened presente mis palabras y haced entender á vuestro misterioso sobrino que no le conviene representar una comedia, porque de seguro ter-

mina en tragedia. Comprenderéis ahora la razón de traerlos aquí tan repentina y callada-mente.

—Entiendo, dijo Luis Carlos suspirando, entiendo que me hubiera estado mejor morir como mis padres.

—Debemos aplazar el cumplimiento de vuestras esperanzas, continuó diciendo Condé. Por lo pronto no veo camino franco ni seguro. Dos partidos opuestos os amenazan. Si yo, arriesgándolo todo, os llevase á alguna córte Europea y os presentase á su soberano, pidiéndole protegiera vuestros derechos, no me creerían, protestaría la república Francesa, protestaría el conde y os desconocería la Europa toda. Por ende, para ponerlos á cubierto del puñal de vuestros enemigos, es absolutamente necesario que desaparezcáis por algun tiempo y esperéis en paciencia el día en que nos sea dable traerlos de nuevo á la escena.

—¿Creéis que habré de esperar mucho?

—No, al ménos, no lo espero. La mayor dificultad al presente es ponerlos en lugar seguro. Con sentimiento grande no puedo retenerlos á mi lado, porque mi familia es bien conocida y me sería imposible pasar como sobrino un joven de vuestra edad. Confieso que me ha costado larga cavilación el buscaros un asilo.

—¿Lo habeis encontrado al fin?

—Creo que sí. Preciso es llevarlos á donde no sospechen siquiera que podeis estar.

—¿Y qué lugar es ese?

—Maguncia.

—¿Maguncia? repitió el muchacho alzando los ojos que los había bajado seguramente para ocultar sus lágrimas. ¿No es ese el castillo sobre el Rin de que acaban de apoderarse las tropas de la república?

—El mismo. Su comandante, jefe de las tropas, es el general Kleber, uno de los soldados mas valientes y nobles de la república.

—Por cierto que es bueno el asilo que me reservais.

—No es ni con mucho tan malo como suponéis, mi joven amigo. El general Kleber es de corazón un verdadero realista. Si sirve á la república la causa es, porque ante todo es soldado, soldado de su patria, la cual hoy mas que nunca necesita de sus hijos que defiendan su honra y su gloria. He despachado cerca de Kleber á una persona digna de confianza, para comunicarle este secreto y pedirle protección y sitio de refugio para vos. El general está cordiente y ha enviado uno de sus ayudantes de campo á Coblenza para que os acompañe á Maguncia en calidad de sobrino suyo. Si consentís á recibirle como tío, decidlo, y partireis para Maguncia.

—Y ¿si yo no diese mi consentimiento?

—Confieso que no estoy preparado para semejante contingencia, ni me es posible abarcar de momento todas las malas resultas que son de seguirse de vuestra negativa.

—Calmaos, Condé, no me niego. Solo me ocupo de no causaros daño, ni seros gravoso. El hijo del rey desapareció para aparecer como sobrino de Condé, nada tiene de particular que desaparezca á su vez para resollar como sobrino del general Kleber. ¿Quién sabe si todavía no me hacen sobrino de Simon el zapatero, para subir á la guillotina?

—Me prometo que no, por el contrario, creo firmemente que cuando la Francia vuelva en sí y sacuda los que ahora la infaman y anegan en sangre, se os reconocerá como hijo de Luis XVI, y legítimo heredero del trono.

—¿Pero qué hacer si el conde de Provenza me declara impostor?

—Entonces habrá que apelar á la misma Francia de una manera pública y solemne, habrá que presentar las pruebas de vuestra genealogía, llamar testigos intachables y reclamar el trono con la fuerza y la energía del que pide lo que es suyo. Y, creedme, si el corazón de la Francia es el que ha de escoger entre vos y el conde de Provenza, no escogerá á él, porque no posee el amor del pueblo y porque Dios es justo.

—Dios es justo, y sin embargo, mis padres perecieron en la guillotina, un hermano del rey disputa al hijo el trono de Francia y ese hijo no encuentra amparo sino á la sombra de un general de la república, enemiga de la monarquía.

—Cierto, es muy difícil á veces descubrir la justicia de Dios, no por eso hemos de negarla. La hora del juicio vendrá. Tengo aquí todos los documentos que se refieren á vuestra fuga, las declaraciones juradas de los que han intervenido en ella, además, una relación detallada de vuestra escapatoria, que he suscrito y sellado con mi sello. Conservo además el testimonio de los maestros que os han dado lecciones en mi palacio de Chambord, con el registro del superintendente del día de vuestra llegada. Voy á entregaros estos papeles, pero antes exijo me prometáis que no hareis mal uso de ellos, sino que se los dareis al general Kleber para que los guarde en lugar seguro.

—Prometo obedeceros fielmente.

—Aquí se encierra vuestro porvenir, continuó Condé dando al joven un paquete bastante voluminoso. Me prometo que dentro de esos papeles hallareis un día la corona de Francia. El general Kleber ha enviado por vos y en el cuarto inmediato os aguarda su ayudante de campo. Otro consejo, si os place, y concluyo. Permaneced firme, resistid todo tentador, que con palabras melifluas, se proponga induciros á confesaros rey de Francia. Estad seguro que esos tentadores no serán otros que los emisarios de vuestros enemigos, y de que declararles quién sois equivale á decretar vuestra propia sentencia de muerte. La bala que perdone al sobrino del general Kleber, atravesará el corazón del sobrino del conde de Provenza. Comportaos con todos como os habeis comportado con el general Charrette, y jurad que guardareis el secreto de vuestra ascendencia hasta tanto que yo os releve de vuestro juramento.

—Príncipe de Condé, repuso Luis Carlos con solemnidad, vos me habeis salvado la vida, os pertenece pues, y os la entrego jurando por la memoria de mis padres, que guardaré fiel y lealmente el secreto de mi origen y que no lo revelaré por ninguna circunstancia hasta que me faculteis para ello.

—Gracias, dijo Condé. Ahora no me inspira recelo vuestro porvenir. Por lo pronto, el general Kleber y la república Francesa, os protegerán contra el peligroso pretendiente, y confío en la divina Providencia, que ya llegará

el día en que Francia eleve al trono por sí misma á aquel á quien de derecho pertenece. Y ahora, al separarnos, doblo la rodilla ante mi joven rey, y por Dios Todopoderoso y la memoria de vuestros reales padres juro no reconocer como rey de Francia á ninguno otro príncipe, mientras vivais vos, Luis XVII, y si quebranto este mi juramento, espero que me acuseis por traidor y me condeneis á muerte. Juro, por último, someterme á esta pena sin protesta ni queja.

—Y yo, príncipe de Condé, acepto vuestro juramento, contestó con aire solemne Luis Carlos. Parto al destierro, pero espero en Dios que no tendré ocasión jamás de recordaros vuestras palabras. Adios. Mi corona descansa en vuestros hombros.

—Y se encierra en esos papeles, Sire. Entregádselos al general Kleber, que él los conservará como cosa sagrada.

Besó la mano del infante y luego llamó al oficial. Este no tenía ni sospecha de lo importante que era la misión que se le había confiado. Por el contrario, su comandante el general Kleber, estaba en el secreto, aunque no mostró que lo sabía sino por la suavidad de maneras, el tono amistoso y la gentil sonrisa con que recibió al sobrino en Maguncia.

Y allí, Luis, como siguió llamándole Kleber, permaneció algun tiempo, en el cual se ganó el corazón del tío y fué su amigo inseparable. Dormían en el mismo pabellón, comían en la misma mesa. El sobrino acompañaba al tío á todas las paradas y ejercicios militares, con lo cual y con algunas lecciones de táctica que de este recibió, bien pronto se hizo un soldado completo.

Pero ni por sus acciones, ni por sus palabras se descubrió jamás que él era otra cosa que el sobrino del comandante en jefe de la ciudadela de Maguncia. Por tal le tuvo siempre la guarnición Francesa de la misma, sin que nadie se imaginase que otros eran su nombre y posición social.

## CAPITULO XXX.

### EL BARON DE RICHEMONT.

PASARON semanas, pasaron meses, pasaron años, y sobre el nebuloso horizonte de la Francia se levantó una nueva constelación, un guerrero armado de punta en blanco, uno solo; pero tal, que ante su presencia tuvieron que doblar la cerviz millones de seres humanos, y que, como la divinidad de la guerra, no tardó en regir los destinos de las naciones y de los príncipes.

Ese hombre era el general Bonaparte, aquel mismo que al ver el asalto de las Tullerías en los primeros días de la revolución, dijo que sentía el rey no barrirse la canalla con metralla. En el sitio de Tolon, en las recias luchas de los aliados contra la república, y en la campaña de Italia de 1794, de tal modo se había distinguido Bonaparte, que fijó las miradas del gobierno Frances, y nadie extrañó que le diera su mano la viuda del general Beauharnais, la bella Josefina.

Fué este matrimonio un manantial de felicidad y satisfacción para Bonaparte, porque Josefina era amiga de Barras y de Tallien, los

magistrados principales de la república entonces, y por su influencia le nombraron general en jefe del ejército Frances en Italia, cuyos cuatro cuerpos mandaban Massena, Augereau, Serrurier y la Harpe, cuando solo contaba 26 años de edad. El padre de Junot, finado duque de Abrantes, escribía á su hijo, á la sazón en ese ejército:—¿Quién es el general Bonaparte? ¿Dónde ha servido? ¿Quién le conoce? Y Junot, leal amigo y admirador de Bonaparte, contestaba á su padre:—Me preguntais quién es Bonaparte? Pudiera contestaros, para satisfacer vuestra pregunta, vos debiais ser él. Lo único que puedo decir, por lo que he podido juzgarle, es, que es uno de aquellos hombres cuyo nacimiento cuesta un gemido á la naturaleza y que solo nacen de siglo en siglo.

Si no hubiese replicado Junot á su padre, las hazafias del jóven general lo hubieran hecho por él; porque muy pronto en Francia, en Italia, en toda Europa no habia persona que preguntase,—quién es el general Bonaparte. Su nombre estaba en boca de todos, los soldados le adoraban, los diplomatas y estadistas admiraban al que habia tomado á Venecia y habia compelido á la orgullosa y odiada Austria á hacer la paz con la república que habia decapitado á la hija de Maria Teresa.

Temerosos de él los republicanos y el Directorio le relevaron del mando en jefe del ejército de Italia, luego que se firmó la paz con el Austria y le dieron por cuartel á Paris. Aun aquí no se calmó el temor de los Directores, y para alejarle y dar ocupacion á su espíritu inquieto y espléndidas facultades, le propusieron pasar á Egipto con un ejército y extender los dominios y la gloria de la Francia en el Oriente.

Entró en la empresa Bonaparte con la impetuosa propia de su carácter fogoso. Para ello, llamó en su ayuda los mas hábiles, valientes y célebres generales del ejército Frances, entre los cuales no podia dejar de contarse á Kleber, acompañando á este, como era de esperarse, Luis, su sobrino y primer ayudante de campo.

El 19 de abril de 1798, zarpó la flota Francesa del puerto de Tolen con rumbo al Este, porque, como dijo el general en jefe de las tropas:—Solo en el Oriente se encuentran los grandes dominios y las grandes hazafias, en el Oriente, donde viven seiscientos millones de hombres.

Pero esos millones de gentes no tenían ejército comparable con el Frances, ni comandantes como Bonaparte, ni generales como Murat, Junot, Desaix, y, sobre todo, Kleber. Este último iba de segundo, participando de sus peligros y victorias, su sobrino Luis, jóven de 14 años, que, por su talla elevada y escueta, por su gravedad y penetracion, cualquiera le habria creído de 18, y que, probado en la escuela de la desgracia pertenecia á aquella clase de hombres que parecen nacidos para luchar con la adversidad y vencerla.

En la mañana del 2 de julio habia desembarcado el ejército Frances en las playas de Alejandria, cuya ciudad le abrió las puertas, sin que pudiera impedirlo la escuadra Inglesa, la cual llegó muy tarde. Despues marchó á la conquista del país, en tres divisiones, una

de las cuales mandaba Moraud, otra Bon y la tercera Kleber.

Era el plan de Bonaparte, sacar de las ruinas del antiquísimo Egipto, un Egipto nuevo, que fuese tributario de la Francia como en un tiempo lo fué de Roma. De batalla en batalla y de victoria en victoria, dominó todo el territorio, y sentando sus reales en el Cairo, emprendió la obra colosal de la regeneracion. Pero no aceptó el Egipto sin fiera y portada lucha, con el yugo, los tesoros de la civilizacion del vencedor. Rebelóse una y otra vez. Los Mamelukos primero y luego los Beduinos hasta en las puertas de Cairo vinieron á desafiar el poder de los conquistadores, y hubo que repeler sus ataques, y, en fin, que aniquilarlos hasta el último hombre.

Despues de esta época hubo alguna quietud en Egipto. Por medio de la matanza logró el conquistador inspirar miedo, y pudo Bonaparte continuar su carrera victoriosa. Se encaminó á la Siria llevando consigo á Kleber y al jóven edecan de este, el triste Luis, quien pudo presenciar allí los horrores de la guerra, la conquista de las ciudades El Arish y Gaza, y tomar parte en el asalto de Jaffa. Cuando Bonaparte visitó el hospital de los apestados en esta última ciudad, Luis concurrió con su tío, quien notó cómo el rostro del jóven, tan sereno y tranquilo en el campo de batalla, se cubrió de una palidez mortal.

Cuando volvieron al cuartel general Kleber preguntó á su sobrino la causa de su emocion, y muy perplejo contestó que no sabia qué responder.

—No debisteis acompañarme al hospital, repuso Kleber. Yo no queria llevaros, pero insististeis con tales instancias que al fin tuve que ceder. La vista de los enfermos es capaz de meter miedo al mas bravo é indiferente á la muerte.

—No fué el miedo, general, lo que causó mi emocion. ¿No notasteis cómo acudí á ayudar al general Bonaparte cuando alzó del suelo y puso en la cama un pobre enfermo de la peste?

—Lo noté, Luis, y mucho me complacieron vuestro valor y abnegacion. De suerte que fué natural mi sorpresa cuando despues os vi palidecer y derramar lágrimas. ¿Qué os agitó tanto?

—Ni yo mismo sabia decirlo, general. Ambos nos hallábamos de pié junto á la cama de un hombre á quien acerqué un jarro de agua. El me fijó los ojos y con labios tembloros me dijo: Dios se lo pague y todos los santos y los ángeles os protejan. Estas palabras resonaron en lo íntimo de mi pecho y me representaron al vivo todas las cosas de un tiempo ya remoto. Se me figuró que de repente se abria una cortina oscura y que como en un ensueño maravilloso, contemplaba un brillante espectáculo.

En seguida, el jóven edecan refirió á Kleber el pormenor de una extraña vision, en que se imaginó ver á una mujer hermosa y de soberano aspecto, la cual se paseaba por entre las camas de los enfermos con un niño y una niña de la mano. Que los enfermos, al pasar ella, se enderezaban en sus lechos y la saludaban con todo género de bendiciones. Uno solo de los enfermos no se levantó, ni movió en la ca-

ma, sino que se estuvo quieto gimiendo y suspirando. A este pues el niño, desprendiéndose de la mano de su madre, alcanzó un vaso de agua, en pago del cual, este enfermo imaginario, dijo las palabras que el verdadero le habia dirigido á él. La madre besó al niño por su buena accion, y Luis creyó sentir en su cabeza la caliente impresion de aquel tierno beso.

De la vergüenza y de las lágrimas el jóven cesó de hablar y se cubrió la cara con las manos. Kleber volvió la suya á otro lado y se llevó la mano á los ojos como si una nube le impidiera ver, y luego poniéndola en los hombros de su edecan, que continuaba afligido, le dijo con ternura:

—Tales memorias son sagradas, hijo mio. No os avergonceis de recordarlas. Quiera el cielo que os alcancen las bendiciones que salieron de los labios de una mujer á quien conocí y honré siempre, pero cuyo nombre no ha de mencionarse entre nosotros. Quiera así mismo el cielo que os protejan los ángeles y los santos, cuando los hombres no tengan poder para protegeros y cuando la suerte os separe de aquellos que os aman y aprecian.

—¿Qué quereis decir con eso, tío? le preguntó el jóven asustado. Quereis decir que...

—¿Que debemos separarnos? Si, querido sobrino, tal es la significacion de mis palabras. Por largo tiempo la palabra separacion me ha atormentado el alma y fuerza es que la pronuncie. Si, Luis, tenemos que separarnos.

—¿Por qué? preguntó Luis con amargura. ¿Por qué vos tambien me alejais de sí? Vos, que me amais un poco....

—Precisamente porque os amo, me separo de vos. Desde que llegamos á Egipto veo que no gozais de salud, que os enflaqueceis y palideceis mas y mas cada dia. Habiéis perdido las carnes y la tos recia y seca que os acomete todas las mañanas me inspira serios temores. Por eso, despues que los remedios de mi médico no han surtido efecto, consulté, como sabeis, el del comandante en jefe, Corvisart, que os ha examinado atentamente.

—En efecto, me ha tentado y examinado como el mercader de esclavos. Me aplicó el oído al corazón y me dijo que su padre habia sido médico de la córte Francesa y que tenia en él mucha confianza la reina guillotizada; á cuyas palabras latió con mas fuerza mi corazón, circunstancia que sorprendió á Corvisart.

—Pues el resultado de ese exámen, añadió Kleber con tristeza, es que debéis volver á Europa, Luis. Corvisart ha dicho que ese es el único remedio para un mal que ya ha tomado mucho cuerpo. Segun sus palabras, el clima de Egipto es un cuchillo que os asesina, y si no ha de acortarse vuestra vida ni condenaros á perpetua invalidez, es preciso que torneis á Europa lo mas pronto posible, y que nos separemos.

—¡Ah! ¿á quién volveré los ojos si vos me faltais? ¿Quién se interesará por mí. No me alejais, general. Creedme, prefiero unos pocos años de vida á vuestro lado, tranquilo y dichoso, que errar solitario y sin amigos por un mundo extraño y frio, donde nadie me ama, donde siempre me rodearán enemigos ó indiferentes. Quizas mi cuerpo gane salud y fuerza respirando el aire de Europa, pero mi corazón

siempre estará enfermo, porque habré perdido su hogar cuando os haya perdido á vos, mi paternal amigo.

—Los pesares pasan pronto en la juventud. —¿Me decis eso, general, despues de haberme visto llorar porque las palabras de un moribundo me trajeron á la mente el recuerdo de mi niñez? Mi corazón no olvida nunca sus pesares. Dejadme aquí, al abrigo de las alas de vuestro cariño, y no creais en las palabras del médico. La vida del hombre está en las manos de Dios y lo mismo se muere en Egipto que en Francia.

—No, Luis, es cosa decidida nuestra separacion y que volvais á la patria.

—Pero supuesta la necesidad de mi vuelta á Francia, ó á Europa, no veo la necesidad de separarnos. ¿Por qué no vamos juntos? Os oí decir ayer que habia listos varios buques con parte de las tropas para volver á Francia. ¿Qué os impide ir conmigo?

—¿Qué, preguntais? Os diré en dos palabras. Bonaparte me lo impide. Esto es secreto. De algunos dias á esta parte, despues de diez meses de completa incomunicacion, se han recibido malas noticias de la patria. Por periódicos vemos que se han perdido todas las ventajas ganadas en Italia, y se veia empeñada la Francia en guerra atroz con Austria, España, en una palabra, con todas las potencias Europeas, siendo lo peor que el gobierno se hallaba amenazado por las facciones internas, que llevaban el mismo camino de los jefes de la revolucion en el reinado del terror. Observé la cara de Bonaparte cuando leia los papeles y en ella vi claro su resolucion. El está decidido á partir para Francia.

—El no partirá sin vos, que sois su brazo derecho.

—Os engañais, Bonaparte se propone partir solo, esto es, en compania de unos cuantos subalternos nada mas. El ha dispuesto que yo me quede aquí en Egipto, donde he de morir. Chiton! no me contradigais. Hay presentimientos que no nos engañan. Esos son los mensajes que Dios nos envia para que nos preparemos y pongamos nuestra casa en orden. La mia ya está arreglada, es decir, he hecho mi testamento, que he entregado á Bonaparte, el mismo que me ha prometido llevarlo á efecto en debida forma. Solo me resta un cuidado, proveer á vuestro inmediato futuro, y hacer de modo que llegueis á Francia.

—Insistís en ello? le preguntó Luis con tristeza.

—Insisto. No le volvais la espalda á vuestro porvenir y este confío en que será brillante. Todo indica que la Francia está cansada de la república y que se apresta á restaurar el trono. Jóven, ¿caerá ese trono en manos del hombre que mas contribuyó á su caída, en las del calumniador y secreto enemigo de Maria Antonieta? ¿Consentiréis en que el conde de Provenza sea rey de Francia?

—No, nunca, exclamó Luis con energia. Primero que tal suceda necesario es que haya muerto el legítimo sucesor Luis XVII.

—Luis Carlos Capeto murió en el Temple, así lo certificaron los médicos y lo declararon los empleados del mismo edificio, y estos documentos obran en los archivos del gobierno Frances. Hijo mio, á fin de impedir que el

ronde de Provenza reconozca como genuinos esos papeles, es necesario que os prepareis á presentar otros ante el mundo en que se prueba que no ha muerto Luis XVII. Esta sagrada ofrenda debeis á los manes de la desgraciada Maria Antonieta, aun cuando no hubiese por medio un trono y una corona.

—Teneis razon, toda mi vida será consagrada á ese santo objeto, á vengar á Maria Antonieta del mas cruel de sus enemigos. Vista la cosa bajo este punto, yo debo volver á Europa, á llevar los documentos que prueban que Luis XVII no murió en el Temple, sino que le libraron y vive y está en salvo.

—Dios quiera compensarnos por la pena que ahora nos tomamos. Aun nos quedan algunas semanas en que podemos estar juntos, aprovechémoslas en entendernos mejor uno y otro.

Bonaparte antes de volver á Francia quería arrancar á la fama una nueva hoja de laurel, y esto lo consiguió en la batalla de Aboukir. En seguida hizo los preparativos secretos de su viaje. Sobre todo, no debía saberlo el ejército sino cuando ya hubiese abandonado el suelo Egipcio. Sin embargo, por mas que desease conservar oculta su partida, tuvo que franquearse con algunos y no hay para que añadir que Kleber fué uno de los primeros en saberla. Bonaparte tenia puestos en él los ojos para nombrarle su sucesor en el mando.

Kleber tan luego como supo la resolucion de su jefe, se fué á ver al general Desaix, su íntimo amigo, por boca de quien averiguó que él era uno de los escogidos para volver con Bonaparte á Francia. Larga fué la entrevista de los dos generales y al fin de ella Kleber y Desaix entraron en el pabellon de su edecan y sobrino putativo Luis. El segundo saludó con mucho respeto al jóven, quien, corrido del honor que le hacia tan distinguido general, le extendió la mano. Desaix la llevó á sus labios y la bañó con lágrimas á que no estaban acostumbrados sus ojos.

—General, exclamó Luis asombrado, ¿qué hacéis?

—Rindo el homenaje debido á la desgracia y al pasado, contestó Desaix, y la lágrima que vierto en vuestra mano es el sello de mi fidelidad y silencio en el porvenir. Jóven, juro que guardaré en mi corazon vuestro secreto como cosa sagrada y que defenderé con mi sangre los papeles que me ha entregado vuestro tío. Soy soldado de la república, la he jurado lealtad y debo cumplirle mi juramento; no puedo ser partidario, pero sí protector de la desgracia. Confíad en esto y aceptadme como amigo vuestro.

—Con mucho gusto, general, acepto vuestra noble oferta. Os trataré y amaré con la misma ternura y franqueza con que he amado y tratado al general Kleber, que ha sido padre, hermano, protector, todo para mí. Soy muy pobre en amigos, sin embargo, mi corazon es capaz de un gran cariño.

—Conservad, hijo mio, esa predisposicion benévola; dijo Kleber, poniendo la mano derecha en la cabeza del jóven edecan. Conservad la inocencia de vuestro corazon, porque si la suerte es justa, quizás sea ventajoso á una nacion que seais bueno y suave. Adios! Vais en el mismo buque que Desaix, el cual es probable que se haga á la vela esta noche. Mejor,

miétras mas repentina la separacion ménos dolorosa. En Paris se olvidan pronto los pesares.

—Pero en Paris y en todo otro sitio á donde me arrastre mi instable destino, no olvidaré jamas que fuisteis mi bienhechor, mi segundo padre.

Se abrazaron tiernamente y permanecieron así por largo rato; luego se separaron para no volverse á ver en este mundo.

Aquella misma noche, en efecto, Desaix con su nuevo ayudante de campo y algunos otros, partieron del Cairo y fueron á amanecer á Alejandria. El 22 de agosto de 1799, hácia la una de la madrugada, zarparon del puerto ese dos fragatas Francesas, á bordo de las cuales iban Bonaparte, emperador del porvenir, Luis Carlos, rey del pasado. El último sin nombre, desconocido, descendiente de los monarcas de Francia, á los diez y seis años de edad, volvía á esa misma Francia, que parecia no recordar ya lo pasado, sus reyes, ni ocuparse de otro ser viviente que de la nueva estrella que se habia alzado en su horizonte.—Bonaparte.

El 25 de diciembre de 1799 la Francia saludó al general Bonaparte como primer Cónsul de la república. Abriase una nueva centuria y con ella el palacio de las Tullerías, desertado por sus reyes, abrió sus puertas á un nuevo poseedor. Allí instaló Bonaparte el gobierno y en la primavera se pasó á Saint Cloud, en compañía de Josefina. La nacion habia donado al primer Cónsul el parque de la reina Maria Antonieta, y en los mismos aposentos donde habitó esta con su hijo Luis Carlos y su hija Teresa, se hospedó Josefina con su hijo Eugenio y su hija Hortensia.

—Ah! Quién se hubiera quedado en Egipto! decía el delfin suspirando á menudo en el silencio de su cuarto. Habria sido mejor morir en extraña tierra, cuando brillaban sobre mi cabeza todas las estrellas de esperanza, que llevar aquí esta vida oscura y miserable y ver que palidecen una á una esas estrellas.

Sí, para el hijo de Luis XVI, no era esta una vana figura de retórica. Nadie se ocupaba, ni creia en él. Habia muerto en el Temple, hé aquí la cifra de la curiosidad general. Las gentes no se ocupaban de otra cosa que de la gloria y la grandeza del primer Cónsul. Tambien estaba en todos los labios la belleza y gracia de Josefina, rindiéndole el mismo homenaje que ántes rendian á Maria Antonieta. Al paso que el hijo del general Beauharnais, era el hijo adoptivo del gobernante de Francia, el hijo del rey debía mantenerse oculto, sin nombre, rango, ni título. El único que podia compadecerle era Desaix, sabedor de sus secretos y de sus padecimientos.

Al fin del año 1800 la fragata l'Aigle, á su vuelta de Egipto trajo un grueso paquete para el general Desaix. Contenia muchos papeles de valor, rollos de piezas de oro, piedras preciosas y perlas; así como un documento cerrado para el ayudante del dicho general. Este documento encerraba el testamento de Kleber, comandante en jefe del ejército Frances de ocupacion en Egipto, legando todos sus bienes á su antiguo edecan y supuesto sobrino Luis Carlos, á quien con eso daba la mayor prueba de cariño que podia darle.

—¡Un millon de francos! exclamó él cuando

Desaix le informó que tal era el montante de los bienes de Kleber. ¿Y qué hago yo con ese dinero? Si cada franco me trajese un hombre y puesto á su cabeza me apoderase de la herencia de mis padres, ya podia yo dejar de lamentar la muerte de mi amigo y protector á manos de un cobarde asesino. ¿Pero he de establecer tienda por el gusto de tener como parroquiano al primer Cónsul?

—Callad, jóven, replicó Desaix. El pesar os hace ser satírico. Comprendo que es negra vuestra suerte, pero dia vendrá en que sabreis apreciar lo que vale un millon de francos. Si no quereis seguir por mas tiempo la vida de soldado, ese dinero os ofrece la oportunidad de adoptar otra. Aunque la posesion de ese caudal, os coloca en una posicion independiente y holgada, no conviene que guardéis vos mismo los papeles concernientes á vuestra genealogía, es preciso depositarlos en manos mas seguras, en las de un hombre de paz. ¿Sabéis quien es este?

—Fuera de vos, no conozco á nadie en quien poder confiar.

—Por fortuna yo conozco uno digno de confianza. ¿Quereis saber su nombre?

—Ruegós que me lo digais.

—Se llama Fouché.

—¿Cómo! ¿Qué decis? El jefe de policía? El traidor Fouché, que en la Convencion votó por la muerte del rey?

—Sí, Luis, porque con él solo están seguros. Fouché os protegerá y defenderá con el mismo celo con que persiguió á la familia real. Le conozco bien y respondo por él. No siempre se han de juzgar los hombres por las apariencias. Aquel que aparece hoy como nuestro enemigo, mañana quizás nos da su brazo y se hace nuestro amigo, ya porque su corazon ha cambiado, ya por debilidad de carácter. No puedo decir con certeza cuál de estas razones ha movido á Fouché, estoy, sin embargo, convencido que será vuestro protector y amigo, y que en ningunas manos estarán mas seguros que en las suyas vuestros papeles y vuestros bienes.

No replicó Luis, dobló la cabeza, dió un suspiro y se sometió pacientemente.

El carro victorioso de Bonaparte trasmontó los Alpes y rodó por los fértiles llanos de Italia, despedazando el Austria que habia roto la paz de Campo Formio. Esto ocurrió en Marengo el 14 de junio. Pero cara compró la victoria, porque el mas bravo y leal de sus generales, Desaix, recibió la muerte en la terrible carga que decidió la batalla. En lo mas recio de la pelea, mortalmente herido, cayó en brazos de su ayudante, el cual, herido tambien, con peligro de su vida, pues pudo ser hollado por sus propios caballos, retiró el moribundo general del campo de batalla.

¡Pobre Luis Carlos! Quedó enteramente solo, muerto su último y fogoso amigo. Agobiado de pesares, abatido por la tristeza, permaneció en el hospital de sangre de Alejandria, hasta sanar de su herida. Despues ¿qué hacer? Bajo qué nombre se enrolaria en el ejército? Muerto su único protector, tambien se dió por muerto su ayudante. Se quitó el uniforme que habia llevado de soldado de la república destructora de su trono y herencia, vistió traje sencillo de paisano y tornó á Paris, jóven desconocido.

Tenia razon Desaix; era algo la posesion de un millon de francos. Fouché le recibió exactamente como habia predicho ese lamentado general. Porque no solo se le mostró como protector que simpatizaba con sus desgracias, sino que pareció enternecerse á la vista del jóven, cuyo semblante acusaba su descendencia, siendo el vivo retrato del desgraciado Luis XVI. Quizas ese hombre sanguinario, que mandó tantos semejantes suyos á la guillotina, tenia remordimientos de conciencia, y buscaba subsanar su conducta pasada con los padres favoreciendo al hijo; quizás ideaba cortar con este los vuelos ambiciosos del primer Cónsul, si es que no pretendia desbaratar las intrigas del conde de Provenza, que movia cielo y tierra para llevar la guerra á la Francia, amenazándole con sentar en el trono á su sobrino Luis Carlos. De todos modos, el hijo de Luis XVI podia emplearse útilmente en todas las manobras políticas, reconociéndole mas adelante en público, ó denunciándole como impostor, según requiriesen las circunstancias.

Por lo pronto convenia á los planes del astuto Fouché reconocerle y aparecer como su protector. Le mostró respeto y simpatía, dióle con voz trémula y suave el tratamiento de majestad, le pidió perdon por lo pasado, y le habló en tono tan grave y con tan profunda emocion del bueno, grande y amable Luis XVI, que se enardecio de veras el hijo. Despues, cuando le habló de la noble é infeliz Maria Antonieta y celebró su belleza, su amabilidad y su entereza de carácter en la desgracia, la cólera del jóven se deshizo en lágrimas.

—Os perdono, Fouché, dijo este. Veo claro que las facciones políticas son las que os han arrastrado al mal, pero no debe ser malo vuestro corazon cuando amais la memoria de mi noble madre.

Hizo mas Fouché, se arrodilló ante el delfin, le juró fidelidad como el mas leal de sus vasallos y le prometió hacer cuanto estaba en su mano por rescatarle el trono de sus padres; pero Luis no debia obrar sin el consentimiento de su nuevo protector.

Convino en ello el delfin. Sin embargo á su vez exigió de Fouché el secreto de su nacimiento hasta tanto que Condé, su salvador, y amigo, le facultase para revelarlo y darse á conocer por hijo de Luis XVI, pues tal era la solemne promesa que le habia hecho en Coblenza.

Prometió Fouché no revelar á nadie el secreto; declaró no obstante que el primer Cónsul sabia que el hijo del rey habia sido salvado del Temple, confirmando este hecho una carta de Kleber, en que le aseguraba haberle visto y tratado, y le rogaba sentase al huérano en el trono Frances. Habiendo hecho algunas investigaciones el Cónsul, averiguó que Luis habia concurrido á la batalla de Marengo como ayudante de campo del general Desaix, sido herido y quedándose en el hospital de sangre en Alejandria, hasta su restablecimiento. Habíase perdido toda huella del jóven desde entonces y Bonaparte habia comisionado á Fouché para que le buscara y trajese á su presencia.

—No hareis tal, gritó Luis con vehemencia. Me descubrireis?

—Le temeis? repuso Fouché con sonrisa.

—Temerle? repitió el jóven con el rostro en-

sendido. Nosotros no conocemos el miedo. Pero cuando tropezamos con un león, ó nos amenaza un tigre con sus garras, huimos no por cobardía sino por instinto de propia conservación.

—Creedme pues, cuando os digo que ese león ó tigre no está sediendo de sangre real.

—No de sangre, cierto, sí de rango real. Para ello no descuidará el vencimiento de todo obstáculo que pueda desviarle del camino del trono. ¿Creeis que el hombre que despues de la batalla de Abukir, hizo fusilar 5,000 prisioneros, dudaría quitarle la vida á un jóven indeseado como yo?

—Veo que conocéis al león; con todo, tranquilizaos, que no es mi ánimo delataros. Ya habrá ocasión en que yo le muestre á Bonaparte que no me duermo en las pajas, y como puede suceder que tenga que recurrir al engaño, á fin de salvar vuestra vida, le probaré que habeis muerto. Muchos jóvenes oficiales corrieron esa suerte en la batalla de Marengo; ¿por qué no habia de ser uno de ellos el ayudante de campo del general Desaix? Si, esto es lo mejor. Os daré por muerto en el hospital de Alejandria de resultas de la herida.

—Y de ese modo habré desaparecido dos veces del mundo de los vivos. ¿No es eso?

—Sí, Sire, para entrar en uno nuevo y con mayor esplendor.

—¿Quién sabe si tal puede ser el resultado? Porque cómo establecer mi identidad si muero y me entierran dos veces? ¿Cómo probar que no soy un impostor y que toda mi existencia no ha sido mas que una mentira? Al presente solo hay unos pocos que saben y creen en la fuga del Temple y en la existencia de Luis Carlos, si esos leen la certificación en que se les anuncia mi muerte despues de la batalla de Marengo, dudarán luego de mi existencia y por poco que cambie con los años, difícilmente me tendrán por el mismo hombre. Ninguno lleva impreso en la frente el sello de la majestad y la historia nos prueba que ha habido falsos pretendientes.

—Vuestros papeles están ahí para probar la verdad de vuestros asertos. Tenedos, ya estais en edad en que podéis guardarlos y saber su valor. Vuestros fondos están depositados en el banco de Francia, con solo firmar vuestro nombre al pié de estos recibos talonarios os los entregarán á la medida de vuestros deseos.

—Con solo firmar mi nombre, repitió Luis con amargura. Pero ¿cuál es mi nombre, señor? Antes me llamaban sobrino de Kleber, luego coronel Luis, edecan del general Desaix. Pero bajo esta última denominación no es posible que ya aparezca, si es que habeis de vencer al primer Cónsul de la muerte de ese sugeto. ¿Bajo qué nombre pues tiraré el dinero del banco?

—Teneis sobra de razon. Fuerza es daros un nombre, ó mas bien la máscara del nombre de un ciudadano ó noble, suministraros papeles que no pueden forjarse para probar vuestra existencia y amparar vuestra persona de todo ataque.

—Muy bien. Sed el padrino del solitario y sin nombre.

—Lo haré de mil amores. Arrastrado por mis pasiones políticas alcé la voz contra la vida

de vuestro padre, justo es que ahora que domina en mi la razon alce la voz en favor de la vida del hijo. Jóven, os daré nombre y rango hasta que la nacion Francesa os devuelva los vuestros verdaderos. De aquí adelante os llamareis baron de Richemont. ¿Lo aceptais?

—Lo acepto. Ser baron de Richemont es mejor al ménos que morir y ser enterrado sin nombre.

Convenidos en esto, el jóven saludó á Fouché y fuese ni satisfecho ni descontento de la larga entrevista. Cuando el ministro de policía de Bonaparte dejó de oír sus pasos en la escalera, estalló en una ruidosa y mofadora carcajada.

—Necio muchacho! dijo. Supones que Dios solo sabe lo que saldrá de tu incógnito. Te equivocas, ademas de Dios, lo sabe Fouché. Si, ese incógnito te rodeará como una red, de cuyas mallas no podrás nunca escapar. No, el baron de Richemont jamas será transformado en Luis XVII. Contigo matarás dos pájaros, es decir, aguaré dos ambiciones, la del Cónsul y la del Conde, ambos de los cuales aspiran al trono. Me servirás de instrumento para amenazar cuando me amenacen. Pobre, crédulo, muchacho! Con qué facilidad caes en la trampa! De ella no saldrá nunca el baron de Richemont. Yo, Fouché, te lo aseguro.

#### CAPITULO XXXI.

##### FOUCHÉ.

A paso largo se paseaba el primer Cónsul arriba y abajo de su gabinete. Le relampagueaban los ojos, y su semblante casi siempre impenetrable, como el de las estatuas de bronce de los emperadores Romanos, descubría la fiera impaciencia y fogosas pasiones que agitaban entónces su pecho. Sus labios apretados fuertemente, se abrían de cuando en cuando y articulaban una palabra de amenaza ó de colera, que lanzaba, como saetas envenenadas al hombre que, en actitud respetuosa y pálidas mejillas se hallaba de pié no lejos de la puerta, junto una mesa cubierta de papeles.

Este hombre era Fouché, jefe anteriormente de policía de París y ahora mero miembro del Senado de la república. Habia ido á las Tullerías para rogar á Bonaparte le concediese una audiencia secreta, por lo mismo que habia olvidado el prefiijo *primero* de su titulo consular, y ya reinaba supremo y solo en Francia.

De repente Bonaparte interrumpió sus paseos y se plantó delante de Fouché y le clavó la vista, cual si quisiera traspasarle el corazon con los ojos convertidos en dagas buidas. Pero el antiguo jefe de la policía no reparó en ello, dado que no alzó la vista del suelo, ni advirtió al parecer que tenia tan cerca al iracundo Cónsul.

—Fouché, le dijo con impetuosidad, os conozco y no me engañará ese aire de indiferencia que afectais. Ya sabreis que no os temo á vos, ni á todos los espíritus del otro mundo que traigais á este. Os figurais que me asustais, y lo que pretendéis es que os pague caro por el secreto. Os equivocais medio á medio. No hay visiones que me espanten, de consiguiente no daré un céntimo por la solución de un enigma que espero resolver sin vuestra ayuda. Vendedor de secretos, ojo alerta! Te-

neis espías, yo tengo mi policía y estoy al corriente de todo cuanto ocurre. Se sabe, señor mio, que llevais correspondencia con gentes fuera del país, ¿lo entendeis? con gentes fuera del país.

—Cónsul, repuso Fouché sereno, ignoraba que la república prohibia á sus fieles servidores...

—No consentirá jamas la república, le interrumpió Bonaparte con voz tonante, que uno de sus servidores se cartee con sus enemigos. Callad! No hay que andarse con evasivas y circunloquios. Hablemos en plata. Os correspondeis con el conde de Provenza.

—Sabeis eso, Cónsul, porque he tenido el honor de entregaros una carta que el pretendiente me incluyó para vos.

—Carta ridicula y disparatada por cierto, carta en que ese tonto me pide le traiga á Francia, llevando su necesidad hasta decirme que deja á mi eleccion el puesto que he de ocupar en su gobierno. A fé, que un idiota no escribiría semejante papel. ¿El puesto que deseo ocupar en su gobierno! Bien, lo haré así; pero no quedará cerca de mí lugar para los Borbones, quienes ha escupido la Francia, lo mismo que se escupe el veneno mortal. Esa odiosa y débil familia, mientras yo viva al ménos, no volverá al poder. Francia le ha vuelto la espalda; la aborrece, está decidida á levantar un nuevo edificio de poder y gloria en el cual no hay cabida para ninguno de los Borbones. Tened esto presente, señor tramoyista, y no fabriqueis mas castillos en el aire. Exijo de vos una confesion completa ú os acuso como traidor y realista.

—Cónsul, no rechazaré la acusacion, estando persuadido que la Francia seguirá con interes el curso de un juicio que ha de rasgar el velo de un importante secreto, donde se verá, que el rey verdadero, segun la opinion del cónsul Bonaparte, no murió en el Temple á manos del caritativo Simon el zapatero remendon, sino que está vivo, y es, por consiguiente, el heredero legitimo de la corona. De seguro que eso daría gozo á los realistas.

—Yo trocaré en llanto y lamentos el jubilo de los tales realistas, exclamó Bonaparte en voz de trueno hiriendo el suelo con el pié repetidas veces y muy en jado. Enseñaré á todos los enemigos de la Francia que porto espada y que la emplearé lo mismo contra los de fuera que los de casa. Francia me ha dado esa espada y no la soltaré así viniesen á pedirmela los reyes de Europa de consuno con los Borbones que yacen en las bóvedas de San Dionisio. Soy, en suma, la espada viviente de la heroica Francia y no se inclinará jamas ante el cetro de un Borbon. Primero florece el báculo del peregrino en el desierto, que nazca el cetro de un Borbon de la espada de Bonaparte, llámese Luis XVII ó Luis XVIII. Tened tambien esto presente, Fouché, y no olvidéis que cuando yo digo, lo quiero, sé hacer que se cumpla mi voluntad, aun cuando ose oponérseme el mundo entero.

—Lo sé, dijo Fouché con deferencia. Dios os ha concedido, para el bien de la Francia, una voluntad de hierro y un cerebro de fuego, destinándoos para llevar no solo laureles sino coronas.

Chispearon de nuevo los ojos del Cónsul, que

buscaron los de Fouché, como para leer en su pecho; pero este bajó los suyos, y no pareció notar nada, ni manifestó inquietud ó embarazo.

—Habeis hecho uso de una palabra impropia, le dijo Bonaparte tranquilo, yo soy el primer servidor de la república, en que no hay coronas.

—¿Ni cívicas, general? preguntó Fouché sonriendo á medias. Pues yo me referí á esta especie de coronas, las cuales son aceptables en todas partes. Ninguna cabeza la ha merecido mas que la del noble cónsul Bonaparte, quien ha hecho la Francia digna rival de su hermana los Estados Unidos del Norte América.

—Bien sabe Dios, replicó Bonaparte alzando la cabeza, que no ambiciono ser el Washington de Francia.

—Sin embargo, lo sois ya, general; añadió Fouché con sonrisa. Solo que el Washington de Francia no vive en la Casa Blanca edificada por la república, sino en el palacio de las Tullerías, que ha recibido como heredero de los reyes Franceses, por ser el mas digno, el mas grande y el mas poderoso de los llamados á la herencia. De ésta forma parte la corona de Francia, ¿por qué habríais de rehusarla si aceptais el resto?

—¿Qué diriais si os mostrase que no la quería? ¿Qué diriais si os observase que yo no me juzgo digno de aceptar á ojos cerrados la herencia de los Borbones? Seriais tan insensato y necio que creyerais esa patraña?

—Cónsul, habeis hecho ya tantas cosas admirables, habeis reducido á la realidad tales encantos, que no juzgo nada imposible para vos, tan luego como poneis la mano encima.

—Esa es sin duda la razon porque teneis oculta la varita de un mágico. Os proponéis sacarla y presentármela, como se le presenta la cruz al diablo, así que llegue el momento decisivo.

—No os entiendo, Cónsul; contestó Fouché con el aire mas inocente del mundo.

—Bien, me explicaré. La varita del mágico á que me refiero y que suponeis oculta para mí, es Luis XVII. Ah! No sacudais esa cabeza de zorra, no lo negueis con los labios de seda, que ántes pronunciaron la sentencia de muerte de Luis XVI, y que hoy empleais en hacerle creer á un tonto, pretendiente por añadidura, que él es el hijo del rey asesinado. Verdaderamente, es cosa ridicula. El regicida quiere subsanar su culpa inventando una fábula y convirtiendo un maniquí en rey.

—General, no hay fábula ni maniquí, replicó Fouché en tono amenazador. Esta vivo el hijo del desventurado rey, y...

—O!a! le interrumpió Bonaparte con aire de triunfo, ¿luego confesais, luego revelais vuestro gran secreto? He arrojado de su cueva á la astuta zorra y ya puede empezar la caza. Os prometo que será muy animada y que no pararé hasta desollar la pieza, ó...

—¿Hasta que diga *pater peccavi*? preguntó Fouché con amable sonrisa.

—Hasta que me entregue el trampantojo que quiere usar como su *Deus ex machina*. Señor mio, de nada os vale empezar de nuevo el sistema de mentiras. La cólera os ha traicionado, por donde he conseguido atrapar la

sendido. Nosotros no conocemos el miedo. Pero cuando tropezamos con un león, ó nos amenaza un tigre con sus garras, huimos no por cobardía sino por instinto de propia conservación.

—Creedme pues, cuando os digo que ese león ó tigre no está sediendo de sangre real.

—No de sangre, cierto, sí de rango real. Para ello no descuidará el vencimiento de todo obstáculo que pueda desviarle del camino del trono. ¿Creéis que el hombre que despues de la batalla de Abukir, hizo fusilar 5,000 prisioneros, dudaría quitarle la vida á un jóven indeseado como yo?

—Veo que conocéis al león; con todo, tranquilizaos, que no es mi ánimo delataros. Ya habrá ocasión en que yo le muestre á Bonaparte que no me duermo en las pajas, y como puede suceder que tenga que recurrir al engaño, á fin de salvar vuestra vida, le probaré que habeis muerto. Muchos jóvenes oficiales corrieron esa suerte en la batalla de Marengo; ¿por qué no habia de ser uno de ellos el ayudante de campo del general Desaix? Sí, esto es lo mejor. Os daré por muerto en el hospital de Alejandria de resultas de la herida.

—Y de ese modo habré desaparecido dos veces del mundo de los vivos. ¿No es eso?

—Sí, Sire, para entrar en uno nuevo y con mayor esplendor.

—¿Quién sabe si tal puede ser el resultado? Porque cómo establecer mi identidad si muero y me entierran dos veces? ¿Cómo probar que no soy un impostor y que toda mi existencia no ha sido mas que una mentira? Al presente solo hay unos pocos que saben y creen en la fuga del Temple y en la existencia de Luis Carlos, si esos leen la certificación en que se les anuncia mi muerte despues de la batalla de Marengo, dudarán luego de mi existencia y por poco que cambie con los años, difícilmente me tendrán por el mismo hombre. Ninguno lleva impreso en la frente el sello de la majestad y la historia nos prueba que ha habido falsos pretendientes.

—Vuestros papeles están ahí para probar la verdad de vuestros asertos. Tenedos, ya estais en edad en que podéis guardarlos y saber su valor. Vuestros fondos están depositados en el banco de Francia, con solo firmar vuestro nombre al pié de estos recibos talonarios os los entregarán á la medida de vuestros deseos.

—Con solo firmar mi nombre, repitió Luis con amargura. Pero ¿cuál es mi nombre, señor? Antes me llamaban sobrino de Kleber, luego coronel Luis, edecan del general Desaix. Pero bajo esta última denominación no es posible que ya aparezca, si es que habeis de vencer al primer Cónsul de la muerte de ese sugeto. ¿Bajo qué nombre pues tiraré el dinero del banco?

—Teneis sobra de razon. Fuerza es daros un nombre, ó mas bien la máscara del nombre de un ciudadano ó noble, suministraros papeles que no pueden forjarse para probar vuestra existencia y amparar vuestra persona de todo ataque.

—Muy bien. Sed el padrino del solitario y sin nombre.

—Lo haré de mil amores. Arrastrado por mis pasiones políticas alcé la voz contra la vida

de vuestro padre, justo es que ahora que domina en mi la razon alce la voz en favor de la vida del hijo. Jóven, os daré nombre y rango hasta que la nacion Francesa os devuelva los vuestros verdaderos. De aquí adelante os llamareis baron de Richemont. ¿Lo aceptais?

—Lo acepto. Ser baron de Richemont es mejor al ménos que morir y ser enterrado sin nombre.

Convenidos en esto, el jóven saludó á Fouché y fuese ni satisfecho ni descontento de la larga entrevista. Cuando el ministro de policía de Bonaparte dejó de oír sus pasos en la escalera, estalló en una ruidosa y mofadora carcajada.

—Necio muchacho! dijo. Supones que Dios solo sabe lo que saldrá de tu incógnito. Te equivocas, ademas de Dios, lo sabe Fouché. Si, ese incógnito te rodeará como una red, de cuyas mallas no podrás nunca escapar. No, el baron de Richemont jamas será transformado en Luis XVII. Contigo matará dos pájaros, es decir, aguaré dos ambiciones, la del Cónsul y la del Conde, ambos de los cuales aspiran al trono. Me servirán de instrumento para amenazar cuando me amenacen. Pobre, crédulo, muchacho! Con qué facilidad caes en la trampa! De ella no saldrá nunca el baron de Richemont. Yo, Fouché, te lo aseguro.

#### CAPITULO XXXI.

##### FOUCHÉ.

A paso largo se paseaba el primer Cónsul arriba y abajo de su gabinete. Le relampagueaban los ojos, y su semblante casi siempre impenetrable, como el de las estatuas de bronce de los emperadores Romanos, descubría la fiera impaciencia y fogosas pasiones que agitaban entonces su pecho. Sus labios apretados fuertemente, se abrían de cuando en cuando y articulaban una palabra de amenaza ó de colera, que lanzaba, como saetas envenenadas al hombre que, en actitud respetuosa y pálidas mejillas se hallaba de pié no lejos de la puerta, junto una mesa cubierta de papeles.

Este hombre era Fouché, jefe anteriormente de policía de París y ahora mero miembro del Senado de la república. Habia ido á las Tuillerías para rogar á Bonaparte le concediese una audiencia secreta, por lo mismo que habia olvidado el preñijo *primero* de su titulo consular, y ya reinaba supremo y solo en Francia.

De repente Bonaparte interrumpió sus paseos y se plantó delante de Fouché y le clavó la vista, cual si quisiera traspasarle el corazón con los ojos convertidos en dagas buidas. Pero el antiguo jefe de la policía no reparó en ello, dado que no alzó la vista del suelo, ni advirtió al parecer que tenia tan cerca al iracundo Cónsul.

—Fouché, le dijo con impetuosidad, os conozco y no me engañará ese aire de indiferencia que afectais. Ya sabreis que no os temo á vos, ni á todos los espíritus del otro mundo que traigais á este. Os figurais que me asustais, y lo que pretendéis es que os pague caro por el secreto. Os equivocais medio á medio. No hay visiones que me espanten, de consiguiente no daré un céntimo por la solución de un enigma que espero resolver sin vuestra ayuda. Vendedor de secretos, ojo alerta! Te-

neis espías, yo tengo mi policía y estoy al corriente de todo cuanto ocurre. Se sabe, señor mio, que llevais correspondencia con gentes fuera del país, ¿lo entendeis? con gentes fuera del país.

—Cónsul, repuso Fouché sereno, ignoraba que la república prohibia á sus fieles servidores...

—No consentirá jamas la república, le interrumpió Bonaparte con voz tonante, que uno de sus servidores se cartee con sus enemigos. Callad! No hay que andarse con evasivas y circunloquios. Hablemos en plata. Os correspondeis con el conde de Provenza.

—Sabéis eso, Cónsul, porque he tenido el honor de entregaros una carta que el pretendiente me incluyó para vos.

—Carta ridicula y disparatada por cierto, carta en que ese tonto me pide le traiga á Francia, llevando su necesidad hasta decirme que deja á mi eleccion el puesto que he de ocupar en su gobierno. A fé, que un idiota no escribiría semejante papel. ¿El puesto que deseo ocupar en su gobierno! Bien, lo haré así; pero no quedará cerca de mí lugar para los Borbones, quienes ha escupido la Francia, lo mismo que se escupe el veneno mortal. Esa odiosa y débil familia, mientras yo viva al ménos, no volverá al poder. Francia le ha vuelto la espalda; la aborrece, está decidida á levantar un nuevo edificio de poder y gloria en el cual no hay cabida para ninguno de los Borbones. Tened esto presente, señor tramoyista, y no fabriqueis mas castillos en el aire. Exijo de vos una confesion completa ú os acuso como traidor y realista.

—Cónsul, no rechazaré la acusacion, estando persuadido que la Francia seguirá con interes el curso de un juicio que ha de rasgar el velo de un importante secreto, donde se verá, que el rey verdadero, segun la opinion del cónsul Bonaparte, no murió en el Temple á manos del caritativo Simon el zapatero remendon, sino que está vivo, y es, por consiguiente, el heredero legitimo de la corona. De seguro que eso daría gozo á los realistas.

—Yo trocaré en llanto y lamentos el jubilo de los tales realistas, exclamó Bonaparte en voz de trueno hiriendo el suelo con el pié repetidas veces y muy en jado. Enseñaré á todos los enemigos de la Francia que porto espada y que la emplearé lo mismo contra los de fuera que los de casa. Francia me ha dado esa espada y no la soltaré así viniesen á pedirmela los reyes de Europa de consuno con los Borbones que yacen en las bóvedas de San Dionisio. Soy, en suma, la espada viviente de la heroica Francia y no se inclinará jamas ante el cetro de un Borbon. Primero florece el báculo del peregrino en el desierto, que nazca el cetro de un Borbon de la espada de Bonaparte, llámese Luis XVII ó Luis XVIII. Tened tambien esto presente, Fouché, y no olvidéis que cuando yo digo, lo quiero, sé hacer que se cumpla mi voluntad, aun cuando ose oponerme el mundo entero.

—Lo sé, dijo Fouché con deferencia. Dios os ha concedido, para el bien de la Francia, una voluntad de hierro y un cerebro de fuego, destinándoos para llevar no solo laureles sino coronas.

Chispearon de nuevo los ojos del Cónsul, que

buscaron los de Fouché, como para leer en su pecho; pero este bajó los suyos, y no pareció notar nada, ni manifestó inquietud ó embarazo.

—Habeis hecho uso de una palabra impropia, le dijo Bonaparte tranquilo, yo soy el primer servidor de la república, en que no hay coronas.

—¿Ni cívicas, general? preguntó Fouché sonriendo á medias. Pues yo me referí á esta especie de coronas, las cuales son aceptables en todas partes. Ninguna cabeza la ha merecido mas que la del noble cónsul Bonaparte, quien ha hecho la Francia digna rival de su hermana los Estados Unidos del Norte América.

—Bien sabe Dios, replicó Bonaparte alzando la cabeza, que no ambiciono ser el Washington de Francia.

—Sin embargo, lo sois ya, general; añadió Fouché con sonrisa. Solo que el Washington de Francia no vive en la Casa Blanca edificada por la república, sino en el palacio de las Tuillerías, que ha recibido como heredero de los reyes Franceses, por ser el mas digno, el mas grande y el mas poderoso de los llamados á la herencia. De ésta forma parte la corona de Francia, ¿por qué habrais de rehusarla si aceptais el resto?

—¿Qué diriais si os mostrase que no la queria? ¿Qué diriais si os observase que yo no me juzgo digno de aceptar á ojos cerrados la herencia de los Borbones? Seriais tan insensato y necio que creyerais esa patraña?

—Cónsul, habeis hecho ya tantas cosas admirables, habeis reducido á la realidad tales encantos, que no juzgo nada imposible para vos, tan luego como poneis la mano encima.

—Esa es sin duda la razon porque teneis oculta la varita de un mágico. Os proponéis sacarla y presentármela, como se le presenta la cruz al diablo, así que llegue el momento decisivo.

—No os entiendo, Cónsul; contestó Fouché con el aire mas inocente del mundo.

—Bien, me explicaré. La varita del mágico á que me refiero y que suponeis oculta para mí, es Luis XVII. Ah! No sacadais esa cabeza de zorra, no lo negueis con los labios de seda, que ántes pronunciaron la sentencia de muerte de Luis XVI, y que hoy empleais en hacerle creer á un tonto, pretendiente por añadidura, que él es el hijo del rey asesinado. Verdaderamente, es cosa ridicula. El regicida quiere subsanar su culpa inventando una fábula y convirtiendo un maniquí en rey.

—General, no hay fábula ni maniquí, replicó Fouché en tono amenazador. Esta vivo el hijo del desventurado rey, y...

—O!a! le interrumpió Bonaparte con aire de triunfo, ¿luego confesais, luego revelais vuestro gran secreto? He arrojado de su cueva á la astuta zorra y ya puede empezar la caza. Os prometo que será muy animada y que no pararé hasta desollar la pieza, ó...

—¿Hasta que diga *pater peccavi*? preguntó Fouché con amable sonrisa.

—Hasta que me entregue el trampantojo que quiere usar como su *Deus ex machina*. Señor mio, de nada os vale empezar de nuevo el sistema de mentiras. La cólera os ha traicionado, por donde he conseguido atrapar la

zorra. Se os ha escapado la frase—Está vivo el hijo del rev. No podeis recogerla.

—No, no puede recogerse, dijo Fouché con un suspiro. Me he delatado yo mismo, ó por mejor decir, me han atrapado. En todo sois vos el héroe y el maestro, así en astucia como en valentía y discrecion. Ante vos inclino la cabeza como ante el genio que Dios envía á la tierra para convertir el caos en orden; me inclino como ante mi señor y amo; y en vez de oponerme á vuestros planes, de aquí adelante me contentaré con ser vuestro instrumento, si me aceptais como tal.

—O lo que es lo mismo, Fouché, con tal que yo acepte vuestras condiciones. Muy bien. Manifestadlas. Fuera rodeos. ¿Qué demandais?

—Cónsul, á fin de que nos entendamos, fuerza es que seamos francos y abiertos. ¿Me permitis ser franco con vos?

—Ciertamente. Hablad.

—Cónsul, me habeis arimado á un lado, ya no teneis confianza en mí; porque es una y otra cosa, quitarme el Ministerio de la Policía y dársele á mi enemigo Regnier. Esto me ha causado sentimiento, fuera de que me ha hecho daño, siendo así que me califica ante el mundo de hombre inútil, de quien se reserva Bonaparte. Han creído vuestros enemigos que cede en ventaja de ellos, mi lejanía de vos, y del resentido Jefe de Policía podrán sacar un nuevo adversario de Bonaparte. A mí se han acercado conspiradores de todas clases, emisarios del conde de Provenza, diputados de los realistas en la Vendée, y hasta espías de los furiosos republicanos, los cuales os odian tanto como aquellos, porque nunca os perdonaran el haber os puesto vos mismo á la cabeza de la república y asumido los aires de amo. Pues todos esos me han hecho proposiciones, cada cual ha solicitado que me una á su partido. A todos he prestado oído, he tomado nota de sus planes, y á la hora presente soy el aliado de la república y de la monarquía.

—Ah! os ruego, general, que me escuchéis en paciencia hasta el fin, continuó diciendo Fouché, pues que Bonaparte hizo un movimiento como de quien queria hablar. No me interrumpais, si os place, hasta que yo os haya referido mi historia por completo. Aquí me veis medido hasta las barbas en tres diferentes conjuraciones, en la de los republicanos que os odian como el tirano de la república y en la de los realistas, que quieren poner en el trono al conde de Provenza; por último, en la de los que llamaremos genuinos Capetistas, que pretenden hacer Luis XVII al huérfano del Temple. Para las tres el cónsul Bonaparte es un obstáculo que creen necesario destruir. Aquel partido que consiga mataros primero, ese está seguro de subir al poder. Así al menos lo han acordado los tres unidos. Despues se someterá al sufragio popular la cuestion de república ó reino.

—Bien, dijo Bonaparte con la mayor calma é imperturbabilidad, ¿por qué parais? No os he interrumpido. Proseguid.

—Prosigo. Si me he hecho miembro de las tres conjuraciones es para conocer mejor sus caudillos y sus planes respectivos. Esto me facilita sembrar la discordia y la enemistad entre los partidos. El de los realistas ya está roto, con solo haber mostrado yo simpatias por

los secuaces de Luis XVII. Muchos de los importantes del conde de Provenza, he logrado enagenárselos, y aun ciertos de los cabezillas, que habian venido á París para abogar por Luis XVIII, recientemente se han pasado al partido de su sobrino.

—Eso no es verdad, gritó Bonaparte con vehemencia. Me estais contando cuentos de viejas, con que puede asustarse á los niños, no á los hombres. No hay tales reuniones secretas en París, ni calabazas.

—General, si vuestro ministro Regnier os ha dicho eso, claro es que no sirve para el puesto que desempeña, ni conoce por asomos lo que se trae entre manos. Os repito que hay en París mas de una sociedad secreta y que debo saberlo porque soy miembro de cuatro diferentes.

—Ah! Señor mio! exclamó con aire de burla Bonaparte. Habeis perdido el seso. Antes dijisteis que eran tres las conjuraciones, ahora resulta que son cuatro.

—Hablo de las sociedades secretas, pues toda sociedad secreta no puede llamarse conjuración. No hay contradicción en mis palabras.

—¿Cuál es, pues, el nombre de esa cuarta sociedad ó conjuración?

—A satisfacer voy vuestra curiosidad, general. La cuarta se titula Bonapartista, ó, permitidme que me acerque un poco mas, cosa que no lo oigan las paredes de este palacio,—Imperialistas.

Dió Bonaparte un paso atrás y de pronto se le encendieron las mejillas.

—¿Qué queréis decir?

—Lo mismo que he dicho, mi general. Vuestra frente no se ha hecho para llevar laureles solamente, tambien para llevar una corona real. De manera que solo existe un medio para desbaratar las tres conjuraciones, este es el que propone la cuarta sociedad secreta. A fin de hacer abortar los planes de los republicanos y realistas, Francia necesita un emperador.

—Y queréis hacer emperador de Francia á vuestro maniquí, la sombra de Luis XVII?

—No, general, respondió Fouché con seriedad. Lo que yo quiero es hacer al cónsul Bonaparte emperador de los Franceses.

Tembló el Cónsul, sus ojos relampaguearon y registraron todos los rincones del gabinete que antes habia ocupado Luis XVI, cual si quisiera convencerse que nadie habia escuchado palabra tan peligrosa.

Signóse una pausa, pausa larga y solemne. Al cabo Bonaparte alzó los ojos, que los habia fijado en el suelo, y parecian llenos de la luz del sol.

—¿Es numerosa vuestra cuarta sociedad secreta? preguntó con aquella mágica sonrisa que ganaba todos los corazones.

—Comprende artistas, poetas, gentes de letras, sobre todo y especialmente, oficiales y generales. Se engruesa de día en día, y como por fortuna fui depuesto del empleo de ministro de la Policía, para ser creado miembro del senado de la república, en este puesto he podido ganar á la sociedad imperialista muchos miembros influyentes. Si un éxito feliz corona mis esfuerzos, la sociedad dejará de ser secreta, pues será seguro que el senado se dirigirá á vos directamente con una petición en que os ruegue pongais fin á todas las conspiraciones ó

intrigas, colocándoos á la cabeza de la Francia y aceptando la corona imperial que os ofrece. Pero...

—Entiendo vuestro pero, Fouché; le interrumpió Bonaparte. Quereis poner condiciones. No cae directamente del cielo en la cabeza de ningun hombre una corona imperial. Es preciso que haya manos que la reciban, pudiendo suceder que con el peso de la caída lleven mas ó menos lastimaduras. Ha de pagárseles por su heroísmo. Supongamos pues, que doy crédito á todos vuestros cuentos, hasta ese del imperio futuro, decidme ahora ¿qué queréis?

—Si yo os mostrase, general, con hechos, no con palabras meramente, que pululan las conspiraciones en el país, que el cáncer de las sociedades secretas roe sus entrañas y pone en peligro sus instituciones; confesaréis que soy mejor cabeza para dirigir los negocios de la policía que el señor Regnier de Angely, el cual insiste y se atreve á decirnos que no hay tales carneros en Francia?

—Probadme con hechos lo que aseverais, Fouché, y desde luego os doy la facultad para destruir las cabezas de la hidra. Las pruebas y sereis otra vez el jefe de la Policía.

—Las tendreis, general, hoy mismo, al punto, con tal que nos pongamos perfectamente de acuerdo. Soy ambicioso, lo confieso, y no quiero quedarme á la luna de Valencia, como sucedería, si me retiraran su confianza mis enemigos. Ahora soy al menos miembro del senado, pero si este se disuelve y luego me relavan del cargo de jefe de la Policía, vendré á ser Fouché á secas, Fouché jubilado.

—No hay tal, dijo Bonaparte sonriendo. Cuando no seais senador, ni jefe de la Policía, sereis el regicida Fouché. ¿Qué mejor título para un republicano?

—Ah! general! veo que me entendéis. Y ya que hablamos de nombre, posición y título para mí, me parece que si se restablece el trono en las Tullerías será preciso tener de nuevo corte, órdenes, títulos, dignidades.

—Por supuesto, repuso Bonaparte pensativo. El mundo no podrá menos de revolver en el mismo círculo de locuras y vanidades. Si aparece que se desvía un poco, vuelve á él con doble fuerza. Los hombres no son mas que otros tantos actores, á todos les gustan los oropeles, porque así creen que desempeñan el primer papel y que la historia registrará sus nombres en páginas diamantinas. Ahora bien, Fouché, ¿cómo le petaria mas que os llamasen en caso de que se pusiese en escena un drama imperial?

—No me sonaria mal el dictado de príncipe ó duque, Sire.

Apénas pudo reprimir Bonaparte la sonrisa de satisfacción que iluminó su rostro. Aquella era la primera vez que le daban el tratamiento de rey ó emperador y el Sire que Fouché le infiltró en el oído, fué un veneno sutil, que halagó sus aspiraciones y le ablandó como deliciosa música. Pero esto fué una impresion pasajera, cuyas huellas borró pronto la fuerza de su carácter firme, y rompió en una carcajada.

—Confesad, Fouché, dijo, que es chistoso oír al Cónsul hablando con un Senador de la república sobre imperio y títulos de nobleza. En verdad, que si oyeseis estas cosas los republi-

canos puros de vuestra conjuración primera, tendrían sobrada razon de acusarnos como traidores y conspiradores.

—Por eso soy de parecer que nos adelantemos á ellos y los acusemos.

—Cuando tengamos datos seguros de que partir.

Datos? Os los daré, cónsul Bonaparte, tan luego como el futuro emperador me asegure un título de nobleza con el cargo de jefe de la policía.

—Muy bien, dijo Bonaparte sonriendo, os promete el futuro emperador que tan luego como pueda confeccionar una hornada de esos platos sabrosos, pondrá su jefe de Policía en el horno y lo sacará príncipe ó duque hecho y derecho. Os da su palabra el futuro emperador que así lo hará mal que le pese al mundo. ¿Estais satisfecho milord demócrata?

—Sire, muy satisfecho; dijo Fouché haciendo una reverencia.

—Hablemos ahora seriamente, prosigió Bonaparte cambiando de tono. Habeis hablado de conspiraciones, afirmas que existen. No olvidéis que me habeis prometido pruebas tangibles; lo ois? pruebas tangibles. Esto es, no basta que yo vea papeles, listas de nombres de conspiradores que se han escapado al extranjero; quiero ver personas, hombres de carne y hueso, traidores que puedan colgarse no en effigie, sino en realidad, cuyo castigo sirva de escarmiento á toda la caterva. Estoy cansado de las perpetuas amenazas de los traidores, de los puñales envenenados, de las escopetas de viento, de las tramas é intrigas de todas clases. Tiempo es ya de hacer un escarmiento con los cabezillas que vienen aquí de Inglaterra, Alemania, Rusia é Italia. Harto he ilustrado el proverbio antiguo, que enseña, matar al ratero y dejar correr el ladrón. Es mi propósito coger al bandido principal y colgarle muy alto por el pescuezo. He aquí el único medio de intimidar la jauría é imponerle respeto.

—Sire, os entregaré los grandes ladrones; dijo Fouché sonriendo.

—Entregádmelos y os aseguro que no harán otra. Tiempo es sobrado de hacer un ejemplar y de probarle al mundo que sé donde me aprieta el zapato. El conde de Provenza y el duque de Enguien no cesan de tramar contra mí, con el deliberado objeto de quitarme de en medio. Pero hasta ahora no han presentado el cuerpo ni ellos ni sus principales secuaces. Como urden sus tramas siempre á buena distancia, nada arriesgan; así es, que si pillamos alguno de sus instrumentos y lo castigamos como merece, ellos no tienen mas trabajo que gritar contra nuestra barbarie y nuestra crueldad y persuadir al mundo de que no han pecado, solo hecho uso de los medios á su alcance para recuperar su herencia y restablecer el trono en Francia. Por supuesto no niegan que no tendrían el menor escrúpulo en derramar mi sangre. ¿Por qué habia de tenerlo yo de derramar la suya? Sangre por sangre, diente por diente, tal es la ley natural é inevitable de la represalia. ¡Ay! del que apela á ella. Los Borbones son los que hacen uso de semejante ley. Y ved, yo nunca les he hecho daño personalmente. Una gran nacion me ha puesto á su cabeza; mi sangre es tan buena como la de ellos y ya llegará la ocasion en que se los



pruebe de manera que no les deje pizca de duda. No quiero servir por mas tiempo de blanco de sus tiros, ni me contentaré con coger un puñal en vez de las manos que lo manejan. Tan luego como asegure estas, desaparecerán los puñales para siempre.

—Pues yo os entregaré esas manos, y si no, algunos dedos de ellas.

—Necesito todo, gritó Bonaparte; dedos, manos, brazos. Habeis hablado de tres diferentes conjuraciones. Haber los cabezas de ellas, los otros pueden tomar las de Villadiego si les place; porque cuando se le quitan a la hidra tres de sus cabezas, fuerza es que muera al fin. Así pues, los cabezas y la cosa es hecha. Conozco el cabeza motin de la conjuración número dos, no es otro que el conde de Provenza. Es la astuta araña que se retira tras la tela con cualesquiera ocasion, pero conozco tambien el brazo que esa cabeza pone en movimiento; y no es otro que el duque de Enghien. Es conspirador incansable, siempre ocupado en fabricar máquinas infernales y aguzar puñales contra mí. Ah! Que ande con cuidado el duquesito, porque si le pesco, de seguro que empiezo a ejercer en él el derecho de represalia, estando como estoy resuelto a que haya paz. Ahora venimos a vuestra conjuración número tres, a vuestro *Deus ex machina*, el llamado Luis XVII. ¿Existe en realidad?

—Existe, general.

—Ya he oído el cuento ese, dijo Bonaparte riendo de ganas, aunque su risa sonaba como una amenaza. Lo creía el cándido de Kleber, y después de su muerte recibí un papel suyo, en que me manifestaba su supuesto sobrino Luis era el heredero del reino de Francia y me rogaba encarecidamente le tomase bajo mi protección. Mandé hacer investigaciones. Fué después de la batalla de Marengo y ese tal Monsieur Luis, era hasta entonces, ayudante del general Desaix.

—Sí, general, su ayudante hasta la batalla de Marengo, quiero decir, hasta la muerte de Desaix.

—Sí no me equivoco, fué herido en la batalla y quedó en el hospital en Alejandria.

—Así es, general. Me admira lo bien informado que estais respecto a la suerte de ese jóven.

—Desde ese tiempo toda huella suya se ha perdido y han resultado inútiles mis pesquisas. El ayudante de Desaix que peleó con tanta valentía y que sacó a mi moribundo camarada del campo de batalla, merecía promoción, deseaba promoverle, y le solicité, aunque en vano. Le creía muerto y hé aquí que venis vos y me contais que hay una conspiración en favor de Luis XVII. Así pues, ese jóven pretendiente vive todavía, y existen almas candidas que creen en su historia. ¿No es eso?

—General, él habla poco, porque es muy callado y reservado, pero tiene testimonios que hablan por él, y que muestran que su relación no es un cuento ocioso, sino un fragmento de la historia verdadera. Sus papeles dan prueba clara é innegable de su descendencia y de la carrera de su vida.

—Me alegraría ver esos papeles.

—El no los sueita jamas, como que sabe muy

bien que son sus credenciales para reclamar una corona.

—Entonces traedme el hombre y con eso tendré sus papeles, dijo Bonaparte con un bramido como el de un león. ¿No es él el cabeza de la conspiración?

—Sí, general, el cabeza de la que yo mismo he guiado, porque aspiraba a tener en mi mano todos los cabos. A fin de tentar a los realistas y reconocerlos, les arrojé esa carnada y es increíble el número de los que han tragado el anzuelo y pasádose al jóven rey. De esta manera logré sembrar la división en las filas de los realistas, cuyas consecuencias ya toca el conde de Provenza. A la hora de esta no tiene el huérfano del Temple enemigo mas acérrimo que ese.

—Pero la enemistad del conde se desvanece como la luz de una luciérnaga en la oscuridad. Quiero pruebas tangibles con las cuales pueda yo prender a mis enemigos. ¿Podeis darme las?

—No es difícil, general. Ya volveremos a eso. Permittedme una palabra mas acerca del peligroso ayudante de Desaix, el coronel Luis. Decis que habeis hecho inútiles pesquisas para averiguar su paradero. Esas pesquisas se hicieron en tiempo en que Regnier de Angely era jefe de la Policía, habiendo mis enemigos conseguido enagenarme la confianza del primer Cónsul. Pero a haber sido yo entonces el jefe de la Policía, hubiera podido decirlos que el jóven que solicitábais y respecto del cual no teniais noticia, vivía aquí en París.

—¿Qué! exclamó Bonaparte asombrado. ¿El llamado Luis XVII aquí, en París?

—Sí, aquí, en París, general, donde aun vive. Ya hace cuatro años poco mas ó ménos que no sale de esta ciudad, esto es, el mismo tiempo que hace el señor Regnier desempeña el cargo de jefe de Policía.

—Y nada de eso me ha dicho Regnier! Ni sabía que moraba en París individuo tan peligroso!

—El señor Regnier, dijo Fouché encogiéndose de hombros, que duda de la existencia de sociedades secretas y conspiradores en Francia, y que os dice que los asesinos que últimamente y tan amenudo han puesto vuestra vida en peligro, han sido despachados de fuera por los pretendientes a la corona, el señor Regnier no podía saber palabra por supuesto de lo que pasaba en casa. No sucede lo mismo conmigo. Yo conozco a todos esos pájaros, y por mi honor, general, que es cierto lo que os refiero acerca del supuesto sobrino de Kleber. Vive en París y respira el mismo aire que nosotros respiramos. A poco de su llegada vino a verme y le entregué los papeles y documentos que me habia dejado Desaix y que habia jurado entregárselos religiosamente a su ayudante Luis. Franqueóse el jóven conmigo y gané su cariño así que le hablé en tono de sentimiento y de entusiasmo acerca de su padre y de su madre, mucho mas cuando le di el tratamiento de majestad. Me abrió su pecho, me dijo que era Luis XVII, y me pidió consejo y ayuda. Le prometí ambos y me le mostré en todo respetuoso y amable. Lo primero que le aconsejé fué que viviera incógnito bajo un nombre supuesto, y para facilitarle esto, le indiqué el que debía asumir, habiendo preparado los docu-

mentos necesarios, fé de nacimiento, de bautismo, del casamiento de sus padres y hasta de sus parientes mas cercanos, en una palabra, le formé un árbol genealógico completo.

—Por decontado que todos esos documentos son falsos, forjados; no es así? dijo el Cónsul asombrado.

—No faltan en Francia empleados que se prestan a todo, replicó Fouché con sonrisa maliciosa. No me contenté con buscar los papeles que aseguraban a mi protegido nombre honroso, posición social respetable, y vida holgada; hice mas por él. Busqué una certificación de la muerte de Luis, porque para protegerle de todo mal le dije que debía pasar por muerto como ayudante del general Desaix. Aprobó esta resolución mia, y no me costó mucho trabajo conseguir una certificación en debida forma, donde se prueba que el tal coronel Luis murió en el hospital de Alejandria de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Marengo.

—Santo Dios! exclamó Bonaparte. Es de comprarse y venderse todo en esta vida?

—Sí, general, todo, lealtad y amor, vida y muerte. Con el oro he hecho morir al hijo del rey de Francia y con oro le he vuelto la vida. Pero, cuando llegó la certificación, mi posición habia cambiado. Ya no era yo jefe de Policía sino Regnier. Guardé la certificación, y a fin de prevenir lo que pudiera sucederle a mi protegido en caso de mi muerte, le escribí participándole el feliz arreglo hecho y que podía vivir sin recelo en París bajo el nombre supuesto. Dicha carta la firmé con mi nombre y apellido y la sellé con mi sello, para que tuviese toda la autenticidad posible en caso necesario.

—Fouché, sois un zorro completo, dijo Bonaparte riendo. Mas fácil es escapar de una bala de cañon, que de vuestras redes. Puede decirse de vos, lo que decía el rey de Prusia, — Dios me libre de mis amigos, que de mis enemigos me libraré yo. Según esto, por pura amistad habeis hecho que muera y resucite el coronel Luis.

—Sí, general, así es. El tal coronel, ó lo que es lo mismo, el rey legítimo, Luis XVII, es un instrumento en mis manos de que hago uso para mantener en respeto todos los partidos y que a voluntad puedo poner en juego ó reservarle. Ahora no solo me ocupo de sembrar la desunión y las rencillas en el campo realista, sino de convertir al partido del jóven é infortunado rey cuanto republicano de corazón blando se pueda.

—Y después, dijo Bonaparte en tono grave, hareis uso de dicho instrumento para intimidar el cuarto partido de que habeis hablado, — el Bonapartista. Pero os habeis equivocado, Fouché. No habeis contado con la huéspeda. Vuestra misma astucia os ha deslumbrado. No me atemoriza asi si sucediera que la nación Francesa mañana ú otro día me ofreciese una corona imperial, la aceptaba con una mano y con la otra acogotaba a cuantos rebeldes y pretendientes se presentaban en mi camino. De un solo golpe los aplastaría a todos. No quiero partidos, fuera facciones políticas, necesito reducir al silencio a todas esas lenguas viperinas. No habrá mas sociedades secretas en Francia, antes descargaré todo el peso de la ley, sobre la cabeza de todo conspirador, sea

cual fuere su nombre y posición. Así pues, Fouché, cuando con vuestro auxilio pueda yo acabar con todos los partidos, los conspiradores, los pretendientes y las sociedades secretas, entonces seréis mi jefe de Policía y el futuro emperador os concederá el título de duque.

—General, pues en vuestra palabra confío para ser una cosa y otra. Acabaremos con todas las conspiraciones.

—Y tambien con *monsieur* Luis, añadió Bonaparte con vehemencia. Es figura esa molesta y desagradable. Mientras respire vivirá en el armión del manto imperial como una polla fastidiosa, que siempre roe y escuece. No hay que tolerar semejante insecto en la ropa, es preciso acabar con él de una vez para siempre. Me prometo que se ha metido en la trama hasta las cachas y que no saldrá de ella con el pellejo sano.

—Ya os he dicho, mi general, que sus partidarios, en una reunion secreta que tuvieron antes de ayer, le saludaron como su rey. Cierto es, sin embargo, que el pobre mozo se resistió cuanto pudo, mas el hecho queda en su punto.

—Y fundado en ese hecho, es preciso prenderle, dijo Bonaparte con voz amenazadora. Debe hacerse un señalado ejemplar y el tal Luis es la persona mas a propósito. Tiene que servir de víctima por todos los demas. ¿No es la cabeza de la conspiración? Pues abajo esa cabeza, y los miembros caen por sí mismos. Fuera de las almas pacatas que se perden por las consejas y creen en brujas, nadie llorará su muerte; al paso que servirá de escarmiento a toda la caterva de conspiradores. Al avio, Fouché, poned en juego todas vuestras artes y acabemos con las conspiraciones.

—Solo se necesita una cosa, general, que se me haga jefe de la Policía, a fin de que mis artes sean eficaces.

—Pero ya os he dicho, que os nombraré ministro tan luego como me deis pruebas incontrovertibles de que las tales conspiraciones no son la obra de vuestra fantasia.

—Muy bien, general, ya que tratamos de una, voy a daros las pruebas. Os he dicho que los realistas y los republicanos se han puesto de acuerdo para quitarnos la vida. Pues han elegido a la suerte cincuenta hombres fuera del territorio Frances, que vendrán a París para llenar su cometido, es decir, ya han llegado, y sus caudillos han tenido ayer mismo una entrevista con los jefes de las conspiraciones en esta capital.

—Fouché, exclamó Bonaparte, medita bien lo que decis, porque en ello os va la cabeza. Pagareis con ella, si los cincuenta asesinos resultan ser creaturas de vuestra propia imaginación.

—Esos cincuenta hombres estan en París desde antes de ayer, continuó Fouché sereno. Han venido por diferentes caminos, en son de simples viajeros y ayer tuvieron su primera entrevista con el jefe del partido republicano.

—¿Quién es ese jefe? Nombradlo, ú os diré que mentis y que sois un impostor.

—El tal jefe, dijo Fouché despacio y como contando sus palabras, no es otro que el general Moreau.

Dió un grito apagado Bonaparte y una palidez de ceniza cubrió sus antes animadas mejillas; apretó los labios y despidieron sus ojos tales llamaradas que hasta Fouché bajó los suyos acobardado.

—Moreau, murmuró despues de una larga pausa, ¿Moreau conspirador, traidor? Moreau en alianza con los asesinos que los realistas han enviado contra mí? Sabía muy bien que era mi enemigo, pero no imaginé que su enemistad le condujese al asesinato.

Se paseó arriba y abajo del cuarto muy agitado y con las manos enlazadas á la espalda, de repente se detuvo delante de Fouché y le miró á la cara fijamente.

—Fouché, ¿sosteneis que Moreau es conspirador?

—Lo sostengo, mi general.

—Sosteneis que los cincuenta conjurados estan aquí, en París?

—También lo sostengo. Mas, afirmo que Georges y Pichegru son los cabezas motin.

—Fouché, volvió á exclamar Bonaparte en tono amenazador y colérico, tan cierto como hay un Dios en los cielos, que os ahorco si habeis mentido.

—General, por Dios vivo, os repito que digo verdad. He venido aquí para mostraros quién soy yo y quién es Regnier. He aguardado hasta que la trama estuviere bien urdida y completa; y ya ha llegado la hora de que hable, y os advierta que tomeis vuestras medidas porque el peligro arrecia.

Temblando de la emocion Bonaparte se habla echado en una silla de brazos, y, como era su costumbre en momentos de irritacion, tomó de su escritorio una corta-plumas y empezó á picar el respaldo del asiento.

Fouché, recostado contra la pared, miraba con calma y ligera sonrisa la peregrina ocupacion del general. De pronto se abrió la puerta del gabinete y se presentó á ella el mameluko Roustam.

—Cónsul, dijo en tono suave, aquí está el consejero Real y solicita una audiencia.

Levantóse Bonaparte, arrojó el corta-plumas en el escritorio y gritó:—Real.

El hombre así nombrado no tardó en presentarse á la puerta. Era alto, de aspecto grave y traía el semblante demudado, que á pesar de su agitacion, lo notó Bonaparte.

—¿Qué ocurre, Real? le preguntó. ¿Habeis hablado con el reo?

—Sí, general.

—Y es lo que he dicho ¿cierto? El tal doctor Querolle ha pretendido hacer grandes revelaciones con el mero objeto de ganar tiempo y ver si prolonga su vida unas pocas horas. Ha envenenado á la mujer, para casarse con la querida, y es fuerza que muera el envenenador.

—General, exclamó Fouché en el colmo de la alegría, conozco á Querolle y sé que su esposa se envenenó. Querolle no es envenenador.

—¿Pues qué es, señor omnisciente?

—Mi general, él es otro conspirador.

—Conspirador! repitió Bonaparte volviendo el rostro hácia el consejero. Real, ¿qué sabeis? ¿Qué os ha dicho el reo?

—Cónsul, me juró que era inocente de la muerte de su esposa, al paso que se confesó miembro de una conspiracion tramada para

matar al general Bonaparte. Asegura que se han ligado los realistas y los republicanos; que cincuenta emisarios del conde de Provenza y del duque de Enghien, á la cabeza de los cuales se hallan Pichegru y Georges, se habian introducido en París; que tuvieron ayer una entrevista con el general Moreau, y con el llamado rey Luis XVII, que vive aquí oculto, y que ahora mismo esos cincuenta asesinos rodean las calles y acechan las Tullerías esperando la oportunidad de matar al primer Cónsul.

Bonaparte pasó los ojos poco á poco de la cara pálida del consejero Real á la serena y sagaz de Fouché, quien se guardó muy bien de dar muestras de triunfo y satisfaccion. Luego el Cónsul se encaminó despacio hácia la puerta que comunicaba con la antesala, donde se reunian á aquella hora todas las autoridades y empleados de la república para recibir órdenes, y la abrió con la punta del pié.

—Murat! gritó él, y al punto se presentó el general de este nombre que era á la sazón gobernador de París. Murat! añadió en el tono de mando que usaba en el campo de batalla, dad órdenes para que se cierren desde luego las puertas de París y que no se permita salir á ningun extranjero hasta nueva disposicion. Dentro de una hora estareis de vuelta para recibir una proclama á las tropas, que firmareis, imprimireis y hareis fijar en todas las esquinas de la capital. Despachad.

Salió Murat del gabinete saludando respetuosamente y entonces la voz dominadora de Bonaparte llamó á su primer ayudante de campo, que se hallaba en la misma antesala.

—Duroc, le dijo con voz serena, casi solemne, ireis ahora mismo con una media compania de soldados y prendereis al general Moreau, donde quiera que se encuentre.

Palideció el noble y abierto semblante de Duroc y no pudo ocultar la impresion de horror y asombro que le habia causado aquella orden.

—General, dijo titubeante, os ruego que...

—No hay que replicarme, estalló Bonaparte interrumpiendo á su favorito. Vuestro deber es la obediencia. Ni una palabra mas. Real, agregó luego que Duroc se retiró pálido y agitado, Real, tornad á la prision del reo, llevadle el perdon y tráigale aquí, que quiero oirlo. Pronto.

Retiróse Real y Bonaparte y Fouché quedaron solos.

—Habeis dado las pruebas, dijo el primero al segundo, y ahora os creo. Cuando se trata de perseguir lobos, sois un buen sabueso. Así principiaremos la caza. Desde este momento sois jefe de policia secreta. Vuestro deber primero será desenredar esta maraña. En recompensa os nombraré otra vez ministro de policia.\* Tan pronto como me cumplais vuestras promesas os cumpliré yo las mias; es decir cuando hayais puesto en mis manos la persona de los principales conspiradores.

—Ya teneis la del general Moreau, replicó Fouché. Os prometo que dentro de pocas horas tendreis las de Pichegru y Georges.

—Pero veo que olvidais la del mayor conspirador, dijo Bonaparte por cuya frente de bron-

\* El nombramiento de Fouché tuvo lugar en junio de 1804.

se pareció pasar una nube oscura. Olvidais la efieje de la enterrada monarquía, el rey fantasma Luis XVII. Silencio! Os digo que necesito este hombre. Arrancaré los colmillos de esa vibora real, cosa que no muerta mas. Traed el hombre á mi presencia. La república es una diosa airada y pide ofrendas reales. El impostor, Fouché, ó no respondo de lo que sucede. Marchad; os aconsejo que no os detengais. Necesito saber que está preso ese rey fabuloso ántes que se ponga el sol, de lo contrario juro que se pondrá para siempre el sol de vuestra existencia. Partid. Salid por el corredor estrecho y luego por la puerta secreta. Conocéis el camino. Idos.

No se atrevió Fouché á contradecir orden tan imperativa. Se encaminó sin ruido, aunque de prisa, á la cortina de la salita oscura y de allí á la puerta que daba al corredor estrecho y que solo sabian abrir los iniciados.

Pero no bien penetró en el cuarto oscuro, cuando sintió que una mano le echaba garra por el brazo, á tiempo que una voz de mujer le decía:

—Debo hablaros desde luego. Venid por aquí.

La mano de la desconocida le condujo derecho á la pared, tocó un resorte y sin el menor ruido se abrió una puerta. La misma voz añadió:

—Cuatro escalones abajo. Con cuidado.

## CAPITULO XXXII.

JOSEFINA.

No dudó Fouché en seguir á su guía por la escalerita abajo, á lo largo de un oscuro corredor, y luego escaleras arriba. Habia reconocido la voz y sabia que su conductora no era otra que Josefina, la esposa del primer cónsul.

A traves de la puerta secreta en el extremo del corredor, penetraron en una sala pequeña y lúgubre, exactamente igual á la inmediata al gabinete del cónsul, desde donde Josefina hizo pasar á Fouché al suyo.

—No direis palabra á Bonaparte, Fouché, acerca de este pasaje secreto, dijo Josefina en tono suave y casi suplicante. El no lo sabe. Le hice abrir sin su conocimiento cuando estaba en Bolonia el año pasado. ¿Jurais que no lo revelareis?

—Lo juro, madama.

Dios sabe que no lo mandé abrir por mera curiosidad de entreoír á Bonaparte, continuó Josefina. Pero á veces es necesario que yo averigüe lo que pasa y que cuando el general se encoleriza me apresure á calmarle y á divertir su ira. De este modo he podido evitar muchas calamidades. ¿Pero qué es lo que me he visto compelida á escuchar hoy? ¡Oh! Fué Dios mismo quien me compelió á escuchar! Estaba con él cuando os anunciaron y sospeché que vuestra visita encerraba algo desusado, algo terrible. Todo lo he oido, Fouché, no os digo mas. Sé que su vida está amenazada, que cincuenta puñales estan levantados contra él. ¡Ah! Dios mío, este perpetuo temor y esta ansiedad van á matarme. Ya no hay paz, ni descanso para mí. Desde el dia aciago en que dejamos nuestra casita para vivir en las Tullerías, se acabaron mis gozos. ¿Por qué nos mudamos? Por

qué no nos quedamos en el pequeño Luxemburgo? Por qué cedimos y lo trocamos por el palacio de los reyes?

—Es propio que el hombre mas grande de la Francia viva en la casa donde moró la extinguida raza de los reyes, contestó Fouché.

—Ya, dijo Josefina suspirando. Conozco las tretas de que os valeis para trastornar la cabeza de mi pobre Bonaparte. Si, vos, vos, su adulador, su tentador, sereis el culpado si nos suceden desgracias. Le habeis adormecido, no lo negueis, con el incienso de la adulacion. Diariamente infiltrais en sus venas el veneno que ha de acabar con nuestra paz y felicidad. Ah! Mi Bonaparte era tan bueno, tan vivaz, tan feliz! Estaba contento con los laureles que la victoria habia tejido en su frente; pero os habeis propuesto persuadirle que una corona realzaria la gracia de esos laureles. Halagais su ambicion, y lo que dormia tranquilamente en el fondo de su pecho y yo habia logrado reprimir á fuerza de besos y de caricias, vos no perdonais medio ni ocasion de hacerlo brotar: su vanidad, su amor del poder. Oh! Fouché, sois malo, cruel, despiadado. Os odio, os aborrezco á vosotros todos, porque sois los asesinos de mi Bonaparte.

Todo esto lo dijo en voz suave, sin tomar aliento, con las lágrimas corriendo hilo á hilo por sus hermosas mejillas y tembándole todo el cuerpo de la emocion. Luego, agobiada, se dejó caer en un sofá y con ambas manos, chispeantes con las piedras preciosas se cubrió los ojos.

—Madama, repuso Fouché tranquilo, sois injusta. Si habeis escuchado mi conversacion con el primer Cónsul, sabeis que el objeto primordial de mi venida fué poner á salvo su preciosa existencia, de las asechanzas de sus enemigos.

—¡De paso, verter en su pecho el veneno de una futura corona imperial! dijo Josefina con indignacion. Ah! Lo sé. Le empujais allá hablándole de conspiraciones y de puñales alzados sobre su cabeza. Quereis que sea emperador, con tal de que os haga principe á duque. Lo veo todo, mas no puedo impedirlo, porque él ya no escucha la voz de su Josefina, sino la de sus aduladores. Se pondrá una corona imperial y nuestra desgracia será completa. Lo sé. Esa corona nos arruinará. Cuando joven me predijeron que yo sería emperatriz, añadiendo que no seria por largo tiempo. Y sin embargo, me alegraria vivir y ser feliz todavía.

—Y lo sereis, señora, repuso Fouché sonriendo. Siempre es bueno llevar una corona imperial y vuestra hermosa cabeza es digna de una.

—No, no, gritó ella enojada. No venga á tentarme con sus adulaciones. No deseo corona de ninguna clase, estoy satisfecha con la corona de amor de mi marido. Las testas coronadas que han habitado en este palacio, una tras otra han caido en la sima de la destruccion, trocándose en lágrimas las perlas de sus diademas. ¿Pero de qué vale que yo os diga todo esto? Es en vano. No os traje aquí para hablaros de eso. Fué para cosa muy diferente. Escuchad, Fouché, no puedo impedir que Bonaparte se haga emperador, pero si trataré de impedir que le convirtais en regicida.

Dió un grito apagado Bonaparte y una palidez de ceniza cubrió sus antes animadas mejillas; apretó los labios y despidieron sus ojos tales llamaradas que hasta Fouché bajó los suyos acobardado.

—Moreau, murmuró despues de una larga pausa, ¿Moreau conspirador, traidor? Moreau en alianza con los asesinos que los realistas han enviado contra mí? Sabía muy bien que era mi enemigo, pero no imaginé que su enemistad le condujese al asesinato.

Se paseó arriba y abajo del cuarto muy agitado y con las manos enlazadas á la espalda, de repente se detuvo delante de Fouché y le miró á la cara fijamente.

—Fouché, ¿sosteneis que Moreau es conspirador?

—Lo sostengo, mi general.

—Sosteneis que los cincuenta conjurados estan aquí, en Paris?

—También lo sostengo. Mas, afirmo que Georges y Pichegru son los cabezas motin.

—Fouché, volvió á exclamar Bonaparte en tono amenazador y colérico, tan cierto como hay un Dios en los cielos, que os ahorco si habeis mentido.

—General, por Dios vivo, os repito que digo verdad. He venido aquí para mostraros quién soy yo y quién es Regnier. He aguardado hasta que la trama estuviere bien urdida y completa; y ya ha llegado la hora de que hable, y os advierta que tomeis vuestras medidas porque el peligro arrecia.

Temblando de la emocion Bonaparte se habla echado en una silla de brazos, y, como era su costumbre en momentos de irritacion, tomó de su escritorio una corta-plumas y empezó á picar el respaldo del asiento.

Fouché, recostado contra la pared, miraba con calma y ligera sonrisa la peregrina ocupacion del general. De pronto se abrió la puerta del gabinete y se presentó á ella el mameluko Roustam.

—Cónsul, dijo en tono suave, aquí está el consejero Real y solicita una audiencia.

Levantóse Bonaparte, arrojó el corta-plumas en el escritorio y gritó, —Real.

El hombre así nombrado no tardó en presentarse á la puerta. Era alto, de aspecto grave y traía el semblante demudado, que á pesar de su agitacion, lo notó Bonaparte.

—¿Qué ocurre, Real? le preguntó. ¿Habeis hablado con el reo?

—Sí, general.

—Y es lo que he dicho ¿cierto? El tal doctor Querolle ha pretendido hacer grandes revelaciones con el mero objeto de ganar tiempo y ver si prolonga su vida unas pocas horas. Ha envenenado á la mujer, para casarse con la querida, y es fuerza que muera el envenenador.

—General, exclamó Fouché en el colmo de la alegría, conozco á Querolle y sé que su esposa se envenenó. Querolle no es envenenador.

—¿Pues qué es, señor omnisciente?

—Mi general, él es otro conspirador.

—Conspirador! repitió Bonaparte volviendo el rostro hácia el consejero. Real, ¿qué sabeis? ¿Qué os ha dicho el reo?

—Cónsul, me juró que era inocente de la muerte de su esposa, al paso que se confesó miembro de una conspiracion tramada para

matar al general Bonaparte. Asegura que se han ligado los realistas y los republicanos; que cincuenta emisarios del conde de Provenza y del duque de Enghien, á la cabeza de los cuales se hallan Pichegru y Georges, se habian introducido en Paris; que tuvieron ayer una entrevista con el general Moreau, y con el llamado rey Luis XVII, que vive aquí oculto, y que ahora mismo esos cincuenta asesinos rodean las calles y acechan las Tullerías esperando la oportunidad de matar al primer Cónsul.

Bonaparte pasó los ojos poco á poco de la cara pálida del consejero Real á la serena y sagaz de Fouché, quien se guardó muy bien de dar muestras de triunfo y satisfaccion. Luego el Cónsul se encaminó despacio hácia la puerta que comunicaba con la antesala, donde se reunían á aquella hora todas las autoridades y empleados de la república para recibir órdenes, y la abrió con la punta del pié.

—Murat! gritó él, y al punto se presentó el general de este nombre que era á la sazón gobernador de Paris. Murat! añadió en el tono de mando que usaba en el campo de batalla, dad órdenes para que se cierren desde luego las puertas de Paris y que no se permita salir á ningun extranjero hasta nueva disposicion. Dentro de una hora estareis de vuelta para recibir una proclama á las tropas, que firmareis, imprimireis y hareis fijar en todas las esquinas de la capital. Despachad.

Salió Murat del gabinete saludando respetuosamente y entonces la voz dominadora de Bonaparte llamó á su primer ayudante de campo, que se hallaba en la misma antesala.

—Duroc, le dijo con voz serena, casi solemne, ireis ahora mismo con una media compania de soldados y prendereis al general Moreau, donde quiera que se encuentre.

Palideció el noble y abierto semblante de Duroc y no pudo ocultar la impresion de horror y asombro que le habia causado aquella orden.

—General, dijo titubeante, os ruego que...

—No hay que replicarme, estalló Bonaparte interrumpiendo á su favorito. Vuestro deber es la obediencia. Ni una palabra mas. Real, agregó luego que Duroc se retiró pálido y agitado, Real, tornad á la prision del reo, llevadle el perdon y tráigale aquí, que quiero oirlo. Pronto.

Retiróse Real y Bonaparte y Fouché quedaron solos.

—Habeis dado las pruebas, dijo el primero al segundo, y ahora os creo. Cuando se trata de perseguir lobos, sois un buen sabueso. Así principiaremos la caza. Desde este momento sois jefe de policia secreta. Vuestro deber primero será desenredar esta maraña. En recompensa os nombraré otra vez ministro de policia.\* Tan pronto como me cumplais vuestras promesas os cumpliré yo las mias; es decir cuando hayais puesto en mis manos la persona de los principales conspiradores.

—Ya teneis la del general Moreau, replicó Fouché. Os prometo que dentro de pocas horas tendreis las de Pichegru y Georges.

—Pero veo que olvidais la del mayor conspirador, dijo Bonaparte por cuya frente de bron-

\* El nombramiento de Fouché tuvo lugar en junio de 1804.

ze pareció pasar una nube oscura. Olvidais la efígie de la enterrada monarquía, el rey fantasma Luis XVII. Silencio! Os digo que necesito este hombre. Arrancaré los colmillos de esa víbora real, cosa que no muera mas. Traed el hombre á mi presencia. La república es una diosa airada y pide ofrendas reales. El impostor, Fouché, ó no respondo de lo que sucede. Marchad; os aconsejo que no os detengais. Necesito saber que está preso ese rey fabuloso ántes que se ponga el sol, de lo contrario juro que se pondrá para siempre el sol de vuestra existencia. Partid. Salid por el corredor estrecho y luego por la puerta secreta. Conocéis el camino. Idos.

No se atrevió Fouché á contradecir orden tan imperativa. Se encaminó sin ruido, aunque de prisa, á la cortina de la salita oscura y de allí á la puerta que daba al corredor estrecho y que solo sabian abrir los iniciados.

Pero no bien penetró en el cuarto oscuro, cuando sintió que una mano le echaba garra por el brazo, á tiempo que una voz de mujer le decía:

—Debo hablaros desde luego. Venid por aquí.

La mano de la desconocida le condujo derecho á la pared, tocó un resorte y sin el menor ruido se abrió una puerta. La misma voz añadió:

—Cuatro escalones abajo. Con cuidado.

## CAPITULO XXXII.

JOSEFINA.

No dudó Fouché en seguir á su guía por la escalerita abajo, á lo largo de un oscuro corredor, y luego escaleras arriba. Habia reconocido la voz y sabia que su conductora no era otra que Josefina, la esposa del primer cónsul.

A través de la puerta secreta en el extremo del corredor, penetraron en una sala pequeña y lúgubre, exactamente igual á la inmediata al gabinete del cónsul, desde donde Josefina hizo pasar á Fouché al suyo.

—No direis palabra á Bonaparte, Fouché, acerca de este pasaje secreto, dijo Josefina en tono suave y casi suplicante. El no lo sabe. Le hice abrir sin su conocimiento cuando estaba en Bolonia el año pasado. ¿Jurais que no lo revelareis?

—Lo juro, madama.

Dios sabe que no lo mandé abrir por mera curiosidad de entreoir á Bonaparte, continuó Josefina. Pero á veces es necesario que yo averigüe lo que pasa y que cuando el general se encoleriza me apresure á calmarle y á divertir su ira. De este modo he podido evitar muchas calamidades. ¿Pero qué es lo que me he visto compelida á escuchar hoy? ¡Oh! Fué Dios mismo quien me compelió á escuchar! Estaba con él cuando os anunciaron y sospeché que vuestra visita encerraba algo desusado, algo terrible. Todo lo he oido, Fouché, no os digo mas. Sé que su vida está amenazada, que cincuenta puñales estan levantados contra él. ¡Ah! Dios mio, este perpetuo temor y esta ansiedad van á matarme. Ya no hay paz, ni descanso para mí. Desde el dia aciago en que dejamos nuestra casita para vivir en las Tullerías, se acabaron mis gozos. ¿Por qué nos mudamos? Por

qué no nos quedamos en el pequeño Luxemburgo? Por qué cedimos y lo trocamos por el palacio de los reyes?

—Es propio que el hombre mas grande de la Francia viva en la casa donde moró la extinguida raza de los reyes, contestó Fouché.

—Ya, dijo Josefina suspirando. Conozco las tretas de que os valeis para trastornar la cabeza de mi pobre Bonaparte. Si, vos, vos, su adúlador, su tentador, sereis el culpado si nos suceden desgracias. Le habeis adormecido, no lo negueis, con el incienso de la adulacion. Diariamente infiltrais en sus venas el veneno que ha de acabar con nuestra paz y felicidad. Ah! Mi Bonaparte era tan bueno, tan vivaz, tan feliz! Estaba contento con los laureles que la victoria habia tejido en su frente; pero os habeis propuesto persuadirle que una corona realzaria la gracia de esos laureles. Halagais su ambicion, y lo que dormia tranquilamente en el fondo de su pecho y yo habia logrado reprimir á fuerza de besos y de caricias, vos no perdonais medio ni ocasion de hacerlo brotar: su vanidad, su amor del poder. Oh! Fouché, sois malo, cruel, despiadado. Os odio, os aborrezco á vosotros todos, porque sois los asesinos de mi Bonaparte.

Todo esto lo dijo en voz suave, sin tomar aliento, con las lágrimas corriendo hilo á hilo por sus hermosas mejillas y tembándole todo el cuerpo de la emocion. Luego, agobiada, se dejó caer en un sofá y con ambas manos, chispeantes con las piedras preciosas se cubrió los ojos.

—Madama, repuso Fouché tranquilo, sois injusta. Si habeis escuchado mi conversacion con el primer Cónsul, sabeis que el objeto primordial de mi venida fué poner á salvo su preciosa existencia, de las asechanzas de sus enemigos.

—I de paso, verter en su pecho el veneno de una futura corona imperial; dijo Josefina con indignacion. Ah! Lo sé. Le empujais allá hablandole de conspiraciones y de puñales alzados sobre su cabeza. Quereis que sea emperador, con tal de que os haga príncipe á duque. Lo veo todo, mas no puedo impedirlo, porque él ya no escucha la voz de su Josefina, sino la de sus adúladores. Se pondrá una corona imperial y nuestra desgracia será completa. Lo sé. Esa corona nos arruinará. Cuando jóven me predijeron que yo sería emperatriz, añadiendo que no seria por largo tiempo. Y sin embargo, me alegraria vivir y ser feliz todavía.

—Y lo sereis, señora, repuso Fouché sonriendo. Siempre es bueno llevar una corona imperial y vuestra hermosa cabeza es digna de una.

—No, no, gritó ella enojada. No venga á tentarme con sus adulaciones. No deseo corona de ninguna clase, estoy satisfecha con la corona de amor de mi marido. Las testas coronadas que han habitado en este palacio, una tras otra han caido en la sima de la destruccion, trocándose en lágrimas las perlas de sus diademas. ¿Pero de qué vale que yo os diga todo esto? Es en vano. No os traje aquí para hablaros de eso. Fué para cosa muy diferente. Escuchad, Fouché, no puedo impedir que Bonaparte se haga emperador, pero si trataré de impedir que le convirtais en regicida.



—¿Perdonaros? Qué me habeis hecho? Señor Fouché, quién es esta señora que me conoce tan intimamente y que me trae noticias de Fiel? Que tengo que perdonarle? Quién es? Decidme, por piedad, su nombre.

—Señor, dijo Fouché aproximándose poco á poco, esta señora es...

—Callad, Fouché! le interrumpió Josefina. Se lo diré yo misma. Sire, cuando vuestra hermosa y excelsa madre moraba en Versailles, tuve la honra de ser presentada á ella y concurrí tanto á sus córtés públicas como privadas. Un día... Se acercaba la terrible época del terror. La reina vivía en la Tullerías y allí fui yo á ofrecerle mis respetos.

—Es decir, señora, exclamó Luis, que vos sois tan animosa como leal, pues solo los valientes y leales se aventuraban en ese tiempo á presentarse en las Tullerías. Ah! Hablad. Continúa! Deciais que deseabais ofrecer vuestros respetos á la reina. Os recibí ella, ¿no es eso? Os condujeron al saloncito de color de ladrillo?

—No, Sire, la reina no estaba allí, sino en la sala de música, y, como que entonces no se paraba mucho la mente en la etiqueta, se me permitió ir allí en compañía de la marquesa de Tourzel. La reina cantaba al clavicordio y no advertí nuestra entrada. Yo me quedé á la puerta y contemplé por breve rato el bello cuadro que se me ofreció delante. La reina, en traje sencillo blanco, con el cabello castaño claro algo empolvado y medio oculto por una papalina de encaje negro, se hallaba sentada, como digo, al clavicordio, descansando sus blanquísimos dedos en las teclas. Casi bajo el alfiler de la ventana se hallaba sentada bordando madama Isabel; junto á la reina en una silla de brazos, un niño de cinco años de edad, niño amoroso, con largos rizos dorados, ojos azules y expresivos, en suma, un ángel en figura humano. Sus manitas, rodeadas de encajes, las tenía apoyadas en el brazo de la silla, mientras sus ojos seguían los movimientos del semblante de su madre, y toda su alma parecía absorbida en el canto y la música. Todavía el tono de voz de la cantora resuena en mi corazón. Cantaba aquella canción que principia:

Duerme, hijo mío,  
Los párpados cierra... etc.

Y mientras cantaba, de cuando en cuando se volvía para ver á su hijo, que escuchaba inmóvil y parecía encantado. Mira, exclamó la princesa, hermana del lindo niño, creo que Luis Carlos se ha dormido. ¡Oh! Teresa! replicó el niño enderezándose y rojo de la emoción, ¿cómo pudiera nadie dormir cuando canta mamá la reina? Esta dejó el clavicordio é imprimió un amoroso beso en la frente del niño, cuya dorada cabellera mojó ella con una lágrima ardiente. La vi; mis ojos involuntariamente se humedecieron. Como no pude reprimir el llanto, salí á las calladas y me enjugué el rostro. Sire, aun os veo allí, aun veo aquella hermosa reina con sus hijos y aun me toca llorar como lloré entonces.

—Y yo, oh Dios mío! y yo... derramar lágrimas de sangre.

Diciendo esto Luis se tapó el agitado semblante con ambas manos. Hasta Fouché parecía conmovido, pues temblaron sus labios y palidieron sus mejillas.

Seguíose un buen rato de silencio, no oyéndose otra cosa que los apagados sollozos del joven, que conservaba las manos sobre los ojos y lloraba con tal violencia, que las lágrimas gota á gota saltaban por entre sus dedos apretados.

—Sire, le dijo al cabo Josefina, Sire, por la memoria de esa hora, os ruego me perdoneis que viva en los mismos aposentos donde en otro tiempo vivía María Antonieta. ¡Ah! No los ocupo por mi gusto, los ocupo con pesar y disgusto. Si, Sire, creedme, y perdonadme, pues me he visto compelida á vivir en el alcázar de los reyes.

—¿Vivis pues en las Tullerías? dijo él quitándose las manos de la cara. ¿Quién sois? Señora, cómo os llamais?

—Sire, yo era anteriormente la vizcondesa de Beauharnais; ahora soy...

—La esposa del primer Cónsul! exclamó el príncipe dando un paso atrás aterrado. La esposa del que me persigue, y que, como dice Fouché, no parará hasta hacerme subir al cadalso?

—¡Ah! Sire, perdonadle! El no es malo, no es cruel, las circunstancias no mas le compelen á obrar de la manera que lo hace. Se diría que Dios mismo es quien le ha elegido para restaurar con su gloriosa espada y sus heroicas hazañas, la paz y la prosperidad de su infortunada patria, que sangra de mil heridas.

Fué salvador de la Francia y la nación agradecida le saludó como tal y llena de confianza puso en sus manos las riendas del gobierno. Con sus victorias y la administración de los negocios, Francia ha renacido fuerte, grande y feliz y á pesar de eso pululan las conspiraciones cuyo único objeto es matar al salvador de su patria. ¿Qué hay que sorprenderse, si al fin, para acabar con las conspiraciones y con los atentados contra su existencia, trata de inspirar miedo á los conspiradores, haciendo un castigo ejemplar y horrible? El está firmemente resuelto á hacerlo. Nuevas intrigas y tramas han despertado al león que reposaba y sacudiendo la melena sin duda que aniquilará á los que se atreven á punzarle. Sire, yo no os acuso, no digo que habeis mal tratando por todos los medios posibles de apoderaros de la herencia de vuestros padres. Dios sea el juez entre vos y vuestros enemigos. Pero estos tienen el poder en sus manos y es fuerza que vos cedais por esta vez al menos. Oh! mi querido, desventurado y triste señor, os ruego os pongais en salvo de la cólera del primer Cónsul y de los esbirros que os buscan por todas partes. Si os encuentran, estais perdido, nadie en el mundo podrá entonces salvaros. Huid, pues, huid, ahora que es posible.

—Huir! repitió el joven con amargura. ¿Huir una vez mas! Mi vida toda ha sido una perpetua fuga, un continuo ocultarme. Como el Judío errante, mi destino ha sido errar de de tierra en tierra, sin encontrar descanso, ni paz en ninguna. Sin hogar, padres, patria, ni nombre, vago en torno, y, cual bestia feroz, perseguida por los perros, apenas me detengo á respirar, cuando siento los ladridos y huyo de nuevo. Bien, sea así; estoy ya cansado de luchar con mi destino; y me entrego á lo que parece inevitable. Que me envíe al cadalso el

primer Cónsul como conspirador, estoy preparado para morir. Al cabo encontraré en la muerte la paz que en vida se me niega cruelmente. No huiré, me quedaré. El ejemplo de mis padres me enseñará á morir.

—Oh! No habeis así! le dijo Josefina. Tened piedad de mí, de vos mismo. Todavía sois joven, la vida todavía es un tesoro para vos, todavía debéis esperar ser feliz y célebre. Fuerza es que vivais, no para vengar la muerte de vuestros ilustres padres, sino para hacer su memoria menos dolorosa. Hijo de reyes, habeis recibido la vida de Dios y de vuestros padres, y no podeis arrojarla con desden, sino defenderla, porque la bendición de vuestra madre reposa en vuestra cabeza y debéis librarla del cadalso.

—Es preciso que vivais, dijo á la sazón Fouché, porque vuestra muerte causaría gozo á los enemigos acérrimos de María Antonieta, los cuales serian vuestros herederos, motadores de vuestra suerte. ¿Concederéis al conde de Provenza el derecho incontestable de llamarse Luis XVIII? A ese conde que hizo derramar tantas lágrimas á María Antonieta? En oyendo esto el príncipe se encendió en ira y le chispearon los ojos.

—No, exclamó, el conde de Provenza, no tendrá ese momento de gozo, proporcionado por mí. No descansará la maldita cabeza en la almohada con la convicción tranquila de que será el rey futuro. Mi espíritu interrumpirá su sueño, y la posibilidad de que yo puedo volver y reclamar lo que es mío, será la pesadilla de su vida. Teneis razon, debo vivir. El espíritu de María Antonieta se cieme en mi cabeza, y me pide que viva y que con mi vida la vengue del mas feroz de sus enemigos. Sea como decís, pues. Y ahora, Fouché, á dónde quereis que huya? Dónde se ocultará el pobre delincuente, cuyo solo delito consiste en esto, en que vive y en que es el hijo de su padre? Dónde está la caverna en que ocultarse pueda el gamo perseguido por los lebreles?

—Sire, teneis que ir muy lejos, lejos, á extrañas tierras. Es poderoso el brazo del primer Cónsul y su vista de águila abarca toda la Europa, y os descubriría do quiera que os escondieseis.

—Por de pronto es urgente que busqueis un techo amigo en ultramar, dijo Fouché acercándose mas. Ya he dado pasos en ese sentido. Todos los dias salen barcos de Marsella, y en uno de esos debéis embarcaros para América. Esa es la tierra de la libertad, de las aventuras y de los grandes hechos. Allí encontraréis suficiente ocupacion para vuestro espíritu y vuestro amor al trabajo.

—Decís bien, repuso Luis con amarga sonrisa. Iré á la América. Quizas halle refugio entre los salvajes: tal vez me nombren ellos su cacique, y adornen mi cabeza con una corona de plumas en vez de la de oro. Sí, partiré para la América. En los bosques primitivos, con los hijos de la Naturaleza, no faltará hogar para el desterrado, para el pobre huérfano. Señora, os doy las gracias por vuestra simpatía y bondad, y mi agradecimiento lo expresaré de este modo: sujetándome enteramente á vuestra voluntad. Amábais á la reina María Antonieta; Dios os bendiga y á todos los que amais.

Le alargó ambas manos á Josefina, y á tiempo que ella se las acercaba á los labios para besárselas, él se inclinó y le dijo con triste sonrisa:

—Señora, bendecid mi pobre frente con el contacto de unos labios que en otro tiempo besaron la mano de mi madre.

Hizo Josefina lo que se le pidió y al besarle, una lágrima saltó de sus ojos y cayó en la cabeza del joven.

—Marchad, Sire, le dijo ella, y Dios os bendiga y os proteja. Si alguna vez necesitais de mí, no dejéis de manifestármelo, seguro de que no desoiré jamas vuestra voz.

Una hora mas tarde la esposa del primer Cónsul salía en coche de Saint Cloud. En la esquina de la calle de San Honoré, se le reunió otro carruaje y el joven que iba en él saludó respetuosamente á Josefina, cuando esta se asomó á la portezuela para reconocerle.

Delante de las barreras se paró el carruaje, pues como antes se ha dicho, estaban cerradas las puertas de la ciudad. Pero Josefina hizo señas al oficial de guardia para que se acercara al estribo del coche, y resultó, por fortuna, que ese la conocía.

—No me parece necesario, dijo ella con encantadora sonrisa, que yo traiga pase escrito del primer Cónsul para que se me permita salir. Espero que no sospechareis siquiera que yo ni mi secretario privado, que me sigue en el otro carruaje, pertenecemos á la caterva de villanos que atentan contra la vida de mi marido.

Por supuesto, á este lenguaje y á la sonrisa con que lo acompañó Josefina, no pudo resistir el oficial de guardia, ántes dispuso abrir las puertas al momento y dejar pasar los dos carruajes.

Y de este modo se salvó una vez mas el hijo de la reina. Aquella era la segunda en que dejaba á París á la ventura, sin destino fijo, ni esperanza que le alumbrara en su áspero y tenebroso camino.

### CAPITULO XXXIII.

#### DESPUES DE MUCHO VAGAR.

Fué un día de terror para la ciudad de París, el 16 de febrero de 1804. Las puertas permanecieron cerradas todo el día, patrullas numerosas recorrían las calles sin cesar; y en todas las esquinas se leía un cartel, en que Murat, el gobernador militar, con grandes letras negras anunciaba la extraordinaria noticia de que dentro de sus muros había 50 individuos juramentados para quitarle la vida al primer Cónsul.

Querolle, el cirujano, condenado á muerte, había hecho una confesion detallada de la trama, nombrando uno por uno los cabezas motín y sus cómplices principales, y, solo despues que se arrestaron todas las personas que él mencionó, se abrieron las puertas de la ciudad.

Entonces se inició un sumario contra los hombres enviados por los Borbones con ese nefario propósito. Entre los presos se contaban el general Pichegru, abrigador de Georges, y el general Moreau, el mas distinguido de todos.

La historia de este proceso quedó envuelta

en la oscuridad, susurrándose únicamente que Pichegru se quitó la vida en la prisión, al paso que no faltó quien afirmara que le despacharon en secreto. Esto produjo murmulos de horror en todas las calles y casas de París, ni se veían otras caras que las pálidas azoradas, de los que comparaban aquel modo de hacer justicia con el que habían empleado poco antes los idólatras de la guillotina.

Aumentóse este estado de desazon y azoramiento con el rumor que se exparcó tras la muerte misteriosa de Pichegru. Se decía que el duque de Enghien, nieto del príncipe de Condé, había sido preso en Baden por soldados Franceses, fuera del territorio de la Francia, por supuesto; traído á Vincennes; juzgado por un consejo de guerra, en la misma noche, acusado de complicidad en la trama para quitarle la vida al primer Cónsul y turbar la paz de la república; condenado á muerte y fusilado antes de amanecer en los fosos de la dicha fortaleza.

Este rumor no se apartó por desgracia un ápice de la verdad. Bonaparte había cumplido su palabra de sacrificar una víctima real á la causa de la república amenazada en la persona de su primer magistrado, esperando, con aquel hecho atroz, llenar de pavor á los conspiradores de todas clases y hacerles abandonar sus planes sanguinarios.

Cruelles eran los medios empleados, pero se logró el fin que Bonaparte se propuso alcanzar, siendo así, que de allí adelante se acabaron las conspiraciones, el primer Cónsul pudo respirar mas libremente, y el 18 de mayo del mismo año, asumió el título de emperador de los Franceses.

Pocos días despues empezó el proceso público contra los demas acusados. A él concurrió Fouché como ministro de policía, presidiendo Regnier en su nueva capacidad de justicia mayor.

Diez y siete de los acusados fueron condenados á muerte, otros á varios años de prisión, contándose entre estos el general Moreau. Pero de tal modo y con tanta energía se declaró en favor de este último la voz popular, pues no se habían olvidado sus muchos y heroicos servicios á la república, que se creyó conducente conmutar la pena de prisión en destierro. En efecto, puesto en libertad, atravesó los Pirineos en camino para España, de donde pasó á la América del Norte.

El 25 de junio, doce de los conjurados, entre los cuales Georges era el principal, fueron fusilados. A los otros cinco de los 17 condenados á muerte, se les conmutó esta pena en la de destierro perpetuo.

La gentil y benévola Josefina miraba todas estas escenas de sangre con tristeza. Se desvanecía á toda carrera la influencia que había ejercido en el corazón de su esposo, se había puesto, en una palabra, el sol de su gloria. Ya no tenían valor á los ojos de Napoleón sus ruegos ni sus lágrimas, bastando decir que no le fué posible evitar la muerte desastrosa del duque de Enghien.

—He probado todos los medios, dijo ella anegada en llanto á Bourrienne, secretario principal del emperador. Deseaba distraerle de intención tan atroz, á cualquier costa; pero no me la había comunicado, pues sabéis de que

modo lo averigué. A ruegos míos, me confesó su propósito, de nada valieron sin embargo mis lágrimas. Me le arrojé y le abracé las piernas.—No te metas en las cosas que no te incumben; me dijo serio rechazándome. Estos no son asuntos de mujeres, déjame en paz. Así tuve que abstenerme y dejar que sucediera lo que Dios quisiera. Despues, no obstante, cuando todo pasó, Napoleon estuvo profundamente afectado, por varios días seguidos no habló palabra, ni me regañó tampoco al verme á menudo anegada en llanto.

Pasados los días, los días de esplendor, vinieron al galope los días de miseria y pesar para Josefina. Rechazada por Napoleon, por cuatro años seguidos lamentó su desdichado amor y su dicha malograda; pero cuando la estrella de ese héroe se puso, cuando le robaron su corona imperial y le obligaron á salir de Francia, se despedazó el corazón de Josefina y se ocultó en el sepulcro, á fin de no presenciar la humillación de su ídolo.

Concluido el imperio, los potentados extranjeros llevaron á Francia entre bayonetas al conde de Provenza y le sentaron en el trono de sus antepasados bajo el nombre de Luis XVIII. En este acto solemne no tuvo parte la nación.

¿Dónde estaba á todas estas el hijo de la reina Maria Antonieta? ¿Qué era de Luis XVII?

Había cumplido la palabra dada á Josefina. "Había ido á los bosques los cuales le dieron una corona de plumas y le hicieron su rey." Honrado como tal y amado como caudillo, por años y años vivió entre ellos. Despues le acometió la nostalgia y se pasó al Brasil, al servicio de cuyo pueblo se puso, buscando la oportunidad de celebrar un contrato con Don Juan, sin pensar mas en sus vasallos de color cobrizo. Los tesoros preciosos que poseía, sus papeles, había logrado conservarlos en todos sus viajes y peligros y aventuras, y merced á ellos Don Juan le recibió bien; por él supo los cambios que habían ocurrido en Francia. Así que, aprovechándose de la primera oportunidad que se le presentó se embarcó para Europa y llegó á París á mediados del año de 1816.

El príncipe de Condé, ya duque de Borbon recibió con ternura al vagamundo, al mismo tiempo que con hondo pesar, pues ya era demasiado tarde, no descansando en base ninguna su esperanza de restaurar al vuelto príncipe en el trono de sus padres. El conde de Provenza era á la sazón rey de Francia por la voluntad de los aliados y no había que esperar abdicase en favor del hijo de la mujer que mas había odiado en el mundo.

Mucho mas fácil y cómodo fué tratar al pretendiente como loco y aventurero y desvanecer sus derechos para siempre. Inútiles fueron las cartas que el baron de Richemont escribió á su tío el rey y á su tía la duquesa de Angulema, rogándoles le concedieran una entrevista. Jamas le contestaron siquiera, ni era de concederse tampoco una audiencia á este aventurero, cuyos reclamos no podían atenderse sin destronar á Luis XVIII; y sobre todo sin aguar las ilusiones del hijo de la duquesa, el duque de Berri, que aspiraba á reinar en Francia.

Luis XVII había muerto y no podía volver á la vida. Viólo, súpulo, y se apoderó de su espíritu un hondo sentimiento. Pero se sobrepujó á todo, no atentó contra su vida, sino que se propuso vivir y ser el terror y enemigo de sus crueles parientes.

A fin, sin embargo, de librarse del puñal de esos mismos, que eran poderosos entónces, se echó de nuevo á vagar por el mundo. El príncipe de Condé llorando le aconsejó esto y él cedió á la razón y á las circunstancias. Abandonó de nuevo el territorio Frances y aun la Europa, y viajó por Asia y Africa. Al cabo de dos años de ausencia y de dolorosa peregrinación, volvió, y al desembarcar en las costas de Italia, fue preso en 1818, á instigación del embajador Austriaco en Mantua y encerrado en las cárceles de Milan.

En ellas pasó el desventurado príncipe siete años, sin que se le notificara siquiera el motivo de su prisión; siete años de soledad, de tinieblas y de padecimientos. Con todo eso, el hijo de Maria Antonieta había aprendido desde la niñez lo que son trabajos y halló que la vida en los plomos de Milan no era tan mala como la vida en el Temple bajo la férula de Simon. Allí encontró al ménos almas que simpatizaran con él y le compadecieran, pues hasta los llaveros eran corteses y benévolos cuando entraban en el calabozo del rey de Francia. Un día oyó una voz que cantaba en tono suave y melodioso una romanza que él mismo había compuesto y cuya letra copió en la pared del calabozo que anteriormente había ocupado en la propia cárcel.

Dicha voz, que resonaba como un saludo del mundo, era de Silvio Pellico. En efecto, el célebre autor de *Le Mie Prigioni*, refiere en frases las mas tiernas su conocimiento con aquel compañero de prisión:

Habían llevado mi cama, dice, al nuevo calabozo que me habían preparado, y tan luego como me dejaron solo los inspectores, mi primer cuidado fué examinar las paredes. Había en ellas algunas palabras, recuerdos del pasado, escritas con carbon, con lápiz y con un instrumento punteagudo. Tambien vi allí dos versos en Frances, que siento no haberlos copiado. Empecé á cantarlos con el tono de mi melodía *La pobre Magdalena*, á tiempo que una voz inmediata me contestó con otra canción. Luego que acabó el cantor, yo exclamé: bravo! El entónces me saludó cortesmente y me preguntó si yo era Frances.

—No, soy Italiano y me llamo Silvio Pellico.

—El autor de *Francesca da Rimini*?

—Sí, señor, el mismo.

Signóse á esto un cumplimiento de su parte y el acostumbrado pésame por mi encierro. Preguntéme en seguida, dónde había nacido, y cuando le contesté que en Saluzzo, en el Piemonte, hizo elogio de mis paisanos y me habló particularmente de Bodini, célebre impresor, regente de la imprenta nacional de Parma. En la brevedad y discreción de sus celebraciones, revelaba un entendimiento lúcido y cultivado.

—Y ahora, señor mio, le dije yo, permitidme os pregunte quien sois.

—Acabais de cantar una canción que yo escribí.

—¿Son pues vuestros los lindos versos escritos aquí en la pared?

—Sí, señor.

—En ese caso sois....

—El duque de Normandía.

Precisamente entónces el vigilante se acercó á mi reja y tuve que callarme. Algun tiempo despues anudamos nuestra conversacion. Cuando le pregunté si era Luis XVII, me contestó afirmativamente y empezó á declamar con calor contra Luis XVIII, su tío, el usurpador de sus derechos.

Roguele entónces me hiciera un resumen de la historia de su vida, y satisfizo mis deseos, refiriéndome los detalles de la de Luis XVII, que ya sabia en parte. Contóme sus padecimientos en su larga prisión en el Temple, el mal trato que allí le dieron, el papel calumnioso contra su madre que le obligaron á firmar, su escapada milagrosa, su vida de soldado en Egipto y en Marengo, sus aventuras en París, su fuga á América, su vuelta para reclamar el trono de sus padres y su prisión en Mantua.

En suma me hizo una pintura fiel de su extraordinaria vida. Vivos tenia en la memoria los incidentes de la revolucion Francesa y hablaba con natural elocuencia, mezclando en la narración anécdotas oportunas y picantes. La manera de expresarse tenia á veces un ligero sabor del militar, pero no le faltaba la elegancia que descubria su trato con la buena sociedad.

—¿Me permitiréis, le dije, trataros como amigo, dejando á un lado todos los títulos?

—Hé ahí lo que deseo, me contestó. La desgracia me ha enseñado á despreciar todas las vanidades de la tierra. Creedme, mi orgullo no finca en esto, en que soy rey, sino en que soy hombre.

Tras esto teníamos largas conversaciones por las mañanas y las noches, reconociendo en él una alma noble y hermosa, sensible á todo lo bueno. Sabia cómo ganarse los corazones, de modo que hasta los carceleros eran bondadosos con él. Al venir uno de ellos del calabozo de mi vecino me dijo: Tengo esperanzas fuertes de que me haga primer portero de palacio cuando sea rey: tuve la osadía de pedirle la plaza y él me la ha prometido.

A la veneración de los carceleros por el rey futuro, debo el que un día cuando me llevaban al tribunal, al pasar por su calabozo, abrieran las puertas á fin de que yo conociese á mi ilustre amigo. Era de estatura mediana, de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad, algo grueso, y tenia fisonomía completamente Borbonica.\*

Despues de siete años de prisión, se abrieron al fin las puertas al baron de Richemont; y aquel que había sido privado de su libertad por tan largo tiempo, sin sentencia de juez, fué dado libre con la ménos ceremonia posible. Libre otra vez se veía el hijo de la reina, y la muerte de Luis XVIII le llevó de nuevo á los círculos sociales; mas fué para saber que otro rey de Francia había ocupado su puesto, habiendo as-

\* Silvio Pellico, *Le Mie Prigioni*, pág. 51 y siguientes. Un examen de esta obra convence á cualquiera que Silvio Pellico de ninguna manera crea en la autenticidad de las pretensiones de su compañero. Y hace mal la novelista en dejar en el ánimo del lector la impresión que se trasluce en el texto. T.

cendido al trono vacante el conde de Artois bajo el nombre de Carlos X.

En los hondos valles de Suiza devoró el baron de Richemont sus pesares y su humillacion. Pero así que el rey Carlos X fué lanzado del trono por la revolucion de julio de 1830, salió de nuevo de su retiro el hijo de Maria Antonieta, dió una proclama al pueblo Frances, y, pidió su herencia, en presencia de toda la Europa.

Pero se perdió la voz del desventurado principe en medio del clamor popular y el ruido de las armas. No tenia soldados, no tenia cañones, para imponer silencio y hacerse oír de la multitud. Una cosa y otra tenia el duque de Orleans, Luis Felipe; sus secuaces y valedores, ganados por la magia de sus riquezas, no tuvieron inconveniente en sentarle en el trono, en agosto de 1830.

El infeliz baron de Richemont, hijo de reyes, el último de los Borbones en Francia, solo contaba entónces con un amigo, que quizas querría ampararle. Nos referimos al duque de Borbon Condé, anciano de unos 80 años de edad. Algunas semanas despues de la ascension de Luis Felipe, el duque en cierto día recibió en su palacio de St. Leu á un caballero desconocido, que se presentó bajo el nombre de baron de Richemont.

Salió á la antesala el duque, saludó al huésped con la mayor deferencia y le condujo á su gabinete. Allí los dos caballeros tuvieron una conversacion larga y vehemente, y, el secretario del duque, que trabajaba en la inmediata biblioteca, afirma que oyó distintamente decir á su señor en tono de voz tembloroso:

—Sire, os suplico me perdoneis. Las circunstancias fueron mas fuertes que mi voluntad. Sire, no me condeneis sin apelacion; perdonadme.

Y que la voz irritada del extranjero replió:—“No, no os perdonaré, porque habeis obrado tan pérfidamente con el hijo, como obrasteis con la madre. No habeis cumplido el juramento que en cierta ocasion me hicisteis. Os dejo. Dios tenga piedad de vos, y os perdone; pero mucho temo que os castigue por la traicion que me habeis hecho. Me jurasteis que no reconoceriais otro rey mientras yo viviese, y sin embargo este es el tercero á quien prestais vuestro homenaje. Adios. Protéjaos el Todopoderoso. Quizas nos volvamos á encontrar en mundo mejor, y allí dareis cuenta de vuestra conducta á un juez que lee en los corazones de los hombres. Sed feliz y duerman en paz los muertos.”

En seguida oyó el mismo secretario el golpe de una puerta que se cerraba con fuerza y que todo quedó en silencio. Al cabo de una hora entró en el gabinete del duque, porque le pareció alarmante aquello, y encontró al anciano en su silla de brazos, pálido y con la mirada fija en la puerta por donde habia salido el extranjero. Todo el día se mantuvo callado, y por la noche le oyó su lacayo orar y gemir sin consuelo. A la mañana siguiente, el 27 de agosto de 1830, apenas entró en su alcoba, le halló muerto y ya rígido. Se habia ahorcado el duque á la ventana de su cuarto.

Así acabó el último secuaz del infeliz rey, que aun llevaba su apellido, habiendo muerto antes todos sus parientes, inclusa su hermana

la duquesa de Angulema. Pero de los muertos vino un presente, habiendo ella dispuesto en su testamento se le diese al baron de Richemont una pension anual, no faltando quien dijera que en la hora de su muerte manifestó deseos de reconocerle como hermano. Pero la hizo desistir de este propósito su confesor, el cual le manifestó que semejante reconocimiento no haria mas que introducir nuevas discordias entre los Borbones, y dar al pretendiente Enrique V. igual derecho que á Luis XVII.

Con todo eso el duque de Normandia no guardó silencio, pues tan alto y claro habló de sus derechos, que Luis Felipe creyó conveniente al fin hacerle prender y procesarlo. El sumario duró quince meses consecutivos, resultando de él una acusacion de infidencia que se juzgó por ante los tribunales Franceses.

La *Gaceta* del 3, 4 y 5 de noviembre de 1834 daba los pormenores de esa causa célebre. Espectadores en gran número, lo mismo que testigos, concurrieron á las sesiones, listos para probar la identidad del baron de Richemont con el duque de Normandia, hijo de Luis XVI. El reo se presentó con calma y dignidad y cuando el fiscal le acusó de apropiarse un nombre que no le pertenecia, replicó él tranquilamente: Señores, si yo no soy Luis XVII, tened la bondad de decirme quién soy.

Nadie satisfizo á esa pregunta, nadie se atrevió á contradecirle, ántes muchos eminentes legistas no tuvieron empacho en declarar que él era en verdad su rey, el huérfano del Temple.

De esto pareció convencido hasta el mismo presidente del tribunal, terminando el discurso que dirigió al jurado con las siguientes palabras:—Señores, quién es el reo que teneis hoy delante?Cuál es su nombre, cuál su genealogia, cuál su familia? Sus antecedentes, su historia? Es el instrumento de los enemigos de la Francia, ó con mas razon, un desventurado que escapó milagrosamente de los horrores de una revolucion sangrienta, y, proscrito de la comunidad social por su nacimiento, no tiene nombre ni sitio de refugio donde reposar la cabeza?

Pero á esta última pregunta no tuvo que responder el jurado, sino á la de si el reo era culpable ó no del delito de conspiracion contra la paz del Estado. A esta pregunta contestó—culpable, y se condenó el reo á doce años de prision.

El duque de Normandia, ó rey Luis Carlos, como podemos llamarle, fué llevado á Santa Pelagia; pero al siguiente año, merced á la interposicion de los amigos poderosos, que le habia grangeado su proceso, le pusieron en libertad y se encaminó á Suiza por segunda vez, donde pasó algunos años de tranquilidad.

La revolucion de 1848 lanzó á Luis Felipe del trono y se refugió en Inglaterra, para no volver á pisar el territorio Frances.

Entónces Luis Carlos salió de nuevo de la soledad, ya enteramente solo. Le rodearon ricos y poderosos legitimistas, se creó un periódico, *L'Inflexible*, para abogar por los derechos del duque de Normandia, y mil voces leales de La Vendee, llamaron al rey Luis XVII. Y en el momento de correr al lado de sus fieles, Dios le detuvo enviándole un ataque de parálisis. Mejoró de este mal, mas se le acabó la fuerza del entendimiento, de cuyas re-

sultas el decidido, fogoso é infatigable pretendiente, quedó convertido en un humilde y piadoso fraile, que pasaba la vida en ayunar, en rezar y en hacer viajes á Roma para confesar-se con el Papa Pio Nono y recibir la absolucion de sus pecados.

Este se vió con el duque de Normandia en Gaeta el 20 de febrero de 1849, donde tuvieron una larga y secreta conferencia. De ella resultó, que si bien Luis Carlos no negó su ascendencia, tampoco manifestó deseos de que le pusieran en posesion del patrimonio paterno. Cada día fué retirándose mas y mas del mundo, viviendo tranquilo en un pequeño circulo de nobles legitimistas que le daban el dictado de Sire. Aceptó este tratamiento como cosa que le pertenecia de derecho, y nunca lo rehusó aun en los labios de muchos adherentes de la nueva dinastía Napoleónica. En esta época escribia á sus amigos:

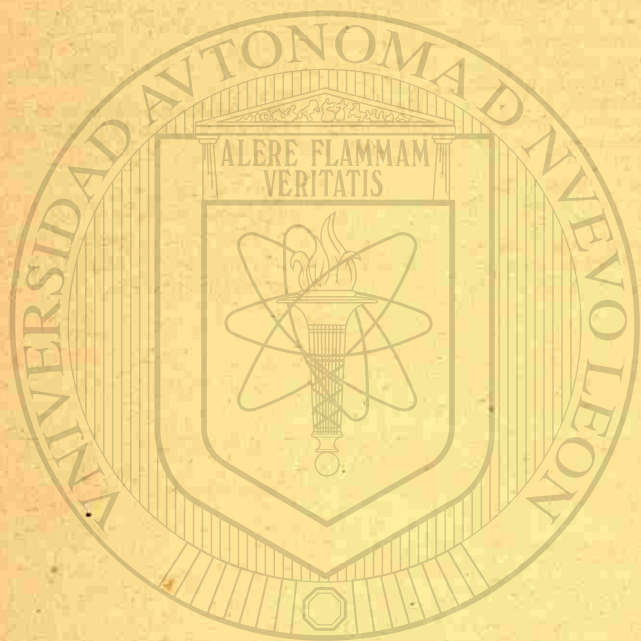
—Me preguntais qué deseo, cuál es el fin de mi lucha, que ha durado ya medio siglo. Os lo diré en breves palabras. Confio que no me suponeis determinado á buscar todavía el camino del trono de Francia. Para mí seria esta la mayor de mis desgracias, ciertamente seria

una calamidad para nuestra patria; pudiendo en ese caso decirse de nosotros dos con razon, que la mereciamos: tampoco si se me reconociera espero alcanzar la salud y mejorar de posicion. Sabeis bien que mis necesidades son pequeñas y que están ampliamente cubiertas. ¿Qué mas puedo apetecer? Vengarme? Amigos míos, estoy en una edad en que la sangre fluye pesada en las venas y en que se halla encanto indecible en perdonar. Hé aquí la razon principal de mi contentamiento. Antes de morir, quisiera convencer á que los que han creído en mí, que no es un aventurero político, sino el huérfano-real del Temple, aquel á quien dispensan su amistad y les debe eterna gratitud.”

Murió y fué enterrado con gran pompa en el cementerio de Villefranche, y en su losa se lee la siguiente inscripcion:

ACQUÍ YACE  
LUIS CÁRLOS DE FRANCIA.  
NACIÓ EN VERSAILLES EL 27 DE MARZO DE 1785.  
MURIÓ EN EL CHATEAU DE VAUX-BENAUD  
EL 10 DE AGOSTO DE 1853.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

➤ 1886. ◀

## ÍNDICE DE AUTORES Y DE MATERIAS

DE LAS PUBLICACIONES DE LA CASA DE D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

POR ORDEN ALFABÉTICO.

A		F	
	PRECIO		PRECIO
Album para sellos de todas las naciones. Tela.	\$2 50	Fitch, J. G. Conferencias sobre Enseñanza...	\$1 50
Alfabeto en piezas	1 50	Florian, Guillermo Tell y Andrés Hofer...	1 25
Anthony, H. T. El Rayo Solar	1 25	Foster, Dr. M. Fisiología	30
Appleton. Cartilla, Sistema Fonético	6 00	Freeman, E. A. Historia de Europa	30
Geografía Superior Ilustrada		Fröbel. La Educación del Hombre	1 50
Arboleda, Julio. Poesías	3 00	Fyffe, C. A. Historia de Grecia	30
B		G	
Baldwin, J. P. Dirección de las Escuelas	1 50	Geikie, A. Geología	30
Béquer, Gustavo A. Rimas	1 50	Geografía Física	30
Belem, E. M. de. Frases Inglesas y Españolas	30	Gibbons. La Fé de Nuestros Padres	1 50
Belèze. Historia Sagrada	30	Goodrich, S. G. Historietas Morales	1 25
Bello. Gramática Castellana	38	Grand, P. M. Aritmética	20
Burnouf. Gramática Latina	75	Grove. Geografía Científica	30
Butler. El Maestro de Inglés y Español	50	Gutteras. Método de Francés	60
		Cartilla	5
C		H	
Cáceres, José María. Cómputos Cronológicos y Eclesiásticos	15	Herranz y Quiróz, Diego N. Gramática Castellana	20
Puntuación y Acentuación Ortográfica	15	Hooker, Dr. J. D. Botánica	30
Calkins, N. A. Manual de Enseñanza Objetiva	1 00	Huxley, Dr. T. H. Fisiología é Higiene	1 75
Colección de Cuadros Murales	14 00		
Carreno. Manual de Urbanidad	50	I	
Compendio del Manual de Urbanidad	20	Iriarte, Don Tomás de. Fábulas	30
Carreno, Juan de la C. Método de Inglés, Sistema de Ollendorff	1 00		
Clave del anterior	75	J	
Cartilla y Doctrina Cristiana	5	Jevons, W. S. Lógica	30
Catecismo Razonado	30	Economía Política	30
Celedón. Algebra Elemental	40	Johannot. Principios y Práctica de la Enseñanza	1 50
Cervantes. Don Quijote de la Mancha	1 50		
Edición de lujo	2 50	K	
Compendio de la Gramática Castellana	25	Krüsi. Dibujo Sintético. 4 cuadernos	50
Conocimiento de las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir	5	Análítico. 6 cuadernos	1 25
Conway, Hugh. Misterio *** Novela	50	Manual del Maestro	50
Cornell. Geografía Elemental	40	Perspectiva y Sombreado. 4 cuadernos	1 00
Cartones para el dibujo de mapas	50	Manual del Maestro	50
13 Mapas mudos	15 00	Lecciones Fáciles de Dibujo, 3 series, cada una	15
Clave de los mapas mudos	50		
Mapa Mudo n. 14 de la República Argentina	1 00	L	
Clave especial del anterior	10	La Isla Misteriosa. Novela	50
Creighton C. Historia de Roma	30	La Casa del Pantano. Novela	50
Cuentos á mis Niños. Un paquete de 8	45	Larrazábal, Felipe. Vida de Bolívar	30
Cuentos Morales. Paquetes de una docena surtida	1 25	Lemly, H. Rowan. Gimnasia	30
Cuentos pintados para Niños. Paquetes con una docena surtida	60	Lenguaje de las Flores y de las Frutas	50
		Le Sage. Gli Blas de Santillana	1 25
D		Libro Primario de los Niños, 1 docena	1 50
Delapalme. La Infancia	20	Libro Primario de Ortografía	45
		Lockyer, J. Norman. Astronomía	30
E		Lupton, N. T. Agricultura	30
Epitome de Analogía y Sintáxis de la Gramática Castellana. Rústica	12 1/2	Lusk, Dr. Guillermo T. Ciencia y Arte de los Partos	4 00
Pasta	15		



INDICE DE AUTORES.—(Continuación.)

M	
	PRECIO
Mahaffy, J. H. Antigüedades Griegas.....	\$0 30
Mándevil. El Nuevo Libro Primero.....	40
Libro Primario.....	20
Libro Segundo.....	30
Libro Tercero de Lectura.....	45
Mantilla. Método de Inglés.....	1 00
Mapas. República Argentina, Isla de Cuba y Centro América.....	60
Marchena. Historia Antigua.....	60
Márquez, J. A. Compendio de la Gramática de Bello.....	88
Marroquin, J. M. Diccionario Ortográfico. Ortología y Ortografía.....	40
Marsh, C. C. Teneduría de Libros, Partida sencilla.....	1 60
La Ciencia de la Teneduría de Libros, Partida Doble.....	1 60
Juego de Libros en blanco.....	1 25
Mi Abuela Fácil. Historias para Niños. 1 doc. surtida.....	1 50
Monsanto, H. M. Método de Español para los Alemanes, sistema de Ollendorff.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Mühlbach, Luisa. María Antonieta y su Hijo. Novela.....	60
N	
Nueva Biblioteca de la Risa.....	1 25
Nueva York Ilustrada.....	1 25
Nuevo Tesoro de Chistes.....	1 25
Núñez de Arca. Última Lamentación de Lord Byron.....	1 50
Núñez, J. A. El Lector Americano: Silabario.....	10
Libro Primero.....	25
Libro Segundo.....	35
Libro Tercero.....	50
O	
Ortiz, Pedro P. Educación Popular.....	1 50
Física.....	1 50
Ollendorff. (Véase Monsanto, Simonné, Palenzuela y Carreño).....	1 00
P	
Paez. Geografía Descriptiva.....	1 25
Palenzuela, Ramón. Método de Inglés, véase Carreño, Juan de la C.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Perkins. Aritmética.....	40
Prendergast, Thomas. Método de Inglés.....	45
Prontuario de Ortografía Castellana.....	40
Purón, Dr. J. G. Libro Primero de Zoología. Purón, Dr. J. G. Enfermedades de las Mujeres, por Thomas.....	5 00
Q	
Quackenbos. Historia de los Estados Unidos y países adyacentes de América.....	1 50
R	
Ramos Díaz de Villegas, A. Método de Inglés.....	60
Reid, Mayno. Casa en el Desierto. Novela.....	1 25

	PRECIO
Ripalda. Doctrina Cristiana.....	\$0 18
Robertson. Curso de Inglés.....	2 50
Robertson. El Inglés al Alcance de los Niños. Roemer, J. El Lector Poligloto, 5 tomos, en Inglés, Alemán, Español ó Italiano, cada tomo.....	1 25
Rojas, Pedro J. Método de Inglés, sistema Robertson.....	2 50
Rosales. Catón y Catecismo Cristiano.....	18
Roscoe, H. E. Química.....	30
Royo. Moral y Religión.....	75
S	
Sarmiento, Domingo F. Aritmética.....	38
Método de Lectura.....	15
Biografía de Abrahán Lincoln.....	1 50
Las Escuelas.....	3 00
Serie Nueva de Novellitas para Niños, 1 doc. surtida.....	1 50
Sheldon, F. A. Lecciones de Cosas.....	1 50
Simonné, Teodoro. Método de Francés, sistema de Ollendorff.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Smith. Astronomía.....	1 75
Geografía Elemental.....	75
Spencer, W. J. Geometría.....	20
Stewart, Balfour. Física.....	30
T	
Terradillos, Dr. Angel. El Evangelio para los Niños. Tela.....	40
Cartón.....	35
Tertulias de la Infancia.....	25
Theron. Catecismo Razonado.....	30
Thomas, T. Gallard. Enfermedades de las Mujeres.....	5 00
Toro, Emilio. Aritmética.....	25
U	
Uranometría Argentina, Tomo y Atlas.....	20 00
V	
Veitelle. Diccionario Mercantil.....	1 50
Velázquez. Diccionario Inglés-Español.....	5 00
Idem idem abreviado.....	1 50
Velázquez, M. Guía de Masones.....	1 50
Villegas, Ramón Díaz de. Método Práctico para aprender el Inglés.....	60
W	
Wickersham, James Pyle. Métodos de Instrucción.....	1 50
Wiedemann. Aritmética.....	30
Wilkins, A. S. Antigüedades Romanas.....	30
Willson, Marcio. Cuadros Murales. La coacción.....	14 00
Wrage, H. D. Método de Español para los Alemanes, véase Monsanto.....	1 00
Clave del anterior.....	75
Y	
Youmans, Eduardo L. Química.....	1 75
Youmans, Wm. Jay. Fisiología ó Higiene (véase Huxley).....	1 75

